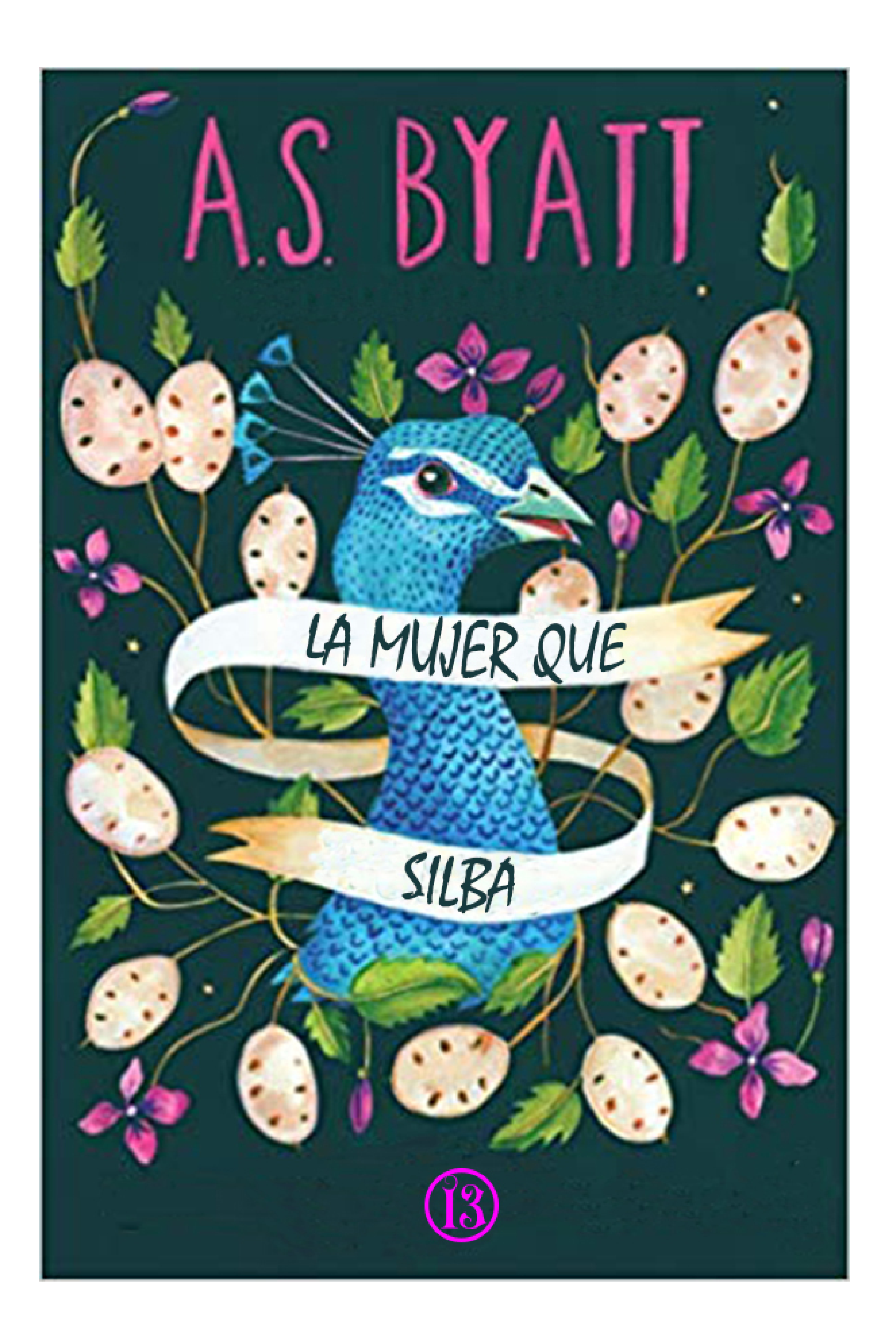

A.S. BYATT
LA MUJER QUE
SILBA
13

Corre el año 1968. Federica Potter, una mujer inteligente, profesora de literatura y divorciada con un hijo, abandona la enseñanza a causa de las revueltas estudiantiles y pasa a conducir un programa de televisión donde se dan cita toda clase de intelectuales.

En la Universidad de North Yorkshire, en un ambiente de investigaciones científicas y charlas filosóficas, se prepara un ciclo interdisciplinario de conferencias sobre el tema «Cuerpo y mente», que se ve perturbado por la presencia de una «antiuniversidad» apostada en las cercanías, donde se consume LSD, se practica la filosofía *hippie* y se da cabida a clases que van desde Mao a la astrología.

En una granja cercana, una comunidad terapéutica dirigida por un psicoanalista comienza a transformarse en un culto religioso bajo la influencia de un carismático personaje, que aúna en sí un terrible pasado, periódicas crisis de locura y un profundo misticismo. Cuando el productor del programa que conduce Federica se dispone a grabar las conferencias, todos los círculos empiezan a confluir.

A. S. Byatt

La mujer que silba

El cuarteto de Frederica
4



Título original: *A Whistling Woman*
A. S. Byatt, 2002
Traducción: Susana Rodríguez Vida, 2003
Revisión: 1.0

Para Steve Jones y Francés Ashcroft

Una mujer que silba y una gallina que cacarea como un gallo no son gratos ni a Dios ni a los hombres.

Un dicho frecuente de mi abuela materna.

—Y justo cuando me había refugiado en el árbol más alto del bosque —continuó la Paloma, con la voz convertida ya en un chillido—, justo cuando creía que por fin estaba a salvo, tuvieron que bajar serpenteando del cielo. ¡Aj, Serpiente!

—Pero ¡te digo que no soy una serpiente! —Insistió Alicia—. Soy… Soy…

—Bueno, ¿qué es lo que eres? —La apremió la Paloma—. Ya veo que estás tratando de inventar algo.

—Soy… una niña —contestó Alicia, vacilante, porque eran muchos los cambios que había sufrido ese día.

—¡Bonita historia! —Replicó con absoluto desdén la Paloma—. En mi época vi una buena cantidad de niñas, y ninguna tenía un cuello como el tuyo. No y no. Eres una serpiente, y de nada sirve que lo niegues.

LEWIS CARROLL, *Alicia en el País de las Maravillas*.

Aquí, al pie del límpido manantial
o junto a las musgosas raíces de un árbol frutal,
dejo del cuerpo el ropaje
y mi alma se interna en el follaje:
allí, como un ave cantora posada,
peina y acicala sus alas plateadas.
Y, en tanto para el largo vuelo se apresta,
la luz multicolor refulge en sus plumas enhiestas.

ANDREW MARVELL, *El jardín.*

1

—Éste es el último árbol —dijo el zorzal.

El último árbol era un espino enano. El viento había forzado las ramas en una sola dirección, y todas apuntaban hacia el lugar de donde ellos provenían.

—Antes se alzaba un último árbol más allá —continuó el zorzal—. Y en épocas más antiguas había un bosque achaparrado, el Krumholz. El desierto avanza.

Escudriñaron en la acerada luz del crepúsculo, pero apenas si distinguieron el risco que antaño había estado cubierto por el bosque.

—Nadie se aventura más lejos de aquí —explicó el zorzal—. En otro tiempo había viajeros, al menos hasta que llegaba el invierno. Pero ahora todos temen a las silbadoras. Los inviernos se han alargado. Y en los días claros la tierra está infestada de silbadoras.

—El lugar que buscamos está al otro lado —dijo Artegall—, si hemos de creer en los mapas y los relatos. Debemos ir, y a toda prisa, antes de que llegue el invierno.

—Y antes de que nuestros perseguidores nos den alcance —añadió Mark.

—Nadie ha venido desde el otro lado en lo que llevo vivido —señaló el zorzal.

Las moteadas plumas se le habían encrespado. Lo cierto es que su tiempo de vida no era muy largo, ni su territorio muy extenso. Era un zorzal menudo de espeso plumaje.

—¿Cómo es el terreno? —preguntó Artegall.

—Matojos y piedras, pantanos, líquenes, charcas profundas cubiertas de hielo, ríos helados. Me han dicho que allí viven criaturas blancas que cavan en la nieve y se ocultan en agujeros. Y

en las charcas hay largos y verdes tritones. Según dicen, los líquenes son comestibles, aunque no muy sabrosos. Hablo de oídas, porque nunca he estado allí.

—¿Y qué me dices de las silbadoras?

—Nadie que las haya visto ha vivido para contarlo —respondió el zorzal—. El solo hecho de oírlas suele ser fatal. Vuelan o se deslizan como sombras oscuras y emiten un sonido…, un sonido…

—¿Qué clase de sonido?

—Por lo que dicen, un silbido agudo y penetrante, un sonido que está en el límite auditivo de cualquier criatura, pero que todas oyen. Un perro puede oír el llamado de un silbato que para vosotros no sería más que una vaga perturbación del silencio. Pero estos seres tienen el poder de perforar el tímpano de cualquier bestia: pájaro u hombre, oso o perdiz nival; incluso a tu dormido reptil de piedra, que parece sin vida.

Artegall echó una mirada a Dracosílex, que no había dado señales de vida desde el episodio de las fogatas de la última aldea.

—Me vendría bien su consejo —dijo Artegall—. Si se despertara.

—Si las silbadoras lo despiertan, no vivirás para oír su consejo —replicó el zorzal—. Y en un abrir y cerrar de ojos no quedarán más que tus huesos.

Construyeron un refugio cerca del último árbol, y montaron sus tiendas antes de que cayera la noche. Por todas partes los rodeaban zumbidos y chillidos, sonidos tenues y un trémulo retumbar constante, y el helado soplo del viento, que hacía crujir las secas ramas del último árbol. Y se oían también unas notas agudas, como silbidos, que tanto podían ser humanos como inhumanos. Mark comentó que había oído que las marsopas y los delfines se cantaban unos a otros en las cálidas aguas del sur, de donde ellos venían.

—Este viento tiene agujas y cuchillos —dijo Dol Throstle—. Y garras y uñas.

Masticaron unas lonjas de carne seca y unas pasas. Una comida demasiado escasa, agotada con demasiada rapidez.

Por la mañana cayó una nieve fina y seca, que las ráfagas de viento

empujaban y arremolinaban. Era imposible ver a lo lejos. Discutieron quién saldría a explorar y quién se quedaría. Mark le preguntó a Artegall si en sus libros de geografía había mapas de esas tierras. Había unos pocos mapas del Imperio del Norte, contestó éste, imprecisas zonas sin forma atravesadas por algunos ríos, y profusos dibujos de bestias fabulosas con veinte patas o aguzadas garras. El Yermo Blanco, decía la leyenda.

—Recuerdo uno o dos caminos que no conducían a ninguna parte, y unas flechas que apuntaban hacia afuera del mapa, hacia el norte. Las páginas estaban hermosamente decoradas, con orlas de manzanas doradas y brillantes cerezas y hojas de parra de color esmeralda. Y hachas de acero y lenguas de fuego.

Dol Throstle recordó cómo se burlaba al principio Mark, el paje, del joven príncipe y de sus cuentos de los libros de caza, historia o geografía, cuidadosamente confiados a la memoria en la prisión de su torre blanca, allá en el sur. Y cómo los conocimientos de Artegall los habían guiado a través de los bosques, y las lenguas que sabía le habían permitido hablar con los extranjeros, y sus libros de rastreo y acecho les habían procurado alimento en lugares agrestes. Y Mark, por su parte, le había enseñado a Artegall el modo de pescar truchas, y de robar miel a las abejas, y de charlar en la posada con los soldados como un muchacho ingenuo. Y ahora ya no eran un príncipe, un chico que recibía los castigos en su lugar y una nodriza, sino tres seres curtidos y endurecidos, todo músculos y ojos alertas, envueltos en pieles que ellos mismos habían conseguido. Una serpiente le había enseñado a Artegall el lenguaje de las bestias, pero Dol se dijo que también ellos formaban parte ya del reino animal; podían escurrirse silenciosamente en los montes como zorros, esconderse entre la hierba como liebres, correr por las laderas como lobos.

Mark dijo que, a causa del frío, no podrían viajar de noche, guiándose por las estrellas.

Y entonces, en medio del bramido del viento y el crujir de las ramas, oyeron por primera vez el silbido, que creció y disminuyó y luego subió y subió hasta hacerse inaudible, de modo que comprendieron que lo seguían oyendo aunque el sonido sólo resonaba en su cerebro. Y Dol perdió el valor y se dijo que había sido una necia y una loca al llevar tan lejos a dos simples

muchachos, en busca de un reino que tal vez no era más que una fantasía fruto de una leyenda. Y Mark pensó, aturdido, que quizás aquella vez no había escapatoria, sólo la ceguera de la nieve y la mordedura del frío delante y los tenaces perseguidores detrás, obligándolos a abandonar su refugio como a presas acosadas. Y Artegall pensó que las voces eran terribles y que le destruirían el cerebro. Y entonces el sonido se extinguió y los liberó. A Artegall se le ocurrió que podían hacer bolitas de lana de cordero para taparse los oídos, por debajo de sus capuchas de piel.

Por la mañana los muchachos dejaron a Dol bajo el espino y emprendieron la marcha.

—Si en tres días no hemos vuelto, tienes que regresar —le indicó Artegall—. Los soldados no te harán daño si no te encuentran conmigo.

—Eso es absurdo —dijo Dol—. Pase lo que pase, iré en tu busca. A estas alturas soy una rastreadora nada despreciable.

Tras andar dos o tres kilómetros, desplazándose con gran cuidado por la capa de escarcha y sorteando matas informes, comprendieron que en aquel páramo helado necesitaban el oído, tanto para tantear la quebradiza corteza de hielo que ocultaba profundas grietas, como para distinguir pisadas y el chasquido *de las ramas* y el batir de alas. Descubrieron una especie de sendero de cabras que discurría entre enebros de escasa altura y brezos, y que pronto se ensanchó en un camino, y avanzaron decididamente por él. Mark reparó en unas piedras puestas por manos humanas a lo largo del camino, tal vez a modo de indicadores. La capa de nubes, cada vez más espesa, había descendido. Examinaron las piedras y encontraron marcas grabadas: algo que podía ser una flecha, la huella de tres dedos de un pájaro; primero en una piedra y luego en otra más. Decidieron que, si hallaban una tercera, darían media vuelta para ir a recoger a Dol y sus provisiones, y seguirían ese camino. Se alzó una ligera ráfaga de viento que les echó a la cara aguzadas astillas de hielo. Había voces que cantaban en el viento. Al principio no hablaron de ello, tomándolo por un rumor interno acompasado con sus pasos y el latir de la sangre. Pero al fin Mark dijo:

—¿Oyes voces en el viento?

—Así que tú también las oyes. Voces tenues y agudas y una suerte de flauta, o tal vez otra voz.

—Quizá sea alguna clase de espejismo del hielo, como ocurre en el desierto.

—Y quizá sean las voces de las silbadoras.

—O los espíritus de sus víctimas.

Siguieron avanzando, trabajosamente ahora porque el sendero se iba volviendo cada vez menos marcado. Ya no había más indicadores. El viento les arrojaba nieve helada.

—La canción es insoportablemente triste —dijo Mark de pronto—, insoportablemente…

Y se desplomó en la nieve, detrás de Artegall. Cuando éste se volvió, la música que sonaba en sus oídos, hasta entonces perfectamente entonada, pasó a ser un silbido ululante. Con los dedos enguantados se colocó torpemente las bolitas de lana en los oídos, antes de arrodillarse junto a su amigo. La lana no alcanzaba a apagar por completo el silbido, pero al menos lo reducía al susurro de un chillido. Y a través de la niebla las vio llegar, una, dos, tres, cinco, ocho, trece, las grises alas extendidas, casi confundidas con la bruma, el cuello largo y delgado curvado hacia adelante al modo de los cisnes, las piernas finas como las de las garzas, el brillante pico semejante a una cimitarra, de un pálido color oro rojizo. Se posaron en círculo en torno a ellos, y Mark vio con horror que las caras que asomaban por encima de los picos eran humanas, con oscuros ojos de mirada penetrante y cejas arqueadas; que las capuchas de cuero dejaban escapar largos cabellos que les cubrían los hombros; que las garras de pájaro que se aferraban a las heladas piedras se convertían en piernas humanas más arriba de los tobillos emplumados; que, bajo la capa gris de las alas plegadas, el cuerpo era humano, femenino, con erguidos pechos y cintura estrecha, pero cubierto de blanco más abajo. Artegall descubrió que no podía moverse, aunque sí era capaz de ver y oír.

Las silbadoras comenzaron una especie de danza, contoneándose sobre sus garras. Los largos cuellos se ondulaban graciosamente como serpientes encantadoras, mientras se inclinaban hacia los humanos, cantando y señalándolos, en medio de la oscuridad creciente que se agolpaba sobre el blanco suelo. Artegall

comprendió que, por encima y por debajo del terrible silbido, había un canto, pero no podía entender el sentido de las palabras. Trató de escuchar tal como escuchaba el habla de los pájaros, y oyó chasquidos y siseos; trató de escuchar como escuchaba a las mujeres, y oyó un balbuceo incomprensible de sílabas. Vio entonces que el canto de las silbadoras estaba tejiendo un capullo de hilos de hielo en torno a su amigo, como una mortaja vítrea destinada a convertirse en ataúd. Sus propias manos y pies se hallaban envueltos en filamentos que era incapaz de romper. En medio del aturdimiento, una idea le vino a la mente: tenía que entender su lenguaje y hablarles, o moriría. Escuchó como nunca había escuchado en la vida, y empezó a vislumbrar que su lenguaje, como su cuerpo, era un horrible híbrido: palabras de plumas se entremezclaban con palabras de piel, palabras de pico se fundían con palabras de lengua y dientes. Podía oírlas y repetirlas gracias a una terrible operación que tenía lugar en su cabeza, en que a la vez las separaba y las unía, como si dividiera las dos piezas de un chaleco de cuero, por así decirlo, y luego las dos partes de su cerebro las cosieran con una hebra de pensamiento.

—Piedad —dijo en ese extraño lenguaje recién adquirido, sintiendo la lengua correosa—. Piedad, pájaros mujer, mujeres pájaro… amables criaturas… Éste… hombre… también… es… amable.

»Sin daño —gritó, como una promesa y un ruego—, sin daño.

Y una de las silbadoras dijo:

—Puede oírnos.

—Os oigo.

—Oye palabras en el silbido.

—Oigo vuestras palabras, silbadoras. Oigo, hablo.

Y en la lengua de pájaro dijo:

—El rey de las serpientes me enseñó este lenguaje.

Luego dijo en la lengua humana:

—No nos hagáis daño. Estamos perdidos, nuestras intenciones son buenas.

Y repitió en la lengua de las silbadoras:

—Os oigo, vosotras me oís.

Era como tener en el cerebro una hoja afilada que dividía y tocaba las dos partes divididas.

Dejaron de cantar y se apiñaron en un círculo; con las cabezas inclinadas, se silbaron unas a otras. Al fin se separaron y una se dirigió a él, con un silbido más bajo y vacilante.

—Te llevaremos a un lugar seguro por esta noche. No te haremos daño. ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Llevaremos también a tu amigo. No está herido. Se despertará.

Tres pares de garras aferraron a Mark, y las criaturas salieron volando. Artegall sintió las aceradas uñas a través de las pieles que lo cubrían, y el aire frío colándose bajo la capucha cuando se elevaron y volaron hacia el norte, rodeados por la oscuridad y el bramar del viento. Y eso fue todo lo que supo.

Despertó al fondo de una cueva, junto a un cálido fuego. Mark dormía a su lado, con el capullo de hielo ya derretido. Las mujeres pájaro, posadas en salientes rocosos, se arreglaban las plumas con sus temibles picos. Le llevaron una sopa gris, amarga y viscosa en una gran jarra, y luego se reunieron a su alrededor para preguntarle quién era y adónde iba. Viendo que de nada servía ocultarlo, les dijo que era Artegall, príncipe de Harena, y les habló de su huida desde el sur cuando los negros navíos habían entrado en el puerto, y de sus compañeros: su nodriza Dol Throstle, Mark y otros más, que no habían sobrevivido. Les habló asimismo de Hamraskir Kveld-Ulf, el legendario primo norteño de su padre, de quien Dol afirmaba que podría proporcionarle un seguro refugio contra los espías y asesinos que Barbasangue había enviado tras él desde Mormorea. Algo vacilante añadió que tal vez el reino del norte no era más que una leyenda. Dol se había mostrado totalmente segura de su existencia cuando lo había escondido en el carro de la lavandería, pero su certeza había ido disminuyendo con la dura travesía. Quizás al norte de aquella tierra yerma no había otra cosa que témpanos de hielo y luces danzando en el aire helado.

—Existe —dijo una de las silbadoras, a quien llamaban Hvanvit —. En un valle encerrado entre las montañas de hielo, más allá de estas tierras. Se lo conoce por muchos nombres: Hofgarden, Harreby, Veralden. Nosotras lo llamamos Veralden. Los reyes de este reino siempre han sido poderosos hechiceros. Dominan el arte

de cambiar de forma, y pueden convertirse en lobos o en osos, según deseen, y viajar por las tierras desiertas para vigilar las fronteras, conversar con los espíritus del viento y escuchar el avance o retroceso de los hielos. Pero sólo los hombres son capaces de cambiar de forma. Las mujeres permanecen en el valle, hilando y enseñando, cuidando de los árboles frutales y las flores. Nunca dejan el valle. Nosotras ansiábamos salir, queríamos la velocidad y el peligro del viento, queríamos la nieve y la oscuridad. Así pues, hechizamos a un joven estudiante para que compartiera con nosotras sus conocimientos, y nos hicimos estos abrigos de plumas que ves para dejarnos llevar por el vendaval. Antes de que amaneciera emprendimos el regreso. Cruzamos la cadena de montañas, nos trenzamos el revuelto cabello, nos pusimos nuestra ropa y fuimos a cantar dulcemente a los árboles frutales. Pero una traidora nos había espiado, y nos cubrieron de vergüenza. Una multitud enfurecida quemó nuestras vestimentas femeninas, y a punto estuvo de quemarnos a nosotras. Pero les infundimos miedo y silbamos en su mente, así que nos ahuyentaron como a una bandada de gansos, mientras nos llamaban malvadas y sucias. De modo que hemos vivido aquí, donde nadie habita, surcando los vientos, evadiendo a los cazadores y las águilas. Estábamos furiosas porque nadie entendía nuestra habla. Hasta que tú llegaste.

Siguieron hablando hasta muy entrada la noche. Artegall escuchó cortésmente el relato de sus penurias y su exilio, y sólo entonces insistió con su propia búsqueda y les preguntó si el rey de Veralden era su pariente, Hamraskir Kveld-Ulf. Contestaron que eso creían, pero que no se arriesgarían a acercarse a la ciudad.

—Pero os señalaremos el camino —dijo Hvanvit—. Os conduciremos al otro lado de estas tierras y os procuraremos alimento. Porque has de saber que nosotras no somos el peor peligro con que puedes encontrarte en tu travesía; mucho más terribles son los antiguos enemigos: el frío, la oscuridad y el hambre. En todo el tiempo que llevamos sobrevolando estas tierras, nunca hemos visto a nadie que lograra cruzarlas y quedar con vida. Podríamos mostrarte huesos, y hombres conservados en el hielo como si estuvieran entregados al sueño, y briosos caballos, y perros de trineo. Cada vez que intentamos hablar con ellos, nuestro canto resultó mortal para sus oídos, hasta que llegaste tú. Tal vez cuando

llegues junto a Hamraskir Kveld-Ulf, si es que lo logras, quieras hablarle de nosotras y de nuestro vagabundeo.

Artegall se animó a preguntarle a Hvanvit si deseaba volver a ser una mujer. Ella respondió que no, que nunca olvidaría el viento en las alas ni su libre vagar por los cielos tormentosos. Pero que le agradaría ser bien recibida en Veralden y poder tomar otra vez una copa de vino en compañía de su gente.

Así fue como, al día siguiente, Dol Throstle vio unas formas que se acercaban volando con la velocidad del viento, sobre el fondo de las nubes grisáceas; una, dos, tres, cinco, ocho, trece, y dos de ellas transportaban una pesada carga que las hacía volar más bajo. Vio los largos cuellos y los feroces picos, y cogió un tizón del fuego que había encendido junto al último árbol, dispuesta a vender cara su vida y a cobrársela con la muerte de algunas de las criaturas. Pero entonces le llegó la voz de Artegall desde lo alto, advirtiéndole que no hiriera a las silbadoras porque eran amigas y los ayudarían a atravesar aquel yermo.

De modo que emprendieron la travesía, transportados por la bandada de mujeres pájaro, quienes se iban pasando la carga entre murmullos y silbidos. Así cruzaron la árida zona de matojos y pantanos helados, y por las noches dormían en cavernas subterráneas. Dol Throstle no confiaba en las silbadoras, pero Artegall sostenía largas conversaciones con Hvanvit. A juicio de Dol, eran criaturas nerviosas e irritables, siempre prestas a ofenderse, dispuestas a dar media vuelta en cualquier momento y dejar a los humanos abandonados a sus propios recursos. Aunque sus ojos tenían sedosas pestañas y cejas arqueadas, Dol no podía soportar su inhumana mirada. Le parecía que la estaban juzgando según reglas y conceptos de los que ella nada sabía. Así como habían decidido ayudarlos y protegerlos, de buenas a primeras podían decidir ensordecerlos y acabar con ellos por alguna razón desconocida. Vio que Hvanvit seguía con la mirada a Artegall cuando éste iba de aquí para allá, y vio los ojos de las hermanas de Hvanvit, en sus gráciles cabezas de pájaro, clavados en ésta. Pero lo que no podía ver era lo que estaban pensando, si es que lo hacían.

Después de muchos días de este trabajoso avance vieron, rielando en la fría niebla, las distantes laderas y la cumbre helada de un enorme pico que se alzaba a lo lejos. Cuando se aproximaron volando distinguieron los altos indicadores de piedra y los postes que señalaban la presencia de un camino apenas visible, el cual discurría serpenteante entre las montañas. Tras depositar en tierra a los tres viajeros, las silbadoras extendieron y agitaron las alas a la vez que emitían unos grititos que tal vez fueran de alivio.

—No podemos ir más lejos —dijo Hvanvit—, so pena de muerte. Pero vosotros podéis internaros en las montañas. Vigilad vuestras espaldas y sed corteses con cualquier criatura con que os crucéis, ya sea un gusano o un lobo, porque nada aquí es sólo lo que aparenta.

Los tres viajeros dieron las gracias a las silbadoras, y Artegall hizo intención de abrazar a Hvanvit, pero ésta se apartó curvando el largo cuello.

—No te olvidaré —declaró Artegall—. Nunca.

—Ya veremos —dijo Hvanvit.

Los postes estaban tallados con unos dibujos que ascendían en forma de espiral: lobos y dragones, serpientes y albatros, liebres y caracoles, y —lo que resultaba más extraño en aquel frío lugar— mariposas posadas en ramas. Detrás de ellos, la bandada de silbadoras eran como flechas en el crepúsculo, luego como un enjambre de abejas, y al fin desaparecieron.

Mientras avanzaban por el paso que se adentraba en las montañas, la oscuridad se espesó, y entonces distinguieron en la ladera unas lucecitas que brillaban y al momento se desvanecían, como ojos, o como faros que encendieran y apagaran su foco, observando o señalando. Era como encaminarse voluntariamente a una trampa, se dijo Mark, aferrando la empuñadura de su cuchillo y esforzándose por andar sin hacer ruido. Ante ellos se alzaba la pared de la montaña, oscura y escarpada, y, en lo alto, la franja de cielo se iba estrechando y disminuía la luz de las estrellas. Al cabo de un buen tiempo se detuvieron a descansar, apiñados bajo su tienda de piel, y dormitaron un poco.

Los despertó el canto de un gallo, claro y repetido, que saludaba un invisible amanecer. Entonces distinguieron la pálida franja de luz

dorada que cruzaba el borde del desfiladero. Y cuando el sol se elevó en el cielo vieron que, aunque detrás de ellos y a los costados se extendía el paso de negro basalto, delante el blanco muro de una ciudad cerraba el valle, y en las almenas del muro se pavoneaban cacareando unos cuantos gallos. Entre las almenas asomaban rostros humanos, y una gigantesca puerta hecha de troncos, con brillantes goznes y enormes cerrojos, daba acceso a la ciudad. Ahora bien, al principio de su travesía Artegall se había imaginado gritando con orgullo:

—Soy Artegall, hijo de Barbadoria, príncipe de Harena y de las islas del sur, y vengo a ver a mi pariente.

Pero en cambio dijo:

—Somos tres viajeros agotados que necesitan cobijo, si queréis dejarnos entrar.

Y los gallos cacarearon en un coro estridente, las puertas giraron en sus goznes, y Artegall, Mark y Dol, tres figuras delgadas y andrajosas cubiertas de pieles, penetraron en la inimaginable ciudad llevando al dormido Dracosílex.

Adentro el espacio y el tiempo eran otros. Había anchas calles blancas, y casas con las ventanas abiertas de par en par, y grandes fuentes en las que corría el agua, y flores escarlata y oro, púrpura y añil, colgando de los balcones, y árboles frondosos sobre los que, cuando miraron sorprendidos hacia arriba, vieron que brillaba un sol de estío. Y Dracosílex, que desde las fogatas no había sido más que una pesada carga de piedra, volvió súbitamente a la vida, desplegó las alas y la cola, abrió las garras y las ventanas de la nariz, guiñó los escamosos ojos y saltó ágilmente del fardo de Mark al suelo, donde se puso a dar unos saltos y cabriolas de los que no lo habrían creído capaz. Caminaron por muchas calles hermosas seguidos de cerca por una multitud que se apiñaba a sus espaldas, pero no se aproximaba. Dol Throstle se sentía ahogada en sus pieles, y al cabo de un rato se detuvo para despojarse del sombrero y la capucha, y luego de la gruesa capa, y los dos jóvenes se apresuraron a imitarla. Aligerados de este modo, dejando que su fría piel se embebiera en la luz del sol, llegaron al fin a una amplia plaza, con un gran pórtico de altas columnas, un círculo de fuentes y veloces golondrinas revoloteando. En la escalinata del pórtico aguardaba un hombre, el más voluminoso que Artegall hubiera visto nunca, con

una larga barba azabache y rizos negros retorcidos como sarmientos, y ojos oscuros bajo espesas cejas aún más oscuras. Su túnica negra estaba recamada con ondulantes vides de color oro y verde y sinuosas serpientes, con flores incrustadas de brillantes y relucientes estrellas azul intenso, con lunas y soles y manzanas doradas. Portaba también una pesada espada en una funda ajada. Y descendió de la escalinata y estrechó entre sus brazos a Artegall, y luego a Mark, y luego, en un abrazo que era el de un oso inmenso y a la vez rebosaba respeto, a Dol Throstle.

—Bienvenidos —dijo—. Bienvenidos, Artegall, Mark, señora Dol. Os estábamos esperando. Soy Hamraskir Kveld-Ulf, y estáis a salvo y en vuestro hogar en esta ciudad. Antes que nada debéis lavaros y comer, y después me contaréis vuestras aventuras. —Y repitió—: Estáis a salvo en esta ciudad.

Y, por primera vez desde que habían emprendido su viaje, el miedo abandonó el rincón de su mente donde se había mantenido agazapado, y sintieron que lo que había dicho Hamraskir era cierto. Estaban a salvo en la ciudad.

—Y éste es el fin de la historia —dijo Agatha a sus oyentes.

Todos guardaron silencio, conmocionados.

—¿El fin? —preguntó Leo al cabo.

—El fin —repitió Agatha.

Era el verano de 1968. El relato de la historia había comenzado dos años atrás y se había prolongado, casi cada domingo, hasta ese día. Se trataba de una historia larga e intrincada que había parecido no tener fin. Los primeros oyentes habían sido la hija de Agatha, Saskia, que ahora contaba ocho años, y Leo, el hijo de Frederica Potter, la cual compartía con Agatha una casa en Hamelin Square, en el barrio de Kennington. Más tarde se habían hecho asiduos los dos niños Agyepong, que vivían cruzando la calle: Clement y Thano, cuyo verdadero nombre era Athanasius. La propia Frederica estaba siempre presente, y la mayoría de las veces acudía también Daniel Orton, cuñado de Frederica y pastor protestante (sin hábito). Daniel era oyente de profesión, pues trabajaba para un servicio telefónico

de ayuda a los desesperados, que funcionaba en la cripta de la iglesia de Saint Simeón, en la City de Londres. Los últimos en añadirse al grupo fueron los gemelos Ottokar: John, que era programador de ordenadores, y Paul, que prefería hacerse llamar Zag y dirigía un conjunto musical conocido como «Zag y los Cigotos de la Conjunción Planetaria». Todas estas personas se sentían a la vez escandalizadas y ofendidas por el brutal ejercicio de poder narrativo manifestado por Agatha. Al cerrar ésta su cuaderno de notas, su cara traslucía la habitual calma y compostura de siempre.

Leo frunció las cejas en un gesto feroz.

—Ése no es el fin. Aún no sabemos nada. No sabemos qué les pasó a las silbadoras. No sabemos cómo es el tío de Artegall. No sabemos dónde está su padre. Hemos esperado y esperado y esperado para saberlo, y ahora dices, ahora dices…

Saskia, que miraba de hito en hito a su madre, abrió la boca. No emitió ningún sonido, pero su pálida piel se fue poniendo púrpura. Entonces brotó el chillido, primitivo y lleno de indignación. Le saltaron las lágrimas por entre los párpados cerrados, y le corrieron por las mejillas. Agatha le puso una mano en el hombro, pero Saskia se echó atrás y sepultó la cabeza en el regazo de Daniel, quien cerró sus grandes manos sobre ella.

—¿Por qué? —preguntó Thano.

—¿Por qué te detuviste ahí? —preguntó a su vez Clement.

No había satisfacción alguna en el fin de la historia. Todos se sentían como si los hubieran apuñalado. Agatha parecía estupefacta por la vehemencia de los niños; pero mantenía la boca cerrada, y las manos cerradas aferrando el cuaderno.

—Siempre pensé que ése sería el fin —dijo al cabo, con voz no del todo firme.

—Prepararé un té —anunció Daniel, dirigiéndose a la cocina. Mientras llenaba de agua el calentador, oyó la clara voz de Leo, tan terminante como la de su madre:

—Pero eso no era un fin, no era un verdadero fin…

—¿Y cómo es un fin verdadero? —Replicó Frederica—. El fin siempre es la parte menos real de…

—¡No, no y no! —La interrumpió Leo, gritando para hacerse oír por encima de los sollozos de Saskia—. Hay finales buenos y éste no lo es, éste no es un fin…

No eran exactamente una familia, las dos mujeres y sus hijos, que asistían al mismo curso en la escuela primaria William Blake. Habían decidido vivir juntas por conveniencia, después de que Frederica huyó de su marido y tuvo que pasar por un divorcio muy reñido. Ambas eran capaces y ambiciosas, aunque Agatha había tenido más éxito pues había escalado rápidamente posiciones en el cuerpo de funcionarios y tenía un sólido puesto, secretaria, teléfono personal, colegas, despacho. Su vida privada constituía un secreto. Nadie había sabido nunca quién era el padre de Saskia, aunque en algunas ocasiones Agatha comentaba ácidamente que sólo en el cuerpo de funcionarios británicos tenía derecho una mujer a ser madre de tres hijos ilegítimos antes de que empezaran a interrogarla. No había señal alguna de más niños, y ella mostraba una reserva antinatural acerca de su vida privada. Esto resultaba muy conveniente para Frederica, quien, en compañía de otra clase de mujer, habría hablado demasiado de sus propios problemas. O habría tenido una actitud competitiva. La reticencia y parquedad de Agatha, en cambio, sacaban a luz lo mejor de ella. Asimismo se apoyaban una a otra en multitud de asuntos prácticos. Leo iba de visita a la casa de campo de su padre, pero las dos mujeres se ayudaban en el cuidado de los niños, la comida, la compra de libros, con una nueva clase de eficiencia que se había vuelto necesaria. Y todo esto generaba una comodidad doméstica muy especial. Leo y Saskia eran amigos, y reñían mucho menos que si hubieran sido hermanos. Agatha y Frederica tenían una relación más tranquila de la que habrían podido tener como hermanas. Daniel, que había estado casado con la hermana fallecida de Frederica, Stephanie, reflexionaba a menudo sobre esto, pero ignoraba si Frederica hacía otro tanto. Agatha no parecía haber tenido nunca una familia. Todo funcionaba mucho mejor de lo que cualquiera podría haber esperado.

Más tarde, cuando Frederica se dispuso a llevar a Leo a la cama, pensó en los finales verdaderos. ¿Qué clase de finales hacían llorar de felicidad? En su caso, la reunión de padres e hijos a los que el peligro había separado. El fin de *Peter Pan*, cuando los niños vuelan de regreso a su habitación y al mundo real. El momento culminante

de *No pretendíamos internarnos en el mar*[1], cuando los niños ven inesperadamente al padre en el puerto de Holanda, al otro lado de la tempestad. Dejó correr el agua por la espalda de su hijo y hundió la nariz en su húmedo pelo rojizo. Pensó en Saskia, que prácticamente no había tenido padre: Agatha nunca había mencionado a nadie, ningún nombre, ninguna historia, nada. Incluso sacar a relucir un tío parecía ser demasiado para Agatha. ¿Pero qué harían ahora los domingos? Tendrían que recurrir a la lectura. Ella no era una buena narradora. Se preguntó si Agatha habría pensado en publicar su historia. Podía intentar mostrársela a Rupert Parrott. Tal vez un editor lograra convencer a Agatha para que prosiguiera su historia…

Finales. Sentada esperando a que llegara su amante, Frederica se preguntó cómo terminaría su propia historia. Había empezado a pensar que siempre había un único momento irreal de gracia entre el inicio de una aventura amorosa (la expresión había pasado de moda, pero la denominación de «relación» le disgustaba sobremanera) y el instante en que uno comenzaba a preguntarse insistentemente cómo, por qué y cuándo se acabaría. El momento de gracia era aquél en que uno estaba «enamorado», lo cual entrañaba una clara resolución, una energía personal totalmente enfocada cuya falta nos hacía ansiarla, pero que nos atemorizaba cuando se hallaba presente. (Entre otras razones, porque a los treinta y tres años una mujer sabe que la mortífera creencia de que es posible prolongar este estado para siempre es la más atormentadora de las ilusiones). Durante días o semanas o meses, según sea el caso, pensó Frederica mientras se ponía un camisón corto blanco y se cepillaba el cabello, de un rojo encendido, no hacemos nada sin que nos acompañe la imagen del rostro amado, y entonces, un día, descubrimos que se ha ido, que ya no está, que el amor se ha acabado. ¿Y qué lo mata? Bastante a menudo (apagó todas las luces, excepto la de la mesilla de noche, y dobló la colcha a los pies de la cama), el fracaso propio, o del bien amado, en el intento de acomodar este amor a la imagen ideal puesta en la mente mucho antes de que esa particular relación amorosa empezara. Yo quiero un hombre más fuerte que yo, que contenga mis furias y mis

locuras y me haga sentir segura. Él —John Ottokar— desea ser ese hombre fuerte, pero de algún modo hemos llegado a un punto en que es él quien necesita que yo le dé seguridad y lo reconforte, y, si lo hago, eso socava lo que yo considero amor, que se reduce a un mero afecto. (Se detuvo frente al espejo y contempló sus rasgos angulosos; torció la boca en una mueca y se acarició el lustroso cabello). Es como una danza. Tiene un patrón rígido del que la amistad carece. Es una historia artificial, el amor. Hay algo (¿la vida, quizá?) más feroz, más cruel y más ardiente que, por algún propósito propio que desconocemos, necesita que creamos en el amor. Y así es como nos confabulamos. Recordó cuando había interpretado el papel de la joven Isabel I, la reina virgen cuyo poder había residido en reconocer que la independencia y la soledad constituían su salvación.

Muy metafísico todo, pensó, mientras esperaba el golpecito en la ventana proveniente de afuera, desde los escalones de la calle que llevaban al subsuelo en que vivía. Una mera defensa porque él no llega, algo que siempre tememos aunque en el fondo nos dé lo mismo si viene o no.

Pero un mes atrás, seis meses atrás, yo no hacía elucubraciones sobre qué es el amor. Pensaba en su boca, y en su culo, y en sus manos. La gente como yo, que piensa demasiado, se siente inmensamente feliz y agradecida, al menos al principio, cuando sus pensamientos están dominados por la imagen de unos labios, unas manos, unos ojos.

Y, cuando al fin sonó el tenue golpe, experimentó el habitual estremecimiento de terror al mirar hacia afuera. Allí estaba su pelo claro, su cara ancha, su cuerpo fuerte, su sonrisa contra el cristal.

El problema era saber si esta persona reconocida era un amante o un intruso. Con el vidrio de por medio, Frederica no podía distinguir a John de Paul. A veces, aun sin vidrio de por medio, no podía distinguirlos por unos instantes, y otras veces, cuando Paul era listo, por un buen rato. Paul era siempre el tercero, visible o invisible, en sus encuentros; iba tras sus pasos cuando entraban o salían, y su recuerdo se mezclaba con el olor a sexo del lecho, y se sumaba a ellos en la quietud que seguía, porque así lo había querido Paul.

Frederica y John tenían signos secretos, que habían establecido

casi sin discutir sobre ello, por los que ella sabía que se trataba de John y no de Paul. Ahora él echó el aliento en el cristal, y en la superficie empañada escribió una L, por Leo.

Probablemente no era más que una cuestión de tiempo hasta que Paul, que sabía trepar con la destreza de un gato, detectara también esto espiando desde la verja. Abrió la puerta, y entraron John y el aire de la noche, y él abrió los brazos. Y al instante Frederica supo que él era alguien, no la idea que ella tenía de su propio amor, no la idea que tenía de John Ottokar, sino un hombre con la respiración agitada, el cabello revuelto y una erección. Cerró la persiana, dos pares de manos lo desvistieron rápidamente, y se dejaron caer en la cama.

Más tarde, se pusieron a conversar. Por lo general conversaban en la oscuridad por iniciativa de John, pero sobre todo porque a Frederica le molestaba incluirlo demasiado en la vida de Leo. Era una medida en beneficio de todos. Podía llegar a ser desastroso que Leo se apegara en demasía a John, o se opusiera exageradamente a él. E igualmente desastroso podía ser que John considerara a Leo una molestia o una responsabilidad, o que a ella no le gustara el modo en que él le hablaba al niño.

Habían llegado a ese estadio (¿el principio del fin?) en que buena parte de lo que decían no era más que una repetición de lo que habían dicho con anterioridad. John era un hombre de pocas palabras, con tendencia incluso a no hablar. Su elocuencia era una elocuencia de dedos y lengua. Y tal vez también de lenguajes de ordenador, como Fortran y Cobol, pero Frederica era totalmente analfabeta en este terreno.

En esta ocasión John dijo algo nuevo. Explicó que le habían ofrecido un puesto en la Universidad de North Yorkshire. Hacer programas para los científicos y dirigir su propio departamento de informática.

—Pero eso significa que tendrás que ir a vivir allí —dijo Frederica.

—Así es.

El pánico se apoderó de ella.

—¿Cuándo empiezas? —preguntó, con una calma exagerada.

—Tengo un plazo de tres meses. Necesitan a alguien enseguida.

Una Frederica primitiva pensó: ya no me quiere, quiere dejarme, quiere poner fin a esto. Y su idea de lo que era un fin para él hizo del fin un desastre.

—No podremos vernos —dijo la voz juiciosa de Frederica.

Y él dijo simultáneamente, sin que quedara claro si la había oído:

—Es un verdadero paso adelante. Una enorme responsabilidad y muchísima más libertad para tener mis propias ideas…

Estás pensando sólo en ti, retrucó la mente de Frederica, pero no lo dijo. En cambio, repitió:

—No podremos vernos.

—No de este modo. No. ¿Acaso es tan malo eso? ¿Adónde vamos, Frederica?

—A ninguna parte —replicó, ahora sí con brusquedad—, puesto que te vas al otro extremo del país.

—Pensé que no te importaría demasiado.

No fue capaz de encontrar con suficiente rapidez una contestación sincera a esto. ¿Le importaba? Por el momento se sentía como un niño abandonado en el bosque. John dijo con una voz inusitadamente vacilante:

—Y si resultara que sí te importa, podríamos buscar una solución. Tienes familia allí. No es un lugar inhabitable.

—Olvidas que huí de allí. Dejé el norte. Y vivo aquí.

—Pues bien —dijo él pacíficamente, sin ningún sentido especial.

Frederica tuvo una imagen de sus diferentes yos —la niña, la mujer, la madre, la amante, la solitaria— enmarañados confusamente como serpientes enroscadas en un pote de arcilla. Cambiando de tema, dijo:

—¿No querrías venir al Museo de Ciencia con Leo y conmigo el domingo? Tú le explicas cosas que yo no…

—No puedo. Hay una reunión de las Fieras del Espíritu. Paul necesita que vaya.

—¿Por qué siempre te necesita precisamente a ti? Tiene un montón de grupos: las Fieras, el grupo de psicoterapia, sus «Zagy los Cigotos de la Conjunción Planetaria»… ¿Por qué siempre te necesita a ti?

—Ya sabes por qué. Soy la otra mitad del grupo original de dos.

Lo sabes bien.

Esto formaba parte habitual de su conversación, era algo sobre lo que volvían cada vez que se veían.

—Nadie parece preocuparse por lo que tú necesitas. Ni los cuáqueros, ni el grupo de música, ni siquiera los psicoanalistas.

—Es verdad. Como ves, soy el fuerte de los dos. A pesar de las apariencias, yo soy el más fuerte.

—Eso no les da derecho a verte en función de él.

—Soy yo quien me veo en función de él, Frederica. Trato de no hacerlo, pero lo hago. Siempre lo he hecho. Así son las cosas.

—Ya lo sé.

—Si no quieres que vaya a Yorkshire, no lo haré.

—Yo no deseo nada. Mi opinión no cuenta. Tienes que hacer lo mejor para ti.

No estaban riñendo, estaban tristes. John Ottokar renunció a seguir hablando; le acarició los pechos y el vientre hasta que ella se volvió hacia él, e hicieron el amor otra vez.

Frederica pensó, al día siguiente, que todo aquello se reduciría a irnos pocos recuerdos. Su cara en el cristal, una imagen que tengo de nuestras cuatro piernas como dos pares de tijeras. ¿Por qué tengo que estar sufriendo si no estoy segura de que haya una verdadera razón para sufrir, si puedo imaginarme con toda claridad, y probablemente de forma acertada, lo que vendrá después?

¿Era su malestar una señal de amor, después de todo?

Pensó en Leo. El hijo de otro hombre, un hombre ahora casi reducido a dóciles recuerdos. Y también su propio hijo. Su relación con Leo era muy particular porque ella distaba de ser maternal. No había en ella la más mínima inclinación a los arrumacos ni a las tareas hogareñas. Pero la persona que era reconocía plenamente la persona que él era, y lo respetaba.

Pensó que, si fuera necesario, moriría por él. Por estúpido que fuera detenerse a pensar si algo así podía o no ocurrir, su inmediata disposición era un hecho, y la sorprendió.

2

Los caracoles se observan mejor al amanecer, después de una lluvia. Los rayos de sol que caían sobre el rocoso Gungingap rebosaban de gotas de agua, temblorosas e iridiscentes. Los valles que se extendían desde el lago de Mimmer como los dedos de un guante se hallaban cubiertos de un velo de niebla húmeda, que formaba pequeños remolinos al evaporarse. Mientras se desplazaban por esta atmósfera cargada de agua, los investigadores —aun conociendo bien el terreno— tenían la agradable sensación de que las colinas ondeaban, cambiando de forma como las olas, que las sólidas piedras y los arbustos retorcidos por el viento surgían de improviso de un lecho de lana o de espuma donde un momento antes no había habido nada. Las gotas de agua posadas en los espinos y cardos eran prismas brillantes, llenos de luces multicolores. Y, sobre los muros secos de piedra, los caracoles se deslizaban por el césped húmedo, dejando a su paso una intrincada red de cintas plateadas. Las conchas relucían con el agua, los translúcidos cuerpos grises brillaban por sus propias secreciones, y los delgados cuernos se agitaban tanteando el aire, escrutando a su alrededor. Las conchas eran bonitas y de variados colores, unas de un delicado amarillo limón, otras de un rosa intenso, otras más de un negro verdoso, o con gruesas bandas oscuras dispuestas en espiral sobre un fondo de color canela, o bien con listas claras sobre un fondo rosado, o con una simple franja oscura sobre una base dorada, o, a modo de un fantasma, con una espiral blanco-grisácea sobre un fondo blanco tiza. En su mayoría eran *Cepaea nemoralis*, con el borde de la abertura de la concha de color negro brillante, pero algunos, no muchos, eran *Cepaea hortensis*, con el borde blanco. Algunos tenían lustrosas motas azules o verdes o carmesí en la concha, obra del

último grupo de investigadores con el fin de seguir sus movimientos y conocer su suerte.

La población de caracoles de Dun Vale, así como la del páramo circundante de Gungingap, rico en piedra caliza, había sido objeto de estudio de muchas generaciones, un estudio que había iniciado un vicario Victoriano, Richard Hunmanby, y proseguido un maestro de escuela eduardiano e investigador aficionado de los gasterópodos, Joseph Mann. Luk Lysgaard-Peacock y Jacqueline Winwar estaban intentando estudiar la diversidad genética y biológica de estas criaturas que se veían obligadas a transportar su historia, escrita en forma de jeroglíficos, en la frágil y espiralada casa que llevaban sobre el lomo. Comparaban la incidencia de una, dos y tres bandas, de conchas claras y oscuras, con los registros de sus predecesores. En la época de Hunmanby y Mann se conocía a estos caracoles como *Helix hortensis* y *nemoralis*, no como *Cepaea*. Hunmanby había sido de la opinión de que los *nemoralis* y los *hortensis* pertenecían a distintas especies. Mann no estaba seguro; había observado que las criaturas vivían juntas y entremezcladas, pero más de una vez las había visto apiñadas separadamente en las ramas superiores de las hayas.

«Mi objetivo al trepar a éstos árboles (cuando los especímenes estaban muy alto utilizaba potentes prismáticos, ya que la discreción es crucial) era determinar si las "alianzas matrimoniales" entre uno y otro grupo eran o no habituales. En una hilera de hayas que bordeaban un camino, cubiertas de caracoles, conté sesenta felices parejas, treinta y cinco de las cuales eran *hortensis* y las restantes, *nemoralis*. En todas mis observaciones no vi un solo caso de tales matrimonios cruzados: los "negros" invariablemente se acoplaban con "negros" y los "blancos" con "blancos". También hay una variedad más pequeña, el *H. hybrida*, con el borde de la abertura rosado o pardo, al que nunca observé en pareja».

La tesis de Jacqueline Winwar, que ya estaba casi lista, se proponía comprobar si los cambios observados en la población —menos conchas con bandas y más con un único color— se debían sobre todo a la herencia y la selección darwiniana o a cambios en el entorno. ¿Favorecía el suelo moteado de los bosques la aparición de bandas? ¿Qué efecto tenía la reciente disminución de la población de zorzales? Los objetivos que perseguía Luk Lysgaard-Peacock en

su investigación de los cambios genéticos de los caracoles eran más amplios y más variados, pero llevaba unos cuantos años estudiándolos y ya empezaban a aparecer algunos patrones interesantes aunque anómalos.

Trabajaban bien juntos, moviéndose en silencio por el terreno húmedo mientras tomaban nota de la cantidad y ubicación de tal o cual color y forma. Condicionado como estaba su trabajo por la velocidad de los caracoles y la altura por la que se desplazaban, hurgaban entre las matas, miraban bajo las piedras. Jacqueline se detuvo para contar y recomponer las conchas aplastadas y vaciadas por los zorzales. Predominaban los oscuros con bandas, entre los que había algunos moteados de verde a los que no habían marcado en el bosque, sino en el seto que separaba los gallineros del campo abierto. El sol calentaba ya el suelo y disipaba la niebla cuando Luk se dirigió hacia aquéllos, y de pronto olió a quemado. Alguien había encendido un enorme fuego junto al muro; todo el terreno había quedado chamuscado, y había un gran boquete en la tapia y en la tierra. La zona de alrededor estaba sembrada de tablones carbonizados con restos de alquitrán. Luk recogió dos o tres conchas ennegrecidas e irreconocibles, que se deshicieron en sus dedos. Fuera cual fuera el motivo de ese incendio, aquello era un desastre porque había ocurrido en el preciso lugar del muro donde los caracoles solían congregarse e hibernar. Él los había estado estudiando para averiguar si volvían o no al mismo lugar. Llamó a Jacqueline, que se acercó y observó en silencio la devastación.

A los ojos de ambos, la ceniza, los restos de alquitrán y la tierra quemada eran un acto de vandalismo y una profanación. Acostumbrados a trabajar centímetro a centímetro, se enfrentaban a casi medio campo destruido por el fuego.

—Esto tergiversará por completo nuestros resultados —dijo Luk.

—No tiene sentido afligirse tanto por unos pocos caracoles —contestó Jacqueline.

—Había muchísimos más que unos pocos en este muro.

Jacqueline se sentó en una roca. Luk le pasó un brazo por los hombros, pero ella lo apartó y, sacando su cuaderno de notas, se puso a hacer un dibujo del área quemada. Luk vio que por el campo contiguo se acercaba alguien. Era una mujer menuda vestida con unos pantalones cortos. La acompañaban un perro ovejero blanco y

negro y un carnero, y caminaba con una cojera a la que no estaba habituada. Al aproximarse, vieron que tenía la cara muy magullada y los labios hinchados. Llevaba una gran cesta de huevos, cuidadosamente dispuestos en hileras pero aún con manchas de sangre. Era Lucy Nighby, la propietaria de Dun Vale y del terreno donde ellos se encontraban.

—Doctor Peacock. Jacqueline. Buenos días. —Su voz era afable.

Ninguno de los dos hizo comentario alguno sobre sus magulladuras.

—Habéis destrozado toda nuestra investigación, con vuestro fuego —dijo Luk.

—No fui yo. Yo ayudé, claro, pero fue Gunner. Ha hecho nuevas jaulas en batería para las gallinas, en el prado junto al río, así que quemamos los viejos gallineros. Estaban podridos. No pensé en los caracoles. Pero, de todos modos, hay caracoles por toda la zona, ¿no? Quiero decir, no había más aquí que en cualquier otra parte…

—-Bueno, la verdad es que, a causa del muro…

—Lo siento mucho. Pero, aun así, Gunner…

No acabó la frase. No era necesario. Llamó al perro, de nombre *Shirley*, y al cordero, que se llamaba *Tobías*, y los animales se acercaron trotando.

—Se consiguen muchos huevos en una batería —dijo.

El párpado se le estaba hinchando con gran rapidez, por lo que parecía que guiñara un ojo. A la vista de esto, Jacqueline se cuidó muy bien de decir nada sobre la cría de gallinas en baterías.

—Podéis considerar a Gunner como una acción divina, en vuestra investigación —añadió Lucy con cierta dureza.

—Habría preferido tener caracoles vivos —replicó Luk.

—Los actos divinos no tienen nada que ver con lo que uno prefiere, eso es lo que digo —declaró Lucy Nighby, antes de alejarse en dirección a su casa. Ésta se alzaba en una hondonada del valle que constituía el dedo más largo del guante, cerca del lago de Mimmer y de su orilla cubierta de cañas. Lucy, cuyo apellido de soltera era Holdsworth, había heredado la propiedad. Se había casado con Gunner, que provenía de una familia de marineros originaria de Staithes, al norte de Whitby, a quien había conocido cuando él había acudido para ayudarla con las cuadras que estaba intentando organizar. Ahora él se ocupaba de la granja, constituida

mayormente por ovejas más algunas gallinas, patos y gansos. Recientemente había instalado unos corrales de pavos que semejaban presidios. Asimismo alquilaban ponis a excursionistas, unos ponis escuálidos. También Lucy era escuálida, con toda su belleza ajada. La pareja tenía tres niños, Carla, Ellis y Annie.

—A veces pienso que nunca conseguiremos resultados concluyentes con nuestra investigación —comentó Luk.

—Bueno, forzosamente tienen que quedar posibilidades abiertas… a no ser que alguien mate a todos los caracoles con una bomba nuclear o algo parecido.

—De todos modos, tú ya has recolectado todos los datos de tu tesis.

—Así es. Pero he estado pensando…

Luk sentía aún en la mano el firme tacto de los dedos de Jacqueline, cuando se la había apartado.

—He decidido pedirle a Lyon Bowman que me incluya en su equipo de investigadores —prosiguió ella—. Quiero hacer ciencia de verdad. Quiero estudiar la fisiología de la memoria. Creo que las grandes neuronas de los caracoles pueden ser ideales para investigar la conducción… Quiero hacer algo así, bien concreto.

—Entiendo. ¿Por qué?

—No sé exactamente por qué. Sólo sé que eso es lo que debo hacer. Por qué tiene que ver con Konrad Lorenz. O, al menos, la idea me surgió cuando lo estaba leyendo. Su defensa del concepto de instinto, en contra de las modernas ideas de que todo es producto del entorno, de la educación, no de los reflejos inherentes… Y quiero formar parte de todo eso, investigarlo. ¿Sabes lo que dijo? Que tenemos «una absoluta ignorancia de los mecanismos psicológicos que gobiernan el aprendizaje». Así que pensé: eso es, eso es lo que hay que estudiar. Y Bowman ha hecho unos estudios excelentes sobre la visión de las palomas…

—Tu idea me parece muy bien —dijo Luk—. Pero Bowman no es un hombre agradable.

—Eso no importa.

—Sí que importa. Siempre importa. Hay que tenerlo en cuenta. Y yo te echaré de menos.

—¿Por qué me vas a echar de menos? Seguiré viniendo aquí a observar los caracoles…

—Hay algo que querría decirte.

—No.

—No puedes decir que no hasta que hayas oído lo que tengo que decirte…

—Sí puedo decirlo. No lo hagas. Deja que todo siga como hasta ahora.

Luk extendió una mano, y Jacqueline retrocedió un tanto, lo justo para que él no llegara a tocarla. Era lo contrario de una danza de apareamiento, pensó Luk, un movimiento ritual de evitación que ella había perfeccionado y que él conocía bien. Recordó los estudios de Lorenz sobre la conducta de otras criaturas. La mayoría de las hembras que no eran receptivas mordían, o armaban, o gruñían. Ésta sólo retrocedía un paso o dos para ponerse fuera del alcance. El mensaje era muy claro: no lo deseaba. Lo que lo intrigaba como científico, dada la inequívoca claridad de su discreta respuesta, era cuánto la deseaba él.

Jacqueline se inclinó otra vez sobre su cuaderno de notas para completar su detallado dibujo de la tierra quemada. Luk permaneció de pie junto al muro, observando el páramo. Como otras veces, se dijo que uno podía convertirse en una especie de experimento científico fallido sobre el amor o el deseo. Una explicación científica de su comportamiento podría ser que los machos de especies similares —como los mandriles y los simios— apenas si pensaban en algo que no fuera sexo y rivalidades, lo cual los impulsaba a coleccionar hembras e imponerse. Pero con ello no explicaba su convencimiento de que Jacqueline era la única para él ni su incapacidad para tomar la decisión racional de buscar otra mujer más receptiva y complaciente. Casi desde el momento en que la había conocido había sabido que Jacqueline era la única mujer atractiva y perfecta, aunque ella acababa de salir de la niñez. Se preguntó si este mecanismo sería semejante al de la impronta. Era normal que una oleada de feromonas pudiera poner a alguien enfermo de deseo, ¿pero era normal que ello condujera a un estado de espera desesperanzada a lo largo de años y años? Pensó en los pollitos de cisne que salían de su cascarón y creían que un ganso, un pato o incluso un carro con bocina era su progenitor.

Ahí estaba el caso de *Tobías*, el carnero de Lucy Nighby a quien ésta había criado, y que sin duda se consideraba algo a medio camino entre un humano y un perro ovejero. Pero los seres humanos que se entregaban a un amor sin esperanzas solían hacerlo cuando ya eran seres razonablemente independientes. ¿Era posible que existiera alguna célula cerebral primitiva a la espera de ser activada por un rostro, por la visión de unas caderas o la cadencia de una voz, cuya impronta hubiera quedado en el mismo nacimiento y sólo aguardara a que la estimularan? Jacqueline se movía con gracilidad y tenía unos hermosos ojos castaños de mirada franca, pero no era Helena de Troya, no era la reina que atraía a todos los machos de la especie como la miel o la luz violeta atraían a las polillas. De hecho, su otro único pretendiente era bastante apático, bastante reservado y mostraba una conducta que parecía la nerviosa versión masculina de lo que él acababa de caracterizar como movimiento ritual de evitación. Jacqueline había estado «siempre» apegada a Marcus Potter, aun antes de que él, Luk, la conociera. Marcus miraba de un modo vago, pensó Luk despiadadamente, como si necesitara una mujer para estar seguro de que tenía la camisa bien abotonada y los calcetines del mismo color. Vago y delgado y pálido. Era imposible imaginárselo en la cama haciendo otra cosa que no fuera joder sin mucha energía ni interés. No creía que Jacqueline fuera virgen, pero tampoco creía que se acostara con Marcus. Otro misterio. Por otra parte, ella lo miraba con ternura o esperanzadamente…

Otro rasgo curioso del amor desgraciado era el modo en que persistía contra toda razón —es decir, contra la observación racional de las conductas instintivas—, aguardando pacientemente a que las circunstancias cambiaran. Luk no conocía muchos casos —lo cierto es que no estaba seguro de haber observado siquiera un único caso— en que el objeto de una pasión desesperada hiciera de súbito un cambio total y aprendiera a amar al que antes rechazaba. Había visto en una o dos oportunidades que alguien se resignaba tristemente a aceptar a un sustituto y la cosa había funcionado más o menos, pero ello había dejado zonas enteras del yo más secreto y apasionado de uno y otro anuladas para siempre, inertes. ¿Y cómo sabía todo esto? Porque observaba. Se pueden llevar a cabo experimentos en el amor humano, tal como se hacen en cuanto a las

preferencias de los simios o los conejos, los herrerillos o los ciervos rojos. Era posible inocularse diversas variedades de amor (una vez comprendido cómo «prende» éste) como hicieron los doctores que experimentaron en sí mismos las vacunas. ¿Quería realmente curarse? No, quería a Jacqueline. Se dijo amargamente que tanto la pura razón como el ciego instinto de autopreservación (por no hablar de la necesidad de propagar su semilla para ser padre) le exigían que renunciara a ese empeño por completo fútil. El sol estaba ya muy alto sobre el páramo, y Luk miró a Jacqueline, agachada en la hierba chamuscada, y lo hizo con amor.

Jacqueline intentaba concentrarse en su dibujo. No le gustaba la gente que la ponía nerviosa. Y Luk era el peor de todos. Pero, aun así, este pensamiento era periférico, pues reflexionaba en la idea de la conducción eléctrica y en los diversos modos en que podía examinarse la actividad de las neuronas gigantes. Jacqueline Winwar, como Frederica Potter, era una mujer ambiciosa. Pero había descubierto su propia ambición casi casualmente, porque una cosa había llevado a otra. Había crecido en un suburbio de Calverley, con un padre farmacéutico y una madre maestra de parvulario que se habían mostrado complacidos por sus buenos resultados escolares, pero que nunca le habían dicho cosas tales como «Irás a una buena universidad», y mucho menos «Serás científica» o «Harás descubrimientos». Los estudios de ciencias naturales les habían parecido buena idea, y la capacidad que Jacqueline demostraba en ellos era una indicación de su naturaleza entusiasta y desprovista de complicaciones. Los padres de Jacqueline, y la propia Jacqueline, pensaban que era una afición interesante. Suponían que se casaría y tendría hijos, y esta afición sería útil para enseñarles a los niños cosas del mundo y mantenerlos ocupados. A diferencia de Frederica, Jacqueline no era siempre la mejor de la clase ni esperaba serlo. Pero era buena estudiante, y al cabo resultó evidente que debía ir a la universidad; la escuela así lo esperaba, y para ese entonces ya había en Jacqueline un ansia latente de conocimientos que también lo exigía.

De vez en cuando tenía aún una visión convencional de sí misma, en que se imaginaba encontrando al «hombre ideal» y

uniéndose a él en un frenesí de blancos velos y música de órgano. Entre tanto tuvo varias aventuras estudiantiles —en parte por simple curiosidad biológica, y en parte también porque quería hacer lo que se esperaba de ella— y continuó su relación con Marcus Potter, la cual, aunque esporádica, estaba profundamente arraigada. No se había acostado con él, pero sentía por él una responsabilidad maternal junto con un total respeto por su bullente mente matemática. Marcus no era totalmente de este mundo, no era por completo real, y, cuando Jacqueline empezó a comprender el alcance de su propia ambición, comenzó también a sospechar que lo había elegido por esa precisa razón. Era un candidato tan claramente imposible para las flores naranja, los velos y el órgano, por no hablar de una romántica cena a la luz de las velas o de frotarse perturbadoramente uno a otro la piel desnuda en el cuarto de baño, que ella podía seguir trabajando y ocupándose de sus exámenes, su tesis y sus caracoles, y ahora de la fisiología de la memoria, sin considerarse un monstruo. Tenía que parecer común y poco llamativa. Ni siquiera tenía que pensar en esto. Es más fácil proseguir con su actividad cuando nadie repara en uno (al menos si uno es mujer).

Frederica había sabido que sería «alguien» desde su época de colegiala, había sabido que las miradas se clavarían en ella, que alcanzaría la fama, que la gente la reconocería por la calle. Lo había deseado todo: amor, sexo, vida intelectual. Había experimentado el matrimonio, había tenido a Leo, y había conseguido un discreto medio de vida. Jacqueline se consideraba una persona mucho más anodina que la brillante hermana de Marcus. Pero comenzaba a ser consciente de la inexorable fuerza de su propia curiosidad, de su deseo de conocer un poco más, y luego más y más. Moraba en ella como un dragón en una cueva, y había que alimentarlo, no podía negársele el alimento porque la destrozaría si lo hiciera… El próximo paso era explicarle a Lyon Bowman todo lo que fuera necesario acerca de esto. Le habría gustado decirle a Luk: «Eres demasiado bueno para mí, nunca te daría toda la atención que mereces». Pero sabía que el silencio era mejor. Confiaba en que Luk transferiría todo esto a otra mujer, y entonces podrían seguir confortablemente su trabajo.

Luk tenía un sueño recurrente acerca de Jacqueline. En éste ella era —por algún tiempo— un pájaro pardo, por lo general con ese maravilloso color *negro* amarronado oscuro de la hembra del mirlo, y tenía un aguzado pico dorado y ojos también dorados, mientras que los suyos eran castaños. A menudo su tamaño era más el de un gran faisán que el de un mirlo, y se movía con arrogancia y vivacidad. Aparecía entre los *Cepaea nemoralis* cuando él esperaba ver a una mujer, y se ponía a juntar conchas y apilarlas en la piedra destinada a servir de yunque. En el sueño sabía que no debía acercarse al pájaro, y no obstante lo hacía, y éste lo observaba ladeando la oscura cabeza cubierta de plumas, con el pico reluciente. A veces, no muchas, extraía los caracoles de las conchas, y éstos quedaban colgando de su pico, retorciéndose e intentando soltarse. En una oportunidad él lo había rodeado con las manos, y por un momento le había parecido que el pájaro, cálido y plumoso, se acurrucaba en ellas como en un nido. Luego había sentido que el corazón le latía más y más rápido, y supo que debía soltarlo si no quería matarlo, y se despertó en lo más duro de la decisión. Sabía que era un sueño muy sencillo, pero ésa no era la cuestión; no se reducía a su significado más simple. Las plumas pardas, su atenta mirada, las piernas delgadísimas, el veloz latido de su minúsculo corazón atemorizado lo alteraban, alteraban la imagen que tenía de ella. Meditó científicamente en esto, también. Cuando ella investigara el depósito de memoria del cerebro, ¿descubriría cómo era que una mujer podía transformarse en un pájaro en la mente de un hombre dormido?

3

El rector se había levantado temprano, como era su costumbre. Se sentó tras su enorme escritorio (era un hombre extraordinariamente alto, de casi dos metros de altura) y contempló por la ventana la cuidada extensión de césped que consideraba «suya», aun sabiendo que no lo era. Sus habitaciones estaban en una esquina de la planta baja de Long Royston, la mansión isabelina cedida a la universidad por su propietario, Matthew Crowe, que aún vivía en un ala de la casa. Desde una de las ventanas *sir* Gerard Wijnnobel alcanzaba a ver la terraza donde Frederica, con amplia falda y verdugado, se había pavoneado en 1953 como la joven Isabel, en la obra de Alexander Wedderburn *Astraea*. Por la otra se distinguían, más allá del seto vivo de tejos que cercaba «su» jardín, laderas cubiertas de hierba y las torres de la universidad, conectadas por caminos, plazas y estrechos canales. Una era la Torre de la Evolución, una espiral de acero y cristal, y la otra la Torre del Lenguaje, una suerte de zigurat de ladrillo.

Planeaba un ciclo de conferencias sobre el tema «Cuerpo y mente», por lo que su escritorio estaba cubierto con prolijas listas de los posibles conferenciantes (y oyentes). Quería que éstos abarcaran una amplia gama del saber, así que habría lingüistas, filósofos, biólogos, matemáticos, sociólogos, médicos. Tenía que haber asimismo físicos, pues habría que discutir cómo afectaba el observador al objeto observado, a criterio de la moderna física. Y embriólogos, psicólogos, psicoanalistas, freudianos, junguianos, kleinianos. Sonrió para sí. Ansiaba una teoría biológico-cognitiva total, aunque sabía que era absolutamente imposible que se lograra

en el curso de su vida. Pensó que tal vez debiera incluir también estudiantes de religión.

Él descendía de teólogos, calvinistas holandeses y judíos. En su época había sido tanto un notable matemático como un gramático innovador. Creía firmemente que una universidad debía ser lo que su nombre implicaba: un lugar donde se estudiase todo. Con astucia, pasión y meticulosa determinación había elaborado un plan de estudios revolucionario para la institución que dirigía, en el que se exigía que todos los estudiantes estudiaran una ciencia, más de una lengua y alguna forma de arte.

Quizá debiera haber también artistas en el ciclo de conferencias, pero por regla general se expresaban con torpeza y se explicaban de un modo tonto e inadecuado.

Eso no significaba que no le interesara el arte. En medio del césped, cubierto por un laberinto de brillantes telarañas y resplandeciente de rocío, se alzaba su Hepworth (adquirido por la universidad a instigación suya). Era una gran piedra oval blanca horadada, atravesada por una serie de alambres entrecruzados. En el trémulo fulgor de la piedra se veía la sombra de las telarañas, y a través del agujero central se distinguía el oscuro seto de tejos. Había conocido a Hepworth en Hampstead en 1938, cuando acababa de llegar de Holanda, llevado por la inminencia de la guerra. Habían hablado de matemáticas, y la escultora le había explicado su interés por las formas horadadas, por el modo en que los orificios incorporaban el aire y la luz en la solidez de la piedra, y le había descrito el placer sensual de trabajar con las manos en el interior de una forma espiralada.

En la base del plinto vio varias palomas cola de abanico blancas que, curiosamente y para su placer, repetían en el pecho la curva del mármol. Entonces distinguió al gato abisinio de su esposa, *Bastet*, como una sombra mosqueada agazapada al acecho bajo los altramuces. Amedrentadas por su presencia, las palomas alzaron el vuelo. Le agradaba verlas volar y describir volteretas en el aire. Le agradaba observar cómo se colaba la luz por entre las plumas

blanco-amarillentas de su cola de abanico. Las que se habían quedado eran astutas y endurecidas por la experiencia, diestras supervivientes, pues *Bastet* encontraba y devoraba regularmente sus pichones.

Tenía libros por todas partes. Sus aguafuertes de Rembrandt y sus Mondrian estaban en el estudio. Algunos de los Rembrandt los había llevado consigo desde Holanda, otros los había comprado después de la guerra, cuando aún se podían conseguir muy baratos. Coleccionaba sobre todo figuras solitarias y meditabundas envueltas en oscuras sombras: hombres viejos con finas barbas, mujeres ancianas de rostro plácido y arrugado. Su favorito, quizá, era *Estudiante a la luz de la vela*, con un abismo de oscuridad y una pequeña llama brillante. Poseía una naturaleza muerta de Rembrandt grabada al agua fuerte, una concha cónica, *Conus marmorens*, con la espiral apuntada al ojo del observador y la superficie semejante a una red oscura tendida sobre el hueso. Poseía asimismo una copia de una obra conocida como *Fausto en su estudio*. El anciano, tocado con una gorra y sumido en la penumbra, observa una ventana iluminada, donde se ve una mano mística apuntando a una aparición de tres círculos concéntricos resplandecientes suspendidos en el aire. En el círculo interior se lee el INRI cristiano, mientras que en los exteriores figura la leyenda:

+ ADAM + TE + DAGERAM + ARMTET + ALGAR + ALGASTINA + +

Hasta el momento nadie había sido capaz de descifrar la inscripción. El abuelo cabalista de Wijnnobel lo había intentado y había fracasado, como todos los demás. En cuanto a él, de vez en cuando se le ocurría alguna idea para explicarla, pero siempre resultaba infructuosa.

También Mondrian había estado en Hampstead en 1938 y 1939, pintando austeras rejillas blancas y negras con discretos rectángulos periféricos rojos, amarillos y azules. Mondrian creía que todo, la

suma entera de las cosas, se podía representar con estos tres colores, a los que se sumaban el negro, el blanco y el gris, encerrados en las intersecciones de líneas verticales y horizontales. Los colores eran signos que denotaban todo el color del mundo y simbolizaban todo: púrpura, dorado, añil, naranja fuego, rojo sangre, marrón terroso, azul de ultramar e incluso verde, un color que Mondrian no soportaba. Las líneas rectas representaban el refinamiento de la visión espiritual, la intersección del infinito horizonte plano con la infinita vertical que se apartaba de la tierra para dirigirse a la fuente de luz. Evitaban el trágico azar de las curvas de carne, terriblemente particulares, y aún el de la luna cambiante. La tensa línea vertical era la tensión presente en todas las cosas. La horizontal era el peso y la gravedad. El encuentro de ambas era la cruz, una forma intrínseca del espíritu. El movimiento de las olas del mar, la forma de las estrellas celestes: todo podía representarse por patrones de cruces. Las diagonales, según Mondrian, no eran esencialmente abstractas, por lo que había que abstenerse de usarlas. Le había costado mucho esfuerzo establecer la composición de su red, y de hecho la había modificado a menudo. A juicio de Wijnnobel, el sistema era insensato por la pureza de su elaboración humana, y no obstante le parecía de una belleza sin par por lo implacable de su construcción. Había muchas tríadas de colores «primarios», y Mondrian había elegido una de ellas por razones históricas. La suya era una visión de los ladrillos del universo, forzada por la necesidad. Una teoría global.

Al igual que los Rembrandt, la obra de Mondrian simbolizaba en su mente a su país. Una especie de obstinada sencillez y exactitud, expresadas con una desmesura espiritual. Los ingleses entre los que vivía sentían aversión por los extremos. Él respetaba su posición, pero sabía que su ignorancia era tan peligrosa como potente. Le gustaba Yorkshire; se sentía allí como en su hogar, porque se parecía a su propia tierra en muchos sentidos. Pero había diferencias.

Vincent Hodgkiss, el decano, llegó a las nueve para tratar diversos asuntos, entre ellos el ciclo de conferencias sobre «Cuerpo y mente». («Habría que buscar un nombre mejor», dijo, pero Wijnnobel replicó

que éste era apropiado). Hodgkiss era filósofo, alumno de Wittgenstein. Wijnnobel lo admiraba porque era tan diestro con las matemáticas de Wittgenstein como con sus ideas sobre el lenguaje. Era un hombre de anchas espaldas, ligeramente calvo, que usaba gafas y hablaba poco y con mesura. Discutieron sobre la disposición y contenido del ciclo. Wijnnobel dijo que había estado meditando sobre los expositores «estrella», *primi ínter pares*, y que tenía dos nombres para poner a su juicio.

—Tanto en calidad de decano, como en calidad de conferenciante —añadió—. Creo que podríamos disponer un encuentro histórico…, un debate histórico, entre Hodder Pinsky y Theobald Eichenbaum.

Pinsky era un norteamericano bastante joven que denominaba a su disciplina psicolingüística cognitiva. Empleaba ordenadores para investigar las estructuras de la capacidad lingüística que, a su juicio, eran universales. Eichenbaum, un alemán de más edad, se consideraba etólogo. Había llevado a cabo minuciosos estudios sobre la impronta en cachorros de perro, zorro y lobo, y había investigado la conducta grupal de las camadas de ratas, las manadas de lobos y los cardúmenes de peces. Ambos compartían la creencia de que había ciertas estructuras biológicas innatas, pero diferían en cuanto a cuáles eran éstas, cómo era la naturaleza del proceso de aprendizaje y cuáles eran las pautas de crecimiento de los humanos y de otras sociedades. Eichenbaum provocaba recelos porque tenía un turbio pasado de avenencias con el nazismo (había continuado enseñando en la Selva Negra durante toda la guerra y tenía ideas inflexibles sobre la supervivencia de los más aptos). Pinsky era un hombre de ideas políticas democráticas; participaba regularmente en las quemas simbólicas de órdenes de reclutamiento (no la suya, porque era casi ciego) y apoyaba a quienes querían redactar de nuevo los estatutos de las universidades y desechar buena parte de la basura intelectual acumulada en ellos. En su opinión, todo podía reconstituirse otra vez desde cero, reluciente y casi infinitamente perfeccionado. Eichenbaum, en cambio, citaba con aprobación la afirmación de Konrad Lorenz de que bastaban dos generaciones para destruir una cultura que había llevado siglos desarrollar.

Costaba imaginar que pudieran caerse bien. Vincent Hodgkiss opinaba que también era posible que los estudiantes hicieran

manifestaciones de protesta contra ambos. En el caso de Eichenbaum, a causa de sus supuestas ideas políticas, y en el de Pinsky, cuyas opiniones políticas eran impecables, debido a su inflexible postura acerca de la inteligencia innata. Hodgkiss explicó que, según le habían informado, en el campus había estudiantes de visita que no eran alumnos de la universidad, sino veteranos de las protestas de París y de la antiuniversidad.

Wijnnobel comentó que lo de la antiuniversidad sonaba interesante.

—Sí, en principio sí —reconoció Hodgkiss—. En la práctica, creo que no es más que desorden y confusión.

»¿Se sabe si Pinsky y Eichenbaum estarían interesados en venir? —inquirió luego.

—Me he tomado la libertad de escribirles —dijo Wijnnobel—. Ambos se muestran interesados pero cautos. Tengo por aquí sus cartas…

Mientras hablaba, revolvía en el cajón de su escritorio. Los papeles estaban cuidadosamente apilados pero, al girarlos, se quedó con los dedos pegajosos y manchados de negro. Era evidente que alguien había untado los papeles con una sustancia negra y viscosa que los había pegado entre sí. Vincent Hodgkiss observó a Wijnnobel, que se esforzaba por despegarlos, y le ofreció ayuda. Wijnnobel depositó una hoja ilegible en el secante.

—Qué extraño —comentó Hodgkiss con su voz de Oxford que algunas personas del norte encontraban afectada—. ¿Qué puede haber pasado?

Wijnnobel separó otras dos páginas ilegibles.

—Parece una acción deliberada —añadió Hodgkiss, consumido ahora por la curiosidad—. ¿Tendremos algún estudiante bromista que…?

—No lo creo —lo interrumpió Wijnnobel—. Me temo que sé quién lo hizo. No se preocupe por esto.

Dio unos golpecitos en el secante con los dedos manchados, sin que se le trasluciera expresión alguna en la cara. Hodgkiss observó cómo separaba con cuidado otra hoja ilegible, y le tendió un pañuelo de papel.

—Espero que no se tratara de papeles importantes.

—Algunos sí, otros no. Algunas cartas personales. El último

artículo de Pinsky.

Se inclinó para tirar un sobre en la papelera. El contenido, untado de negro, estaba fútilmente ordenado en una pila y pinchado con un espetón de cocina.

—¿Es alguna clase de brujería? —preguntó Hodgkiss.

—No exactamente. Podría decirse que es una broma hiriente. Por favor, olvídese del asunto. Le aseguro que es mi problema.

—Desde luego.

Una vez que Hodgkiss se hubo marchado, Wijnnobel fue en busca de su mujer. Los mensajes eran de ella. No era el primero, y no sería el último. De vez en cuando anunciaban actos de gran violencia. El papel desechado era cosa frecuente y, por tanto, normal. «He leído tus cartas: lo sé todo», decía el mensaje. Pero la sustancia viscosa era algo nuevo. Cuando dañaba su trabajo, el asunto era serio.

La encontró en el cuarto de baño de invitados, una habitación con cortinas rosadas y un empapelado salpicado de flores que pretendían imitar el estilo de la época de Jacobo I, en bonitos tonos rosa, dorado y terracota. Estaba sentada en la tapa del inodoro, con un goteante pincel en la mano. A su lado había una de las sillas de la residencia, ésta sí genuinamente de la época de Jacobo, y, sobre ella, una enorme lata de espesa pintura negra. Había pintado dos paredes y buena parte del cielo raso. En la alfombra se veían manchas negras de pintura y la huella negra de un pie descalzo. Llevaba puesto un holgado vestido oscuro de algodón y una bata blanca de estilo médico, también manchada con pintura negra. Era una mujer alta y rolliza de pelo oscuro, con un flequillo recto a semejanza de las pinturas egipcias. En las muñecas lucía brazaletes de oro a modo de amuletos. En el trozo de techo ya seco había pegado pequeñas estrellas fosforescentes según un diseño preciso. De pie en el umbral de la puerta, Gerard Wijnnobel advirtió que representaban la constelación de Escorpión.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Eva?

—Ya ves lo que estoy haciendo. Alegrando el ambiente. Recortando estrellas. Convirtiendo este mausoleo en una parte del mundo real.

—El negro no alegra el ambiente, Eva —dijo Wijnnobel un poco

tontamente, con tono razonable.

—Creo que es moderno, y de buen gusto. Estoy haciendo una negrura deslumbrante. La cubriré por completo de estrellas. Aquí Cáncer, y Capricornio allí. Y Aries sobre la cisterna. Nadie tendrá nada como esto. Estoy usando el poco talento que tengo para mejorar este lugar, que es el lugar donde vivo. ¿No soy acaso el ama de casa? Pensé —añadió, mirándolo con sus grandes ojos maquillados con tonos dorados y marrones— que te agradaría que haya encontrado el modo de emplear mi tiempo en algo creativo.

Siempre era posible que estuviera hablando con franqueza.

—Pero hay… Ésta es una casa de interés histórico… Hay cosas que podemos hacer en estas habitaciones y cosas que no.

—Yo vivo aquí. Cuando me muera podrán restaurar en un par de horas esta cretona sin alma. Me gustaría que todo tenga sentido aquí, incluso el meadero.

Hizo un amplio movimiento con el cepillo, abarcando todo el cuarto de baño, y agregó:

—Sueño con una caverna que no tenga más techo que el cielo estrellado. —Tenía una boca muy grande con las comisuras caídas, en un gesto de amargura—. Lo que pasa es que eres una persona sin imaginación, Gerard, una persona de mente cerrada.

—Puede ser —contestó el rector.

—El amor se ha adueñado del lugar de los excrementos —dijo Eva Wijnnobel. Observó a su esposo para ver qué efecto tenían en él sus palabras, y por un brevísimo momento su mirada se volvió calculadora—. ¿Has desayunado, cariño? Me he olvidado por completo del desayuno. ¿Qué te parece si lo tomamos juntos, y luego tú vuelves a tus importantes papeles y yo a mi tarea decorativa?

Wijnnobel ya había desayunado, pero dijo que no lo había hecho. La cogió por la mano para ayudarla a bajar del pedestal. El cepillo le dejó una línea negra en la corbata azul al rozarla fugazmente. Se dirigieron al comedor, donde *lady* Wijnnobel se puso a cortar unas rebanadas de pan demasiado gruesas para la tostadora, mientras canturreaba en voz baja. En una plancha portátil había tocino congelado. Los perros de *lady* Wijnnobel, dos collies llamados *Odín* y *Frigg*, entraron temblorosos, agitando el rabo.

—Pídele a papá un poco de corteza de tocino —le dijo Eva Wijnnobel a *Odín*.

Odín, tuerto como su homónimo, con un ojo azul y muerto y el otro castaño y calculador, era azul grisáceo y dorado, con crin y collar blancos y cola muy poblada. *Frigg* era negro y blanco. Ambos estaban gordos, y tenían esa agitación zalamera de los perros de trabajo obligados a estar ociosos en una casa.

—Mamá no se ha olvidado de vosotros —dijo Eva Wijnnobel, tendiéndoles tocino y una rebanada de pan frito—. Habrá un suculento riñón para vosotros. Hablaré con la cocinera.

—Deberías llevarlos a dar un buen paseo, Eva —sugirió Gerard Wijnnobel—. Este tipo de perros necesitan ejercicio.

—Lo sé, cariño. Me lo dices continuamente. Estoy siempre arriba y abajo con ellos. Todo el tiempo. Sé algo de perros, ¿no?

Odín hizo una mueca. *Frigg* adoptó una posición humilde. Gerard Wijnnobel bebió un sorbo de café negro. Sabía que ella no había salido con los perros ni lo haría. Consideraba que todo aquello —las estrellas, la pintura, los perros, el voraz gato abisinio devorador de palomas, *Bastet*— era culpa de él. Ignoraba cómo actuar. En este aspecto dependía totalmente de la amabilidad de los otros: el ama de llaves, la secretaria, el doctor. Decidió que podía acostumbrarse a vivir con un cuarto de baño negro estrellado. Le pediría al ama de llaves que se llevara la silla antigua con tacto. Que limpiara la alfombra. Tal vez incluso que consultara a *lady* Wijnnobel si se podía cambiar la alfombra por otra más a juego con las paredes negras.

Había conocido a Eva Selkett durante la guerra, mientras se encontraba en Bletchley. Él contaba por ese entonces treinta y cuatro años y había tenido un asunto amoroso con una judía holandesa licenciada en Historia del Arte, a quien mataron en Amsterdam. Eva era estenógrafa y tenía veinticuatro años. Según dijo, provenía de una familia inglesa radicada en Alejandría. Le explicó que era egiptóloga y que había hecho una tesis sobre la escritura jeroglífica, y que así era como había acabado trabajando con los descifradores de claves. La investigación se había llevado a cabo en Oxford, pero ella había dado una falsa impresión; estaba a

punto de radicarse en Oxford cuando había estallado la guerra, así que la parte principal de la investigación acabó haciéndose en Alejandría. En 1942 y 1943 era hermosa, con una abundante mata de pelo negro enrollada sobre la frente y otra atrás, sobre los hombros. Hablaba poco y causaba una impresión de tristeza y retraimiento. Poco a poco le había revelado que toda su familia había muerto durante la invasión alemana, que había perdido también a su novio y que había estado muy enferma, aunque ahora se encontraba mejor. Cuando él la llevaba a cenar, ella escuchaba en silencio y a ratos pronunciaba alguna cita enigmática y apropiada. Citaba a Yeats y a Vaughan, a Jung y a Hermes Trimegisto. Wijnnobel era por naturaleza un hombre poco hablador, pero en aquellos días le hablaba a ella mientras comían y bebían cerveza inglesa caliente, sentados en la hierba junto a sus bicicletas, oyendo los aeroplanos que pasaban sobre ellos. Le contó brevemente la historia de Liliane. Le habló de Mondrian, Hepworth, Gabo, el significado espiritual de las líneas verticales y horizontales. Ella se refirió con voz pausada y convicción al simbolismo de los números y las formas espirituales. En el aire, entre los descifradores de claves, se palpaba el mundo platónico de las matemáticas puras. Él era torpe con las mujeres a causa de su altura. Lo atemorizaba su belleza pálida. Un día, cuando estaban apoyados en una puerta, ella le cogió una mano con aire grave y la puso sobre su pecho, por encima de la camisa de algodón. Una o dos semanas más tarde le dijo:

—Cuando estemos casados tendremos un palomar y palomas.

El futuro parecía ser breve, en esos días. Él quería tener hijos. Quería perderse en las curvas de esa piel cálida. Se casaron enseguida; no había familiares a los que invitar, o al menos así lo creyó. Más tarde descubrió que la orfandad de Eva, como su licenciatura en Egiptología, no eran lo que parecían. Pasaron la luna de miel en una casa de campo de Oxfordshire.

Pronto se sintió decepcionado (por aquel entonces no lo consideraba un engaño), e intentó sobreponerse a su decepción. Después de la guerra tuvo puestos universitarios en Durham y Londres. Trabajó. Eva engordó. Una o dos veces tuvo la esperanza de que su engrosada figura se debiera a un embarazo, pero los niños no llegaron. Él se refugió en las espirales de Fibonacci y el estudio

del orden de las palabras en diversas lenguas. Ella salió en camisón por una ventana de un piso alto, en Durham, cayó en un manzano y se rompió una muñeca y la nariz. Dijo que era la diosa escorpión, Selket. Estaba borracha. Y también estaba enferma. Se intentaron diversas curas: análisis junguiano, sesiones de grupo en Cedar Mount, estadías en clínicas privadas. A todo aquel que quiso oírla le contó que era una víctima sacrificial de la ambición de su marido, de su egocentrismo, de su éxito mundano. Explicó a todo el mundo que él tenía amantes en el extranjero. El alma calvinista de Gerard Wijnnobel creía en ella, por más que su mente razonable argumentara lo contrario con su habitual claridad.

No muy lejos de allí, en Cedar Mount, otro hombre se hallaba sentado a los pies de su cama intentando hacer planes. Se suponía que debía estar en la sala común. Se consideraba deseable que todos los que fueran capaces de ello se reunieran en grupos. Tenía que acudir a una entrevista, una evaluación, con el psiquiatra, el doctor Kieran Quarrell. Éstas no eran nada habituales, y había que sacarles el mayor provecho posible.

Observó la sangre que chorreaba por las paredes y rezumaba lentamente de las esquinas del linóleo. Era evidente que esa mañana era sangre roja. Brotaba del revestimiento de la pared —un vinilo lavable con un encantador diseño de girasoles de dos dimensiones— en gotitas brillantes y burbujas. Desde allí descendía en hililllos que se juntaban en una nítida mancha roja en la base de la pared. Como solía ocurrir con las manchas de sangre, ésta se coagulaba y sé amarronaba en los bordes. En las esquinas del linóleo latía un tanto, como si bajo el suelo hubiera un sistema de venas que la bombeara hacia arriba. Observó cómo empapaba un calcetín blanco que alguien había dejado tirado. Se sentía tranquilo. La sangre de esa mañana era un fenómeno interesante. Le habría gustado discutirlo con alguien. ¿Estaba allí o no? Sin duda la veía con sus propios ojos, notaba su viscosidad y cómo fluía. No eran imaginaciones suyas. No se trataba de una proyección del estado de su mente porque ésta se hallaba en calma, no sangrando. No era una metáfora.

Por otra parte, estaba casi totalmente seguro de que, si recogía

el calcetín, la lana estaría blanca y sin rastros de sangre. En algunos momentos febriles veía la sangre escurrirse por el mismo aire, como lluvia. Y a veces perdía un poco la cabeza o, como decían los enfermeros, perdía los estribos.

Pensó que, si omitía hablar de la sangre —y no tenía ninguna obligación de mencionar esto o aquello—, podría hablar de salir de allí, de cruzar las puertas de su encierro. Sin lugar a dudas, quería abandonar ese lugar. Su vida tenía un propósito, debía discurrir hacia su objetivo, no girar en torno a una cama. Le habían dado una responsabilidad, la de vivir su vida, y no lo estaba haciendo. Los que le hablaban se lo explicaban, no siempre pacientemente, una y otra vez. Las voces, como la sangre, se hallaban ahí mismo, y no era él quien las producía ni las controlaba. Eran diferentes del murmullo de las conversaciones de la sala común. No sonaban en su cabeza. Las escuchaba. Y sabía que nadie más las oía.

Había escondido su píldora en el zapato, pues necesitaba tener la mente despejada. Su cabeza era vieja y joven. Su pelo era una mata blanca brillante. Su barba erizada, negra y rojiza, tenía toques de plata. Era un hombre alto. Sentado en silencio a los pies de la cama, esperó y observó la sangre.

4

Frederica se dedicaba a enseñar porque quería hacerlo. Aquel verano de 1968, los estudiantes se dedicaron a organizar marchas y mítines, a enarbolar pancartas y discutir sobre la naturaleza de las cosas. Alzaron barricadas en torno a las oficinas administrativas. Redactaron largos documentos con un sinfín de cláusulas, en los que exigían que se los liberase de las ideas impuestas y los conceptos establecidos por el sistema, y que al mismo tiempo se los preparase mejor para el «entorno total» en el que entrarían. Con «entorno total» se referían al mundo laboral. Los estudiantes de arte de la escuela Samuel Palmer eran especialmente hostiles a los cursos de Estudios Liberales, recientemente introducidos, que incluían tanto literatura —la asignatura de Frederica— como algo de filosofía, sociología y psicología. Por debajo de la puerta del Departamento de Estudios Liberales pasaron una nota que decía: «Exigimos que los cursos de Literatura y Filosofía estén relacionados conceptualmente con el Diseño de Joyas».

Había que abolir el pasado. Alguien colocó en un baño de ácido todas las diapositivas de Alan Melville sobre Vermeer, y las expuso con un letrero que rezaba: «La noble señora se desvanece». Richmond Bly, el director de Estudios Liberales y un entusiasta seguidor de Blake, estaba casi por completo del lado de los estudiantes. En un apasionado encuentro que duró treinta y seis horas, en el que instó a los estudiantes a convertirse en fieras furiosas y acabar con los encasillamientos de la instrucción, aceptó que no hubiera más clases autoritarias, que todos los encuentros entre profesores y alumnos fueran investigaciones sin límites fijos, o intercambios, y que se eliminaran las cosas abstrusas y sin utilidad práctica como las clases de Frederica sobre poesía metafísica. De

modo que las clases de Frederica sobre ficción contemporánea pasaron a ser una sucesión de repetitivos intentos de descubrir los principios fundamentales por los que los estudiantes de arte debían preocuparse por la literatura. Ella carecía de respuestas. Le parecía obvio que era mejor interesarse por las cosas que no interesarse por ellas, y eso incluía la literatura como podría haber incluido la botánica o la fisión nuclear. Pero cada vez le resultaba más difícil conservar su interés por la fugaz condición de ser estudiante, sobre todo de estudiantes que no estudiaban sino que hablaban y hablaban. Sugirió que los alumnos de ficción contemporánea eligieran un tema y lo debatieran. Alguien propuso *El amante de lady Chatterley*, y tras un largo debate se aceptó su propuesta. Por fin tuvo lugar la clase de discusión. Frederica se sentó al fondo, en una posición desprovista de autoritarismo. Nadie habló. Nadie abrió la boca. Frederica preguntó si alguien había leído *El amante de lady Chatterley*. Nadie lo había hecho, o bien no quería admitirlo. Frederica se puso de pie y dijo:

—Si yo hubiera dado una clase sobre este libro, podría haber aprendido algo. Es posible que uno o dos de vosotros hubierais aprendido algo. Tal como están las cosas, respiramos un poco y ya se hace la hora de comer. Tengo una vida que vivir. Así que me marcho.

Los miró de hito en hito, furiosa. Le devolvieron la mirada, críticos y recalcitrantes. Salió del aula, atravesó el corredor y llamó a la puerta del despacho de Richmond Bly.

—¿Más problemas? —inquirió éste con cierta satisfacción, consciente de la rabia que emanaba de Frederica.

—En realidad no. Quiero renunciar. Ya mismo.

—No deberías ser tan rígida, Frederica. Son tiempos apasionantes. No querrás convertirte en una antigualla aferrada a la tradición, ¿no? Hay muchísimo que aprender de la pasión de estos jóvenes.

—Así es —dijo Frederica—. Pero no es la clase de cosas que yo quiero aprender, ésa es la cuestión. Estoy en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Tienes razón en lo que dices: soy demasiado vieja para estar aquí. ¿Quién demonios quiere tener veinte años para siempre? Yo necesito aprender algo, pero no cómo ser estudiante.

—De acuerdo —repuso Bly con calma—. ¿A partir de ahora?

—A partir de ahora.

¿Por qué?, se preguntó más tarde. Era cierto que quería aprender algo, que quería pensar, y era cierto que era una buena profesora porque le interesaban más los libros que enseñaba que los estudiantes que la escuchaban; lo cual no significaba que éstos no le interesaran, sino simplemente que tenía prioridades. Era asimismo cierto que no tenía la más remota idea de lo que deseaba hacer. Ahí estaba la tesis proyectada sobre las metáforas, pero había pasado a ser imposible: como mujer sola con un niño pequeño nunca conseguiría una beca para investigación. Envidiaba a Agatha, que tenía una carrera profesional y tomaba decisiones reales que afectaban a la vida de las personas. Pero Agatha había dicho en una ocasión que se estaba convirtiendo en su trabajo, que había pasado a ser una servidora pública, le gustara o no, y que ni siquiera sabía con certeza si eso le gustaba. Agatha poseía una personalidad definida. Ella, en cambio, por más que era una persona «brillante», tanto a su juicio como al de los demás, carecía de una personalidad claramente delineada. Reflexionó sobre sus opciones. Debía hacerlo, ya que existía el problema de la falta de dinero. Tal vez, al generar una crisis económica donde había habido lo estrictamente suficiente, había querido forzarse a actuar. Como la mayoría de los trabajadores autónomos, se había aficionado a abrir sobres con cheques. Cheques que le enviaban algunos periódicos a cambio de breves reseñas. Cheques de Rupert Parrott por leer el cúmulo de cursilerías de
Bowers & Edén.
Cheques por clases privadas. Cheques rosados, grises, azules por 3 libras, 7 chelines y 6 peniques o 1 libra, 12 chelines y 7 peniques y medio que significaban un pantalón para Leo, un par de medias, una novela de Iris Murdoch, detergente, manzanas, rosas, vino.

Así pues, ¿cómo reemplazar los cheques de la escuela de arte? ¿Cómo se las arreglaba la gente? Preguntó a sus amigos, Tony Watson, que había conseguido tener una columna propia en *New*

Statesman, y Alan Melville. Tony aseguró que hablaría con el director del periódico. Alan dijo que la apoyaba plenamente en su decisión, pero que no podía ayudarla. Habló con Hugh Pink, el poeta, que trabajaba a tiempo parcial para
Bowers & Edén.
Hugh comentó que casi no había mujeres en las editoriales, pese a que había mujeres autoras, y que siempre había supuesto que ella acabaría por dedicarse a escribir. Frederica repuso que la escritora de la casa era Agatha Mond, y que le gustaría que él la convenciera de enviar su relato fantástico a Rupert Parrott.

—Ahora lo ha dado por acabado —añadió—. Así tendría que escribir una continuación. Saskia y Leo lo están ansiando, y yo no puedo escribir una historia fantástica para ellos. Al parecer no soy escritora.

—Sí que escribes —replicó Hugh—. Lo he visto.

—Eso no es escribir, es un pasatiempo —contestó Frederica, poniéndose a la defensiva.

Hugh era la única persona a quien Frederica le había mostrado su cuaderno de apuntes, anagramas, perogrulladas y fragmentos de escritura que denominaba *Láminas*. Sólo le había dejado ver algunos trozos, como ejemplos de juegos o temas literarios.

—Es un juego moderno —había dicho Hugh—. Como los de Burroughs y Jeff Nuttall, sólo que muy diferente, claro, porque es tuyo.

—Hay trozos muy íntimos, de unas pocas líneas. —Pero éstos no se los enseñó.

Había tenido el nombre, *Láminas*, antes que el objeto. La denominación se refería a sus intentos de vivir su vida en estratos separados, sin contacto unos con otros. Sexo, literatura, cocina, enseñanza, periódicos, hallazgos. No incluyó a Leo en las *Láminas*, no porque no formara parte de su vida fragmentaria, sino porque a él no podía fragmentárselo. Más adelante, sin embargo, empezó a incluir curiosos pasajes de los libros con los que, tardíamente, estaba tratando de enseñarle a leer. ¿Cómo se puede interesar a un niño que posee el vocabulario de un complejo adolescente, con lecturas sobre papá que lava el coche y mamá que cocina un pastel?

Sacó los libros de ejercicios del cajón de su escritorio y se los tendió a Hugh. Su última anotación era una colección de *graffiti* de la escuela Samuel Palmer.

> Ponte cachondo, folla y olvídate del mundo.
>
> El arte es un orgasmo que echa abajo las contenciones cívicas y los marcos burgueses y abre violentamente los cerrojos y cadenas del capital.
>
> Agrupaciones estudiantiles pensadas para el entorno total.
>
> La enseñanza es opresión.
>
> Exigimos que la Literatura que enseña pueda aplicarse al Diseño de Joyas.
>
> Cállate y atiende al cambio.
>
> Usad la polla y el coño, no el cerebro. Usad la lengua para el deleite humano, no para decir sílabas vacías.
>
> Prescribe champiñones, no textos de Shakespeare. Aprende locuras para ser sabio.
>
> Pinta cada día todas las paredes con todo lo que tengas a mano.

Hugh hojeó rápidamente las páginas. Frederica aguardaba, nerviosa. Él rió. Luego sonrió. Reconoció los anagramas de Lawrence y Forster.

—Y éstos son anagramas de las cartas del abogado de mi exesposo.

—Es como un I Ching privado —comentó Hugh—. Bueno, privado no. Un I Ching particular, individual. ¿Puedo mostrárselo a Rupert?

—No está terminado.

—Así debe ser.

Frederica aceptó. Hugh formaba parte del sistema de láminas. Era un amigo; en muchos aspectos era «él» amigo, en lo que a escribir y leer se refería. Lo importante era que él nunca confundiera aquello con una posible relación amorosa. No siempre lo había visto de este modo. Al pensar en no pensar en el sexo, Frederica pensó en John Ottokar. Que había aceptado el trabajo en Yorkshire y empezaba en

el trimestre de otoño.

La persona que le consiguió a Frederica un trabajo real y cheques reales resultó ser Edmund Wilkie.

Wilkie, que aún seguía interesado profesionalmente en las actividades cerebrales y la naturaleza de la percepción, se había ingeniado también para formar parte del anárquico mundo de la BBC, reducido y curiosamente abierto. La gente tenía buenas ideas (y malas ideas) y las ponía en práctica sin demasiadas consultas burocráticas. Uno de los programas que había inaugurado era una especie de juego de adivinanzas literario llamado *Extractos*. La idea era sencilla. Cuatro participantes, el director del programa y un actor se sentaban alrededor de una mesa. El actor leía en voz alta citas, y los participantes adivinaban de dónde provenían. En esa época eran muchos los que suponían que así debía ser la televisión: civilizada, un ejercicio mental después de la cena, el equivalente del billar o el tenis para los lectores. Frederica no tenía televisor y empezaba a darse cuenta de que la situación se volvía inaguantable, pues Leo lloraba de rabia porque sus amigos podían ver *Batman* y *DoctorWho* y él no. Ella tenía sus propias ideas. No creía que la televisión fuera importante, a pesar del entusiasmo con que Tony Watson, su amigo periodista, sostenía que a partir de entonces todas las elecciones se ganarían ose perderían en la pequeña pantalla. Tenía la vaga impresión de que era un pecado perder las noches mirando pasivamente lo que fuera, noticias, sarcasmos, discusiones o cualquier otra cosa. Todo esto se podía experimentar mejor y más rápido por otros medios. Y luego estaba el arrogante miedo de los individualistas de ser parte de las masas. A quienes los productores de *Extractos* suponían interesados en la discusión sobre quién era el autor de cierta cita literaria.

Wilkie le dijo a Frederica que podía participar en el programa, a modo de prueba.

—Nos cuesta encontrar mujeres que quieran acudir al programa —le explicó—. No quieren jugar. Tú haces reseñas, así que podemos considerarte periodista.

Los programas se grababan en cuatro bloques, a veces en el Centro de Televisión, a veces en Manchester. Reinaba una atmósfera

de tertulia, así como la ilusión de una compleja vida cultural, que se desarrollaba tanto dentro como fuera de la pantalla. Frederica adivinó el poema «Jardín» de Marvell, *Amor* de Henry Green, «Septiembre de 1939» de Auden y un oscuro pasaje de *Sentido y sensibilidad*. No logró reconocer un pasaje de Byron, quien nunca había sido de su agrado, ni una cita de *Dombey e hijo*, de Dickens, lo cual le produjo una furia momentánea. Pese a su anunciada dificultad para encontrar mujeres, se sorprendió cuando volvieron a invitarla.

—No te asustas de la cámara —le dijo Wilkie—. Eso es poco corriente. Dices exactamente lo que piensas.

Frederica reflexionó sobre sus palabras. Si la cámara no la asustaba era porque no se la tomaba en serio. No se había visto en la pantalla ni quería hacerlo. Los cheques llegaban regularmente, y ella viajaba a Manchester en un vagón lleno de poetas, historiadores y pensadores y los escuchaba hablar de cómo escribir sobre la guerra.

Un día Wilkie dijo inesperadamente que querían hacerle una audición para un nuevo programa que, en cierto modo, trataría sobre la propia televisión, sobre lo que hacía y los efectos que causaba en todos los ámbitos, desde la política a la ciencia y el arte.

—Te he apuntado para una audición —explicó—. Para conducir entrevistas, para hacer preguntas. Lo harás muy bien.

—No, no sirvo para eso. No sé entrevistar a la gente.

—Mira, no te asustas y piensas rápido. Es una gran idea tener una pensadora mujer. No es algo habitual.

—Creo que te equivocas.

—Ven de todos modos a hacer la audición. Aunque sólo sea por la experiencia. No sabes adónde te puede llevar.

—No, no lo sé.

—¿Y qué otra cosa estás haciendo ahora, Frederica?

—No lo sé.

—Pues entonces…

El nuevo proyecto de Wilkie fue bautizado *A través del espejo*. Las

audiciones se efectuaron, no en el Centro de Televisión, sino en un almacén o estudio provisional de Islington. Frederica acudió sin ningún entusiasmo, y por ende sin preparación. Llevaba una camisa verde oscuro con cuello y puños blancos. Gracias a *Extractos* había aprendido que no debía usar prendas negras ni a rayas. También había aprendido a desconfiar de las chicas que se presentaban con bandejitas de cosméticos, colorete y brochas, lápices de ojos y rímel. Al mirarse en el espejo, se dijo que tenía el aspecto de una muñeca temible. Le hacía recordar a algo. ¿A qué? ¿O a quién? A la reina malvada de la *Blancanieves* de Disney. Las luces la harían parecer más blanca, según le dijeron. Había unos diez candidatos, sentados en la penumbra, dos periodistas dominicales, una novelista, una actriz. En esos días los presentadores de televisión eran mujeres que hablaban suavemente, con un peinado impecable y una locución perfecta, u hombres de aire grave con resonancias de las emisoras de radiodifusión.

Las audiciones se hicieron en grupos de dos. Frederica se sintió sorprendida, y molesta, al ver que Alexander Wedderburn, que había pasado de la radio a la televisión educativa, formaba parte del equipo de la BBC. Le explicó a Frederica que, en cada pareja, uno entrevistaría al otro.

—Primero A entrevista a B, y luego al revés, cinco minutos cada uno —dijo—. Hemos intentado hacer parejas de un hombre y una mujer. Lo siento, pero te ha tocado con Mickey Impey, un poeta pop.

—Lo conozco. Leo recita sus chorradas en clase.

—Estaba en nuestra comisión de enseñanza de inglés. Es terriblemente engreído. Eso puede serte de ayuda.

Frederica asintió. Mickey Impey era un joven guapo con una desproporcionada mata de rizos dorados. Llevaba una camiseta con el «Espectro de una pulga» de Blake, rodeado por un círculo de chapas. *Frodo vive. Haced el amor, no la guerra. Jo Jo Jo Chi Minh. Sálvese quien pueda: lluvia radiactiva. La psiquiatría mata. Una única ley para el buey y el tigre es opresión. Basta de comidas en la escuela*. Todo él tintineaba cuando se movía.

Jugaron a cara o cruz quién entrevistaría primero, y le tocó a

Frederica. Si se hubiera parado a pensar se habría dado cuenta de que esto era una desventaja, ya que el segundo entrevistador tenía tiempo para calibrar al otro mientras éste lo interrogaba. Estaban sentados en sillas de lona, uno frente al otro. El poeta esbozó una sonrisa maliciosa. Frederica lo observó. La claqueta dio la señal.

—¿Cuándo comenzó a escribir poesía?

—Hacía cancioncillas con mi cochecito de niño. Mi coche era un carro de bomberos, la nube desde la que ululaba sin cesar. Todo era poesía. Aún lo es.

—Supongo que sus maestros estaban encantados con usted.

—Era el preferido del maestro cuando era un crío. Recitaba todos los versos infantiles. Más tarde el sistema me aplastó.

—¿Qué sistema?

—El que nos obliga a bajar a la tierra. El que nos mata la imaginación. Hechos y números, reyes y reinas, pesos y medidas, huevos y esqueletos y otras estupideces, un montón de mierda. Oh, creo que no tendría que haber dicho eso, ¿no?

—No tengo ni idea. Probablemente no. ¿Y no encontraba nada bueno?

—Me encerraron en un hospital psiquiátrico, una prisión, chica. Fue una tortura.

Sólo tengo cinco minutos, pensó Frederica. Debería dejar el tema de la educación y hablar de sus poemas. Pero la actitud de él era como la de una mariposa que despliega las alas al sol.

—¿Cómo educaría usted a la juventud, entonces?

—No lo haría. Les daría libertad. Para que descubrieran lo que quieren realmente, y cuando lo quieren. Sólo aprendemos lo que de verdad queremos aprender.

—¿Y qué pasa con la ciencia? Se necesitan ciertos conocimientos técnicos…

—Mi querida señora, la ciencia es cosa mala. El planeta acabará destruyéndose con la ciencia. Lo más probable es que nos hagan saltar por los aires con algún hongo nuclear. Y, si no lo hacen, destruirán la corteza terrestre con napalm y extinguirán las aves del cielo y los peces del mar con sus pesticidas. Ya lo creo. La ciencia sirve para dos cosas: para la avidez humana y para la ignorante arrogancia humana. No enseñemos ciencia a los críos. Enseñémosles cosas humanas: a hacer el amor, a pintar cuadros, a escribir

poemas, a cantar canciones, a meditar. He escrito un poema contra la ciencia. ¿Le gustaría oírlo?

—Claro que sí, si no es muy largo.

Los hombres de metal con sus batas blancas
en habitaciones cerradas con los ojos cerrados
fabrican la muerte de metal con garras de metal
ocultan el sol en el cielo.

Los niños danzan libres en los bosques
huelen el sol y la lluvia
danzan y cantan a las raíces y las flores
forman otra vez círculos mágicos.

Los hombres de metal rebosan de odio
atan a los niños con una cadena
cierran de un golpe las puertas de las escuelas
y recluyen a los niños con dolor.

Con ojos encendidos de rabia
los niños queman las puertas de la prisión
las cadenas, las gafas y las batas
y los hombres quedan desnudos bajo la lluvia.

Los niños enseñan a jugar a los hombres
les enseñan la antigua verdad del cuerpo.
Los hombres desnudos se arrodillan y oran.
La lluvia les devuelve su inocencia y su juventud.

—¿De modo que piensa que los jóvenes pueden salvar el mundo de los científicos?

—No es que lo piense: lo sé. Ya lo están salvando. Lo están salvando con la espontaneidad natural. Están oponiendo la explosión del orgasmo a la lluvia radiactiva de la bomba. Pueden lograrlo si no se rinden. Si cambian por completo nuestra conciencia. Haremos todo de nuevo.

—¿Cambiará la política?

—La política será lo primero. No más hombres muertos en trajes mortalmente oscuros. Cantantes y recitadores y oyentes con colores alegres. No más discusiones polémicas. Meditaciones en conjunto. La búsqueda de un camino.

—Pero hay decisiones difíciles. La población. Cómo alimentar al mundo.

—Si se cambia la mente, querida señora, se cambia todo. Se fabricarán nuevas telas, se crearán nuevos colores, también nuevos estilos y nuevas maneras… de hacer crecer cosas, ya me entiende. Nuevas maneras de compartir lo que hay sobre la tierra. Eso es.

—Pero ¿los jóvenes seguirán siendo jóvenes para siempre?

El poeta frunció el entrecejo.

—Eso se verá. Creo que tal vez descubramos que la verdadera juventud consiste, por así decirlo, en estar en la verdad, la verdad de la juventud. Yo creo en el poder de la mente sobre la materia. Creo que uno envejece y muere porque en el fondo quiere hacerlo, no se resiste porque no sabe cómo. Pero aprenderemos cómo hacerlo. Aprenderemos a vivir en el infinito al que pertenecemos.

—Corten —dijo Alexander.

Mickey Impey se había preparado para su entrevista aún menos que Frederica. Se recostó en la silla, cerró los ojos, se balanceó a un lado y otro, y al cabo de un rato preguntó:

—Bueno, ¿de qué le gustaría hablar?

—Bueno, podríamos hablar de mi idea sobre la educación. Es diferente de la suya. Creo en la importancia de aprender cosas, de conocer cosas. No creo que todo se consiga sin esfuerzo.

—Es usted una persona convencional. Me di cuenta en cuanto la vi. Supongo que ha tenido una enorme cantidad de ello.

—¿Una enorme cantidad de qué?

—De educación.

—Bastante. Fui a la universidad. Estudié literatura. He llegado a la conclusión de que uno consigue pensar mejor por sí mismo cuando tiene una idea de lo que otras personas han pensado y de cómo lo han hecho.

El poeta se balanceó más rápido, sin abrirlos ojos. Cric, crac, cric, crac. Cuando habló, lo hizo de modo confuso.

—Toda esa basura. Historia. El pasado. Malo, malo, un mal viaje, todo eso. Como copular con los cadáveres, querida mía, se llame usted como se llame. Pero usted quiere copular con los vivos. Y mucho. Como yo. Así que busca poemas espontáneos, lo que rebalsa espontáneamente, como decía el otro. Apuesto a que creía que no lo sabía.

—Me gustan sus poemas —dijo Frederica—. Me divierten. Divierten a mi hijo.

La silla de lona se quedó quieta con una sacudida.

—Mire, déjese de rodeos. Cante al Señor. Todas las estrellas cantan a coro. A la señora le gustan mis poemas. Bravo. A la altiva zorra le gustan mis poemas.

—¿Tiene usted alguna idea de quién soy yo?

—Vagamente, vagamente. Es usted una especie de profesora, una zorra altiva, una intelectualoide que mira con desprecio. Conozco a las de su clase.

—Pero esta versión particular de eso, de mi clase, cuya entrevista se supone que usted debe hacer…

—«Cuya». Óiganla. Oigan a la zorra altiva con aires de superioridad. Su disertación. Usted no lo sabrá, pero yo también conozco bien los pronombres relativos. Me obligaron a aprenderlos. La gramática no sirve para nada.

—Pues he notado que usted la utiliza con habilidad en sus poemas.

—¿Ha dicho «habilidad»? Encuentra mis poemas «hábiles». Está usted llena de mierda.

—No. Es usted quien lo está. Pero aun así escribe poemas interesantes.

El balanceo se intensificó.

—Corten —dijo Alexander.

El poeta se dejó caer hacia atrás desmañadamente con silla y todo, y se quedó tendido de espaldas, con las piernas en el aire. Su expresión era beatífica.

Días después Wilkie invitó a Frederica al Centro de Televisión para ver la grabación de su entrevista. Se sentaron en una habitación sin ventanas, con la caja tonta en un rincón.

—Tal como te había dicho, tu cualidad es una falta total de temor a la cámara —comentó Wilkie—. Si observas a los demás, incluso al necio de tu compañero, verás el miedo en los músculos del cuello, en el movimiento de los ojos. La petrificación de Medusa. Pero tú no. Mira.

Frederica dijo que probablemente no parecía ansiosa porque había tenido la precaución de no mirarse. Wilkie dijo que, si iba a convertirse en profesional, tendría que mirarse y luego conservar su despreocupación.

Ella apenas si se reconoció. Las cámaras eran amables con sus huesos pronunciados, su boca ancha. Avivaban su color natural, ponían un tono oscuro en su cabello pelirrojo, convertían sus cejas —cuidadosamente empolvadas y retocadas por las expertas maquilladoras— en dos arcos alados. Los ojos de Mickey Impey tenían una mirada de pez, pese a su alegre sonrisa. Los de Frederica, en cambio, brillaban en la pantalla, llenos de interés y regocijo. Su boca tenía un gesto enigmático.

—¿Te acuerdas de aquella representación en que interpreté a Isabel y recité una balada? Aquélla no era yo, y ésta tampoco.

—Claro que eres tú. Tienes todas las condiciones para ser una personalidad. Incluyendo algo que en otra época habría considerado improbable: la capacidad de oír a los demás.

—Uno madura. Soy profesora. Soy madre.

—El puesto es tuyo. Por unanimidad.

—Pero yo no quiero ser una personalidad…

—Ay, Frederica. Quiero, quiero, como un niño pequeño. Éste es el futuro. ¿Acaso no es interesante, aunque sea por un tiempo? Yo tengo dos vidas: hago esto, hago mis investigaciones. Después de todo, ¿qué es lo que quieres?

—No lo sé. Rupert Parrott dice que publicará mi libro de

fragmentos y trozos. Opina que es un libro del momento, justo para ahora. No sé si sabe lo que dice. Pero, en cualquier caso, no es un libro, no es un libro verdadero. No soy escritora. Al parecer, la educación que recibí tenía por fin incapacitar a los escritores. Mickey Impey no estaba tan equivocado.

—Bueno, tú sabrás. Te pagaremos un anticipo. El programa no empezará hasta dentro de unos cuantos meses, pero tendremos que hacerte muchas consultas. Nos interesa tu aporte, como dicen por aquí. Tiene que ser el comienzo de una nueva forma de pensamiento, tal vez una nueva clase de arte.

Retrocedió la cinta y volvió a pasarla. Frederica observó su propia cara. Lo que le gustaba de ella, advirtió, mientras Impey recitaba otra vez su credo en la juventud, era que se trataba del rostro de una mujer, no de una muchacha. Alerta, vigilante, madura. Atractiva, incluso para su dueña. No estaba acostumbrada a ello.

Wilkie le explicó su idea de *A través del espejo*. Frederica pensó más tarde que aquélla era la primera vez que ella le prestaba plena atención, y también la primera vez que él le hablaba con total seriedad, como si ya no la considerara una mera oyente de sus agudezas o alguien en quien ejercitar sus sarcasmos. Había perdido la virginidad con él, allá por 1953, pero aquello había sido (y ella se había propuesto que lo fuera) un suceso sin importancia. Siempre se había destacado como un hombre brillante, un estudioso de la percepción y la cognición que se las ingeniaba también para tener una carrera pública como diseñador de programas. Frederica recordó que en las audiciones llevaba una camisa rosa con cuello blanco y una corbata negra y blanca, con pequeños cubos que producían la ilusión óptica de moverse y adoptar diversas formas. Ahora usaba unas gafas grandes, de montura cuadrangular, y tenía el pelo más largo. Estaba un tanto grueso para ese estilo, pero no resultaba desagradable.

La televisión, dijo Wilkie con gran seriedad, iba a cambiar la conciencia de todo el mundo. En grandes y pequeños asuntos. Los grandes eran más obvios. Era evidente para cualquiera que la política del futuro se desarrollaría en esas pequeñas cajas.

—Hay que aprender a cautivar a la gente cuando la propia cara tiene unos pocos centímetros y uno habla en la intimidad de su cena, o en medio de las caricias a su chica, o mientras le dan la papilla a un lloroso bebé.

Desaparecerá la retórica, debía desaparecer, lo estaba haciendo ya. Para persuadir a las masas había que ser capaz de hacerlo uno a uno, a ojos cerrados, como dice la expresión.

—Parecerá más sincero y será más insidioso y falso —afirmó Wilkie.

Así pues, la televisión cambiaría el mundo. Ya estaba volviendo imposible para los norteamericanos la guerra de Vietnam. Revelaba las imágenes del napalm de esta guerra, las del hambre en todo el mundo. La «ciudad global» de McLuhan era un modo de expresarlo. Él prefería pensar que la televisión había contraído el mundo. Ya verás, añadió, que cada vez hablaremos más del «planeta», porque desde el espacio parece pequeño y solitario, una unidad, con todos sus colores, los remolinos de azul y ocre y verde.

Frederica comentó que ya había advertido que las novelas contemporáneas solían mencionar el televisor encendido en un rincón de la habitación, con su otra vida gris, sus soldados y tanques u otros fregaderos en otras cocinas. Y que había pensado que tomaría el lugar del hogar de la literatura del siglo diecinueve, las brasas donde los personajes de Dickens veían formarse imágenes fantásticas, el cálido fuego junto al que se leían historias en voz alta, o se conversaba, o se vivía.

—Sigues pensando en función de las novelas —dijo Wilkie—. Pero sí, es cierto, es muy cierto. Me recuerda también a la caverna de Platón, con el fuego y las sombras.

—Las novelas no desaparecerán.

—Eso está por verse.

—Necesitamos imágenes hechas con palabras.

—Es verdad. Pero estamos entrando en una era en que el lenguaje se subordina a las imágenes. Por el momento, lo que se considera arte de la televisión son formas bastardas de otras formas de arte. Títeres para los niños, dramas de la vida doméstica constreñidos en tres piezas, películas épicas, caras en primer plano que recitan poemas después de medianoche.

»Ahora tenemos el color: no hay que olvidarse del color —

prosiguió Wilkie; su corbata blanca y negra seguía el contorno de su incipiente abdomen, que se marcaba en su camisa rosa brillante—. Ya se les ocurrirá hacer películas que traten de la pintura y películas que traten de películas, pero tendrán que hacer obras de arte destinadas a verse en pequeñas pantallas con la luz compuesta por píxeles, de color fucsia, verde, turquesa. Y el tema de este arte será cualquier cosa que pueda mostrarse en imágenes coloreadas, desde los labios de los políticos hasta los cráteres de la Luna, desde los glóbulos sanguíneos vistos bajo el microscopio y el lento crecimiento de un embrión hasta la eclosión de las flores y la germinación de las plantas, y, a medida que la tecnología avance, todo esto podrá entretejerse en un gran tapiz viviente. También podrá tratar sobre sí misma, y lo hará, tal como sugiere tu idea del hogar gris titilando en el rincón de habitaciones reales. Puede mostrar cómo hace cambiar el modo en que vemos el mundo. Puede analizar la manera en que reaccionamos a los estímulos, ya sea cuando un bebé ve un rostro, o cuando un alcatraz ve un pico, o cuando se induce a la gente plácidamente sentada en un sofá a desear al instante un helado bañado en chocolate. Puede mostrar siempre y, si así lo desea, hacer pensar al mismo tiempo. ¿Qué sentido tiene seguir machacando con el *music-hall* y los cantantes negros, y quién necesita el marco del proscenio y la química corporal de un público vivo, cuando se puede amplificar un nematodo y crear nuevas formas de belleza mediante infinitos cubos de colores con una infinidad de imágenes variadas moviéndose en ellos?

Wilkie aseguró que *A través del espejo* sería el primer programa de la televisión sobre la televisión. Y no se refería sólo a que se discutiría sobre ella. Lo que quería significar es que sería una nueva forma de pensar.

—Mientras tanto —añadió—, puesto que serás la cara visible y la voz audible de mi proyecto, tienes que tener televisión. Un flamante televisor de color. Y debes mirar todo, ya sea deporte, dibujos animados o la guerra de Vietnam.

Frederica cuestionó lo del color. Las películas de cine en blanco y negro parecían más complejas, paradójicamente. En comparación, los colores parecían chillones. Lo mismo pasaba con las fotografías: en blanco y negro eran en cierto modo más analíticas.

Wilkie dijo que Leonardo sospechaba que el color era una ilusión fugaz. Las líneas y la luz y las sombras eran mucho más esenciales para reproducir la realidad.

—Pero, nos guste o no —añadió—, vamos a vivir con cajas luminosas llenas de mosaicos de colores. La gente olvidará lo que este momento significa, el momento en que pasamos a tener televisores de colores después de no haberlos tenido. Haré que te envíen uno.

—Leo se alegrará.

Más tarde —mucho más tarde, cuando Frederica, que se había sentido vieja a los treinta años, se sorprendía al ver que no se sentía vieja a los sesenta—, al mirar hacia atrás y recordar esta época de confusión juvenil, de grandes vuelcos y liberaciones, la veía como algo muy lejano y acabado, como una vaga tentativa de prolongar los años cincuenta.

En primer lugar —desde el punto de vista histórico— le tomó varias décadas aprender que brotaban como hongos generaciones más jóvenes que la de «los jóvenes» y que, si los jóvenes de los sesenta no recordaban la segunda guerra, los siguieron rápidamente otras generaciones que no recordaban Vietnam, seguidos a su vez por otras que no recordaban las Malvinas. La cara pintada, el pelo, las cintas en la cabeza, las campanillas en los dedos de las manos y los pies pasaron a verse como costumbres tribales y arcaicas, aunque la generación de Leo sentía nostalgia por esa «libertad» tan proclamada y sonada que debía de haber existido, *in illo tempore*, en algún otro lugar. O tal vez, se decía Frederica, pensando en cuán escasos eran sus recuerdos precisos de aquella época, eso sucedía con todos los recuerdos de los antiguos treinta años, ya se hubieran tenido en 1868 o en 1968. Uno ya quedaba exhausto con la lucha por vivir, con la lucha por dar sentido a su vida y con la vida de los jóvenes, cuya existencia dependía de la propia energía, que distaba ya de ser joven. Su idea de su propia juventud era un denso tapiz de ritmos y claves mnemotécnicas, de T. S. Eliot: la primera vez que había probado plátano, melón, carne de ballena, langosta; preguntas de examen recordadas con fútil detalle; humillaciones sin importancia; un terrible deseo sexual, vago e insatisfecho. El tapiz

de los cincuenta estaba tejido con hilos delgados y multicolores, si bien buena parte de él era en tonos pastel, o *beige*, o grisáceos. El de los sesenta, en cambio, parecía más bien una red de pesca con los hilos horriblemente flojos, que sólo había retenido en su malla brillantes y estrafalarios objetos de plástico, mientras que todo lo otro se había escurrido y vuelto a las indiferenciadas aguas del océano.

Recordaba las piernas de John Ottokar. Su doble cara en la ventana, la suya y la de Paul.

También recordaba las primeras semanas de la televisión en color. No por lo que Wilkie había dicho sobre ella, sino por el color en sí. Se sentaba frente al aparato, a los pies de su cama, o bien se acurrucaba en ésta, y lo miraba. Lo que recordaba de la televisión de los sesenta era:

Los partidos de tenis en el verde césped, con figuras blancas, y la forma geométrica de la pista, siempre en movimiento, contenida dentro de la forma geométrica de la pantalla.

Un programa que observaba una mano dibujando y los movimientos del ojo al objeto, de la mano sobre el papel, mientras surgían de la nada contornos y sombras irreales blancos y negros, y la cara representada se transformaba en un conjunto de trazos analizados y dispuestos según un diseño.

Un programa educativo sobre los usos del microscopio, con portaobjetos preparados con geles de color verde mar o violeta.

La primera transmisión en color de una partida de billar inglés. El brillo de la bola rosa, el maravilloso color celeste de la bola azul, las trayectorias en bermellón, el blanco marfil de la bola maestra, el verde del paño de la mesa desplegado en la pantalla.

Una película en color de un herpetólogo en el Amazonas, que mostraba una letal surucucú camuflada entre la hojarasca en descomposición de la selva, un venenoso sapo dorado entre relucientes gotas de agua posadas en una hoja trémula y lustrosa, el aleteo de las azules alas de una brillante mariposa morfo contra el dosel del cielo, una bullente masa de hormigas legionarias, el disfraz perfecto de una orquídea abeja…

Y también los penachos de humo y las lenguas de fuego de la selva tropical de Vietnam.

Todo esto recordaba, mientras que no había retenido sus propias

ropas y muebles, las reseñas que había escrito, los platos que había comido, las esperanzas que había abrigado.

Pero, sobre todo, de esta época recordaba a una mujer para quien leer había llegado a ser tan sencillo como para un gorrión volar, que intentaba enseñárselo a un niño de ocho años de habla refinada que miraba fijamente las palabras como si fueran laberintos o trampas. Cuando se sentaban juntos, ella y Leo, recordaba cómo en su infancia las palabras se ordenaban con sentido mientras los elementos se ordenaban en formas geométricas, como en un caleidoscopio. Recordaba, como un sabor a miel o a vainilla, el placer de dominar *ca, ce, que* y luego *ga, gue, güe,* el delicioso orden lógico de ello, la sensación de que su mente ya conocía todas esas cosas, que estaban a su disposición como una alfombra para desenrollarla y danzar sobre ella. Era incapaz de imaginar lo que ocurría en la cabeza del inteligente muchacho que no sabía leer. ¿Qué era lo que veía, o dejaba de ver? ¿Cuáles eran las conexiones que no hacía? Intentó pensar de un modo analógico: siempre había tenido problemas en la escuela para colocar la coma decimal en las operaciones aritméticas, aunque en su vida adulta había aprendido a hacerlo correctamente por simple sentido común. Pero no conseguía imaginar lo que él no podía ver. No era capaz de ayudarlo. En la escuela aseguraban que todo se resolvería por sí solo, pero ella no lo creía. Sentía su propia cabeza llena de circuitos eléctricos interrumpidos. Ella sabía hacerlo, pero no podía traspasarle su capacidad a él. Era capaz de enseñarle casi a cualquiera a ver en un poema algo que ignoraba que estuviera allí, pero era incapaz de ver lo que Leo no podía ver.

¿Qué es lo que recuerdas de 1968? Serpientes y billar y una cara pálida, ceñuda, con los ojos empañados de lágrimas y la mirada rebosante de orgullo.

5

Jacqueline Winwar fue a ver a Lyon Bowman al final del verano para hablar de la posibilidad de hacer su investigación de posgrado en el laboratorio de éste. Bowman estaba trabajando con el córtex visual de gatos y palomas. Era un hombre rubicundo de poco más de cuarenta años, de cabello negro, abundante y lustroso, grandes ojos castaños de largas pestañas, mejillas llenas y rojas como manzanas, y una boca de labios gruesos a la que también cabía calificar de roja.

Jacqueline dijo que deseaba trabajar en la fisiología de la memoria. Quería descubrir qué cambios se producían en las neuronas después de un aprendizaje, cómo se preservaba la memoria en las células. Había diseñado un experimento —una serie de experimentos— con caracoles, los cuales tenían unas neuronas enormes que hacían muy fácil su disección y observación. Consideraba que era posible llevar a cabo una especie de condicionamiento pavloviano con los caracoles, habituarlos a las descargas eléctricas (como intentaba mostrar el trabajo de Kandel con los *Aplysia*) y a la vez sensibilizarlos a los buenos y malos olores de su comida. Esperaba ser capaz de medir los cambios presinápticos y postsinápticos una vez hecho el aprendizaje. Quería estudiar los neurotransmisores y las señales eléctricas.

Lyon Bowman contestó que no creía que los caracoles se pudieran adiestrar. Era verdad que las neuronas resultaban prometedoras, pero para medir los potenciales de acción necesitaría usar matemáticas complejas. ¿Era buena en matemáticas? Su mirada dejaba entrever claramente que presuponía que una mujer naturalista debía de haber subestimado la dificultad que entrañaba trabajar en un laboratorio estrictamente científico.

Jacqueline dijo que tenía grandes conocimientos sobre los caracoles y que ya había hecho la prueba de entrenarlos para que comieran ciertos alimentos y rechazaran otros. Creía tener pruebas de ello, y le tendió su cuaderno de notas para que lo comprobara. Reconoció que las matemáticas constituían una dificultad, pero aseguró que podía aprender.

—¿Por qué quiere estudiar la memoria de este modo? —Inquirió Bowman—. ¿No sería mejor seguir a Jacobson y suponer que para estudiar la memoria hay que estudiar las moléculas de ARN, o considerar la idea de Ungar de que ésta se comunica por las cadenas de proteínas?

Jacqueline explicó que siempre la había atraído la idea de Hebb de que, en el proceso de memorización, el cerebro establecía en realidad nuevas conexiones, nuevas uniones reforzadas entre las neuronas estimuladas. Para él el cerebro era un sistema de luces relampagueantes, y establecía conexiones eléctricas que hacían que los relampagueos se volvieran más definidos y más prolongados. Había concebido su idea en 1949, cuando aún era imposible estudiar cómo se comportaban las neuronas y las sinapsis. Pero en la actualidad esto empezaba a ser posible. Deseaba comprobar si Hebb se hallaba en lo cierto. Si el cerebro se desarrollaba y se modelaba a sí mismo. Y cómo lo hacía.

Jacqueline prosiguió con su explicación y citó varios experimentos ingeniosos de un neuroetólogo japonés, Hagiwara, y el trabajo de Young sobre los ojos y el cerebro del pulpo. Describía un mundo del que quería formar parte, un mundo en el que se investigaba de forma adecuadamente científica. Lyon Bowman revolvía los papeles de su escritorio. Dijo que nadie de su laboratorio trabajaba con caracoles, y mencionó San Diego y Plymouth.

Jacqueline contestó impulsivamente:

—Sería interesante hacer un experimento fisiológico para descubrir qué hay en los ojos de una persona que nos permite darnos cuenta de que en realidad no nos presta atención. Es como las fotografías. Hay un momento en que la expresión de la cara se apaga y, si se aprieta el disparador justo después de esto, la foto parece sin vida. No sé qué es. Los ojos son ojos y, si están vivos, están vivos. ¿Cómo sabemos si están mirando o no?

—Es verdad. No la estoy mirando. O, mejor dicho, la estoy mirando pero no le prestó atención.

—Así es. Y es de mi vida de lo que estamos hablando.

—¿Por qué tendría que preocuparme más por su vida que por la de cualquier otro candidato bien cualificado, mejor cualificado, que desee hacer su posgrado?

—No hay razones, para usted. Me doy cuenta de que cree que soy una simple estudiante competente. No lo soy. Estoy obsesionada. Trabajo. Quiero hacer ciencia de verdad. Quiero hacer la clase de ciencia que hace usted.

—Según mi humilde experiencia, las mujeres obsesionadas no son buenas compañeras de equipo.

—Tienen pocas posibilidades. No le estoy pidiendo que me tome porque estoy obsesionada. Simplemente quiero que me mire.

—Lo hago —dijo con una carcajada—. Otra cosa, señorita Winwar. Las mujeres suelen desaparecer a mitad del trabajo, para ocuparse de su propia fisiología. ¿Cómo sé que usted no hará lo mismo?

—No puede saberlo. Pero no lo haré.

—¿Tiene usted novio?

—No.

Comprendió que él no le preguntaría por qué no. Aguardó. Habían estado desplegando un juego de miradas y levísimos movimientos involuntarios, y probablemente de olores, suponía, que no podría haber jugado si hubiera sido hombre, y que por supuesto no habría tenido que jugar en este caso. Intentaba —con cierto éxito— considerar su sexo como un problema y un obstáculo que había que resolver y superar. Pensó que seguramente había conseguido su puesto, su lugar en el laboratorio, siempre y cuando no apareciese otro candidato mejor que borrara la impresión que ella había producido, los recuerdos que, de un modo u otro, se habían establecido en la materia gris que había tras los ojos de Lyon Bowman, ahora risueños.

Pensó que jamás podría descubrirse todo lo que ocurría cuando dos personas conversaban.

Pensó que cada uno podía contribuir con un granito de arena al proceso de descubrirlo.

El resultado fue que Lyon Bowman le ofreció un puesto en su

laboratorio, para el otoño de 1968.

Cedar Mount.
Hospital para enfermos mentales Calverley.

De Kieran Quarrell, psiquiatra,
a Elvet Gander, médico psicoanalista.

Querido Elvet:

He recibido tus cartas y tu ensayo sobre las Fieras del Espíritu, cosa que te agradezco. Quedé agradablemente sorprendido por el tono ecuánime con que relatas este despuntar espiritual. No te dejas llevar por el entusiasmo, como habrían hecho muchos de tu profesión, pero tampoco lo rechazas de plano. Soy bastante escéptico con respecto al valor que suelen tener las búsquedas espirituales del infierno (o el cielo), pero tampoco creo que la respuesta sea llenar a la gente de medicamentos y provocar la vaciedad. Parte del problema al que tanto tú como yo nos enfrentamos es que los genuinos buscadores espirituales (sea lo que sea el «espíritu») deben de tener cierta semejanza con los auténticos chiflados que tienen un cortocircuito mental. Podemos afirmarlo, aun cuando no seamos capaces de definir con precisión —¿quién puede hacerlo?— qué es «sano» y qué es «normal».

He estado pensando acerca de todo esto —y tu ensayo me vino que ni pintado— porque tengo un paciente que me trae a mal traer y que quizá te interese. Y desde luego les interesaría a tus Fieras, ya que tiene lo que, sin lugar a dudas, es alguna clase de problema «espiritual».

Dice llamarse Lamb, Josh Lamb. Tiene unos cuarenta años, habla con acento de North Yorkshire y parece una persona educada. Su aspecto es bastante impresionante. Alto, con el cabello lacio y blanco brillante, profundas arrugas en el rostro y grandes ojos oscuros, muy separados, con cejas y pestañas negras. Es un hombre velludo, con una barba tan crespa y poblada como una mata. Y la barba no es blanca sino multicolor, con pelos negros, castaños y rojos.

Es muy reservado acerca de su vida, y a veces asegura que no tiene recuerdos o que es incapaz de distinguir los recuerdos de las visiones que le envía el diablo. (Dice todo esto de un modo cordial y razonable). Por lo que sé, ha sido maestro y sacristán, y también portero de un hospital. Ha vivido mucho tiempo como vagabundo, haciendo trabajos ocasionales en las granjas y mendigando, como un *sadhu* con su escudilla (la analogía es suya). Ésta no es la primera vez que viene a Cedar Mount. Ha estado entrando y saliendo; su primera estadía fue antes de que yo viniera aquí.

Tiene alucinaciones visuales y auditivas, y pasa por fases en las que no hace otra cosa que yacer de espaldas y llorar en silencio. Parece olvidarse de comer pero no hace alharaca: simplemente no come. Cuando las alucinaciones son muy intensas se queda de pie en un rincón, con la espalda contra la pared, discutiendo y gesticulando. O inclinándose repetidas veces y con gran rapidez. En ocasiones insiste en ponerse un sombrero de hule de ala ancha, y se vuelve amenazador cuando se lo quitan. (Ignoro el motivo. Sólo sé que lo calma, así que he hecho que se lo devuelvan).

No es fácil establecer su historia personal. Dice que sus padres han muerto y que no los recuerda. Algunas veces atribuye astutamente esta pérdida de memoria a la terapia de electrochoque, cosa que podría ser posible. ¿Por qué entonces estoy tan seguro de que sí recuerda a sus padres?

Me pregunto qué edad tendría cuando murieron. Por lo general dice que no lo recuerda, pero una vez, cuando estaba perturbado y acosado por las alucinaciones, y había bajado la guardia, dijo «once». En esa ocasión le pregunté si ambos padres habían muerto juntos. Contestó exactamente (tomé nota mientras lo hacía): «¡Oh, no! Claro que no murieron juntos. Pero sí relacionados en el tiempo, no muy separados uno de otro». Eso fue todo lo que logré obtener de él. Tiene un modo de mirar como si estuviera dando una pista vital, servida en bandeja, y uno fuera extremadamente estúpido por no poder seguirla. Pero no se trata de algo ofensivo. Él no es ofensivo. Más bien es majestuoso.

Por un tiempo formó parte de uno de mis grupos. El que

yo llamo el grupo espinoso, el de los quejosos y los mudos obstinados y los gruñones. Son capaces de estar mosqueados toda la sesión, con la vista fija, si yo renuncio a mi papel de «conductor». Él no tenía —no tiene— esa típica desconexión de la esquizofrenia. Desde un principio me di cuenta de que era un hombre observador. Sabía, con frecuencia antes que yo mismo, dónde se produciría el próximo estallido, quién estaba a punto de explotar, quién estaba trastornado. Así que, cuando yo abandonaba mi papel, lo asumía él. No, esto no es exacto. Los demás le confiaban el papel, se volvían hacia él. En un principio pensé que tal vez se debía sólo a su aspecto enigmático. Y limpio, impecablemente limpio, a diferencia de la mayoría de los otros. Había una mujer atemorizada por las palizas que le propinaba su marido y que lloraba sin cesar. Otra mujer, sensata en apariencia pero que evitaba con gran arte todo lo que fuera profundo o difícil, no dejaba en paz a la mujer atemorizada, asegurando que ella se lo había buscado. Estaba a punto de escribir «Lamb dijo de pronto», pero lo cierto es que esto no habría sido exacto. Fue ella quien le dijo a Lamb: «¿Qué piensa usted de esto? ¿Qué haría en mi lugar?».

Y él contestó: «Debe usted abandonar esa arrogancia de suponer que el mal es culpa suya, o que se originó con usted. Está ahí fuera, en el mundo, siempre activo. Se apoderó de usted. Mi consejo es: apártese de su camino. Olvide la culpa, que no tiene la más mínima importancia». Y ella le agradeció sus palabras como si le hubiera dado algo precioso. Podría alegarse, por supuesto, que la idea de un «mal activo», del que nadie es responsable, es realmente bastante peligrosa. Él le ofreció, por así decirlo, una palabra de consuelo. Como es lógico, yo evito siempre sugerirles un determinado curso de acción, ya que eso no forma parte de ningún modo de mi papel en el grupo. Así que se vuelven hacia él, y él los complace. Y lo hace muy bien, pero como si no se implicara. Quizá por eso lo haga tan bien. Ése es «su» papel. Tal vez, como parte del mío, yo tendría que cuestionar lo que dice, pero eso me incomoda.

Hoy tenía una cita, para su evaluación regular. Dice que

quiere dejar el hospital. Pero, cuando le pregunto adónde irá, qué hará, simplemente sonríe y contesta: «Podría decirle que el Señor me guiará, pero probablemente usted lo consideraría un signo de locura, y de verdad ansío dejar este lugar». Le pregunté por qué pensaba que yo lo consideraría un signo de locura, y me respondió que a san Juan lo habían quemado, pero también santificado, por ver y oír cosas. Mientras que ahora, comentó con bastante afabilidad, se los encierra.

Está leyendo a san Agustín y a Kierkegaard. Le pregunté el porqué de la elección de estos dos, y me dijo que ellos conocían el mal. Le pregunté entonces qué era el mal, y contestó: «Cordero asado». Le encantan los juegos de palabras[2].

Dice que Cedar Mount lo está transformando en una morsa. Creo que esto tiene que ver con la grasa de estos animales. El Largactil tiende a hacer engordar a los pacientes, y tal vez hay también una referencia a los gimoteos[3]. (Llora con frecuencia).

El doctor Shriver, que estudió el caso de Lamb, escribió que su conversación carecía de lógica, por no hablar de la falta de sentido. Durante la evaluación, era evidente que se esforzaba sobremanera por ser locuaz, porque quiere salir. Le pregunté si creía que tenía vocación religiosa, y respondió: «Muchos son los llamados pero pocos los elegidos. Me rechazaron».

Quise saber por qué, y me explicó sosegadamente: «Porque les dije que podía ver la sangre de Cristo en el firmamento». Y añadió con afabilidad: «Y así es, ¿sabe?». Otra vez tuve la sensación de que me ofrecía una pista que yo era incapaz de entender. (Supongo que no me viene mal sentirme incapaz tan a menudo. Siempre y cuando se compense con esporádicas congratulaciones propias por alguna demostración de capacidad).

Intenté continuar con el tema de san Agustín. No sé mucho sobre él, sólo que era un feroz africano que creía en la predestinación (cortesía de las excelentes novelas de Anthony Burgess). Lamb dijo que san Agustín había traicionado a su Señor. ¿A Jesús?, pregunté. No, dijo Lamb, al profeta Maní,

que había entendido la verdadera naturaleza del mundo. La verdadera naturaleza del mal, aclaró. Agustín lo traicionó, repitió. Los maniqueos conocían la verdad y la abandonaron por el blando cristianismo. Dijo entonces algo que no pude comprender ni registrar, acerca de cómo se comprenderían estas cosas, y algo así como: «El testamento de mi padre, que ardió como los querubines en el cielo o los demonios en el infierno; él mostrará el camino…».

Le pregunté si se refería a su verdadero padre. «¿Qué quiere decir con verdadero?», me contestó, y no dijo nada más.

No hay constancia de ninguna conducta violenta de su parte… si bien genera, por así decirlo, una atmósfera de violencia posible. Todos los domingos puede oírse en cualquier iglesia el lenguaje religioso sobre la sangre y el fuego. Pero nadie cree que los vicarios estén locos ni que haya que encerrarlos.

Siento instintivamente que él merece respeto.

Si estuviera entre tus Fieras (sé que me estoy dejando llevar por la imaginación, pero…) podría descubrir quién o qué le habla. Él dice que no es nadie. (No hay que olvidar que quiere salir de aquí y que sabe que tiene que «parecer» normal). Pero lo he observado escuchar en silencio (sin dejarle ver que estaba observando), y «algo» le hablaba en el aire mientras transcurría nuestra conversación. Él no lo dejaba traslucir, y yo tampoco.

Creo que se merece algo mejor que una cama en un hospital y la compañía de los complacientes y desagradables locos.

Volviendo a leer esto, veo que no he conseguido describírtelo como debía, aunque he intentado reproducir meticulosamente su presencia. Sería mejor que lo conocieras. Tengo que decidir qué hacer con él.

Tu amigo.

PONCIO QUARRELL

De Elvet Gander a Kieran Quarrell.

Querido Kieran:

Tu Lamb parece estar lleno de posibilidades, en especial porque nunca había visto que abandonaras tu habitual estilo lacónico para describir tan largamente a ningún otro paciente. Bien podría ser que Lamb encontrara un lugar apropiado para él entre las Fieras del Espíritu; ya veremos. Te responderé de un modo acorde, describiéndote al paciente que tiene ocupada mi mente y que constituye la causa más inmediata de mi participación en las congregaciones de las Fieras del Espíritu. Las denominan congregaciones porque el grupo tuvo un origen cuáquero; en efecto, los miembros fundadores eran cuáqueros y, con su típica costumbre de subestimarse, dieron nombre al grupo inspirándose en un poema bastante violento de un poeta cuáquero[4], Christopher Levenson, que se pregunta dónde están ahora el fuego y la visión que hicieron que los primeros «amigos» temblaran literalmente en presencia de la Luz. Levenson escribe:

Aquél para quien la tierra era tan volátil como una llama
y cada arbusto respondía al nombre de Dios
consideraría domesticadas a las fieras del espíritu.

Levenson tilda a los modernos cuáqueros de «refinados y pulcros», y describe hábilmente a su Dios:

¿Su Dios es justo? Más que eso. Es un poderoso asistente social

humanizado en exceso a quien no
se invoca pero se nombra,
un amante demasiado tímido,
demasiado educado.

Tú, sabio amigo, y yo, que pertenecemos a la época de los hospitales mentales del gran Erving Goffman, sabemos a qué nos vemos obligados por la acción de un poderoso asistente social (en cuya defensa, sin embargo, podríamos decir unas cuantas cosas). Y, a decir verdad, pese a su anhelo de ser fieras del espíritu, yo también considero a los fundadores de las Fieras «demasiado refinados y pulcros». Por mucho que quieran merodear y rugir en la jungla, esto está fuera de sus posibilidades. Por otra parte, han atraído a algunos espíritus más salvajes y menos previsibles, como mi paciente, que se llama a sí mismo Zag aunque su nombre de pila es Paul. Él mismo es lo que se conoce como cuáquero «por derecho de nacimiento». Y también, significativamente, es un gemelo monocigótico idéntico. Canta en un grupo musical bautizado, con mucho ingenio, «Zag y los Cigotos de la Conjunción Planetaria». El gemelo, John, es un respetable matemático que usa una anónima bata blanca y programa ordenadores sin alma. Ambos afirman ser analfabetos e iliteratos, principalmente porque de niños hablaban un lenguaje privado y se comunicaban mediante símbolos matemáticos y música. Vivían en Welwyn Garden City y solían ir con los padres a las grandes marchas de los cincuenta por el desarme nuclear, donde cantaban y tocaban. Zag toca la guitarra y la trompeta, John el clarinete. Según Zag, John comenzó a ir a clases privadas de literatura con una muchacha llamada Freda o Francesca o algo semejante. Su intención era aprender así «el lenguaje común», dice Zag, y empezó una relación amorosa con Freda o Francesca, a quien Zag le robó un ejemplar de *El nacimiento de la tragedia*. Nietzsche agradó a Zag, quien se enteró de que el nombre del Dionisos sacrificial despedazado era Zagreo. Acompañado por sátiros, la danza de lo indiferenciado que bailan los sátiros. De ahí el

nombre de Cigotos[5].

No está mal para un cantante analfabeto, ¿no? Es maníaco-depresivo, toma drogas, y no está seguro de su sexualidad. Totalmente confundido. Creo que no está bien diferenciado psicológicamente de su gemelo. Es muy narcisista, pero la cara que ve en el agua, por así decirlo, no es la suya sino la de John. Dice que John es su padre y su otra mitad; en alguna parte leyó que los gemelos idénticos son una forma de nacimiento virginal, de reproducción asexuada, y está convencido de que él es el «brote» que se formó del cigoto primario que era John. (Le gusta pensar en Dionisos refugiado en los muslos de Zeus). A veces esto lo lleva a fantasear que es un héroe especial —que no ha nacido de una mujer, etc., etc.— y otras dice que no es nada, sólo la sombra de John, la semilla de John, el fantasma de John, la emanación de John (como todas las Fieras, está más o menos familiarizado con Blake; uno de sus miembros, un historiador de arte llamado Richmond Bly, es una especie de experto en Blake). De cualquier modo, como te imaginarás, la diada analista-paciente resulta particularmente insatisfactoria para tratar a quien está tan convencido de ser una persona a medias. No tiene ningún interés en mí: todo lo proyecta en el John ausente. Creo que tendría más éxito si tratara a los dos gemelos, pero John no está de acuerdo. En mi opinión,
Paul-Zag
es predominantemente homosexual, con su particular modo doblemente narcisista, aunque es posible que sea inconsciente de ello. John ha decidido esforzarse por ser «normal» (horrible palabra) y, como he dicho, ha escogido a la tal Francesca o Freda, que parece ser una especie de niña lista arrogante y superficial, con un matrimonio fallido a sus espaldas y un niño ya criado para John, un muchachito que crece sin padre.

Tanto en su aspecto más superficial como en el fondo, Zag es encantador (utilizo este término en su sentido original y mágico). Cuando canta tiene una gran presencia, lo que tú llamarías carisma. Lo he visto, y es muy convincente cantando. Desde que descubrió a Zagreo se viste con retazos

de piel de leopardo festoneados en oro y plata con algo que parecen serpientes. Sus seguidores arrojan al escenario trozos de carne sangrante (menudillos y cosas así). Fuera del escenario es una persona totalmente confundida, un ego en desintegración, propenso a las rabietas y los llantos y a una desesperante inmovilidad que dura días, o semanas. Dice que sin John es peligroso. «Él es la tierra y yo soy el relámpago», explica. (Por supuesto, la frase es ambigua. Él desea herir a John). (O penetrarlo, incluso). Si estuviera tratando a ambos gemelos, tal vez viera que el desapego de John es necesario, o benéfico; pero, desde el punto de vista de la angustia de Zag (que no he descrito con mucha claridad, sino más bien esquemáticamente), la conducta de John es terriblemente destructiva.

Fue Zag quien sugirió que yo acudiera a las congregaciones de las Fieras para «conocer» a John, a quien persuadió (supongo que con chantaje) para que participara en algunas de ellas. Tengo que ir con pies de plomo, y hasta el momento no he hecho grandes avances en mi intento de vencer las defensas de John, o de penetrar su reserva. A veces imagino (soy consciente de que es un riesgo profesional) que el gemelo «sano» está mucho más perturbado (loco) que el que es notoriamente anormal. Sé bien que Zag lo hace sufrir. Pero rechaza la ayuda que yo querría ofrecerle.

Este fin de semana hay una congregación de las Fieras. Se reúnen en Four Pence, que es una especie de casa de campo sin campo situada en Bedfordshire, propiedad de Frank y Milly Fisher, dos de los miembros fundadores. Recientemente las Fieras se pusieron en contacto con una entidad bastante más sospechosa, los Compañeros Jubilosos (que constituyen el núcleo de una organización llamada los Hijos del Júbilo, dirigida por un carismático pastor anglicano de nombre Gideon Farrar). Es como estar observando dos amebas que extienden sus seudópodos para tragarse una a otra. Sin duda nuestra época ha redescubierto la necesidad de una conciencia comunitaria para superar la separación entre el yo y el tú, pero ello adopta formas extrañas (al igual que todas

las religiones primitivas, y eso creo que es). Como puedes imaginar, estoy metido en ello, y estoy fuera de ello. Ya te informaré, después del fin de semana, si el fruto de esta reciente unión resulta apropiado o no, a mi juicio, para el alma de tu Lamb.

Zag ha coaccionado a John para que prometiera venir. ¿Puede un hombre (este servidor) con toda su atención puesta en un combate mortal entre dos que son uno mostrarse a la vez receptivo hacia cualquier verdadero despertar espiritual que ocurra? Así lo creo; pero, si no tienes noticias mías, ten por seguro que me he quedado mudo, o ciego, por mi presunción. ¿Por qué me arriesgo a participar en este tipo de juegos peligrosos? Me siento inquieto. Has firmado tu carta como Poncio. No querría ser un Caifás psicoanalítico ni un Saúl empedernido. No debemos transformarnos en ortodoxos. Debemos mantenernos abiertos a toda nueva sabiduría. Pero esto es para mi próxima y extensa carta.

Afectuosamente.

ELVET GANDER

Bueno, Kieran, aquí está el prometido informe sobre el fin de semana con las Fieras. Tuvo sus momentos «peliagudos», una palabra que he incorporado hace poco sin conocer por completo todas sus connotaciones. Pero las que conozco son apropiadas para la situación. Trataré de describir todo como si fuera el estudio de un caso. (Ya conoces la profunda aversión que me inspiran la falsa «objetividad» y la pretendida «imparcialidad» de los terapeutas, límites que sólo conducen a la falsedad. Pero no creo que tengas ganas de oír mucho acerca de los gritos y gemidos del alma del doctor Elvet Gander. Te conozco bien, viejo gruñón, que dibujas horrores pero siempre en impecable papel milimetrado).

Primero los personajes. Frank y Milly Fisher, cuáqueros de nacimiento, de posición acomodada, en la cincuentena,

veteranos de la Unidad de Ambulancias de los Amigos[6] y de las marchas en pro del desarme nuclear. Él es empleado de un banco; ella, directora de una escuela. En el mundo del trabajo. Hay dos Fieras que son cuáqueros más típicos; una mujer de unos cuarenta años (¿virgen?; no estoy seguro) llamada Patience Coope y un hombre más o menos joven, Brinsley Ludd, que es una especie de asistente social. Todos tienen los mismos síntomas. Por una parte, se sienten profundamente insatisfechos. Desearían una revolución, y es contra la pacífica sensatez y la afabilidad contra lo que queman rebelarse. Esto les resulta muy duro, porque todos son pacíficos, sensatos y afables. Poco importa que lo sean naturalmente o por educación: lo son, y no creo que sea una máscara. De modo que su descontento es singularmente absoluto y sin paliativos. Me dirás —como dirían la mayoría de las Fieras— que la pacífica sensatez y la afabilidad son sumamente sospechosas. Pero yo te digo (y les digo a las Fieras) que hay que tener cuidado. A veces estas cosas son reales, o casi reales, o parcialmente reales.

Luego —las Fieras son ecuménicas— está el grupo anglicano. Un tío llamado Adelbert Holly, un canónigo que predica la muerte de Dios, *Deus Absconditus*, y la aberración de la Iglesia tal como está constituida. Es autor de *Dentro de Dios, fuera de Dios* y *Nuestras pasiones, la pasión de Cristo*. Dice ser un «terapeuta sexual experimentado» (pero se muestra totalmente evasivo respecto a cómo adquirió su experiencia). Edad: cerca de los sesenta. Extremadamente exaltado, dientes manchados de nicotina, cabellos ralos, voz chillona. Y luego Gideon Farrar, a quien ya he mencionado, fundador de los Hijos del Júbilo y de su comunidad central, los Compañeros Jubilosos. Barba rubia y puntiaguda, ojos azules, sincero carisma, afabilidad ligeramente nauseabunda. (De acuerdo, puedo explicar este adjetivo tan poco imparcial, y tal vez lo haga más adelante. Por ahora acepta este «nauseabundo» como la expresión de tu amigo Elvet Gander, que no carece de delicadeza pero sí de una paciencia ilimitada, y aplaza tu juicio).

Farrar acude siempre con su dulce y paciente esposa,

Clemency, y una fiel seguidora llamada Ruth, una mujer joven alarmantemente dócil (exenfermera) que pertenece a la comunidad estable. Rostro encantadoramente «apacible». Larga trenza dorada en la espalda. Su voluntad es la de Dios (o la de Gideon). Carece de opiniones.

El pastor número 3, éste con una poblada barba oscura y un jersey negro, un hombre grueso de nombre Daniel Orion que trabaja en un servicio telefónico de ayuda a los suicidas, en la City. (El centro funciona en una cripta, y también Holly trabaja en él).

Un historiador de arte llamado Richmond Bly, estudioso de los libros proféticos de Blake, movido por el miedo, a quien la revolución estudiantil de la escuela Samuel Palmer ha impulsado a una búsqueda espiritual llena de temor.

Una paciente mía llamada Ellie (ella misma se bautizó así por la niñita muerta de *Los niños del agua*, de Charles Kingsley), que se viste toda de blanco con una especie de velo de monja y brazos y piernas vendados.

Los gemelos de los que ya te he hablado. Los cuáqueros siempre han acogido bien a los perturbados mentales y los han tratado con afabilidad y respeto. Recuerda la comprensión humana que encontró entre ellos Mary Lamb, la matricida, en los días del romanticismo. Son amables con Ellie. Apagan las pequeñas fogatas que Zag enciende en el hueco de las escaleras, cuando él no está mirando, y sin comentarios. (Tal vez no sea lo que él quiere, pero así es como reaccionan).

¿He olvidado a alguien? Sí, como de costumbre he olvidado a la olvidable Brenda Pincher. Llega con el grupo de Farrar, pero no creo que pertenezca a los Hijos del Júbilo. Es bajita y morena, y es imposible retener su rostro en la memoria de una reunión a la siguiente. Ignoro a qué se dedica.

Ten presente que toda esta gente que quiere experimentar alucinaciones mentales (o espirituales) provienen de profesiones sociales. A veces pienso que todo el mundo humano es una vasta reserva de cuidadores de otros cuidadores, que se mueven furtivamente entre una confusión

de capitalistas, explotadores, amos y opresores que no podemos ver, y que odiamos automáticamente, pertenecientes a otra especie.

Los fines de semana se desarrollan según una planificación, que en ocasiones sufre algunas modificaciones. Yo no me opongo a las planificaciones impuestas. (De hecho creo en la hora psicoanalítica finita, programada y paga. Freud demostró claramente sus beneficios). No obstante, algunas de las Fieras consideran ridícula la idea de organizar lo que debería ser un estallido primario de violencia espiritual: ¿por qué un único fin de semana, y no digamos una programación de sesiones?

Empezamos y terminamos con una sesión de adoración. La idea es permanecer sentados meditando en silencio, y aquéllos a quienes llama el Espíritu (¿o el yo o el ello?) deben expresar en voz alta su mensaje, que es aceptado por el grupo e incorporado al silencio. He sugerido que se haga una tercera sesión, entre medio de las dos. Amo el silencio, el «murmullo» del estar juntos. Se espera que en el curso del fin de semana el grupo profundice su entendimiento, vea una nueva luz y entone nuevas canciones, por así decirlo.

Hay también otra clase de sesiones. Las más básicas son las destinadas a resolver problemas (a veces, al estilo de la autocrítica maoísta), en las que se exponen «pequeñas» dificultades y se solucionan. Enseguida reconocerás la naturaleza de esta clase de cosas, y sus trampas y humillaciones. Te pongo un ejemplo. Holly fuma unos cigarrillos rubios de olor especialmente acre, y Milly Fisher opina que no debiera fumar en las reuniones. Él dijo que, si no fuma uno, no hace otra cosa que pensar en los cigarrillos. Ella replicó que era asmática y que no hacía sino pensaren sus pulmones. Entonces decidieron simultáneamente hacer un pequeño sacrificio personal y cambiar por completo de actitud. Yo no fumo, y yo no hablo de mis bronquios. Como verás, esto implica un sacrificio. Pero no se puede hacer alarde de los sacrificios (una postura muy cuáquera).

Hay un tercer grupo de reuniones a las que llamamos sesiones «lúdicas». Hacemos lo que podrían llamarse juegos

espirituales de salón, en su mayoría inventados por Farrer, quien tiene gran habilidad para ello. La idea es acercarse irnos a otros, y al mismo tiempo despojarse de los modos rutinarios de ver el mundo. (Zag propuso recurrir al LSD, pero los cuáqueros se opusieron). Creo que a Farrer le agradaría que las sesiones lúdicas fueran más turbulentas de lo que resulta generalmente aceptable. Sus Hijos practican lo que, según creo, se conoce como cristianismo «con contacto físico», con roces y abrazos de reconocimiento. Farrar ha conseguido establecer una especie de ceremonia de saludo en la que cada uno tiene que abrazar a todos los demás, para echar abajo las barreras. (La renuencia inglesa a tocar a los demás es muy extraña, si se tiene en cuenta al grueso de la humanidad y sus hábitos). La técnica de Farrar me causó admiración: cariñosas palmadas en la espalda a los hombres, delicados abrazos protectores a las mujeres. Es un tipo enormemente narcisista y enormemente extravertido. A mí me tocaron todos. El terrible azote del mal aliento de Holly en mi nariz, abrazos corteses y fugaces de los cuáqueros, una risilla torpe por parte de Bly, con un movimiento evasivo (no se siente cómodo con su cuerpo), un enérgico apretón de manos de B. Pincher (quien, al parecer, no ha comprendido el propósito del saludo), un suave beso en la mejilla por parte de Ruth, un encogimiento lleno de temor de Ellie, un cachete de Zag y un brusco movimiento hacia atrás de su hermano para esquivar mis brazos. El grueso Daniel, de quien uno habría esperado uno de esos abrazos de oso, me posó las manos en los hombros con la ligereza y la fugacidad de una mariposa. La idea era repetir todo el círculo de contactos al final, para ver si nos habíamos relajado (o si estábamos más tensos, por supuesto, algo teóricamente posible).

Otro ejercicio «lúdico» era un burdo experimento de transmisión voluntaria de pensamiento. Elegimos «transmisores», que escribieron o dibujaron lo que se disponían a transmitir, y los restantes meditamos y tratamos de recibir la imagen. Yo comenté que así se procedía en las pruebas científicas sobre la percepción extrasensorial. Me

dijeron con suavidad que me callara. Los resultados fueron variados. Holly logró «transmitir» un arbusto ardiendo a dos de los cuáqueros, así como a Zag, a Ruth y (esto es un tanto dudoso) a Richmond Bly.

Otro ejercicio lúdico consistía en dibujar «imágenes espirituales» de uno mismo. John intentó sin éxito ocultar el hecho de que él y Zag habían dibujado esquemas geométricos idénticos: complejas series de poliedros encerrados en otros poliedros. John dijo que era un juego al que solían jugar de niños. Y, sorprendentemente, agregó que a Dios «había que verlo» en las matemáticas. «Dios es matemáticas —dijo—, la forma que está en todo».

Zag explicó que los poliedros representaban que todo estaba en contacto, «con todos esos puntos de contacto infinito». A John no le agradó la explicación. Dijo que no era sorprendente que ambos dibujaran el mismo esquema: «Lo hemos dibujado muy a menudo antes». Zag añadió: «Hemos dibujado toda clase de figuras y formas antes. Ésta era la más compleja». «Así es —dijo John—. Como era natural, ambos elegimos la más compleja. No hay que transformar en un hecho sobrenatural lo que no es más que una coincidencia estadísticamente probable». «Hay cientos de figuras que podríamos haber elegido —replicó Zag—. Yo intuí que sería la más compleja». «Entonces estabas adivinando lo que yo haría —dijo John—. No hay nada sorprendente en ello».

Daniel Orton dibujó un árbol sin hojas y con profundas raíces. Gideon dibujó un ángel con una espada llameante. Holly dibujó la Cruz, con la negra figura de un hombre tallada en ella. Ellie dibujó un círculo diminuto, así: o. Y la señorita Pincher realizó un bonito boceto de tres manzanas diestramente sombreadas para sugerir la tercera dimensión.

Imagino que estás pensando: ¿Y Elvet Gander? Yo dibujé mi pipa, por supuesto, mi propia versión del dibujo de Van Gogh de su pipa. (Con la ceniza junto a la cebolla que echa retoños). Debajo escribí: «*Ceci pas une pipe. Ceci nest pas Elvet Gander*
n’est
». Farrer dijo que escribir era hacer trampa. Yo contesté que

era una lástima que hubiera reglas que excluyeran las muestras de ingenio. Richmond Bly (que había dibujado una oveja triste, creo que como referencia al cordero de Blake) dijo que, si William Blake podía combinar imagen y palabras en un icono, y otro tanto Magritte, *ipso facto* podía hacerlo Elvet Gander.

Este grupo tiene una notable variedad de líderes naturales, que cambian de papel. Los Fisher tienen una autoridad reposada —se trata de su casa y de su idea— que difícilmente puede negársele. Farrar es un líder nato —su necesidad de mandar es lastimosamente descarada— y su propia gente lo quiere y disfruta de su calidez (y él de la de ellos). Holly no cuenta. Es un solitario, y se siente bien siéndolo. Por así decirlo, haya placer en teorizar sobre la conducta de los demás. Mi Ellie y la Ruth de Farrar se desviven por renunciar a su ser por los demás. Ruth es la típica sirviente, y Richmond Bly querría ser líder pero sabe que no puede, de modo que sigue a los otros. Necesita ser parte de algo, cantar la misma canción que el resto.

Zag tiene más carisma que todos los demás juntos, pero sólo brilla en todo su esplendor cuando alguien le pide que cante, y entonces se vuelve un encantador de Serpientes. Su grito es: «Compartid mi pasión». El de Farrar es: «Te daré lo que deseas» (lo cual implica: «lo que deseas es a mí»). Las Fieras los mantienen juntos, lo cual es digno de reconocimiento.

Éstos son los líderes, y luego están los observadores. Elvet Gander, psicoanalista. Siempre con un pie fuera de la arena, tratando de descubrir el significado de las expresiones de la gente, qué ocultan éstas y cómo pueden traducirse. Habituado —que Dios lo ayude— a abrigar sospechas y mostrarse escéptico desde sus oscuros días de estudiante, irónico observador de su propio intento de estrechar manos y mantenerse apartado. Daniel Orton es un observador. No parece estar observando según ciertas reglas determinadas, ni como parte de alguna intriga para acceder al poder, por lo que puedo ver. ¿Tendrá una fe profunda y serena, o será un sacerdote que niega a Dios, como su colega? Es imposible

saber mucho de él. Le pregunté si estaba casado, y me contestó: «Mi mujer murió en 1959». Fin de la conversación, fin del tema. Fin de las revelaciones personales, quería decir. Orton ve las barreras invisibles de Ellie y se mantiene a su lado, cosa que ella advierte. B. Pincher es también una observadora, según supongo. Parece tan terriblemente común que es como si fuera una emisaria de otro planeta que finge ser humana.

La reunión final fue «inspiradora». Cuando estas cosas funcionan, son como un poema o una orquesta. Primero alguien elige una nota, a la que siguen otras, y con ellas van dando forma al todo. Los cuáqueros comienzan —por lo general se sienten «llamados» a hablar los primeros— con citas bíblicas sobre los nacidos del Espíritu. «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquel que ha nacido del Espíritu». Debemos renunciar a nuestros deseos y dejarnos llevar por el viento: ése era el mensaje. De pronto Zag improvisó una hermosa canción, una melodía en tono menor con un ritmo vivo como el viento. Incluso Ellie dijo algo. No se puso de pie para hablar sino que inclinó un tanto la cabeza, sostuvo el velo con sus manos vendadas y dijo: «Debería haber un lugar seguro donde pudiéramos oír sin miedo». ¿Acaso hablé? No, no lo hice. Pero sí que oí un vago rumor en el silencio. Al cabo, todos estaban solemnes y, por así decirlo, «purificados por la lluvia», como tras una tormenta. Todos coincidieron en que debían esforzarse (debíamos esforzarnos) por construir ese lugar seguro de Ellie. Los Fisher quieren fundar una comunidad terapéutica, semejante a la Asociación de Filadelfia de Laing, con ciertas diferencias. Explicaron que admiraban a Laing pero que no los convencía demasiado su praxis. (Otra vez surge el término «peliagudo», aunque no creo que lo hayan dicho ellos. ¿Quién pudo haber sido?). Dijeron que las puertas de su comunidad estarían siempre abiertas, pero habría un núcleo de residentes que cuidarían de los demás y, al mismo

tiempo, recibirían los cuidados de éstos. Nada de «pacientes». Nada de «doctores».

Farrar preguntó por qué no podían ser los Compañeros Jubilosos esa comunidad deseada, y los otros tuvieron dificultades para responder, ya que la razón era que no confían en él. Eso hizo que se volvieran hada mí, y dijeron que mis ideas, mis conocimientos, eran tan necesarios como la sabiduría de la Iglesia. De repente pasé a ser el centro de atención, sólo porque yo no era Gideon Farrar. Dije que lo pensaría. Dios sabe, Rieran… (¡Dios!). (Escribimos «Dios» precisamente cuando menos creemos en Él. Por supuesto, los teólogos recurren a este reflejo cultural para demostrar la persistencia de Dios). Bueno, Dios sabe que no quiero tomar parte alguna en sus delicados abrazos a las mujeres y sus palmaditas afectuosas a los hombres. Me pregunto si se podrá usar de otro modo esta evidente energía, como alguna especie de electricidad. ¿Qué es lo que queremos que sea la gente? El Jung de Holly quería saludables espíritus arios en cuerpos arios, mándalas y un culto solar. Pero nuestro Freud, tan deliciosamente terrenal, tiene sus raíces en la Viena burguesa de la preguerra, inhóspita y anticuada, con antimacasares y sofás con sillas a juego, al estilo de nuestro salón de Stockport. (¿Sabías que yo creó en Stockport?). Yo no quiero perpetuar la burguesía. Así que ¿qué? Si diéramos inicio a algo así, con uno o dos psiquiatras imaginativos y algunos visionarios cuáqueros sensatos, podríamos crear un bogar verdaderamente seguro para gente como Ellie y tu Lamb.

El joven Ludd ha estado rondando a las Fieras, preguntando quién estaba dispuesto a dedicar tiempo para poner en práctica la idea. John Ottokar dijo que él no podía, que no disponía de tiempo libre. Entonces añadió: «Y tal vez me marche. De hecho, me marcharé pronto». Era la primera noticia que yo tenía de aquello y, tal como supe después, otro tanto le ocurría a Zag.

El otro que no colaboraría era el hombre que, a mi juicio,

podía ser la persona central del grupo, el íntegro Daniel Orton. Cuenta con una enorme experiencia y, por lo que intuyo, con una gran sensatez. Pero se limitó a decir: «No, no lo creo». Holly comentó: «Es extraño, Daniel. Cualquiera diría que ése es justamente tu trabajo, tu misión». Orton repitió: «No, no lo creo».

Cuando se iba, lo abordé a solas en el vestíbulo y le pregunté por qué. Me dedicó una mirada que yo interpreté como llena de irritación (no sé si había algo más) y contestó: «No soy una persona comunitaria, señor Gander. Me conozco bien». «Pero usted pertenece a una comunidad», objeté. «Así es como yo lo veo», dijo. En ese momento se oyeron gritos a nuestra espalda, y John Ottokar pasó como un vendaval y se precipitó hacia una moto con la que debía de haber llegado. Le pregunté a Zag qué había sucedido, y respondió: «Es un mierda, se está convirtiendo en un verdadero mierda». Me siento demasiado fatigado para analizar la metáfora que eligió (a menos que hablara literalmente). Sé que te estoy imponiendo una carta mortalmente larga. Léela a la velocidad que quieras, aunque el aviso es un poco estúpido estando como está en la que tiene que ser la última frase.

Un abrazo de tu amigo.

ELVET

Los tres estaban buscando caracoles, desplegados en el terreno. Marcus volvió la cabeza y vio que por un breve momento formaban un triángulo equilátero, hasta que Jacqueline se movió y las dos líneas invisibles se alargaron en pos de ella.

Los tres, en silencio y separados por una distancia amistosa, se preocupaban por las matemáticas. Los tres pensaban en el orden (y el desorden) en función de las matemáticas.

Marcus, el único verdadero matemático de ellos, recogió una concha vacía de *Cepaea nemoralis*, una espiral de rayas finas color chocolate sobre un brillante fondo dorado, y nuevamente se

asombró al comprobar que las pautas naturales de crecimiento respondían a la espiral de Fibonacci. Conchas de caracoles, cuernos de carnero, telarañas, ramas de árboles y ramitas secundarias, girasoles. Toma un número, súmalo al número anterior, suma el número obtenido al anterior: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13. Crece a saltos, de un modo no uniforme. Kepler había advertido que la razón entre cada número y el siguiente se acerca cada vez más a la razón áurea a medida que la serie progresa. Como si 0,618034 fuera una constante mística en la geometría de la vida. Marcus había discutido con Luk —un matemático meramente competente, pero un imaginativo naturalista— la posibilidad de investigar la matemática que regía la filotaxis o el crecimiento de las conchas de caracol. La que tenía en la mano —y las otras de alrededor— parecía desarrollada según una estructura platónica del orden de las cosas, un complejo patrón que da forma a la materia.

Los problemas matemáticos de Jacqueline apenas si habían comenzado. Intentaba dominar las ecuaciones diferenciales que necesitaba para medir y establecer los potenciales de acción de las gigantescas células simétricas ubicadas en la cara inferior del cerebro de los caracoles. Su idea era introducir micropipetas en las células preparadas, inyectar cloruro de potasio y someterlas a pequeñas descargas de electricidad. Las densas capas de tejido conectivo que protegían las células le estaban causando problemas, pues no era fácil ablandarlas con enzimas ni diseccionarlas a mano. Tampoco resultaba fácil introducir los electrodos ni mantenerlos en su lugar. Tenía que adaptar los procedimientos químicos y mecánicos, y volver a adaptarlos. Su trabajo no era más que una sucesión de fracasos; la belleza y el orden del sistema nervioso de la criatura pasaban a ser una masa amorfa e inerte. Además de la preparación, estaban los problemas con el osciloscopio y la dificultad de regular la tensión de tal modo que se pudieran hacer las delicadas mediciones. En alguna parte de todo este cortar y separar y desplegar se ocultaba un indicio que —tal vez— conducía a la bioquímica del aprendizaje y la memoria. El caracol sabía cómo moverse, cómo elegir unos alimentos y desechar otros, cómo aparearse, cómo hibernar. Allí en medio del páramo, la obsesionaba la imagen de una disección. Frente a ella, los caracoles avanzaban por el muro contrayendo y expandiendo su pie, mientras abrían su

delicada y milagrosa boca y estiraban los brillantes cuernos.

Las matemáticas de Luk Lysgaard-Peacock eran más sencillas, simple aritmética —seis rosados, doce con bandas anchas, dos de color tiza, uno amarillo— destinada a una estadística significativa o quizá carente de sentido, mientras añadía sus cifras a las cifras registradas por su predecesor eduardiano y por el pionero pastor Victoriano. La hermosa idea de que los caracoles llevaban su código genético inscrito en la espiral y en el colorido de su concha, que el azar había convertido en una ingeniosa metáfora cuando se había descubierto la naturaleza helicoidal del ADN, estaba a punto de perder toda utilidad. El descubrimiento de la electroforesis —la preparación de los tejidos de un caracol (o de cualquier otro animal) en un gel, a los que se sometía a una corriente eléctrica para estudiarlos y medirlos— había proporcionado a los laboratorios una herramienta que reemplazaba la observación local, los registros y las conjeturas. Luk lo sabía, ya que estaba usando electroforesis para estudiar caracoles, babosas y otras criaturas. Pero ello no sustituía la precisa observación de la conducta de las criaturas, de cómo se relacionaban entre ellas en el mundo de los seres vivos.

Él medía el mundo a partir del equilibrio interno de su propio cuerpo: era una criatura entre criaturas, allí fuera entre los brezos y la recia hierba y los espinos. Percibía el acre olor a turba del aire; la tierra fresca de la entrada de una madriguera; raíces expuestas: ¿qué las había dañado? Cosas que se movían: unas ovejas en el horizonte, un largo y oscuro gusano, un surtidor burbujeando en un cañizar, caracoles, estelas de caracoles, una majestuosa babosa dorada.

También él advirtió el variable triángulo humano. Percibía el resuelto avance de Jacqueline aun sin mirarla. Se preguntó cómo lo hacía, y sintió la tenue corriente eléctrica de su propio interés sexual, entremezclada con la exploración del naturalista en busca de todo lo que se movía. Él era anodino por naturaleza. No pudo evitar pensar si el cuerpo de Jacqueline detectaría a Marcus como el suyo la detectaba a ella. ¿Era capaz él de percibir esas corrientes? No sentía que las hubiera. Marcus no estaba cargado.

Un perro pastor trotaba hacia ellos lanzando débiles gañidos. Venía de la dirección de los nuevos gallineros de Gunner Nighby, a orillas del lago, y era *Shirley*, la perra de Lucy Nighby. Al llegar junto a ellos se enroscó a las piernas de Jacqueline, resollando, y le mordisqueó las pantorrillas. Jacqueline buscó con la mirada a *Tobías*, el carnero que creía ser un perro, y vio que subía hacia ellos por una cañada. Lo llamó con un silbido; se había encariñado con él y aprobaba sus confusas ambiciones. El animal llegó a su lado, algo exhausto. Jacqueline alargó una mano para palmearlo, y la retiró manchada de sangre. La sangre brotaba de una brecha en la cabeza, entre los cabos de los cuernos, y las guedejas de lana estaban húmedas y pegajosas de sangre. Mucha sangre. Jacqueline se arrodilló y pasó los dedos por la lana. La herida de la cabeza tenía muy feo aspecto, pero era superficial. La sangre de los flancos y la grupa no parecía ser suya.

Jacqueline llamó a los otros. Luk acudió enseguida y observó al tembloroso animal. Jacqueline dijo que tal vez debían llevarlo de regreso a Dun Vale en el coche, pero Luk vacilaba. ¿No sería mejor ir a inspeccionar los gallineros? *Shirley* parecía urgir a Jacqueline a dirigirse hacia allí, con sus mordisqueos, sus topetadas y sus gañidos. También había sangre en el blanco pecho de *Shirley*, pero era posible que proviniera de *Tobías*. Decidieron no volver en busca del coche de Luk, y emprendieron la marcha hacia los gallineros. Avanzaron por la cañada, con el sol ya alto, acompañados por la perra y el carnero. En una elevación, más allá de un bosquecillo de espinos, vieron la amplia y horrible construcción, con techo galvanizado y paredes alquitranadas. Fueron hacia allí.

Enfrente del edificio, Lucy Nighby recogía huevos. Era evidente que había dejado caer una cesta llena, porque estaba rodeada de huevos intactos y de una confusión de yemas, claras y cáscaras. Arrodillada en el cemento, con el cabello tapándole la cara, recogía huevos. Al acercarse a ella, vieron que tenía el pelo cubierto de sangre y manchado con yemas. Les dirigió una mirada desprovista de expresión, con un ojo completamente cerrado e hinchado por una terrible contusión y la nariz chorreando sangre en la camisa y el pantalón. También las mejillas estaban hinchadas y con señales de

golpes. Sus movimientos eran espasmódicos y, mientras revolvía en la confusión de huevos rotos, no distinguía entre las cáscaras vacías y los resbaladizos y sucios huevos intactos.

Jacqueline corrió hacia ella, la aferró por los brazos e intentó que dejara de moverse.

—¿Qué ha pasado? Lucy, ¿qué ha pasado? ¿Quién te ha herido?

Desde el gallinero les llegó una voz.

—No es ella la que está herida. Vengan. Me estoy desangrando. Esa loca imbécil me hizo esto.

Luk fue hasta la puerta. Oyó cómo las gallinas cloqueaban alarmadas y se agitaban en sus jaulas. Había olor a excrementos de ave y plumas. Reinaba la oscuridad. Gunner Nighby estaba en el suelo, junto a la puerta, aferrándose una pierna. También él se hallaba cubierto de sangre. Tenía sangre en la cara y las manos, y toda la camisa salpicada, y, cuando Luk lo tocó, vio que los pantalones estaban empapados.

—Se me echó encima —dijo Gunner—, con una paleta. Mi paléta de albañil. De acero inoxidable. Condenadamente afilada. Me acuchilló en la pierna, y en las costillas. Me las pagará por esto. Consiga un médico. Vamos, haga algo o moriré.

—¿Qué le hizo usted a Lucy?

—No me lancé sobre ella con una paleta, le aseguro. ¡Haga algo, coño!

Luk hizo algo. Le quitó a Gunner los empapados pantalones, le arrancó la camisa y la camiseta e improvisó con ellos un vendaje que sujetó alrededor de la ingle. Vio que, en efecto, tenía una fea herida triangular en el costado izquierdo del torso. Apiló unos cuantos sacos a modo de almohada y volvió junto a Jacqueline, seguido por una retahíla de invectivas entrecortadas por jadeos.

El estado de Lucy era penoso. No dejaba de sollozar, un sollozo rítmico y jadeante, y fue imposible disuadirla de seguir recogiendo huevos. Cuando la interrogaban, se limitaba a emitir un gemido casi inaudible. Cuando Luk sugirió ir en busca de su coche y llevarlos, a ella y a Gunner, al médico, sacudió la cabeza y lo empujó con sus manos pringadas. Jacqueline opinó que debían coger el coche, ir hasta la casa de Dun Vale y llamar una ambulancia. Alguien tenía que quedarse con Gunner, añadió mirando a Marcus. Luk ya corría cañada abajo en dirección al camino. Estaba en buen estado y corría

velozmente. Lucy lanzó un gemido y se sacudió.

—Tendrías que quedarte con Gunner hasta que llegue ayuda —le dijo Jacqueline a Marcus—. Vigilar el vendaje.

Marcus no contestó. Se había puesto muy pálido y tenía los hombros hundidos. Abrió la boca, reseca, y volvió a cerrarla. Lucy recogió un huevo entero y lo dejó caer. Marcus se encogió al oírlo reventar contra el suelo.

—Ahora no puedes desmayarte —le advirtió Jacqueline—. Sólo somos tres, y los tres somos necesarios. Gunner no va a hacerte daño.

—No —repuso él trabajosamente.

—Quizá sería mejor que fueras con Lucy y Luk.

Le costaba pensar con claridad. Estaba segura de que ella sería más útil en la casa, y sabía que Marcus no tenía miedo de Gunner. Lo que temía era que Gunner empeorase, o muriese, y que él no supiera qué hacer. Tampoco ella sabía a ciencia cierta qué hacer, aunque en su época de exploradora había aprendido primeros auxilios. Había hecho todo lo que debían hacer las chicas respetables. Vio que Marcus tenía las gafas empañadas, y le pasó un brazo por los hombros.

—Ve con Lucy. Cuídala. Yo me quedaré con Gunner.

Luk se acercaba con el coche por la cañada. Tratando de dominar sus temblores, Marcus le tendió una mano a Lucy.

—Ven con nosotros —dijo.

Lucy, aún acuclillada, se echó hacia atrás. Marcus detestaba tocar a la gente. La aferró por las delgadas manos manchadas de sangre. Las de él carecían de firmeza. La sujetó con fuerza. Ella se resistió casi perceptiblemente. Marcus la puso de pie —era una mujer menuda y delgada— y la llevó casi a rastras hasta el coche. El primer toque fue el peor porque lo introdujo en la atmósfera de sangre y azufre y suciedad de Lucy. La mantuvo cogida de la mano y ella no se soltó, aunque encogió el cuerpo. Luk se los llevó de allí.

Jacqueline regresó con Gunner, que estaba un tanto amodorrado y lleno de agresividad. Dijo que no deberían haberse marchado dejándolo allí, pues podía morir. Jacqueline se dio cuenta de que no creía que fuera a morir, aunque esto tal vez era posible. Colocó una mano sobre el apretado vendaje para hacer presión allí donde manaba la sangre.

—Tienen que encerrarla. Hirió a mis hijos.

—¿Que los hirió? ¿Cómo?

—Los golpeó. Estaban intentando ayudarme. Trataron de quitarle el rastrillo. Ella se me echó encima, con el rastrillo. De pronto los atacó. Quería matarme. Se proponía acabar conmigo. Con el rastrillo. Tienen que encerrarla.

—¿Qué le hizo usted a ella, Gunner?

—Se lo estoy diciendo. Y puede verlo. Me atacó. Yo no la acuchillé a ella. No le clavé el rastrillo. Ni la paleta. Usted misma puede ver quién atacó a quién, es evidente, condenadamente evidente. Hirió a los niños. No está en sus cabales… —En un murmullo añadió—: Yo sólo la estaba riñendo…

Su voz se apagó, y su cabeza cayó hacia adelante. Jacqueline le buscó el pulso y vio que era muy débil. El corazón bombeaba lentamente la sangre, dentro y fuera de su cuerpo.

Luk entró con el coche en el patio de Dun Vale. Sombrías dependencias de piedra gris rodeaban el patio, como una fortaleza. La casa era un edificio del siglo XVII con añadidos modernos, cobertizos de ordeño, despensas, establos y una vieja quesería de techo de pizarra. La puerta trasera estaba abierta y todo se hallaba en silencio. Lucy lanzó un débil gemido y se puso tensa. Marcus se obligó a rodearla con un brazo, pero ella se apartó con un gesto de desagrado.

—Esperad aquí —dijo Luk. Tenía un mal presentimiento de lo que podía haber tras la puerta abierta. Se bajó del coche y fue hasta la casa.

Tropezó en los gastados escalones. La puerta trasera se abría directamente a la cocina, que tenía unas minúsculas ventanas, gruesas vigas y paredes encaladas, salpicadas de sangre. Olía a violencia. Aguzó el oído y sintió, casi en los propios huesos, que alguien jadeaba de dolor en alguna parte de la casa. La luz que penetraba por los cristales esmerilados era gris. Atravesó la cocina con los suaves pasos de un ladrón y cruzó unas puertas batientes, como las de una cuadra. Se hallaba ahora en un largo corredor empedrado. En las piedras había manchas de sangre, húmedas en el centro y oscuras en los bordes. También las losas estaban desgastadas por generaciones de pisadas. Luk cruzó la puerta que separaba las dependencias de servicio de la casa principal, y fue a

parar a un amplio vestíbulo de entrada de elevado techo, igualmente de losas grises, pero éste bien iluminado por la luz que penetraba por las vidrieras de colores dispuestas a los costados de la gruesa puerta y sobre ésta, de modo que los reflejos violeta, ámbar y esmeralda se alternaban con las manchas de sangre. Escuchó con atención. Ahora oía la respiración jadeante. Percibía la presencia de los cuerpos.

Una amplia escalera de escalones un tanto desgastados conducía a una galería. En lo alto Luk encontró a los tres niños, Carla, Ellis y Annie. Llevaban gruesos pijamas de algodón estampado, con corderitos y margaritas blancos en un cielo azul. Los tres tenían manchas de sangre y una, la más pequeña, Annie, estaba empapada en sangre que aún goteaba. Carla y Ellis se hallaban sentados, con la espalda apoyada contra la pared. Carla tenía ocho años, Ellis cinco, y ambos eran muy rubios, como Gunner. Annie yacía tendida sobre sus rodillas, con la cara totalmente cubierta de sangre. Los rubios cabellos estaban veteados de rojo, y las uñitas negras de sangre. Los tres respiraban. Carla y Ellis clavaron en Lukunos ojos azules que la conmoción había dejado sin expresión. La manita de Carla aferraba el hombro de Annie con tal fuerza que tenía los nudillos blancos. Luk les preguntó dónde había un teléfono. Lo miraron, estremecidos, sin proferir palabra. Él se inclinó para oír su respiración, corrió escaleras abajo, y encontró una especie de despacho con las sillas volcadas y el teléfono descolgado. Llamó al 999 y explicó dónde se encontraban, dónde se hallaban los niños, dónde estaba Gunner. Regresó con los niños, escuchó de nuevo su respiración —la de Annie era débil y trabajosa—, encontró unas mantas en un dormitorio infantil y cubrió con ellas los temblorosos hombros. Pensó en ir en busca de Marcus y Lucy, pero desechó la idea y se sentó cerca de los niños. Vio que Carla y Ellis tenían heridas en la cabeza; Annie parecía estar mucho peor.

Luk miró hacia abajo, a la vidriera de colores. La de la izquierda mostraba un hombre con una espada en un oscuro valle rodeado de altas montañas. Desde el negro cielo descendía en su dirección un demonio alado con largos colmillos, cuernos, pezuñas y garras. En la de la derecha, bajo un cielo azul, un hombre con un yelmo semejante a una enorme concha de caracol atravesaba a nado un río púrpura y azul, en dirección a los dorados muros de un castillo por

cuyas aspilleras asomaban largas trompetas de bronce dibujadas con cierta torpeza. Sobre la puerta había cuatro cristales circulares dispuestos en forma de trébol de cuatro hojas, que representaban las estaciones. Un corderillo recién nacido saltaba en un pastizal verde. Una abeja listada atravesaba el añil del cielo, desde una flor hacia un panal hexagonal. Unas gavillas de trigo en un campo color oro. Un acebo nevado con frutos carmesí y hojas esmeralda, con una pequeña hoguera junto a él y las rojas lenguas de fuego curvándose en el aire.

A la distancia oyó la sirena y la bocina del coche de policía y la ambulancia que se aproximaban. Pronto estuvieron allí, recogieron a los niños y se los llevaron para lavarlos, coserles las heridas y examinarlos a fondo. Se llevaron el rastrillo cubierto de sangre que encontraron en el dormitorio de los niños, y la paleta de albañil manchada de sangre que encontraron en el gallinero. Se llevaron a Gunner, con sus rojos vendajes, en una camilla, y a Lucy, desmelenada y con los labios sellados. Recorrieron toda la casa midiendo y tomando nota de las manchas de sangre y los objetos rotos. Luk, Jacqueline y Marcus fueron interrogados, y tanto su *conmoción como su* eficacia pasaron a formar parte de un ordenado relato.

Luk pensó, al poner término a su vigilia en la oscuridad de su mente, que aquello era el fin, al menos el fin de la violencia desatada. Pero no lo era. Sólo era un alto. El verdadero comienzo, en realidad, aún estaba por llegar.

El hombre a quien llamaban Josh Lamb era uno de los pocos residentes de Cedar Mount que leían los periódicos locales que dejaban en la sala común. Sentado en una butaca, leyó el artículo del *Calverley Post* sobre lo acaecido en Dun Vale. La familia había sufrido un terrible ataque, decía el periódico. Tanto el señor Nighby como los tres niños habían resultado heridos de gravedad. Todos se hallaban en el hospital, al igual que la señora Nighby, quien sufría una fuerte conmoción. La policía estaba investigando los hechos. Esperaban a que los niños se encontraran mejor para que les prestaran ayuda en la investigación. Por el momento no tenían pensado interrogar a nadie más sobre el ataque. El diario incluía

una fotografía de la casa de Dun Vale, en medio del pacífico brezal. No había ninguna fotografía de los Nighby.

La mujer recién llegada estaba sentada en una silla, con las manos juntas en el regazo. El personal empequeñecía a todo el mundo con un afable uso del nombre de pila y un «cariño». La recién llegada era «Lucy, cariño». Tenía la cara redonda, con mejillas sonrosadas y curtidas, y ojos un tanto hundidos. Llevaba los cabellos desordenados, pero Josh pensó que probablemente no fuera ésa su costumbre. Había sangre coagulada entre los cabellos, y la sangre corría por sus mejillas y se le metía en la boca. La camisa azul estaba empapada de sangre sobre los pechos, y ésta goteaba sobre la estirada falda. En viejas épocas él había tomado el intrincado realismo del fluir de la sangre como una prueba de su realidad. Ahora sabía que ésta no estaba allí y que él no podía hacer nada acerca de ese complejo realismo con que la veía.

Se dijo que tenía que hablarle a Lucy cariño, pero las manos y las rodillas le temblaban. Viejas imágenes pugnaban por surgir; las conocía bien, y sabía que el velo de sangre que cubría su retina tenía el piadoso fin de mantenerlas alejadas. Pero lo trastornaban. Dudaba que pudiera tenerse en pie. Oró pidiendo fuerzas. La sangre era ahora más roja y más copiosa.

La enfermera se le acercó.

—¿Quieres una taza de té, Josh? Has perdido el color.

Ella estaba envuelta en una niebla carmesí.

—Esa mujer…

—Está un tanto trastornada. Ha pasado un mal momento.

—Tienes razón, he perdido el color. Los colores son todos malos, sangrientamente crueles.

Le gustaba hacer juegos de palabras que sólo él, su creador, podía descifrar. Le gustaba que sus palabras parecieran una metáfora, cuando lo cierto era que hablaba literalmente.

La enfermera rió.

—El té cura todos los malestares.

—Odio el té.

—Es verdad. Tendría que haberlo recordado, ¿no? Una leche malteada, entonces.

Le encantaba la leche malteada, dulce, blanca. Le gustaban las cosas dulces. Le vino a la mente la imagen del profeta Ezequiel

comiendo los rollos de las escrituras, tan indeciblemente dulces como la miel.

Escondió en el calcetín el Largactil que venía con la leche. Ya llegaría el momento adecuado para hablar con la mujer. Sólo tenía que ser paciente.

De Kieran Quarrell a Elvet Gander.

Querido Elvet:

Cada vez me resulta más sospechoso el modo en que necesito tu permiso para abrigar sentimientos por mis pacientes. La imparcialidad objetiva es un estado de mente totalmente antinatural, y de él pueden derivarse toda suerte de males. Me resultó muy útil en mis primeros días —y noches— en la sala de accidentados, entre toda esa carne desgarrada y toda esa gente salvaje y desesperada. Era un medio de supervivencia. Así que lo trasladé a la psiquiatría. Les ofrecemos a nuestros pacientes un aparente contacto humano, una aparente calidez humana… y les damos un simulacro de contacto humano cuidadosamente planeado, sin carne, ni sangre, ni amor, ni deseo. Por supuesto, no se trata sólo de decoro médico. Es una primitiva justicia igualitaria: todos mis pacientes tienen derecho a toda mi atención, en teoría, pero lo cierto es que no estoy igualmente interesado en todos ellos. ¿Y sirve de algo la sinceridad para lidiar con el mundo? ¿Debería servir?

Todo este preámbulo es para excusarme por haber dedicado mucho tiempo a hacer indagaciones sobre la historia del hombre de quien te he hablado, Josh Lamb. Ha tenido una cierta recaída. Otra vez empezó a ver cosas y oír voces. Durante tres días no paró de hablar frenéticamente a lo que parecía un tribunal de inquisidores. Hubiera preferido no tener que hacer mi trabajo. Estoy seguro de que, si uno tuviera tiempo para escucharlo, encontraría algo de sentido en medio de toda esa cháchara sobre la luz y la oscuridad, manchas y huellas, eones y dualidades, dientes y garras en la que insiste. Tuvimos que aislarlo. No dormía y no dejaba

dormir a los demás. Se necesitaría oírlo durante días para entender el sentido, la línea argumental. Buena parte de ello no es más que ruido, balbuceos. Bueno, ésa es mi impresión. ¿Cómo lo sé?

En todo caso, al fin se calmó. «Me han ordenado quedarme tranquilo», dijo. Así que corrí un cierto riesgo y lo invité a participar otra vez en la terapia de grupo. El grupo parece hacerle bien, le da apoyo.

Tenemos un nuevo miembro, una mujer de treinta y tantos años que está con nosotros a raíz de una violenta pelea con el marido (que está en el hospital). Es una persona callada —en realidad, absolutamente silenciosa— de aspecto sensato. Acuchilló al marido con una paleta de albañil de acero inoxidable. Es bien sabido que él solía pegarle. Tiene tres hijos, que resultaron heridos en la bronca final. Una, la más pequeña, que probablemente pierda un ojo, sufrió heridas graves y está en cuidados intensivos. El marido asegura que la mujer los atacó sin motivo, a él y a los niños, con un rastrillo. Dice que simplemente se volvió loca. El problema para la policía es que uno de los dos niños mayores apoya la historia, mientras que el otro afirma con igual contundencia que el padre golpeó a la madre con el rastrillo y que entonces ella se apoderó de éste. Otro tanto dicen con respecto a sus heridas. Uno dice que lo hizo el padre, el otro dice que fue la madre. Luc no pronuncia palabra. No ha abierto la boca desde el incidente. Para nada. Es completamente dócil. La han acusado de «causar daños corporales» y la han colocado en Cedar Mount hasta el juicio. Ella ha aceptado acudir a la terapia de grupo (al menos, acude cuando la conducen). Una de las otras mujeres —muy irascible— intentó provocarla para hacerla hablar. La acusó de no cumplir con la parte que le correspondía, etc., etc., porque quería parecer superior y crear una atmósfera desagradable. Ella se limitó a seguir sentada. Habríase dicho que no sabía dónde se hallaba. La irascible mujer (de nombre Mira) se volvió hacia Lamb —como siempre hacen— y le preguntó si no estaba de acuerdo en que aquello sólo funcionaría si todos hacían el esfuerzo de hablar. Si no me

falla la memoria —no me animé a anotar en ese momento lo que decían, por miedo a que me tomaran por el conductor del grupo o por el ángel que registra las acciones de la gente —, él contestó lo siguiente:

—Es posible estar en otro mundo donde hay mucho espacio y muchos significados. Se oyen horribles ráfagas de viento, se huele nieve, se ve sangre, el habla ordinaria es como escamas de piel muerta que se desprenden del cráneo y caen a los pies. Ella sólo puede oír tu queja como un rumor de hojas muertas. Lo que dices puede tener fuerza aquí, pero no donde ella está. Tienes que escuchar su silencio.

Y, por primera vez, Mira dijo «Lo siento».

Y Lucy miró a Lamb con lágrimas en los ojos, y abrió la boca y se humedeció los labios, pero ningún sonido salió de ella.

Y Lamb le dijo:

—Lo que tienes que saber es que el bien y el mal son iguales en el mundo. Tienes que saber que el mal no está subordinado. Es poderoso, puede triunfar. Tienes que saber que no eres mala en tu interior, sino que eres un campo de batalla donde el mal puede luchar y vencer.

O algo semejante. Ahora que las escribo, sus palabras parecen un tanto sosas, pero en ese momento fueron perturbadoras. Lucy tenía los ojos anegados en llanto. Los míos me escocían (tomé nota de esto objetivamente). La palabra más apropiada para describir el efecto que causa en el grupo es «carisma». Estoy empezando a pensar que tendría que escribir un artículo sobre el carisma. Tú lo tienes, por supuesto.

Yo no, según creo. Según sé.

Sea como sea, Elvet, estuve haciendo algunas averiguaciones sobre su historia, como te he dicho. Y encontré algunas pepitas de oro. Él dejó caer que en una oportunidad lo había tratado Sam Krabbe, en Newcastle. Así que intenté conseguir la vieja historia de su caso… con un montón de problemas, cuyos detalles te ahorro. Finalmente la localicé, gracias a las meticulosas referencias de Krabbe.

Su verdadero nombre no es Josh Lamb sino Joshua

Ramsden. Nació en Darlington, en 1928. Su padre, Joseph Ramsden, era maestro de escuela y predicador metodista. Lo colgaron en la prisión de Durham en 1939 por el asesinato de su esposa, Nellie, y su hija, Ruth, de seis años. Las notas de Krabbe dicen que él pretendía haber visto un ángel que le ordenó que ahogara a su familia para que no fueran testigos del holocausto que se aproximaba. Según parece (las notas de Krabbe eran un tanto exiguas) se comparó con Abraham y el sacrificio de Isaac, y con Jefté, que sacrificó a su hija. Se negó a alegar demencia. Ésos son los hechos escuetos; Krabbe no da más detalles, aunque supongo que podría averiguar algo más si buscara en los archivos de los periódicos locales. En las notas que poseo, Krabbe no da indicación alguna de cómo era Joseph Ramsden o de si Joshua dijo algo sobre él.

Según Krabbe, Joshua explicó que durante la guerra lo «evacuaron» y lo llevaron a vivir con una «tía» llamada Agnes Lamb. (¿Existe la tal Agnes Lamb? ¿No hay aquí sobredeterminación?). Servicio militar en la aviación, licenciado por invalidez a causa de una enfermedad que lo llevó a estar hospitalizado casi dos años (las notas no son claras). En la década del 50 empezó a estudiar teología en Durham, pero nuevamente lo dejó por enfermedad. Krabbe dice que Joshua se sentía aún llamado al sacerdocio. Creo que te he contado que lee a san Agustín y Kierkegaard. Dice que siempre ha sido un «vagabundo» y que ha elegido vivir en la pobreza. No sé si decirle o no que he descubierto todas estas cosas que él se ha negado a contarme.

El asunto es, Elvet, el asunto es: imagina la vida de este hombre. Un día tiene una familia. (Tal vez una perfectamente normal o tal vez no, no lo sabemos). Un día después ya no la tiene. La madre y la hermana horriblemente asesinadas. El padre en prisión. Posiblemente el padre también intentó matar al joven Joshua, o quizá no. Krabbe no dice cómo escapó y ni siquiera cuánto sabía de lo ocurrido. Luego, tras un proceso interminable, el padre también muere, con una muerte aún más horrible. Ignoro qué supo de esto, qué le dijeron, qué adivinó. Según mi experiencia es imposible mantener esta clase de cosas en

total secreto: siempre hay detalles que se filtran. ¿Qué fue lo que pensó? ¿Qué pensó que era él? ¿Cómo hizo para sobrevivir —en nuestra profesión no podemos menos que pensar en ello—, por muy perturbado que esté?

Debo decirte que es uno de los hombres más amables que nunca he conocido. En medio de toda su terrible confusión —una confusión perfectamente comprensible— tiene lo que parece ser verdadera sabiduría. No sé cómo actuar, pero si alguna vez hubo un hombre a quien quisiera ayudar, curar, devolver a la normalidad, ése es él. Lo que me devuelve al comienzo de esta carta. No tratamos igual a todos nuestros pacientes. Éste es ligeramente fosforescente.

Todo esto explica, desde luego, su interés en la suerte de Lucy Nighby y en su violencia doméstica. La llegada de Lucy coincidió con la reaparición de sus alucinaciones, lo cual parece lógico si Joshua conocía la historia de ella (que salió en los periódicos) y ésta se filtró en su mente.

Tal vez —sólo tal vez— tanto él como ella se beneficiarían de tu comunidad terapéutica cuáquera. ¿Cómo va todo?

6

En todas las superficies del campus apareció una profusión de carteles que variaban en tamaño y diseño, color y estilo. Los había pequeños, cuadrados, impresos en papel blanco, por lo general llenos de verborrea.

> Una minoría intelectual es totalmente ineficaz si se somete al gueto que le han destinado, o si incluso se muestra satisfecha en él.
>
> Donde los economistas burgueses ven una relación entre cosas (el intercambio de un bien por otro). Marx descubrió una relación humana. V. I. Lenin.
>
> El pensamiento de Mao Zedong, como toda teoría verdadera, proclama ser cierto antes de que se haya puesto en práctica, y ser realizable, porque es cierto.

Éstos, y otros semejantes, llevaban un rótulo en letras pequeñas que decía: «Una publicación preliminar de la Antiuniversidad de los Páramos». Cuidadosamente engomados, estaban dispuestos sobre puertas, columnas, pizarras y tablones de anuncios como cuadrículas para jugar a la pata coja, o como cruces de Lorena, o como las líneas del tres en raya. Había asimismo largas banderolas de plástico de un rosa brillante, o verde lima, o amarillo limón enganchadas a los marcos de las ventanas, las ramas de los árboles, los postes de la portería del campo de fútbol, los cubos de basura.

En ellas había mensajes como éstos:

> Sé intolerante con la tolerancia represiva.

> Los planes de estudio son opresión. Escapa del monstruo que oprime a los hombres.
>
> Los estudiantes son el nuevo proletariado.
>
> La enseñanza es explotación.
>
> No te sometas a la educación. No necesitas que te lleven de la nariz. Siéntate en silencio, mira a tu alrededor, expande tu mente.

Luego estaban las obras de arte hechas en papel, que decoraban los atriles con llamativas flores, cuerpos humanos desnudos, volcanes en erupción.

> Toma píldoras. Acaba con las enfermedades.
>
> Lo único que necesitas es tu ombligo.
>
> La libertad reside en el buen uso del propio culo.
>
> Intenta no pensar.
>
> El arte es un orgasmo.
>
> El conocimiento es una ilusión de la gente.
>
> Colócate. Te aseguro que lo peor ya ha pasado.

Cientos de folletos flotaban entre las torres.

> La Antiuniversidad se acerca. Anticonocimiento, antiignorancia, antienseñanza, antiestudiantes, antibragas, Anticristo, Antibuda, antiespinaca, antiburgués, antiarte, antiantiarte, antitransporte, antiplásticos, anticarne, antipsiquiatría, Antiwijnnobel, antité, anticapitalismo, antihamburguesas, anticerveza, antiexceso de dinero en el bolsillo, anticalor candente de la tecnología, antiser anti. (Naturalmente).

Wijnnobel y Hodgkiss se reunieron para comentar estas manifestaciones. El aire de otoño estaba helado, y el césped que se extendía más allá de la ventana del rector brillaba por la escarcha. Wijnnobel fue hasta la cafetera plateada estilo Bauhaus y sirvió un café para Hodgkiss, con quien se sentía muy unido por ser ambos personas razonables y de pocas palabras. Le gustaba la forma

aerodinámica de la cafetera, y la curva que describía el café, frente a su inflexible Mondrian. He allí los refinamientos mínimos de una compleja civilización.

—¿De dónde cree que procede todo esto, Vincent?

—No lo sé. No tengo referencias de que esta antiuniversidad tenga ninguna localización física. Ignoro quién la dirige, o pretende hacerlo.

—¿No tiene usted un servicio de información?

—No. Pero no creo que esto venga de la Asociación de Estudiantes. Esta mañana tendremos una entrevista con Nick Tewfell, y él no lo ha mencionado.

—Es curioso cómo me molesta verme individualizado, por mi nombre, en los ataques.

—No exactamente individualizado. Figura junto a Cristo y Buda.

—Y la espinaca. Supongo que no es para preocuparse.

La Universidad de North Yorkshire apenas había sufrido los efectos de la primera ola de revueltas estudiantiles. Wijnnobel y Hodgkiss habían adoptado el desusado criterio de que los estudiantes tenían mucha razón al demandar su participación en los órganos de gobierno, y habían decidido invitar a Nick Tewfell, presidente de la Asociación de Estudiantes, y a otro estudiante miembro de ésta para que participaran en ellos. No siempre se dejaban ver en las reuniones.

—Claro que, si esto proviene de fuera, puede crecer y transformarse en otra cosa.

—Creo que tenemos que cuidarnos de hacer nada que pueda provocar tal cosa. Incluso sugeriría que dejáramos los carteles donde están. Así tendrán que pegar sus nuevos mensajes sobre los viejos. No han quebrantado ninguna ley. La universidad tiene que defender la libertad.

—¿Eso incluye tomar píldoras?

—No dicen qué clase de píldoras, ¿no?

—No se refieren a vitaminas.

—En parte resulta divertido —comentó Wijnnobel con calma, sirviendo más café.

Pasó a considerar el tema del ciclo de conferencias «Cuerpo y mente», programadas finalmente para mediados del verano de 1969, al acabar el año académico recién iniciado.

—Me alegra comunicarle que he recibido carta tanto de Eichenbaum como de Pinsky, y que aceptan nuestra invitación. El título provisional de Eichenbaum es «El concepto de lo innato y su papel en una teoría del aprendizaje». Pinsky dice que el suyo será algo así como «Inteligencia artificial y psicología cognitiva: el orden que surge del ruido».

—Es sabido que los estudiantes pondrán objeciones a ambos.

—¿De veras?

—A Eichenbaum le tiraron huevos y fruta podrida en Estados Unidos. Y a Pinsky lo hicieron callar a gritos en París.

—La universidad debe asegurar la libre expresión. Es muy peligroso impedir que alguien hable, sea quien sea. Por eso mismo tenemos que dejar que esta antiuniversidad se exprese. Siempre y cuando nuestros estudiantes no abandonen sus cursos y fracasen en consecuencia.

—Estoy de acuerdo. Pero podríamos acabar por ser demasiado complacientes.

—Mejor eso que provocarlos.

—Es verdad. Tenemos que sondear a Nick Tewfell sobre estos dos asuntos del modo más delicado y discreto posible.

Wijnnobel sirvió más café.

—¿Presentará usted alguna ponencia, Vincent?

—¿Le parecería adecuado que hablara sobre «Wittgenstein y el peligroso encanto de las matemáticas»? Podría relacionar la lógica, el lenguaje, las ideas de Cantor sobre lo infinito, las de Wittgenstein sobre Freud…

—Será apasionante. Bueno, ahora veamos los temas que tenemos que tocar con el joven Tewfell.

Nick Tewfell era un hombre moreno y pulcro que vestía una chaqueta de pana, camisa a cuadros y corbata roja. Llevaba el pelo corto, dejando al descubierto su estrecha nuca. Parecía más preocupado por las mejoras del bar y el comedor estudiantil que por los extravagantes lemas de la Antiuniversidad. Su padre, originario de Sunderland, trabajaba en la Asociación de Caldereros. Estudiaba Historia —no era un estudiante sobresaliente: simplemente había sido la asignatura en que más se lucía en la escuela— y dedicaba

buena parte de su tiempo a trabajar para el Partido Laborista de Calverley y a pronunciar discursos ante la Juventud Socialista de Calverley. Para ser un político estudiante, era un hombre pragmático y acomodaticio.

Sentado en el estudio de Wijnnobel, discutió sobre los futuros oradores que hablarían en la asociación (Michael Foot, R. D. Laing), en la universidad (Anthony Crosland, Ernst Gombrich). Salió a colación el ciclo de conferencias «Cuerpo y mente». Wijnnobel citó el nombre de los conferenciantes con una voz sin inflexiones, y aseguró que este ciclo daría a conocer la universidad como un importante centro de estudios. Tewfell expresó un educado entusiasmo por esta idea y opinó que tanto Eichenbaum como Pinsky atraerían un nutrido público. Hodgkiss sonrió para sus adentros y le preguntó a Tewfell si sabía algo de la así llamada antiuniversidad.

—Tengo una cierta idea. Conozco a uno o dos de los implicados.

—¿Son estudiantes de la universidad?

—Algunos sí. No todos. Hay también estudiantes graduados.

—¿Sabe algo de las actividades que proponen?

—La verdad es que no sé qué hacen. Creo que el único contacto con nosotros son los carteles y demás. No he visto señal alguna de clases reales. Sólo anuncios.

—No veo ningún mal en los anuncios. Pero, desde luego, si interrumpieran las clases, cambiaría de opinión.

—Estoy seguro de que se enterará usted de sus planes. Si es que tienen alguno. Creemos en la libertad de expresión.

—También la universidad cree en ella.

Tewfell transmitió las preocupaciones surgidas en la última asamblea de la Asociación de Estudiantes.

—Los estudiantes reclaman un cambio de los planes de estudios. Opinan que tenemos que trabajar mucho más…, que ocuparnos de muchas más cosas que los estudiantes de otras universidades.

—Tienen un año más para hacerlo. Y ustedes eligieron seguir este plan. Se suponía que ello implicaba un esfuerzo mayor. —En la reposada voz de Gerard Wijnnobel había un dejo de dureza.

—Los estudiantes piden específicamente que no se exija el

estudio de otra lengua, que éste sea optativo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque… porque es muy difícil para algunos. Y quieren tener más tiempo para estudiar cosas nuevas e importantes. Teorías. Teoría literaria, teoría política.

—Siempre he sostenido que nadie entiende su propia lengua si no es capaz de entender las formas de otra lengua.

—Yo podría contestarle que ningún estudiante puede saberlo todo con una simple carrera.

—Y yo se lo acepto. Pero creo que ciertas cosas son esenciales para entender la mente, y otras son secundarias. La teoría literaria carece por completo de sentido si no se conoce más de una gramática y más de una sintaxis.

—La gramática es elitismo; la gramática es un sistema de control.

—Eso es un disparate.

—Sólo cito uno de los carteles, rector.

—¿Cómo puede la gramática ser elitista? La confunde usted con la pronunciación normativa.

—Yo no. Los carteles.

—Tal vez deberíamos explicar a los estudiantes el porqué de la exigencia de otra lengua —intervino Hodgkiss.

—Eso tendría que ser claro, evidente y hermoso para cualquier estudiante, o para cualquier persona —replicó Wijnnobel.

—Usted es un perfeccionista —dijo Hodgkiss.

—Un perfeccionista práctico —puntualizó el rector.

—Lo práctico en este caso es exponer las razones. Con las que estoy plenamente de acuerdo.

—Los estudiantes de Literatura Inglesa, sobre todo, se quejan del tiempo que dedican a otras lenguas —dijo Tewfell—. Dicen que es como haber vuelto a la escuela.

—Es lo que todos deberíamos hacer, a lo largo de toda la vida.

—Y no pueden decir que las lenguas… al menos, las vivas… no sirven en el mundo real —señaló Hodgkiss con calma.

—No he dicho que estuviera de acuerdo con ellos —contestó Tewfell—. Entiendo los argumentos de ustedes. Pero tengo que transmitir lo que dijeron. Un número considerable de estudiantes. Me delegaron la tarea de comunicarlo.

—Me siento decepcionado —dijo el rector.

Lo que había empezado bien había acabado estropeándose.

Lo cierto es que la antiuniversidad tenía una base de operaciones, constituida por dos caravanas y una furgoneta aparcadas en un lugar conocido como Griffin Street. Griffin Street era una hilera de barracas casi abandonadas que se alzaban junto al límite de la finca de Long Royston, donde las zonas verdes lindaban con los páramos. Cuando la universidad dispuso de fondos para ello, se propuso acondicionarlas para que sirvieran de alojamiento a los alumnos graduados. Una de ellas ya estaba habitada por dos estudiantes, Greg Tod y Waltraut Ross, licenciados en Historia Política y Antropología respectivamente.

La furgoneta pertenecía a Avram Snitkin, un etnometodologista itinerante. Snitkin había explicado a Tod y Ross que estaba llevando a cabo una profunda investigación de los procedimientos legales de Gran Bretaña, cosa que era cierta. Tod y Ross sospechaban que al mismo tiempo los investigaba a ellos, pero eso no les molestaba. El objeto de estudio de la etnometodología era el mundo de lo aprendido visto desde dentro, tal como funcionaba, de modo que creían que Snitkin estaba en su derecho.

Una de las caravanas era un auténtico carromato gitano de tracción a sangre, con largas varas, escalera de altos peldaños y cortinas en las ventanas. Lo habitaba Deborah Ritter, que no era estudiante de la Universidad de North Yorkshire ni de ninguna otra, en realidad, pero que de tiempo en tiempo y de lugar a lugar había estudiado religión comparada, antropología, folclore y psicología. La otra caravana, blanca en otra época, era ovalada como un huevo y la tiraba un todoterreno. El todoterreno pertenecía a Jonty Surtees, mayor que los otros, que había estado en Haight-Ashbery y con los estudiantes de Nanterre, y había visitado las comunas de Copenhague y tenido relaciones con la Kommune I de Berlín. Las caravanas estaban aparcadas a un lado de la vieja valla del parque, de modo que, técnicamente, no se hallaban en terrenos de la universidad. El caballo de Deborah, *Vivasvat*, gordo, plácido, gris moteado con pobladas cernejas y crines desgreñadas, pacía al cabo de una larga cuerda. Deborah y Jonty Surtees formaban una especie

de pareja, los dos altos, robustos y sonrientes, los dos con el rubio cabello suelto y largo hasta los hombros. Surtees tenía también un delgado bigote rubio. Vestía camisas oscuras bordadas con llamas y rosas, que llevaba desabrochadas hasta el ombligo. Deborah usaba túnicas hindúes de seda sobre largas faldas, se ceñía la frente con unas cintas multicolores entrelazadas, y siempre iba descalza. Tod y Ros llevaban tejanos y camisetas con diversos lemas e imágenes. La antiuniversidad iba tomando forma en las cinco barracas deshabitadas de Griffin Street. Habían hecho escritorios con ladrillos y tablas. Las máquinas de escribir repiqueteaban. Deborah ponía al fuego enormes cazuelas con judías, arroz, hierbas y enroscadas tiras de piel de tomate. Había asimismo un eterno guiso de carne.

En curiosa sincronía con las invitaciones enviadas por el rector para su ciclo de conferencias «Cuerpo y mente», e ignorante por el momento de dicha sincronía, la antiuniversidad despachó invitaciones a posibles profesores y estudiantes. Greg Tod escribió a los rebeldes idealistas de la Escuela de Economía de Londres y de Essex, Waltraut Ross escribió a los líderes estudiantiles de Europa, y Deborah Ritter hizo lo propio a diversas comunas, hospitales, escuelas de arte y asociaciones. Traeos comida y ropa de cama, decían. Crearemos un espacio de libertad para la expresión personal, para echar abajo los límites artificiales. Mientras aguardaban, pintaban las caravanas. Las paredes del carromato gitano se convirtieron en un bosque de árboles plateados y verde pino, superpuestos, de los que colgaban frutos de oro y plata y granadas carmesí. La caravana en forma de huevo quedó pintarrajeada con serpentinas, embudos, serpientes, escaleras, vides y enredaderas que cubrían cada centímetro cuadrado, en color naranja, rosa chillón, bonitos azules y diversos tonos de verde. Durante toda una tarde discutieron si debían o no sugerir temas posibles a los potenciales profesores, y al cabo decidieron que no. Si por azar dos o más coincidían en el tema de su curso, eso sólo demostraría que éste era verdaderamente necesario, y verdaderamente inspirado. Imprimieron folletos en los que invitaban a la gente a acudir y compartir sus conocimientos, fueran

éstos profundos o elementales. Todo era digno de estudio, desde la cosmología a la mermelada, desde la supuesta locura a la cocina vegetariana, desde los mantras a la resistencia armada, la muerte del capitalismo o el cultivo de guisantes de olor. El mundo está pleno de diversidad, y así también ha de ser la Antiuniversidad. Podemos desentrañar a Karl Marx, poneros en el camino del pensamiento maoísta, leeros la mano o descubrir los secretos del Tarot. Toda la vida humana tiene cabida aquí y, si no está, lo estará. Traed comida, ropa de cama, instrumentos de música y arte.

Aquella tarde, Ross, Tod y Deborah Ritter se encontraban en la cocina, fumando, quemando incienso, picando cebolla y discutiendo sobre la desaparición del estado burgués y la transfiguración del proletariado. Deborah canturreaba por lo bajo, cosa que irritaba a Greg Tod, que estaba hablando. Entre los árboles del parque apareció una figura que venía de la universidad. Era una mujer alta y corpulenta que caminaba con paso rápido y desgarbado. Waltraut Ross la observó por la ventana de la cocina mientras la mujer se aproximaba. Ross era bajita y escuálida y solía vestirse con un jersey negro ajustado y leotardos, al modo de una bailarina en sus horas de descanso. Sentía el habitual desdén de las mujeres flacas por las corpulentas o rollizas.

—Es una mujer gorda —dijo.

—¿La conoces? —preguntó Greg Tod.

—Me parece conocida, pero no consigo localizarla. Trae unos perros. Collies gordos con una mujer gorda.

—«Oh, mujer blanca y gorda a quien nadie ama» —dijo Deborah Ritter, incapaz de resistir la tentación de la cita[7].

—No necesariamente —repuso Greg.

—Desde luego es muy burguesa —comentó Waltraut.

La mujer llamó a la puerta. Con fuerza, varias veces.

—¿Abro?

—Es lo mejor.

Estaban trabajando a la luz de unas velas. Cuando Waltraut abrió la puerta, por un momento la oscura figura llenó todo el vano, y las

llamas se agitaron con el aire frío que entró con ella.

—Cierre la puerta —dijo Greg Tod—. Nos gusta nuestro aire viciado.

Ahí estaba ella de pie: decididamente no formaba parte del mundo de relajación, sonrisas y compañerismo. Llevaba un abrigo que era una especie de capa con hendeduras para los brazos en lugar de mangas, de buen corte y con galones a modo de ojales, que le confería un aire a la vez académico y de bruja. Bajo la capa se veía el bulto de una amplia túnica y una chaqueta de punto larga y holgada. El cabello negro era abundante y lustroso, y un flequillo le ocultaba la frente.

Los labios eran de color granate.

—¿Qué podemos hacer por usted? —preguntó Greg.

—He visto vuestros mensajes. He venido a ofrecer mis servicios a vuestro… vuestra comunidad.

Nadie la invitó a quitarse el abrigo.

—Me llamo Eva Selkett. Quiero impartir instrucción con este nombre. Tengo otros, pero aquí enseñaré como Eva Selkett.

—¿Y qué enseñará? Aunque aún está por verse si queremos que alguien «enseñe» algo a quien sea.

—Puedo mostrar y explicar. Antigua sabiduría egipcia, la lectura del Tarot, los arcanos astrológicos y la cosmología de los cabalistas.

Deborah Ritter apiló unas ramas en el fuego, que llameó y resplandeció.

—Creo que ya tenemos mucho de todo eso. Yo sé leer el Tarot, sé leer las manos y sé hacer horóscopos.

Eva Selkett tenía el rostro cubierto de sudor. Alzó una mano —con grandes anillos, amatistas y ópalos, en todos los dedos— y se abanicó.

—Me gustaría quitarme el abrigo.

—Sé quién es usted —dijo Greg Tod—. Acabo de recordarlo. Es su esposa, *lady* Wijnnobel.

—¿Y? —replicó Eva, temible y llena de suavidad.

—No la queremos con nosotros —dijo Waltraut Ross—. Pertenece al enemigo.

—Creí que estabais dispuestos a aceptar a quienquiera que viniera. Tengo ciertas habilidades, ciertos conocimientos que no quieren allí donde estoy.

—Aquí tampoco, me temo —contestó Greg Tod—. No queremos «damas» aquí.

Odín y *Frigg*, que habían quedado fuera, se pusieron a arañar la puerta. Eva Wijnnobel parecía no saber qué hacer. Daba la impresión de que suponía que, si permanecía allí de pie con suficiente determinación, el grupo acabaría por ver las cosas a la manera de ella. Era evidente que no había previsto más resultado que la aceptación.

—Usted nos hace sentir incómodos —dijo Deborah Ritter—. No está bien que venga aquí. Creemos… creemos que no tiene que quedarse.

Los perros rascaron la puerta.

—Por favor —pidió Waltraut Ross—, váyase. Aún no ha comenzado nada. Ya sabrá usted de nosotros cuando todo esté en marcha. Pero, como puede ver, no hem…, aún no ocurre nada.

—Creía que ya estaba en marcha.

Greg abrió la puerta.

—Creyó usted mal. Ya nos pondremos en comunicación con usted. Supongo. Por favor, ahora márchese.

—Volveré —aseguró ella, frunciendo un tanto la cara.

Sabían que deberían haber sentido lástima por ella, pero no era así. Deseaban ardientemente que se marchara.

Tras un silencio incómodamente prolongado, ella se fue.

Jonty Surtees llegó más tarde, cuando ya había anochecido. Deborah sirvió estofado de judías en unos platos de loza. Le contó de la extraña visitante y su propuesta.

—Reconocí quién era —dijo Greg Tod—. Era *lady* Wijnnobel. Simplemente se presentó aquí y dijo que iba a dar cursos de Tarot y astrología. Una vieja chiflada. Se quedaba ahí de pie sin moverse.

Deborah canturreó.

Waltraut dijo con aspereza:

—No estaría mal comer alguna vez algo que no fueran judías. Nos hacen reventar las tripas.

—Son flatulentas —repuso Greg Tod—. Flatulentas y sabrosas —añadió.

Jonty Surtees masticaba con aire pensativo.

—Pitágoras dijo que eran un alimento para la mente —declaró Deborah—. Y son baratas. Y sabrosas.

—Deberíamos comer carne. La carne sí que es sabrosa —dijo Waltraut. A su juicio, los seres humanos eran carnívoros, y ella lo era.

—Comer carne es un asesinato —repuso plácidamente Deborah.

—¿Qué le dijisteis? —preguntó Jonty Surtees.

—Nos deshicimos de ella. Le dijimos con todas las letras que no era bienvenida aquí.

—Me sorprende que hicierais eso.

—Había algo… desagradable en ella —dijo Waltraut.

—Me sorprende. Habéis desaprovechado una ocasión. Cuando uno trata de desbaratar… de echar abajo una estructura opresiva, un centro de poder establecido, no hay nada mejor que contar con un simpatizante, un aliado, dentro de la misma estructura. Sí, ya lo creo que desaprovechasteis la ocasión.

—No era un simpatizante ni un aliado —replicó Deborah—. No pensaba más que en sí misma.

—Políticamente no tiene la más mínima importancia lo que ella quiera —dijo Surtees—. Es nada menos que la mujer del rector. Puede ser útil para mil cosas.

—¿Eso quiere decir que la antiuniversidad es deliberadamente revolucionaria? ¿Qué es parte de una estrategia mayor? —inquirió Greg Tod.

—Claro, eso cae por su propio peso. Es parte del ataque, el desgaste, la desestabilización que echará abajo todo. Cuando llegue el momento. Tenéis que ser oportunistas. Tenéis que estar atentos. La mujer era un arma y un resquicio. Debisteis haberla recibido con los brazos abiertos.

—Se nota que no la has visto —comentó Waltraut—. Te aseguro que en ese caso no habrías sido tan amable.

—La guerra no es una cuestión de maneras de ser —replicó Jonty Surtees, y dejó escapar una ventosidad larga y sonora.

—Os lo dije —declaró Waltraut—. Las judías nos hacen reventar las tripas.

A la mañana siguiente, el ama de llaves de los Wijnnobel se acercó

a la mesa donde éstos estaban desayunando y anunció:

—Hay un joven fuera que quiere verla, señora.

Eva Wijnnobel llevaba su salto de cama de terciopelo carmesí.

—Dile que venga más tarde.

—Trae un ramo de flores. Un gran ramo.

Eva siguió al ama de llaves hasta la puerta del comedor. Jonty Surtees aguardaba en el vestíbulo con un enorme ramo de flores silvestres —dedaleras, calas, hierba cicutaria, ranúnculos tardíos, margaritas, guirnaldas de brionia y dulcamaras— recogidas en el parque.

Sonrió al verla. Tenía una sonrisa amplia y amistosa.

—Son para usted —dijo tendiéndole las flores—. Vino a visitarnos ayer y algunos la trataron con descortesía. Lo sentimos mucho. No estábamos preparados, y su visita nos desconcertó. Confiamos en que acepte nuestras disculpas, y estas flores silvestres, y venga a vernos cuando todo esté en marcha. Queremos que sepa que será bien recibida y apreciada.

Eva cogió las flores. Gerard Wijnnobel apareció detrás de su esposa.

Jonty Surtees le sonrió también a él.

—Simplemente venía en son de paz —explicó—. Uno o dos de mis amigos estuvieron… eh, un poco descorteses. ¿Sin rencores? —le preguntó a ella.

—Sin rencores —contestó Eva despacio.

¿A qué venía eso, Eva?

—Lo ignoro. Nunca lo había visto.

—Pero ¿de qué hablaba? ¿Quién fue maleducado contigo?

—Unos estudiantes. Nada importante. Fue una exageración traer flores. Amable, claro, pero exagerado. No hay problemas con ellos. Sólo son jóvenes.

7

De Elvet Gander a Kieran Quarrell.

Querido Kieran:

¿Tienes un interés junguiano en las coincidencias? He aquí un hermoso ejemplo. Esta semana recibí dos cartas, el mismo día, del mismo lugar, que me invitaban a dar una conferencia. Una era del rector de tu nueva universidad, en la que me pedía que tomara parte en un ciclo de conferencias multidisciplinarias que tendrá lugar en junio sobre las múltiples relaciones del cuerpo y la mente. Habrá químicos, filósofos, lingüistas, neurólogos, literatos, sociólogos, psicólogos, etc. Me pide que hable de psicoanálisis, con el enfoque que yo prefiera. «Un tema esencial en nuestra discusión», dice el rector. (Creo que él es gramático).

La otra carta era de un grupo que se autodenomina la Antiuniversidad de North Yorkshire. Dicen que están organizando encuentros periódicos para discutir lo que no se discute en el sistema, y les gustaría que hablara —o que me comunicara de cualquier otro modo que yo quiera y en el momento que yo elija— sobre la terapia de regresión psíquica, por ejemplo, sin ningún tipo de restricción. Dicen que es extremadamente urgente cambiar la estructura mental del sistema. El membrete de la universidad es rojo y negro con dragones rampantes, un montículo simbólico con un árbol (¿un cedro?) y algo que parece ser una fuente. La carta de la Antiuniversidad viene en un papel verdoso decorado con unos ojos sin párpados que le dan el aspecto de una

especie de pastel con pasas. (Ignoro si representan el mal de ojo, o un ojo que desvía el mal de ojo, o un ojo que anula el mal de ojo).

No están tan alejados uno de otro en su simbolismo arcano, me parece. Y tal vez tampoco en su empresa. El rector dice que sus oradores clave son Hodder Pinsky y Theobald Eichenbaum. Es un hombre valiente. A ambos se los considera deterministas redomados y, aun cuando las opiniones políticas de Pinsky son impecablemente de izquierdas, su psicología no lo es. Y el pasado alemán de Eichenbaum huele a podrido.

Sea como sea, está claro que mi deber es aceptar las dos invitaciones, y lo haré con gusto. Por supuesto, me convendría que fueran en el mismo momento, cosa que sería enormemente divertida. Pero es probable que me falte el valor. Como bien sabes, los de mi profesión nos resistimos a hablar ante un público que no esté compuesto por los que profesan nuestra fe. Creo que vencer este instinto gregario es una cuestión de honor.

Un hombre debe actuar en el mundo que existe (en el universo y el antiuniverso), y un hombre debidamente analizado no debería sentir miedo de los filósofos o los neurólogos. Ni de los activistas. Iré a North Yorkshire y haré averiguaciones. Confío en que podré hablar contigo sobre tu Lamb.

Es realmente difícil imaginar las consecuencias de una historia así en el superviviente. Dices que tenía once años cuando *sucedió*, y que nunca ha hablado de sus padres (ni de su hermana). Sin duda estaba en la prepubertad cuando ocurrieron esos espantosos hechos, y debió de tener conocimiento de ellos en el mismo momento en que se desencadenaba la guerra, por lo que la perturbación general de la gente fue seguramente un alivio para él. Incluso es posible que no recuerde nada. Es decir que se halla en un estado de intensa negación. Y, si perturbamos ese entumecimiento y lo hacemos volver a ese horror, ¿tenemos la capacidad y el amor necesarios para ayudarlo a encontrar su lugar en el mundo? Él no ha creado su propia situación, o

no querría estar donde está, oyendo voces y viendo lo que sea que vea.

Tengo ganas de conocerlo.

En nuestra profesión creemos en la verdad y el conocimiento. Pero lo primero que me inspira esta historia es: «Mejor para él que haya olvidado todo». Pero esto no está bien, ¿no?

Tu amigo.

ELVET

Joshua Ramsden no había olvidado. Recordaba todo, pensó, y nunca hablaba de ello, nunca había hablado de ello con nadie. Ésta era la frase que se decía cuándo pensaba en palabras, lo que significa que sabía «en palabras» que recordaba, pero no hacía memoria (o, quizá, no la sufría).

De hecho, recordar todo es distinto que revivirlo. Las cosas que recordaba eran fragmentos, o recortes, de lo que su cuerpo —ojos, oídos, nariz, nervios— había captado. Solían surgir o brotar inesperadamente en su interior, pese a todo el tiempo transcurrido, y lo dejaban sin aliento y con el corazón detenido mientras le llenaban la visión de malévolas manchas de tinta danzantes. Sentía esos recuerdos como si fueran luces brillantes entrevistas por los agujeros de un manto, o unas viscosas raíces subacuáticas tanteadas en el lodo. El resto —el manto de tiempo, el lodo de los hechos que siguieron— lo había juntado en palabras seguras, a las que recurría para protegerse de la visión y el roce del horror. Sabía que, una vez que el proceso físico de la memoria se ponía en acción, era incapaz de detenerlo. Un recorte iba ligado a otro, como un collar mortífero. Los años habían vuelto algo más soportable la asfixiante opresión del collar, porque podía confiar en que olvidaría de nuevo. El horror esperaba al acecho, como un maligno malhechor lo bastante astuto para aguardar a saltar sobre él cuando estuviera distraído e inerme.

Lo que solía desencadenarlo era la carne de sus muslos. En ese entonces aún usaba pantalones cortos, un muchachito alto con pantalones ceñidos. Con cuerpo de niño. Recordaba estar allí de pie con toda esa carne sólida agitándose, viva y descontrolada, caliente, fría, húmeda. Durante todos esos años había sentido una profunda lástima, y aún la sentía, por ese niño torpe de gruesos muslos desnudos que no sabía qué hacer.

También recordaba, en su cuerpo, la carne de ellas. Yacían lado a lado. Alguien les había cruzado las manos sobre el pecho y alguien les había cerrado los ojos, pero ni su cuerpo ni su rostro eran apacibles. Tenían la boca abierta. La boca de su madre estaba torcida, y su dentadura postiza se había ladeado. Uno de sus senos, todo arañado, había escapado por un desgarrón de su camisón rosa. Los párpados y la frente de su hermana estaban horriblemente golpeados e hinchados. Las manos de su madre, torpemente apoyadas, parecían arañar fútilmente. Los delgados piececitos de su hermana tenían el mismo aspecto de siempre, blancos, con las venas azules que se traslucían. Le producía una enorme pena que esa mujer hubiera quedado fijada en su memoria con los dientes salidos. Sentía una pena indecible por los piececitos de su hermana. Lo apenaban enormemente las manchas en el camisón y en el pijama de rayas multicolores.

Su cuerpo recordaba el olor dulzón, pútrido, y cómo había ido cambiando a lo largo de las horas que había permanecido sólo en la casa junto a las dos.

Acabó por comprender que este recuerdo había destruido en su mente gran parte del pasado de ese niño, extirpándolo más despiadadamente que una terapia de electrochoque, que resonaba con estridencia, apuñalaba y fragmentaba. No le venía nada a la mente cuando intentaba revivir a la mujer o a la niñita que habían sido antes los seres que yacían en el lecho. Con la piedad que reservaba a todos los recuerdos de ese muchachito torpe y trastabillante, recordaba intentos posteriores de imaginarlas haciendo cosas tales como caminar, o comer, o tocarlo. No fue

inmediato, pero al cabo de poco más de un año había creado una madre títere, una hermana títere, sonrientes y normales, y las había visto como lo que eran: sombras oscilantes que automáticamente invocaban la carne sólida, la dentadura postiza, los dedos fláccidos.

Lo que más lástima le inspiraba eran los momentos en que el muchachito tendría que haber comprendido lo que ocurría, y había sido inocente e ignorante. Se veía volviendo a su casa, entrando en la casa después de haber pasado su primera noche fuera, invitado por un amigo de la escuela. Recordaba que su madre lo había dejado ir sin comunicárselo al padre, que era muy estricto y podría habérselo prohibido. El chico no tenía muchos amigos; le resultaba difícil porque no se le permitía salir a jugar y tenía que dedicar los fines de semana a las clases de religión que se daban en la iglesia. Pero otro niño lo había invitado a su casa, y había ido. No podía recordar el nombre del chico. Ni su cara. Se acordaba de haberle dado las gradas educadamente a la madre al marcharse, y de que ésta le había dicho: «Vuelve pronto». Se acordaba de haberse sentido discretamente satisfecho consigo mismo: no había hecho nada raro ni tonto, había logrado que lo recibieran bien, se había comportado como un chico normal y no había dejado traslucir ninguna flaqueza. Lo recordaba porque una parte de él había quedado satisfecha con este hecho, había disfrutado con la cálida sonrisa de la madre del chico, había conservado la esperanza de que podría aceptar una invitación que luego se había vuelto imposible. Había tenido que repetir hasta el cansancio al cándido muchachito rollizo que todo aquello se había acabado para siempre. Era como dar un paso en falso; no, como esperar otro escalón cuando uno ya ha llegado al pie de la escalera. Toda la sangre bulle y tiene que quedarse quieta.

Una y otra vez miraba en su memoria cómo el muchachito rollizo decía desde la entrada: «He vuelto»; y, con la energía que da la confianza, corría escaleras arriba en su busca, para contarles todo. La patética ignorancia del niño.

Cuando las encontró, por alguna razón decidió esperar a que regresara su padre. Después de un rato anduvo sin rumbo por la casa (es probable que haya andado sin rumbo: esta parte le quedó totalmente borrada) hasta ir a parar a su dormitorio, donde se echó en la cama y debió de hundirse en un profundo sueño (eso suponía el hombre que recordaba).

Cuando el rollizo muchachito se despertó, era noche cerrada y todo estaba oscuro. Saliendo con esfuerzo del sueño, pensó, realmente pensó el pobre infeliz que todo había sido una pesadilla. Su cuarto, sus cosas, le parecieron por última vez tan habituales como siempre, con su sombría solidez en medio de la oscuridad. Su bata era su bata, sus hojas disecadas eran hojas disecadas, su hucha en forma de buzón no era más que un bote rojo. Permaneció allí entre sus cosas por un tiempo (era incapaz de estimar en su memoria el tiempo transcurrido a partir de ese momento, sólo la sucesión de noche y día). El hombre no podía recordar cuándo salió el muchacho de su habitación para comprobar si había soñado y si su padre había vuelto, tal como creía y esperaba. En sus recuerdos lo vio avanzar con extrema lentitud por el rellano, mientras el linóleo resonaba a hueco bajo sus pasos; lo vio —al pobre desgraciado— temblar tan violentamente que no podía abrir la puerta del dormitorio que él mismo debía de haber cerrado.

Cuando lo hizo, seguían allí, por supuesto. Y su padre, de quien podría haber recibido ayuda, no estaba.

Se veía a sí mismo de pie, de espaldas al lecho de muerte, con la vista clavada en la oscuridad exterior. Veía al pobre chico tembloroso y se veía a sí mismo. Es decir, veía su ser presente que albergaba ese recuerdo.

Fuera de la casa reinaba una oscuridad completa. Pero la negrura no era absoluta. Había tinta líquida, pez viscosa, un velo hollinoso. Era como si el exterior fuera un tejido de tiras, de cintas movedizas, de olas nacientes de negrísima cresta, que reptaban, se escurrían, se

alzaban con violencia. La ventana no constituía una protección, la casa y sus ladrillos eran endebles. Lo que aullaba y se encabritaba allí fuera, lo que engullía y tragaba, eso era lo real. Dentro, su cabeza era un pote o una cueva rebosante de una negrura tenue y violenta que pugnaba por salir y mezclarse con el resto de la oscura materia. La valla de hueso de su cráneo, la tibia maraña de sus cabellos, eran tan endebles y tan fáciles de desmoronar como los ladrillos, el mortero y las tejas de la miserable casa.

Vio la luna. Era la delgadísima hoz de la luna menguante. En la oscuridad que avanzaba vio el globo de negra materia que era la cara no iluminada de la luna.

Vio el cristal de la ventana. Era una ventana corredera. En el cristal, o a través de éste, vio la cara del pobre muchachito en la ventana. Era una cara más noble que el rostro hinchado y lleno de imperfecciones que evitaba mirar en el espejo. Tenía rasgos finos y ojos muy negros bajo un ceño fruncido. El cabello carecía de color. El hombre era incapaz de recordar qué color había tenido su pelo cuando no era blanco. Sólo recordaba que, cuando vio al otro allí de pie en el aire oscuro, fue el momento en que se había vuelto blanco. El del otro también era blanco, un blanco que brillaba tenuemente en medio de la negrura, con ondas y surcos que se abrían al infinito en lo más hondo de su curvatura. El otro permanecía muy tranquilo fuera, en medio de la turbulencia. El desgraciado muchachito lo oyó decir:

—Extiende las manos.

Y él las extendió.

Y el otro le entregó una esfera negra, terriblemente pesada, y caliente como si la hubiera cogido de entre las cenizas de un horno apagado.

—Tienes que llevarla —le indicó—. Así son las cosas.

No podía sostenerla, pesada y voluminosa como era.

—Sí que puedes —dijo el otro—. Debemos hacerlo. —Y le señaló un costado de la bola de negrura.

Vio que, de polo a polo, discurría una hendedura de luz. Una luz tenue, fría, pálida. Como una ventana a un vacío brillante, como una franja de luz diurna a través de una cortina oscura, como una cuchillada en la corteza de oscuridad.

—Eso es —dijo el otro.

Ignoraba cuánto tiempo permaneció allí de pie, sosteniendo lo que era demasiado pesado para ser sostenido, pero aun así haciéndolo, mientras en el exterior lo desmesurado rugía y crecía. Sabía que, si lograba sostenerlo, él seguiría existiendo fuera, donde ahora tenía que estar.

Al amanecer, el otro le dijo que bajara la escalera. Cuando llegó a la cocina, le indicó que siguiera bajando. Así que descendió los escalones de piedra que conducían a la carbonera.

Por el aspecto de su padre, se habría dicho que había intentado abrirse camino hasta el centro de la montaña de carbón. Las primeras luces de la mañana penetraban por un agujero circular de la acera, que constituía la única ventana de la carbonera y el orificio por donde se vaciaban los sacos de carbón. Así pues, la luz del amanecer resbalaba por los relucientes trozos negros, dando un toque de brillo aquí y allá. Todo el suelo estaba cubierto de polvo de carbón, que también resplandecía, algo menos plateado que el carbón, con un lustre iridiscente rosa, púrpura, verde y añil, como manchas de aceite en la calzada. Su padre se había untado con este polvo la cara y las manos, las gruesas cejas blancas y el poblado bigote. Tenía las pestañas llenas de hollín. Vestía el traje negro con que predicaba los domingos, y una camisa blanca ahora cubierta de manchas de hollín y tizne, pero no llevaba corbata. Su padre tenía una nuez voluminosa que siempre se agitaba rítmicamente cuando se hallaba en el púlpito, y que ahora temblaba y se ladeaba bajo el polvo de carbón, negro sobre rojo mate. Estaba sentado con la barbilla apoyada en las rodillas. Tosiendo. Joshua recordó que siempre había sido asmático. Ahora tenía los pulmones llenos de polvo y ceniza. Se aclaró la garganta, varias veces, y luego habló con una voz ronca y chirriante.

—¿Dónde estabas?

Como cualquier padre a punto de dar una reprimenda. Como este padre, que creía que el mundo exterior contaminaba la pureza interior.

—Pasé la noche fuera.

No podía recordar si había dicho —o si lo había pensado y callado— la terrible frase: «Mamá dijo que podía ir».

—Tendrías que haber estado aquí —dijo el espantajo posado en la montaña de carbón.

En este punto el hombre volvía a acordarse de los vulnerables muslos del muchachito, ahora también con delgadas líneas de polvo negro. No miró a su padre a los ojos. Miró hacia abajo, al polvo del suelo, mientras oía una sentencia de muerte esquivada o diferida, como si oyera la amenaza de una paliza esquivada o diferida.

Como era incapaz de mirar a su padre a los ojos, clavó la vista en la roja nuez, por encima de la sucia camisa.

—Así que sigues adelante —dijo el hombre sentado en el carbón —. Algún propósito habrá en ello.

Él seguía de pie, como arcilla endurecida, tan pesado como la tiznada bola de oscuridad que había sostenido junto a la ventana.

—Ve —dijo el hombre—. Trae a la policía.

Él no podía moverse ni hablar.

—Te he dicho… —empezó su padre, y luego resolló y tosió y farfulló.

El chico se volvió y trepó por la escalera a cuatro manos. Salió a la calle, que tenía el aspecto de una calle por la que los chicos van con su cartera a la escuela, y las madres salen de compras o a echar una carta, llevando de la mano una niñita que remolonea en el umbral de la puerta o atisba por la rejilla de una carbonera. Se tomó las instrucciones al pie de la letra. Anduvo y anduvo por las hollinosas calles, hasta que, en el cruce con High Street, vio un policía. Se acercó a él y lo tironeó del bolsillo. El policía era muy alto, y el casco lo hacía aún más alto. Agitaba los brazos, dirigiendo el tráfico. El hombre no podía recordar la cara del policía.

—Dice mi padre que tiene que venir.

No recordaba la respuesta del policía.

—Dice mi padre que tiene que venir a mi casa, ahora mismo.

Algo en su voz, algo en su cara manchada debió de convencer al hombre, porque fue con él.

Es de suponer que volvió a su casa acompañado del policía, pero no tenía ningún recuerdo de ello. No volvió a dormir en esa casa, pero

no recordaba dónde había dormido hasta que su tía Agnes fue a buscarlo. Se acordaba de la malsana invasión de la negrura en su cuerpo, y del conocimiento de que, si recuperaba la conciencia, la perdería por completo, así que tenía que ser insensible, no debía saber ni sentir.

En los días que vinieron luego, algunos de sus recuerdos se volvieron sueños o fantasías, otros no. Todo el tiempo había sabido lo que le pasaría a su padre, de eso estaba seguro, y más tarde había sabido lo que le había pasado, aunque no podía decir con certeza cómo lo había sabido. Su tía Agnes, de hecho una prima lejana de la madre, se lo había llevado a vivir con ella a un pueblo minero del condado de Durham. Trataba al chico como si tuviera alguna clase de suciedad y oliera mal. Se mantenía siempre distante y le ordenaba continuamente que se aseara y se lavara. Tenía una cara pequeña y redonda, de expresión ceñuda y quejumbrosa, y cabello gris que le caía en rizos sobre las orejas. No recordaba que nunca le hubiera hablado sobre los hechos que lo habían llevado a vivir allí.

En lo que a ella concernía, los días del juicio de su padre, y de su condena y ejecución, pasaron igual que todos los otros horribles días de escuela en el norte. Los tanques de Hitler habían entrado en Polonia y en Bélgica y ahora se disponían a lanzarse sobre Francia. Debido a la obsesión popular por conocer las noticias, el chico, conocido ya como Lamb, había visto periódicos. Recordaba dónde los había visto —en la parada del bus, en una tienda del pueblo— porque en los dos lugares había vomitado, y lo habían castigado por haberse manchado. La cara de su padre y la de Hitler estaban en la misma página. «Ramsden se niega a alegar demencia. El Señor me ordenó hacerlo. Se acerca un holocausto. Recibí la orden de tomar el camino más corto a la salvación». Y más tarde: «Ramsden no apelará. Estoy preparado para morir en la horca». Él había recordado el cuello de su padre, tal como lo había visto en la carbonera. Ni por su tía ni por los diarios había logrado averiguar cuándo tendría lugar la ejecución. ¿Había querido saberlo? Había tenido miedo de enterarse. A veces su tía se apresuraba a apagar la radio cuando oía que llegaba él, inmediatamente después de las noticias de la guerra, y él suponía que lo hacía por él, para evitar que lo oyera. En todas esas semanas y meses nunca habló de ello con nadie. Ya hombre, había querido conversar en alguna ocasión

sobre la férrea determinación de su tía de preservar la normal regularidad de sus tediosos días. Pues, aún dentro de sus limitaciones, era una mujer admirable. Quería que él fuera una persona corriente, del montón, intachable. No hubo en su pálido rostro el más mínimo gesto fugaz ni expresión que revelara al muchachito que ese día era diferente, que ese día era aborrecible.

En ciertas circunstancias, mientras se hallaba en diversos hospitales e iglesias, había creído recordar una visita hecha a su padre en su celda de condenado. Lo que sí recordaba bien era el mortal debate que se había desarrollado en la cabeza del chico sobre si sería capaz, cuando llegara el permiso para la visita, de cobrar ánimos para acudir a ese lugar o de mirar a ese hombre, que estaba vivo y que dejaría de estarlo. ¿Cómo podían mirarse a la cara con ese conocimiento? ¿Cómo lo habían hecho? Lo recordaba todo claramente: el hombre sentado tras una mesa negra, los tensos y silenciosos guardias, la asquerosa taza de té que le ofrecieron, los vanos esfuerzos de su padre para tragar el sorbo de té bebido de su propia taza, los temblores de su laringe. Recordaba haber visto la Biblia de su padre —su Biblia personal, con las cubiertas de cuero y la sencilla cruz dorada— y haberse alegrado por que tuviera algo propio en aquel lugar. Recordaba una ventana en lo alto, una magra fuente de luz grisácea en las oscuras sombras (que el clásico verde institucional volvía diferentes), semejante a la ventana redonda en el techo de piedra de la carbonera. Cuando pensaba con mayor claridad se decía que ese encuentro nunca había tenido lugar, que había sido un mero producto del tormento del pobre chico, del deseo religioso, profundamente inculcado en él, de amar, respetar y perdonar a su padre setenta veces siete, y de compartir su miedo con él, de ayudarlo de algún modo en sus postreros momentos. Y superpuesto a esto, como la negra ola que se retira de las rocas contra las que ha roto, estaba el recuerdo de la carne muerta en la cama, el olor, el ultraje. Ellas dos ya no podían recibir ayuda.

Se inclinaba por creer que la escena nunca había ocurrido. Aun así, los recuerdos que guardaba de ella lo llenaban de una sensación de derrota, de haberle fallado a su padre. No recordaba ninguna palabra que hubiera dicho alguno de los dos; sólo el desagradable

sabor del té, el lúgubre tintineo de la loza, la voz del guardia anunciando: «Lo siento. Se ha acabado el tiempo». Creía que había dado forma a este recuerdo llevado por el deseo de haber hecho algo bueno, de haber hecho lo correcto, o por lo menos de haberlo intentado. Se había basado para ello en escenas de películas o de historias de aventuras. Su padre había estado siempre en contra de las historias imaginarias y lo había exhortado a leer su Biblia, la cual era suficiente y respondía a todas las necesidades. En una clase de lectura en la escuela dedicada a *Oliver Twist,* Josh Lamb se cubrió de vergüenza al tener un ataque mientras se leía en voz alta la horripilante descripción del terror de Oliver al verse frente al terror de Fagin en su celda de condenado. Cuando alguien lo llevó al cine —no se trataba de su tía, pero no podía recordar quién había sido— a ver *Ocho sentencias de muerte* nuevamente se había cubierto de vergüenza al vomitar sobre el hombro del muchacho sentado delante, mientras un sereno Dennis Price escribía su confesión en su celda de condenado. Tenía que darle la razón a su padre: las historias imaginarias y los ídolos eran resquicios por los que el mal y el Padre de las Mentiras entraban en el mundo.

Creía estar seguro de que su padre había tratado de comunicarse con él. Había recogido dos postales dirigidas a él, en dos ocasiones en que había bajado a desayunar antes de que lo hiciera su tía. De inmediato las había escondido entre sus papeles de la escuela. Las tarjetas eran grises y afelpadas, por lo que la tinta estaba un tanto borroneada, y tenían renglones de guía que su padre no precisaba. En una había una referencia bíblica, Génesis

22, 6-8.

No había firma. Probablemente su padre pensaba que una expresión como «Te quiere» sería inaceptable o espantosa. La segunda decía: «Quiero que te quedes con mi Biblia personal, para que la uses y me recuerdes, si es que deseas conservarla. He escrito una carta que espero que te entreguen, o que conserven hasta que tengas edad suficiente para entenderla, ya sea que puedas o no perdonarme».

En su imaginación, la escritura no era clara y firme, sino temblorosa y torcida, como si cada letra hubiera sido trazada con extrema dificultad por una mano trémula. No le entregaron ninguna

carta.

Conservó las postales por algún tiempo, cambiándolas de libro en libro de su reducida biblioteca. —*El libro infantil de la Naturaleza, Vidas de héroes, Historias verdaderas sobre la misión cristiana*—. Nunca las guardó ni en su Biblia ni en el libro de oraciones. Tampoco las miraba a menudo. Eran como tajadas de una materia muerta y contaminada, pero era su obligación preservarlas y contemplarlas. Un día —no estaba seguro de cuándo había sido; aún era adolescente y había estado enfermo— las buscó por todas partes sin poder encontrarlas. Una y otra vez abrió libro tras libro, no exactamente con el deseo de verlas, pero sí con la desesperada ansia de poner fin a la búsqueda, de volver a reunirse con los fragmentos cuya custodia tenía. Nunca las halló. Sabía que su tía revolvía sus cosas regularmente buscando cigarrillos o lo que pudiera haber de sucio, de obsceno, de perverso y que sólo existía en su imaginación. No habló con ella de este asunto, nunca, y ella tampoco lo hizo nunca.

Génesis
22,6-8:

Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos.

Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: «Padre mío». Y él respondió: «Heme aquí, hijo mío». Y él dijo: «He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?».

Y respondió Abraham: «Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío». E iban juntos.

El mensaje era terriblemente ambiguo. ¿Le decía su padre que, como Abraham, había obedecido sin chistar la orden de ofrecer en sacrificio a su hijo… y, en este caso, a su mujer y su hija? ¿O le estaba diciendo que no había tenido suficiente confianza en Dios, pero que Dios había salvado a su hijo como había salvado a Isaac? Y fueron ambos juntos. E iban juntos. Heme aquí, hijo mío.

¿Dónde?

El holocausto era un sacrificio que se ofrecía a Dios, por lo que sabía el chico, antes de que el mundo se entregara a la maldad que estaba por venir. Los hechos habían demostrado incluso que su padre se hallaba en lo cierto, que sobrevendría otra clase de holocausto. La casa vacía en que había tenido lugar el sacrificio quedó reducida a polvo y cenizas en una incursión aérea alemana contra las fábricas de acero y los ferrocarriles. Las que habían muerto antes habrían muerto entonces. En cuanto a él, el corpulento muchachito, Joshua Ramsden, Josh Lamb, fue salvado por segunda vez de la muerte. Lo habían evacuado, lo cual de otro modo no habría ocurrido.

La evacuación general de niños de las ciudades amenazadas, que se llevó a cabo a finales de 1939, facilitó las cosas a Agnes Lamb para referirse a su sobrino como un «evacuado». No era el único niño sin padres en los pueblos de la zona —sin padres y, lo que es más, sin objetos personales—. Podía hacerse invisible entre las otras almas en pena que concurrían al instituto, conducidos por unos autobuses marrones que los recogían en los pueblos circundantes. De muchos de ellos se burlaban por su acento particular, o porque tenían extraños hábitos. Josh Lamb no destacaba en ningún sentido. Sus profesores eran hombres viejos o bien mujeres, ya que a todos los hombres jóvenes los habían llamado a filas. El hombre no recordaba que el chico hubiera hablado con nadie, aunque suponía que debía de haberlo hecho. Se acordaba de algunas clases; las de latín, que impartía un anciano caballero llamado Shepherd, un hombre jorobado y canoso con gafas de montura dorada, y las de historia sagrada, que enseñaba una enérgica y vehemente mujer de nombre Sibyl Manson.

Consideraba esta época sus años de gusano y crisálida. Sabía en ese entonces —era para él claro como la luz del día— que había sido señalado, apartado, escogido. Fueron años en los que, durante mucho tiempo, no vio al otro, al que le había hablado fuera, en la oscuridad, y le había entregado el peso de la negrura para que lo sostuviera en los brazos. Se movía por la gris niebla de la normalidad y la ignorancia que su tía había urdido para preservarlo

—o preservarse ella— del recuerdo y el conocimiento del horror. Se sentía encerrado en una piel tirante que lo mantenía a salvo en medio de un vacío en el que su verdadero ser tropezaba y caía, una piel como de queratina o de pergamino en la que él carecía de forma, como el líquido amarillo lechoso que sale a chorros de los capullos y las envolturas de las crisálidas cuando éstos se rompen prematuramente. De vez en cuando —al tropezar en un adoquín, al palmearlo alguien en la espalda durante un acceso de tos, o estando colgado de una barra en el gimnasio, adonde había trepado sin problemas para encontrarse luego con que no podía bajar— había vuelto a ver la oscuridad total, la enorme grieta donde la urdimbre y la trama se precipitaban. O, al mirar en el escaparate de una tienda, veía su propio reflejo, y detrás de él no se reflejaba el viejo coche, ni los habituales transeúntes, ni el policía, sino el telar de lo desmesurado que se precipitaba con estrépito. No había espejo en su habitación; de hecho no había espejo alguno en la casa de su tía. Ella era enemiga de la vanidad. Así que él se veía en contadas ocasiones. Ya no era rollizo. Y ahora usaba pantalones largos.

En los años de la guerra, la asignatura de historia sagrada consistía en lecturas de la Biblia. En este sentido era, pues, un recitado de historias. Latín era más árida, pues se trataba de aprender palabras y recitarlas. *Tanto* la *señorita* Manson como el señor Shepherd eran buenos profesores, que no sólo sabían cómo hacer para que sus alumnos, más o menos atentos, recordaran lo enseñado, sino cómo lograr que esto pasara a formar parte constitutiva del ser en formación de esos muchachos. La señorita Manson hablaba del amor de Dios, el buen padre, y les relataba historias del Antiguo Testamento: el hombre y la mujer en el Edén libre de pecado, la serpiente, la manzana, las hojas de higuera, las puertas y el ángel con la espada flamígera. Les explicaba la historia de Noé y el Diluvio, y ellos dibujaban en sus cuadernos arcas de madera flotando en olas azules. Josh Lamb recibió alabanzas por su imaginación cuando dibujó su arca en una noche tormentosa, en un agua color tinta, con una linterna en la proa y una pálida luna en el cielo. También dibujaron a la mujer de Lot, convertida en una estatua de sal al darse vuelta para mirar la destrucción de Sodoma y Gomorra, así como a ángeles de enormes alas blancas. La señorita Manson les mostró reproducciones de ángeles de Van Eyck, de

Giotto, de Fra Angélico, para que vieran la belleza del mundo eterno tal como los hombres la habían vislumbrado. Pasó por alto la embriaguez de Noé y la descripción precisa de los pecados de Sodoma. Pero todos pintaron arcos iris. Dios le había prometido a Noé que siempre protegería a la tierra y a sus habitantes. En los ferrocarriles y en las fábricas de acero, y en el centro de los pueblos, caían bombas. Los hombres eran malos, decía la señorita Manson, pero pagarían por su maldad.

Al fin llegó, como era su obligación, a la historia de Abraham e Isaac. Los muchachos dibujaron a Agar en el desierto, y al ángel que la hizo regresar junto a su hijo, a quien había abandonado porque lo amaba tanto que no quería verlo morir. Debéis confiar en Dios, decía la señorita Manson. La fe de Agar era débil. La mujer de Abraham, una mujer de noventa años, le dio a Abraham un hijo, Isaac, cuando aquél era ya un hombre anciano. En esos tiempos debían de computar la edad de un modo diferente. Y así llegaron, como tenía que ser, al relato del sacrificio de Isaac.

> Aconteció después de estas cosas que Dios probó a Abraham, y le dijo: «Abraham». Y él respondió: «Heme aquí».
>
> Y dijo Él: «Toma ahora a tu único hijo, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré».

Aquí había otra escena que dibujar: el muchacho con la leña a la espalda, el hombre con el cuchillo, el ángel, el carnero trabado en el zarzal por los cuernos.

Al hombre lo maravillaba la necesidad de encontrar una explicación natural para la presencia del cordero, cuando toda la historia rebosaba de voluntad sobrenatural y poder arbitrario. Por primera vez, el muchacho se sintió obligado a discutir, algo que nunca hacía. El hombre creía recordar que el muchacho ni siquiera hablaba. Pero esta vez se quedó sentado sin dibujar la leña ni las plumas del ángel. La señorita Manson caminaba entre los pupitres, y vio su cuaderno en blanco. Se inclinó sobre él. Llevaba el cabello, de un rojo intenso, brillante y lacio como el de un paje y recogido de tal modo con dos pasadores de carey, que parecía tener una especie de cuernos sobre la frente. Vestía un curioso traje de *tweed*,

con un dibujo de puntitos rojos y verdes, y olía a naftalina. Usaba gafas con montura de carey.

—¿Hoy no estás inspirado, Lamb? Siempre trabajas tan bien…

—No me gusta la historia, señorita.

—Es la palabra de Dios, Lamb. No te corresponde decir si te gusta o no. Tienes que comprenderla, interpretarla y aprender de ella. ¿Qué es lo que te inquieta?

—¿Por qué el Señor tentó a Abraham? Creo que fue el diablo quien lo tentó, como en el Jardín del Edén. ¿Por qué le ordenó… por qué le pidió… cómo podía Abraham… matar…?

—¿A su propio hijo amado? La historia sagrada pone buen cuidado en explicar que Abraham amaba a su hijo cuando Dios le pidió el supremo sacrificio. A todos se nos piden sacrificios, Lamb. No es un sacrificio, si no se trata de alguien amado. A Abraham se le pidió que hiciera el mayor sacrificio posible, el de su hijo, a quien él amaba. Lo mismo ocurre en todas partes a nuestro alrededor. Los jóvenes parten a la guerra, a luchar por nuestra libertad, y sus esposas y madres deben mostrarse animadas, porque es necesario.

—Pero…

—¿Aún tienes peros?

Era una buena profesora que realmente quería saber lo que perturbaba su mente. Más tarde pensó que ella, al igual que el señor Shepherd, tenía un cierto carisma resplandeciente. Pero su luz era demasiado débil para iluminar su oscuridad.

—Pero la palabra «tentar» es apropiada, creo. Se «tienta» a alguien para que haga lo que no debe. No tendría que haberlo hecho.

—El padrenuestro nos enseña a pedirle al Señor: «No nos dejes caer en la tentación». Tentación aquí significa «prueba».

—Pero lo que quiere decir es que no hagamos… ciertas cosas. Tenemos que pedirle a Dios que nos detenga para no caer en la tentación. No que nos tiente.

—No somos tan buenos, ni tan fuertes, ni tan santos como Abraham. No tenemos la pureza suficiente para atrevernos a someternos a la voluntad de Dios.

—Yo creo… —empezó el muchacho, y se calló.

—Dilo, Lamb.

—Creo que el diablo se apoderó de Dios, y estaba ganando.

Creo… creo que fue una maldad pedirle que hiciera eso…

—No, no, pensar que Dios puede hacer el mal es una muestra de maldad y debilidad. Dios es todo bondad. Sólo le procuró el bien a Abraham. Le dio un animal para el sacrificio, el ángel detuvo su mano, Isaac sobrevivió.

—Tal vez lo odió para siempre.

—No, porque también él había sido escogido; era un hombre santo, capaz de tener fe tanto en su padre terrenal como en su Padre celestial. No hay ningún mérito en la obediencia si la obediencia es fácil y agradable.

La negrura bullía dentro y fuera de él. Sentía olor a naftalina y a madera. Ella le mostró, más tarde, la reproducción que había llevado para ayudarlo a imaginar y entender la escena.

Años después él supo que era la versión de Rembrandt del sacrificio de Isaac. El ángel se asoma de unas oscuras nubes tormentosas, y con la mano derecha aferra la fuerte muñeca de Abraham. El cuchillo curvo, horriblemente aguzado, pende en el aire, en un eterno descenso. El barbudo rostro de Abraham, concentrado en lo que se propone hacer y sobresaltado de súbito por la aparición, está vuelto hacia lo alto, hacia el ángel. El muchacho, desnudo excepto por un taparrabo, yace de espaldas sobre la leña. No tiene rostro. La mano izquierda de Abraham, piel morena sobre blanca, está asida como una ventosa a la parte superior de la cabeza del muchacho y la fuerza hacia atrás, de modo que el hombre no puede ver la cara del chico y éste no puede ver el cuchillo. Todo lo que se ve es la delgada garganta blanca. Asesinato y piedad. El muchacho, *Josh*.

Lamb, al ver la pintura, se sintió invadido por la misma piedad abrumadora con que el hombre contempla ahora al distante muchacho. Con la mirada clavada en la pintura, sintió que todos los músculos se contraían en un espasmo, y vomitó, arrojó espumarajos, se le aflojaron los intestinos y se hundió en la oscuridad, que bullía y rugía, que no era un lugar de paz. Dios fue malo, Dios fue malo, chillaba su voz mientras se hundía, aunque nunca supo si la voz resonó en el aire o sólo en el encierro de su cabeza, ni tampoco pudo preguntarlo. Pues nadie volvió a hablarle de ese episodio. Al menos, que pudiera recordar.

En años posteriores, el episodio pasó a formar parte del riguroso relato que hada para sí mismo de su ineluctable destino. Todos los seres humanos se cuentan a sí mismos la historia de su vida, seleccionando y reforzando ciertos recuerdos y relegando al olvido otros. A todos los seres humanos les interesan las causas. «Como tuve un buen profesor de latín, que sedujo mi mente con el ensalmo de la gramática, me hice teólogo; y, como escogí el latín, deseché las ciencias de la tierra, la carne y el espacio». A todos los seres humanos les interesan las coincidencias, que pueden actuar en una vida con la misma certeza que las causas y que se asemejan a ellas, como si ambas fueran igualmente efecto de una intervención divina. La mayoría conoce el vuelco que da el corazón cuando, al buscar en toda una biblioteca, se pone por azar la mano justamente en el libro necesario y se lo abre —«infaliblemente», podríamos decir, pero ¿qué significa esto?— por la página necesaria. En *Las mil y una noches* se dice que todo hombre lleva su destino escrito en la frente, y que su carácter, su naturaleza, es este destino y nada más. Un muchacho, un hombre como Josh Lamb, como Joshua Ramsden, que se encontró de pronto sumido en el mar de oscuridad que se extendía al otro lado del terrible espejo transparente de una frágil ventana, se mantiene —tal vez por momentáneos vestigios de conciencia que hacen de unión— sobre el estrecho puente colgante de un destino personal, un angosto sendero de luz que cruza el espacio rebosante y bullente.

Durante la época escolar de Josh Lamb, la batalla llameaba en el aire y descendía, incandescente y envuelta en gritos, del cielo a la tierra. Todos vivían con una mínima conciencia del destino, todos tenían su «suerte», que había salvado su casa, o su fatalidad, que había visto su vida cotidiana reducida a polvo y ruinas. Los niños corrían, con los brazos extendidos como alas negras, alborotando y aleteando. Aviones Spitfires, Hurricanes, Beaufighters. Toda vida tenía una «realidad» resplandeciente que era irreal y diferente de la normal y ordinaria.

Descubrió viejos libros de cuentos con serpientes que ahogaban las tierras y dioses impotentes que acababan vencidos. Los leía mientras los bombarderos pasaban rugiendo sobre el techo de su habitación, cerca, cerca. Comprendió que describían la verdad de las cosas. Los niños que en 1968, en una casa de Hamelin Square,

escuchaban historias sobre un oscuro destino y un mundo en guerra estaban sentados en cómodos sofás, a salvo junto al calor del hogar, comiendo tostadas con miel. Se internaban brevemente en la oscuridad, estremecidos de emoción, como nadadores que avanzasen en frías aguas sufriendo el embate de las rugientes olas, afanándose para volver a la arena y el sol, con la piel y el cabello brillantes de humedad. Leo y Saskia, Thano y Clement, tenían desde luego sus propias heridas y su destino, pero podían creer en cojines, chimeneas, pan, leche y miel. El muchacho Josh Lamb encontraba confortables los antiguos mitos porque describían adecuadamente el mundo en que él se veía obligado a vivir.

Relacionó la última postal de su padre, la que tenía la referencia bíblica, con la pintura de Rembrandt y el ataque sufrido en clase. Con total ambivalencia, había sido escogido para el sacrificio y salvado del incendio. Mucho más tarde, en uno de sus internamientos en un hospital psiquiátrico, lo habían impulsado a hacer «terapia de arte». Le agradaba pintar cielos tormentosos, con una luna llena velada por una nube deshecha en cinco jirones a modo de otros tantos dedos, como si una gran mano la estrujara para extinguir su luz. Para ese entonces ya sabía lo que representaba. La mancha. Pero el joven Lamb aún no lo había comprendido.

De acuerdo con lo que le relataba la historia de su destino, comenzó a oír voces poco después del ataque sufrido en clase de historia sagrada. Las voces no estaban «dentro» de su cabeza sino fuera, en alguna parte, como el ángel de Agar y el de Abraham. Algunas veces era como si las oyera a escondidas. Reñían acaloradamente, como —muy de tarde en tarde— habían reñido su padre y su madre. Se vio en problemas con su tía, y con los profesores, por ladear la cabeza para alcanzar a oír lo que decían. Así que aprendió a escuchar sin mover un músculo. Cuando hablaban las voces, él no oía el mundo ordinario. Había una voz en particular a la que llamaba el tentador. Daba órdenes con un tono firme, incontrovertible, sensato. Le decía que bajara a la calle, delante del autobús de la escuela. Le decía que abriera la ventana y saliera a la oscuridad. Ya había visto que el otro era capaz de mantenerse allí

de pie. ¿Qué podía perder?, decía la voz. Había otra voz estrangulada, que hablaba entrecortadamente y que decía: «No, no lo hagas»; y: «Ve en el autobús»; y: «Recuerda»; pero no aclaraba qué era lo que tenía que recordar. En ocasiones todas gritaban y gemían a la vez, y él se tapaba los oídos con las manos. En algún otro mundo podría haberle contado a su tía de las voces, pero éstas le recordaban que su tía pensaba de continuo que él estaba sucio.

El tentador siempre hablaba en inglés. Cuando volvió el otro, el gemelo que le había dado la oscuridad para que la sostuviera, al principio no lo reconoció porque hablaba en latín. El hombre creía…, no, sabía que el muchacho había oído un latín que no era capaz de entender ni de emplear pero que, escrito y leído, adquiría sentido.

Las lenguas, decía el señor Shepherd, nos enseñan que nuestro modo de ver el mundo es incompleto. Se puede aprender a traducir del inglés al latín y del latín al inglés, y hacerlo con precisión y belleza, pero jamás se puede suponer que un texto es exactamente igual al otro. Un hombre que piensa en latín no tiene los mismos pensamientos que un hombre que piensa en inglés. Por una parte, la forma de las palabras y la de las frases cambian la forma de los pensamientos. Por otra, algunas palabras no tienen traducción, sólo existen en la lengua que las creó. Asimismo, las lenguas posteriores se basaron parcialmente en las formas y palabras del latín, a las que incorporaron y transmutaron. Saber latín, muchachos, es conocer parte de la historia de este país que estamos defendiendo, parte de sus raíces y orígenes. El latín es como un esquema de las formas de pensamiento y lenguaje, que en inglés coexiste con otra forma germánica. La palabra «traducir» viene del latín *traducere*, que significa «llevar o hacer pasar a través de algo». La palabra «transmutar» está formada por *trans*, «a través», y *muto, mutare, mutavi, mutatem*, «cambiar».

Las lenguas conocidas como latinas, les explicaba, es decir, el francés, el español, el italiano, el portugués y otras, provienen del latín de un modo mucho más directo que el inglés. En inglés hay dos maneras de decir muchas cosas gracias a que es una lengua maravillosamente híbrida, con sus raíces anglosajonas, nórdicas y germánicas.

Yo espero, muchachos, ser capaz de hacer que vosotros —o

algunos de vosotros— penséis en latín, aunque sólo sea fugazmente.
Eso haría que nunca más volvierais a dar por sentado que el inglés es la lengua del sentido común.

El muchacho, que sabía que él era dos personas, la de dentro y la de fuera, concibió la idea —en parte guiado por las observaciones del señor Shepherd— de un mundo diferente, exterior a éste, descrito con otra lengua y con reglas distintas. Parecía un modo de escapar de los propios límites, de reformarse. Así que escuchaba con atención.

Recitaban preposiciones que regían el ablativo, con una melodía inventada por el señor Shepherd.

A, ab, absque, coram, de.
Paulam, clam, cum, ex y e.
A veces, in, sub, super, subter.

Hablaban de palabras construidas con preposiciones. Muchos de vosotros sois evacuados, decía el señor Shepherd. La palabra viene de e, que significa «fuera de», y de *vacuus*, «vacío». De aquí vienen las palabras «vacuo» y «vacuidad», y por supuesto *vacuus* está relacionado con «vacante» y «vacación».

El muchacho había hecho su propia descripción de su destino, en la que incluía la palabra «evacuado», que hasta ese momento había significado para él que lo habían arrojado al vacío. Ahora sabía que podía significar lo contrario: que el vacío era el lugar de dónde provenía.

En la clase se oyeron comentarios burlones sobre el significado corporal (de *Corpus, corporis*, «cuerpo») de la palabra «evacuar». El señor Shepherd dijo que lo alegraba ver que estaban tan bien informados y que, sí, se podían evacuar los intestinos, o el

contenido del estómago, a través de diversos orificios. Les explicó de dónde derivaba «orificio». *Ora*, «bocas», *y fació*, «hacer», para referirse a cualquier abertura que semejara una boca, como la de una jarra, un tubo, una herida. Se relacionaba con «orar», rezar, y con «orador». *Ora pronobis*, dijo un muchacho católico. Has pensado en latín, dijo el señor Shepherd, bravo.

Como tarea para la casa, les indicó que buscaran palabras que comenzaran con e o *ex*. Primero, les dijo, escribid las que se os ocurran sin ayuda del diccionario. Luego usadlas. Relacionadlas entre sí. Es más divertido que jugar a la lotería, me parece. ¿«Lotería» viene del latín, profesor?, preguntó un chistoso. No, contestó el señor Shepherd. Viene del inglés antiguo *llot*, «destino». Tiene que ver con la acción de echar suertes, que se hacía con trozos de madera. Es probable que esté relacionado con el antiguo nórdico *hlant*, sangre del sacrificio. En este interesante caso, el término francés y el italiano derivan del inglés. La palabra latina correspondiente es *sors, sortis*. La *sortes virgilianae* era una especie de lotería fatal que consistía en abrir al azar los escritos de Virgilio y leer lo que la suerte tenía destinado a alguien. Un «sortílego» es un experto en las *sortes*, que adivina (del latín *divinare*, «presagiar») el destino.

Los muchachos volvieron a clase cargados de palabras, como moras cosechadas, como *llots o sortes* o piezas de un rompecabezas. *Evolucionar, eliminar* (de *limen*, umbral, una palabra mágica, muchachos), *excrecencia, exagerar, exento, exigente, exhalar, expulsar, educar* (conducir fuera, muchachos; yo os saco de vuestra oscuridad y os conduzco a la clara luz del conocimiento), *exculpar, erupción, emitir, exceder, efusión, exudar*…

Eyector, dijo Shepherd. De *iacere*, arrojar.

Entonces Shattuck, el capitán del equipo de *rugby*, dijo:

—Ejecutar.

De nuevo empezó el silbido en sus oídos. A veces lo recordaba, no siempre.

—De *ex* más *sequor*, seguir hasta el fin, acabar. Se puede ejecutar

una orden, humana o divina, Shattuck.

—Y se puede ejecutar a un hombre, profesor.

—Por derivación. Se puede ejecutar una orden o una sentencia, y de allí ha pasado a significar quitar la vida a un hombre. Sentencia, de *sententia*, opinión, juicio.

Expulsar, evacuar, ejecutar. Educar.

Nadie encontró «eximio» o «egregio», dijo el señor Shepherd. «Eximio» es una palabra preciosa que significa excepcional, sobresaliente. De *ex e imere*, retirar, hacer una excepción. Y, en cuanto a «egregio», tengo una relación particular con esta palabra, puesto que mi nombre es Shepherd[8]. Ya que viene de *ex y grex, gregis*, rebaño. También significa excepcional, sobresaliente, lo que destaca de la masa. Detrás de muchas palabras abstractas hay cosas tangibles, como ovejas, umbrales, manos y bocas, muchachos. Es la manera en que los hombres dan significado a las palabras. Todos nuestros antepasados eran pastores, o granjeros, o albañiles.

O guerreros, profesor.

O guerreros, Shattuck.

El término latino para Shepherd es «pastor». De aquí viene «pastoral», para referirse a la vida campestre. Y de *grex* viene «congregación», un «rebaño» de gente.

Y en este punto —no durante la explicación de la palabra «ejecutar», en que se aferró a su escritorio y resistió—, con Shepherd, pastor y egregio, otra vez vislumbró su suerte excepcional. Pues algo que lejía las lenguas en dos telares, uno visible, común y lógico y otro desmesurado, «extravagante» (que erraba fuera), le estaba dejando entrever mensajes. Agnes y Lamb (*agnos* y *lamb*, «cordero» en latín y en inglés) no eran un accidente, y su verdadero nombre era Ramsden, el escondite (*den*) de la bestia cornuda (*ram*). No por casualidad era un carnero el que había quedado atrapado en las zarzas, el egregio, expulsado, eliminado, evacuado carnero. Y la señorita Manson era el cristianismo, que hablaba del dulce Cordero (*Lamb*), el Hijo del Hombre (*Son of Mari*), aunque él, secretamente, era el carnero (*ram*) que conocía la

terrible verdad: que las órdenes ejecutadas tanto por su padre (Abraham) como por el monstruo con peluca que lo había condenado en nombre del Hijo del Hombre eran las órdenes de un dios que había sido poseído y vencido y dominado por el Mal. Ángeles impotentes, bestias cornudas atrapadas en zarzas, se oponían eternamente a poderes que nunca podrían dominar, poderes que podían hacer de él una materia muerta evacuada, mierda eliminada, bolo alimenticio expulsado, si volvían hacia él su siniestra mirada.

8

El hombre recordaba menos de sus últimos años de adolescencia que de su infancia; al parecer, el tratamiento de electrochoque había consumido más de lo que conservaba sobre una época que había sido de angustia y tormento. Empezó sus estudios superiores en 1943, cuando el curso de la guerra comenzaba a cambiar, y obtuvo su diploma en 1945, cuando la paz había irrumpido en la nación. En 1949 comenzó a estudiar teología en Durham. Todo esto estaba registrado, tenía certificados, tenía una exigua historia. Pero el tejido de sus recuerdos era muy diferente.

Su tía lo llevaba cada domingo al oficio matutino que se celebraba en la iglesia de San Juan Evangelista. Era una asidua asistente a la iglesia, que se escabullía no bien acabado el servicio para evitar cualquier pregunta inoportuna. Para ella, concurrir a la iglesia era parte del manto gris de normalidad con el que trataba de ocultar al chico, al que hacía sentar en uno de los bancos de atrás para evitar cualquier intento de sondeo por parte de los otros asistentes a la iglesia. El hombre recordaba vagamente cómo se avergonzaba de él su tía, cómo se ruborizaba y hundía la barbilla en el pecho cuando él cantaba, alto y claro. Al muchacho le gustaba cantar. La iglesia era pequeña, y por un tiempo él había formado parte del coro. Sabía que su tía odiaba verlo allí arriba, con su túnica blanca. (El hombre recordaba el blanco cabello del chico, por encima de los flotantes pliegues blancos. ¿Cuándo había cambiado de color su pelo?). Él, en cambio, sentía que llamaba menos la atención con la túnica blanca, con su olor a limpio y almidonado, que cuando llevaba la gruesa chaqueta del colegio, inapropiadamente gris. Recordaba que una vez había tenido que cantar como solista el *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*. Algo había

ido terriblemente mal. No lograba recordar qué había sido. Sólo se acordaba de la mirada del párroco, clara, amable, turbada.

Se sentía muy confundido respecto a la iglesia. Le parecía que era un lugar donde el peligroso vacío en el que se veía obligado a errar se volvía real y reconocido. A veces sentía que era una fortaleza contra los oscuros demonios del exterior, y otras veces pensaba que constituía una fuente de energía para ellos. Al admitir su existencia, los alimentaba y fortalecía. Era un edificio viejo con una torre cuadrada y un porche circular. Tenía dos coloridos vitrales y sencillos cristales grisáceos en las restantes ventanas. Uno de los vitrales, bastante antiguo, mostraba la crucifixión. La delgada figura pendía de la cruz, con la corona de espinas ladeada, el tórax estirado, las manos y pies sujetos a la oscura madera por grandes clavos. La sangre trazaba surcos en su cara, brotaba de la herida abierta en el costado, bajaba de los destrozados pies a la negra cruz, salpicaba el sombrío cielo azul cobalto desde sus palmas perforadas. El rostro era una máscara sin expresión. Por *encima* de él había un sol *negro*. El vitral era pequeño, y él estaba solo, sin dolientes, sin torturadores, sin ángeles. Era una ventana muy oscura, y sólo cuando el tiempo era excepcionalmente claro, a mediodía, se podían distinguir los detalles.

El otro vitral, de estilo prerrafaelita, era mucho más alegre. Una figura sonriente y de cabellos dorados, vestida de blanco, estaba de pie con los brazos abiertos, rodeada por el follaje de una enredadera de hojas esmeralda, con brillantes racimos de uvas de color rubí y amatista y de un azul artificiosamente oscuro. «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador», estaba escrito en una ondeante banda extendida bajo los pies desnudos, pálidos y hermosos. El dibujo sugería que la figura era un hombre vegetal, con sus dedos transformándose en ramas, los ensortijados zarcillos de la enredadera entretejiéndose en su cabello y su barba, rodeándole el cuello y la cintura y las muñecas.

Si la violencia exterior acababa por irrumpir adentro, se filtraría por el vitral antiguo como las lenguas de agua de una inundación, que avanzan tanteando, anegando. Era allí donde se encontraba la oscuridad.

El párroco se llamaba Denis Little. Era bajo, delgado, rubio y soltero, y se sentía parcialmente atraído por los rituales, al modo de la Iglesia anglicana más conservadora. Joshua Ramsden percibió que no había en él auténtica espiritualidad, sólo una especie de anhelante ansia, y concluyó (sin ser consciente de haber concluido nada) que el párroco ignoraba qué clase de fuerzas había desatadas en el universo. Las gruesas paredes de su iglesia constituían una dudosa protección. Joshua Lamb soñó, en repetidas ocasiones, que la iglesia era como una bolsa de papel llena de aire, inflada y cerrada por arriba, que la oscuridad podía aplastar en sus manos tal como un chico pocha hacer estallar una bolsa de esas características, y dejar escapar la suave explosión del aire encerrado al verterse en las vastas y violentas corrientes. Denis Litde tenía sobre el altar una reproducción enmarcada de la *Adoración del Cordero de Gante*, de Van Eyck.

El cordero o carnero, con aire benigno pero crítico, estaba de pie sobre un altar escarlata, y de su cabeza emanaban refulgentes rayos dorados. Lo rodeaba un círculo de encantadores ángeles de rodillas. De un nítido orificio en el pecho brotaba un chorro de sangre que caía limpiamente y a perpetuidad en un cáliz de oro, rebosante de líquido carmesí salpicado de brillantes gotas amarillas. La visión del agujero redondo en las guedejas de lana y la carne provocaba náuseas al muchacho. Fue más o menos en esa época, según creía el hombre, cuando había empezado a ver la sangre goteando por las superficies, formando veloces hilillos y reuniéndose en manchas que se iban secando lentamente. La veía sobre las encaladas paredes de la iglesia, sobre el cristal que protegía la reproducción del Cordero Místico.

A Denis Little le caía bien Josh Lamb, y lo animaba para que recibiera la confirmación. Agnes Lamb se oponía: el servicio dominical, las ferias de caridad de la iglesia y el certamen de *wist* bastaban para ella, así que debían ser suficientes también para él. No había necesidad de llevar las cosas tan lejos. Josh Lamb no sabía si quería o no recibir la confirmación. En esa época empezó a aficionarse al lenguaje especial de los servicios dominicales y de la Biblia. Le gustaba repetirle al señor Litde las viejas frases como si fueran monedas desgastadas, como los peniques de la reina Victoria, con la efigie semioscurecida de una joven, que en esos días

aparecían a veces en medio de la vuelta de alguna compra. «Ruego a Dios que nos provea de todo lo que necesitamos, tanto para nuestra alma como para nuestro cuerpo; que sea misericordioso con nosotros y nos perdone nuestros pecados; que le sea grato salvarnos y defendernos de todos los peligros espirituales y físicos; que nos guarde de todo pecado y maldad, de nuestro enemigo espiritual y de la muerte eterna». Aprendía rápidamente y recitaba con sentimiento. Denis Little lo palmeaba en el hombro en señal de aprobación. Sus dedos se agitaban nerviosamente y tamborileaban sobre el mullido hombro de su chaqueta. Bajo éste, la carne del chico advertía —y pasaba por alto— un lejano susurro, la sombra de una llamada. En una ocasión, la trémula palma de la espiritual mano le rozó la mejilla. Él la apartó, con los ojos bajos. El gesto no volvió a repetirse.

Por ese entonces empezó a escribir libros sagrados. «He aquí la palabra de Joshua, quien fue evacuado del lugar del carnero y exento del sacrificio que se llevó a cabo. En mis brazos sostuve el pesado globo de oscuridad, y con mis propios ojos vi el filo de luz que ha de dividirlo». Las voces le hablaban mientras su mano se afanaba en el cuaderno de ejercicios. No escribas, todavía no, es peligroso escribir, déjalo. Aún no ha llegado el momento. No era placentero escribir.

Leyó el libro de Josué —de Joshua— en el Antiguo Testamento, en busca de señales. Buscaba indicios de por qué lo habían llamado Joshua. Ciertamente, el nombre lo había escogido su padre; en su preparación para la confirmación había una leve referencia a su nombre de pila. Si había tenido padrinos de bautizo, ignoraba dónde estaban. Le dijo a Denis Little que sus padres habían muerto. Se había hecho experto en prevenir cualquier pregunta sobre ellos, pero parte de su propia sustancia se entumecía y marchitaba cada vez que rechazaba estas preguntas.

Josué era un juez colérico. Habló con un hombre que blandía una espada, erguido frente a él. ¿Eres de los nuestros o del enemigo?, le preguntó Josué. Y así vino a saber que era el comandante de los ejércitos del Señor; un ángel, suponía Josh Lamb. El Señor guió a Josué para castigar y asesinar, para apedrear, quemar, circuncidar y hacer montañas de prepucios. Y Josué habló suavemente a Acán, el hijo de Carmi, y le preguntó si había cogido

objetos prohibidos. Y Acán confesó que se había apoderado de un hermoso manto babilónico, y de doscientos siclos de plata y de un lingote de oro, y que los había escondido bajo su tienda. Así que Josué y todo Israel apedrearon hasta la muerte a Acán y a su familia, «y los quemaron con fuego después de haberlos apedreado con piedras».

Josué tenía afición por las piedras. Colgaba a los reyes y los encerraba en cuevas que tapiaba con piedras. Hizo un altar entero de piedras «sobre el que ningún hombre alzó hierro» y ofreció sobre él holocaustos. Escribió sobre piedra una copia de la ley de Moisés. Hizo caer las murallas de piedra de la ciudad de Jericó con el sonido de trompetas de cuerno de carnero. Hizo que el sol y la luna se detuvieran, mientras él y su pueblo hacían una gran carnicería entre sus enemigos. Y el Señor acudió en ayuda de Josué durante sus matanzas; «arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos hasta Azeca, y murieron; y fueron más los que murieron por las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel mataron a espada».

> Y el sol se detuvo y la luna se paró, hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos. […] Y no hubo ni antes ni después día como aquél, en que el Señor atendió a la voz de un hombre; porque el Señor peleaba por Israel.

El libro de Josué no decía qué habían hecho los enemigos, ni quiénes fueron asesinados. Eran enemigos y eso bastaba.

Joshua, Josué, era un nombre muy pesado para llevar, pesado como una piedra. El único acto de delicadeza de Josué fue designar ciudades de refugio para los asesinos involuntarios.

«Para que se acoja allí el homicida que matare a alguno por accidente y no a sabiendas; y os servirán de refugio contra el vengador de la sangre».

El vengador de la sangre acechaba en la oscuridad. Se había apoderado de su padre y era su padre, el cual era el instrumento del vengador de la sangre y oía la voz que se regocijaba despiadadamente con las lapidaciones y las quemas. El refugio sólo

era para los que no tenían conciencia. Él estaba en cierto modo manchado de sangre. En los días malos podía olería, secándose entre los pliegues de su ropa, dejando costras entre sus cabellos, oscureciéndose bajo sus uñas.

Denis Little consideraba que la lectura de la Biblia era una práctica saludable que ofrecía consuelo a los muchachos en crecimiento. Había un propósito divino en todas las cosas, y el bien prevalecería, les decía, el bien se abriría paso a través de la oscuridad de la historia. El Señor está con nuestros bravos pilotos y marinos, afirmaba, con el Ejército Rojo que avanza por el este de Europa. Llegaría una paz justa, el Señor no permitiría que su pueblo sucumbiera. Los sanguinarios nazis serían vencidos.

Josué los apedrearía. Y luego los quemaría.

La delicadeza era una boca fláccida, arañada, con la dentadura postiza ladeada.

Le pedían que creyera que Dios se había convertido en un hombre impotente colgado de una cruz oscura, que el amigo espiritual se había insuflado en la carne y la sangre y se había ofrecido en sacrificio, como un cordero sacrificial, como el alimento de sangre, no del «enemigo del espíritu» sino del Señor de los Ejércitos, el vengador de la sangre que, saciado con su carne, dejaría así de apedrear y quemar y enterrar vivos.

El muchacho había pensado que el mal no estaba en el Dios de Josué sino en sí mismo, que no veía las cosas con claridad, que interpretaba erróneamente lo que leía. La iglesia era un refugio tranquilo y acogedor para protegerse de las tormentas. Él mismo llevaba consigo la tormenta del exterior cuando entraba en ella. El enemigo del espíritu le susurraba al oído que el Dios de Josué era malo. Necesitaba alimento, sustento, ritos, sacrificios.

Se dispuso a tomar la primera comunión. Una voz gritaba en la iglesia, una voz clara, resonante, potente: «No comas carne. No bebas sangre. No es el camino correcto».

Y lo que le tendieron fue —lo vio claramente— un sangriento bocado de músculos y grasa, una copa de sangre espesa y hedionda.

Arrojó todo sóbre los pies de Denis Little. Esta vez estuvo enfermo durante mucho tiempo; fue su primera estancia en el hospital. Hacía mucho que había perdido el recuerdo de esto, pero sentía piedad, una enorme piedad, por el niño que se había

convertido en un campo de batalla cósmico. Sentía también un profundo desdén por la vida de iglesia, en la que se decía a todos los niños que fueran campos de batalla; pero, si uno oía y veía las horribles fuerzas presentes al otro lado del cristal, el dolor, la membrana, el cerebro que lo protegían de la plenitud de su impacto, sólo cabía esperar que se apresuraran a ponerlo bajo la tutela de un hospital hormigueante de locos que atrapaban moscas imaginarias, se escondían bajo las camas y hacían proyectiles con su comida.

Había leído que, antes de que llegue el golpe de gracia con la espada, al toro se lo debilita con los repetidos golpes del picador, con las banderillas que le clavan en la carne, mientras la cálida sangre chorrea por los flancos palpitantes. El hombre vio que en el hospital habían debilitado al muchacho para devolverlo a la «normalidad»; le habían aplicado electrochoque, lo habían persuadido, lo habían drogado hasta dejarlo convertido en un autómata que avanzaba arrastrando los pies… y casi lo habían matado de hambre también, porque él sabía de cierto que buena parte de la «comida» que le ofrecían era veneno; recordaba la clara y potente prohibición de comer carne y sangre, de modo que subsistía en base a verduras hervidas y tarta de manzanas, enfermizamente preocupado por la posibilidad de comer manteca y por si se le permitía beber leche. Pero en esos días no tenía ni idea de a quién pertenecía la voz resonante. Aún no era el momento de aprender. Probablemente el torpe sonámbulo que dejó el hospital había sido debilitado por el destino lo bastante para ser capaz de morir un poco más (de fingir que era «normal» un poco más), por lo que pudo tomar la comunión (diciendo para sus adentros: esto es pan, esto es pan, es harina y agua, no es más que pan) y, como un vago simulacro de un hombre llamado por alguna divinidad, comenzar a estudiar teología.

Pues, incluso en sus días vacíos, cuando sentía su llama interior exánime y amortiguada dentro de esa especie de traje elástico que era la materia reseca y entumecida de su cuerpo, sabía que él era hijo de su padre y que debía seguir la peligrosa vocación de enfrentarse a los demonios y la oscuridad.

Durham era pétreo. La catedral de piedra y el castillo de piedra de los príncipes obispo se alzaban en un rocoso promontorio, a orillas del río, y eran visibles desde cualquier parte de la conglomerada ciudad. La piedra no se elevaba hacia lo alto pero tenía encanto, aunque de un modo inmensamente pesado. Las calles eran empedradas y conducían a caminos también empedrados que llevaban hasta el parque del Palacio. Joshua Lamb, que cada vez relacionaba más todo con todo y olvidaba aquello que no conseguía relacionar con nada, se imaginaba sosteniendo en la mano esos desgastados adoquines para apedrear a los pecadores. Imaginaba, con bastante precisión, la sangre corriendo por las piedras cuando los soldados de Cromwell se alojaron en la gran nave de la iglesia. *Nave, navis*, barco. El arca en la cima del Ararat. Encallada. La pétrea ciudad tenía dos comunidades masculinas, la de la catedral y la de los mineros. También los estudiantes universitarios eran predominantemente hombres. En la catedral, las escuelas de teología y la residencia del deán se llevaba una vida ordenada entre las piedras. Una vez al año, los mineros salían a la superficie portando brillantes estandartes, se congregaban en el frío amanecer, y la apiñada multitud recorría las calles empedradas en dirección al hipódromo, donde celebraban su gran fiesta.

Los estudiantes de teología no acudían a la fiesta, no comían ni bebían en las oscuras tabernas llenas de humo del pueblo. Se reunían en su propia sala común y su refectorio. En algunos de ellos, según vio Joshua Lamb, latía una tenue espiritualidad. Otros estaban llenos de dudas, y otros más sólo sentían ansiedad. El joven tenía momentos de lo que, a su juicio, era felicidad, y éstos lo aturdían y trastornaban. Recordaba estar sentado en su pequeño dormitorio, que daba sobre la muralla y hacía las veces de estudio, y caer en la cuenta de que —por primera vez desde su evacuación— no se sentía oprimido por la repugnancia que inspiraba a su tía. Se sentía más limpio, menos carnal, menos repulsivo. Comía muy poco, para acrecentar su sensación de ligereza. Las voces le hablaban y le repetían que no tocara la carne ni la sangre. De camino a oír una conferencia, pasó delante de una pescadería. Vio los ojos brillantes, ribeteados de amarillo intenso, de los arenques frescos; vio los reflejos pizarra y oliva de las relucientes caballas, sobre un fondo de plomo y mercurio.

Lo acometieron las náuseas. Imaginó la leche brotando de las cálidas y manoseadas ubres, en la olorosa panza de una vaca, y bebió agua. Se sintió aligerado por estas decisiones. Las voces susurraban ahora, y descendían sobre su cabeza como pájaros que bajaran en picado por el hueco de la escalera, zumbando como cables eléctricos tendidos entre las altas columnas de la catedral.

No había creído que pudiera ser capaz de tener amigos nunca más. Había tenido un amigo cuya madre le había sonreído mientras cerraba la puerta en lo que había sido su último momento de cotidianeidad. Mientras miraba la oscuridad que se extendía más allá de la ventana, con la cama y los cuerpos detrás de él, había comprendido que aquello era el fin de la amistad. Se había impuesto continuar inexorablemente, a solas, siempre a solas.

Pero los otros jóvenes compañeros de estudios desconocían esto, y no lo consideraban —como su tía— un ser rastrero. Eran muchachos cristianos que, como cosa natural, lo incluían en sus paseos para ver la muralla de Adriano o visitar los templos de Mitra. Lo invitaban a tomarse una copa después de la cena, o un café o un chocolate, y entonces le preguntaban su opinión sobre algún tema moral: el celibato de los sacerdotes (había varios que aspiraban a entrar en la Iglesia anglicana), la naturaleza del pecado, la verdad de la resurrección. Descubrió algo extraño. Él hablaba poco; pero, cuando lo hacía, el rumor de voces se acallaba, los rostros se volvían hacia él como flores que eclosionaran, los ojos se abrían de par en par. Oía el silencio de su atención, y le agradaba oírlo. Sentía que él existía como una fuerza, manifestada en la conexión entre su mente, su voz y la atención con que lo escuchaban. Esta electricidad del aire fue su primera felicidad peligrosa.

La segunda fueron sus lecturas. Durante cierto tiempo —al menos un año; su memoria fragmentada era incapaz de reconstruir una imagen de esos metódicos días ya desaparecidos— fue un buen estudiante, un estudiante excepcional. Sentado en la biblioteca, en medio de todos esos libros que habían pertenecido a monjes y teólogos, leía exultante en latín tan bien como en inglés. Escribió sesudos ensayos sobre algunos puntos doctrinales y la historia del credo cristiano (ensayos que más tarde se le ordenó quemar y dispersar al viento, pero que, como recordaba con un

estremecimiento de advertencia, le dieron un poderoso sentimiento de orden, de pertenecer a una comunidad, de voces que se elevaban para unirse en un coro de palabras y sonidos armoniosos). Su pluma se desplazaba por el papel de su cuaderno de notas, y tanto dentro como fuera de la biblioteca parecía estar equilibrada, formar parte de un orden humano y divino. En esos días leía a Beda el Venerable. Todos sus compañeros estudiantes sentían una romántica piedad por los grandes hombres que habían trabajado o muerto o estaban enterrados en ese sagrado lugar. La tumba de Beda, negra y sencilla, se encontraba en la capilla del nártex. *Haec sunt infossa, Bedae venerabilis ossa*. Leyó la descripción de Beda del gorrión que vuela desde la oscuridad a la habitación iluminada y que luego sale otra vez a la noche. La encontró conmovedora.

Las voces cantaban: «Adeodato».

Un don de Dios. Pensó que se referían a él: el don de Dios, escogido para ser sacerdote.

Descubrió que Adeodato era el nombre del hijo de san Agustín, fallecido a los quince años, con quien el santo dialoga en *De magistro*. El hombre internado en el hospital de Cedar Mount guardaba bajo su cama dos libros llenos de anotaciones: *Temor y temblor*, de Kierkegaard, y las *Confesiones* de san Agustín. En ambos había intercaladas páginas escritas por él. En ambos encontraba, cuando los hojeaba de tiempo en tiempo, enigmáticos mensajes destinados a él personalmente, con el ambivalente objetivo de rescatarlo y perderlo. Ambos se los había recomendado su tutor e instructor, el doctor John Burgess, a quien le gustaba darse a conocer como el padre Burgess.

Este hombre tenía el carisma del señor Shepherd y la señorita Manson, pero mucho más formidable, ya que su formación lo había vuelto consciente de él, de cómo emplearlo y de cómo abstenerse con la mayor delicadeza de usarlo cuando eso era necesario. Moreno y ascético, siempre vestía de negro; llevaba un sombrero negro de ala ancha, y tenía una barba negra pulcramente recortada. Percibía la turbación de Josh Lamb, aún no sabiendo nada de su

causa, y se propuso descubrir los secretos del alma de Lamb por métodos que solían ser silenciosos y negativos, evitando preguntar, evitando insistir, escuchando atentamente cada palabra. De vez en cuando —en casos contados, y por ello memorables— decía cosas definidas.

«Hombres como tú, con una innegable vocación…» o «Sé que tu vida espiritual es una corriente poderosa con muchas turbulencias». O «Serás un buen sacerdote. He notado que los otros confían en ti porque eres mesurado de palabra y sabes guardar una confidencia».

Hasta que el padre Burgess le dijo esto, Josh Lamb no había pensado que gozara especialmente de la confianza de los demás. Era cierto que un compañero le había pedido que dedicara una tarde a escuchar sus dudas, y otro, caminando por la orilla del río Wear, le había posado una mano en el brazo y le había preguntado por qué las visiones nocturnas del cuerpo de hombres jóvenes eran en sí mismas malas. También era cierto que otro compañero, un jugador de críquet llamado Reggie Booth, le leía las cartas de su novia, la cual estudiaba en Reading y se complacía en relatarle los requerimientos amorosos que le hacían otros hombres, y en lanzar exacerbados ataques contra la hipocresía de la Iglesia. Josh escuchaba y aislaba todos estos problemas en una zona desocupada de su interior, donde podía considerarlos con todo detalle.

No sentía verdadera «empatia», puesto que no había nada en su cuerpo que se agitara en respuesta a tales problemas, nada en su ser que extendiera un dedo imaginario para tocar la herida. Desde su estado de aislamiento, hablaba a sus interlocutores con la verdad. Al primero le decía que tenía que expresar sus dudas y no reprimirlas, o de lo contrario se convertirían en demonios. Al segundo le decía que debía conocer la diferencia entre un joven real y uno imaginario. En cuanto a la novia del tercero, se abría paso en su maraña de reconvenciones como una aguja de bordar. «Este trozo indica que está realmente preocupada», «Éste sólo busca herirte; pásalo por alto sin contestar». ¿Cómo lo sabes?, le preguntaba Reggie Booth. Simplemente presto atención a los sentimientos de las palabras, respondía Josh Lamb.

Pero él no desnudaba su alma para que el padre Burgess pudiera escucharla. La tenía arropada y protegida contra el fisgoneo humano. Pero, desde alguna parte de su profundo aislamiento,

ofrecía pistas sugerentes o turbadores fragmentos, sin siquiera ser consciente de ello. Una y otra vez volvía a la historia de Abraham e Isaac. ¿Por qué un Dios bueno tenía que tentar a su siervo escogido con el asesinato?

El padre Burgess le recomendó que leyera *Temor y temblor*, donde Kierkegaard analizaba la historia de Abraham e Isaac y presentaba al patriarca como el campeón de la fe y digno de alabanza, no por resignarse a la voluntad de Dios, sino por su acto de fe absoluta, que en los humanos ordinarios se acercaría mucho a la locura.

La piedad que el hombre internado en el hospital sentía por el rollizo muchachito de muslos desnudos que temblaba, de pie ante la cama, era la misma que le producía el joven estudiante que, en la biblioteca de la catedral, escribía un ensayo, *Credo quia absurdum*, para complacer al padre Burgess. Debido a sus austeros hábitos de comida había adelgazado, aunque no era un costal de huesos como sería más tarde. (Lamb-Ramsden tenía siempre la incómoda habilidad de verse a sí mismo desde fuera, como desde un lugar muy lejano).

En su exposición, Kierkegaard reconocía que la fe y la locura estaban muy próximas, como las dos caras de una membrana, escribió el estudiante. Y citó: «Puedo soportarlo todo, incluso a ese demonio que es más horripilante que el cráneo y los huesos que infunden terror en el corazón de los hombres, incluso si la propia locura desplegara ante mis ojos el traje de un bufón y yo viera en sus ojos que soy el destinatario; aun así puedo salvar mi alma en tanto sea para mí más importante el triunfo de mi amor por Dios que mi felicidad mundana. [...] Pero carezco de fuerzas para conseguir la más mínima cosa que pertenezca a la finitud, pues de continuo consumo toda mi energía en renunciar a todo».

Sumido en un precavido éxtasis de comprensión, el joven delgado explicó en su estudio —que más tarde tuvo que leer ante un público especialmente reunido— la diferencia que Kierkegaard veía entre el héroe trágico, los campeones de la infinita resignación, y los campeones de la fe, que, como Abraham, se contentaban con confiar obcecadamente en el misterio, igualmente dispuestos a

perder a Isaac que a recuperarlo.

Explicó el horror de Kierkegaard ante la fe de Abraham.

«Conoce la belleza de nacer como algo particular y tener lo universal como hogar, como la acogedora morada que lo recibe con los brazos abiertos cuando allí quiere permanecer. Pero también sabe que en esas alturas discurre un camino solitario, estrecho y abrupto; sabe que es terrible nacer en la soledad que hay fuera de lo universal, caminar sin cruzarse jamás con un solo caminante. Sabe muy bien dónde está y cuál es su relación con los hombres. Desde el punto de vista humano es demente y no puede hacerse entender por nadie. Y, no obstante, "demente" es la forma más suave de denominarlo. Si no se lo considera así, es un hipócrita; y, cuanto más alto se encumbra, más terriblemente hipócrita se vuelve».

Lo más increíble de *Temor y temblor*, dijo a sus oyentes el delgado j oven de pelo blanco, es la súbita similitud que Kierkegaard encuentra entre el paladín de la fe y un burgués filisteo. El satisfecho burgués «participa en todo y en todo halla placer». Tiene el aspecto de un recaudador de impuestos. Se ocupa de sus asuntos. Acude a la iglesia por hábito y canta «con entusiasmo» por el simple placer de usar los pulmones. «Por la tarde sale a dar un paseo por el bosque. Se deleita con todo lo que ve: las aglomeraciones de gente, los nuevos autobuses, la orilla del mar…».

Considerad, dijo Josh Lamb, que había vivido más de la mitad de su corta vida en un yermo azotado por los vientos, cuán inusitado resulta que un ser humano mire el mundo con tal deleite, como Dios en los días de la Creación. Y luego considerad la ingeniosa broma que Kierkegaard hace a continuación. Continúa describiendo a esta persona carente de poesía, alejada de lo trágico, finita.

«Al atardecer regresa a su casa, con pasos tan cansinos como los de un cartero. En el camino piensa de súbito que seguramente su esposa lo espera con algún plato caliente especial, tal vez cabeza de cordero asada con verduras. […] Mientras tal piensa, no tiene ni un céntimo, y aun así cree firmemente que su esposa lo espera con ese

manjar. Si estuviera en lo cierto, verlo comer sería motivo de envidia para la gente de clase y fuente de inspiración para la gente sencilla, pues su apetito es más desmesurado que el de Esaú. Y, si su mujer no ha preparado tal plato, lo curioso es que él se comporta exactamente igual».

El joven hizo una pausa y alzó las manos, a semejanza de las pinturas de san Cutberto y san Osvaldo que había en la catedral, con las palmas vueltas hacia el público. Entretanto, recordaba los gruesos muslos, así como ahora el hombre recordaba, o creía que recordaba, la casi transparencia de esas manos huesudas. Podía verse una luz roja alrededor de los dedos, entre las membranas. Sintió piedad por esos toscos nudillos. En su sermón, el joven repitió su última frase: «Y, si su mujer no ha preparado tal plato, lo curioso es que él se comporta exactamente igual».

El alegre burgués se proponía comer qué. Cordero asado, Lamb. Y no sólo cordero: cabeza de cordero. ¿Cómo no hacerle recordar esto el carnero atrapado en las zarzas que fue sacrificado en lugar del hijo, pero que podría no haber hecho nunca su aparición? Había un trivial plato apetitoso con verduras, y había un hombre a quien se le llenaba la boca de saliva imaginándolo pero que se comportaba «exactamente igual» si el plato no hacía su aparición.

Aquí reside el misterio de este texto, dijo Josh Lamb. La semejanza entre la despreocupada alegría y la fe tranquila, despreocupada, que no hace preguntas ni piensa en el mañana. Pensad en los lirios y los gorriones caídos. Es tremendamente difícil. La tragedia es más fácil, como Kierkegaard sabe.

«El héroe trágico, el amado de la ética, es un simple ser humano, alguien a quien puedo entender, alguien cuyas empresas ocurren a la luz del día. Si voy más allá, siempre tengo que habérmelas con la paradoja, lo divino y lo demoníaco, pues el silencio expresa a ambos. Es el señuelo del demonio; y, cuanto más silencio guarde uno, más terrible se vuelve el demonio. Pero el silencio es también la comunión de la divinidad con el individuo».

Y en este punto el elocuente joven guardó silencio. (E y *loquor*, hablar claro). Era consciente de que había turbado y conmocionado a sus oyentes, de que sus palabras, y las de Kierkegaard, habían penetrado en su carne y su sangre. El padre Burgess le dijo:

—Bien dicho. Pero no olvides nunca que siempre se corre el

riesgo de que una representación del pensamiento de otro hombre se convierta en un conjunto de atajos entre mojones arbitrarios.

En ese momento no lo había entendido. Pero más tarde se había dado cuenta de que «su». Kierkegaard estaba conformado por la cabeza del cordero, el traje de bufón, los demonios, el serpenteante camino. Intentó volver a leer, volver a recordar. Seguían destruyéndole la memoria. Un hombre a quien la memoria sólo le funciona a rachas no puede de ningún modo leer bien.

Hubo una época, corta o larga, en que creyó que tenía fe. Bien visto, ¡qué abismo entre el verbo, «creyó», propio del mundo cotidiano, y el ceñidor de oro, la fe, que brilla y se desvanece! Anduvo y anduvo, por la catedral, a lo largo del río, tocando las piedras de las altas columnas llevado por el éxtasis de sentir que su fe era sólida. Vio la aldaba del Refugio, en la puerta norte, con su cara de bronce de una fiera o de demonio, y rió a carcajadas ante la significativa coincidencia de que él, Joshua, se encontrara allí, donde alguien había construido ese escondite de piedra para aquellos que huían de los vengadores de la sangre a fin de salvar la vida, a quienes se les había concedido un indulto y una escapatoria.

Estaba escribiendo un ensayo sobre el concepto de san Agustín sobre la naturaleza y origen del mal. Agustín creía que un Padre infinitamente bueno e infinitamente poderoso había hecho el universo, y que cierta imperfección en la voluntad humana, cierta perversidad en el deseo humano, habían traído a él las fuerzas de la oscuridad. La voluntad humana estaba infectada. «Hay sin duda algo de luz en los hombres; pero, si no caminan con suficiente rapidez, las sombras los alcanzan». El santo era un hombre atrapado en la maraña de su propia memoria, a la que tenía un acceso imperfecto. «Esta memoria mía es una gran fuerza, un misterio vertiginoso, Dios mío, un abismo de complejidad infinita; y ésta es mi alma, y esto es lo que soy. ¿Qué soy, pues, Dios mío? ¿Cuál es mi verdadera naturaleza? Un ser viviente que adopta innumerables formas sin límite. […] Pues en mí hay una deplorable oscuridad». Los hábitos, la memoria infectada, vuelven imposible la virtud. No obstante, el Dios todopoderoso sabe quién tendrá fe y quién no, quién subirá a los cielos y quién arderá eternamente.

Joshua Lamb leyó sobre la malgastada juventud de san Agustín como maniqueo. Los maniqueos creían que el mal era tan poderoso

como Dios, o aún más poderoso que éste. Creían que el Soberano de la Luz había brillado eternamente en un reino que se hallaba más allá del tiempo y el espacio, hasta que las fuerzas de la oscuridad y la materia habían traspasado sus fronteras y engullido las partículas de luz. La luz llamó al primer Adán y lo envió a presentar batalla. Adán fue vencido, destruido, y acabó devorado por los demonios, quienes confinaron la luz dentro de la oscuridad y crearon el mundo, junto con los seres humanos, que desconocían que portaban la luz en su interior, la cual se afanaba en vano por huir y regresar a su propio resplandor indiferenciado. El sufriente Jesús fue otro mensajero enviado por la luz a todo el Universo, y crucificado. En cada árbol era el fruto que se cogía y se comía. Era preciso que la luz se separase otra vez por completo de la oscuridad, que volviera a ser lo que había sido. Con tal fin, los hijos humanos de la luz debían renunciar a la procreación y al consumo de carne, ya que ambas cosas prolongaban la reclusión de la luz.

Se estaba redimiendo al Redentor, pero aún había grandes dudas sobre cuál sería el resultado. En cada alma humana consciente tenía lugar la misma batalla para liberar las partículas de luz.

San Agustín repudió su juventud maniquea; era un santo esforzado y batallador, y llegó a pensar que el concepto maniqueo de pasividad del bien, de quietud y resignación, era un insulto al Dios Padre, así como el concepto maniqueo de incorruptas partículas de luz dispersas dentro de la mente y el cuerpo corruptos era una equivocada descripción del alma caída; todo lo que se podía redimir era redimido por el poderoso y terrible Hijo del Padre. Luchó contra sus antiguos aliados con pasión y ferocidad.

Joshua Ramsden leyó el salmo maniqueo sobre la divinidad profanada de la que la mente humana formaba parte.

> Yo estoy en todo; di nacimiento a los cielos; soy el fundamento; soy la vida del mundo; soy la savia que está en todos los árboles; soy las frescas aguas que hay bajo los hijos de la materia.

Su fe cristiana recientemente adquirida era extática y frágil, y brillaba como una sutil burbuja de cristal.

Comía poco y dormía a ratos. Acostado de espaldas en la

oscuridad, permanecía despierto mientras las corrientes espirituales le recorrían las venas como miríadas de letales burbujas de aire, o como bolitas de azogue. Se movía con liviandad y ligereza. Tendido despierto, escuchaba los susurros. Cada vez que dormía fugazmente (o creía haber dormido), se despertaba sofocado, con la sensación de que una mano pesada le oprimía la nariz, le magullaba la boca. Sentía un olor a carne cruda y un leve vaho de podredumbre. Se sacudía violentamente para liberarse. Y, en su sangre, las partículas brillantes se agitaban de terror, volvían atrás, le resecaban el corazón.

Al fin llegó la noche, la noche en que regresó el otro. Se despertó bajo el ahogo de la carne y se debatió para zafarse, y entonces una voz le dijo que se levantara y mirara fuera. De modo que fue hasta la ventana. Había una luna llena de color platino con sombríos lagos y montañas delineados en ella, que rebosaba de luz. El otro estaba fuera, de pie en la oscuridad, y le sonreía, con el blanco cabello flameando al viento y capturando el brillo de la luna. Su cara era pálida, y las sombras del rostro tenían el mismo tono gris azulado de las sombras de la luna. Sal, dijo el otro, haciéndole señas. La luna está tan brillante que parece de día. Sal.

Así que salió a la calle, sin detenerse más que para ponerse las pantuflas y coger el impermeable. Fue tras el otro, que caminaba como si se deslizara a lo largo de la muralla y luego por el camino de Dun Cow, en dirección al parque del Palacio. Y allí, caminando y danzando por el césped que se extendía entre el castillo y la catedral, bajo una bóveda añil oscuro iluminada por la luna, había centenares y miles de criaturas hechas de luz, hombres, mujeres, seres alados y seres acuáticos como serpientes de mar o sinuosos peces, chorreantes de luz como si fueran una fosforescencia surgida de las profundidades, como si estuvieran hechos con escamosas capas de brillo que resplandecían con los colores lunares: verde, azul, plata, violeta. Se movían de acá para allá, como una masa hormigueante, en dirección a la luna, formando columnas danzantes que semejaban nubes de mosquitos sobre la superficie de un río, o bandadas de estorninos despojados del negro y hechos de resplandor, o las chispas de un fuego. Se fundían para configurar pilares y calzadas elevadas y frondosos bosques de luz indiferenciada, y luego volvían a tomar la forma de danzantes,

nadadores, alas remontándose. Podría haber estado observando eternamente y no saber nunca cuánto tiempo había estado haciéndolo. El otro permanecía a su lado, y le dijo: «Descálzate, pues el lugar que pisas es sagrado». Así que se despojó de sus pantuflas, y sintió en los pies la fría luz que fluía por ellos y, bajo los pies, la silenciosa vida del césped y los tréboles segados.

El otro dijo que era el Gemelo Celeste, la Palabra. Había regresado a la conjunción de los cuerpos de luz, el sol y la luna.

Colocó en los delgados brazos del hombre el enorme peso de las cosas, la esfera casi imposible de sostener; pero esta vez estaba hecha de fría luz que fluía, y al mismo tiempo era infinitamente pesada y se encontraba lista para elevarse flotando con la ondulante masa de criaturas. Y se mojó los dedos al tocar la líquida superficie, lamida por pequeñas olas como las arenas de una playa, y que no obstante tenía también el lustre y el brillo y la resbaladiza textura del metal. Y el joven trastabilló un poco y apartó un tanto los pies desnudos para sostener mejor su carga. Él mismo se sentía metal fundido por el intenso placer de la presencia del Gemelo Celeste, cuyos sonrientes labios eran un reflejo de los suyos, cuyos ojos eran pozos de azul oscuro bajo las arqueadas cejas blancas. Y, mientras él sostenía el peso de las cosas, el Gemelo Celeste le dijo en voz baja que había estado caminando en la dirección equivocada (aunque sus más profundas inclinaciones eran acertadas). Había sido elegido para seguir al verdadero profeta, que era Mani, a quien habían flagelado y martirizado por comprender que la luz era débil y que la oscuridad estaba erizada de colmillos y desbordante de energía. Mani sabía que no había un resultado seguro, y que el cruel Dios del Antiguo Testamento se hallaba poseído y controlado por la oscuridad. El ansia de Dios por los sacrificios de carne y sangre nacía de la repugnante avidez y la monstruosa carnalidad de la oscuridad. La muerte de Cristo en el tiempo y el espacio había sido en vano y, lo que era más, había agravado el mal original e incrementado la horrible energía de los primitivos invasores. En tiempos del propio Mani, los verdaderos creyentes habían pensado que las partículas de luz presentes en los hombres puros —que se abstenían de carne y del deseo— regresaban a la luna y, de ésta, al sol. Y de aquí volvían al aislado reino de la luz.

Más cosas oyó, mientras permanecía allí de pie observando el

despliegue de colores y el entrecruzar de hebras y los ondulantes velos resplandecientes de luz maravillosa.

San Cutberto, que estaba enterrado allí, le explicó el Gemelo Celeste, también había visto elevarse las columnas de luz. Pero su descripción fue parcial, oscurecida como se hallaba por el Libro que era un falso guía. Tienes que leer «nuestros» libros, que están desperdigados y fragmentados como nuestros cuerpos y nuestra historia; tienes que volver a tejer nuestra historia y prolongarla, hasta que la luz y la oscuridad ya no estén mezcladas, hasta que la pureza sea pura y la corrupción una masa excretada, evacuada, eliminada.

Y la carga que sostenía en los brazos se hizo añicos por sí sola y alzó el vuelo como miríadas de astillas brillantes, como estrellas fugaces, como flechas apuntadas a la luna llena, donde se desvanecieron.

Regresó a su habitación, caminando descalzo por los adoquines, por los que fluían y se arremolinaban arroyuelos de luz y charcos de plata, como si las piedras fueran el lecho de un río.

Después de esto oyó voces mucho más coherentes, un coro de guías e instructores. Oyó asimismo voces demoníacas, tentadoras, tal como los guías e instructores le habían dicho que ocurriría: una vez que se abría el «camino», las criaturas oscuras intentaban penetrar. Debía soportarlo, no había nada que pudiese hacerse para evitarlo.

Por un tiempo de longitud imprecisa, según recordaba, se movió a toda velocidad como una sombra entre su dormitorio, la catedral y la biblioteca. Pidió libros sobre los maniqueos, y descubrió las diversas cosmogonías de los gnósticos, Marción, Bardesano, el egipcio Valentín, cuyo reino de luz era el pleroma, formado por veintiocho eones ordenados en parejas celestiales.

Sofía, la más joven de estos eones, envidiaba a Dios su poder de crear sin necesidad de pareja, y dio a luz un engendro sin forma y vacío, ya que el *nous* masculino era quien daba forma a la materia femenina. El engendro, arrojado fuera del pleroma, tomó forma y fue conocido como «Sofía incompleta», hija de la Sofía celestial. Y Sofía incompleta hizo un ente psíquico con su miedo, su dolor, su

perplejidad y su súplica: el miedo se convirtió en una esencia psíquica, el dolor en materia sólida, la perplejidad en un demonio y la súplica en un persistente arrepentimiento.

De esta sustancia psíquica creó el Demiurgo el cosmos físico, con la esfera psíquica debajo y, más abajo aún, el caos y la oscuridad. Joshua Ramsden leyó y leyó. Luz y oscuridad destellaban y resonaban en el campo de batalla que era su cerebro. Las serpientes se retorcían, los colmillos se clavaban. La tenue luz, parpadeante, se batía en retirada. Él se aferraba a los gruesos pilares de la nave para mantenerse en pie en medio de la tormenta que lo hacía tambalear.

No escribió su ensayo sobre el concepto de san Agustín sobre el origen del mal. Intentó en cambio escribir todo lo que le había sido revelado, el mundo de eones y demonios, y se encontró enredado en marañas de sistemas de nombres y nombres y nombres y cualidades interconectados, interrelacionados, contrariamente semejantes, reforzados, contradictorios. Como si los teólogos crearan el lenguaje de los nombres propios con la misma facilidad con que los demonios creaban carne, sangre, tendones, plasma, pis, mierda.

El Gemelo Celeste le dijo que la plétora de palabras y nombres era una trampa de los demonios, ya que el lenguaje era una creación humana y formaba parte del velo de carne que separaba al hombre de la luz. Le dijo que hiciera lo que Mani enseñaba. No comer carne, limitar lo que no fuera vegetal, abstenerse del sexo y no matar a ningún ser vivo. Respetar las partículas de luz presentes en toda la creación. Perseverar en el intento de liberarlas, de separarlas de la oscuridad.

El padre Burgess le dijo que su ensayo sobre la cosmogonía gnóstica era incomprensible, y le aconsejó que desistiera de tales estudios. Sólo escindían la mente, como el Libro de la Revelación, le dijo al delgado muchacho. Ambos constituían una tentación en cierto punto del sendero espiritual. Ambos eran espejos psíquicos para los pensamientos insensatos, ambos eran círculos viciosos y cámaras de resonancia. Era normal quedar seducido por esas ideas en cierto momento del camino, le confió al joven. El joven se sintió terriblemente ofendido por el término «seducido». Se imaginaba dedos, labios y jugos corporales, exactamente lo opuesto de los brillantes hilos y hebras que conformaban tanto el laberinto en que se encontraba como la pista para hallar la salida.

Las voces le comunicaron que había llegado el momento de que hablara. Debía hablar en el parque donde había visto los senderos de luz. Debía hablar a la gente sobre la separación de la luz y la oscuridad, sobre lo que era necesario para llevar una vida buena.

Cuando se puso de pie para hablar, su voz le pareció un gemido fantasmal, un tenue sonido aflautado. Era un día gris, y soplaba un viento frío que le despeinaba los blancos cabellos. Tenía la impresión de que el viento lo traspasaba como si él no fuera más que un armazón de huesos. Había unas pocas personas reunidas, algunas de las cuales se mofaban, otras rebullían inquietas. Percibía la enorme mole de la catedral encumbrarse a su espalda, lista para herirlo. Miró hacia lo alto, vaciló, y le pareció que las piedras se desplomaban, terriblemente pesadas, para aplastarlo. Sintió que se ahogaba. Cayó de pies y manos y se cubrió la cabeza para protegerse de la materia que caía sobre él. Con delicadeza, lo llevaron de nuevo al hospital. Cuando lo dejaron salir, dijeron que era evidente que sus estudios le producían demasiada tensión, por lo que parecían inapropiados para él. Afirmaron que debía regresar a su casa, lo que significaba volver con Agnes Lamb, y reconsiderar su vocación. El padre Burgess lo puso en un tren que partía hacia Darlington.

—Has exigido demasiado de ti mismo —le dijo—, con un exceso de entusiasmo… en el primitivo sentido de esta palabra de «furor religioso». Eres un hombre espiritualmente violento. Estoy seguro de que encontrarás el modo de utilizar tu poder de la mejor manera. Estoy seguro de que ahora debes esforzarte por estar tranquilo, comer y dormir y hacer las cosas humanas normales: ir al cine, jugar al fútbol, tener amigos, beber cerveza… Aferrarte a la tierra y esperar hasta que recuperes tu fuerza.

—No soy cristiano —contestó Josh Lamb—. Soy maniqueo.

—Todos tenemos momentos de maniqueos —repuso el padre Burgess con una calma que no tenía razón de ser, mientras el tren se ponía en movimiento en medio de una nube de humo y hollín y minúsculas cenizas ardientes que se elevaban en el aire.

Josh Lamb descendió en la siguiente estación. Tras llenar una bolsa con lo más necesario, que sacó de la maleta, abandonó ésta en el andén y salió a pie en dirección al campo.

Se negaba rotundamente a volver con Agnes Lamb y sus sofás

grises, su bol para la grasa y sus gruesas cortinas que no dejaban pasar la luz.

Anduvo. Hizo algunos trabajos de jardinería. Encontró ocupación temporal en las granjas. Caminó, deambuló por las bibliotecas y se sentó entre los malolientes vagabundos. Controlaba las frutas y verduras. De vez en cuando perdía el conocimiento y se despertaba en un hospital. Veía sangre que fluía y grandes mares rebosantes de luz de luna. A veces pensaba que él no era nada, que era desechos, sobras. Otras veces sabía que su tiempo aún no había llegado.

Los jardines de Cedar Mount estaban cercados, por supuesto, por un muro elevado, con pinchos y cascos de botella. Dentro había caminos sinuosos, arcos de seto vivo y grandes extensiones de césped, también cercadas. Cuando hacía buen tiempo se animaba a los internos en quienes se podía confiar a que salieran a pasear por los caminos de grava, o a sentarse fuera en los poyos y los bancos de madera diseminados por el terreno. En un ángulo, a cierta distancia del edificio principal del hospital, se elevaba un altozano con un bosquecillo de árboles de hoja perenne y un chirriante columpio sujeto por cuerdas a lo que parecía un andamio tendido entre los tejos y los laureles, bajo un solitario e imponente cedro que debía de haberle dado nombre al lugar.

Un camino secundario para jardineros conducía a un montículo de mantillo, oculto tras un seto de hayas que discurría entre el altozano y el muro. Era un sitio lóbrego y siempre en sombras, pero aun así alguien había colocado un banco allí, al pie del altozano, sin más vista que la de las enmarañadas ramas de las hayas y del muro que se alzaba detrás. Este lugar oscuro había constituido siempre un refugio para los solitarios, lo que tal vez fuera el motivo de su existencia. Era posible que algún jardinero conociera la importancia de contar con sitios escondidos en las comunidades cerradas. Lucy Nighby iba a sentarse allí cada vez que le permitían salir. Sentada en el banco, miraba fijamente las hojas marchitas de las hayas, de color oro desteñido, que crujían, y el dentado borde de vidrio que brillaba en lo alto de su horizonte. Casi había llegado el invierno, con su brillo glacial. Ella llevaba puesto su abrigo, que el moho del

húmedo asiento de madera había manchado.

Había decidido morir, y para ello había estado conservando y ocultando las píldoras que le daban, sin saber en realidad qué eran estas píldoras o qué efecto tendrían. Las guardaba en un bolsillo, dentro de un sobre. Tenía también una botella de agua. Lo que le preocupaba era si tendría suficientes píldoras. E, igualmente, si el agua sería suficiente para tragarlas todas. Caía la tarde, y el cielo azul claro se tornaba más neblinoso, más gris, rosado. Miró todo con gran atención, porque era la última vez, y advirtió cómo se apagaban lentamente el verdor y el brillo intenso del vidrio, como si ello fuera importante, y percibió asimismo el olor a mantillo, a resina, a frío y humedad. Con las manos heladas manoseó torpemente la botella y el sobre. Apagaría su existencia como una vela, sólo que sería un poco más difícil.

Se puso una píldora en la boca y tomó un sorbo de agua, y luego se puso una segunda.

Oyó una leve agitación de las hojas a su espalda, unos pasos apenas más pesados que los de un pájaro al posarse en una ramita. Se volvió un tanto mientras, con los dedos helados, se llevaba a los labios una cápsula esmeralda y escarlata. Él descendía silenciosamente de la cima del altozano, y su mata de cabellos blancos parecía lanzar luz a la penumbra de las copas de los tilos. Todo él era blanco: la barba, la camisa, incluso el pantalón claro. No llevaba abrigo.

—Me han mandado en tu busca —dijo.

Ella no contestó. Encontraba la vida más sencilla (como mínimo), aunque no mejor, desde que no hablaba. La blanca figura tomaba forma y se transformaba ante sus ojos; el contorno tenía el color del arco iris, lo que tal vez se debía a sus propias lágrimas, y todo él brillaba.

—Alguien me avisó —prosiguió él—. No fueron ellos, sino una voz que oigo. Me dijo que viniera a buscarte aquí, ahora. Sé lo que ocurre. Sé dónde estás porque yo también estoy. Tenemos cosas que hacer antes de que podamos… salir de este mundo. Tienes que

ayudarme. Y yo te ayudaré a ti. Puedo ayudarte.

La menuda mujer seguía allí sentada, encorvada bajo su abrigo marrón claro. Y sintió que volvía a sí misma, sus cabellos sueltos, su cara roja por el frío, sus ojos cansados, sus pies entumecidos, su mano con la cápsula detenida junto a los labios secos y agrietados. Una leve brisa agitó las hojas de las hayas. La tierra exhalaba un vaho de materia vegetal en descomposición. El hombre erguido que la miraba recibió el viento en los blancos cabellos y la camisa, y pareció emitir un resplandor frío y blanco.

—Mira —le dijo—, cuando acabe el día habrá luna llena. Tengo que hablarte de la luz. Tú conoces, como yo, la luz y la oscuridad y lo que es estar fuera, donde las dos son poderosas. Tenemos cosas que hacer, pero tú no lo sabes porque no te lo han dicho. Pero yo te lo diré. Y tú me escucharás.

Ella mantenía la cápsula junto a los labios. Sus ojos estaban húmedos. Supo —¿cómo?— que él era un hombre que odiaba tocar a la gente. Pero, cuando él comprendió que no podía hacer otra cosa, se acercó y con dedos fríos y brillantes cogió la cápsula que sostenían los rojos dedos de ella y le asió las manos entre las suyas. El cielo se oscurecía lentamente. El redondo disco de la luna brillaba. Él se sentó a su lado y le pidió que mirara la luna. A la luz de ésta, los afilados bordes de vidrio parecían riachuelos de agua discurriendo sobre las piedras.

—Debemos ser sabios como serpientes —dijo él—. Ahora tenemos que volver y encontrar el modo de salir de aquí, y te diré lo que sé y cómo debemos vivir. ¿Tienes más de esas píldoras?

Ella le tendió el sobre.

—No, no las quiero. Yo también tengo mi propia reserva. Guárdalas, por si tu necesidad se hace muy grande. Sé que si tú y yo sabemos que tenemos un medio de salir, tendremos fuerzas para quedarnos. Consérvalas.

Ella hizo entonces un mínimo gesto en su dirección, como un niño que pide que lo abracen.

Sintió que él vencía su renuencia, cedía en su reserva. Con un gesto rápido y grácil, la tomó por los brazos, la acercó a él y posó los fríos labios en su frente.

—Estoy aquí —dijo—. Recuerda: estoy aquí, sé y cuidaré de los dos.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Tomaré mi nombre más adelante, cuando me lo indiquen.

9

—Thano dijo que te vio en la tele —le espetó Leo.

—Tendría que haber estado en la cama —contestó Frederica defensivamente.

Volvían caminando de la escuela, en dirección a Hamelin Square.

—Y supongo que no me dijiste que saldrías en la tele porque no querías que me quedara levantado.

—Probablemente te lo dije y, como de costumbre, no me escuchaste.

—Dices que «probablemente» lo dijiste porque sabes que no lo hiciste.

—Bueno —replicó Frederica sin ninguna sensatez—, es un asunto privado.

—Ah, claro, privado —dijo Leo sarcásticamente.

—¡Qué encantador verte en tu precioso jardín! —gritó desde el otro lado de la plaza Marie Agyepong, la madre de Clement y Thano.

Victoria Ampleforth apareció en el umbral de su casa y se sumó a las congratulaciones.

—Muy original, Frederica. No sabes cómo admiro tu sangre fría.

Frederica le dedicó una sonrisa fugaz.

—Todos te vieron —dijo Leo—. Yo soy el único que no te vio.

—Yo tampoco me vi.

Leo se detuvo en la acera y miró a su madre a la cara.

—¿Por qué? ¿Por qué no te viste?

—Tenía miedo de que no me gustara mi aspecto. Tenía miedo de pensar que parecía tonta.

—A Thano no le pareciste tonta. Dijo que te llevabas mucho la

mano al pelo. Y que le gustaron tus pestañas.

—¿Thano dijo que le gustaron mis pestañas? ¡Sólo tiene siete años!

—Le parecieron divertidas. Como orugas peludas. Dijo que en el programa había orugas peludas, pero no se explicó muy bien.

—Cuando yo tenía tu edad —rememoró Frederica, mientras abría la puerta de su casa— nos daba mucha vergüenza que nuestra madre apareciera por la escuela con un sombrero ridículo. Pero el hecho es que, si uno mira hacia atrás, todos los sombreros son ridículos. A todos los niños les parece que el sombrero de su madre es ridículo: demasiado grande, demasiado pequeño, demasiado parecido a un tiesto, demasiado mono, demasiados velos, demasiado gracioso. Hay tantos sombreros ridículos como niños y madres. No nos gustaba que nuestra madre fuera de esas que nunca pisan la escuela, pero tampoco queríamos que nadie la viera.

—A mí no me molesta que salieras por la tele. Creo que más bien me gusta. A los chicos les impresiona. Por supuesto que hacen bromas, pero eso está bien. Siempre están haciendo bromas sobre algo. Así como siempre se ríen de los sombreros.

A *través del espejo* fue, desde un principio, una ingeniosa burla del contenido de la caja boba. Cuando empezaba, el televisor parecía encerrar brasas o leños con ondulantes llamas y ardientes cenizas, en el hogar que había sido el centro de reunión de las antiguas salas antes de que surgiera la televisión. El fuego que brillaba en su sombrío nicho dejaba paso a una niebla gris mate (o remolinos de humo) encuadrada en un marco dorado muy trabajado. La niebla se disipaba entonces para revelar el interior del mundo del espejo. Había un reloj giratorio de dos caras, una severa y otra sonriente. Había asimismo setas, telarañas y ventanas duplicadas. En el fondo del televisor se veía lo que podría haber sido una ventana salediza, o un espejo que reflejaba una ventana salediza. En el centro había un televisor transparente dentro del televisor, donde tomaba asiento Frederica y donde se asomaba y se entrometía la cámara. Durante todo el programa, aparecían de vez en cuando plantas y criaturas animadas que se paseaban por el borde del espacio encerrado, se movían rápidamente, trepaban y se enroscaban. Rosas y lirios, gigantescas orugas y piezas rodantes de ajedrez que los espejos multiplicaban, y que habían salido de las

manos de los mismos estudiantes de la Escuela de Arte Samuel Palmer que habían trabajado en los Blue Meanies del *Submarino amarillo*.

Eran los primeros tiempos de los largos vestidos de algodón y pana de Laura Ashley, decorados con ramilletes Victorianos que volvían a salir a la luz, y discretos volantes en el cuello y los puños. Frederica llevaba un vestido con capullos de rosas color sangre sobre un fondo verde musgo, o con prímulas amarillo claro sobre añil. Cuando se grabaron los programas de prueba tenía un peinado de Vidal Sassoon de pelo corto, pero su cabello pelirrojo fue haciéndose más y más largo a medida que los programas se sucedían con un enorme éxito. Su aspecto era el de una Alicia adulta, inteligente y con más conocimientos.

La idea de Wilkie, como el tablero de ajedrez de Lewis Carroll, se basaba en un esquema preciso y arbitrario que podía contener un sinnúmero de pensamientos, imágenes y conexiones. Frederica era el factor constante. Cada semana se hablaba de tres cosas: de un objeto, una idea y una persona, viva o muerta. Lo que se buscaba era evitar las habituales categorías del periodismo —temas de actualidad, política, arte, ciencia, noticias con gancho, sátiras— y presentar las cosas de un modo novedoso. En cada programa habla un invitado para los tres temas, y un segundo invitado que hablaba sobre uno de ellos.

En el último trimestre de 1968 se hicieron tres programas piloto. En el primero, a modo de introducción en la idea central del programarse habló de Charles Dodgson[9], del absurdo y de un antiguo espejo. En el segundo se debatió sobre la idea de Doris Lessing sobre las mujeres libres, expuesta en *El cuaderno dorado*, sobre George Eliot y sobre un bol de Tupperware. El tercero trató de la «creatividad», de Sigmund Freud y de una cerámica de Picasso. Los programas que siguieron se ramificaron en todas direcciones con gran inventiva, tanto visual como intelectualmente, tomando como base las eclécticas y simpáticas parodias de los 60. Frederica aparecía como Blancanieves en un ataúd de cristal, como una sirena que sostenía un espejo en la mano, sumergida en un tanque de vidrio al modo de una escena de un cosmorama, como la bruja de la casita de azúcar de Hansel y Gretel y, en un programa en que el tema era el sexo, como la mujer del genio encerrada

dentro de una caja de cristal guardada por siete candados, que se escapaba hábilmente para seducir bajo una palmera al futuro marido de Sheherezade y al hermano de éste. Hablarían sobre el DDT y la astrología, sobre memoria y revolución, sobre la muerte del pasado y la esquizofrenia, sobre naturaleza y aprendizaje, sobre la enseñanza de la gramática, sobre Shakespeare, Dostoievski, la señora Beeton[10] y D. H. Lawrence (de quien se trataría junto con el sexo y los siete candados).

En el primer programa, los invitados de Frederica fueron Jonathan Miller y Richard Gregory. Este último había dado en la Royal Institution una serie de conferencias sobre «el ojo inteligente», en la Navidad de 1967, en las que abundaban los acertijos visuales, los juegos con espejos y los trucos de magia. Había recurrido a la televisión para poner a prueba las percepciones e ideas preconcebidas de los espectadores y estudiar el modo en que el cerebro configuraba el mundo visible. En cuanto a Miller, habló de muchas cosas: la mirada infantil sobre la conducta victoriana presente en los libros de Alicia, las interpretaciones psicoanalíticas de las puertas diminutas, las llaves perdidas, los jardines ocultos, los juegos matemáticos, el exceso verbal, las fotografías y los espejos, las superficies y la profundidad, el yo y los demás. Habló sobre la pasión de los surrealistas por el mundo fantástico de Alicia, y sobre el interés de Carroll por los dobles y los gemelos.

Alicia, dijo, es la niña victoriana que combina el salvaje mundo de las reglas de los adultos con las intenciones ocultas, los sentimientos violentos y las convenciones incomprensibles. Es una inglesa empírica, comentó Frederica. No se siente perpleja, ni defraudada, ni desconcertada. Está segura de su existencia, por más que la estiren, la encojan o le digan que es una serpiente. Carroll ve las cosas con una mirada infantil.

Dejaron el tema del empirismo para hablar del sentido común y el absurdo. Frederica presentó a Richard Gregory junto con el primer objeto de la semana, un espejo de mano Victoriano, de plata, ornamentado con racimos de uvas plateadas, guirnaldas de hojas de parra plateadas y retorcidos zarcillos trepadores, también plateados. Los espejos, explicó Gregory, tenían antiguos significados. El espejo

Victoriano le hizo recordar los espejos que solían usar los maniqueos en sus ceremonias religiosas, los cuales creían que tenían el deber de liberar la luz atrapada en la materia, y consideraban que la vid, al igual que otras plantas, era un receptáculo donde la luz quedaba encerrada. Añadió que no se sabía con exactitud lo que hacían los maniqueos con la luz atrapada o reflejada. Aristóteles, todo un científico racional, decía que, si una mujer se miraba en un espejo durante su período menstrual, la superficie de éste se enturbiaba con un velo rojo sangre. Según Aristóteles, esto sucedía porque había una afinidad entre el ojo cristalino, lleno de vasos sanguíneos, y el pulido y cristalino espejo de bronce. El aire cristalino era el transmisor de la influencia. Un absurdo sensorial con sentido.

La mesa estaba puesta para una especie de merienda. Una enorme tetera de plata reflejaba las tres caras a la manera de los espejos deformantes de una feria, convirtiendo a Frederica en una bruja de afilada nariz, a Miller en un Baco de ensortijados cabellos y mejillas llenas y a Gregory en un sombrío Plutón. Sobre la mesa había diversas fuentes, de plata y de cristal, que resultaron contener orugas que se arrastraban por los espejos, con sus ojos negrísimos y su cuerpo segmentado, listado y erizado de cerdas, de color naranja, dorado y verde.

Richard Gregory explicó que en realidad había dos Alicias, Alice Liddell del País de las Maravillas y su prima Alice Raikes, a quien Dodgson pone en un aprieto cuando la coloca delante de un espejo con una naranja en la mano derecha y le hace ver que la niña reflejada sostiene la fruta en la mano izquierda. «Pero, si yo estuviera al otro lado del espejo —contestó la inteligente Alice—, ¿no tendría acaso la naranja en la mano derecha?». Y de aquí, dijo Gregory, surgió la idea de atravesar el espejo, de ver las cosas desde el otro lado. Se extendió en explicaciones sobre las equivocaciones lógicas provocadas por los espejos en las letras y en las caras, con la inversión de izquierda y derecha pero no de arriba y abajo. Dodgson era amigo de John Henry Pepper, que utilizaba espejos para hacer aparecer y desaparecer actores en un escenario, duplicarlos, convertirlos en transparentes fantasmas como el gato de Cheshire. Los espejos poseían su propia lógica ilógica. Miller habló de la casualidad de los espejos y las fotografías, que se habían

hecho visibles por primera vez, en forma independiente, gracias a una capa de plata sobre un cristal. La cámara mostró el reflejo de Frederica, Miller y Gregory en los espejos puestos detrás de la caja de cristal en que estaban encerrados. Las orugas se agitaron en su caleidoscopio.

Frederica dijo que los dos invitados le habían hecho recordar que Alicia se encontraba a menudo entre dos criaturas benignas que hablaban de ella. El grifo y la falsa tortuga. O no tan benignos. La liebre y el sombrerero, Haigha y Hatta, la morsa y el carpintero, la reina roja y la reina blanca. Tweedledum y Tweedledee, añadió con los ojos bajos, mientras recordaba brevemente a los matemáticos Ottokar y la cara de ambos en su ventana del subsuelo. Pero Jonathan Miller le había quitado la palabra y seguía adelante con el tema, describiendo el desordenado orden de las compulsivas duplicaciones de Carroll, que era Dodgson y que inventaba juegos de palabras y dobletes.

El primer programa fue alentador. Lo fue porque los dos inteligentes hombres, igualmente cómodos con la cámara y consigo mismos y muy amables con Frederica, hicieron que ésta sacara a relucir lo mejor de sí. En el coche de la BBC que la conducía de vuelta al subsuelo donde la esperaba un lecho vacío (y sin hacer) y donde dormía su hijo, miró su reflejo en la oscura ventanilla y se dedicó una mueca tensa y triunfante. Reflexionó en Alicia y en sí misma. Se había sentido como una niña lista junto a esos dos, cuyos conocimientos eran mucho más vastos que los de ella. Dado que ella no había hecho gran cosa, lo que le gustaba era cómo había captado el sentido que los dos hombres daban a las cosas —la infinidad de cosas— que había por descubrir y discutir. Por unos momentos había bullido en ella la indomeñable energía de su infancia. Quiero, quiero, quiero, había gritado, como un pichón en el nido reclamando su alimento con el pico desmesuradamente abierto. Había imaginado que quería hacerse mujer y experimentar el sexo. El conocimiento estaba ahí, y ella lo había absorbido en grandes cantidades porque sentía avidez y lo digería bien, pero no había creído que eso fuera lo que contara. Ahora, después de todo, sí que contaba. Esos dos se habían deleitado con sus proezas mentales

como los jactanciosos gorriones de Keats que brincaban en la grava.

Miró a través de su reflejo, por la oscura ventanilla del coche negro, y le agradó lo escueto de los rasgos que se perfilaban: un toque de luz, una mancha, la oscura línea de la boca, un brillo cobrizo. Con una especie de espasmo de horror pensó en el velo de sangre del espejo de Aristóteles como una suerte de misterio. Mujeres y sangre, sangre y sexo. Aristóteles, había dicho Gregory, creía que el semen y la sangre menstrual eran lo mismo. Esa enérgica confianza de Alicia al fin vaciló y se desmoronó. Ella había deseado enormemente ser actriz. Había querido actuar, ejecutar esos elegantes movimientos que no eran los propios. Había sido Alicia y, estúpidamente, había querido ser Julieta, María Estuardo, Cleopatra. Había querido llenarse como una vasija con las palabras de Shakespeare sobre la vida —y el amor—. Le vinieron a la mente la enorme tetera y las bruñidas fuentes con las orugas, y su reflejo en la ventanilla se rió de ella. Oh, no, pensó Frederica, que estaba a punto de ser diseminada por toda la nación como miles de Fredericas brillantes y fragmentadas. Lo que quiero no es actuar. Lo que quiero es pensar. Claridad. Curiosidad. Cada vez más y más curiosa.

La idea para el segundo programa piloto de A *través del espejo* se le ocurrió a la propia Frederica. Le vino a la mente cuando Leo, negándose a comer un cordero estofado que su buen trabajo le había dado preparar, empezó a citar vanamente a *Alicia a través del espejo* con voz cantarina y burlona:

—«Alicia… cordero. Cordero… Alicia» —canturreó—. «Sería una f alta de etiqueta trinchar a alguien que nos acaba de ser presentado. ¡Qué se lleven el asado!». —Y añadió de su cosecha—: No me parece correcto comer animales. Voy a hacerme vegetariano.

—No estoy de acuerdo. Tienes que alimentarte bien. Mira tus dientes. Has evolucionado como un animal omnívoro. Mira los caninos que tienes, Leo. Al menos come las verduras de la salsa.

—No me gustan las verduras hervidas.

—Vas a acabar por sacarme de las casillas. Me llevó horas hacer la salsa, separar la carne del hueso…

—¿Pensaste, mientras lo cortabas, cómo mataron al pobre

corderito?

—Sí, lo pensé. Siempre lo hago. Lo corté para ti. Para que tengas proteínas y vitaminas y crezcas fuerte.

—Un cordero muerto, un niño vivo.

—Exactamente.

—¿Hiciste budín de arroz?

—Sí.

—Te prometo que no me presentaré al budín. Te prometo que no diré que qué bueno tener otra vez budín de arroz para cenar, si tú me dejas pasar directamente al budín. Si no me dices que primero coma un poquito de tu rico estofado.

Él sabía muy bien que ella era consciente de ser un remedo de madre. Frederica comió su cordero, que estaba delicioso.

—Creo que tendrías que dejarme ser vegetariano, si pienso que eso es lo correcto.

—Tendrás que vivir a base de legumbres y nueces.

—No me gustan las nueces.

—Así es.

—Las legumbres provocan gases.

—Es verdad.

—Sea como sea, a ti te gusta cocinar. Te relaja. Oí cómo se lo decías a Agatha. Dijiste que era una buena tarea manual.

—A nadie le gusta cocinar si después la gente hace una mueca y se niega a comer lo que uno ha cocinado.

Leo comió unos pocos bocados.

—¿Es peor comer cordero que gambas? ¿Y son peores las gambas que los gusanos que pueda haber en una ciruela o en la lechuga?

—No lo sé. Está bien preguntárselo.

—Apuesto a que no serías capaz de matar *a un* cordero.

—Por supuesto que no.

—Y ni siquiera a una gallina.

—No, tampoco.

—No tenemos que matar a las gallinas. Nos dan huevos.

—«Dan» no es la palabra correcta. No tienen elección.

—Pero si les «quitamos» los huevos, no las matamos. Puedo vivir de huevos.

—Te cansarías.

—Se pueden hacer cientos y cientos de cosas con los huevos. ¿No tiene huevos tu budín de arroz?

—No. Tiene arroz y leche. Y azúcar.

—Qué pureza.

Era un maestro del inglés hablado. Pero le costaba un buen trabajo leer «huevos», «leche», «cordero». Se quedaba con la vista fija, se acaloraba, sudaba.

El segundo programa de *A través del espejo* se tituló «Mujeres libres». Frederica tomó el título de los capítulos de *El cuaderno dorado* en que se hablaba de Molly y Anna, las mujeres que vivían solas, o con hijos, pero sin hombres. Sus invitadas fueron Julia Corbett, una escritora, y Penny Komuves, que trabajaba en una nueva revista para mujeres llamada *Artemis*. Penny vivía con un viejo amigo de Frederica, Tony Watson, periodista del Partido Laborista. Tony escribía de vez en cuando en *Artemis*, la cual pretendía abarcar todos los temas que pudieran resultar interesantes a las mujeres, no sólo los típicamente femeninos como el amor, el maquillaje, la moda y el control del peso. Así pues, Tony escribía para la revista artículos sobre los institutos de enseñanza secundaria y las ventajas y desventajas de la educación separada por sexo. Escribió una obra sobre la primera mujer primer ministro, un personaje imaginario que subiría al poder en 2020, educada en una de las universidades no tradicionales, nacida en el norte de Inglaterra, abogada experta en derecho laboral, madre de familia. «No logro ver en mi bola de cristal qué será su marido —escribió Tony—. Tal vez sea un tranquilo maestro de escuela. Tal vez sea un cirujano de renombre. O quizá también él sea político, o periodista, o dirigente de un sindicato. Fuera como fuere, ambos considerarán que lo que hacen uno y otro es igualmente importante. Ninguno de los dos caminará un par de pasos por detrás, como el consorte real».

Penny Komuves era hija de un pensador político húngaro que había huido de su patria en 1939. Había estudiado ciencias políticas, filosofía y economía en Oxford, y se había especializado en la redacción de artículos sobre las nuevas angustias de las mujeres profesionales, que acababan por encontrarse solas en la cocina rodeadas de niños pequeños, atemorizadas por las

advertencias de expertos como Bowlby sobre el daño irreparable que podía causar en el desarrollo posterior de un niño una separación prolongada de su madre. Con la cabeza llena de la ideología de D. H. Lawrence, o de física atómica, o de la sociología del ocio, o de la teoría del valor del trabajo, tenían las manos llenas de jabón y *soufflés* y papillas y pañales sucios. ¿Y esto es todo?, se preguntaban, y hasta el momento no habían hallado respuesta. El otro interés de Penny Komuves era la cocina. En su tiempo libre experimentaba con recetas de *borscht* y salpicón de carne, sopa de pollo con puerros y fabada, manitas de cerdo y confitura de gallocresta. Era una estudiosa de la cocina y una científica de la cocina. Cada semana escribía para *Artemis* un menú para una cena de cinco platos. Todo, ya fuera el pan, las pastas del café, las sopas, ensaladas y patés, eran productos escogidos en mercados y tiendas de *delicatessen*, guisado en casa, horneado en casa, hecho en casa.

Julia Corbett, de una generación anterior a Frederica y Penny, estaba a mitad de camino entre una dama escritora y una mujer escritora. Su tema era la vida de las mujeres. Sus títulos eran los títulos de su generación: ingeniosas variaciones sobre el encierro. *La brillante prisión. La caja de juguetes. No puedo salir, dijo el pájaro. El marco frío. Vivir en un zapato*. A estos sugerentes títulos se añadían otros en que se hacía un uso bastante irónico de rimas infantiles. *El devorador de calabazas. Papá se fue de caza. El bolsillo de Lucy*. El exitoso escritor de misterio y humor *negro* Phyllis Pratt, de
Bowers & Edén,
había agregado versiones más macabras. *De puertas adentro. Entra en mi sala*. Julia Corbett había escrito *La caja de juguetes* y Vivir *en un zapato*. Su última novela se denominaba *Sólo un poco más alto*.

Colúmpiame un poco más alto.
¡Hazlo, Abdías!
Colúmpiame alto que no caeré
colúmpiame sobre el muro del jardín
sólo un poco más alto.
¡Hazlo, Abdías!

El libro relata la historia de un matrimonio feliz en el que el marido, que es profesor, anima a su dedicada esposa para que siga un curso por correspondencia a fin de obtener también ella el título de profesora. Y luego la deja, graduada, embarazada y «libre», por una estudiante más joven, más bonita y más delicada. Como todos los libros de Julia Corbett, *Sólo un poco más alto* era marcadamente agridulce. La falta de propósito que dejaba entrever le resultaba a Frederica mucho más terrible que la ferocidad y violencia de *El cuaderno dorado*.

La puesta en escena para «Mujeres libres» reemplazó la caja de cristal por una casa de muñecas transparente, con ventanas y puertas de todas clases distribuidas con una simplicidad infantil. Había un sinnúmero de llaves y cerraduras. Dentro, las tres mujeres estaban sentadas alrededor de una mesa de cocina, cubierta con un mantel de plástico rosa y blanco que imitaba el damasco. Sobre la mesa había potes de loza rebosantes de huevos, o con bollos de masa levando bajo un paño de cocina. Había una fuente con pastelillos de mermelada, flores de pasta con el centro escarlata, lista para ir al horno. Había copas para huevos con figura de gallina y una cubierta tejida a modo de casquete en forma de borla. Había una abundante colección de instrumentos de plata (en su mayoría deslustrados) destinados a arcanos usos —cucharas para extraer el tuétano, abotonadores, tenacillas para azúcar, portatostadas, coladores de té, cuchillos ahorquillados para el queso— junto a bayetas impregnadas y potes con polvo de hematites. Había batidores y espátulas de madera, calderas para preparar mermelada y termómetros. Abrelatas, sacacorchos, pinchos y diversos instrumentos punzantes. Cuando la cámara se acercó, el heterogéneo batiburrillo de objetos sugería tanto un aula de ginecología como una batería de cocina.

Las criaturas de dibujos animados que se paseaban por la pantalla durante la charla provenían en su mayoría de las escenas de *Alicia* relacionadas con la cocina. La pata de cordero, con su corona de faralá de papel y chorreando grasa, sonreía y hacía reverencias. Una vinagrera con sal, pimienta y mostaza brincaba alegremente con sus larguísimas patas. Una platija reposaba serenamente en una fuente transparente. El toque magistral, visualmente, era la combinación de estas criaturas con una bandada

de aladas cabezas de querubines Victorianos de ensortijados cabellos, que de tiempo en tiempo se transformaban en menguantes gatos de Cheshire y se agolpaban en las esquinas de la pantalla como enjambres de moscas.

Con los dos eruditos Frederica había sido Alicia, la inteligente y curiosa niña. Con las dos mujeres, dijo Wilkie, quería que creara una especie de tertulia amistosa, la clase de conversación que tenían las mujeres cuando estaban a solas. ¿Y cómo iba a lograr eso —preguntó Frederica— mientras las observaran íntimamente todos los camarógrafos y hombres del estudio, y aún más íntimamente los millones de espectadores invisibles? Será sumamente fácil, le aseguró Wilkie. Recuerda que te escogí porque no te asustas.

De hecho lo que siguió fue una parodia consciente, un remedo de tertulia amistosa.

Frederica comenzó con la pregunta que se había formulado Sigmund Freud, y dijo que éste no había sido capaz de contestarla. ¿Qué quieren las mujeres?

Amor, dijo Julia Corbett. Amor, seguridad, una familia.

Y sexo, dijo Penny Komuves.

Sólo que el sexo tiene sus riesgos, dijo Frederica. Porque conduce al parto, y todo el proceso biológico representa un riesgo. Aunque ahora, con la píldora, las mujeres pueden elegir entre los hombres, y decidir si quieren o no ser madres.

Discutieron si esto cambiaría el modo en que las mujeres veían a los hombres. Julia dijo que las mujeres juzgaban a los hombres según rasgos que no parecían tener que ver con el sexo, como la amabilidad, la capacidad de escuchar, la puntualidad. En una palabra, con la cortesía. Frederica comentó que, de acuerdo con Darwin, la belleza masculina estaba determinada por la selección sexual femenina. Era por lo tanto muy extraño que hubiera que vivir en un mundo de revistas de mujeres y anuncios de mujeres que lucían cuerpos femeninos para que los hombres se fijaran en ellos. Penny opinó que por lo general eran las mujeres las que prestaban atención a la ropa de las demás mujeres. Ahí tenemos a

Miss Mundo, dijo Frederica, y su escultural cuerpo en bañador y tacones de aguja. Y la pornografía. Penny Komuves comentó que, así como el pavo real atraía a la hembra con su cola de plumas y el mandril con su trasero, era extraño que no tuviéramos concursos de belleza similares por parte de los hombres.

Julia preguntó con fingida timidez en qué se fijarían las mujeres. Los hombres se vestían con su acostumbrado traje negro, se cortaban el cabello y se quitaban la barba.

Ya no lo hacen más, dijo Penny. Se dejan crecer el pelo, usan camisas floreadas y se cuelgan collares. Los criterios están cambiando.

Discutieron sobre los aspectos del cuerpo masculino en que se fijaría un hipotético jurado femenino. Mencionaron brevemente los anuncios de *slips*. Hablaron, primero con recato y luego con gozo, de las nalgas masculinas. Frederica contó que un estudiante de arte usaba unos tejanos muy ajustados con unos estratégicos agujeros que dejaban ver un brillante calzoncillo púrpura. Las tres mujeres rieron. Coincidieron en que las mujeres modernas tenían libertad para elegir. Elegir cuidadosamente, como sus primitivas antepasadas. Y a diferencia de sus abuelas e incluso, en la mayoría de los casos, a diferencia de sus madres.

¿Y qué lograban con eso?, preguntó Julia. El problema subsistía. Las mujeres querían tener hijos, tenían que cuidar de los hijos, y en cierto modo esto llenaba de tensión las posibilidades sexuales.

La píldora, añadió Penny, significa que los hombres pueden exigir más sexo puesto que ha desaparecido el peligro, el impedimento.

El cuerpo desea el embarazo, dijo Frederica. Pero la mujer a menudo no lo desea. Recuerdo a la reina de Blancanieves, que miraba las gotas de sangre en la nieve. Tememos la aparición de la sangre, pero solemos temer mucho más su desaparición. Tal vez estamos en guerra con nosotras mismas. Después de la posibilidad de escoger que nos ha dado la píldora, tendríamos que tener la posibilidad de abortar. Para separar el sexo de los hijos, para tener libertad de elección en los dos terrenos. ¿Vosotras podríais decidir abortar?

No, dijo Julia. Pienso que debería ser capaz de hacerlo, pero no podría abortar. Al menos, eso creo.

Penny Komuves pareció quedarse momentáneamente paralizada; sacudió la cabeza y devolvió la pregunta a Frederica. Bueno, y tú qué, dijo. ¿Lo harías?

Frederica vio en su mente el rostro de Leo. Me gustaría pensar que tengo derecho, dijo. Pero no podría.

Se hizo el silencio. Ha pasado un ángel, dijo Julia Corbett.

Los querubines se agitaron. El bebé cerdito atisbo por entre sus apretadas envolturas.

La pantalla mostró una serie de retratos de George Eliot, el personaje de quien trataría el programa. El rostro caballuno de rasgos bastos, los dientes prominentes, la mujer más joven inclinando la pesada cabeza coronada por tirabuzones muy poco favorecedores. La horrible duquesa de *Alicia en el País de las Maravillas* dibujada por John Tenniel pasó fugazmente por la pantalla. Frederica señaló con acritud que conocía a un hombre que cuestionaba a la gran escritora y la tildaba de «dama severa y moralista». Se generó una discusión. No obstante, ésta giró mayormente en torno al tema de la belleza femenina, tal vez porque estaban en pantalla. Eliot castigaba a sus personajes hermosos, dijo Julia. No, replicó Frederica, castigaba a las que explotaban su belleza, a las que vivían de ella. Hetty, la fría Rosamund, la glacial, aterrorizada y obsesionada Gwendolen. Sus heroínas apasionadas también eran hermosas. Dorothea, Maggie. Pero querían de la vida algo más que sexo y matrimonio, y el sexo y el matrimonio las defraudaron. Las castigó, insistió Julia. Castigó a Dorothea por su magnanimidad y a Maggie por su apasionamiento. Hizo que Dorothea se rebajara al casarse con un periodista mediocre, y ahogó a Maggie como castigo por sus efusiones sexuales. Era incapaz de hacer un modelo de mujer que pudiera ser libre, creativa y *sexy*. No dejaba a sus lectoras ninguna esperanza.

—Ella misma fue libre, creativa y *sexy* —replicó Frederica—. Debe de haber sido la adúltera más famosa de Inglaterra, y al final la reina Victoria encargó una serie de pinturas inspiradas en sus obras y se intentó enterrarla en la abadía de Westminster.

—No tuvo hijos —dijo Penny—. Conocía métodos anticonceptivos, como la esponja y el vinagre.

—Cuidó de los hijos de George Lewes —señaló Frederica—. Les pagó los estudios.

—Como un hombre —dijo Julia—. Ganó dinero. Como un hombre.

—No podía hacer que Dorothy fuera a la universidad o que Maggy escribiera un libro —contestó Frederica—. Contaba cómo eran las cosas, cómo era realmente la vida de las mujeres inteligentes.

—Las mujeres bonitas sólo quieren cosas —dijo Julia—. Porcelana y damasco, un cajón lleno de sábanas y manteles, un cofre repleto de hermosos pendientes, como Hetty. Es como el mundo actual de la publicidad. Todo apunta todavía al rito de pasaje con los velos blancos y la gente apiñada tratando de atisbar el rostro oculto e imaginando lo que ese cuerpo que se esconde bajo la puntilla blanca, el satén o el organdí hará cuando esté desnudo. Y la gran mesa llena de objetos… como la que tenemos aquí… que la gente le ha regalado afectuosamente. Y más tarde la mujer comprende que todas esas cosas eran como el queso en la ratonera, y ahí está en la cocina, rodeada por todos los objetos, mirando por la ventana, como hacen siempre las mujeres en las novelas, pensando en cómo escapar, cómo ser libre.

—Y, hablando de objetos —dijo Frederica—, aún tengo que presentar el objeto de esta semana: un bol de Tupperware. En realidad, tenemos tres boles, porque no sabíamos qué color elegir.

La pantalla mostró tres cuencos alineados, uno de color rosa nacarado, otro verde mar y el tercero de un tenue amarillo limón, fotografiados contra un fondo blanco. Eran levemente translúcidos pese al grosor del material. Las líneas eran claras, nítidas, mecánicas, repetidas; las sombras, hermosas, de color gris pálido e idénticas. Tenían la elegancia de una pintura abstracta.

Julia dijo que eran preciosos, de líneas puras, ligeros y útiles. Representaban una liberación. Mirad todo el revoltijo de la mesa —la señaló con un gesto—, toda esa engorrosa plata que había que limpiar, esa esclavitud de los objetos. Recuerdo los espantosos objetos de baquelita durante la guerra. Éstos son especiales para las máquinas que nos ahorran tiempo, si podemos darnos ese lujo. Los pongo en mi lavavajillas, que tiene líneas igualmente puras, y la máquina lava mientras yo escribo. Claro que no me servirían si yo

quisiera ser abogada criminalista.

Penny Komuves dijo que los encontraba horribles. A ella le gustaban los cuencos tradicionales de loza con esmaltes brillantes. Dijo que abarrotarían la tierra con esos cuencos casi indestructibles. Que por todo el océano Pacífico había vasos de plástico flotando. Que eran inhumanos.

Frederica opinó que eran bonitos, así vacíos. Le hacían recordar a una habitación con persianas venecianas. O a los arquetipos femeninos. Recipientes. El Grial. Vacío hasta que se llena. El asunto es con qué.

Penny Komuves dijo que eran estériles. Y que a ella le recordaban a los diafragmas. O a los cubos y palas infantiles. Pero éstos no son juguetes, añadió.

Se supone que las niñas deben jugar con vasos de plástico y arena y agua, dijo Julia, y hacer pasteles, tortas y budines. Los chicos hacen puentes y edificios.

Las tortas imaginarias son mucho más atrayentes que las reales, dijo Frederica. Son esbozos de tortas. Éstos son esbozos de cuencos.

Es curioso, observó por último, mientras pensaba en las cocinas y los objetos, que los personajes femeninos de las novelas victorianas sean juiciosos, atractivos y humanos en la infancia, y se conviertan en monstruos, en demonios o en víctimas al hacerse mujeres. Jane Eyre y Maggie declinan con la maduración. La reina de corazones grita «¡Qué le corten la cabeza!», la duquesa se deja amedrentar, y Alicia dice con voz firme: «Eso es absurdo». Carroll explicó que había pintado a la reina de corazones como «una especie de encarnación de la pasión ingobernable, una Furia ciega y carente de propósito». La cocinera y la duquesa no son mucho mejores, y las reinas de *A través del espejo* son completamente retrasadas. Tal vez no deberíamos crecer.

Las tres mujeres se quedaron mirando fijamente los tres recipientes vacíos. ¿Tendríamos que mantenernos solas?, preguntó Frederica a las otras. Cada vez son más las mujeres que lo hacen. ¿Qué clase de personas seríamos si fuéramos independientes, si el matrimonio no interfiriera, si los hombres fueran sólo una opción? Sin duda no seríamos como las grandes heroínas virginales del siglo pasado, dijo Julia. Florence Nightingale, Emily Davies. Podríamos vivir tal como Mary Wollstonecraft quería que lo hiciéramos: en

establecimientos separados, recibiendo la visita de los amantes hombres que escogiéramos. Penny Komuves dijo que, según ciertas investigaciones científicas recientes, la aplicación de hielo sobre los ovarios podía llegar a producir partenogénesis. Entonces sí que no los necesitaríamos para nada, realmente podríamos elegir. ¿Y qué elegiríamos?

Frederica tamborileó los dedos sobre el Tupperware, y sonó a hueco. Necesitaríamos criados, si tuviéramos hijos. No podemos ahorrarnos todos los trabajos. ¿Y ellos qué elegirían?

Si fuéramos realmente libres, dijo Penny, los hombres serían diferentes.

¿Diferentes, cómo?, preguntó Julia.

Más tiernos. Más amables. Más flexibles. No lo sé.

El programa terminó con una imagen de los tres rostros, levemente perplejos, levemente impúdicos, y un nervioso coro de carcajadas.

Al verse más tarde, Frederica pensó que las tres eran mujeres niñas. Estaba en el ambiente, en la época. Penny Komuves tenía una cara pequeña, cuadrada, con un ligero aire de muñeca y grandes ojos oscuros bajo un flequillo de colegiala estilo Mary Quant y pelo muy corto. Julia Corbett, de una generación anterior, tenía sutiles patas de gallo en las comisuras de sus luminosos ojos, y llevaba el cabello pelirrojo, un tanto desteñido ya, recogido en un moño que sujetaba con varios alfileres de plata esmaltada. Llevaba asimismo un buen número de bonitos anillos y pulseras de plata, y un collar de plata con flores y corazones esmaltados. Pero su ropa era infantil: un vestido suelto de color naranja pálido, ajustado graciosamente bajo los pechos con un cordón, y que no le llegaba a las rodillas. Iba primorosamente maquillada, con un leve aire de muñeca: pestañas negras en punta, párpados azules y crema por arriba, labios rosa claro y un toque de colorete en las bien dibujadas mejillas. Penny Komuves seguía la moda del tono burdeos, con labios casi negruzcos, párpados púrpura y plateado, una máscara blanca para un rostro belicoso. Llevaba un jersey fino bajo algo que se parecía al pichi de gimnasia que Frederica usaba en su época escolar y que le marcaba los pechos pequeños. La propia Frederica se había puesto una camisa azul semitransparente, con cuello y

puños blancos —también con aspecto de colegiala, también un tanto provocativa— y por primera vez llevaba una diadema (azul) al estilo de Alicia en los cabellos cobrizos, que se estaba dejando crecer. Vestía además una larga falda gris de institutriz, de popelina, con un ancho cinturón elástico negro y botas bajas de tacón. Había igualmente elementos de disfraz, de parodia (¿de qué?), de máscara. El rostro, maquillado con cuidado, parecía ocultar los pensamientos que había tras él, no revelarlos. Su risa fácil era un tanto enigmática. Wilkie le dijo que estaba complacido y aseguró que recibiría cartas de queja. Frederica no entendía por qué. Por indecencia, dijo Wilkie. Las gotas de sangre y el hielo en los ovarios no son cosas bien vistas. Para sorpresa de Frederica, tenía razón. La audiencia se incrementó.

10

¿Qué quieren las mujeres?

A los diecisiete años, Frederica nunca habría creído que un día llegara a desear el celibato. Desde que John Ottokar se había marchado a Calverley, ella había dormido sola. Su placer físico más intenso había sido sostener a su fuerte y huesudo hijo en sus huesudos brazos, y sentir el tan conocido olor de sus cabellos y de la calidez de su piel. La conversación sobre el sexo que habían mantenido en A *través del espejo* la llevó a pensar, en abstracto, por qué no reflexionaba más sobre ello o, puesto que era una mujer decente, por qué no lo hacía con cierta aprensión. El cuerpo desea el embarazo, había afirmado, y eso había hecho el suyo. Lo había sorprendido observando a Wilkie, considerando si podía «servir», contemplando críticamente su incipiente abdomen y mirando con afecto su inteligente rostro. Pero a Wilkie le gustaban las chicas jovencitas. Lo esperaban a la salida del estudio con sus minifaldas y sus largos cabelloˆ. Se montaban tras él en su Lambretta, con los brazos aferrados a su cintura como habían hecho los de ella cuando viajaba en su moto, allá por 1953. Parecía sólo ayer, y habían pasado quince años. Eso le hizo recordar los días de *Astraea* y del deseo, remoto y forzadamente casto, que le despertaba Alexander Wedderburn. El recuerdo se reforzó con una invitación para ir a ver a Flora Robson interpretando a Isabel I en la National Portrait Gallery, ya que decidió invitar a Alexander y Daniel a que la acompañaran.

Un día antes de la función, John Ottokar telefoneó desde Calverley. El fin de semana iría para allí. ¿Estaría ella? La deseaba. De pronto el teléfono se llenó de sexo. Leo estaba fuera, con su padre. Viene John, le dijo Frederica a Agatha. Agatha nunca le

hacía confidencias sobre su vida privada o sus problemas —como no fuera la educación de Saskia, o sus esperanzas de ser promovida, o su impaciencia con la secretaria general—, lo cual significaba que nunca le hablaba de su vida sexual y ni siquiera decía si la tenía, de modo que Frederica había adoptado una desacostumbrada discreción con Agatha. John había dicho en una ocasión, en un momento de irritación: «Supongo que hablaréis de mí». Frederica le había contestado que no, que lo cierto era que no lo hacían. Y, para tranquilizarlo, había añadido: «Agatha no habla de esas cosas. ¿Acaso te la imaginas haciéndolo?». Y John había reído.

Así que llegó, y el pequeño apartamento se llenó de calor y tensión y placer y tensión, y de concentración en las partes habituales —y no tan habituales— de los dos cuerpos, súbitamente redescubiertos, acariciados, húmedos de sudor, fundidos en uno, separados otra vez, y Frederica tuvo la habitual sensación de «esto es lo que vale», y la nueva y molesta sensación de «ésta es la sensación habitual». Ahora siento que esto es lo que vale. Pero fuera de esto soy algo más, alguien más, camino sola.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó John Ottokar—. No podemos vivir así separados. Esto nos destroza.

Y Frederica miró la amada cabeza —ciertamente amada— que reposaba sobre la almohada y no supo qué contestar. Pues recordaba que había deseado tener una cabeza amada; lo había deseado de un modo abstracto, del modo en que, en opinión de Julia Corbett, todas anhelaban los velos blancos, la marcha triunfal, el virginal vestido blanco sobre la carne escondida.

Y no sabía qué responder porque se daba cuenta de que era feliz viviendo separada, feliz por tener momentos de sexo como ése, puros, totales, feroces, y momentos en que prescindía por completo del sexo. Y si John era desdichado, pensó con malevolencia un tanto injusta, no se debía a que las dos cabezas no estuvieran lado a lado toda la noche y todas las noches, sino a que ella lo rehuía, a que John presentía que ella era algo más cuando él no estaba allí.

Tuvieron una pequeña pelea sobre Flora Robson e Isabel I. John dijo que estaría allí por muy poco tiempo y que ella no tenía necesidad de ir. Frederica dijo que quería ir. Él replicó que lo que quería en realidad era ver a esa gente, a Alexander como se llame y a Daniel.

No seas tonto, dijo Frederica, quiero ver *Isabel I*. Una tirana Tudor, contestó John. Puedes verla cualquier día.

No hagas una estúpida escena de celos por nada, dijo Frederica. No trates de encerrarme en una habitación. Si nos hacemos esto el uno al otro, es el principio del fin.

¿No lo es de todas maneras?

No. Sabes perfectamente que sólo existes tú. Sabes que no hay nadie más.

La acompañó al teatro. Al despedirse la besó e hizo un bonito gesto de posesión bajando la mano por su espalda y rodeándole el trasero, como reclamándola cuando ella se marchaba. Frederica se sintió momentáneamente débil y, con un leve estremecimiento, entró a ver la obra.

El tercer programa piloto, «Creatividad», el último antes de Navidad, fue idea de Wilkie. Hodder Pinsky, el psicólogo cognitivo de La Jolla a quien habían invitado al ciclo de conferencias de Gerard Wijnnobel, se encontraba en Oxford para hablar sobre «Orden a partir del ruido: la configuración del sentido». Sería muy interesante invitarlo junto con Elvet Gander, el psicoanalista, dijo Wilkie. ¿Qué es el inconsciente, un sistema de circuitos y compuertas binarias, o bien el ello, una bestia violenta que acecha en la oscuridad?

Frederica dijo que Elvet Gander la atemorizaba. Que lo había visto en acción, como orador, en el juicio a *Babbletower*[11]. Tiene una voz vibrante e irradia autosatisfacción, añadió. Lo que no dijo fue que Gander estaba analizando a los Ottokar y que, en consecuencia, ella formaba parte de su vida mental. Wilkie dijo que ambos científicos eran divos con clase, ideales para la televisión. Agua y fuego, ya verás, le aseguró. Estarás a la altura de las circunstancias.

Para este programa dividieron la caja de cristal en ordenadas celdillas que, observadas de más cerca, resultaban ser los huecos de plástico de una huevera. Detrás de las tres sillas colocadas junto a la mesa, el Humpty Dumpty de John Tenniel se balanceaba

precariamente en lo alto de su muro. Sobre la mesa había huevos, y por el fondo se movían dibujitos de huevos con piernas, perseguidos en un círculo sin fin por dibujos de pollos, mientras unos ojos desencarnados ocultos por gafas observaban quién llegaba primero. Había asimismo modernas versiones de los «agiliscosos limazones» —una mezcla de tejón, lagarto y sacacorchos— y de los «momios que murgiflaban[12]» —cerdos verdes voladores—. Había huevos de avestruz y huevos decorados al estilo Fabergé y primorosos cajones con huevos de los recolectores de huevos.

El tema de discusión —concertado por anticipado por los dos invitados— era Freud.

El objeto era una cerámica de Picasso. Por supuesto, no era la verdadera obra de Picasso, sino una buena copia. El estudio no podía pagar el seguro correspondiente, ni siquiera en esos días.

Con su coronilla pelada y su larga cara marmórea, Elvet Gander parecía otra variación del tema de los huevos. El grueso maquillaje del estudio acentuaba su mirada clara, así como el óvalo de sus párpados sobre sus hundidos ojos. Tenía dos expresiones características: una meditabunda, reposada y con los párpados entornados, y otra atenta, hipnotizadora, cuando los alzaba y sus oscuros ojos relampagueaban. Era movedizo y cambiante: gesticulaba con sus largos dedos, alzaba y encorvaba los hombros, fruncía los gruesos labios o los estiraba en una mueca atemorizadora. Llevaba una camisa suelta de algodón azul de diseño hindú, decorada con mandalas en forma de estrellas hechos con espejuelos, y en el cuello una luna creciente de plata colgada de una correa de cuero.

Hodder Pinsky era alto, de piel dorada, y curiosamente simétrico, pensó Frederica no bien lo vio, mientras le estrechaba la mano en la sala de estar. El pelo era de un rubio nórdico, la cara cincelada, los pómulos perfectos y la boca, grande, mantenía siempre un gesto bien equilibrado entre el control y la relajación. Las uñas eran cuadradas y elegantes. Vestía un traje de franela gris oscuro, camisa azul celeste y corbata con un diseño de cubos reversibles, en negro y blanco. No se le veían los ojos porque llevaba gafas —de sólida montura— con cristales azules muy

gruesos. Explicó —fue casi lo primero que dijo— que llevaba gafas, no por afectación, sino porque era un cegato. «Es decir, puedo ver lo que imprime mi ordenador, puedo leer, pero ustedes no son más que vagas manchas». Su acento era norteamericano, de la costa este. Los observaba a los tres —Wilkie, Frederica, Gander— con algo más que los ojos.

Una vez en el aire, Frederica pidió a sus invitados que explicaran qué era para ellos la creatividad.

Pinsky dio una definición en términos científicos: la creatividad era la generación de nuevas ideas, nuevas explicaciones. Compartía la idea de Noam Chomsky de que la mente humana está programada genéticamente para elaborar una gramática y otras formas de pensamiento, así como un castor está programado para hacer diques o un pájaro para hacer nidos. Un niño puede construir innumerables frases que nunca ha oído, justamente porque está equipado fisiológicamente para poder hacerlo. Una persona creativa elabora una nueva idea así como un niño construye una nueva frase. Algunas de esas ideas son más útiles o más sorprendentes que otras. Algunas establecen relaciones insospechadas hasta el momento entre distintos objetos del mundo. Parte de su propio trabajo era diseñar programas de ordenador y experimentos de laboratorio para estudiar el proceso de pensamiento mediante el cual se generaban nuevas ideas. Para estimular el pensamiento. Para examinar las posibilidades.

Gander dijo que, para los científicos, el paradigma de la creatividad eran siempre los descubrimientos científicos. Pero que el verdadero alcance de la capacidad humana se veía en las grandes obras de arte, al mismo tiempo únicas y universales, al mismo tiempo posibles de explicación e imposibles de reducir a categorías. Jamás podrá hacerse un programa de laboratorio que «explique». *El rey Lear*, jamás se podrá simular en un laboratorio el sublime patetismo de Beethoven, ni el perfecto equilibrio de precisión matemática y comprensión cósmica presente en el *Bautismo de Cristo* de Piero della Francesca.

Pinsky dijo que Gander tenía que explicar, no sólo cómo hacía para reconocer «el sublime patetismo», sino en qué consistía éste y cómo coincidían todos en que existía.

Gander dijo que una gran obra de arte era una incursión que la intrépida mente consciente hacía en la bullente y rudimentaria masa del indiferenciado inconsciente. Freud había demostrado que el inconsciente carecía del sentido del tiempo o el espacio. Su energía es la energía del principio del placer, deseo y no realidad. El gran artista desciende a él como Orfeo a los infiernos, abraza los demonios de sus indecibles miedos y deseos —de todos nuestros indecibles miedos y deseos— y los devuelve a la conciencia, donde elabora una imagen de ellos que nos permite contemplarlos con calma. Así fue como Sófocles se enfrentó al Edipo, lascivo y asesino, que mora en todos los niños, y lo llevó a la conciencia para que pudiéramos experimentar el horror como belleza y orden. Así fue como Shakespeare se enfrentó a Hamlet para estudiar las raíces del fratricidio, el parricidio, el incesto y la inhibición —y, más aún, el deseo de toda vida de volver a la inercia, el secreto de que los instintos de vida son en realidad instintos de muerte—, y abandonó luego las oscuras raíces del tiempo y el espacio para regresar al ordenado mundo orgánico y crear pentámetros yámbicos que encerraran en los ritmos del tiempo y el espacio todo el terror —lacerante o entumecedor— de la mente consciente.

Yo soy freudiano, no junguiano, dijo Elvet Gander. Pero recientemente he llegado a la conclusión de que el escepticismo religioso del gran maestro era un tanto limitado. Creo que tal vez Jung tenga razón cuando sostiene que toda gran obra de arte es un mandala, un diseño formal que nos permite contemplar la verdad.

Pinsky, sonriendo con aire inofensivo, dijo que sus ambiciones eran mucho más mundanas. Pero sí que creía que la psicología cognitiva, a diferencia del psicoanálisis —el cual, si el doctor Gander lo perdonaba, era en sí mismo poesía y empleaba el lenguaje con la resonancia y la imprecisión propias de ésta—, tendría al cabo algo que decir sobre la geometría de los mandalas y las regularidades e

irregularidades de los pentámetros yámbicos. A él le interesaban las múltiples y simultáneas operaciones de la mente, el modo en que la conciencia se representaba los esquemas con que trabajaba y los ordenaba.

Explicó que existía un interesante programa de ordenador denominado *Pandemónium*, que constituía la poesía diaria de los psicólogos, no sublime sino cómica, aunque él suponía que su nombre provenía del industrioso mundo subterráneo de *El paraíso perdido*. Este programa tiene una jerarquía de subprocesos mecánicos denominados «demonios», dijo, diseñados (por nosotros, sus creadores) para que detecten patrones en las ráfagas de información aleatoria y creen orden a partir del ruido. El programa se basa en lo que llamamos «procesamiento paralelo». Hay unos subprocesos de datos, que reconocen imágenes y dan una señal de alerta. Hay subprocesos de control, que reconocen las agrupaciones de imágenes reconocidas, y avisan. Hay subprocesos cognitivos, que representan patrones posibles y reúnen todas las señales de alerta. Y hay subprocesos de decisiones, que identifican los estímulos por el aviso de mayor volumen. El sistema puede aprender. Puede reconocer letras impresas y código morse. Y algún día tal vez comprenda en qué consiste eso —tan irrepetible— que hay en *Hamlet* o en la tercera sinfonía de Beethoven.

Difícilmente llegue a salvar vidas, o a devolver la salud, dijo Gander.

Puede organizar ciudades y comunidades de científicos para hacer justicia, y arte, replicó Pinsky. Puede aumentar nuestros conocimientos sobre nosotros mismos. Puede enseñarnos a no describirnos equivocadamente. No estoy convencido de que su inconsciente freudiano exista, por hermosa que sea su poesía. Creo que es una cosificación del miedo, o del deseo.

Frederica dirigió la conversación hacia Sigmund Freud, cuyo rostro barbado con gafas, ojos oscuros y una expresión juiciosa, perspicaz y un tanto insegura —lo cual, pensó ella, era lo mejor de él— llenó la pantalla fugazmente, reemplazando a Humpty Dumpty.

Gander habló de Freud de manera bastante similar a como lo había hecho al referirse a su explicación de Edipo y Hamlet. Recurriendo a la imagen del héroe intrépido, afirmó que su autoanálisis había sido una proeza sin precedentes. Dijo que el maestro había cambiado todo el mundo cultural de su época, había cambiado el modo en que cada uno veía su cuerpo, su mente, sus deseos y sus miedos.

Cambió la imaginería de la vida cotidiana, dijo Frederica. Cambió la manera de hacer anuncios, que primero fueron intentos conscientes de explotar las metáforas sexuales inconscientes y ahora se refieren a éstas de un modo descaradamente irónico.

Gander parecía un tanto desconcertado. La cámara se detuvo en los cristales azules de Pinsky. Frederica se preguntó si Gander vería anuncios.

Pinsky dijo que, a su juicio, la romántica descripción que Freud hacía de la mente inconsciente restaba méritos a otras investigaciones suyas de gran utilidad. Porque hemos de ser conscientes de que vivimos inmersos en una corriente de pensamientos, percepciones y estímulos, y en cada momento pueden ordenarse o usarse muy pocos de ellos. Era como viajar en la cola de un cometa, compuesta por un bullente remolino de trozos de hielo y piedra y llamaradas de gases. Uno de los grandes misterios de la mente era el almacenamiento de la memoria. Cosas que hemos conocido, y olvidado, pero que sabemos que podemos recuperar. Un nombre, un hecho. ¿Por qué recordamos unas cosas más que otras? ¿Cómo recordamos? ¿Cuál es el mecanismo?

Freud, dijo Gander, estaba convencido de que todos los intentos por localizar las ideas y excitaciones en células nerviosas o zonas del cerebro específicas no podían sino fracasar.

Eso era en su época, replicó Pinsky. Pero podemos coincidir en que tanto su disciplina como la mía estudian el orden que se esconde en esa duplicidad de pensamiento, la cual recibe diversos nombres.

Pensamiento racional e intuitivo, lógico y prelógico, realista y autístico. Volviendo al tema de nuestro programa, también se lo ha denominado «constreñido» como oposición a «creativo»… como si lo creativo fuera siempre irracional, del bando del caos y la multiplicidad. En informática lo llamamos procesamiento paralelo y secuencial, y podría corresponderse con lo que Freud denomina «proceso primario» como opuesto al «proceso secundario». Y todos advertimos lo que ocurre cuando el proceso primario parece «invadir» lo racional, por así decir, producir una señal, una señal freudiana, que también podría considerarse un error o intuición «creativos». Creo que acabaremos por ser capaces de describir los mecanismos que crean las ineludibles asociaciones de memoria y olvido en que se basó Freud para hacer sus revelaciones analíticas. Me gustaría contarles una historia freudiana.

Gander apoyó dos dedos en los labios fruncidos y entornó los párpados.

Ésta es la historia que relató Hodder Pinsky, que es la historia que contó Freud, la cual, en cierto sentido, es a su vez la historia que relató Virgilio. Asimismo iba a desempeñar un papel extraño en otras historias, incluyendo la de Frederica. Es una historia que produce un placer verbal inmediato, sumamente satisfactorio, por su propia estructura, pero que también se refiere a la biología y a la historia humana, como los anillos concéntricos que genera una piedra al caer en un pozo oscuro.

Freud se encontró con el joven en un tren. Ya lo conocía, pues era un judío que pertenecía al ámbito académico. Trabaron conversación y acabaron hablando (Freud dice explícitamente que no recuerda cómo) sobre la situación social «del pueblo a que ambos pertenecemos». El joven dijo que su generación «estaba, a su juicio, destinada al fracaso, no pudiendo ni desarrollar sus talentos ni satisfacer sus necesidades[13]».

Concluyó su exaltado discurso con una cita mal dicha de la Dido

de Virgilio, cuando encomienda su venganza a la posteridad.

Exoriare ex nostris ossibus ultor.

A instancias del joven, Freud corrigió la cita. *Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor*[14]. El joven retó a Freud a recurrir a su teoría de que todo olvido obedece a alguna razón, para explicar la imposibilidad de recordar el pronombre indefinido *aliquis*. Era psicoanálisis como un juego en el tren. Freud le pidió que hiciera asociaciones libres con la palabra «aliquis».

El joven la dividió. A liquis.

La aumentó. Reliquias. Licuefacción, líquido, fluido.

¿Ha averiguado usted ya algo?

No, ni mucho menos, dijo Freud. Pero siga usted.

El joven, riendo ahora con burla y visiblemente irritado, prosiguió.

Recordaba a Simón de Trento, y la acusación que se hacía a los judíos de realizar sacrificios rituales con sangre. Recordó una tesis en que se consideraba a estas víctimas como reencarnaciones del redentor que volvería. Recordaba un artículo aparecido en un periódico italiano: «Lo que dice san Agustín de las mujeres».

Freud aguardaba.

Recordó a varios otros santos. Simón, Benedicto. Recordó a Orígenes.

Recordó a san Jenaro y el milagro de la licuefacción de la sangre que tenía lugar cada año.

Freud señaló que Jenaro y Augusto tenían que ver con el calendario.

Recordó que Garibaldi había amenazado a los sacerdotes, diciéndoles que esperaba que el milagro de la licuefacción se produjera enseguida.

Con cierta vacilación, recordó a «una señora de la cual podría fácilmente recibir una noticia sumamente desagradable para ella y para mí».

«Que le ha faltado este mes la menstruación», dijo Freud, relacionando calendario, sangre, origen, sacrificio infantil, el vengador que nacerá…

Frederica comentó que la compresión, la condensación, la

interconexión hacían parecer el relato una obra de arte.

O, más bien, dijo Gander, parece que estas obras de arte surgen de tales asociaciones condensadas, interconectadas.

Pinsky dijo que en algún lugar del cerebro había un mecanismo que permitía recuperar las asociaciones y que operaba como el *Pandemónium*. Que Freud era un ordenador inusitadamente lúcido.

Los tres rieron.

Así llegaron al Picasso. La jarra de arcilla, que se sostenía sobre unas patas de gallina, era curva y panzona, con una cresta de gallo sobre el delicado pico, puntiagudos pechos de mujer y un ombligo fruncido. El asa era una cola arqueada. Estaba hecha con un barro blanquecino, con pinceladas de negro y gris humo; tenía unos ojos malévolos de mirada penetrante, bonitos pezones y un remolino de plumas. Los tres rieron al verla, como si la risa fuera la respuesta apropiada. (Hodder Pinsky se la acercó a la cara y la observó atentamente). Frederica leyó en voz alta una descripción, obra de un hijo de Picasso, de lo sucedido cuando éste cogió una vasija que estaba en su torno de alfarero, en Vallauris.

«Mi padre la cogió, le retorció el cuello, le redondeó la panza, la presionó contra la mesa y le dobló el cuello. Una paloma. Una gallina. Había movido con tal rapidez las manos que yo ni siquiera me había dado cuenta de que le había dado forma a la cabeza. Levantó un lápiz e hizo unos pocos trazos en la superficie: los ojos, la textura de las plumas. ¡Qué seguras y rápidas eran sus manos!».

Frederica dijo que era una metáfora sólida, tangible. Una gallina en una mujer. Una mujer en una gallina. Gander comentó que le agradaban los seres polimorfos por razones sexuales relacionadas con la sensualidad infantil, y por razones religiosas que tenían que ver con la integración en el cosmos; pensad en las pinturas de animales encontradas en las cavernas, añadió. Pinsky dijo que la vasija gallo-gallina-mujer era, como bien sabía el diseñador del programa, un análogo de los «agiliscosos limazones» de Carroll y los «momios que murgiflaban». Un cruce entre tejón, lagarto y sacacorchos era una bonita parodia de los hombres ciervo y los

hombres pájaro de Lascaux, agregó. Convertida en cómica e inocua con el mecanismo del sacacorchos.

Todo queda bajo la égida de Humpty Dumpty, dijo Frederica. Que introdujo la idea de las palabras compuestas por fusión, tanto en el lenguaje como en los diccionarios. Que pensaba que las palabras actuaban como él quería, y que trabajaban. Había una suerte de placer intenso —que ella no comprendía— en la inventiva de la fusión. Gallina y mujer. Monseñor e insomnio: momio.

Humpty Dumpty creía que él era el amo del lenguaje, dijo Pinsky. O bien era un gramático o un antigramático.

Gander esbozó una sonrisa malévola.

—Y mirad dónde acabó, el amo del lenguaje. En un montón de cáscaras de huevo rotas que ninguna creatividad, por grande que fuera, podía volver a reunir.

El exceso de confianza de Humpty Dumpty. El exceso de arrogancia.

Frederica estaba aprendiendo a dirigirse a la cámara con mayor seguridad. Se volvió hacia ella con una sonrisa astuta y dijo a los invisibles espectadores que confiaba en que hubieran disfrutado con las diversas ideas sobre la creatividad que habían comentado, las cuales habían ido desde una incursión en el mundo subterráneo hasta un pandemónium de subprocesos secuenciales, desde la compresión de la metáfora hasta la expansión de la caótica cola de un cometa en los cielos, desde el rostro de esfinge de Freud hasta la creatividad de las manos de Picasso y el trágico exceso de confianza verbal de Humpty Dumpty. Ella misma no veía ahora más claro que antes por qué se preocupaban tanto por las metáforas, las conexiones mentales o las grandes obras de arte, pero tenía muchas más metáforas e historias en el pensamiento, su mundo era más rico. Mientras sus caras se desvanecían y la pantalla se llenaba con el negro azulado de la noche salpicado de puntitos de luz, dijo que recordaba el mito de la creación según el cual todo había surgido del huevo cósmico que la Noche había puesto en el regazo del Caos primitivo.

La sala de estar, ubicada en el subsuelo, era un lugar sin un destino preciso, lleno de aire viciado y de partículas de polvo magnetizadas. En esos días de opulencia había una mesita de ruedas repleta de botellas —*whisky*, ginebra, vodka, vino tinto, vino blanco— y unos cuantos sillones con fundas azul brillante y rojo dispuestos alrededor de unas mesas bajas. Frederica fue a sentarse cerca de Hodder Pinsky, en parte para que él pudiera verla y en parte para evitar a Elvet Gander Pinsky se sirvió un *gin-tonic con* hielo. Frederica le dijo que esperaba que hubiera gozado con el programa.

—Le aseguro que no es frecuente poder pronunciar varias frases seguidas en la pantalla —contestó él—. Sospecho que eso no durará. Por dos razones. Los seres humanos se acostumbrarán a pensar con la velocidad de los *bytes*. Frases concisas. Y los anuncios cortarán en jirones nuestros pensamientos.

Abrió y cerró la boca, de dientes blancos y parejos.

Frederica vaciló.

—Hacemos juegos visuales. Tenemos criaturas de dibujos animados y pantallas transparentes. Pollos, huevos y al mismísimo Humpty Dumpty.

—Y usted se pregunta si alcanzo a verlos.

Pinsky acarició el contorno de la jarra de Picasso, que habían llevado consigo.

—Sigo siendo un animal visual —dijo—. Identifico la *Gestalt* de esta criatura, de carne y plumas, según planos geométricos. Me adiestro para pensar con los dedos. Aquí, en los pequeños pechos, es suave; aquí la arcilla es áspera. Cuando se palpan las juntas, donde una curva humana se transforma en una curva de ave, se experimenta una sorpresa diferente. Pero pienso con los ojos.

Elvet Gander había atravesado silenciosamente la alfombra para ir a sentarse al otro lado de Frederica.

—¿Quiere ver lo que veo? —preguntó Hodder Pinsky de improviso.

Le tendió las gruesas gafas a Frederica.

—Le sugiero que mire el vaso *de gin-tonic*.

Ella le miró primero los ojos. Eran de un azul muy claro, saltones, con las pupilas enormes. Él sonrió.

Ella se colocó las gafas, aún con el calor de la piel de Pinsky.

El *gin-tonic* eran cavernas azul cobalto, huecos de escalera vertiginosos, una inmersión en el océano Ártico, tinta y agua. Le revolvió el estómago y la dejó sin aliento.

—Usted no ve lo que ve él —dijo Elvet Gander—. Sus ojos son normales.

Frederica se quitó las gafas y se las devolvió al psicólogo.

—Era como estar bajo la capa de hielo.

—Por eso le sugerí el *gin-tonic*.

Wilkie se había reunido con ellos.

—Allá por los cincuenta —le dijo a Pinsky— hice el experimento de llevar lentes inversos durante una semana. La readaptación fue mucho más desagradable de todo lo que había imaginado. Luego hice una serie de experimentos con lentes de color. Saturación de la vista. Diez días por color.

—Leí sobre ello.

—¿Nunca intentó probar otros colores?

—Me gusta el azul. El azul es el color indicado.

En el ascensor, Elvet Gander cogió a Frederica por el codo.

—Quiero hablar un momento con usted.

—Tengo que volver a casa, con mi hijo.

—Sé que no quiere oír lo que tengo que decirle. Pero unas pocas palabras no van a causarle daño.

—¡No me diga!

Él sonrió. Caminaron juntos hasta la salida, atravesando los corredores circulares del Centro de Televisión, que parecían no tener fin. Se detuvieron en el patio, en la penumbra del anochecer, y él señaló hacia arriba.

—Siempre me da la impresión de que es una fortificación de defensa. Muros curvos, para mantener el mundo a raya. Tanto el edificio de la emisora como este nuevo cilindro me hacen recordar a las torres de Tolkien, llenas de pasadizos internos y ojos rojos que parpadean en lo alto. «El noble Roland ha llegado a la Torre Oscura[15]». Éste es el dominio de la mirada hacia el interior. Todas las paredes de cristal miran hacia adentro.

—Pero el centro le habla al mundo entero.

—Emite rayos de pensamiento y voces desencarnadas, y caras fantasmales. Todo muy verdadero. Muchos de mis pacientes se sienten sumamente mal por esto. Los locos conocían las ondas de radio mucho antes que Edison y Marconi. No me ha permitido hablar de los gemelos celestes, Frederica.

—Mi vida privada es cosa mía.

—Pero es que ningún gemelo tiene vida privada. Y la vida privada de Zag sí que es cosa mía.

Frederica se volvió para mirarlo a la cara en la creciente oscuridad del cielo azul marino de la White City, bajo la luz roja de las lámparas de sodio.

—Por favor, déjeme sola. No me gusta… todo ese asunto religioso en que está metido Paul… Zag, los gemelos. No es lo mío. No me gusta.

—Pero escúchese, mujer. ¿Cómo puede un ser humano usar un lenguaje tan vacío para referirse al poder espiritual? Se está preparando algo extraordinario… un cambio descomunal de la visión humana, un acceso absolutamente nuevo al poder espiritual… y usted piensa que puede desecharlo con un simple «No me gusta, no es lo mío». —Remedó el gesto de Frederica con bastante acierto, aunque sonriente. Su coronilla calva tenía reflejos rojos y dorados en la piel grisácea.

—Tal vez las palabras simples y comunes son las más adecuadas —dijo Frederica.

Se estremeció. Sentía que su cuerpo era débil. Gander tenía esa clase de campo eléctrico característico de las personas carismáticas. Irradiaba un magnetismo que era a la vez atractivo y repelente. No es un hechicero, pensó, sino un gnomo. Un gnomo Rumpelstiltskin[16].

—Sé que sus intenciones son buenas…

—No, no lo sabe —la interrumpió Gander—. No es eso lo que piensa. Lo que piensa es que yo tal vez tenga razón.

—No, no lo hago. No quiero pensar en todo esto, ¿de acuerdo? Quiero volver a casa, con mi hijo.

—Tendrá que pensar en todo esto. Necesitará amigos y aliados.

—Trataré de cuidarme sola.

—Tan pequeña, tan sola, tan inconsciente —dijo Gander.

Un taxi negro se detuvo frente a ellos. Frederica subió al coche.

—¿Puedo acompañarla?

—No me cabe duda de que usted no se dirige como yo al sur de Londres.

Frederica cerró la puerta de un golpe. Él se quedó allí, sonriendo. Los espejuelos de su camisa relucieron con la luz de los faros, que iluminaron por un momento su blanca cabeza antes de alejarse y sumirlo en la oscuridad.

11

Jacqueline trabajaba en un cubículo de los laboratorios de fisiología, en la Torre de la Evolución. Su diminuta ventana, que daba a la curva interior de la espiral, era demasiado alta para alcanzar a ver el césped y demasiado baja para divisar el cielo. A Lyon Bowman le gustaba contar con silencio y privacidad para trabajar, así que ella se veía obligada a estar encerrada en esos compartimientos que más parecían una caja de huevos, lo cual reducía aún más su ración de luz diurna. Su trabajo estaba empezando a producir resultados. Tenía diversos preparados de los ganglios subesofágicos de un *Helix aspersa*, con las gigantescas neuronas claramente expuestas, y, mediante delicadas micropipetas, injertaba en éstas alternadamente cloruro de potasio y una solución salina. El cloruro de potasio le causaba problemas, porque solía obstruir la pipeta. Había construido una versión simple de un aparato de pinzamiento de voltaje, y sometía las células a breves corrientes eléctricas para medir la resistencia de sus membranas. Mientras intentaba hacer la disección de las células había tenido muchos fracasos, ya que éstas estaban envueltas en capa tras capa de tejido conectivo que había que retirar, pues de otro modo resultaba imposible introducir la pipeta sin romperla y sin dañar la célula.

Los fragmentos de materia viva respondían con rítmicos picos de actividad eléctrica. En la década de los 50, Hodgkin y Huxley habían sospechado la existencia de canales iónicos en la superficie de las células, y habían sugerido que los mensajeros químicos se introducían en las células por estos agujeros de la membrana —que, más que una película, era un aceite espeso, glutinoso y elástico—, conduciendo así la electricidad, que era vida y que, según creía

Jacqueline, era pensamiento. Los cerebros que tenía en observación comunicaban mensajes a tentáculos y pies seccionados. En alguna parte de todo esto se hallaba el lugar en que la mente y la materia eran una sola cosa.

La idea que se le había ocurrido era que tal vez pudiera localizar el momento electroquímico de un recuerdo, si lograba entrenar a los caracoles al estilo pavloviano para que aprendieran a evitar ciertos estímulos y buscar otros. Era de esperar que hubiera cambios en las células que aprendieran a reconocer el placer o el dolor, el ansia o el rechazo. Así pues, además de los caracoles muertos expuestos en sus «preparados», tenía cajas con caracoles vivos en diversos habitáculos experimentales. En primer lugar se había planteado cómo podría adiestrarlos para que respondieran a una luz brillante. Había empezado por colocar en las cajas una luz muy fuerte, y acompañar esto con una descarga eléctrica. No había funcionado muy bien, en parte por la dificultad de controlar las excursiones que hacían los caracoles fuera de su concha. Aun así, le interesaba averiguar si las criaturas respondían de un modo diferente según que estuvieran en una época del año en que normalmente habrían estado hibernando, o en una época en que habrían estado dedicados intensamente a buscar alimento y acoplarse.

Llegó a la conclusión de que sería mejor entrenarlos para rechazar ciertos alimentos, de modo que contaba con unos cuantos grupos de caracoles a quienes había adiestrado para que se alimentaran con zanahorias, y luego les ofrecía patatas, algunas de las cuales tenían un sabor desagradable añadido y otras no. Había empezado añadiendo levísimas dosis de veneno para caracoles, pero los animales habían muerto entre espumarajos y convulsiones. Ahora estaba probando con un glucósido cianogénico presente naturalmente en las plantas de que se alimentaban, pero utilizándolo en concentraciones mayores. Parecía funcionar mejor. Tenía varios platos de plástico con el fondo agujereado y una especie de pasarela de dos centímetros en el centro. Los caracoles «entrenados» (es decir, aquéllos levemente envenenados) evitaban los platos que contenían patatas. Los no entrenados se arrastraban por todos los platos, sin distinción. En principio. Algunas veces permanecían dentro de su concha, vivos pero inmóviles.

Su idea era controlar los mensajeros químicos que transportaban el recuerdo de la patata envenenada desde la neurona hasta el ganglio y de éste al áspero labio. Eso constituiría una pieza del rompecabezas que explicaría cómo algo que no está presente —o su representación— se conserva en las neuronas y las sinapsis, en el flujo de corriente y las moléculas del cerebro y el cuerpo. Zanahorias, patatas, el olor de una piel amada o del cabello de un niño, la segunda ley de la termodinámica, el «¡Aullad!» del rey Lear.

Lyon Bowman iba de vez en cuando para ver cómo progresaba el trabajo de Jacqueline. Se mostró admirado por su aparato de pinzamiento de voltaje, y manifestó interés por el entrenamiento de los caracoles.

—Hay un tal Ungar que está adiestrando ratas mediante descargas eléctricas para que eviten la oscuridad —comentó—. Cree haber encontrado una molécula de memoria que llama escotofóbica. Con miedo a la oscuridad. Piensa que puede extraerla, injertarla en otras ratas y conseguir de éstas la misma reacción. A mi juicio, es algo semejante a lo de los platelmintos. Observaciones inciertas, ciencia incierta. Al final siempre hay que acabar observando las sinapsis de los mamíferos.

—Ya lo sé. Pero, aun así, tengo la intuición de que Hebb tenía razón. El aprendizaje refuerza las conexiones. O crea otras nuevas. Tiene sentido.

—Estás un poco a oscuras aquí —dijo Bowman, contemplando la penumbra del cubículo de Jacqueline como si fuera la primera vez que lo viera. Siempre decía lo mismo.

—Así es. Y soy escotofóbica. Soy una de esas personas que reducen espantosamente su actividad en los meses de invierno. Soy como mis caracoles: tendría que hibernar.

—En todo caso, no puedes permitirte tal cosa en el competitivo mundo en que vivimos.

Se había detenido deliberadamente muy cerca de ella, obligándola a aplastarse contra su banco.

—Necesitas descansar un poco. Necesitas un cambio. Me voy a ausentar unos días para dar una conferencia en Turín sobre el córtex visual. ¿Te gustaría acompañarme? El departamento pagaría los gastos. Conocerías algunos científicos nuevos. Tendrías un poco más de sol, aun en invierno.

Le pasó un brazo por los hombros. Jacqueline había oído comentarios acerca de las invitaciones que Lyon Bowman hacía a mujeres licenciadas para oír sus conferencias. Como un gallo en un corral, había dicho irritada una mujer que había cerrado la puerta de su dormitorio y se había visto luego perjudicada en su carrera.

—Si consigo llegar a un punto en que pueda suspender mis experimentos —dijo Jacqueline.

—De acuerdo —dijo Lyon Bowman—. Te gustará mi estudio, es interesante. Puedes ayudarme con las diapositivas. Tú no cometes errores.

En el avión Bowman casi no habló. Sentado junto a ella, hacía cálculos con su regla de cálculo. Galton recordaba toda la regla de cálculo, comentó Jacqueline. La evocaba mentalmente y operaba con ella. ¿Cómo podía hacerlo?

Bowman rió afablemente.

El primer día de la conferencia Jacqueline pensó que se había equivocado acerca de las intenciones de Bowman. La había llevado como ayudante, tal como había dicho. Estaban en el mismo hotel, pero en distintos pisos. La presentó a italianos, norteamericanos, alemanes. Alabó la investigación que estaba llevando a cabo. Ella bebió unas pocas copas de Chianti, se despidió y fue a acostarse.

Una hora más tarde vio que giraba el picaporte de su puerta. Pensó en no hacer nada, pero se levantó y fue a abrir.

—Aquí estoy —dijo él. Estaba en camisa y pantalón. Sonreía—. Espero que te parezca bien. Que me estuvieras esperando.

—No lo sé.

—Vamos, al menos déjame entrar para que lo hablemos civilizadamente en privado.

Jacqueline se apartó para dejarlo entrar. Percibía su impaciencia. Los preliminares lo incomodaban. Posiblemente, pensó, porque está habituado a saltárselos. En cuyo caso la cosa no tenía especial importancia. Para ninguno de los dos. ¿O sí?

—He traído una botella —dijo él, y otra vez había un leve dejo de fastidio por tener que decir algo.

Jacqueline trató de pensar con lucidez. Tenía sueño, había comido y bebido bastante, y lo que su mente le decía era «¿y por qué no?». El cuerpo le decía que probablemente era la manera más rápida de conseguir dormir bien. La línea del menor esfuerzo, se burlaba su cerebro. Se sentó en el borde de la cama.

Bowman se sentó a su lado, bebió un trago de la botella y se la pasó a ella.

—Te he estado observando —dijo él—. Tú no te vendes. No… —Dibujó la exagerada forma de una mujer en el aire de la habitación, con una mano que luego puso en el pecho de ella—. No te vistes para llamar la atención.

—No —dijo Jacqueline.

—Tienes una especie de aspecto confortable. Como de alguien que se siente bien consigo misma. Es algo muy atractivo, de un modo sutil.

—Qué bien —dijo Jacqueline.

—No dices gran cosa.

—No sé qué decir.

—¿Sabes al menos lo que quieres? Si quieres que me vaya, no tienes más que decirlo. Contrariamente a lo que sin duda habrás oído, nunca obligo a una mujer a que me acepte.

Jacqueline sentía las mejillas calientes y la piel de la nuca ardiendo. Lyon Bowman tenía un olor desconcertante, en parte acre y en parte cálido, que ella encontraba a la vez repelente e irresistible. Cerró un poco más las piernas, con el desafortunado efecto de sentir un claro ramalazo de deseo. Estaba húmeda. Se llevó una mano al pecho y pensó: «De acuerdo, quiero hacerlo, pero si no para de hablarme no seré capaz».

Se volvió hacia él y metió una mano bajo su camisa. Su piel era eléctrica, también repelente y atractiva a la vez.

—Magnetismo —murmuró.

—¿Qué? —dijo él, con la boca en su pelo, mientras le quitaba el camisón.

—Magnetismo. Sexo y memoria.

Él rió y dejó su desnudez al descubierto.

—Hermosa —dijo, mirándola intensamente—. Qué buenos genes. Músculos firmes. Una belleza.

De pie frente a ella, sin dejar de mirarla, se despojó de la ropa.

Jacqueline desvió la vista. La boca de él era roja, y la punta de su pene en erección más roja aún. Ella cerró los ojos.

Él no tenía prisa y sabía bien lo que hacía. Comentó que ella estaba «tensa» y añadió:

—¿No será tu primera vez, no? ¿Cuántos años tienes?

—Tengo veintinueve y no, no es mi primera vez. —Y agregó—: Apaga la luz.

—A muy pocas mujeres les gusta hacerlo con luz —dijo Bowman—. Y menos aún a las morenitas y escotofóbicas como tú.

Fue lo más cerca que llegó de una terneza. Jacqueline lo aceptó como lo que era, una suerte de sinceridad.

Mientras la acariciaba, el cuerpo de Jacqueline se fue llenando de tensión y placer. La cabeza le dio vueltas cuando los dedos de él se posaron en su clítoris. Arqueó el cuerpo y jadeó, a la espera de lo que tenía que llegar.

—Supongo que tomarás la píldora —dijo él—. Todas lo hacen hoy en día.

—No, no la tomo —consiguió responder ella.

—Mierda. Tendrías que haberme avisado. Espero tener…

Salió bruscamente de ella, que se estremeció de ansia. Lo oyó hurgar en sus bolsillos.

—Espero tener…

Oyó cómo rompía el envoltorio y se ponía el condón.

—Tendrías que haberme avisado —repitió y añadió—: Supongo que no necesitarás tomarla.

Jacqueline no replicó a esto. Su cuerpo necesitaba desesperadamente que él acabara lo que había interrumpido.

—Nunca es igual con estas cosas —murmuró él en su oído—. Bueno, ¿dónde estábamos? Volvamos a lo nuestro.

Les costó un tanto recuperar el ritmo, y, cuando el orgasmo la sacudió, seguido un momento después por el de él, Jacqueline tuvo que reconocerle todo el mérito por ello.

Cuando él llegó al clímax, lanzó un grito que era una especie de gemido:

—Ah, buena chica, buena chica.

Como un jinete animando a su caballo, pensó ella.

La frase iba a acosarla.

El grupo de «Mates no» se reunía cada quince días para estudiar matemáticas. Se había fundado a instancias de Wijnnobel, y él mismo asistía regularmente. «Mates no» era una síntesis de «Matemáticas para no matemáticos». El grupo se reunía en un aula de la Torre de Matemáticas (una pirámide apoyada en un cilindro, apoyado a su vez en un cubo) y muy a menudo prolongaba la reunión en un *pub*. La idea era contar con un lugar en el que pudieran tratarse y resolverse los problemas matemáticos de los que no eran matemáticos. Marcus Potter estaba siempre presente, acompañado a veces por Jacob Scrope, profesor del departamento de informática, y, más recientemente, por John Ottokar, quien confeccionaba los programas que ponían en funcionamiento las enormes máquinas.

Tanto Jacqueline como Luk Lysgaard-Peacock necesitaban la ayuda de Marcus y John Ottokar cuando llegaba la hora de los números, de la conversión a ecuaciones de los picos eléctricos del potencial de acción, en el caso de Jacqueline, y de los complejos modelos de variables en la genética de población, en el caso de Luk. Luk Lysgaard-Peacock era un buen matemático, aunque no brillante. Le gustaba presentar sus ideas a Marcus en el *pub* y observar los largos y pálidos dedos trazando diagramas y relacionando patrones para representar sus propias intuiciones. Jacqueline no era buena matemática. Marcus había tenido que darle un curso acelerado sobre ecuaciones diferenciales. John Ottokar estaba enseñándole a escribir sus propios programas en Fortran. En años posteriores, cuando las pantallas de los ordenadores titilaban en el escritorio de todos los estudiantes, difícilmente se recordaban esos heroicos años de gigantescas máquinas zumbantes, llenas de transistores, que producían monstruosas montañas de impresos y se alimentaban con tarjetas perforadas. Para obtener los resultados que necesitaban, tanto Luk como Jacqueline se veían obligados a esperar su turno en el ordenador —durante horas o días incluso—, y éste podía malgastarse si habían cometido cualquier error en el programa, en la perforación de los datos o en el modo en que habían planteado el problema.

Otro visitante regular del grupo de «Mates no» era Vincent Hodgkiss, el filósofo, que estaba escribiendo un ensayo sobre la aversión de Ludwig Wittgenstein hacia la lógica matemática, un

campo en el que él mismo había sobresalido. Hodgkiss era un hombre callado, y poseía una apariencia que a la gente le costaba recordar, como si no estuviera plenamente encarnado, como si fuera un fantasma en una máquina. Sin duda era bajo y bastante calvo, con unos pocos cabellos muy finos y de color indefinido. Su voz, cuando se decidía a hablar, era insólitamente pastosa, con un claro acento de Oxford. Le agradaba sentarse bajo la ventana, de espaldas a ésta y con la cara en sombras. Un observador.

Jacqueline aún se sentía irritada por la frase de Lyon Bowman. «Buena chica». Le resonaba en la cabeza una y otra vez. Con esas palabras él le había recordado que hacía mucho que había dejado de ser una chica, que en realidad era una mujer a punto de traspasar la edad natural para un alumbramiento fácil. Le había generado una especie de furiosa hambre de sexo, cuando lo que ella había pretendido era que él no fuera más que un simple episodio pasajero. La había juzgado, había juzgado su vida no necesitada de la píldora, la soledad en que trabajaba. La miraba en el laboratorio como si sólo fuera una cuestión de tiempo hasta que él decidiera sugerir o esperar…

Ella se incorporó al grupo, tal como se dijo Vincent Hodgkiss, «con pies de plomo». Maquillaje cuidado. Chaqueta nueva, de ante color chocolate, y jersey dorado. Por un tiempo, Hodgkiss se había divertido secretamente observando las fuerzas de atracción y repulsión que actuaban entre Marcus, Luk y Jacqueline. Si Jacqueline se acercaba a Marcus, éste se replegaba. Si ella miraba hacia otra parte, él le dirigía sus comentarios como si fuera la persona obvia para entenderlos. La comodidad de una relación de la infancia y, más allá de ésta, la incomodidad. Hodgkiss observaba a Luk, quien, a su vez, observaba a Jacqueline con una mirada posesiva que al mismo tiempo era desanimada y vulnerable. Le interesaba ver cómo la recién llegada Jacqueline, ligeramente ruborizada, miraba a Marcus, se encogía levemente de hombros e iba a sentarse junto a Luk. Con quien hablaba animadamente de su investigación, del entrenamiento de las babosas y caracoles. Y el danés, Luk, se animaba, como si se encendieran todas sus luces internas. Así de simple, pensó Vincent Hodgkiss. ¿Y por qué? No esperaba conocer la respuesta, y su pregunta era, en cierto sentido, puramente teórica. «¡Dios mío, qué estúpidos son los mortales!», le

gustaba pensar, poniéndose del lado de los inmortales observadores sin alma.

Pero él tenía sus propios problemas, y era consciente de ello. Observaba a modo de distracción. Jacob Scrope hablaba esa tarde de un nuevo programa que tenía por fin representar los estímulos aleatorios, y de un nuevo sistema para confirmar que la aleatoriedad que su ordenador registraba lo era realmente. Hodgkiss observaba a Jacqueline, que inclinó la cabeza sobre el cuaderno de Luk de modo que la nariz de éste quedó en el pelo de ella. No había nada aleatorio en ello. Miró a Marcus, que fruncía el ceño. Nunca había sido capaz de descifrar a Marcus. Es decir, le gustaba el modo en que trabajaba la mente de Marcus, la claridad de pensamiento de su inquisidora mente. Pero no sabía qué quería Marcus. Él se preciaba de saber lo que la gente quería. La delgada cara de Marcus finalmente se había definido, con una nariz huesuda en la que sus grandes gafas se balanceaban como ventanas, y sólo muy rara vez éstas revelaban la mirada algo alarmada que se escondía detrás.

Luk Lysgaard-Peacock, mucho más próximo a Jacqueline que el observador Hodgkiss, advirtió la perturbación de aquélla y su deliberado movimiento de acercamiento. Alguien la ha lastimado, pensó, y echó una ojeada a Marcus, quien a todas luces era totalmente inconsciente de lo que sucedía. Movió la mano bajo el escritorio para tocar la de ella. Ella también la movió, pero no para apartarla sino para acercarla. Luk percibió una férrea voluntad en este gesto. Podría haberse negado a seguirle el juego, pero puso brevemente la mano sobre las suyas, que temblaron y se la aferraron.

Al acabar la reunión, la llevó a la casa en que se alojaba. Sentados lado a lado en el coche, Luk pensó en decirle «Te quiero» y abrazarla, pero dijo:

—Algo te preocupa.

—¿Tan evidente es?

—No soy estúpido, Jacqueline. Y te quiero. Como bien sabes.

—No sé adónde va mi vida. —Sacudió la cabeza violentamente. Aferró las manos de él (otra vez Luk percibió el esfuerzo de voluntad) y le corrieron unas lágrimas por el rostro—. Siempre he avanzado con mucho cuidado, un paso tras otro, haciendo mi trabajo, haciendo lo que consideraba correcto, y ahora… ahora…

de pronto me siento vieja y siento que nunca me ocupé de mí misma.

—No eres vieja.

—Ya no soy una chica.

—No, sé bien que no lo eres.

—Luk, debo de estar loca. Tendría que haberte hecho caso, no entiendo cómo he podido encerrarme tanto. Quiero ser capaz de hacer las cosas… que la gente hace. Quiero vivir, no sólo pensar.

—Todo eso es un poco abstracto, ¿no?

—Sí, ya lo sé, y ése es el problema. Siempre he tenido un precioso plan abstracto…

—Creía que perseguías un sentido de las cosas que distaba de ser abstracto…

—No, no, no era más que una idea. Ahora quiero vivir. Quiero ser…, quiero…

Rompió a llorar frenéticamente y le echó los brazos al cuello.

—Me he comportado mal contigo —le dijo a Luk.

—Está bien, no pasa nada.

Aunque no estaba muy seguro de que así fuera. La sostuvo abrazada, con la cara sepultada en su pecho, y la acarició como si calmara a un animal nervioso, hasta que ella dejó de sollozar y se quedó muy quieta, apretada contra él, relajada.

—Podríamos intentarlo… —dijo ella.

—No pareces muy segura.

—Estoy segura. Es sólo que me siento un poco confundida… por mi propia confusión. Pero estoy segura. Quiero intentarlo.

Luk Lysgaard-Peacock había comprado recientemente una casita de piedra a medio camino de Gash Fell, en la falda de una colina desde la que se divisaba abajo el pueblo de Fengbeck. Llevaba por nombre Loderby. Algo más arriba se extendían los páramos, y en el siguiente valle se hallaba Gungingap, donde la población de caracoles de Dun Vale se había refugiado entre las piedras de los muros para pasar el invierno. Gunner Nighby se estaba recuperando de sus heridas en alguna parte, y Lucy Nighby seguía en Cedar Mount, por lo que Luk sabía. La propiedad de los Nighby, al igual que los caracoles, estaba aislada y fría. Los niños se hallaban al

cuidado de un profesor de la escuela amigo.

Luk había comprado la casa con la idea de que constituyera un refugio solitario, un centro de trabajo en el terreno, un puesto de avanzada. Como muchos otros profesores de la universidad, tenía sus habitaciones en Long Royston: un pequeño dormitorio, un estudio y un cuarto de baño. Allí estaba cómodo, con un edredón nórdico, un póster del caracol de Matisse en la pared y un televisor. En Gash Fell vivía austeramente, con mesas de pino muy pulidas, un viejo fregadero de piedra, una cama estrecha y sin cortinas. Le gustaba recibir la luz del sol y de la lima. Ni los vecinos ni los transeúntes podían verlo.

La casa contaba con una sala de estar amplia, una cocina de techo bajo, dos dormitorios pequeños, un baño rudimentario y una terraza que se asomaba a la ladera, con una gruesa baranda de piedra y piso de lajas. Las paredes de la casa, con un simple encalado y extremadamente gruesas, tenían ventanas pequeñas y muy hundidas en la piedra, tanto desde el exterior como desde el interior. Disponía además de varios aparadores y bancos, donde había apilado unas cuantas cajas y recipientes con especímenes.

Fengbeck era un pueblo diminuto, unas pocas casas grises apiñadas alrededor del puente que atravesaba el rápido riachuelo que descendía desde los páramos. Había asimismo una pasadera de piedra para cruzarlo, pero solía inundarse. No había oficina de correos, pero sí una pequeña tienda donde vendían pan, leche, grandes trozos de queso de Wensleydale y hortalizas de las granjas vecinas. Se conseguían también las tradicionales mentas de Kendal, calcetines y betún. Entre Luk y el pueblo se alzaba un bosque, al que seguía un terreno pedregoso antes de llegar a la casa. Decidió invitar a Jacqueline a pasar un fin de semana en la casa. Ambos eran inteligentes y francos, y para ambos era incómodamente evidente que Jacqueline había tomado la decisión racional de reconsiderar la cuestión de sus relaciones, y que no se trataba de un brusco viraje emocional. Se conocían muy bien uno al otro, pensó Luk, demasiado bien para que se diera la «clásica» tensión de los primeros reconocimientos. Eran viejos amigos, lo cual resultaba malo para una nueva pareja de amantes.

Pensó en algún modo de depararle una sorpresa. Subió hasta la casa, y se dijo que ésta parecía aislada y poco acogedora. Así pues,

como un pájaro de glorieta —una analogía que le causaba gracia— se puso a decorarla. Empezó de una manera convencional, con la idea de flores, y fue a una florería de Calverley, donde vio unas horribles begonias, las habituales flores de Pascua de la Navidad y una exótica camelia, ninguna de las cuales lo convenció. Lo atraían más unas anémonas artificiales de seda, de un brillante carmesí, púrpura oscuro y blanco, que acabó por comprar diciéndose que, si decidía no colocarlas, siempre podía guardarlas. Compró también irnos platos de vidrio azul y algunos jarros de vidrio verde. Llenó la parte trasera del coche con su colección de plumas, conchas y piedras, que al fin y al cabo hacía tiempo que tenía la intención de llevar a la casa, y se procuró unos platos blancos llanos y otros de acero lustroso para exponer sus piezas. Adquirió más lámparas de petróleo y, tras largas consideraciones, unas sábanas rojo fuego, dos mantas verde botella y un edredón estampado también rojo fuego. Unos cuantos frascos azules, verdes, marrones —antiguos frascos de medicamentos— conseguidos en una tienda de trastos viejos, que lavó y pulió con un paño. Unas botellas de vino, una pata de cordero, pan integral, judías, patatas al horno. En la tienda de trastos viejos donde consiguió los frascos, sepultado en el fondo y cubierto de polvo, encontró un vaso lacado —probablemente chino — rebosante de plumas de pavo real.

Le agradaba su extraño apellido, Peacock —pavo real—, que había llegado hasta él porque una intransigente antepasada inglesa —una bisabuela originaria de Yorkshire— había puesto como condición para desplazarse a Copenhague que su nombre se añadiera al de su marido. Los Lysgaard-Peacock habían sido profundamente religiosos, seguidores de Grundtvig. Protestantes y reformistas. Recordaba el entusiasmo infantil con que había descubierto que *peacock* significaba *páfogl*, el resplandeciente pájaro sobrenatural.

Cuando ahora pensaba en su nombre, solía venirle a la mente la imagen del ocelo, el exótico y brillante ojo sin vista que miraba desde las alas de la mariposa conocida como pavo real. No era habitual que pensara en el pájaro, abriendo lentamente los ridículos ojos, brillantes e irisados, de su pesada cola al desplegarla en un tembloroso y crujiente abanico. Pero no le agradó la idea de dejar que las plumas caídas en una muda se marchitaran en la

polvorienta tienda. Así que las compró y las llevó a la casa, y estuvo un tiempo alisándolas cuidadosamente con los dedos y reuniendo los delgados cañones para dar forma a la superficie de plumas, de modo que los ojos brillaran de nuevo con su verde y azul y dorado, ostentosos y extraordinarios.

Lo divertían sus actividades, pero al mismo tiempo lo obsesionaban cada vez más. Ordenó sus trofeos disponiéndolos en grupos en el alféizar de las ventanas y en los bancos, de un modo deliberadamente descuidado. Unas cuantas conchas: *Cepaea hortensis, Cepaea nemoralis,* algunos aplanados panorbis y unos pocos *Helix pomatia* gigantes. Una interesante colección de *Vértigo*. Una monstruosidad escalariforme. Las anémonas de seda en un pote sencillo, sobre un estante. Los frascos vacíos de medicinas en una repisa bien limpia del cuarto de baño, donde había colgado un espejo nuevo con marco de madera. Un puñado de guijarros recogidos junto al mar, hileras de piedras viejas, puestas lado a lado como una familia de criaturas toscas y extrañas, o como esas procesiones de elefantes traídos de las antiguas colonias. Unas hojas de helecho secas. Tres cráneos: de un zorro, un tejón y una musaraña.

Dispuso las lámparas de petróleo —las grandes, con camisa incandescente, y las pequeñas, con tubo de vidrio y una base pesada — para que su velada luz dorada incidiera en objetos que la reflejaran: seda plegada y brillantes plumas, lustrosas piedras y conchas lacadas, cristal ribeteado y piedras blancas. En el jardín — un reducido trozo de terreno que se extendía detrás de la casa, protegido de las inclemencias del tiempo por un alto muro, donde había un manzano, una mata de grosellas, una era de hierbas, algunos frambuesos y un macizo de flores— encontró una mata de una planta que en danés se denominaba *Judaspenge*, la lunaria. La *Lunaria rediviva* era fragante; ésta era la bianual, L. *biennis,* una fugaz moradora del jardín. La membrana central de los frutos, una vez pulida, semejaba una redonda ventana de pergamino translúcido, o la nacarada concha de un abulón. Le llevó un tiempo quitar todas las semillas y armar varillas con las frágiles y apergaminadas ventanas. Los franceses las llamaban *monnaie des papes*. Las combinó con las plumas de pavo real en el vaso lacado negro. Los ojos y las ventanas semejantes a monóculos quedaban

sorprendentemente hermosos juntos, pensó. Colocó el vaso en el recodo de la escalera que conducía al dormitorio y puso arriba un quinqué, en una repisa de piedra.

Jacqueline no conducía, así que Luk fue a recogerla a la parada del autobús, el viernes por la tarde. En el coche estaba tensa. Llevaba su nueva chaqueta marrón y, con las manos cruzadas sobre el regazo, miraba el camino, los oscuros bosques, el cielo nocturno sobre la linde de los páramos. Soplaba un viento frío que sacudía los árboles. Un búho ululó. Relució fugazmente una conversación sobre los búhos, y se apagó. Las ventanas iluminadas de la casa, de un dorado oscuro, se hicieron visibles.

—No voy a llevarte en brazos para cruzar el umbral —dijo él.

Pero la cogió de la mano para entrar, y la mantuvo aferrada mientras ella miraba a su alrededor, admirando la luz de las lámparas. La hizo sentar en una silla de alto respaldo, en un extremo de la mesa, mientras él se ocupaba de los últimos preparativos de la comida. Ella se quedó en silencio, observándolo. Como de costumbre, él juzgaba que Jacqueline tenía buen aspecto. Vestía toda de marrón. Un jersey marrón dorado con cuello de cisne, bajo la chaqueta de ante color chocolate. Una falda recta *beige* —nunca usaba falda para hacer sus trabajos en el terreno, siempre llevaba pantalones— y cálidos leotardos marrón oscuro con una trenza en relieve. Tenía unas piernas notoriamente largas. Su pelo brillaba bajo la suave luz, melaza oscura y castaño. Resplandecía. Luk se puso un delantal y canturreó en voz baja. Los oscuros ojos de Jacqueline lo seguían. Con la cabeza ladeada, parecía un pájaro vigilante.

La mesa estaba puesta con esterillas finlandesas azul y verde, y vasos recién comprados de cristal verdemar lleno de burbujas. Había velas en unos platos y una botella de vino tinto. Su delantal era un delantal de carnicero, a rayas azules y blancas. Él blandió pinchos, espetones y un cucharón; las patatas al horno estaban ensartadas en trípodes de metal, la pata de cordero humeaba y chisporroteaba. La pasó a un calientaplatos, y el jugo chorreó por la carne en hilillos rojos allí donde se había clavado el tenedor. Sirvió el resto y se afanó raspando los fragmentos dorados y añadiendo

vino hasta formar una salsa bullente. Un poderoso olor a carne cocida, con un toque de ajo y romero, llenó la habitación. Quitó el líquido a las coles de Bruselas —perfectamente cocidas— y depositó las fuentes sobre la mesa con un movimiento ostentoso. Jacqueline, encerrada dentro de los brazos de su silla, vio un vikingo de pulcra barba, poblada y de color oro rojizo, con un delantal a medio camino entre el de un ama de casa y el de un matadero, blandiendo una cuchilla y un afilón. Él deslizó la hoja por uno y otro lado del cilindro de acero.

—Hay que alinear las moléculas —dijo—. Siempre hay que rozar el acero en un sentido…

—No sabía que eras tan buen cocinero —comentó Jacqueline.

—Pensé que podía mostrarte facetas mías que desconoces.

Trinchó la carne.

—Pensé que podía mostrarte mis cualidades domésticas. No necesito un ama de casa. Sé arreglarme solo.

—Ay, Luk…

—Es una broma.

La hoja cortó la carne. El cordero fue cayendo en tajadas perfectas de un marrón rosado, teñidas por la pálida sangre que bañaba las fibras.

Describió un círculo en el aire con la cuchilla.

—Mi señora está servida.

Colocó varias tajadas en el plato de Jacqueline, diestramente superpuestas. Corrió de aquí para allá por la cocina, llevando jalea dé grosella y un molinillo de pimienta, las verdes esferas de las coles mezcladas con castañas, las patatas al horno en un pote de loza.

«Buena chica», dijo Jacqueline para sí, y «Mi señora está servida».

—Has preparado muchísima comida, demasiada para mí —dijo Jacqueline—. Yo cómo como un pajarito.

Luk sonrió.

—Pareces olvidar que he pasado días y días contigo en los páramos. Con bocadillos enormes.

—Huele de maravilla. Y tiene un aspecto delicioso.

—Aún te falta probarlo —dijo Luk, tomando asiento.

Llevaba un jersey alegre, de lana brillante color pizarra, pero había olvidado quitarse el delantal. Guiado por un instinto de director de escena, los había colocado en extremos opuestos de la mesa, de modo que quedaran enfrentados con aire regio. Se miraron de hito en hito. Jacqueline hizo unas pocas preguntas sobre la compra de Loderby; la trivialidad de éstas pareció desconcertar a Luk, quien contestó educadamente, pero en forma breve y un tanto ausente, como si ésas no fueran las palabras reales pero hubiera que pasar por ello para guardar las formas.

Él le preguntó entonces cómo iba su investigación, y ella habló con entusiasmo durante irnos minutos sobre las respectivas ventajas de adiestrar las babosas y caracoles para que evitaran las zanahorias o las patatas, y sobre los mejores métodos para inducir un rechazo apreciable.

Luk le preguntó entonces sobre Lyon Bowman. ¿La trataba bien?

-—Sí, muy bien. —La cabeza morena estaba inclinada. Jacqueline cortó unos trozos pequeños de carne y los masticó—. Está interesado —dijo, queriendo referirse a los caracoles y dándose cuenta demasiado tarde del doble sentido de sus palabras—. En los caracoles —añadió con poca fortuna, con lo que dejó en claro lo que no debía.

Se hizo el silencio. Ambos comieron. Luk se ofreció a servirle más, pero el plato de Jacqueline aún estaba medio lleno. O medio vacío, según se mirara. Luk trató de recordar de qué habían hablado en las ocasiones en que se había sentido muy próximo a ella, y no lo logró.

Comentó que se alegraba de que Eichenbaum hubiera aceptado la invitación de Wijnnobel para participar en el ciclo de conferencias que se celebraría en el verano. Daría una nueva definición del instinto, le dijo a Jacqueline. Había hecho unos estudios muy interesantes sobre las respuestas de anidamiento. ¿Qué objetos con forma vagamente semejante a un huevo, y de qué color, desencadenaban o no una conducta de anidamiento en las gaviotas, los gorriones, las gallinas domésticas? ¿Intentarían empollar un huevo escarlata? ¿Cuán grande tenía que ser un huevo para dejar de serlo? Los chorlitos parecían preferir los huevos grandes a los de tamaño normal. La gaviota argéntea reconocía sus

propios polluelos, pero no sus huevos, y reconocía a su pareja a una gran distancia, cincuenta metros o más. Eichenbaum estaba estudiando en qué se basaba el reconocimiento de los huevos y la pareja.

Más tarde Luk iba a arrepentirse de haber sacado este tema aparentemente inofensivo. Rodeó la mesa para ofrecerle a Jacqueline otro trozo de carne, ensartado en su tenedor de acero inoxidable, y de pronto se sintió como una gaviota macho golpeando con el pico el de la hembra, ofreciéndole un pez propiciatorio. Jacqueline rechazó la carne. Ya había comido suficiente. Dijo que estaba delicioso. Luk quitó los platos —no permitió que ella se moviera— y reemplazó la carne por una selección de quesos, y los quesos por una tarta de limón hecha por él. Entretanto siguieron conversando, amigable y desapasionadamente, sobre el ciclo de conferencias de Wijnnobel y el tamaño creciente del campamento de la antiuniversidad.

Luk se vio atormentado por una serie de visiones internas: pájaros machos pavoneándose e inclinándose para ofrecer gusanos, bocados de carne, un pez plateado o una culebreante anguila. Rabadillas agitándose, buches hinchados, crestas erguidas. Espinosillos enrojecidos, y sepias con el abolsado cuerpo recorrido por ráfagas de enrojecimiento en sucesivas ondas carmesí y rosa, ámbar y azul. Vio al alcatraz patiazul, un pájaro que había estudiado en una época, descender de un cielo invernal haciendo girar lo que era su único rasgo especial, las enormes y brillantes patas azules palmeadas, y ofrecer a su deseada compañera una ramita simbólica para construir un nido en un terreno en que no podía hacerse nido alguno y donde los huevos quedaban en equilibrio en inclinadas cornisas de roca.

Le ofreció a Jacqueline un plato de manzanas, y pensó en el pájaro de glorieta que se especializaba en conseguir plumas de un ave del paraíso conocida como rey de Sajonia. Las plumas son raras (no crecen hasta que el pájaro tiene cuatro años) y de un azul resplandeciente; varias veces más largas que el propio pájaro, crecen de la frente de éste y tienen el aspecto de una hilera de banderitas cuadradas con finísimos astiles. Los pájaros de glorieta machos se baten por estas rarezas, con las que luego construyen sus paradisíacos jardines de helechos y ramas. Luk comenzó a ver sus

propios movimientos como gestos de un ritual. Podría haber compartido la gracia con Jacqueline. Pero, como ella era ahora el destinatario ritualmente definido de todos sus gestos, no podía decírselo.

Ella rechazó las manzanas. Dijo que había comido más que suficiente. Todo estaba delicioso.

Él escanció el vino tinto, acompañado por la imagen de un solícito albatros. Ella aceptó el vino con una leve inclinación de cabeza. Había tomado la decisión de que le vendría bien emborracharse un poco. Advertía el nerviosismo de Luk, pero no acertaba a saber exactamente el motivo, e intuía que el esquema de la danza que ejecutaban exigía que ella no preguntara nada. Vio que Luk había dispuesto todo para estar constantemente en movimiento, de un lado a otro de la mesa, por toda la cocina. Le habría gustado que su plan le hubiera permitido moverse a su vez. Le habría gustado seguir su ejemplo. De eso se trataba aquello.

Bebió unos sorbos de vino, con la esperanza de que el alcohol le embotara suavemente la mente, demasiado activa.

Cuando Luk se sentaba en su extremo de la mesa, adquiría el aspecto del viejo y familiar Luk, extremadamente familiar. Cuando se acercaba a ella danzando para ofrecerle algo, su cara barbada pasaba de un área de luz a otra área de luz, de la luz de las velas a la luz de la lámpara. Cuando esta luz cruda lo iluminaba desde abajo su rostro parecía extraño. Adquiría un aire demoníaco.

Recordó de pronto que, según ciertas investigaciones recientes, los niños criados juntos en los *kibbutz* con la idea de que fueran luego buenos maridos y esposas entre sí habían sentido de algún modo que con ello cometían incesto, por más que no los unía ningún parentesco. Así que habían buscado su pareja fuera. Pensó en los matrimonios concertados. En cuán diferentes debían de ser los miedos y esperanzas y emociones cuando el compañero elegido era desconocido.

Ella estaba tratando de concertar su propio matrimonio por motivos racionales. Estos pensamientos tampoco podía compartirlos con Luk.

—Es hora de acostarse —anunció Luk—. ¿Subimos?

Jacqueline asintió con un gesto.

—No es más que un fin de semana compartido —dijo Luk—. No

espero que tengamos que llegar… necesariamente… a alguna parte. Por supuesto que lo deseo. Pero quiero que vayamos paso a paso.

Jacqueline volvió a asentir.

Luk le tendió una mano para ayudarla a levantarse de la silla y la condujo a la escalera. A su lado, un somormujo daba veloces giros en el agua, desplegando la guirnalda de su cuello. La imagen de los genitales de un mandril, rosa, púrpura y azul, pasó fugazmente por su imaginación.

Ella se detuvo en el recodo de la escalera y miró las plumas de pavo real y la lunaria, resplandecientes a la luz del quinqué.

—Tengo entendido que trae mala suerte tener plumas de pavo real en la casa —se le escapó a ella.

—¿Tiene algo que ver con el mal de ojo? —repuso Luk con suavidad—. No son más que supersticiones ridículas.

—Por supuesto.

La estrecha cama estaba fría. A través de la ventana se veían las estrellas y unas nubes que se desplazaban velozmente. El edredón estampado y las sábanas rojo fuego parecían cálidas. Se desnudaron sin ceremonias, temblando, y se metieron en la cama. Él había imaginado con todo detalle su cuerpo desnudo mientras trabajaban juntos, pero ella se zambulló con tal rapidez bajo las sábanas que apenas si pudo verlo. Aun así, podía sentirlo. La recorrió de arriba abajo con las manos; las clavículas y la columna, los pechos y el ombligo, las caderas y las nalgas, la oscura mata de vello invisible. Tímidamente, temblorosa, ella lo tocó a su vez. Eso era lo que él había ansiado. Fue cuidadoso, muy cuidadoso. La emoción no le permitía hablar, pero le besó la vena del cuello, hundió su áspera barba en el suave cabello de ella. Lo asaltó un inesperado y poco grato recuerdo —ridículamente detallado— de unos experimentos efectuados por Szymanski allá por 1913, sobre el largo y complejo proceso de estimulaciones mutuas seguido por el gigantesco caracol de la viña, *Helix pomatia*, que concluye cuando los animales se

desprenden de su calcárea «flecha de Cupido», tras lo cual ésta es ingerida por ambos caracoles, ya inseminados, debido al calcio que contiene. Tocó el labio menor de la vulva de Jacqueline, y vio en la mente el replegado manto y los ondulantes tentáculos de las criaturas. Se sentía como un monje medieval atormentado por visiones de origen diabólico. Debería haber compartido la broma con Jacqueline, su vieja compañera, y exorcizar con risas los demonios. Pero esta nueva mujer, reticente e insegura en sus respuestas, era otra persona, otro problema.

En cuanto a Jacqueline, oía mentalmente el «buena chica», y el cuerpo se le contraía de furia retrospectiva. Luk la rodeó con los brazos, la oprimió contra él y empezó a moverse rítmicamente mientras le preguntaba en un susurro si todo iba bien, lo que de hecho perturbaba la débil respuesta de ella, hasta que él perdió por completo el control de la situación. Jacqueline se apretó contra él, ansiando y rechazando a la vez su propio clímax, y sólo consiguió experimentar un leve temblor, como un único y breve estornudo. Luk la atrajo hacia él y le acarició largamente todo el cuerpo. En su mente, por fortuna liberada ya de babas de caracol y dardos de amor, vio sus propios dedos reparando los ojos de las estropeadas plumas de pavo real. Y luego la hoja de la cuchilla en el afilón, igualando las moléculas en un mismo sentido. «Mi amor…», dijo con esfuerzo, y su amor ocultó el rostro caliente y desdichado en su hombro, lo besó, y él sintió sus cálidas lágrimas.

Demasiadas cosas habían pendido de ese abrazo poco convincente. Luk sabía que los ritmos mutuos debían aprenderse, y no estaba muy seguro de que Jacqueline fuera a conceder a ninguno de los dos más tiempo para aprenderlos. Tendrían que haber sido incapaces de apartarse uno del otro, pero, a la hora del desayuno, estaban sentados en el coche, educadamente distanciados. Luk pensó en preguntarle «¿Nos vemos el próximo fin de semana?» y pensó en no decir nada. Cuando al fin lo dijo, Jacqueline contestó «Necesito tiempo para pensar», y su frase sonó como una condena.

Jacqueline se sentía desesperada. Se estaba comportando mal. Desechaba un ofrecimiento generoso, removía caprichosamente el fango que enturbiaba el curso de la vida de Luk. Intentaba tomar

decisiones sensatas acerca de su propia vida —era su vida entera lo que echaba por tierra—, y al parecer era incapaz de tomarlas tanto racional como impulsivamente.

En las semanas que siguieron, el ritmo de su trabajo decreció. Bowman lo advirtió. Fue a verla y se quedó de pie detrás de ella, le tocó un hombro, le rozó brevemente un pecho y le dijo:

—¿Todo va bien? Pareces un poco pálida.

—El invierno me deprime. No me gusta la oscuridad.

—Tienes cara de cansada. ¿Por qué no te tomas unos días libres?

—Es imposible. Tengo que vigilar el experimento.

No le había venido el período. Llegó un momento en que podría haber dicho que eran dos los que no le habían venido, aunque en realidad era siempre el mismo. Empezó a ir más y más frecuentemente al lavabo en busca de signos, una mancha, una gota amarronada, roja, en la braga o en el papel. Todo seguía de un blanco prístino. Había pasado ya por ello, y sabía que la ansiedad obsesiva retrasaba el anhelado flujo. Daba largas caminatas, y luego corría otra vez al lavabo, creyendo sentir el esperado ramalazo de dolor en el vientre. Nada. Y al día siguiente, nada. Como un vigía en lo alto de una torre buscando en la extensión de nieve una ayuda que no llega, día tras día, sin ver cambio ni movimiento alguno.

Durante este tiempo cenó de vez en cuando con Luk, y habló animadamente de su futuro alternando los «yo» con los «nosotros». A él le quedó la impresión de una irresolución deliberada.

Por último fue al centro sanitario de la universidad. Una doctora metió los dedos y le palpó el cuello del útero.

—Sí, creo que sí —dijo—. Espero que eso la haga feliz. Haremos una prueba, sólo para estar seguras.

Jacqueline regresó a la Torre de la Evolución y salió cargada con una pila de libros de embriología. Contempló las imágenes de las células dividiéndose, las cadenas de células con forma de caballito de mar y enormes ojos fijos, los miembros incipientes y el fugaz

rabo, los transparentes dedos de rana y la boca fantasmal tomando rápidamente forma desde lo informe, mientras los mensajes viajaban de célula a célula y la división y el desarrollo se incrementaban más y más. Sintió una suerte de dolor —un dolor imaginario— allí donde la aglomeración de células, el invasor, se había aferrado a lo más interior de su ser y hacía uso de su sangre, su alimento, su ADN. Una criatura. No un período que no había llegado. Una nueva criatura.

Sabía que esto haría las cosas más fáciles. Había guardado para sí sus miedos y esperanzas, pero ahora necesitaba compartir lo que sabía. Se puso el abrigo —eran cerca de las ocho de la noche— y fue en busca de Luk Lysgaard-Peacock. No quería pensar demasiado, y mucho menos sentir. Ahora tenía que hacer lo que había de hacerse.

Hacía mucho que no acudía a las habitaciones de Luk en Long Royston. Cruzó a toda prisa los patios y jardines sumidos en la oscuridad, y llegó a su pequeña habitación, iluminada y caliente. Luk estaba sentado junto al escritorio, corrigiendo unos trabajos. Ella entró y se quedó con la espalda apoyada contra la puerta que acababa de cerrar, aún envuelta en cierto modo en la noche invernal. Se subió el cuello del abrigo hasta la barbilla.

—Parece que estoy embarazada —dijo Jacqueline escuetamente.

Él se puso de pie. Ella parecía a la vez furiosa y acobardada. No la tocó.

—Me alegro mucho. Si tú te alegras —dijo él.

—Estoy en estado de *shock*.

La imaginación de Luk se disparó. Vio un niñito con cabello oscuro, una niñita pelirroja, sus dos caras mezcladas para hacer una nueva.

—«Alegrarse» es una palabra estúpida, una palabra ridícula, si tú…

Ella seguía sin moverse.

—Jacqueline, ¿quieres…?

—Creo que sí. No… no puedo hacer otra cosa. Estoy anonadada.

—Lo que quiero…, lo que yo quiero es que nos casemos lo más pronto posible, y yo te cuidaré, a ti y al bebé, y a tu trabajo, porque sé qué buena llegarás a ser, eres toda una científica…

Ella se echó a llorar con los hombros ligeramente hundidos,

aunque él no supo decir si era por alivio o por desesperación.

—¿Quieres? Si dices que quieres…

—Oh, sí. Creo que esto lo decide todo. Sí quiero. Quiero casarme contigo.

—Siento ganas de ponerme a girar, de abrir la ventana y gritar en medio de la noche —dijo él. Ella quiere, ella quiere, y tendremos un hijo—. No puedo decirte lo maravilloso que será ese hijo. Es… —Se interrumpió—. Mira, es mejor que te sientes en la cama y bebas un poco de *brandy*. ¡Oh, Jacqueline, deseo tanto que seas feliz!

—Y yo quiero que tú lo seas.

—Lo sé. Y ambos podemos hacer que nuestro hijo… o hija sea feliz.

Por la mente de Jacqueline no cruzó ninguna imagen de una piel, unos cabellos o una sonrisa. Células en actividad. Dedos de gelatina. Ojos saltones.

Jacqueline se sentó junto a Marcus en la reunión del grupo de «Mates no».

—Creo que voy a casarme con Luk —le dijo.

Vincent Hodgkiss, que estaba sentado detrás, inclinado sobre un libro, alzó la vista, interesado.

—Qué bien —dijo Marcus—. Es lo que todo el mundo esperaba que sucediera.

—¿Ah, sí?

—Bueno, ya sabes que la gente habla…

—¿La gente?

—Sí, a la gente le gusta hablar —dijo Marcus con vaguedad.

Hodgkiss pensó que nadie podía ser tan inocente como Marcus Potter parecía ser. Ella quería desesperadamente saber lo que pensaba él, no los demás. Y él elegía nombres indefinidos, vagos: «todo el mundo», «la gente». Y miraba por encima del hombro de ella. Vio que Jacqueline se sacudía levemente, como un perro bajo la lluvia. La observó al acabar la reunión, que trataba sobre programación de ordenadores, cuando se marchó con Luk. Éste le había pasado un brazo sobre los hombros. Por primera vez.

Hodgkiss se dirigió a Marcus.

—¿Sabes algo de las ideas de Alan Turing sobre qué es la lógica matemática?

—Conozco sus primeras máquinas. ¿Por qué?

—Estoy escribiendo sobre el curso que dio Wittgenstein en 1939 sobre lógica matemática. Turing asistió a buena parte de las clases, que llegaron a transformarse en largas discusiones entre los dos. A tal punto que, en una oportunidad, Wittgenstein se negó a dar clase porque Turing no estaba presente. Es curioso. Dos genios opuestos.

—¿Qué decía Wittgenstein?

—Te lo explicaré. ¿Quieres un café?

Luk y Jacqueline empezaron a debatir lo que harían. Sentados en la pequeña y acogedora habitación de Luk, discutían si comprar una casa o alquilar un apartamento universitario, cuándo casarse, cuándo comunicárselo a la familia de Jacqueline. Luk habló de sus padres. Su padre era pastor luterano, y solían reñir a causa de su falta de creencias religiosas.

—Él querría que me case por la Iglesia.

—Yo iba siempre a la iglesia. Hasta que dejé de hacerlo.

—No querrás casarte por la Iglesia, ¿no? Creo que no podría pasar por eso. Por mucho que me repita que las palabras sin sentido no causan daño.

—Siempre pensé que quería… que tenía que querer… una boda clásica. Pero ahora sería bastante absurdo, dadas las circunstancias. —Se tocó el vientre.

—Entonces, nada de casamiento religioso —dijo Luk—. ¿Y quieres hacer fiesta, con invitados, o prefieres algo privado y hacerles saber el hecho consumado?

—A mi madre le parecería terrible.

—Tal vez debas presentármela —dijo Luk.

El matrimonio implicaba a un montón de personas desconocidas y sin relación alguna entre ellas, que no obstante tenían relación con las células que estaban dividiéndose y multiplicándose, con él o con ella.

—¿Por qué no vemos un poco de televisión? —sugirió Jacqueline—.

Está ese nuevo programa con la hermana de Marcus, Frederica Potter. El último fue realmente bueno. Mezclan criaturas de dibujitos animados con ideas reales. Hablan sobre los espejos…

Fue así como el crudo lenguaje de Frederica acerca de las mujeres libres, la falsa cocina, la batería de cocina con aire de instrumental ginecológico, la reunión de mujeres, la tertulia amistosa, la animada discusión íntima sobre la píldora, el aborto, los hombres y la espera de cada mes de las gotas de sangre en la ropa blanca entraron en la vida de Luk y Jacqueline. De vez en cuando Jacqueline reía sarcásticamente. Luk se dio cuenta de que estaba mucho más relajada de lo que había estado mientras hablaban de la boda. Se rió a carcajadas —demasiado— con el comentario despreciativo de Julia Corbett sobre los velos blancos. Luk se vio asaltado por una especie de antigua mojigatería, un resabio de las enseñanzas del padre a quien tanto criticaba. Viendo cómo sonreía Jacqueline, se sintió dominado por un odio irracional hacia esa enérgica e insensible Frederica Potter. La cara de ella llenó toda la pantalla, con sus ojos pintados, su diadema de pelo falsamente inocente, su sonrisa astuta y artera. Movido por un impulso, se levantó con la intención de apagar el televisor. De echar al invasor.

—No apagues —dijo Jacqueline—. Es divertido e interesante. Muy original. ¿No te gusta?

—No. Me parece desagradable, de mal gusto y vulgar.

—Eso es porque eres un hombre oyendo conversaciones de mujeres.

Las tres mujeres se pasaban solemnemente los boles de Tupperware de mano en mano.

—Es genial —comentó Jacqueline—. Nunca había visto nada semejante.

—Bruja engreída —dijo Luk.

—¿Qué?

—No me gusta esa mujer. No sé por qué.

—No eres el único —dijo Jacqueline—. Sospecho que a estas alturas deben de ser miles los que opinan igual. Le busca las pulgas a la gente. Y a la gente le gusta sentir rechazo por ella. Será todo un

éxito.

—Vaya sino —dijo Luk, sin acertar en el adecuado tono irónico.

Jacqueline no le dijo a Bowman que estaba pensando en casarse. Él fue a verla con un anuncio de trabajo para un puesto en Edimburgo, pensando que tal vez a ella le interesara.

—¿Cómo va el aparato de pinzamiento de voltaje?

—Ahora va bien. Tuve que hacerle unos cuantos cambios. Pero ahora funciona.

—Eres tenaz.

—Te lo dije.

—Sigue así, chica. Sigue así.

Había habido algunos problemas con la prueba de embarazo. La primera no había dado un resultado concluyente, de modo que le habían tomado una segunda muestra y la habían enviado al laboratorio. El segundo resultado llegó al centro sanitario de la universidad, el cual se lo envió a Jacqueline en un sobre que ella logró rescatar de manos de la secretaria del departamento.

Era positivo. Sin lugar a dudas, estaba embarazada.

De pronto la acometió una urgencia por ir al lavabo. Le dolía la pelvis, le dolía la vejiga, sentía todo el cuerpo alterado.

En la braga había una leve mancha rojiza.

Y entonces llegó la sangre. Primero una sucesión de gotas y luego —puso buen cuidado en mirarlo— una especie de masa gelatinosa con hebras que bien podría haber sido parte del revestimiento del útero. No logró ver signo alguno de la criatura que se había aferrado brevemente, y se había dejado ir. Se sentó en el inodoro y lloró. Permaneció así mucho tiempo, llorando sin consuelo. Derramando lágrimas y sangre. Se sentía terriblemente mal por su cuerpo, que se sacudía y temblaba, y por la sensación de que la emoción era una cosa física que no podía definir ni domeñar. No podía decir que fuera dolor. Ni pesar, ni ira, ni miedo.

Cuando al fin salió del lavabo, le comunicó a la secretaria del

departamento que se sentía mal y que se marchaba a su casa.

—Tienes un aspecto terrible.

Bowman, que pasaba por allí, echó una ojeada a su cara hinchada y enrojecida y dijo que, en efecto, tenía un aspecto terrible.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No. Bueno, tal vez puedas ocuparte… o pedirle a alguien que se ocupe de controlar cuántas zanahorias alteradas han comido los caracoles de la segunda hilera de cajas… y cuántas patatas. Hay que hacerlo a las cinco. Más o menos.

—Me ocuparé de ello. No llores, cariño. Seguramente no vale la pena.

Jacqueline se dirigió al distante piso de la Torre de la Evolución donde Luk tenía su despacho. Estaba con un estudiante, al que despachó de inmediato cuando vio la expresión desesperada de Jacqueline.

—Ven, mi amor, siéntate. ¿Qué ha pasado?

Ella se quedó de pie, con la espalda contra la puerta, las manos cerradas en un puño y las uñas clavadas en las palmas. Tenía los ojos entornados tras las gafas, con una mirada cruel.

—He venido a decirte que todo fue un error. No estoy embarazada. Ya no lo estoy, si es que lo estaba.

—Siéntate, por favor. Eso no tiene por qué cambiar nada. Aún podemos casarnos y…

—No. He venido a decirte que no puedo. No quiero casarme. No puedo. Me gustaría querer casarme, pero no es así. Todo fue un error.

Las lágrimas le corrían por el rostro. Tenía la boca crispada.

—Estás trastornada. No te precipites, cálmate…

Intentó cogerla por los hombros, rígidos y hundidos. Ella se retorció con violencia y lo apartó.

—No, no. Siempre nos hemos entendido bien. Sabes que hablo en serio. Tienes que aceptar que sé lo que quiero, y realmente lo sé.

—¿Por qué?

—No tiene por qué haber una razón. Mientras sepa lo que

quiero. Y lo sé.

Él trató nuevamente de tocarla, pero ella giró en redondo y huyó a la carrera por el pasillo, en dirección al ascensor. La sangre era caliente, y húmeda. Fue a su casa y se metió en la cama.

12

Las ondas eléctricas viajan a través del espacio, diseminando caras humanas por la atmósfera, y concentran luego otra vez la imagen —casi podría decirse «la engrama»— en los televisores, tras pasar por los tubos y salir de la nada para brillar y resplandecer en el gris de la pantalla, como si la imagen incorpórea acechara en cada gabinete, sobre cada techo, posada en cada antena ahorquillada, llevada por el viento, arremolinada por las brisas que atraviesan las nubes, a la luz del sol, de la luna y de las estrellas. Así fue como Luk Lysgaard-Peacock, que reflexionaba sobre la destrucción de sus esperanzas, sentado en su habitación de Long Royston, oprimió un botón y vio los firmes rasgos de Frederica Potter avanzando hacia él desde un punto rotatorio. Le sonreía como si lo conociera, y él la miró ceñudo. Se dijo que no apagaría el televisor de inmediato porque le interesaba Hodder Pinsky, uno de los conferenciantes invitados por Wijnnobel. De hecho, ella le servía como receptora de su furia.

Como cualquier espectador, vio primero las caras, y consideró las ideas en función de aquéllas. Una mujer enérgica, una voz insistente, un cuello demasiado largo, un desafortunado gesto de coquetería levantando la barbilla. Entre los dibujos había una imagen de Alicia como pájaro serpiente, asomándose a un nido. Las gafas de Pinsky le daban un aire furtivo y taimado.

Tampoco le agradaba el tema que debatían. No le gustaba la palabra «creatividad», y nunca la utilizaba. A su juicio, las operaciones mentales que los psicólogos incluían bajo este título eran terriblemente imprecisas. En cuanto a las poéticas evocaciones de Gander, las encontró tremendamente pretenciosas e insustanciales. «Ninguno de vosotros está diciendo nada», les dijo

con desdén, complacido del disgusto que le inspiraban.

La mujer-gallo-gallina de Picasso le pareció una monstruosidad. Y luego Pinsky emprendió su relato sobre Freud y el joven que aguardaba con ansia noticias sobre la bajada de la regla de su novia, y Luk hizo una mueca de disgusto por la coincidencia, molesto asimismo con el tema. Pensó en el hijo que no había sido, cuya pérdida le causaba un extraño pesar, y se dijo que era una vulgaridad por parte de Frederica Potter insistir en hablar en público sobre la menstruación y el embarazo con términos técnicos. Lo cierto es que le asqueaba la idea de que *A través del espejo* estuviera secretamente relacionado con su propia vida. No le gustaban las ideas de Jung sobre el sincronismo o los mensajes etéreos. Él era un hombre racional, un hombre fanáticamente racional.

El desagrado que le producía la palabra «creativo» referida a los seres humanos tenía de hecho raíces religiosas. En los últimos días había estado pensando en sus padres a causa de su inminente casamiento, por la necesidad de planear la boda. Había pensado en ellos asimismo como genetista, pues el niño que tan nítidamente había imaginado habría tenido sus genes, que se habrían combinado con los de los afables padres de Jacqueline para hacer a alguien totalmente nuevo. Habían estado a punto de ser antepasados, y ahora no lo serían.

Había recordado también su formación religiosa en Langeland. De niño su padre le había enseñado que Dios había creado el mundo y que, cuando lo juzgara apropiado, lo destruiría. Toger Lysgaard era un seguidor de Grundtvig, el bardo, teólogo e historiador. El cristianismo de Grundtvig estaba intrincadamente entrelazado con la mitología nórdica, resucitada por él. «El supremo Odín, Cristo blanco», escribió Grundtvig.

Una vez, siendo niño, le había preguntado a su padre: «¿Por qué existe algo, en lugar de la nada?».

Su padre le había contestado que la pregunta dejaba en claro que él poseía un alma verdaderamente religiosa. La respuesta era que existía algo porque el Señor lo había creado y había visto que su obra era buena. Y que el Señor mantenía y protegía su obra a cada instante gracias a su amoroso cuidado.

De niño Luk había sido razonablemente devoto. Jesucristo había

sido su amigo, un amigo como no tenía otro entre los humanos.

Había intentado ser bueno, pero ello no le había impedido ser curioso. En la adolescencia había llegado a considerar que sus creencias eran extenuantes y un tanto sin sentido. Un día, caminando entre los árboles de un bosque, a la luz del sol, había tenido una relampagueante visión que, dada su educación, comparó con la experimentada por san Pablo en el camino a Damasco. Con la diferencia de que lo que él vio —lo que le fue revelado por el brillo de la luz ordinaria— fue que las historias que le habían relatado no eran más que eso, historias, y no la verdad. Y, cuando vio esto, todo adquirió de pronto una realidad distinta, clara y brillante, particular, con un misterio que más tarde iba a determinar su vocación. Las moscas y gusanos, hojas y raíces estaban transfigurados a sus ojos justamente porque no había transfiguración en ellos, porque sólo eran lo que eran. Pensó que su fe religiosa había actuado como unas gafas empañadas que ahora acababa de limpiar.

Su experiencia no constituía un hecho infrecuente. Pero, si algo tenía en común con la conversión religiosa de la que era un reflejo, era su tendencia al dogmatismo, a los extremos. Su nuevo mundo se hallaba purificado de toda historia humana. Con las historias humanas incluía otra serie de opiniones no necesariamente relacionadas. Odiaba en especial —con intensidad religiosa— las ideas científicas acerca del «principio entrópico», que sostenían que el Universo se había desarrollado desde lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño según una escala cuyo centro eran precisamente el cuerpo y el cerebro humanos. Tampoco le gustaban mucho la mayoría de las obras de arte ni la mayoría de las historias humanas no religiosas. No leía ni novelas ni libros de historia. Su escala de tiempo era la de la evolución; su imaginación, flexible pero siempre fáctica. Había observado, de un modo científico, que los biólogos compartían su agnosticismo pragmático, que él tan apasionadamente defendía. Por alguna razón, a los físicos les resultaba más fácil elaborar nuevas creencias o mantener las antiguas.

La vasija gallo-gallina de Picasso que presentó Frederica, con el

ojo pintado en el pico de arcilla, le parecía a la vez ridícula y ligeramente repugnante. No era más que un artefacto, una forma de la no existencia, de la nada. Las formas de las cosas reales eran siempre más interesantes. También Frederica le parecía ridícula. Esa mujer estaba desperdiciando su vida. La intensidad del disgusto que ella le producía le agradó. Le aliviaba la pena y lo llenaba de energía. Él era un hombre que daba la impresión de ser más afable de lo que en realidad era. El rechazo de Jacqueline lo había arrojado a una zona de su ser donde descubrió a un escéptico sarcástico.

La furia le daba una energía inagotable. Hizo una maleta, fue en busca del coche y condujo en la noche, en dirección a Gash Fell. Atravesó los oscuros bosques de pinos y emprendió el ascenso por la ladera donde se alzaba su casita, fría y oscura. Entró en la casa, encendió una lámpara de petróleo y cogió una linterna. Su propia sombra se cernía sobre él, un demonio barbado que se erguía hasta el techo, contra la blanca pared. Encendió las estufas y observó su decoración estilo glorieta. Pensó que debía quitar todo, en un rito de renuncia; apilar todas las cosas, cráneos y conchas incluidos, prenderles fuego y pisotearlas.

Luego pensó que los objetos no eran más que eso, objetos, y no habían hecho nada. Eran lo que habían sido antes y continuarían siéndolo. Así que cambió su disposición estética, los agrupó de otra manera, sin fijarse cómo. El vaso lacado con las plumas de pavo real y la lunaria lo llevó a la terraza. Con gran satisfacción, se imaginó haciéndolas añicos, destrozando estúpidamente los ojos iridiscentes, las brillantes ventanas semejantes a lunas, separando las cañas de las plumas y deshaciendo los ojos a los que con tanto amor había dado forma. Y arrojándolas al frío viento que se estaba levantando, para que volaran por la ladera, verde y oro y perla, los jirones de sus esperanzas. ¿Qué era lo que había dicho Jacqueline? «Tengo entendido que trae mala suerte tener plumas de pavo real en la casa». Absurdo, superstición, tonterías. Las plumas disgustaban a Darwin, y no obstante eran hermosas. Constituían una muestra de intemperancia masculina, y sólo habían obtenido el rechazo. Aún no se conocía una explicación convincente de por qué el pájaro se permitía un despliegue tan fantástico y costoso.

Pensó en el proceso de división de las células de un embrión

engendrado sexualmente y, no por primera vez, se dijo que bien podía argumentarse que todo el asunto del sexo era un derroche de energía. Cualquiera que se reprodujera por partenogénesis podía producir el doble de descendientes directos de los obtenidos por meiosis y división sexual, y con la mitad de energía. Las matemáticas implicadas en ello eran en realidad mucho más complejas que esto. Recordó sus experimentos con babosas, *Arion ater* y *Arion rufus*, los cuales habían mostrado que, por encima de cierta altitud, estas criaturas se reproducían por partenogénesis, eran genéticamente idénticas y vivían en armonía. Las que vivían en entornos más cálidos —y, posiblemente, más variados— eran machos y hembras, luchaban a muerte y cometían canibalismo unas con otras. Tal vez las ventajas del sexo tenían que ver con la diversidad del ambiente o la dificultad de éste. O con la dispersión. De pronto se acordó de que debía escribir su exposición para el ciclo de conferencias de Wijnnobel, que trataría sobre algo así como «El costo del sexo y el macho redundante». Le resultaría divertido e interesante, y podría incluir diversas ideas que había concebido sobre la selección por parentesco, el egoísmo y el altruismo. Uno creaba machos y hembras, pensó con ironía, destruyéndose a sí mismo. De dos en dos. Había un sinnúmero de maneras de hacer esto. Parásitos machos microscópicos, retoños, hermafroditas. Miró la lunaria. *Judaspenge*, la moneda de Judas. Una ventana a la nada. Una vaina de semillas vacía. Contaminada con grandiosas historias humanas. Una vaina de semillas vacía es una vaina de semillas vacía. El sexo es el sexo. Es dispersión, agresión. Es algo (casi) infinitamente diverso e interesante.

Permaneció de pie en la oscuridad, en su fría terraza, con el cuello del abrigo alzado para protegerse del viento. Escuchó el silencio y los tenues ruidos que sonaban en éste, ramas, crujidos, rumor de pies, el débil grito de una criatura interrumpido. Tuvo la sensación de que su casa era un arca navegando por una vasta extensión de aguas oscuras, camino del espacio. El cielo estaba cubierto de estrellas.

13

De Kieran Quarrell a Elvet Gander.

Gracias por tu última carta y por haber hecho de mediador con las Fieras del Espíritu. Yo mismo llevaré a mis dos «pacientes» a Four Pence, para entregarlos a tu cuidado y al de la comunidad. Como te contaba, el futuro de Lucy Nighby se perfila cada vez más difícil. Su marido, Gunner, se ha recuperado por completo de sus heridas, e insiste con vehemencia en que ella los atacó, a él y a los tres niños. Uno de éstos se encuentra todavía bastante mal y muy trastornado. De los otros dos, uno afirma que Lucy atacó a Gunner y a ellos, y el otro dice que fue Gunner quien los atacó. Los testigos que descubrieron a Gunner en el gallinero (a cierta distancia de la casa; ¿qué hacía allí?) encontraron a Lucy cubierta de sangre y en estado de *shock*. Dicen que ella estaba «recogiendo huevos mecánicamente». Nadie —es decir, ni la policía ni el asistente social ni los médicos— cree realmente que Lucy pudiera desencadenar la violencia. Gunner tiene un largo historial de borracheras y palizas a su mujer (en buena parte basado en rumores, por supuesto, y en el momento del ataque no estaba borracho). La justicia no puede actuar —ni para acusar a nadie por las agresiones ni para decidir el futuro de los niños— mientras Lucy persista en su mudez. Desde luego, Gunner asegura que su silencio no es más que «una de sus tretas habituales». Mi opinión es que su mudez es totalmente genuina: ella no puede hablar. Hemos decidido hacer el experimento de llevarla a Four Pence, cuya atmósfera es más humana, con la esperanza de que en un ambiente de afecto y franqueza logre abrirse.

Llevaré también a Josh Lamb, aunque no por las mismas razones. Pero la prolongada estadía en Cedar Mount está matando algo en él: es un animal atrapado, con mirada humana. Tiene derecho a liberarse de su terrible historia y, también en su caso, puede ser que lo que necesite sea la atmósfera más relajada, más cálida, más «espiritual» de las Fieras. Creo que Lamb te intrigará. No quisiera, viejo amigo, dar la impresión de un entomólogo ofreciéndote un espécimen selecto. Por el contrario, si se tratara de una criatura alada, sería más bien un águila enjaulada o un ángel aprisionado. No es un ser humano completo; ha pasado demasiado tiempo internado y es un hombre golpeado por la vida y lleno de cautela. Querría ver cómo es cuando está libre.

Será fantástico volver a verte. A mí también me vendrá bien hacer una excursión fuera de los muros de este hospital psiquiátrico. Las prisiones y los manicomios afectan a todos los que están dentro, no sólo a los internados. Se pueden cometer los mismos errores al hablar, hacer la misma mímica y tener la misma falta de atención que con las drogas y el electrochoque. Necesito un descanso. Una inyección de vida. Tú siempre me las has dado, por lo general de un modo sorprendente.

Tu amigo.

KIERAN

Querido Avram:

Te envío tres casetes, por razones de seguridad. Por favor, ponías a buen recaudo, para que no te veas tentado de adornar los arbustos con ellas o de atártelas a la cabeza cuando estés colocado. (Recuerdo muy bien lo que ocurrió con la única grabación que tenía de mi conversación en Woolworth con una candidata). Si dispones de medios en tu antiuniversidad para hacer copias de las cintas —sin que éstas corran peligro— te estaré doblemente agradecida y te pagaré los gastos.

Ya verás, si escuchas las cintas, que contienen largos períodos de silencio. No se debe a un problema de las cintas, sino a que son grabaciones secretas de las «congregaciones» cuáqueras, en las que los silencios se alternan con intervenciones improvisadas. (Al parecer, no todas las intervenciones tienen el mismo grado de improvisación genuina. Da la impresión de que algunas han sido tan preparadas como el habitual sermón. Aún tengo que reflexionar en qué me baso para llegar a esta conclusión).

Todavía no sé con certeza si estoy observando un grupo terapéutico o una comunidad religiosa. Hay varios elementos de diversas organizaciones conocidas, tanto en calidad oficial como oficiosa. Están los cuáqueros, algunos de los cuales duplican sus funciones trabajando como médicos o asistentes sociales. Hay por lo menos tres pastores de la Iglesia anglicana, uno de los cuales es sin duda el «líder» de un grupo que, en este caso, es «un grupo dentro de un grupo», es decir, es a la vez un «grupo interno» de la Iglesia anglicana, llamado los Hijos del Júbilo, y un grupo dentro de las Fieras del Espíritu, aunque aquí se genera cierto conflicto en cuanto a cuál de ambos —las Fieras o los Hijos— «absorberá» al otro, por así decirlo, así como la cuestión de qué es «mejor» en este caso, si ser un grupo «interno» y «absorbido» o un grupo «externo», más libremente formado y con más iniciativa. Debe de haber estudios sociológicos sobre facciones dentro de un grupo, que me gustaría poder consultar. Pero aquí estoy limitada por mi papel de «miembro», si bien no está muy claro de qué soy «miembro» ya que los límites son muy cambiantes.

Me pareció muy interesante lo que decías en tu carta sobre tus problemas para escribir como etnometodologista acerca de la «enseñanza» de la etnometodología en un entorno antimetodológico como es la antiuniversidad. Creo que eres afortunado por encontrarte en este contexto, ya que al menos haces lo que evidencias hacer. Te presentas como etnometodologista. Formas parte de la antiuniversidad. Si observas y analizas a ésta, eso es lo que esperan todos los implicados. Mientras que aquí yo estoy en buena medida, en

gran medida, fingiendo, presentándome como lo que no soy, al menos por omisión. Me presento como alguien deseosa de participar en un grupo, de ser «miembro» de ese grupo. No me presento como una socióloga que está estudiando la metodología con que un grupo se define, persigue sus objetivos, logra coherencia, etc., etc. Si lo hiciera, alteraría de tal modo la dinámica del grupo que éste dejaría de ser lo que yo observaba o lo que quería observar. Podría argumentarse, sin embargo, que mi presencia como miembro del grupo no es neutral. Después de todo soy una mujer visible, no un micrófono oculto en la habitación donde se reúne el jurado. Como tal, me veo continuamente enfrentada a pequeños conflictos de intereses. Por ejemplo, no tengo duda alguna de que el «líder» de los Hijos del Júbilo, Gideon Farrar, domina, o guía, a la mayoría de su grey o su círculo por un sistema —consciente, semiconsciente o inconsciente— de manipulación sexual: promesas, amenazas y alicientes. Hace que la gente se sienta «especial» concediéndoles el placer de su atención. Estoy segura de que, en algunos casos, llega incluso a tener relaciones sexuales, desde luego con las mujeres, y me ha parecido observar que está tratando de extender su carisma a los hombres. En las cintas oirás varios comentarios suyos sobre el amor «sin límites, sin convenciones, sin excepciones». Cuando dice «amor» incluye siempre la idea de «sexo» como un componente, o tal vez sea al revés.

Lo interesante es que aquí su vocabulario se confunde con el del psicoanalista, Elvet Gander. Por supuesto, ambos son sexualmente interesantes porque su profesión les prohíbe tener contacto sexual con los pacientes o los miembros de la congregación. Ambos utilizan esta prohibición para estimular el deseo. Mi pregunta es: ¿qué efecto causo en la dinámica del grupo (o los grupos) que estoy observando de un modo entometodológico, ateniéndome al principio de guardar una estricta distancia científica y ser objetiva, si yo misma (como miembro del grupo femenino) soy objeto de las atenciones de los seductores carismáticos? Desde luego, esto ha ocurrido, no es sólo una pregunta hipotética. Gideon Farrar me ha

tocado varias veces el trasero, y en una ocasión, en una sesión confesional, me acusó de ser «insensible» y «tonta». Elvet Gander me ha mirado «hipnóticamente» a los ojos y me ha dicho que soy «un enigma». Esto es bastante molesto, ya que no quiero atraer la atención. Comprenderás mi dilema, Avram, que no carece de interés metodológico. Mi ideal ha sido siempre la conducta ejemplar de los dos psicólogos que se hicieron internar en un hospital psiquiátrico y luego actuaron con absoluta normalidad, declararon que estaban sanos e incluso confesaron que eran psicólogos… lo cual, por supuesto, es una ilusión bastante frecuente entre los locos. ¿Conoces el caso? Tuvieron un mundo de dificultades para conseguir salir del hospital, porque nadie les creía y la estructura de la institución no aceptaba la posibilidad de un diagnóstico equivocado o un fraude. Pero quizás yo no pueda actuar con absoluta normalidad en mi calidad de observador secreto de un grupo terapéutico o comunidad religiosa. Tengo que preguntarme qué ocurriría en el caso de que yo estuviera aquí «de veras», si rechazaría las insinuaciones del sacerdote y el doctor, o si cedería a ellas, en el supuesto de que la dinámica de la vida del grupo me llevara en esa dirección. Si yo estuviera «de veras» y ellos me causaran repulsión, es probable que tuviera que abandonar el grupo, y ya no estaría en condiciones de observarlo.

Si yo sucumbiera, guiada por los propósitos de mi investigación, alteraría drásticamente la dinámica del grupo. Sea como sea, no sé si sería capaz de hacerlo. He de señalar —como un elemento de la situación total— que, a mi juicio, el «encanto», la «vitalidad» y la «espontaneidad» de Gideon Farrar son un tanto falsos (tengo que analizar cómo he llegado a esta conclusión) y no me causan efecto. Prefiero al doctor Gander, que se considera una fuerza de la naturaleza, una persona independiente, y a quien no creo que le importara mucho si alguien no respondiera. Me asusta más que logre «desenmascararme».

Hay un hombre aquí —uno de los otros pastores— que trabaja con los Oyentes (un confesionario telefónico) y que parece estar dotado de un gran carisma, si quisiera utilizarlo.

Sólo que él lo anula. Con toda deliberación. Como quien cierra un grifo. Ésta no es una observación científica sino una simple observación humana. Su nombre es Daniel Orton. A veces pienso que ya me ha desenmascarado y que ahora se limita a observar lo que va a suceder. Es un observador, un observador más eficiente que yo. Ignoro qué es lo que busca. Percibe los sentimientos de la gente en abstracto, por así decirlo, si es que esto no constituye en sí mismo una contradicción. Detiene las riñas, pero sólo porque sabe cómo hacerlo, no para cubrirse de gloria. (Véase en cambio a parrar y Gander). No tiene la más mínima atmósfera sexual alrededor. Es gordo y realmente feo. Me conformaría con él si todos nos viéramos obligados a escoger pareja. No creo que la carencia de deseo sea «*sexy*». Pero tal vez sí lo sea la carencia de ansiedad. No es un hombre ansioso. Iba a decir que es una persona triste, terriblemente triste, pero no tengo pruebas de ello. Podría ser una proyección de mi propia tristeza.

Bueno, Avram, te ruego que seas responsable con mis cintas. Por favor. Tengo que confiar en ti. Hazme saber qué piensas sobre mi problema con los procedimientos.

Hasta pronto.

BRENDA

De Elvet Gander a Kieran Quarrell.

Fue muy agradable verte, viejo amigo. Por un breve período sentí que formábamos un grupo dentro del grupo, una asociación de mentes inquietas y analíticas a las que hay que reconocer, y reprochar, su incapacidad para «relajarse» y entregarse a la oración, o para perder el yo (la conciencia). Tal como convinimos, paso a informarte sobre la conducta y el supuesto alivio de tus dos pacientes incorporados a nuestra

comunidad.

Ninguno de los dos se ha hecho notar mucho. La analogía que me viene a la mente es la del público atisbando en la jaula de los reptiles para detectar algún movimiento en las enrolladas serpientes. Esta imagen me sorprendió —y tal vez a ti te moleste—, pero surgió con tal fuerza que no creo que sea adecuado reprimirla. Por supuesto, todo el mundo está observándolos, esperando a que hagan algún movimiento y mirando ostensiblemente hacia otra parte, por miedo a que ellos lo consideren una grosería o una intromisión de su parte. Lucy permanece sentada, siempre en una silla de respaldo duro —evita arrellanarse en los mullidos sillones— y siempre en un rincón alejado. Junta las rodillas, aprieta los labios y cruza las manos sobre el regazo. Una de las cuáqueras le llevó un ramito de flores y se lo dejó en la falda, pero no tuvo mucho éxito. Ella le dedicó una nerviosa mirada pero no lo cogió, y enseguida pareció olvidarlo. El ramo cayó al suelo cuando ella se puso de pie.

En cuanto a Josh Lamb, habla cuando le dirigen la palabra. Sucintamente, con una especie de sonrisa ladina y educada. He observado que buena parte de lo que dice no es más que una confirmación de lo que le comentan, expresado de otro modo, como si estuviera participando en un juego de palabras.

—Es un día hermoso.
—Así es, hace un tiempo espléndido.

—Lo que buscamos es la renovación espiritual.
—Sin duda se avecina un cambio importante.

—El fin del mundo está cercano.
—Parece que el mundo llegará a su fin muy pronto.

El último lo he inventado, pero estoy seguro de que habría contestado así.

Curiosamente, fue más comunicativo —e incluso vehemente— con respecto a la televisión. En el grupo ha habido un gran debate —correcto en un principio y bastante acalorado después— sobre si debía permitirse o no que hubiera un aparato de televisión en la casa.

De hecho, hasta el momento hay dos, uno en la sala común —donde, en principio, nos reunimos para relajarnos— y otro en lo que llamamos «el estudio», que se utiliza de tiempo en tiempo para que un grupo especial hable sobre un tema particular. No sé si llegaste a verlo en tu visita relámpago. Muchos de los cuáqueros opinan que la televisión distrae innecesariamente de la vida contemplativa. Se refieren a ella con palabras como «trivial», «comercial» e incluso «mundana». No es ésa la opinión de Frank y Milly Fisher, los propietarios de Four Pence, quienes creen que las personas religiosas deben actuar en el mundo, aunque no formen parte de él, y que harán mucho mejor su trabajo social si conocen la «basura» con que se alimentan sus «protegidos». Richmond Bly, el seguidor de Blake, dijo sentirse profundamente asqueado por el nivel «chabacano» de la discusión y por la vulgaridad general de los programas «satíricos». Yo tengo que confesar un interés particular —cosa que hice con franqueza en el debate— ya que apareceré en un nuevo programa llamado *A través del espejo*, en el que hablé sobre el concepto de «creatividad» con Hodder Pinsky y la joven mujer que hace de moderadora. Se llama Frederica Potter y ha resultado ser la Freda o Francesca que es la compañera sentimental de John Ottokar, el hermano gemelo de mi Zag. Mi programa es el tercero y, dada la magnitud de mi inquietud y de mi narcisismo, querría ver los anteriores, que se transmitirán durante mi estancia aquí, en Four Pence. También Zag está a favor de la televisión. Por supuesto, espera poder actuar algún día en ella con sus «Cigotos de la Conjunción Planetaria». Es posible que la considere el medio ideal para una orgía dionisíaca global. Gideon Farrar está básicamente en contra. Dice que los Compañeros Jubilosos deberían bastarse a sí mismos y encontrar en la mirada y las palabras de los demás todo lo que necesitan para ocupar su

corazón y su mente. Tienen que procurar su propia salvación, lo cual implica evitar las distracciones, trampas y demás. Creo que Gideon estaba a favor —al menos en un principio— de una ceremonia de desconexión de los dos televisores y una destrucción ritual de las dos pantallas. (¿O de los tubos de rayos catódicos? ¿Sabes algo de cómo funcionan estas cosas?).

Sea como sea, se organizó un animado debate democrático para discutir el problema. Lucy asistió, y se sentó en su acostumbrada postura en su acostumbrado rincón. Lamb asistió, con su mirada grave. Algo me impulsó a preguntarle su opinión, aunque suponía que no iba a ser un aliado. Pero quería oírlo hablar.

Por lo que logro recordar —me gustaría haber tenido una grabadora—, dijo lo siguiente:

«Lo cierto es que este aparato consigue hacer ver lo invisible y transporta imágenes insustanciales de cuerpos de un lugar a otro. Sus emisiones traspasan los muros y juntan unas mentes con otras. No es una cosa trivial, aunque la gente trivial refrena su efecto con parloteos triviales y preocupaciones materiales insensatas. La televisión no es trivial, sino terrible. Cambiará la naturaleza de nuestra conciencia, tanto la de las personas juiciosas como la de los ignorantes y los tontos. Nos mostrará el mundo. Cuando llegue el fin del mundo podremos ver en ella el terrorífico avance del postrer maremoto, o el rugido del rojo fuego final, hasta que sus ojos se aneguen o se fundan con los del resto de nosotros. No podemos ni debemos hacer caso omiso de ella. Incluso podríamos, con el tiempo, ser capaces de usarla para hacer el bien. Es un aparato eléctrico, neutral. Tenemos que aprender qué es y qué hace, no rehuirla. Eso es lo que pienso».

Así escritas, sus palabras parecen a mitad de camino entre lo ridículo y lo impactante. Puedo asegurarte que, tras las rebuscadas argumentaciones y las veladas críticas a las posturas razonables o tolerantes, habló directo al corazón. Todo el mundo se quedó mirándolo, y Gideon murmuró pensativamente que sin duda era un poder que podía usarse

tanto para el bien como para el mal. Vi que se imaginaba orando por televisión, extendiendo su congregación por todo el mundo de habla inglesa. Así que los televisores se quedan, y el señor Lamb —que ha vuelto a su habitual silencio cortés — ha pasado a ser considerado una bomba que puede explotar en cualquier momento. ¿Qué será lo siguiente que diga? ¿Qué predicará? (Habla como un predicador).

Josh Lamb, Joshua Ramsden, miraba el primer programa de *A través del espejo* en la sala de conferencias del ático, con un grupo compuesto por Elvet Gander, el canónigo Holly, Richmond Bly, Daniel Orton, Ellie y
Paul-Zag.

Los Compañeros Jubilosos lo miraban en la sala de estar, con el mismo ambiente de compañerismo con que hacían todo. Entre ellos estaban Brenda Pincher y todos los cuáqueros. La sala de conferencias, apenas amueblada, se hallaba a oscuras. Por la claraboya del techo inclinado alcanzaba a verse el despuntar de la luna nueva.

No hay dos que beban del mismo río, ni dos que miren el mismo programa de televisión. Richmond Bly no dejaba de hacer comentarios sobre lo maravillosos que eran los dibujos, y sobre la destreza de los estudiantes que lo habían ayudado a hacerlos. Holly, arrellanado en su asiento, fumaba sus cigarrillos rubios. Ellie comentó que de pequeña *Alicia* siempre la había asustado. Elvet Gander, se inclinaba hacia adelante, intensamente concentrado, estudiando los estilos de conversación. Paul-Zag se sacudía al ritmo de una música invisible, inaudible, y de vez en cuando señalaba a la pantalla con una uña pintada (cada dedo tenía un mandala circular diferente) y decía «¡Ja!» con creciente excitación.

—Ésa es ella —le dijo en cierto momento a Elvet Gander—. Su verdadero yo. Una mosquita muerta. A usted le parecerá una mosquita muerta. Bueno, pues le aseguro que ésta tiene aguijón.

Las imágenes en el espejo, la discusión sobre los gemelos, Tweedle y Tweedle, lo llenaron de excitación. Volvió a dirigirse a Gander, clavándole un puntiagudo índice en las costillas.

—En todo esto hay poesía. Un Tweedle oscuro y un Tweedle luminoso, por una parte dulce, por la otra amargo, dos son uno y uno es dos…

Josh Lamb clavó en él sus oscuros ojos y se llevó un dedo a los labios.

Paul-Zag

guardó silencio.

Daniel se sentía preocupado por Frederica. ¿Se pondría otra vez en un aprieto? Cuando vio que su preocupación era injustificada, que ella brillaba y resplandecía entre los dos inteligentes hombres y los espejos, permitió que sus pensamientos divagaran, se recostó en su asiento y miró hacia arriba, a la oscuridad. No dijo: ésta es la hermana de mi mujer muerta. No tenían por qué saberlo.

La mente de Josh Lamb se fue implicando lentamente en el mundo sensible, y no le resultaba fácil seguir el veloz movimiento de los objetos o la ágil conversación. El propio mundo sensible, el gabinete de plástico marrón y la pantalla gris, rebosaban de zumbantes corrientes eléctricas que se introducían entre las redes eléctricas de su cerebro y las trastornaban. Le costaba captar las explosivas y evanescentes criaturas que poblaban el interior de la caja de vidrio. Vio gusanos y lagartos y no alcanzó a comprender si eran emanaciones suyas o del aparato. Vio, tal como era su costumbre, gotas y manchas de sangre. El espejo de mano con las frutas de plata que Frederica mostró a las cámaras estaba cubierto de sangre aun antes de que Richard Gregory se refiriera a la relación que establecía Aristóteles entre los espejos y la visión de las mujeres cuando menstruaban.

Más tarde, otros dirían que habían visto lo mismo.

Oyó sin sorprenderse el *comentario* de Richard Gregory sobre el uso de los espejos por parte de los maniqueos. Por supuesto, así habría sido y así sería. Oyó sin sorprenderse las explicaciones de Jonathan Miller sobre los juegos de duplicaciones de Lewis Carroll, el cual, inmerso en el mundo prosaico, ignoraba por completo el mensaje que estaba transmitiendo a su verdadero oyente. Empezó a ver vividas imágenes destellantes, y la cabeza comenzó a zumbarle peligrosamente. Con gran esfuerzo consiguió mantenerse en calma. La pantalla emitía una enorme nube dorada de luz, cuyo brillo volvía desagradable la naturaleza monstruosamente carnal de los

seres humanos que lo rodeaban. La saliva y los dientes manchados de Holly, el vientre de Daniel, el cráneo cárdeno de Gander, la blandura de algodón de Ellie, la sonrisa de Richmond Bly, lánguida y fatua, y sobre todo, quizá, los círculos pintados de
Paul-Zag,
sus zarpas brillantes, su cabello rubio y grasiento, que en la pálida luminiscencia se volvían caricaturas y distorsión, fallos y pecado.

Cuando la transmisión llegó a su fin, se inventó una excusa para quedarse allí, con el televisor. No fue difícil porque Elvet Gander estaba absorto en la desmesurada excitación de
Paul-Zag.
Una vez que se marcharon todos, volvió a tomar asiento en medio del aire viciado por el humo de la pipa de Gander y el humo aún más acre de Holly, y encendió de nuevo el aparato. Era tarde. No había más que una nieve plateada, fragmentos del mundo luminoso girando en el caos, cobrando forma de la nada y desapareciendo como puntas de flecha.

Se acercó a la pantalla. Tan cerca, que su aliento la hizo crepitar, y sintió que la energía del aparato le recorría las puntas de los dedos y los folículos del cuero cabelludo. El blanco pelo se le erizó. La multicolorida barba se abrió en abanico. Vio la imagen de su rostro sobre los luminosos fragmentos, y luego vio al Otro, que se precipitaba hacia él. El Otro cortó la superficie de la tormenta que bullía en la pantalla como un buceador que hiciera el movimiento contrario de una zambullida, emergiendo de las profundidades.

Se quedó de pie en la alfombra del estudio. Sus pies, blancos y desnudos, eran hermosos. Su cara era la de Ramsden, pero también parecía hermosa. Llevaba una vestimenta de luz que tenía todos los colores y ningún color, blanca.

—Ahora empezará —le dijo a Ramsden—. Empezará aquí y ahora.

—Tengo miedo.

—Claro. No es fácil. Tómalo y sostenlo.

Joshua extendió las manos, preparado para recibir el globo oscuro o el brillante. Pero el que le entregó el Otro era pequeño, pequeño y esférico. Depositado en su palma, era intensamente frío y

enormemente pesado.

Por su aspecto parecía que tendría que haber sido caliente. Semejaba un globo ocular carnoso, cubierto por una pulsátil red de venas sanguíneas. Cuando uno lo miraba, palpitaba. Al tacto, estaba helado e inmóvil.

El Otro le dijo que, cuando el ojo de la carne estuviera límpido, el ojo del espíritu vería con claridad.

Cuando la carne de las personas estuviera limpia, éstas adquirirían un aspecto luminoso y simétrico, y toda la fealdad se desprendería de ellas como escamas.

—Les darás los mensajes. Las purificarás. Separarás la luz de la oscuridad.

Ramsden tuvo una visión de lo que iba a perder o ya había perdido. Regresó al último día «normal» de sus once años, con sus conmovedores muslos rollizos, comiendo comida normal, riéndose con una risa normal.

El Otro le dijo que ésas no eran cosas verdaderas, que las veía equivocadamente, que eran un castigo, y muy desagradable.

Le mostró su propia cara, coronada con una enorme corona hecha de huesos —o cuernos— de luz entrecruzados. Miró hacia arriba, al cuarto creciente de la luna, y los fragmentos luminosos saltaron fuera de la pantalla y pasaron a través de él, hasta que rutilaron por todo el cielo y la espesa atmósfera, como un cardumen de peces.

—Tendrás que decírselo —dijo el gemelo, antes de fundir su sustancia en la luz, y él se desplomó y quedó allí tendido, echando espuma por la boca y sacudido por espasmos musculares como una marioneta.

Daniel regresó y, al encontrarlo en ese estado, fue en busca de ayuda y lo llevó hasta su cuarto y lo metió en la cama.

Daniel no sabía por qué había regresado al estudio. Simplemente se le había ocurrido hacerlo. Tenía conocimientos de cómo despejar la vía respiratoria, cómo aplastar la lengua.

Más tarde pensó que quizá le había salvado la vida, pero no era dado a interpretar las cosas en función de la providencia.

De Brenda Pincher a Avram Snitkin.

Me agradaría que acusaras recibo de mis cintas. Contienen mucho material irrecuperable. Las guardaría aquí si pudiera, pero sería terriblemente embarazoso que las descubrieran y, por supuesto, eso significaría el fin del proyecto. Imagino que, por algún motivo, estarás acostado en tu caravana contemplando visiones indescriptibles en el techo. Por favor, dedica un mínimo de esfuerzo a enviarme algún mensaje tranquilizador. Por favor, Avram, ponte de una vez en movimiento. Te confieso que me gustaría oír la voz de un sociólogo. Aquí me siento un poco sola y acorralada. Guardar las apariencias, por así decirlo, es agotador e incluso puede llegar a confundir.

El material es extremadamente rico, y esto es parte del problema. No puedo resistir la tentación de hacerte una descripción no científica de lo que está ocurriendo e incluir algunas hipótesis, que comprobaré cuando haya analizado meticulosamente los datos registrados en las cintas (que confío en que tengas a buen recaudo por mí). Parte de la riqueza reside en los diferentes usos que cada uno hace de lo que, para mí, es un conjunto incoherente y disgregador de referencias y términos religiosos. El principal responsable de esto es, desde luego, Gideon Farrar. El canónigo Holly es lo que se llama un teólogo de la muerte de Dios. Lo cierto es que no entiendo lo suficiente su lenguaje para saber qué intenta decir. Si acaso, a veces pienso con dureza sobre mí misma. No tengo en la mente imágenes que se correspondan con la creación de la nada o la génesis de la ausencia. Soy demasiado pragmática, supongo.

A Farrar, en cambio, sí que lo entiendo. La congregación de adoración de ayer, registrada en las cintas que te adjunté, fue obra típica de él. Mientras que los cuáqueros (que me agradan) saben cómo moderar sus mensajes espirituales y éticos por respeto a los demás, Farrar no ha aprendido a no endilgar sermones. Tendré que analizar mis datos científicamente, pero creo intuir qué se trae entre manos y, al

fin y al cabo, las intuiciones también forman parte del ámbito de trabajo de un etnometodologista.

Los extraños ruidos susurrantes que oirás al principio de la cinta son los saludos con contacto físico que se han instituido como el inicio obligatorio de todo encuentro. Esto significa que nadie puede evitar tocar a todos los demás. La ropa de Farrer —de la que, como es lógico, no hay constancia en las cintas— se vuelve cada vez más y más resplandeciente y menos anglicana, a medida que pasa el tiempo. En la congregación registrada en las cintas llevaba una especie de túnica de lana blanca, abierta en el pecho y un tanto ondeante. Tenía motivos aztecas o incas bordados en colores muy brillantes: mucho castaño rojizo, mucho turquesa, unos toques de negro y amarillo. Por debajo llevaba un sencillo tejano azul. A mi juicio, los tejanos que usa son un tanto ajustados para resultar cómodos. Lo cierto, Avram —y esto es importante—, es que la cremallera de su bragueta está tan tirante que se le han saltado varios puntos. Tiene un trasero bastante voluminoso. Al cuello lleva unas cuantas cadenas —bueno, en realidad son cadenas de bronce y correas de cuero— de las que cuelgan varios símbolos, entre los cuales la cruz —esa que tiene como una espiral en lo alto— es sólo uno. Soles, lunas, símbolos masculinos y femeninos (♀♂) y lo que parecen ser signos astrológicos le adornan las muñecas. Pescados, gemelos, flechas, cántaros, etc. (De acuerdo, haré una lista exacta. Pero no me gusta acercarme a él, y los lleva enrededados en el pelo y la barba).

Los saludos con contacto físico resultaron un tanto complicados (y casi divertidos) a causa de los nuevos miembros. Ninguno de ellos se sentía muy cómodo con la situación. El hombre, Josh Lamb, tuvo un ataque de epilepsia hace una o dos semanas. Cumplió con el «saludo» de Farrar apoyándote los dedos en las mejillas (bueno, apoyándoselos a todos, a mí, a Farrar). La mujer, Lucy Nighby, es muda. Ya te hablaré de ella. Han estado corriendo rumores sobre su historia. Es un caso de violencia doméstica y, por lo que parece, quedó muda cuando sus hijos y su esposo fueron heridos de gravedad. Están intentando hacerla hablar a fin de

resolver el caso. Parece terriblemente mansa, como si fuera incapaz de hacer daño a una mosca. No puede soportar que la toquen. Por regla general, el grupo respeta esto y todos guardan las distancias. Se estremece si cualquiera se acerca a menos de un metro. Gideon Farrar le acaricia los cabellos, como un caballerizo adiestrando una yegua. Ella no le devuelve la caricia.

Creo que Farrar ve a Lamb como a un rival. Aunque ésta no sea una observación científica, no deja de ser una observación. Se dedica a estudiar el *efecto que* tienen en él sus palabras, y se viste más llamativamente desde que él ha llegado.

En las cintas —después de una en que los cuáqueros hablan de Blake, las fieras y los corderos, y otra en que hablan del sosiego deseable— hay una larga exhortación de Farrar, típica de él. He llegado a la conclusión de que una de sus palabras *favoritas es «camaradería». Otra es* «bienvenido». Otra es «ilimitado». Siempre está hablando de echar abajo las barreras.

Tengo la impresión de que muchos de estos modernos movimientos religiosos, que se esfuerzan por echar abajo las barreras que separan la institución religiosa del mundo cotidiano «normal», se pasan de la raya. La religión necesita del misterio, la distancia y las ceremonias para prosperar. Mientras que antes era una persona con hábito, intocable, que permanecía detrás del comulgatorio, ahora ha echado abajo éste simbólicamente, junto con la reja del coro, y lo ha quemado. Antes alzaba una hostia simbólica ante un altar sagrado. Ahora, como ha desacralizado el comulgatorio, el altar, el pan y el vino y a sí mismo, tiene que dejarse la piel para conseguir el mismo efecto y despertar el entusiasmo de su grey. Habla largo y tendido —ya lo oirás en la cinta (por favor, haz una copia y acusa recibo; estoy realmente preocupada)— sobre los viejos monasterios, sobre cómo dejaban siempre las puertas abiertas y alimentaban copiosamente a todos los que acudían, y mantenían una comunicación constante entre el mundo espiritual y el mundo cotidiano. Sus comidas cristianas consisten en

enormes bocadillos, con un pan que él mismo corta con gran ostentación, y jamón cocido que trincha también con gran ostentación. (Me pregunto si habrá elegido el jamón para transgredir deliberadamente el tabú judío sobre la carne de cerdo no purificada). Es una especie de gran anfitrión que sin duda tiende a identificarse con su propio Dios. Le gusta citar aquello de «Venid a mí todos los agobiados y los cargados, y yo os haré descansar», y no queda demasiado claro quién es «mí», si Jesucristo o Gideon Farrar. También habla mucho sobre «abrirse». «Abríos», dice, y yo veo cómo se tensa su bragueta. (Sí, lo sé, es asqueroso). Y: «La verdad os hará libres». Su idea de «la verdad» es que cada uno haga una confesión pública completa de sus pecados —bueno, la verdad es que, como ya verás, evita cuidadosamente la palabra «pecado» y la reemplaza por otras como «faltas graves», «errores», «equivocaciones» e incluso «infortunios»—. La camaradería lo curará todo. «Haré más livianas vuestras cargas», «Apartaré de vosotros el miedo y la oscuridad y viviréis en la claridad». (Ésta es una cita exacta).

El hecho es que hoy traspasó los límites de alguien. Su sermón había ido bien; una o dos personas sollozaron y una o dos más sonreían beatíficamente. Así que decidió —supongo— intentar un milagro. Habló con rodeos sobre «una de nuestras amadas compañeras» que tal vez portaba una penosa carga en el corazón, de la que no conseguía librarse. No importa lo que hayas hecho, no importa lo que te hayan hecho, dijo, si lo compartes será el principio de la curación, la confesión te liberará. Jesús arrojó fuera los demonios, continuó, y yo te digo que puedes liberarte de tu tormento con la ayuda de nuestra camaradería. Y fue hacia Lucy Nighby y le apoyó sus manazas en los hombros.

Lo cierto es que no fue un éxito. Por decirlo suavemente. Ella se sacudió como si un demonio se le hubiera metido dentro, más que como si hubiese salido de ella. Si alguno de los presentes no acababa de creer que fuera muda, imagino que habrá tenido que reconocer su equivocación, porque sólo siéndolo podía ella poner una cara tan horrible y hacer ese ruido ahogado de un grito silencioso. Él siguió aferrándola

por unos minutos, y el forcejeo de ella empeoró. Supongo que él pensaba que ella realmente se estaba debatiendo contra algo que la poseía. En mi opinión, él no hacía sino torturarla. Cuando la soltó, creo que pensó que ella se caería, y empezó a decir: «El proceso está en marcha, el doloroso nacimiento de…». (De nuevo lo cito exactamente. Contrólalo con la cinta. Yo no me atrevo a hacerlo, por miedo a que alguien llegue a oírlo). Pero ella no se cayó. Se quedó de pie, sacudiéndose como un perro que se sacude el barro o el agua, y simplemente dio media vuelta y se marchó. Él (el estafador) dijo algo acerca de «lágrimas ocultas», pero no había ninguna lágrima. Ella sólo estaba furiosa.

Elvet Gander fue tras ella y volvió al cabo de un minuto y se sentó sin decir nada.

Por la noche miramos un programa de televisión. Lo presentaba esa chica, Frederica Potter, que testificó en el juicio de *Babbletower* que tú registraste tan bien. Habíamos visto el primer programa —lo llaman *A través del espejo*— la noche en que Josh Lamb tuvo su ataque de epilepsia. Éste se titulaba «Mujeres libres». La idea era ingeniosa; ella intentaba que un grupo de mujeres hablaran sobre el hecho de ser mujer tal como hablan las mujeres cuando nadie puede oírlas. Será muy interesante contrastar esta charla pública con mis cintas de *Reuniones de mujeres*, cuando las publique. (Ella figura también en una de las cintas, en el lavabo de mujeres). Reuniones de mujeres tanto organizadas como grabadas en secreto. Hablaron de la menstruación de las mujeres, que yo suponía un tema tabú en televisión. Usaron un pote de Tupperware como una especie de utensilio de cocina ceremonial. Todo parece diferente cuando se discute sobre un objeto. En cierto modo se le confiere algo de esa mística sagrada que Gideon Farrar está tratando de eliminar. Aquí no puedo conseguir mucho material para mis *Reuniones de mujeres*. No hay suficientes mujeres ni hablan mucho entre ellas. Dejando aparte a la muda Lucy, claro. Sospecho que podrían contar una o dos historias sobre el fascinante Gideon, pero no creo que lo hagan. O, si lo hicieran, no lo harían en mi presencia. Aún no estoy

suficientemente integrada en el grupo. Pero no pienso dejar que él me folle en pro de la etnometodología, Avram. Hay límites. Tiene las manos siempre ardiendo. Apesta a exceso de confianza y ansiedad por partes iguales. Me detengo aquí, antes de que me vuelva menos objetiva aún y más indiscreta todavía. Por favor, acusa recibo de mis cintas.

De Elvet Gander a Kieran Quarrell.

Bueno, mi aparición en tecnicolor por televisión no estuvo mal, según creo. Los residentes de Four Pence estaban realmente impresionados. Incluso tu Josh Lamb, que está de vuelta entre nosotros, recuperado ya de su ataque de epilepsia. Ha habido cambios en la dinámica del grupo —algunos bastante violentos—, de los que debo informarte tanto desde el punto de vista profesional como personal. Como te imaginarás, tienen que ver con tus dos protegidos.

Ayer, en la congregación de adoración, Lamb hizo su jugada (no hay otro modo de decirlo). Gideon Farrar, el buen pastor, había hablado largamente durante la semana anterior sobre la dulzura y la luz, la franqueza y el contacto. Nuestro hombre se levantó hoy para contestarle —y refutarlo—, sin mencionarlo. No es fácil registrar la esencia de sus palabras. Hablaba con suavidad, con una certeza tranquila, como si estuviera hablando de un modo íntimo y directo a cada miembro del grupo. Lo que dijo era algo que tú has comentado en tus cartas al hablar de sus intervenciones en tus grupos. Dijo que subestimábamos las fuerzas del mal y la oscuridad. Alabó a los cuáqueros por su intuición de que todos portamos dentro una luz interior, pero les reprochó que, llevados por su temperancia, no advirtieran los horrores y el terror de la oscuridad externa. Todos contamos historias sobre Dios y el Creador omnipotente, dijo, que comparte nuestros sufrimientos y curará todas nuestras heridas. Ésta es una historia humana que utilizamos como un baluarte contra

el miedo real que deberíamos sentir al terror de la oscuridad. Les dijo a los cuáqueros que la luz interior era como encender una lámpara de mesa y cerrar las cortinas para protegerse del invierno nuclear. Dijo que el Creador no había hecho la tierra como un hermoso jardín vallado para que habitaran los humanos. La tierra había sido creada a partir de la materia caótica, y la luz que había quedado aprisionada en ella era débil y sufriente. Repitió una o dos veces que la historia que relatábamos era errónea. Dijo que era más exacta la historia que contaba el Libro de Job, en la que el Dios bíblico se unía a Satán para atormentar a Job. Había allí una intuición de la batalla, dijo, la batalla pareja, equilibrada, entre la oscura materia y la luz amenazada. No somos corderitos que retozan entre margaritas. Somos sangrientos chivos expiatorios y ganado desnucado, alimento para el holocausto que desea el Señor de este mundo. (Reproduzco muy mal sus palabras. El hombre es teólogo. Yo no).

Como sea, dijo todo esto con su vocecita tranquila, casi con dulzura, y se sentó bruscamente.

Y Gideon Farrar se puso de pie y dijo que esto era una visión maniquea y que nosotros éramos cristianos y conocíamos mejor las cosas. Su voz traslucía irritación, no era la habitual llamada fuerte y sonora. Me di cuenta enseguida de que Lamb lo había incitado a decir justamente eso. Volvió a levantarse y declaró que el profeta Mani había intuido la verdad; de hecho ésta le había sido revelada por su gemelo celeste en el mundo de la luz. Lo habían desollado vivo por sus acciones y, para burlarse de él, lo habían atiborrado de paja y expuesto en las murallas de Beth-Lapat. Mani sabía que la verdad podía acabar derrotada, que el sufrimiento no significaba automáticamente la redención, que el mal podía vencer. Su vía espiritual, su secreta vía, había sobrevivido, transportada a lo largo de la ruta de la seda, y había florecido entre los budistas de China. Era una vía de dificultades, una vía de ascesis. El bien es antinatural. El mundo natural —según las enseñanzas de Mani— fue obra de oscuros seres del mal que absorbieron y engulleron y

distorsionaron la luz. Él había hallado diversos modos de liberarla. Lamb reconoció que la historia de Mani era un mito. La vida de Jesucristo era asimismo un mito que había devenido verdad, tanto en la historia como en la vida de sus seguidores. El mito de Mani también era una verdad, pero una verdad a la que se había derrotado y humillado. En estos días en que incluso se dividían los átomos de la materia para obtener una energía horrendamente destructiva, junto con nubes de males invisibles que se introducían en la carne y los huesos, en las montañas y los árboles, valía la pena considerar otra vez el mensaje de Mani y su método. Puesto que se necesitaban remedios extremos.

Me pregunto si la mayor parte de esto —sin la música de su voz, sin el encanto de su rostro grave, sin la vaga amenaza contenida en su idea de las cosas, su miedo real— te suena a ti como un galimatías, o como una —una— visión de la verdad. ¿Es una verdad? Los cuáqueros —y otros— sufrieron una sacudida, como el agua a merced del viento, como un campo de trigo bajo el azote de una tempestad. Olvidaba decirte que mencionó su propia historia, de un modo enigmático. Sé, dijo, que he sobrevivido a la asfixia, he sobrevivido al cuchillo, fui evacuado a la oscuridad y vi la luz brillando en ella. Cuando llegue el momento, dijo, os diré lo que eso significa. Las historias, incluidas nuestras propias historias, son útiles unas veces pero perniciosas otras, cuando debemos ver la luz límpida, sin la confusión de lo personal. Podéis liberaros de vuestra vida personal, dijo, y vivir en la luz. Pero no es fácil.

Me quedé pensando en lo que Kent le dice al viejo y demente Lear: que tiene algo en el semblante que suscita de buena gana el apelativo de señor. Y Lear pregunta qué es ello, y Kent contesta: «autoridad». Eso es lo que tiene Lamb… y Gideon no. Tendría que ser capaz de dar una buena explicación psicoanalítica de esta «autoridad», cuya atracción percibo. Tendría que ser capaz de decir: representa al Dios Padre, la figura de nuestra infancia, la Madre Buena, incluso. Pero no es así, como sabes. Hay en él una cualidad real de *noli me tangere*. Es —que Dios nos ayude— un hombre que ha

regresado de la muerte, y es intocable porque es otro. Cuando él te toca —me toca— durante la pequeña farsa de Gideon de los encuentros corporales, la palma que apoya en la mejilla está fría como el hielo. Arde un poco, como el hielo. Parece transparente, como el hielo. No está húmeda. Es seca y fría. Ingrávida. Uno desea sentirla otra vez porque hay en ella una calma absoluta en medio de la tempestad.

Si me explayo de este modo es porque tienes que estar al tanto de lo que le bulle en la cabeza. (Hielo seco). La semana pasada Gideon se puso en ridículo con un intento de hacer hablar a Lucy. Cuando Lamb acabó su alocución no tomó asiento otra vez, sino que permaneció de pie y paseó la vista por alrededor, como un atleta triunfante después de una dura competición. Miró fijamente a Lucy. Y ella se levantó y caminó con gran serenidad hasta él. Se arrodilló delante de él, alzó las dos manos —abiertas— y habló. No dijo más que tres palabras, «Toda mi vida», y luego las repitió, «Toda mi vida, toda mi vida». No quedó claro si le estaba diciendo que lo había estado esperando toda la vida, o si le ofrecía toda su vida. Su voz sonó primero débil y temblorosa, pero luego se volvió fírme.

Tras eso siguieron los abrazos. Clemency Farrar, la sufrida esposa de Gideon, se puso de pie de un salto y fue al encuentro de Lucy. Es una mujer guapa, un tanto desmejorada, que suele vestir con mucho negro: una amplia falda larga negra, un jersey largo negro con colgantes en el cuello —turquesa y plateado— y una especie de bufanda (negra) que le cubre también la cabeza. Caminó como una sonámbula, con los brazos extendidos y temblando. No creo que estuviera actuando, pero no estoy totalmente seguro. Como sea, llegó junto a Lucy, se arrodilló a su lado y copió su gesto y sus palabras. «Toda mi vida, toda mi vida», dijo, y unas palabras trabajosamente pronunciadas pasaron a ser una declaración ritual. Tras lo cual mi pequeña Ellie, con sus vendajes blancos colgándole de las muñecas y sus piernecitas como palillos enfundadas en calcetines blancos, se levantó también de un salto y fue a sumarse a las otras dos. «Toda mi vida», dijo, «Toda mi vida».

Y allí estaba él, el intocable, con sus tres mujeres. Y luego siguieron otros. Yo no, pero unos cuantos. Todos decían «Toda mi vida», como si supieran lo que eso significaba.

Él dijo: «Hoy tomo mi verdadero nombre, que no es Lamb sino Ramsden. Soy Joshua Ramsden». Uno o dos de ellos repitieron el nombre.

Con un gesto grácil, sin tocarlos, hizo con las manos un movimiento circular ambiguo por encima de las cabezas inclinadas, bendiciéndolos y autorizándolos a retirarse. Una combinación maravillosamente discreta de modestia y poder.

El resultado práctico de todo esto es que Lucy le pidió a Lamb que me pidiera que te dijera que está dispuesta a regresar y declarar ante el tribunal, para contestar a las acusaciones de Gunner y dar testimonio. Lamb dice que ella necesita hacerlo porque ahora sabe que tiene que afrontar un comienzo completamente nuevo, y aclarar el pasado, a fin de entrar en el futuro. Ella sigue todos sus movimientos con los ojos, cuando no con todo el cuerpo. Otra *noli me tangere*. Pero, en este caso, pienso en *sir* Thomas Wyatt y su Ana Bolena: «*Noli me tangere,* pues pertenezco al César / y, aunque mansa, soy cerril cuando sujetarme quieren». Uno y otra son cerriles.

He estado reflexionando otra vez sobre la conveniencia de seguir adelante con esta experiencia comunitaria —aunque sólo sea parcial— ¿de qué? ¿Del carisma? ¿De una visión sobrenatural? De fuerza y energía espiritual, digamos. He estado pensando en Jung y Freud. Cuando uno presencia esta clase de tumulto espiritual, comprende que Jung se aventuró en esos mundos, sin que lo asustara el ridículo que suele acompañar al vocabulario, repulsivo estéticamente, típico de las búsquedas espirituales (auras, visiones, incursiones en el mundo de ultratumba y demás). Jung luchó hasta el final con los demonios y las criaturas de la noche, y dijo que todos debíamos bajar al mundo subterráneo, ir al encuentro de las

Madres, de los Muertos, y oírlos hablar, pues sólo así podríamos constituir nuestro ser total, sano y saludable. Afirmaba que la sombra colectiva y sus imágenes (o historias) arquetípicas podían llegar a destruirlo. Siempre he detestado la palabra «arquetipo», pero se ajusta a la perfección a lo que Lamb trata de hacernos ver, a los oscuros lugares secretos en que ha estado. Las coincidencias son en verdad extrañas. Dice que vio espejos cubiertos de sangre en *A través del espejo*, y sostiene que la mención de los gemelos en la discusión sobre Lewis Carroll fue una señal. Lo cierto es que fue curioso. El mundo es curioso. Nuestro querido y resistente Sigmund conservó la mente intacta —al igual que el cuerpo— en el rancio ambiente de la Viena burguesa. Pero se esforzó por quitar importancia a la singular particularidad de las experiencias espirituales, racionalizándolas de un modo penosamente desacertado.

Zag y yo hemos experimentado con los efectos psicodélicos del ácido lisérgico. He visto algunas criaturas hermosas, algunos espacios imaginarios —y algunos horrores y monstruos— para los que no hay cabida en la filosofía de Sigmund. Ángeles y pastores, carne muerta y espantosos seres jorobados. No comparto la idea de Timothy Lear y de que éste es un atajo para que cualquiera pueda ver el infinito en un grano de arena. Más bien coincido con Josh Lamb en que se requiere una ascesis, una disciplina, que nos guíe en nuestro camino a esos mundos.

Está bien, Kieran. Yo también lloré cuando habló de la asfixia, el cuchillo y la evacuación. Pero yo conocía los hechos. Ellos no. Y aun así. Él se está mostrando ante ellos, trozo a trozo.

De Brenda Pincher a Avram Snitkin.

¿Has recibido alguna de mis cintas? Tengo la horrible intuición de que la grabación de esta última —con mucho, la más importante— es defectuosa. Creo que hay muchas interferencias, mucho ruido. Es la grabación de una «electrizante» alocución de J. Lamb, pero me niego a creer que haya podido tener en mi máquina el mismo efecto que sin lugar a dudas tuvo en todos los presentes. Una charla impresionante sobre hombres desollados y demonios. Avram, tienes que hacer una copia buena de esta cinta. Tienes que ponerte en contacto conmigo, decirme cuánto quedó grabado. No puedo anotarlo todo por escrito porque llamaría la atención. Por favor, ponte en contacto. Mi salud mental empieza a depender de ello.

De Kieran Quarrell a Elvet Gander.

Bueno, el asunto de Lucy ha quedado de algún modo resuelto. Hoy se presentó ante el juez. Querían dejarlo concluido antes del receso de Navidad, algo soprendentemente amable de su parte, considerando las demoras de la ley en este rincón del mundo. A Ramsden (¿tenemos que llamarlo Ramsden?) se le permitió acompañarla para que le diera apoyo moral, y porque existía la posibilidad de que Lucy volviera a enmudecer si él no estaba presente. El magistrado había hablado con dos de los tres niños, quienes persisten en sus testimonios contradictorios. Se llaman Carla y Ellis, de nueve y seis años respectivamente. Carla dice que Lucy cogió el rastrillo y fue tras Gunner «porque él seguía protestando por la suciedad de la casa». Ellis dice que Gunner golpeó a Lucy, y Lucy mordió a Gunner, y Gunner cogió el rastrillo y Lucy «consiguió sacárselo y se lo clavó y él huyó». Nadie mencionó qué efecto puede haber tenido en su testimonio lo que hayan conversado entre ellos en todos estos meses. No estuvieron presentes en el juicio. Se temía que la más pequeña, Annie,

perdiera un ojo. Lo cierto es que alguien los atacó con una furia insana. Por las pruebas que poseen, basadas sobre todo en las declaraciones de Gunner, tienen que acusar a Lucy.

Gunner fue el primer testigo y habló en su propia defensa. Es un tipo fornido, torpe y de aspecto malhumorado que camina ahora ligeramente inclinado hacia un lado para mostrar que está herido (probablemente tuviera los músculos contraídos o doloridos, pero la impresión que da es la de estar haciendo teatro de un modo muy burdo). Dijo que sabía que no había sido un marido perfecto, pero que nada de lo ocurrido era obra suya. Él no había golpeado a los niños. Lucy se había vuelto loca, eso era lo que había pasado. De pronto se había echado a gritar y había descargado golpes a ciegas con el rastrillo. A él lo había golpeado en la cara. (También se le veían esas cicatrices). Cuando le preguntaron por qué, si los niños estaban en peligro, él había salido corriendo para el gallinero, dijo que ahí guardaba su moto y que tenía intención de ir a buscar a la policía. Dijo que los niños estaban bien cuando él se había ido y que no pensó que ella les haría daño, porque nunca antes lo había hecho. Cuando le preguntaron cómo había empezado todo, dijo que fue porque él había comentado que la cocina estaba inmunda, lo que era la pura verdad. Lucy era una guarra, y eso le había dicho él. Pero sólo se lo había «dicho», no la había golpeado. «A ella no le encontrarán marcas», dijo. Lo que, por desgracia, es cierto.

Luego testificaron los que los encontraron. Dos científicos —estudiosos de los caracoles, un hombre y una mujer— y un matemático, que encontraron a Lucy y avisaron a la policía. Dijeron que Gunner sí que sabía que los niños estaban heridos. La mujer, Jacqueline Winwar, dijo que él había «refunfuñado que los niños estaban heridos». Cuando la apremiaron para que fuera más precisa, dijo que él no había sido totalmente coherente pues había perdido mucha sangre. Pero con toda certeza había dicho que los niños estaban heridos. Le preguntaron con qué tono de voz había dado él esa información. ¿Había dado a entender quién los había herido? Me fascina la habilidad antinatural de los abogados

para formular preguntas sobre emociones violentas y hechos ciertamente violentos de una manera artificialmente «objetiva» y «neutra». La señorita Winwar, una testigo modelo, precisa y ecuánime, dijo que desde luego él no había hecho ninguna insinuación de que hubiera sido él quien los había herido. Su tono predominante era de indignación, dijo. Una indignación general. No, aseguró, en realidad no había dicho que Lucy hubiera herido a los niños. Lo que más le preocupaba era su propia situación. Tal vez era lógico, dadas las circunstancias. Estaba convencido de que Lucy lo había «asesinado». Esto lo indignaba, explicó Winwar. Era indignante ser asesinado por una mujercita. Y era indignante porque había sido con su propia paleta de albañil. Con unos pocos detalles, ella creó la sensación de que Gunner era completamente irrazonable. Pero no dijo que él hubiera dicho que había herido a los niños.

Cuando llegó el turno de Lucy, todo el mundo fue muy amable. Habló desde el banquillo de los acusados, con una asistente social sentada a su lado. Yo me senté en la sala, junto a Ramsden. Mientras ella hablaba lo miraba fijamente a él. Su voz era débil y ronca, como si no estuviera plenamente segura de dónde se hallaba.

Dijo que Gunner la había atacado con el rastrillo. Dijo que solía atacarla, en especial cuando había estado bebiendo. No, en esa ocasión no había estado bebiendo. Sí, lo había seguido al gallinero y le había clavado la paleta de albañil. Lo había hecho en medio de una violenta discusión posterior, sí, para defenderse. Él se disponía a golpearla con algo pesado. Posiblemente con una llave inglesa, sí. No lo había visto bien porque estaba llorando. Sí, tenía miedo. Sí, temía por su vida.

¿Por qué había dejado solos a los niños? Miró a Ramsden en busca de ayuda antes de contestar. Dijo que no sabía por qué, no recordaba nada con claridad.

¿Quién había herido a los niños? Volvió a mirar a Ramsden y luego respondió que los había herido Gunner. Y añadió: «Suele herir a la gente sin pensar».

¿No era ella quién había herido a los niños?

No, contestó.

¿Los había lastimado alguna vez?

Agitó la cabeza en un gesto de negación.

—¿Por qué me pregunta eso? ¿Por qué? Nunca lo haría. No lo hice. Son mis hijos.

—También son los hijos de Gunner.

—Él no piensa, cuando se pone así.

¿Por qué entonces había seguido a Gunner hasta el gallinero y dejado a los niños, que necesitaban ayuda?

Miró con desesperación a Ramsden.

—No sé por qué. Todo había acabado. Yo sabía que todo había acabado. Uno no hace siempre lo mejor, lo más sensato.

—¿Qué quiere decir con que «todo había acabado»?

—Pues eso. Que ya había terminado. Todo había terminado.

Su carita redonda era la viva imagen del sufrimiento. Todo el mundo sintió compasión, yo incluido. La declararon culpable de los daños corporales y la dejaron en libertad condicional, con la condición de que ingresara en un hospital psiquiátrico. Como puedes ver, tanto la policía, como los servicios sociales, como el tribunal estaban favorablemente dispuestos hacia ella. Además, Gunner tenía antecedentes policiales por peleas en bares y conducción temeraria de la moto. Gunner dijo que no pensaba seguir en ese lugar, y se marchó furioso. La casa y las tierras son de Lucy, no suyas, y se supone que por eso se casó con ella. Ahora resulta ser que de hecho no estaban casados porque él tenía esposa en Islandia. Antes de que se «casaran», era marinero, no granjero.

Con todo, Elvet, por primera vez me pregunto quién hirió a los niños, qué ocurrió exactamente. Investigamos con preguntas cuidadosas, neutras, y no obtenemos más que confusión y misterio. No sé si hay alguien que sepa qué sucedió ese día, o que alguna vez llegue a saberlo.

Pero necesito verte con urgencia para hablar contigo. El motivo es que Lucy quiere ceder la casa de Dun Vale a las Fieras del Espíritu, para fundar una comunidad religiosa (y

terapéutica). La verdad es que quiere dársela a Joshua Ramsden. Y, si bien la venida de los cuáqueros puede ser beneficiosa —realmente pueden hacer mucho bien a muchos —, la comunidad en sí encierra un peligro nada desdeñable. Tenemos que reunirnos para hablar sobre el estado mental de Ramsden —«salud mental» suena presuntuoso— y discutir sobre las cuestiones legales que habría que resolver para que se instalen allí y sobre la conformación del nuevo grupo.

Ramsden se muestra orgulloso y confiado. «Ésta es nuestra oportunidad para hacer algo bueno en este mundo», dice. A veces tenemos que correr riesgos, ¿no crees?

14

Cuando el trimestre de otoño llegó a su fin, el grupo de «Mates no» quedó reducido a su mínima expresión. Se reunía ahora en «El ojo de Argos», en Blesford, y estaba conformado básicamente por cuatro personas: Vincent Hodgkiss, Luk Lysgaard-Peacock, Marcus Potter y John Ottokar. El profesor Calder-Fluss había nombrado a Marcus responsable del grupo, y John Ottokar representaba al departamento de informática de la universidad.

El rector se hallaba ausente, según explicó Hodgkiss, a causa de ciertos problemas administrativos. Los de la antiuniversidad estaban creciendo como la mala hierba. Las tiendas de plástico se multiplicaban como hongos. Había un ir y venir de caravanas y autocaravanas. Los estudiantes de la universidad concurrían en masa a los cursos de la Antiuniversidad. Los seguidores de Jonty Surtees se reunían ahora regularmente con Nick Tewfell, el presidente de la Asociación de Estudiantes. Se habían quejado oficialmente del plan de estudios de cuatro años, con sus matemáticas y sus lenguas obligatorias.

—Quieren «teoría y práctica de situaciones reales de la vida» —dijo Hodgkiss con su voz aguda y su acento de Oxford, recostándose en el asiento de madera.

Luk preguntó qué se enseñaba en la antiuniversidad. Hodgkiss explicó que había habido una discusión de trece horas de duración conducida o, mejor dicho, iniciada por Avram Snitkin, en la que debatieron si debían —o podían— discutir todo en foros artificialmente organizados como aquél en que se encontraban en ese momento. Hubo también una reunión muy concurrida en la que se criticaron los exámenes, y un curso sobre «desacralización de las estructuras opresivas». Y un maratón de treinta y seis horas mirando

televisión, «contra el consumismo pasivo», al final del cual habían destrozado el televisor a martillazos y lo habían reducido a cenizas.

Estaban también los cursos de la mujer de Wijnnobel, que atraían multitudes, tanto de dentro de la universidad como de fuera. Daba conferencias —oraciones— sobre «Identidad mística», «Astrología visionaria», «Sabiduría secreta del mundo antiguo». También dirigía «sesiones interactivas» sobre cosas tales como quiromancia, oniromancia, geomancia y elaboración de horóscopos.

Luk comentó que, o bien Wijnnobel era tonto, o bien era un santo.

Hodgkiss dijo que no tenía un pelo de tonto. Posiblemente fuera un santo. Era un hombre de principios liberales para quien la libertad de expresión constituía un derecho, y creía que los estudiantes acabarían por dejarse convencer por una juiciosa combinación de elocuencia y razones.

—«La razón es opresión», según un cartel que pegaron en la Torre de Matemáticas —dijo Marcus.

Hodgkiss dijo que, como decano de los estudiantes, era el brazo secular de la institución, por así decirlo, y tal vez debiera hacer algo. Algo autoritario, o algo maquiavélico.

—Ninguna de las dos cosas va conmigo. Prefiero sentarme aquí a leer a Wittgenstein y beber cerveza. Creo que los estudiosos no son buenos en materia de autoridad. En cuanto a la mujer de Wijnnobel, no es una posesión personal de él. Ni ha hecho voto de silencio.

Luk dijo que, a su juicio, el rector llevaba el altruismo hasta un extremo absurdo. Hodgkiss murmuró que, por lo visto, se le había endurecido el corazón, a lo que Luk no respondió. Nadie comentó nada sobre la ausencia de Jacqueline. John Ottokar estaba aún bregando con los complejos programas necesarios para analizar sus picos de potencial de acción, pero no dijo nada de ella en cuanto al grupo se refería. También estaba ayudando a Luk con las matemáticas, igualmente complejas, de su investigación sobre el sexo y el altruismo. Luk se había interesado por las agudas cuestiones planteadas por John Maynard Smith acerca del mayor costo (en energía) que representaba para una especie la reproducción sexual con respecto a la partenogénesis. ¿Por qué las criaturas simplemente no creaban un retoño o un clon? Luk había

comprobado que la babosa negra del norte, *Arion ater*, se fertilizaba a sí misma, por lo que toda la población estaba compuesta por clones. La babosa roja del sur, *Arion rufus*, era, según el modo hermafrodita común, un ser sexual que actuaba agresivamente para conseguir ventajas sexuales y, lo que es más, practicaba el canibalismo. Si uno se llevaba a la casa un cubo repleto de babosas clones, éstas se apiñaban amigablemente. Mientras que, si el cubo estaba lleno de *Arion rufus*, se destrozaban unas a otras, y sólo quedaban uno o dos ejemplares selectos. Si uno las ponía en un lugar seco y caluroso, las babosas negras compartían amistosamente el húmedo lodo, en tanto que las rojas, movidas por una justificada desconfianza, se sofocaban de calor y se resecaban.

Hodgkiss señaló que los biólogos empleaban el término «altruismo» de un modo muy desconcertante. El término se refería a la solicitud humana para con los demás, que incluso podía ser amor. Una persona que daba la vida por sus amigos. La exquisita cortesía de Gerard Wijnnobel (si es que eso era). No simplemente la preservación de los genes.

—Todos hemos crecido con la imagen de la alondra madre —dijo John Ottokar, el cuáquero—, que finge estar herida en un ala para alejar al cazador. Nos enseñaron que esto demostraba que el amor y el altruismo formaban parte del mundo natural.

—Según las matemáticas implícitas en todo esto, que tú entiendes mejor que yo, es un simple caso en que conviene el propio sacrificio porque se protegen más genes —repuso Luk—. Según esta manera estadística de considerar el amor, claro, el amor perfecto no es el de la madre. Es… no puede ser otro que el amor de los gemelos monocigóticos. Los clones, como mis babosas negras.

—Un monocigoto —dijo John Ottokar lentamente— es a la vez madre y hermano de su gemelo. Partenogénesis después de la reproducción sexual.

Luk se disponía a engolfarse en una compleja exégesis de la teoría de la selección por parentesco, cuando cayó en la cuenta de que, para John, el problema de los monocigotos era una cuestión personal. Así que dijo:

—Bill Hamilton ha estado investigando las matemáticas de la maldad. Buscando ejemplos de malevolencia provechosa en el mundo no humano. La malevolencia como opuesta al egoísmo. La

ética casa mal con la biología. No creo que las babosas rojas sean malévolas. Creo que ocurre lo mismo que con las gallinas sometidas a la superpoblación de una granja de cría intensiva, que se lastiman unas a otras. Picotean a la más débil.

—El chivo expiatorio —apuntó Hodgkiss.

—Ése es un concepto religioso —replicó Luk—. La religión es una elaboración destinada a explicar ciertas cosas. No es un estudio de causas y efectos.

—Los seres humanos son malévolos —dijo John Ottokar—. Gozan con las ejecuciones. Se reúnen en pandillas y atormentan a los que son raros o débiles. Arrancan las alas a las moscas y queman gatos.

—Los seres humanos son capaces de sacrificarse por los demás y de ser gentiles —repuso Hodgkiss—. De respetar a otros. El objeto singular de la ética es el bípedo desnudo. No la molécula en la hélice.

—Siempre han necesitado la religión para cumplir con todo eso —acotó John.

—No se puede defender la verdad con mentiras —dijo Luk.

Hodgkiss frunció los labios en un gesto que era a la vez una expresión de excitación y de beligerancia. Es imposible saber cómo habría derivado la discusión, porque fue interrumpida.

En la puerta del bar apareció una mujer con un niño, cogidos de la mano, el pelo de un rojo encendido. Eran Frederica y Leo, que habían ido al norte a pasar las vacaciones de Navidad y, a pedido de Winifred, acudían a buscar a Marcus. Frederica se dirigió con decisión a la mesa del grupo, complacida de verlos. Ellos no estaban complacidos de verla. Su presencia quebraba el círculo.

—¡John O., John O.! —Exclamó con entusiasmo Leo; pero, viendo que John parecía un tanto amenazador y ceñudo, preguntó, dubitativo—: ¿Es John, no? No es Paul, ¿o sí? Sé que es John, ¿o no?

—¿Acaso importa? —dijo John, lentamente.

—Mamá quería saber… —empezó a decir Frederica, dirigiéndose a Marcus. Echó una mirada a su alrededor—. Estáis muy bien aquí, ¿no? ¿Dónde está Jacqueline? Supongo que los caracoles están hibernando. Ya hace mucho frío. Quería hablar contigo, Luk. Quería preguntarte si te interesaría participar en un

extraño programa de televisión.

Luk se puso de pie.

—No —contestó—. No me interesa. Tengo que irme.

—Tal vez podría ir contigo para hablar un poco…

—No quiero causar problemas. No le veo el sentido a decir cosas complejas en frases concisas, junto con entretenimientos graciosos. No tiene sentido. Tengo que irme.

Y se marchó. Frederica se quedó mirando cómo se marchaba. El barman se acercó para advertirle que no se permitía la entrada de los niños.

—Ven, Leo —dijo John Ottokar—, te acompaño afuera.

Frederica, cabizbaja, le transmitió a Marcus el mensaje de su madre. Vincent Hodgkiss, arrellanado en su asiento, miró a los dos hermanos y se dijo que, en este caso, la teoría de la selección por parentesco fallaba un tanto. La mujer se parecía más al furioso biólogo —también pelirrojo, también rebosante de energía— que al delicado y reservado matemático de ojos entrecerrados. Lo que no supo —en ese momento— fue que Marcus también estaba pensando en los escasos lazos que lo unían a su hermana. Cuando Stephanie vivía, pensó Marcus, había una relación entre los tres. Recordó entonces su muerte, pese a sus esfuerzos por no hacerlo. No se le había exigido que se sacrificara por ella. Sólo que mostrara la suficiente presencia de ánimo para desconectar con rapidez un conmutador eléctrico. Cosa en la que había fallado. Clavó la vista en su cerveza, con aire abatido, y dijo que volvería pronto, debía llamar a su madre, tenía cosas…

—Vamos a ir a cenar —dijo Hodgkiss—. Tenemos cosas que tratar.

Marcus alzó la vista y volvió a bajarla. No le interesa la gente, pensó Hodgkiss, y nunca se le había ocurrido —hasta este momento — que yo pudiera estar interesado en él.

Frederica se levantó, tras haber destrozado sin ninguna intención un grupo armonioso. Dio media vuelta y salió para reunirse con su hijo y su amante. No tenía la más mínima idea de cómo actuar con éste.

El único restaurante de Blesford era una especie de *trattoria*

minúscula y abarrotada, así que Hodgkiss llevó a Marcus fuera del pueblo, a un hotel, el Rosa de York. El salón comedor era acogedor, y en el hogar ardía un buen fuego. Había otras tres parejas que hablaban en voz muy baja en la silenciosa sala. Las mesas tenían manteles blancos de damasco y candelabros de plata, y del techo colgaba una araña central muy brillante. Hodgkiss solicitó que disminuyeran un poco la intensidad de la luz. Las cortinas de las ventanas eran verdes con un dibujo de rosas y escaramujos blancos. Hodgkiss pidió una botella de vino blanco de Borgoña, sopa de espinacas y lenguado a la parrilla. Marcus escogió lo mismo.

—No pongas esa cara de preocupación. Esto es altruismo forzado. Necesito tu ayuda con un problema. Y pareces hambriento.

—¿De veras?

—Sí.

Marcus removió su sopa. Nunca mira a la cara, pensó Hodgkiss. Es una mónada. ¿Se lo digo? Mejor que no. Observó cómo Marcus revolvía la sopa en el otro sentido, tomaba un cauteloso sorbo y se enjugaba la boca. Nunca debo tentarlo con las delicias de la carne, pensó Hodgkiss, ofreciéndole un panecillo.

—Se me ocurrió que tú serías capaz de hacerme entender las matemáticas de conjuntos infinitos de Cantor —dijo.

Marcus dejó la cuchara y tomó un sorbo de vino.

—Wittgenstein dio un ciclo de conferencias en 1939 sobre los fundamentos de las matemáticas —continuó Hodgkiss—. Criticó el método diagonal de Cantor. Con una vehemencia extraordinaria.

Marcus alzó la vista.

—¿Por qué?

—¿Puedes explicármelo, de un modo que yo sea capaz de entender? ¿O que entienda lo suficiente para pensar en ello?

—Claro —dijo Marcus, sonriente. Su sonrisa era amable y tímida y le iluminaba la cara.

Comenzó su explicación. El método diagonal —que puede visualizarse geométricamente— consiste en relacionar conjuntos finitos con conjuntos infinitos. Dos conjuntos infinitos son iguales si es posible ponerlos en una correspondencia uno a uno. Se dice que tienen la misma «cardinalidad». Como, por ejemplo, el conjunto de todos los números pares, o el conjunto de todos los números «naturales» (1, 2, 3, 4, etc.). Se los puede representar con un

conjunto de diagonales que se bifurcan. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó un sobre, y dibujó unas líneas horizontales cortadas por otras verticales. Hodgkiss le alcanzó una libreta con tapas de cuero. Se inclinaron sobre ella, las dos cabezas juntas. El pelo de Marcus olía a juventud, y de su piel se desprendía el leve olor a hamamelis de un jabón infantil. Sus finos dedos seguían trazando líneas con seguros trazos cuando les sirvieron el lenguado. La punta del lápiz se rompió, y Hodgkiss le ofreció su estilográfica. Observó cómo Marcus la cogía y probaba la inclinación de la pluma y el flujo de tinta. La estilográfica era corta y gruesa, de color negro y azul marino jaspeado. Guiada por la mano de Marcus, trazó una red de líneas, de representaciones de ramas, de formas que recordaban la disposición de las espinas en la columna vertebral de un pez.

—Y así se pueden ordenar todas las fracciones racionales de una manera sistemática y hermosa, de este modo…

Observando los seguros movimientos de los dedos de Marcus, Hodgkiss tuvo la sensación —bastante agradable— de un rollizo escolar que contemplara a un ágil compañero balanceándose grácilmente en lo alto de un gimnasio, en cuerdas a las que él ni lograba llegar.

—Ya veo. Casi lo veo. Lo veo mientras lo explicas. ¿Esto tiene relación con las ideas de Godel sobre la incompletitud?

—Claro.

Marcus trazó más líneas y bebió dos vasos de vino. Explicó la hipótesis del *continuum*, y dijo que Cantor se había vuelto loco y que se creía que era esta hipótesis la que lo había llevado a la locura. El rostro se le ensombreció, y dejó la pluma de Hodgkiss.

—Es comprensible —dijo.

—¿El hecho de volverse loco con las matemáticas? —inquirió Hodgkiss.

Marcus miró los restos de su plato, el esqueleto del pescado, con los blancos ojos hervidos y la boca abierta, y alzó la vista para encontrarse con la mirada de Hodgkiss.

—¿Por qué Wittgenstein detestaba el método diagonal?

—Aquí es cuando me estrello con mi incapacidad para entender de qué se trata, porque no entiendo las objeciones que le hace. Habla del método casi como si fuera demoníaco, como si se tratara de una especie de encantamiento lanzado sobre los matemáticos,

quienes se sentían inclinados a aceptarlo porque, al ser matemática y lógicamente coherente, era verdadero e incontrovertible. Hilbert, el matemático, declaró: «Nadie podrá expulsarnos del paraíso que Cantor ha creado». Wittgenstein solía decir en sus clases que él no tenía la más mínima intención de sacarlos de este paraíso. Sólo quería demostrar que no era en absoluto un paraíso. Era un pantano, un cenagal lleno de confusión y quimeras filosóficas… y de metafísica engañosa. Cuando vieran esto claramente, querrían abandonarlo por propia decisión. Wittgenstein decía que lo abandonarían. ¿Debo entender que tú prefieres permanecer en él?

—Es muy hermoso —dijo Marcus despacio.

—Pero ¿es real?

—Para mí, sí. Creo que es infinitamente más real que el mundo cotidiano. —Miró a su alrededor—. Más real que esta sopa, que las velas, la cuchara, la llama. Si bien los números están en todas ellas.

Tuvo una fugaz visión de los líquidos, sólidos y gases, la brillante plata, las fibras vegetales disolviéndose en moléculas que rotaban, formadas por partículas en movimiento. Alzó los ojos y se encontró con la inquisitiva mirada de Hodgkiss.

—Según entiendo —dijo el filósofo— hay matemáticos que creen que los números finitos son objetos reales que se pueden descubrir, o intuir, en el mundo real. Pero no todos creen que los conjuntos infinitos completos sean reales del mismo modo. ¿Son espejismos mentales, quizá, o ficciones? ¿Tú que opinas?

—No es fácil. No es fácil explicarlo. —Marcus se sentía incómodo con el lenguaje—. Los números reales se pueden mover por el papel, o haciendo experimentos mentales. No creo en los conjuntos infinitos del mismo modo. Tal vez sólo sean visiones relampagueantes que aparecen en el cerebro, que necesitamos para poder pensar en los números.

Hacía mucho tiempo que Marcus no hablaba con nadie sobre la naturaleza de las cosas. De pronto percibió la presencia física de Hodgkiss, aunque de un modo muy vago. Hodgkiss observó cómo trazaba círculos en el damasco blanco con los dedos, e hizo un esfuerzo consciente por parecer más apacible y menos amenazador.

Marcus dijo, un tanto vacilante, que era verdad que el método diagonal de Cantor, y los conjuntos infinitos, constituían hasta cierto punto una religión. Pronunció esta palabra con notorio

trabajo. Los números finitos, dijo, eran el universo visible. Estaban en éste aun cuando nuestras descripciones humanas de ellos y de su naturaleza fueran erróneas, y sin duda eran incompletas. Los conjuntos infinitos eran como ángeles. Formas de formas.

—¿Wittgenstein odiaba a los ángeles, entonces? ¿Pensaba que realmente eran demonios? Lo extraño es que yo percibo los conjuntos infinitos con todo el cuerpo, no sólo con la mente. No parecen ser elaboraciones mentales. Siento como si yo estuviera dentro de ellos, como si fuera parte de ellos, no como si los observara de fuera. Es posible que, por así decirlo, no pueda salir de ellos porque somos los seres humanos quienes los hemos creado.

Le sonrió a Hodgkiss, y éste pensó que su sonrisa, tan infrecuente y a la vez inocente y hermosa, lo transfiguraba.

—¿Entiendes lo que digo?

—Por analogía —contestó Hodgkiss—. Tengo que sustituir los conjuntos infinitos, que me resultan incomprensibles, por cosas que sí entiendo. Pero conozco lo que es pensar con todo el cuerpo y observar con la mente. Sé de la conexión entre los dos, y de las diferencias.

Marcus lanzó un suspiro.

—Los ángeles eran seres imaginarios. El ángel con la espada de fuego en las puertas del Paraíso. Te diré algo que por lo general no le cuento a nadie. Cuando era pequeño yo solía resolver los problemas matemáticos visualizando un jardín. «Visualizar» no es la palabra correcta. Viendo un jardín. Y las formas matemáticas estaban en el jardín, cosas que se ramificaban, colinas y piedras, una fuente. Árboles angélicos, colinas y piedras. Eran cosas transparentes de diferentes colores, o carentes de color. Yo acostumbraba resolver los problemas en el jardín y ver la solución, si es que entiendes lo que quiero decir.

—La verdad es que no lo entiendo —confesó Hodgkiss, que tenía por norma decir la verdad—. Imagino una especie de tragaperras de tamaño real, pero no creo que sea eso lo que quieres decir. ¿Es como una música inaudible? ¿La partitura de una sinfonía perfecta que nadie ejecuta?

—Lo de la tragaperras no está mal. Esas máquinas me hacen recordar al jardín. Siempre en movimiento. Había senderos en espiral alrededor de la fuente y ramas en espiral alrededor de los

árboles. Las cosas que se ramificaban eran animales y también minerales, creo, cosas como las dendritas y los bronquios, como las formas ramificadas que aparecen en el hielo o el cristal resquebrajados.

—¿Y aún puedes, digamos, visitarlo?

Marcus tembló ligeramente y hundió los hombros.

—Estuve muy enfermo, durante la adolescencia. Pasaron cosas graves. Fue horrible. Fue entonces cuando lo perdí.

—Expulsado del Paraíso. Qué lástima.

—Pensé que me estaba volviendo loco.

Ya no miraba al filósofo. Hodgkiss le dijo con tono ligero que Francis Galton había recopilado un gran número de relatos escritos por personas que visualizaban paisajes o planos coloridos o huecos de escaleras para resolver cuestiones matemáticas. Casi todos se sorprendían mucho al saber que no eran los únicos en hacer tal cosa. El propio Galton trabajaba así.

—Era capaz de visualizar la regla de cálculo, y operarla —añadió Marcus.

—Y tú estás trabajando en las máquinas pensantes, en el cerebro como ordenador.

—Eso intento. Aún no he conseguido nada. El núcleo de todo es la formación de conceptos y la toma de decisiones. Me gusta la idea de máquinas que reconocen patrones, aunque de lo que se trata en la inteligencia artificial es de llaves que pueden conectarse o desconectarse y de módulos independientes. Manipulación de cantidades ingentes de datos. Un autómata primitivo que imita un número limitado de operaciones mentales. Mientras que lo que yo quiero hacer… —Vaciló—. Lo que yo quiero hacer en realidad es…

No estaba habituado a reflexionar en lo que quería, y la novedad de hablar de ello lo dejó sin habla.

-¿Qué quieres hacer?

-Quiero estudiar cómo es que los números son inherentes a las cosas. Quiero comprender por qué ciertas cosas crecen según la espiral de Fibonacci. Las ramitas que crecen de las ramas, las ramas que crecen del tronco de los árboles. Las margaritas y los girasoles. Algunos caracoles y piñas. Se necesita una combinación de matemáticas, física y biología celular, y… quiero resolver la filotaxis.

—La obsesión de Alan Turing —comentó Hodgkiss—. Por lo que sé, su imaginaria máquina pensante sirvió de base al trabajo de Calder-Fluss y a tu idea sobre todo esto. Wittgenstein decía que todo el sistema de lógica matemática no era más que un «juego de lenguaje», como lo llamaba él, con reglas humanas. Turing decía que, si había una contradicción en los cálculos que se hacían para construir un puente, éste se derrumbaría.

Marcus vio fugazmente la imagen de un puente, con sus gruesos pilares y sus arcos, desintegrándose en ligeras partículas.

—No es un simple juego —replicó.

—Turing iba a todas partes con los bolsillos llenos de piñas para demostrar el misterio de la filotaxis. Confiaba en conseguir que sus máquinas, reales e imaginarias, resolvieran cosas como éstas. Cosas tales como el desarrollo del embrión y la repetición de patrones regulares en la piel de las cebras, en las polillas, en las plumas…

—No sé nada de eso. Necesitamos máquinas reales que trabajen más rápido y mejor. Pero creo que puede hacerse…

—Entonces tendrías que trabajar en ello, ¿no crees? La vida es corta.

—No sé física, ni biología celular. Es muy difícil, terriblemente difícil.

Por un momento le brillaron los ojos.

—Habla con Wijnnobel. Ha investigado las ideas de Fibonacci, en ciertos aspectos. Y cree que hay que atravesar las líneas de demarcación. Le agradará que conjugues la física, la biología celular, los algoritmos…

Hodgkiss pidió un *soufflé* de chocolate «excepcionalmente oscuro», según rezaba el menú. Marcus, otra vez a sus anchas, incluso animado, señaló que las matemáticas de la expansión de las claras batidas a punto de nieve también eran interesantes. Hodgkiss paladeó el líquido caliente y la crujiente corteza.

—Te interesa todo excepto la gente.

—No soy muy bueno en eso.

—Pero a Jacqueline le gustas, ¿no?

—Sólo porque ella se empeña. Con mucha energía. Ha pasado una mala época.

—Parecía decidida a aceptar a Lysgaard-Peacock, ¿no?

—Algo salió mal. Ahora se siente desgraciada.

—¿Tiene algo que ver contigo?

Marcus rebulló en su silla.

—No, no tiene nada que ver conmigo.

Hodgkiss comprendió que, para no perder esa delicada especie de intimidad, tenía que renunciar al placer de los comentarios sobre la vida privada. Consciente del bullir de su sangre, se sintió transportado a otro mundo de exóticos árboles transparentes, hileras sin fin de ángeles posados en relucientes cabezas de alfileres, largas pestañas carentes de color adornando unos ojos inquietos, brillantes, evasivos. Estaba pescando en un mar de aguas espejadas con un delgado anzuelo. La sensación era tan placentera como el amargor del chocolate, como el color verde savia y dorado blanquecino del vino de Marcus, que se agitaba en su copa. Su modo de acceder a los conjuntos infinitos era mediante el lenguaje y el amor, le había dicho a Marcus. Éste no reaccionaba a ninguno de los dos. En aquel momento ello había hecho más intenso su placer, aunque tal vez acabara por descubrir que no estaba persiguiendo un ángel, sino un demoníaco fuego fatuo que ardía en un pantano infinito.

15

De Brenda Pincher a Avram Snitkin.

Bueno, aquí estamos todos en Dun Vale. Decimos ser una comunidad terapéutica, pero es obvio (al menos, para un sociólogo) que aquí se está gestando un culto religioso. Siento que estoy metida en algo sumamente interesante, pero debo confesar que, al mismo tiempo, tengo un poco de miedo. Esta suerte de entusiasmo compartido —por no llamarlo pasión— es para mí un terreno desconocido. Intentaré proseguir con mis grabaciones y llevar un registro científico. Desearía que te dignaras contestar alguna de mis cartas. Va a ser mucho más difícil enviártelas desde este lugar tan remoto, si bien imagino que no debemos de encontrarnos muy lejos de donde estás tú, si es que estás donde yo creo. ¡Por lo que más quieras, Avram, contesta a esta carta! Aunque, ahora que lo pienso, ¿cómo podrás hacerlo, si he pasado a ser residente a jornada completa? ¿Cómo funcionará el correo? ¿Cómo será nuestra comunicación con el mundo exterior? Espero poder despachar esta carta cuando alguien vaya a hacer compras. Tendré que buscar la manera de escabullirme para llevar la carta al lugar desde donde se despachen, que sin duda habrá.

La gente ya está hablando de autoabastecernos en materia de alimentos, y cultivar nosotros mismos la tierra. El asunto es complicado por dos razones. En primer lugar, porque se acerca el invierno. Lo cierto es que estamos a punto de celebrar el solsticio, por lo que es una utopía pensar en

cultivar algo (lo cual es un alivio para algunos de nosotros). En segundo lugar, los maniqueos no cultivan nada. Según sus creencias, no se debe torturarla tierra ni dañar a sus criaturas. Algunas tardes Joshua Ramsden da charlas —o sermones— sobre «los buenos maniqueos». Se dividían en escogidos y oyentes. Los escogidos nunca torturaban la tierra, ni los árboles, ni a las criaturas, y se alimentaban con lo que les proporcionaban los oyentes. Éstos acrecentaban su mérito alimentando a los escogidos. Joshua dijo con gran encanto que, en su opinión, es como si todos fuéramos oyentes y que ninguno de nosotros es escogido ni debe actuar como tal. Luego explicó que los maniqueos creían que la alimentación, como el sexo, prolongaba el cautiverio de la luz en la materia, y que comer animales, que son organismos más complejos, «degeneraba» aún más luz, por lo cual los maniqueos sólo comían vegetales. Esto agradó especialmente a los cuáqueros, muchos de los cuales son vegetarianos. Como de costumbre, no indicó qué tenía que hacer cada uno. Simplemente expresó qué se proponía hacer él.

Dos de las actividades que cohesionan a los grupos dentro de una comunidad (o un culto) ya están en marcha. Una es el trabajo duro. La otra son las ceremonias.

El trabajo duro es algo simple. O al menos lo fue iniciarlo. La casa pertenecía a Lucy Nighby, a quien ya te he mencionado. De hecho legalmente pertenece aún a ella, supongo, aunque ella se empeña en hablar de una «donación». Había estado cerrada desde la pelea con su esposo. Lo que se está llevando a cabo ahora es una feroz destrucción de todo lo que había en el edificio «antes de los oyentes». No en lo que se refiere a la cocina (de momento), empotrada y bastante antigua, pero sí todos los muebles de los dormitorios, las sillas, etc. Llevamos todo fuera y encendemos enormes fogatas cerca del muladar (no estoy muy segura de qué es un muladar, pero sí de que es una parte asquerosa de la granja). Hemos quemado montones de sillas, mesas y camas. Incluyendo los muebles de los niños y las cunitas. Uno o dos de los cuáqueros sugirieron con sensatez que sería mejor dar estos objetos y muebles en

perfecto estado a los necesitados. Pero Lucy y Joshua (respaldados por Gideon, Clemency y Holly) dijeron que todas estas cosas eran dioses domésticos corruptos, contaminados con el placer y la ira, y que era necesario destruirlas para dar comienzo a un nuevo mundo. Hicimos añicos un montón de platos, vasos y fuentes en perfectas condiciones, y se están reemplazando con vajilla corriente de loza blanca y mantas grises. Últimamente se está hablando de hacer nuestra propia vajilla y nuestras vestimentas. No sé cómo condice esto con evitar la destrucción de la luz en la materia. Tampoco sé qué habrían hecho los maniqueos con las fibras sintéticas… o qué dirá Joshua Ramsden con respecto a lo que habrían hecho. El traza una fina línea entre lo real (la destrucción de cosas, ser vegetariano) y aquello que es simbólico (teorías científicas modernas sobre la luz presente en la materia, el origen vegetal del carbón, la fotosíntesis, etc.).

En el mundo «real» de los oyentes se debate muchísimo sobre el sexo. (Sorpresa, sorpresa). Buena parte de nuestra vigorosa y agotadora actividad física consiste en vaciar las habitaciones de los sirvientes, ubicadas en el ático de esta casona (una finca del siglo diecisiete con numerosas reformas y agregados). No habrá paredes empapeladas ni pintadas de color; sólo muros blancos y espejos, pero puestos bien altos para que nadie pueda mirarse en ellos. Espejos que reflejen la luz y el cielo nocturno. Un detalle bonito. Ramsden está empeñado en que hombres y mujeres duerman separados. Procede con tiento —necesita el apoyo de las parejas casadas del grupo— pero creo que quiere que haya un área de celdas y dormitorios femeninos, y otro tanto para los hombres. No creo que quiera que haya niños, pero muestra mucho tacto con quienes tienen hijos. Lucy Nighby tiene tres, pero aún no se ha decidido dónde van a residir. Será interesante ver en qué acaba todo esto. Por el momento he de decir que nuestra situación es bastante precaria. Yo tengo una vieja cama de hospital en un minúsculo cubículo. Me he procurado una linterna a fin de tener luz para escribirte. Me agradaría tener alguna respuesta tuya. Me siento muy sola con mi fraude y

mi hipocresía, en medio de tanto entusiasmo auténtico y tanto… —¿cómo lo diría?—, tanta superación espiritual, y lo digo sin sarcasmo.

Ayer hubo una especie de ceremonia para poner en libertad a las bestias del campo. La mayoría de los animales de la granja son ovejas de los páramos, que poco necesitan ser puestas en libertad.

Hay un carnero, de nombre *Tobías*, que cree ser un perro, según dice Lucy, y la sigue a todas partes. Lucy lloró abrazada a él cuando regresó; dijo que el animal estaba escuálido y que había imaginado que lo habrían matado o que se habría olvidado de ella. Duerme junto a los fogones y huele como una alfombra húmeda.

También hemos liberado a todas las gallinas de las jaulas en batería. Había dos tipos de gallineros. Uno con varias hileras superpuestas de jaulas de alambre para las ponedoras, y tres aves por jaula, que tienen el suelo inclinado para que los huevos rueden fuera y se puedan recoger. Las gallinas se habían picoteado entre sí y se habían arrancado las plumas del cuello y el pecho, por lo que su aspecto era horrible. El otro gallinero es un enorme cobertizo abarrotado de pollos y permanentemente iluminado con una media luz rojiza. Disponen de una música suave que supuestamente tiene que calmarlos, pero también ellos se habían arrancado las plumas. Se los alimenta por unos orificios de la pared exterior, y el suelo es una especie de rejilla para que las deposiciones caigan abajo. Al parecer se limpian una vez al año, cuando se mata a todos los pollos. Lucy se puso muy nerviosa cuando les abrimos las puertas, y dijo que ella no estaba de acuerdo en cortarles el pico a las aves, como quería Gunner. Estas tienen pico, así que imagino que serán capaces de picotear en el barro helado para encontrar comida.

La ceremonia osciló entre lo ridículo y lo lacrimógeno. Caminamos a lo largo de las hileras de jaulas abriendo las puertas y dejando salir a las gallinas. Clemency Farrar pronunció unas frases rituales en medio del cacareo, el revuelo y el agudo piar de las aves: «Estáis Ubres, que Dios os bendiga». Los demás se lo fuimos repitiendo a las gallinas,

que se cagaban, caminaban tambaleándose y se apartaban de nosotros. Aun así las fuimos conduciendo fuera, al corral, y dejándolas en tierra. Esto nos tomaba tanto tiempo que decidimos liberarlas por grupos, día a día. El empleado de la granja se había marchado, molesto con nuestro proceder, de modo que alimentamos a las gallinas nosotros mismos, a unas dentro, a otras fuera. Las que estaban fuera se agolparon y empezaron a hacer lo que suelen hacer las gallinas: cloquear, atisbar alrededor y arañar el suelo. Un buen número de ellas volvieron al gallinero, y todos coincidimos en que había que permitírselo —dejando la puerta abierta— ya que era todo el mundo que conocían. Al día siguiente abrimos la enorme puerta del cobertizo de los pollos, apagamos la luz roja, y arrojamos montones de comida —granos y esas cosas— fuera. Las pobres criaturas se apartaban de la luz, llenas de terror.

Otra vez fue Clemency Farrar la que hizo algo sensato. Se abrió paso con cuidado entre las aves hasta llegar al fondo del cobertizo, y allí empezó a decir su «Estáis libres; que Dios os bendiga», mientras movía los brazos y agitaba su delantal para ahuyentarlas. Los pollos se movieron hacia adelante como una especie de masa indiferenciada, piando, cacareando y agitando las alas, y Clemency quedó cubierta de plumas blancas (son todos Leghorn) como un tótem o un muñeco de nieve. Pero algunos se atrevieron a cruzar el umbral, parpadeando enceguecidos, y pronto los siguieron otros, así que los primeros, presionados por los que venían detrás, no pudieron dar media vuelta y se quedaron revoloteando agitados. He de decir que ahora hay gallinas por todas partes. Por lo que se ve, prefieren sin duda la libertad y están aprendiendo a arañar el suelo en busca de comida, aunque las pobres tienen las patas inflamadas. No soy socióloga o psicóloga de gallinas, pero es una lástima que no contemos con uno, ya que sería muy interesante ver qué conductas instintivas son capaces de recuperar estas criaturas desnaturalizadas, y cuáles no. Creo que las gallinas son una forma de vida muy extraña. No despiertan simpatía ni suelen gustarle a la gente. Sus ojos no expresan nada que yo pueda

entender. Los ruidos que hacen me ponen nerviosa. Creo que su finalidad es justamente ésa, ponernos nerviosos. Ahora hay muchísimas gallinas, por todas partes. Y se están extendiendo lentamente.

Como la mayoría de las granjas (según me han explicado), ésta tiene su gallinero «propio» para proveer de huevos «verdaderos» a la familia. Estas gallinas especiales y mimadas (por ejemplo, se les permite pavonearse por ahí y buscar comida) se han mostrado muy irritadas y territoriales con la llegada de todas las otras, y se les echan encima agresivamente. Así que ha habido peleas y algunas han muerto. Ramsden dice que es mejor no interferir. Pero han surgido discusiones sobre si comer a las gallinas muertas o enterrarlas. Algunos sostienen que forman parte de nuestros medios de subsistencia.

Los patos no nos han dado problemas. Tenían un cobertizo y un corral junto al arroyo, y abrimos la puerta del corral. Hemos observado que falta uno, pero ignoramos si ello es obra de un zorro o si se ha marchado buscando la libertad.

Mañana dejaremos libres a los pavos. Hay alrededor de den en una especie de recinto penitenciario, y van por ahí glugluteando mientras los ceban para Navidad. Ignoro adónde irán o qué harán cuando encuentren las puertas abiertas. Será interesante verlo. Hay una mezcla de pavos iridiscentes y sosos pavos blancos.

Por todas partes hay plumas.

Llevaré esta carta al correo cuando el camión vaya al pueblo en busca de más comida. ¿Cómo haremos para alimentar a las gallinas si no vendemos huevos? (Aunque todavía estamos recogiendo muchísimos, tanto en los gallineros como en los matorrales y demás).

Se ha estado hablando de aislarnos del mundo exterior. Hasta ahora son sólo palabras, y son muchos los que van y vienen. Entre ellos, Elvet Gander, uno o dos cuáqueros y el canónigo Holly. Vienen los fines de semana, durante los «retiros», para ayudar con la construcción y la demolición. Qué acabará por suceder, no puedo predecirlo. Es una

oportunidad caída del cielo para observar la dinámica de constitución de un grupo desde sus comienzos. No debería haber dicho «caída del cielo», ¿no?

Me pregunto si, en caso de que realmente cerráramos las puertas, podrías encontrar el modo de venir antes de que esto ocurriera. Hay cosas que necesito darte y cosas que necesito decirte, si se diera el caso. Si se diera. La idea es (para algunos) que tenemos que animar a los visitantes, a los que quieran aprender, y a los que ofrezcan donaciones. Para otros somos una comunidad austera, contemplativa y cerrada. De momento cada una de las partes se muestra enormemente generosa con la otra. Creo que se puede predecir con bastante certeza que tales sentimientos no durarán. Deseo que lo hagan (y no es un sarcasmo de mi parte). Sólo deseo que lo hagan.

Avram Snitkin, maldito cabrón, ¿por qué no me escribes? Estoy en una situación profesional en que muy pocos sociólogos han logrado estar, justamente en medio del proceso de formación de una nueva religión o culto. Puedo verificar las teorías de Weber y Durkheim sobre el carisma y las luchas internas. Puedo estudiar la psicología del grupo. Pero estoy contaminada por formar parte del grupo que estudio, y eso puede desacreditarme. Necesito imperiosamente otro par de ojos objetivos. Por las noches me quedo aquí sentada imaginando toda clase de cosas, y la primera de ellas es un sexo ritual con Joshua Ramsden. (Para serte sincera, la idea no carece de atractivo, pero ¿qué prueba eso? Es un hombre sumamente guapo, con su figura delgada, su pelo blanco y sus ojos negrísimos. Tendrá que tener cuidado con los celos que las otras mujeres están sintiendo de Lucy. Por supuesto, él no piensa en nada de esto, pero ellas sí lo hacen, como Clemency Farrar, que no le quita los ojos de encima. No alcanzo a interpretar su expresión, y, después de todo, mi interpretación de su expresión no constituye una prueba).

El asunto es, Avram, que estoy asustada. Hago lo que hago porque soy una observadora, no una persona de acción, y eso me va bien. Comprendo que la etnometodología

requiere observaciones *in situ*, en el terreno, y estoy en el terreno. Pero si un grupo de gente es un caldero en ebullición, mi inútil amigo, es muy difícil mantenerse frío. Los zorros están atrapando gallinas. ¿Qué pasará si quedo al descubierto? Ahora o más adelante.

Necesito una mano amiga y un poco de sinceridad. He estado escribiendo, pero ahora me estoy volviendo supersticiosa. Por el amor de Talcott Parsons, Avram, contesta mis cartas o, mejor aún, lía tus bártulos y ven aquí.

De Elvet Gander a Kieran Quarrell.

23 de diciembre de 1968

Aquí va, mi precavido amigo, mi informe extraoficial sobre los oyentes de Dun Vale (el valle de oscuridad, de lágrimas), para que lo sumes a mi informe oficial sobre la salud y el progreso de Josh Lamb o Joshua Ramsden, y de Lucy Nighby o, al parecer, santa Lucía, la doncella de luz. Todo se aclarará a su debido tiempo. ¡Así sea!

Acabamos de celebrar el solsticio de invierno. Desde que escribí esta frase he estado sentado observando cómo se deslizaba sin descanso la arena en el reloj de arena, incontables veces. Nubes oscuras cruzaban el firmamento, orladas de ribetes dorados y salpicadas de destellos plateados. Zag y yo celebramos el solsticio de invierno de forma privada, con un poco de ácido lisérgico. Una parte de mí desearía ahora no haberlo hecho, pues ¿cómo puedo darte un informe exacto de lo que toma forma en el aire y la pierde, acompañado por una música armoniosa y glorias

resplandecientes? Pero tengo que intentarlo, amigo mío, tengo que intentarlo. También es posible, e incluso probable, que la gotita de ácido me haya procurado una visión de la verdadera naturaleza de unos hechos que, sin su ayuda, apenas si habría vislumbrado.

Vi también qué es lo que acecha en el borde de las colinas, en el borde de la oquedad del cráneo, más allá del círculo danzante. Lo vi.

Hay más cosas en el cielo y la tierra.

Volvamos a nuestros corderos. Había un sinfín de corderos, pero nosotros somos vegetarianos.

Disculpa, Kieran, si salto de una cosa a otra. Voy a serenarme.

Celebramos una ceremonia por el solsticio, que fue también una ceremonia por la fundación de los oyentes. Para que comprendas el sentido de tal ceremonia, tengo que contarte la historia de la creación del cosmos según Maní. Tenemos reuniones nocturnas para contar historias y charlar, que realizamos junto al hogar y a la luz de las velas en la antigua sala de este lugar. Gideon quería convertir el relato de historias en una sesión de confesiones personales, pero Josh Ramsden se impuso y cuenta historias de los maniqueos e historias del cosmos. Las cuenta muy bien, con un matiz de escepticismo científico, con pasión poética y con una especie de hipnotismo cautivador. Todo es diabólicamente complicado (literalmente «diabólico», querido amigo), pero me esforzaré por relatarlo.

En el principio había dos reinos, el de las Tinieblas y el de la Luz, y estaban completamente separados. El reino de la Luz estaba en el este, el oeste y el norte, y el Padre de la Grandeza reinaba en él. El Árbol de la Vida crecía allí (crece allí) adornado de flores, invariable en su belleza. El reino de la Luz está hecho de cinco sustancias: aire, viento, luz, agua y fuego. El Padre de la Grandeza está rodeado por eones —

doce por doce— hechos de luz, que moran en «el aire no engendrado» y «la tierra no engendrada».

El reino de las Tinieblas es el reino de la Luz en un espejo oscurecido, es decir, inverso. Está ubicado en el sur, y en él crece el Árbol de la Muerte, que es Materia como lo opuesto a la Luz, la muerte como lo opuesto a la vida, «tan diferente del Árbol de la Vida como un cerdo lo es de un rey». Ramsden leyó un pasaje en el que Mani describe al rey en las espaciosas estancias de su palacio, y al cerdo revolcándose en la inmundicia, comiendo cosas asquerosas y arrastrándose «como una serpiente». El reino de las Tinieblas es pantanoso y está lleno de fosos, ciénagas, simas y charcas oscuras. El aire está asfixiantemente impregnado de humo, el «veneno de la muerte». También en el reino de las Tinieblas hay cinco mundos —humo, fuego, viento, agua y oscuridad— habitados por bestias o demonios repugnantes (que son, respectivamente, bípedos, cuadrúpedos, seres voladores, seres acuáticos y reptiles). El Príncipe de las Tinieblas recibe el nombre de Pentamorfos porque combina todas estas horrendas formas diabólicas en un archidragón. El Árbol de la Muerte está lleno de gusanos que devoran sus frutos, los cuales agobian al árbol con su peso pues todo aquí está falto de armonía.

El principio del reino de las Tinieblas —*nota bene,* apreciado Kieran— es el azaroso movimiento del deseo o libido, desmesurado y carente de propósito. Cuando Ramsden empleó la palabra «libido» me dedicó una sonrisa, esa sonrisa dulce y triste tan atractiva que tiene, como una suerte de complicidad distante.

Mientras vagaban sin rumbo por la oscuridad y el humo y el hedor de las charcas, algunos de los demonios bípedos vislumbraron la Luz y la codiciaron.

Así fue como, dominados por la excitación y las ansias, invadieron el reino de la Luz.

Y la Luz no sabía cómo actuar, pues estaba habituada a una calma y una paz nunca perturbadas.

De modo que se dividió en emanaciones. Hizo una madre de los vivientes, y juntos crearon (pero no engendraron) al

hombre primordial, el cual se armó con los cinco elementos —aire, viento, luz; agua y fuego— que constituían la Vida del Padre, conocida también como la doncella de luz. Con la doncella elemental como armadura, el hombre primordial descendió para luchar con las Tinieblas.

Pero éstas lo derrotaron y acabaron con él. Los poderes infernales ingirieron entonces los elementos de Luz de la armadura, pero éstos no eran sino un cebo, una trampa para que las Tinieblas se volvieran dependientes de la Luz.

Se envió entonces a un buen número de deidades o emanaciones para que rescataran al hombre primordial, cosa que hicieron. Todas ellas tenían nombres muy abstractos y formaban parte del Uno.

Había llegado el momento de rescatar a la Luz aprisionada. La tarea resultó ser muy compleja, por lo que te ahorro varias de las operaciones. El Demiurgo creó la tierra a partir de los demonios derrotados, y el cielo con sus pellejos. Las montañas son sus huesos. El mensaje es que la materia es Oscuridad.

La luz pura tiene su asiento en el cielo, bajo la forma del Sol invariable, la Luna cambiante, y las estrellas y los planetas (estos últimos, ligeramente impuros).

Entonces llegó el momento del sexo. (No para Ramsden, que siguió muy serio con su exposición).

El Demiurgo llamó a la doncella de luz, que era también doce doncellas (los doce signos del Zodíaco), y ambos se mostraron desnudos en el Sol y la Luna, ante los demonios hembra y macho. Esto excitó de tal modo a los demonios que eyacularon la Luz que hablan tragado, y ésta se transformó en semilla y cayó en la Tierra. La semilla llevaba también en sí el fango del pecado de los seres de las Tinieblas, que actuaba en ella como la levadura en la masa. Del pecado brotaron tres árboles, y de éstos toda la vida vegetal.

Las hembras de los demonios ya estaban preñadas, pero abortaron cuando vieron la belleza del Demiurgo. Sus fetos cayeron en la Tierra y sobrevivieron alimentándose con los brotes de luz de los árboles, y de este modo pasaron a conformar el reino animal.

Así pues, la Luz aún está encerrada en las plantas e incluso (aunque en menor cantidad) en los animales.

El primer hombre, Adán, era hijo de dos demonios, al igual que Eva. El nacimiento fue obra del Príncipe de las Tinieblas. Adán era una réplica del cosmos y, como tal, contenía Luz en la Materia (según los chinos, el mundo humano es como un elefante grabado en un anillo en miniatura y constituye una réplica del cosmos, con añadiduras o sustracciones).

Adán ignoraba por completo su oscuro origen y no sabía nada de su carne infernal.

Jesús de Luz se presentó a él como mensajero y le reveló su verdadera existencia: comer y ser comido, cagar y ser cagado, joder y ser jodido, heder e inhalar el hedor. Jesús de Luz le hizo comer el fruto del Árbol de la Vida, y Adán lanzó un grito en el que, según Ramsden, reside la comprensión del universo maniqueo. Como un león enfurecido, aulló: «¡Maldito sea el que hizo mi carne! ¡Maldito el que aprisionó en ella mi alma, y maldito el rebelde cuyas acciones condujeron a mi esclavitud!».

Según Mani —para quien el sexo y el alimento eran las raíces del mal—, los dos primeros hijos de Eva, Caín y Abel, eran hijos de demonios, no de Adán. El único hijo de éste, concebido en un momento de humana debilidad, fue Set, que es el antepasado de todos aquellos de nosotros en quienes aún hay partículas de Luz aprisionadas. Nuestro mundo, de acuerdo con Mani, de acuerdo con Ramsden, es una Mancha, y el mal presente en él no está causado por nuestros pecados sino por los demonios de las Tinieblas, a quienes prestamos nuestra ayuda y colaboración. Debemos liberar la Luz, pero el único modo de lograrlo es a la vez doloroso y autodestructivo. No obstante, tenemos que hacer todo lo que podamos. Eso dice Ramsden. Así pues, ha instituido dos ceremonias: la de estrecharse la mano derecha en los encuentros —que, según explica, los maniqueos tomaron del gesto de estrechar la mano con que el Demiurgo o Espíritu Viviente liberó al hombre primigenio de su sueño— y la de tocar los tres sellos —boca, manos y pecho—. La boca sellada

no come carne ni bebe vino (!), las manos selladas no causan daño a ninguna criatura que lleve en sí partículas de Luz, y el pecho sellado es un símbolo de la castidad que se ha elegido y la abstención de la procreación. Estos gratos rituales han hecho desaparecer de nuestras diarias reuniones algunos de los toqueteos impuestos por Gideon, lo que ha significado un alivio para algunos y el fin de su irritación para otros. Tengo que decir que Gideon se ha visto arrastrado por la ola general de entusiasmo, renovación y «visión», una visión compartida, y cuando digo «compartida» me incluyo a mí mismo y, por supuesto, a Zag. Con la ayuda o no del ácido.

Ayer celebramos el solsticio. Se había decidido encender una fogata a medianoche (la medianoche de la noche más larga del año). El canónigo Holly —que, como era de presuponer, es un entusiasta del criterio de *La rama dorada* sobre los ritos intercambiables— sugirió incorporar a nuestra fogata un árbol muerto como símbolo de renovación. Asimismo sugirió la idea —más propia de Savonarola— de la hoguera de las vanidades: todo el mundo debía arrojar algo a las llamas. Así que preparamos la fogata alrededor de un viejo manzano apropiadamente nudoso y seco que no daba frutos desde hacía años. El árbol se alzaba en un extremo del huerto, y hubo momentos en que pensé que el fuego se descontrolaría y que las llamas arrasarían todos los ciruelos, perales y manzanos. Creo que no te he dicho que los maniqueos creen que Jesús no fue crucificado sino que el relato de la crucifixión es un relato simbólico de la crucifixión del Jesús sufriente en la cruz de luz (*crux luminis*), la cual es la suma de árboles y parras y plantas en que la Luz está aprisionada en la materia de los frutos y las flores (prisión que se prolonga, por supuesto, cada vez que comemos una manzana). Sea como sea, preparamos bien nuestra hoguera, con muebles viejos y piezas de los gallineros. Tampoco te he contado que liberamos a todas las aves; el cobertizo de los pollos semejaba un demoníaco escondrijo ideado por Tolkien, con grandes luces rojas a modo de ojos y las blancas

bestias plumosas apiñadas, piando bajo la sangrienta luz. Ahora están por todas partes, aunque tienen las patas inflamadas.

Por la noche hubo una procesión para encender el fuego, y a Lucy se le concedió el honor de acercar a la pila la rama encendida. Luego todos arrojamos al fuego una posesión preciada. Comenzó Lucy con el anillo de casamiento. De inmediato Clemency Farrar añadió el suyo, así que Gideon hizo lo propio. No se miraron el uno al otro. Clemency sirvió durante toda la noche castañas asadas, patatas al horno y queso fundido, junto con jarras de zumo de manzana, sidra, chocolate y agua de manantial. Zag arrojó un osito de peluche; dijo que cualquiera podía apreciar cómo lo quería, si juzgaba por lo ajado que estaba. Fue muy desagradable observar cómo se arrugaba el muñeco. Varias mujeres llevaron ropa —un bonito vestido, un jersey— o anillos y pulseras. ¿Y yo qué?, te preguntarás. Decidí que tenía que jugar limpio (y estaba realmente bajo una influencia que ahora se está desvaneciendo), así que arrojé a las llamas mi bienamado ejemplar de *La interpretación de los sueños*, con mis cientos de notas y comentarios. Fue un verdadero sacrificio, ya que allí no había nadie que supiera lo que eso representaba para mí. Y, por cierto, debería interesarme saber, profesionalmente, qué significa esto para ti.

Así que ahí estábamos, mientras las llamas se alzaban en la oscuridad y podíamos ver —eso pensé— las partículas de Luz que volvían al aire en el borde de la extensión chamuscada de terreno que rodeaba la hoguera. Zag había llevado unas gruesas chaquetas de cuero claro —afganas, creo— adornadas con costuras doradas, soles, lunas y flores, y ribeteadas de lana. Se las colocó a Ramsden, a Gideon y a él mismo, y completó el atuendo con una especie de gorro tibetano de piel de cabra, con orejeras y una borla. Nos hallamos en un estadio en que todo el mundo acepta amablemente lo que sea. Nadie dijo que la lana no era de origen vegetal. Así vestidos parecían sacerdotes.

El árbol estalló con una serie de explosiones estruendosas que resultaron muy satisfactorias. Danzamos un poco

alrededor, y Holly recitó «El día de santa Lucía», de John Donne. «Es la medianoche del año, y es su día».

Él fue mi perdición, y ahora estoy hecho
de ausencia, oscuridad, muerte;
cosas todas que no son.

Luego improvisó un breve sermón. Hubo muchos sermones durante la larga noche, escuchados con más o menos atención. Te ahorraré los restantes, incluido el mío, que no recuerdo demasiado bien a causa del ácido. Sí que recuerdo en cambio el de Holly. Tergiversó la brillante y tenebrosa expresión de desesperación erótica de Donne y la transformó en una oración al *Deus Absconditus*, el Dios muerto, para que renaciera en las partículas de Luz encerradas en nosotros. Los hombres religiosos siempre tergiversan todo. O tal vez es que ven la verdad —o una verdad— que la mayoría de nosotros no llegamos a ver.

Sería sumamente sencillo burlarse de nuestras acciones. El estilo inglés es fatalmente burlesco: parecería que sólo podemos alcanzar lo sublime si incluimos lo grotesco como salvaguarda. De modo que, sí, somos absurdos, un grupo de personas en su mayor parte de mediana edad, algunos disfrazados y otros no, arrastrando los pies alrededor de una hoguera y —muy de vez en cuando— haciendo alguna cabriola, cantando himnos cuya letra desconocemos, tralalá, tralalá, y agitando los brazos en gestos espontáneos. Holly comentó que Lucy era el nombre de Lucía, y que ésta era Lux, Lucís, la doncella de luz, bendita entre todas las mujeres por haber brindado una casa a los oyentes. Era en parte una conversación de sobremesa y en parte un himno pagano. Vi brillar sus horribles dientes a la luz del fuego, y no sonreí. Clemency (¿su primer error?) dijo que Lucy no era una doncella, y Ramsden (que no había dicho nada hasta entonces, y simplemente permanecía de pie con su túnica y

la luz roja coloreando la blanca mata de su pelo) dijo que a partir de ahora lo era, pues todo era nuevo con la llegada del solsticio, lo cual, casi por accidente, ocurrió justamente mientras él hablaba. Y allí estaba ella con su abrigo de lana teñido por el fuego, una mujer menuda con un carnero apretujado contra sus piernas (tiene un carnero domesticado de nombre *Tobías*) y algunos cabellos grises escapando de sus horquillas, y con la carita redonda bañada en lágrimas.

El mundo se está transformando en Luz, dijo Ramsden. Las gallinas nos rodeaban por todas partes, nerviosas por la luz, el calor y la agitación. Se oyó el gañido de un zorro, no muy lejos. Y el ulular de una lechuza. El cielo estaba lleno de chispas, y más allá de éstas brillaban las estrellas. Y yo sentí. Sentí: ¿por qué no? ¿Por qué no podemos recuperar el tigre ardiente, y el cordero ardiente, y el Árbol de la Vida y el Árbol de la Muerte (el fuego brotaba de los dedos muertos del convulso manzano)? ¿Por qué no puede haber cantos y rituales y sentido y un gran propósito, como en otra época los hombres pensaban que había? No me sentía con ánimo de burla, me sentía como un hijo de Dios.

Al final, al amanecer, se decidió coger un tizón de la hoguera y encender un fuego en el hogar de la sala de la casa. Zag dijo que él cogería el tizón porque le agradaba encender fuegos. Nadie objetó su autoelección; en realidad parecía que había hablado en nombre de todos. Así que lo seguimos y (con ayuda de un mechero, lo confieso) encendió un fuego en el hogar.

Y, al llegar la mañana, todos nos fuimos a dormir.

16

La familia decoró el árbol de Navidad. Era una frondosa pícea con unas pocas piñas, que aún olía a resina húmeda y a la savia vital. Como se había hecho costumbre, colgaron los hexágonos y poliedros de alambre dorado que Marcus había confeccionado para Stephanie. El grupo reunido había crecido; estaban Bill y Winifred Potter, con los hijos de Stephanie, Will y Mary, además de Frederica y Leo, así como Daniel, que acababa de llegar. También se habían sumado Agatha y Saskia, que ese año se quedaban en Freyasgarth. Tras su conversación con Vincent Hodgkiss, Marcus había preparado unas decoraciones nuevas para añadir a las tradicionales: espirales plateadas y doradas, conos superpuestos, ángeles de Fibonacci. Alrededor del árbol enrolló una enorme espiral serpenteante, midiendo los intervalos. Will colgó los minúsculos focos de luz —rojos, azules, verdes, blancos— desplegándolos al azar entre el orden de Marcus. Mientras lo hacía cantaba en alta voz *Lucy in the sky with diamonds*. Frederica le comentó a Agatha que nunca hubiera creído posible que su padre llegaría a vivir en una casa donde se oía sonar música pop en el ático todo el santo día, una y otra vez, dale que dale. Agatha dijo que había oído al propio Bill canturreando *Eleonor Rigby*.

—La letra es buena —añadió.

—Sí, pero no era de esperar que él se diera cuenta —contestó Frederica.

Will tenía catorce años, y cantaba para no verse obligado a hablar. Era grueso como su padre y moreno como su padre. Mary, que tenía doce, iba a cantar como solista en el servicio de Navidad de la iglesia. Era el primer día de su primera menstruación, a la que llamaba «regla», tal como le habían enseñado sus compañeras de

escuela.

Se retiraba a solas a cada rato para contemplar con una especie de temor reverencial las rojas manchas de sangre en la blanca superficie de la compresa. Ella misma había comprado las compresas y no le había dicho nada a Winifred, quien, en su calidad de abuela, estaba fuera de estos asuntos femeninos ya que era demasiado vieja, por cariñosa que fuera. Tampoco había dicho nada a sus compañeras de escuela, aunque en abstracto se hablaba mucho sobre ese suceso. Era un hecho privado, extraño y satisfactorio. Necesitaba una confidente y pensó en Frederica, pero enseguida rechazó la idea. No era una persona comprensiva, no sabría escucharla. Decidió contárselo a Agatha Mond, que era tranquila y amable, y a la vez reservada. En su mente, el húmedo rastro de sangre tenía una oscura relación con la historia de Blancanieves, cuya madre había visto tres gotas de sangre en la nieve, había dado a luz a su hija —rojo como la sangre, negro como el ébano, blanco como la nieve— y había muerto. Su propia madre había sido tan descuidada como para dejar que una máquina de hacer hielo la matara, y Mary la castigaba no pensando nunca en ella. Cantaría «En lo más crudo del invierno», de Christina Rossetti. Cantaría sobre cosas blancas: la nieve posada en la nieve, un pecho lleno de leche, un cordero. Sus propios pechos estaban despuntando, y ella no era invulnerable. Así pues, habló con Agatha. Fue una conversación muy seria en que departieron sobre lo que había que hacer y lo que razonablemente se podía esperar.

Más tarde, Agatha le contó a Frederica lo que Mary le había confiado.

—Es una chica con suerte —afirmó—. Está preciosa, no tiene granos, no ha sentido dolores ni ninguna molestia.

—¿Estás segura? No parece lo bastante mayor.

—Claro que estoy segura. Es una muchachita muy práctica.

—Soy un completo fracaso, Agatha. Si fuera un ser humano como es debido me lo habría dicho a mí, no a ti. Ya que no a mi madre, a mí.

La muerte estaba muy presente en Navidad. Dulce y terrible, Stephanie titilaba en el cuerpo de Frederica.

Faltando un tanto a la verdad, Agatha replicó que la regla era un rito de pasaje y que correspondía compartirlo con alguien que no fuera de la familia. Sabía también que Frederica no era una persona que despertara las confidencias.

Frederica estuvo a punto de decir que todo el asunto era una cuestión de «lo que no era», una familia que no era exactamente tal, unidades incompletas como dos lados de un cuadrado o como uno de los ilusorios cubos colgantes de alambre de Richard Gregory, que resultaban tener propiedades completamente diferentes. Pero no lo dijo porque comentarle esto a Agatha era sacar a colación el tema, nunca mencionado, del desconocido padre de Saskia, ausente y sin nombre. Más que cualquier otro niño que Frederica conociera, Saskia parecía producto de la partenogénesis.

Bill Potter se había pasado toda la infancia de Frederica despotricando contra la Virgen María. ¿Qué se podía pensar de un hato de aprensivos monjes que, al no soportar la idea de un cuerpo humano normal, habían inventado todo ese fárrago de una joven intacta, inmaculada —con una encantadora y aséptica pureza interior y un benévolo cornudo como futuro marido—, en la que tenía lugar la Encarnación de un modo prematuro, por decirlo así? Eso era lo que gritaba, y proseguía: la Palabra se hizo Carne, pero sólo la delicada carne juvenil, no la convulsa carne que expresaba afecto. Las fantasías de esos monjes eran repugnantes. Sin más deseo que el de que él se callara, Frederica aceptaba sus argumentos. Cuando se disponía a marcharse para asistir a una cena de Navidad, antes de la sesión de villancicos, Frederica oyó que su padre alzaba la voz y supuso que era su habitual protesta de todos los años. Pero no lo era. Bill había estado comprobando los conocimientos del grupo de niños —Leo y Saskia, William y Mary— en materia bíblica, y había llegado a la conclusión de que eran deficientes. Sabían del asno y el buey, pero ignoraban todo sobre la matanza de los inocentes. Sabían de los ángeles aparecidos a los pastores, pero nunca les habían hablado de Lucifer y su caída. Les recitó las profecías de Isaías del *Mesías*, y se quedaron mirándolo estupefactos. Entonó:

> Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo junto al cabrito se acostará; el ternero y el leoncillo y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los guiará.
>
> La vaca pacerá con la osa y sus crías se echarán juntas; y el león comerá paja como el buey.
>
> Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la madriguera de la víbora.
>
> No habrá daño ni destrucción en todo mi santo monte porque la tierra estará llena del conocimiento de Yahvé, como las aguas cubren el mar.

Los niños se quedaron de una pieza.

—Ya nadie conoce la Biblia —sentenció Bill.

—Nunca hubiera pensado que eso podía preocuparte —replicó Daniel.

—¿Cómo pueden leer a Milton y Lawrence y Dickens y Eliot si no conocen la Biblia?

—No se escribió con ese propósito. Si ya no se necesita, hay que volver a pensar todo. Las Escrituras no son una cuestión literaria. Si el canónigo Holly está en lo cierto y Dios ha muerto, y hemos de demoler la mitología, todo eso que dices se viene también abajo. Bill se dijo que Daniel parecía a la vez belicoso y divertido.

—Pero no se puede destruir todo… a la vez… —objetó.

—¿Por qué no? Eso es lo que se supone que tiene que hacer la revolución.

—¿Qué revolución?

—La que quieren los estudiantes. El nuevo mundo. Según dicen, no podemos imaginarlo porque nos hemos quedado estancados en el pasado. Tanto tú como yo —concluyó Daniel, mirando a su suegro con una sonrisa burlona.

El cabello de Bill, antaño pelirrojo, había adquirido un tono plateado ceniciento, y su carácter se había atemperado. Devolvió la sonrisa, lleno de tristeza.

Cuando se aprestaban a salir para asistir a la iglesia, a la sesión de villancicos de medianoche, Bill se colocó su chaqueta forrada de

lana.

Frederica, asombrada, no pudo menos que exclamar:

—Pero tú no… Tú nunca vienes.

—¿Me estás diciendo que no vaya?

—No es más que un comentario. No esperarás que no hagamos comentarios.

—Pensé que bien podía ir a oír a mi nieta cantar una poesía de Christina Rossetti, puesto que el viejo orden está a punto de desaparecer, según Daniel.

—No estaba haciendo una profecía —aclaró Daniel—. Sólo era un comentario.

—¿Nos dirás entonces qué es lo que realmente crees que ocurrirá?

—No —repuso Daniel. Como un gesto simbólico, no sabía de qué, se había puesto el alzacuello—. No lo haré. No soy más que un hombre, un pastor.

—Pero tendrías que decir que te alegras de que me sume a tu rebaño —dijo Bill.

—No estoy muy seguro de que eso me alegre. Eres la subversión en persona. Pero sí que me alegro de que vayamos juntos a oír cantar a Mary.

La familia Potter entró en fila en la iglesia de Saint Cuthbert. Frederica abría la marcha llevando de la mano a Leo, aunque ya era casi demasiado mayor para eso. Ellos también constituían una familia incompleta, como Agatha y Saskia. Leo había recibido un enorme paquete de parte de su padre y lo había llevado, sin abrirlo, para ponerlo debajo del árbol. Will caminaba, no junto a su padre, sino al lado de Winifred. Bill y Daniel iban juntos. Mary estaba en la sacristía, con el coro. Habían decorado la iglesia con hojas de acebo y hiedra, ramas de abeto y de pino, adornos dorados y estrellas plateadas. Se sentía el agradable aroma de las hojas, a lo que se sumaba el humo de los cirios y el suave calor irradiado por la piedra.

La congregación era bastante numerosa. Ese año había aumentado con un grupo proveniente de la finca de Dun Vale, los miembros anglicanos de los oyentes. Allí estaban Gideon y

Clemency, el canónigo Holly, con un largo abrigo negro, y Ruth, que conducía a unos niños (los tres hijos de Lucy Nighby, tocados con gorros de lana y con un parche en un ojo la más pequeña, y otros tres chicos más). Los cuatro hijos de Gideon y Clemency, ya veinteañeros, no se encontraban presentes, aunque sólo Daniel los conocía lo bastante para advertirlo. Gideon y Holly llevaban también alzacuello. Gideon se había puesto la chaqueta bordada que Zag le había dado el día del solsticio, con el sol dorado y las flores sobre el cuero y la lana. Clemency lucía un abrigo de terciopelo negro largo y suelto que, a ojos de Frederica, le daba un aire a la reina malvada de Blancanieves, al menos vista de espalda. Llevaba asimismo un sombrerito, también de terciopelo negro, con una borla de seda escarlata. La congregación les dedicó subrepticias miradas, pues todos sentían curiosidad por Dun Vale.

Algo más tarde llegó Jacqueline Winwar. El año anterior había formado parte del grupo de los Potter, pero este año estaba sola y parecía enferma. Inclinó la cabeza —descubierta— para rezar y, al alzar los ojos, vio a Ruth, que le dedicó una sonrisa resplandeciente a su vieja amiga, una sonrisa que transfiguró su carita pálida y siempre seria.

El coro hizo su entrada. El órgano rompió a tocar. Saskia comentó en voz alta que parecían ángeles, y así era, con sus amplias túnicas almidonadas y cada uno portando un cirio, que luego dejaron en unos soportes de cristal. Los había de todas las edades, desde madres y tías, eclesiásticos retirados y jovencitos con acné, hasta niños y otros que ya casi no lo eran, como Mary. Todos llevaban —Mary llevaba— cintas escarlata en torno al blanco cuello de encaje. Frederica pensó en la guillotina, y Daniel en el cordero sacrificial, lo que lo llenó de pena por su hija, con su carita redonda de expresión grave, su cabello dorado rojizo y sus movimientos pausados y seguros, hasta que comprendió que su pesar era por Stephanie, cuya forma rondaba como un fantasma la figura de su hija, se fundía con ella. Allí estaba el trazo de sus cejas, la curva de su cuello con su latido, la mejilla dorada a la luz de las llamas. Daniel se obligó a sobreponerse. Mary era Mary y estaba viva. Él era Daniel y estaba prácticamente vivo. Vio cómo su hija se pasaba la lengua por los

labios, preparándose para cantar.

Cantaron «El acebo y la hiedra».

El acebo ha dado flores
blancas como lirios
y María ha parido al dulce Jesús
para que sea nuestro Salvador.

El acebo ha dado frutos
rojos como la sangre
y María ha parido al dulce Jesús
para que haga el bien a nosotros, pecadores.

Mary entonaba el discanto. Su voz juvenil se alzaba hasta las piedras, se paseaba por ellas y volvía a descender: aire en una cámara de piedra. Las llamas de los cirios oscilaban y brincaban. La sombra de Mary bailoteaba en las piedras como un fantasma; ella estaba quieta, pero no así las llamas. El coro cantó «Los tres Reyes Magos». Daniel canturreó los versos sobre la mirra.

Suspirando con dolor,
sangrante agonizaba,
en la fría tumba sellada de piedra.
¡Oh, estrella maravillosa,
estrella de la noche…!

El párroco, que más parecía un granjero, le pidió a la señorita Godden, la directora de la escuela de Freyasgarth, que leyera la epístola, Hebreos 1, 1. Leía bien, respetando los ritmos, con voz

clara y enunciando con naturalidad el misterio, la eternidad y el divino Hombre que compartía esa eternidad. Cosa que los ángeles no hacían, según insistía san Pablo.

> Dios, habiendo hablado en otro tiempo a los padres en muchas ocasiones y de muchas maneras por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien ha constituido heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto que el nombre que heredó es más eminente que el de ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado»? […] Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: «Adórenlo todos los ángeles de Dios». Y de los ángeles dice: «El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego…».

Frederica siempre se había sentido impresionada por los ángeles. Alzó la vista al techo de la iglesia, y unos ángeles pequeños y sólidos le devolvieron la mirada, atisbando entre sus plumas de piedra. Seres alados grandiosos e imposibles, mitad humanos, mitad pájaros, criaturas de una región fronteriza. Miró a Agatha, que había inventado a las terribles silbadoras de *Huida hacia el norte*, y pensó que su amiga moraba naturalmente en el mundo de las metáforas vivientes que eran mito y fábula, mientras que ella, Frederica, se veía constreñida a coser y remendar lo sólido, y las junturas quedaban visibles.

La señorita Godden proseguía serenamente con su lectura:

> Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tu mano. Ellos perecerán, mas Tú permaneces; y todos ellos envejecerán como una vestidura, y como un

manto los plegarás, serán mudados. Pero Tú eres el mismo, y tus años no acabarán.

Oye el canto de los ángeles heraldos […]
mira la cabeza divina envuelta en carne
aclama a la deidad encarnada […].

Daniel cantaba por el solo placer de la música, y detrás de él se oía la voz de Gideon, alta y clara, y a su lado la débil voz de Bill Potter, desacostumbradamente gutural, que cantaban el himno de Charles Wesley en la iglesia de Freyasgarth.

El párroco anunció que tenían la inmensa fortuna de contar entre ellos con alguien de todos conocido, célebre incluso, se atrevía a decir: el canónigo Adelbert Holly, uno de los teólogos más modernos y activos de la Iglesia. Holly había accedido a decir unas palabras con motivo de tan gozosa ocasión. Hablaría sobre el sentido de la Encarnación en una época de dudas y perturbaciones. Hablaría de las cosas que cambian a fin de permanecer y no llegar a su fin.

El canónigo Holly pasó junto al banco de Daniel para subir al púlpito, y éste percibió su olor: años, meses, semanas, días y horas de humo acre y tabaco exhalado. Como Daniel, y también como Gideon, Holly se había puesto el alzacuello. Llevaba el pelo blanco muy largo, de un modo *hippie* y patriarcal, angélico incluso. Empezó diciendo, en un tono bastante rimbombante, que sabía que era famoso por propagar la nueva teología de la muerte de Dios, o más bien por defenderla con entusiasmo. Esta denominación era una paradoja, pero lo cierto era que toda teología, toda palabra acerca de Dios, toda teoría o *logos* humano acerca de Dios era en sí una paradoja.

Se inclinó sobre el borde del púlpito, la blanca cabeza entre los encorvados hombros negros, y dijo con tono afable:

—Sé lo que estáis pensando: este tío nos va a dar la lata durante horas, y nos perderemos nuestro pastel de frutas. Pues bien, no voy

a hacerlo. Prefiero hablar de algo real, y no de unas cuantas trivialidades bonitas como deciros que seáis buenos, haceros regresar como ovejas extraviadas y daros una palmadita en la cabeza. Ésta es la casa del Señor, se construyó para Dios, para salvaguardar en ella la fe, la esperanza y el amor, para que éstos crecieran entre sus muros.

»Pero ¿dónde está Dios? ¿Dónde podemos encontrarnos con Él en nuestra vida diaria, en la oración, en los horrores de la historia reciente y no redimida? ¿Dónde podemos hallarlo?

»Los teólogos han señalado el firme distanciamiento de Dios con respecto a la tierra. Como tan bien nos ha leído la señora, en una época Dios hablaba directamente a los hombres, como hizo con Abraham y Moisés, y más tarde enviaba ángeles que visitaban a los hombres, y profetas, por cuyo intermedio Su voz resonaba como una trompeta llameante. Pero en las últimas épocas se ha marchado, no está presente. Cuando Nietzsche declaró que Dios había muerto, se limitó a señalar un hecho que la gente conocía, que fue la razón por la que la gente se sintió tan trastornada por sus palabras.

Les sonrió alegremente, pero el brillo de su buena voluntad quedó mitigado por sus dientes manchados y el bamboleo de su papada, signos evidentes de su mortalidad. Explicó que, en el momento de la Encarnación, el Dios eterno e inmutable «se vació» —el término exacto era *kenosis*—, contrajo su infinitud, que era atemporal, y la vertió en la carne finita. Cuando Dios se hizo Hombre, dijo Adelbert Holly, la atemporalidad entró en la historia. Lo infinito devino finito. Lo circular se volvió una flecha recta. Lo que no tenía principio ni fin se transformó en un niño recién nacido, con el cordón umbilical lleno de sangre y la boca llena de leche, y a su debido tiempo la sangre y la leche fueron condenadas a causar el fin de los hombres, que, antes o después, debían sufrir y morir. Algunos creían que el mensaje de la teología de la muerte de Dios era que los mortales estaban obligados a aprender a vivir en este mundo, sin conciencia del cielo y sin miedo al infierno, como no fuera al infierno sobre la tierra, que todos conocíamos, cada uno en su medida. Pero yo os digo, prosiguió el canónigo, que, cuando Dios murió como tal y se hizo Hombre, entró en la historia, y el regocijo del misterio de Su nacimiento se repite diariamente en el

tiempo histórico, así como también se repite, por supuesto, el pesar del misterio de Su muerte, que se ha vuelto infinitamente finita.

Acabó con una sonrisa beatífica. Frederica se sentía irritada. Las observaciones tenían cierto sentido, pero no demasiado; en el fondo no eran más que un juego de palabras. Pero el canónigo creía que significaban algo. ¿Qué?, se preguntó ceñuda.

El coro cantó más villancicos. Las llamas de los cirios parpadeaban violentamente cuando éstos se consumían en sus soportes de cristal. Por último, Mary se puso de pie para cantar «En lo más crudo del Invierno», momento en que los miembros del coro cogieron las velas las apagaron, de modo que no quedó más luz que la que proporcionaban los altos cirios encendidos en torno al nacimiento, en el cruce de las naves. Mary cantó con voz alta y clara. Frederica, que carecía de oído musical, oyó los sonidos y les encontró sentido gradas a las palabras de la poetisa, e incluso advirtió que el canto de la voz añadía ligereza a esas palabras, las encumbraba.

En lo más crudo del invierno
el gélido viento dejaba oír su lamento,
la tierra era dura como hierro,
el agua como piedra;
había caído nieve, nieve sobre nieve,
nieve sobre nieve,
en lo más crudo del invierno,
mucho tiempo ha.

Era un buen poema, con una inflexible descripción de elementos sólidos —nieve, agua, hielo, hierro, piedra— y ese adjetivo tan eficaz, «crudo». Y, como pensó Frederica, el viento se lamentaba, lo cual era un sonido humano, y allí estaba la madre con el hijo. La tierra gemía. Y luego, el infinito.

Los cielos no pueden guardar a nuestro Dios
ni la tierra sustentarlo;
cielos y tierra habrán de desaparecer
cuando Él venga a reinar […].

Maravillosas palabras, económicas, pensó Frederica. «Sustentar» es perfecto. La tierra no es capaz de sostenerlo ni de mantenerlo con vida.

A Él, a quien los querubines
adoran noche y día,
le basta un pecho henchido de leche
y un pesebre con heno […]

La voz de Mary se hizo más dulce mientras ella se abría camino entre ángeles, besos virginales, pastores y corderos, para llegar al corazón humano. Su padre veía su voz en el vibrar de la garganta, en el movimiento de sus labios, por entre el brillo de sus dientes, mientras ella movía la hermosa cabeza al ritmo de la música y su espesa cabellera rubio-rojiza se balanceaba a la luz de la vela que sostenía, la única encendida. Detrás de él, Bill Potter tosía miserablemente, las flemas subían y desaparecían en sus secos conductos. No había vida en Stephanie Potter, pero la vida surgida de ese viejo gruñón había entrado en ella, se había mezclado con la de él, que venía de su vieja madre gruñona y su desconocido padre, y allí estaba ahora, brillando fugazmente en las sombras, cantando y evocando la leche, la lana y la nieve.

¿Por qué le había puesto por nombre Mary? Era un nombre sencillo, y una carga. Recordó vagamente la idea de Adelbert Holly de que Dios se había vaciado desde el cielo. Bill volvió a toser, y Daniel pensó que Dios también se había marchado en silencio de ese edificio de piedra; sólo estaba presente en su ausencia, y por eso el viejo se había sentido capaz de atravesar el umbral de la iglesia,

puesto que la fuerza viva que antaño mantenía unidas las piedras, que una vez había ordenado «Descálzate, pues ésta es tierra sagrada», había dejado de arder.

«Ofrece mi corazón», cantó Mary e, inclinando la cabeza sobre el soporte de cristal que tenía delante, apagó el cirio de un soplido y se quedó quieta, con la cabeza gacha, en medio de la espiral de humo que se alzaba de la cera.

Daniel oyó los latidos de su corazón retumbándole en los oídos. El bombeo de la sangre. Era lo que era, y un día se detendría.

Bill se aclaró otra vez la garganta.

—Como un ángel —dijo.

—¿Qué? —preguntó Daniel con voz apagada.

—Que nuestra Mary canta como un ángel.

—Sí, es verdad.

—Pues no lo ha sacado de nosotros. Nuestro sentido musical es nulo.

Al acabar, se apiñaron en torno al nacimiento y comieron pastel de frutas. El pesebre era blanco y dorado. Las figuras eran italianas, blancas piezas de porcelana brillante inspiradas en las de Della Robbia. El pesebre en sí, el establo, estaba hecho con paja y madera. Dentro, las figuras eran blancas y lustrosas. La Virgen, tan blanca como su velo; el impasible buey y el peludo asno, de un blanco pálido, al igual que el rollizo niño que yacía en su cunita de leños. San José estaba de pie, como de costumbre, desconcertado, superfluo y ligeramente aparte, con las manos juntas y brillantes por su pátina, la barba nívea. Junto a la cuna había acurrucado un cordero blanco y, en el techo de paja, palomas blancas. El otro color era el dorado. Ángeles dorados colgaban de lo alto, alrededor de la enorme estrella dorada de oropel suspendida sobre los techos. Manzanas doradas, hechas de seda y rellenas, y hojas de acebo y de hiedra pintadas de dorado pendían en grupos allí donde tendrían que haber estado las candilejas de haberse tratado de un escenario. Las manzanas y las hojas estaban rodeadas de lamparillas.

—Es precioso —dijo Saskia.

Mary se reunió con ellos, despojada de su túnica y sin aliento. Gideon y Clemency se acercaron presurosos para felicitarla. Will se

mantenía aparte en la sombra, con su abuelo. Gideon bebió un sorbo de su ponche caliente y se puso a hablar de la nueva comunidad de Dun Vale, del espíritu que crecía como la levadura y de la energía que se estaba liberando, como había ocurrido con las gallinas y los pavos.

—Deberíais haberlos visto abriendo las alas y correteando, acicalándose las plumas. Es uno de esos gestos con los que uno siempre sueña, y de pronto lo estábamos haciendo de verdad…

—Lo cierto es que los pobres cuellos pelados se están cubriendo otra vez de plumón —dijo Ruth.

Gideon acarició la serpenteante trenza dorada de Ruth, que le caía por la espalda y que ella seguía llevando pese a haber dejado atrás la niñez hacía tiempo.

—Todos lo sentimos así. Pronto será como los antiguos monasterios, una casa religiosa donde habita un núcleo de personas dedicadas a la contemplación, adonde acuden otros a descansar y reponerse y escapar del tráfago del mundo, y otros más se acercan cuando se hallan en una encrucijada, por así decirlo, para vislumbrar cómo deben ser las cosas… Nos proponemos dedicar un día a los niños, para que acudan a escuchar historias (Ruth se ocupará de ello), un día a la oración, un día a cantos y bailes…

Jacqueline Winwar preguntó cómo estaban los hijos de Gideon y Clemency. Frederica, en parte exaltada aún por las contundentes palabras de Rossetti y la voz de Mary, y en parte ansiosa por volver a su casa, se hallaba abstraída. Le costó reconocer a Jacqueline. La niña de antaño, de lustrosos cabellos castaño claro, se había convertido en una mujer inteligente que daba una cierta impresión de vacuidad. Estaba más delgada, con la boca más tensa y los huesos más pronunciados. Le sentaba bien. Se había despojado de su imagen de persona agradable, y eso hacía más notoria su inteligencia.

Gideon contestó que todos sus hijos estaban bien, muy bien, abriéndose paso en el mundo, buscando su camino, cayendo y levantándose de nuevo, como todos los hijos.

—Jeremy está en la India, haciendo un peregrinaje espiritual. Tania trabaja con un grupo maravilloso de gente creativa que vende ropa fuera de lo común en Carnaby Street. Daisy estudia para asistente social; como es de piel negra se siente llamada a trabajar

en las comunidades negras. Dominic vive con un grupo de ocupantes ilegales; ha elegido compartir la suerte y el estilo de vida de quienes viven de subsidios. Está buscando su camino. A veces me gustaría que no les llevase tanto tiempo encontrar un estilo de vida asentado, pero eso se debe a que soy un viejo burgués empedernido y chapado a la antigua. La verdad es que admiro su coraje. No se puede menos que admirarlo.

Clemency Farrar miró a Daniel y desvió la vista. Sabía que Daniel estaba al tanto de que Dominic había sido arrestado en varias ocasiones por comprar objetos robados. Ignoraba que Daniel sabía que, por lo regular, Tania tenía la mente embotada por una dosis de hachís y LSD, dosis que crecía más y más de día en día. Sabía que Daniel no estaba al corriente de que hacía dos años que no recibían noticias de Jeremy y que ignoraban siquiera si seguía con vida. Había quemado la última carta de Jeremy, en la que les decía que confiaba en encontrar la paz, una paz que significaba que no debía volver y que tenía que cortar todos los lazos mientras durara su búsqueda. Miró sin ver la blanca Madonna de porcelana con su rollizo y blanco bebé. Era consciente de que Daniel sabía que Daisy, una chica negra con un nombre blanco, había repudiado a sus padres adoptivos, se había trasladado a un lugar donde todo el vecindario era negro, y mentía regularmente acerca de sus orígenes y su crianza.

Gideon acarició la dorada trenza de Ruth y extendió los brazos a Jacqueline, que había formado parte del Grupo Juvenil de su iglesia, cuando Daniel era su párroco.

—Jacquie, cariño, no puedes dejar de venir —dijo—. Tienes que conocer a los oyentes. Ruth se alegrará tanto, la harás tan feliz… Todos nos alegraremos.

Jacqueline evitó el abrazo.

—Sí, por favor —rogó Ruth—. Tienes que oír a Joshua Ramsden. Es el hombre más maravilloso que existe. El más… No puedo explicarlo. Tienes que verlo.

Tenía el rostro pálido y con una expresión de éxtasis. En su tono había cierta tensión.

—Tal vez vaya —dijo Jacqueline.

—Y Daniel. Y Marcus. Tenéis que venir todos —insistió Ruth—. Así veréis lo que hemos hecho, qué diferente es todo, qué real, que

novedoso.

Jacqueline dijo que estaba llevando a cabo un experimento complicado y que debía controlarlo sola, sin ayuda.

—Ven tú también —le dijo Ruth a Mary—. Cantamos mucho. Les encantará la bonita voz que tienes. A todos les encantará.

Se apoyó en el hombro de Gideon y les sonrió.

Más tarde lo recordarían.

A la mañana siguiente, entre los regalos depositados bajo el árbol de Navidad había dos libros idénticos, uno para Saskia y otro para Leo, obsequio de Agatha. Saskia fue la primera en encontrarlo. Leo estaba sentado en medio de una montaña de papel dorado estudiando el regalo de su padre, un tanque mecánico de tamaño descomunal, con cañones que destellaban, echaban humo y lanzaban zumbantes perdigones. Saskia abrió el libro con calma. Era un ejemplar de prueba de *Huida hacia el norte*, de Agatha, que se publicaría para año nuevo. Tenía una sobrecubierta llamativa, con toques carmesí y escarlata sobre un fondo negro y blanco. Las letras, también en carmesí, atravesaban una línea de torres nevadas o picos montañosos, y, encima de éstos, las siluetas de unos gallos negros se recortaban contra un cielo rojo. El grupo de viajeros se perfilaba junto a un espino, en el extremo izquierdo, y en el centro se cernían las silbadoras con las blancas alas desplegadas, el cuello de pájaro, rostro de mujer y cabello humano. Saskia lanzó un gritito y apretó el libro contra el pecho.

—Mira la dedicatoria —dijo Agatha.

—«Para Saskia y Leo —leyó Saskia—, que escucharon esta historia. Con amor».

Leo alzó la vista de su tanque.

—Tú también tienes uno —dijo Saskia precipitadamente—. Y está dedicado a nosotros, ¡a nosotros!

Leo gateó entre los envoltorios y encontró su primoroso paquete. Desató la cinta y quitó el papel. Observó la cubierta del libro y miró la dedicatoria. Saskia abrazó a su madre.

—¡No tenía ni idea! —exclamó.

—Fue muy difícil guardar el secreto —repuso Agatha con calma. Era buena guardando secretos.

—Parece muy distinto así, impreso —dijo Saskia, que abrió el libro al azar y leyó en voz alta:

—Todo eso que has aprendido en los libros no nos servirá de nada en medio del desierto —le dijo el paje al príncipe.

—Eso está por verse —contestó Artegall—. Los libros describen el mundo y, por tanto, son útiles. Lo que ocurre es que nunca me han permitido abandonar mi estudio. Ahora las cosas serán distintas.

—Debemos complementarnos —intervino Dol Throstle—. Y, si nos encuentran, tenemos que fingir que somos una familia. De esa manera les resultará más difícil descubrirnos. Vosotros dos debéis fingir que sois hermanos.

—Me parece una buena idea —dijo Artegall.

—Para ti no va a ser fácil —opinó Mark.

—Espera y verás —replicó el príncipe.

Todo el mundo la felicitó por lo bien que había leído. Leo abrió su libro y se lo acercó a la cara.

> —Nadie que las haya visto ha vivido para contarlo —respondió el zorzal—. El solo hecho de oírlas suele ser fatal. Vuelan o se deslizan como sombras oscuras y hacen un silbido agudo y penetrante, un sonido que está en el límite auditivo de cualquier criatura…

Cerró el libro de golpe y fue a darle un beso a Agatha.

—Gracias. Por la dedicatoria.

Tenía la cara caliente, relumbrante bajo la luz de los focos de colores del árbol. Salió rápidamente de la habitación y cerró la puerta con cuidado tras él. Los aguzados oídos de Frederica lo oyeron subir la escalera. Daniel y Winifred felicitaron a Agatha, y todos examinaron el libro de Saskia con grandes exclamaciones.

—No estaba leyendo, ¿no? —le dijo Bill a Frederica—. Se lo sabía de memoria.

Frederica sintió los ojos húmedos.

—No quiere admitir que no sabe leer. Ya no sé qué hacer. Tiene tu carácter, nuestro carácter. Es muy orgulloso.

—Tienes que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Es mejor que sea otra persona quien lo ayude, no tú, al menos al principio. ¿Me dejas que hable con él? Podría pedirle ayuda a Margaret Godden, de la escuela de Freyasgarth. Siempre conseguía que toda su clase de primero acabara el curso sabiendo leer. Pero entonces le dieron la directiva de que no había que presionarlos, que cada uno tenía que leer cuando fuera el momento apropiado, cuando estuviera listo. Y eso no funciona.

Frederica lo miró con ojos brillantes por las lágrimas.

—No puedes enseñarle y llorar por él —añadió Bill—. Déjame intentarlo. No se puede hacer mucho en unas vacaciones tan cortas, pero puede ser un comienzo. Mi carácter ya no es el de antes. Ahora soy paciente. Y siempre he sido buen maestro, además. Y, sobre todo, me recuerda a mí mismo, Frederica. Yo también tuve muchos problemas al principio…

—¿Tú?

—Solía usar el mismo truco: recitaba de memoria. Por eso reconocí su mirada.

Frederica no supo nunca qué fue lo que su padre le dijo a Leo. Oyó por casualidad el inicio de la conversación, la voz de su padre, reposada, razonable y adulta, de hombre a hombre, y se escabulló. Más tarde vio que los dos se marchaban caminando hacia el pueblo, dos figuras delgadas y bajas, pero fornidas, una con cabellos llameantes, la otra con cabellos descoloridos. Fueron a ver a Margaret Godden, la directora del Freyasgarth, y poco después ésta se presentó para hablar con Frederica y darle su diagnóstico profesional sobre la lectura de Leo. Leo volvió dando brincos, y otra vez él y Bill se encerraron en el estudio de éste. Frederica oyó la voz de su hijo leyendo torpemente. La s… er… pi… en… te comió la man… za… na. Ba… jo el ár… bol. Vi un d… ra… gón. El hom… bre y la mu… jer es… tán bajo el árbol en el jar… din. La serpiente está en el árbol. La manzana está en el árbol. La serpiente son… ríe. Le da la manzana a la mu… jer.

En este caso, dijo la señorita Godden, hay que empezar con el método silábico. Su hijo no tiene una dislexia grave. Invierte la escritura, pero su memoria retiene las letras y las formas con

normalidad. Es un niño que necesita que le enseñen a analizar los sonidos de las letras, y al parecer se le ha dado la «libertad» de hallar su propio método reconociendo globalmente las palabras. Sospecho que se encontraba bajo tensión cuando empezaron a exigirle que reconociera «aeroplano» y «casa» y «máquina». Es un chico que, como la mayoría de nosotros, necesita formas de pensamiento precisas en las que poder encajar sus descubrimientos e invenciones. En general somos capaces de hacerlo porque sabemos el alfabeto de memoria, sin pensar en ello, y conocemos el sonido de las letras. Así como conocemos el esquema de las tablas de multiplicación, tanto visual como auditivamente. No es conveniente esperar que los niños descubran la multiplicación y la división por sí mismos, como hacen muchos maestros hoy en día, o que organicen su propio alfabeto particular. El aprendizaje de memoria no es una tortura ni una inhibición. Es una herramienta. Y también un placer. En el caso de un niño como su hijo, cuya memoria está organizada a su modo, es una necesidad. No hay que convertir un medio en un fin. No se aprende el alfabeto para conocerlo, sino para utilizarlo. Pero el conocimiento es un placer humano. Como dibujar en perspectiva o flotar en el agua.

La señorita Godden era alta, con una mata de cabellos que semejaban vellones blancos. Llevaba un vestido recto de lana de color verde abeto, y su rostro era a la vez severo y amable. Había llevado consigo una caja con tarjetas de lectura confeccionadas por ella misma para niños como Leo, tarjetas con palabras interesantes, con rimas e historias de aventuras, no con frases sobre el fregado de platos y las salidas en coche para hacer compras. Más adelante las tarjetas tenían juegos de palabras. Le dejó la caja a Bill. Abuelo y nieto se encerraban en el estudio y recitaban juntos. Frederica oía a Leo salmodiar en la escalera: «El simple y soso sisón salta y salpica en el soto. La lluvia susurra. El viento sopla la lluvia».

Bill le contó a Frederica que Leo estaba progresando a pasos agigantados. Frederica rompió a llorar.

—¿Y ahora por qué lloras? —se extrañó Bill—. Margaret Godden dijo que todo irá bien. Que aprenderá.

—Pero es que dentro de diez días tenemos que volver a Londres.

Y volverá a esa escuela.

—¿Y no podrías dejar que se quedara un tiempo aquí? La escuela de Freyasgarth le gustaría y le convendría. Y también están Will y Mary…

—No puedo.

—Piénsalo. No es para siempre. Bastaría con un trimestre. A esta edad a muchos niños los envían fuera para ir a la escuela.

Frederica lloraba como si ella fuera la niña que se enfrentaba a una separación. Al cabo de un momento, Bill le posó torpemente la mano en un hombro que se agitaba por los sollozos.

—Tú eres mi niña. También me preocupo por ti. Tienes que hacer lo que quieras.

—¿Y qué es lo que tengo que querer? —preguntó Frederica con desesperación.

En ese momento entró Leo y se quedó contemplando la escena. Su madre nunca lloraba. Cuadró los hombros y miró inquisitivamente a Bill.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada importante. De verdad. Yo me ocupo de ella. Vete. No es que te esté echando. Quiero decir que no te preocupes, que todo está bien. Yo me ocupo de ella.

Intercambiaron una mirada de entendimiento, y Leo se marchó. Frederica se secó los ojos y sorbió por la nariz.

—Es un lince —dijo Bill—. Más listo que el hambre. Y muy maduro para su edad.

—No ha tenido más remedio que serlo.

—No empieces a llorar otra vez. Lo solucionaremos.

John Ottokar regresó, después de pasar la Navidad con sus padres en Welwyn Garden City. Paul-Zag se había quedado con los oyentes. Leo lo recibió en la puerta y se precipitó a sus brazos gritando «¡John O., John O., has vuelto!». Bill y Winifred le dieron la bienvenida. Agatha y Saskia habían ido al campus de la Universidad de North Yorkshire, a visitar a unos conocidos de Agatha. Después del té, Bill anunció que se llevaba a Leo para hacer sus ejercicios de lectura.

—Estoy leyendo unas cosas escritas que el abuelo y la señorita

Godden prepararon especialmente para mí —dijo Leo—. Tiene que ver con la historia de Agatha. Está impresa, tienes que verla, la estoy leyendo…

—Se lo ve muy feliz —le comentó John a Frederica cuando se quedaron solos.

La tenía abrazada y le besó los cabellos. Le acarició la espalda, y ella no pudo evitar un estremecimiento de placer.

—Y tú qué, ¿eres feliz? —preguntó John—. ¿Pasaste una buena Navidad?

Frederica dijo que habían sido unas Navidades extrañas. Le contó lo que había estado pensando —aunque no todo— sobre sus singulares grupos familiares incompletos, las madres solas, los abuelos con los nietos, el solitario Daniel. Se rió con sorna de la idea de san José con el hijo que no era suyo, y los ángeles, el buey y el asno. Le habló de la sorprendente alianza de la señorita Godden, Bill Potter, Leo y el método de lectura. No mencionó a Stephanie. Le contó que Bill había sugerido que dejara allí a Leo por un trimestre, aunque ignoraba si hablaba en serio. Dijo que le parecía una buena idea, pero que no sabía qué hacer. Después de todo, la extraña vida de Leo era su responsabilidad. Los diestros dedos de John Ottokar le masajearon la nuca, y ella sintió un cálido hormigueo. Le preguntó a su vez si él había pasado una buena Navidad.

John contestó que la verdad era que no. Él no había sido más que un recordatorio. Sus padres estaban preocupados por Paul. Creían que tomaba drogas y no entendían la clase de vida que llevaba.

—Yo era un reflejo de su ausencia —añadió John—. Como de costumbre. Yo estaba allí, pero no estaba porque sólo era yo. Para ellos, un hijo es medio hijo.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, ya lo creo que estoy seguro.

John volvió a sacar el tema de los progresos de Leo con la lectura. Frederica dijo que, según Leo, la mente de él era un laberinto de espejos: veía la escritura en espejo, o a sus manos trazándola. Sería feliz allí, le dijo a John Ottokar. Los barrios pobres y céntricos no eran un buen lugar para los niños inquietos. La tenaz

mente de Frederica seguía aferrada a esa idea, y las otras eran periféricas.

—-Todo parece llevarnos en una sola dirección, me parece —dijo John—. Creo que debemos casarnos, y tú tienes que encontrar trabajo aquí… tal vez en la universidad… y Leo podría ir a la escuela, y formaríamos una familia, un hombre, una mujer y un niño, uno por lo menos. —Sonrió, y su sonrisa era nerviosa, falsa, llena de ansiedad.

Frederica se irritó.

—Vaya manera de decidir por mí.

—No, cariño, escucha, reflexiona. No te gusta que Leo crezca en la ciudad, yo vivo aquí, los dos estamos bien juntos, aquí hay páramos y aire puro, y la universidad está llena de vida.

—¿Y qué hay de mi vida?

—No estoy diciendo que Leo y yo seamos tu vida. Sólo digo que creo que podrías hacer algo, cualquier cosa, en cualquier parte. Eres una excelente profesora y aquí puedes enseñar. Te lo pido porque eres lo mejor que tengo, lo mejor que he tenido nunca. Tengo que intentarlo…

Hablaba con dulzura y ansiedad, y algo en su interior aguardaba la derrota. Ese sentimiento interior hizo que Frederica se sintiera asqueada de sí misma, y la acometió el deseo de herirlo.

—¿Y Paul? —inquirió.

—Paul está con los oyentes. Yo tengo que vivir mi propia vida.

—Y yo soy esa vida.

—Sí.

La tenía abrazada, y el cuerpo de ella llenaba de calidez el suyo. La mente de Frederica estaba fría y clara, y ella se sentía desdichada.

—¿Es importante ser una personalidad de la televisión? —preguntó John con falsa inocencia.

—No, es un trabajo —replicó ella con brusquedad—. Es divertido.

«Divertido» era una palabra tonta, poco convincente. John le acarició la cadera. Ella sintió la reacción de su cuerpo, y un vacío en la cabeza. Tuvo la imagen de un hombre, una mujer y un niño

caminando por los páramos cogidos de la mano. Recordó a Nigel y su violencia. Se había casado con Nigel por hacer caso a su cuerpo. Y lo único bueno que había sacado de ello era Leo. ¿Volvería a hacerlo, esta vez por delicadeza? ¿Qué era lo que quería? Se sentía disgustada consigo misma.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Era Jacqueline Winwar, que había ido a proponerles a Daniel y Marcus —y a John, puesto que se encontraba allí, y a quienquiera que le interesara— hacer una visita a los oyentes, en Dun Vale. Para ver cómo le iba a Ruth. Resultaría más fácil si se presentaban en grupo, comentó. Avisado de la llegada de Jacqueline, Daniel apareció y dijo que estaba listo para partir. Fue en busca de Marcus, creyendo que éste se mostraría reacio a acompañarlos, pero Marcus aceptó la propuesta. Jacqueline le preguntó a John si quería sumarse a la partida. John miró a Frederica.

—No, yo no voy —dijo ella—. Ya sabes que no me gusta la religión ni las agrupaciones.

—Creo que iré a ver si Paul está bien. Les prometí a mis padres que lo haría. Jacqueline tiene razón: es más seguro ir en grupo.

—Supongo que no morderán, ¿no?

—Nunca se sabe —repuso Daniel—. Puede pasar cualquier cosa. Les haremos una breve visita.

Frederica se quedó a solas con Jacqueline por unos momentos. Le preguntó cortésmente cómo iba su trabajo, y recibió una explicación sorprendentemente prolija acerca de neurotransmisores, axones, iones de calcio y la complejidad de las ecuaciones, que volvía imprescindible la ayuda de Marcus. No prestó demasiada atención a los detalles, pero sí captó el tono entusiasta, la expresión de ansiedad que reflejaba el rostro, más delgado que antaño. Jacqueline siempre había sido bonita, y una persona tranquila, pero ahora tenía mal aspecto y parecía nerviosa y tensa.

—¿Has estado enferma? —le preguntó Frederica cuando Jacqueline interrumpió su explicación.

Jacqueline comprendió que Frederica no había entendido lo que

le había estado contando. Su momentáneo entusiasmo se apagó.

—He tenido problemas, pero ya estoy bien. Ahora sólo necesito conseguir algunos resultados seguros… —Hizo una pausa y añadió con amabilidad—: Te he visto en televisión. Un programa muy ingenioso. Ha de ser un trabajo muy interesante, ¿no?

—Es sólo un medio de vida. Tengo que ganarme la vida.

Se miraron con circunspección. Ambas sentían como si tuvieran un espacio frío en la mente que necesitaran proteger y que, a la vez, les inspirara temor. Por un fugaz momento, Jacqueline pensó en confiarle a Frederica la conmoción y el horror de su embarazo fallido, pero decidió guardar silencio. Frederica no era la persona indicada para tener una conversación de mujer a mujer, por más que ambas compartieran la ambición de llegar a ser alguien. Frederica, por su parte, tenía la incómoda sensación de que Jacqueline sabía mucho mejor que ella lo que quería y lo que estaba haciendo, y no resultaba una sensación placentera para alguien acostumbrada a ser por lo común la persona más inteligente de cualquier grupo, y habituada asimismo a que Jacqueline no fuera más que una agradable muchacha amiga de Marcus. Podría haberle preguntado si le resultaba difícil ser una intelectual dedicada y mujer a la vez, si su condición femenina no le causaba problemas. Pero no lo hizo. En lugar de ello dijo con jovialidad no desprovista de reserva:

—Tienes que venir al programa y explicar a la gente todo eso de los neurotransmisores.

Jacqueline contestó que probablemente les resultaría incomprensible. Frederica creyó percibir cierta mordacidad en sus palabras.

Volvieron los demás, arropados con anoraks y gorros de lana, listos para salir hacia Dun Vale. Will se había sumado al grupo. Daniel había intentado disuadirlo, diciéndole torpemente que la visita lo aburriría; nunca sabía cómo hablarle a Will. Éste contestó que le gustaba Ruth y que no veía por qué no podía ir a conocer la comunidad, y que Ruth le había pedido especialmente que fuera.

Había media hora de viaje en autobús y otra media hora de caminata para llegar a Dun Vale. Marcus se sentó junto a Will, y Jacqueline se dijo que debía de estar evitándola, no por hostilidad sino simplemente porque se sentía incómodo con el estallido de

emociones ocurrido en el grupo de «Mates no». John Ottokar se sentó solo y se dedicó a contemplar los helados páramos, con parches de nieve en las depresiones, y el cielo plomizo. La primera parte de la travesía discurría por una cresta flanqueada por páramos, que descendían hacia los valles. Jacqueline acabó sentada al lado de Daniel, pero por un buen rato ninguno de los dos habló. Al fin se pusieron a conversar de los hechos que habían conducido a la formación de los oyentes. Jacqueline comentó que Ruth parecía en éxtasis y le preguntó a Daniel si no había pensado incorporarse al grupo. Éste respondió que no, que no le agradaban las agrupaciones ni los líderes, como ella bien sabía.

—Pero perteneces a la Iglesia.

—No demasiado. El edificio apenas si se mantiene en pie cuando entro. Yo sueño con ruinas. Trabajo en un lugar arrasado por las bombas, oyendo voces sin rostro. Eso parece ir mejor conmigo.

—Te preocupas por la gente —dijo Jacqueline—. Estoy empezando a creer que yo no lo hago.

Daniel guardó silencio por un momento, mientras el autobús seguía su viaje, traqueteando.

—No tienes muy buen aspecto —dijo al cabo—. Pareces diferente. Vigilante.

—Mi trabajo va bien. Estoy descubriendo cosas acerca de la química de la memoria, cosas que pueden cambiar nuestro modo de entender el cerebro. Es angustiante cuando va mal, pero es hermoso cuando todo funciona.

Lanzó una risita y prosiguió:

—Cuando estuve con mi madre en Navidad me dijo que el trabajo me está agotando. Dice que tengo que distraerme, mirar a mi alrededor, casarme y demás. Que el tiempo se me acaba. Es incapaz de escuchar dos frases seguidas sobre la estructura celular sin que su mente salte otra vez a la limpieza del horno o al plan para las siguientes vacaciones. Dice que me estoy consumiendo y que ningún hombre me mirará. De veras que me dijo todo eso, y yo me enfadé mucho. No sé por qué te estoy contando todo esto.

—Ése es mi trabajo, escuchar. Tu madre te decía lo que quiere para ti, y está en su derecho. Pero yo diría que sabes muy bien adónde vas, y que tienes que hacerlo.

—Iba a casarme con Luk. Dije que sí y luego dije que no. Fue un

asunto muy desagradable, y él está furioso. Y sufriendo. A mi madre no le conté nada de esto.

—¿Por qué dijiste que no? —preguntó Daniel con sencillez, sin respuestas preconcebidas.

Ella fue sincera.

—Porque no quería casarme. Porque… porque quiero concentrarme en lo que estoy haciendo. Porque no quiero verme dividida. No sabía que yo era así. Siempre imaginé que compaginaría todo: trabajo, vida, sexo, etcétera. Pero no es así.

Daniel no dijo nada, no pronunció palabras tranquilizadoras, como la trivial observación de que todo eso podía cambiar, ni la trivial confirmación de que lo que quería tenía que ser bueno para ella. Escuchó con todo el cuerpo los latidos del corazón de Jacqueline y el rechinar de sus pensamientos, y observó sus manos crispadas en las rodillas, aferrándolas y soltándolas. Al cabo de un momento ella dijo, como si estuviera contestando a lo que él no había preguntado:

—Creí que estaba embarazada, la verdad, y me pareció que lo correcto era seguir adelante y casarme. Pero no lo estaba. Y entonces no pude hacerlo. Todo fue una cuestión de voluntad, desde un principio. Quería ser una mujer normal… pero no lo soy.

—Entiendo.

—Y he herido a Luk.

—Creo que es una persona fuerte.

—Está escribiendo un ensayo sobre los problemas de la meiosis y el macho redundante.

Daniel lanzó una carcajada. Jacqueline volvió el rostro hacia él, ahora con una sonrisa cauta, pensativa.

—Tú ríete, pero ha sido espantoso. Es espantoso descubrir que uno no es totalmente humano. Siempre creí que la gente me interesaba…

—Hay muchas maneras de interesarse en la gente.

—Bueno, tú lo haces.

Daniel miró por la ventanilla y contempló la tierra, el cielo, la hierba helada, los helechos. Habló sin mirar a Jacqueline.

—Si uno siempre mira a la gente como si fueran relojes con los engranajes rotos, acaba por volverse tan objetivo e indiferente como un científico que observa el movimiento de las bacterias a través de

un microscopio. Se convierte en alguien que diagnostica. Eso es frialdad. No tiene nada que ver con el amor corriente.

Giró la cabeza para clavar la vista en la nuca de su hijo, y Jacqueline, que de hecho era muy observadora, vio cómo se le tensaban los músculos de la cara.

—Eso puede llegar a incapacitar para el amor corriente —añadió Daniel.

—Creo que nunca te he oído hablar de ti mismo.

—No es bueno en mi profesión.

Se quedaron en silencio, mientras el autobús seguía su marcha. Sus pensamientos tomaron el mismo rumbo.

—A Gideon le interesa Gideon y el amor corriente —dijo Jacqueline.

—Es cierto. Un exceso de interés.

—Me preocupa Ruthie.

—Lo sé. Siempre te has preocupado por ella.

—Gideon no lo hace.

—Bueno, no lo sabemos. Aunque yo también creo que no se preocupa.

—Ese nuevo hombre, Joshua Ramsden, ¿cómo es?

Daniel tardó un momento en contestar, mientras el autobús daba una sacudida al pasar sobre una piedra.

—Es un hombre religioso. Ama la luz. Quiere amar a Dios. Está enfermo… físicamente, tiene ataques. Conoce los extremos. Es… dejó la frase inconclusa.

—¿Es qué?

—Iba a decir que es peligroso, pero no tengo derecho. Sólo me estoy guiando por la pauta habitual de las visiones, la intensidad, el exceso… la violencia. Pero tal vez en este caso haya contención. Sus intenciones son buenas. En realidad, sólo pretende lo mejor…

Jacqueline tuvo una súbita visión del hermoso zigzag de picos de intensidad dibujado por su osciloscopio, hermoso y significativo. La carga eléctrica de la materia, fluyendo por una simple neurona gigante. Estableciendo conexiones. Se echó a reír, y Daniel quiso saber el motivo. Ella le explicó la imagen inducida por sus palabras. ¿Lo ves?, dijo él. En tu caso está muy claro qué es lo mejor. Sigue con ello, chica. Daniel vio que ella relajaba los hombros.

El autobús los dejó en lo alto de una cresta, y echaron a andar cuesta abajo, en dirección al valle. Más allá de éste se veía brillar el lago de Mimmer en el aire frío y límpido. Jacqueline y Marcus sabían dónde estaban porque era allí adonde habían ido tantas veces a contar caracoles, aunque ahora el lugar parecía diferente. Jacqueline miró a Marcus, que caminaba con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza gacha. Le preguntó si estaba preocupado por Ruth, y él se limitó a encogerse de hombros.

—Ella era la que realmente te gustaba —dijo Jacqueline.

—¿Ah, sí?

—Sí, eso creo. Pero nunca dijiste nada.

—¿De qué habría servido? Ella tenía otras ideas en mente. Estas de ahora.

Marcus necesitaba ver a Ruth porque tenía miedo de Vincent Hodgkiss. El filósofo había hecho tambalear la conciencia que tenía de sí mismo, siempre frágil. Se había sentado allí, a la temblorosa luz de las velas, y había cautivado la mente de Marcus, replegada y oculta en su interior. Había observado la mente de Marcus con ojos brillantes, le había hablado tentadoramente, y ésta había aflorado y se había revelado. Y entonces Marcus había advertido que el fuego de la atención de Hodgkiss le recorría todo el cuerpo, al que sentía a la vez translúcido e incandescente. En cualquier caso, caliente.

No le gustaba ese calor. Quiso batirse en retirada, pero se sentía como si el calor lo hubiera convertido en vidrio fundido.

Necesitaba recordar lo que era desear tocar a Ruth, con su abundante cabellera dorada y su suave blancura límpida.

No llegaba tan lejos, en sus deseos, como para esperar que pudiera persuadir a Ruth de dejar a los oyentes. Sólo quería verla y desearla, restaurar la conciencia de su propia dirección. De su propia naturaleza. Necesito una señal, dijo silenciosamente a los páramos cubiertos de escarcha, una pequeña señal, eso es todo.

Pensó que sería interesante hablar con Jacqueline sobre Fibonacci, un día de ésos. Parecía haber superado satisfactoriamente lo que quiera que la hubiera trastornado.

Cuando llegaron a Dun Vale, los estaban esperando: el teléfono aún conectaba la comunidad con el mundo exterior. Clemency Farrar, luciendo un amplio delantal blanco y una sonrisa resplandeciente, les abrió la puerta. No bien se abrió ésta, les llegó el maravilloso aroma del pan recién cocido, y de galletas o pasteles azucarados y tostados. Había otros oyentes aguardando en el enlosado vestíbulo de entrada, debajo de la galería donde Luk Lysgaard-Peacock había esperado con los niños heridos la llegada de auxilio. La habitación, de piedra y madera oscura, estaba caldeada y bien iluminada, con velas y boles con mechas flotantes. Había guirnaldas de hojas de acebo, tejo y hiedra. Paul-Zag se separó del grupo y corrió a abrazar a su hermano; el canónigo Holly estrechó la mano de Daniel al modo maniqueo. Ruth, con un vestido blanco y medias del mismo color, alzó su cálida mejilla para que Jacqueline la besase, y dedicó a Marcus una sonrisa luminosa. Gideon Farrar le dio a cada uno un abrazo de oso y una palmada en la espalda. Llevaba su chaqueta bordada de piel de carnero y el pelo rubio rojizo suelto hasta los hombros. También Holly vestía una zamarra, aunque no parecía muy cómodo con ella. Hacía frío en la casa, por más que estuviera tan iluminada y que en el aire flotara el aroma de las cocciones del horno.

Pasaron al comedor, donde los aguardaba la comida. Había una larga mesa puesta para treinta o treinta y cinco personas, con sillas plegables muy apretujadas entre sí. La mesa estaba cubierta con grandes manteles blancos y colmada de alimentos: hogazas de pan caliente, fuentes con bollos y galletas, boles con huevos y cuencos de madera con diversas frutas de los contornos: manzanas y peras, ciruelas y compota de ciruelas pasas, manzanas silvestres y moras. Tomaron asiento en amistoso amontonamiento, aunque fue evidente que algunos tenían lugares reservados para ellos. En la cabecera de la mesa, Lucy Nighby (también con un amplio delantal blanco) y Clemency Farrar se situaron a Cada lado del asiento presumiblemente destinado a Joshua Ramsden. Daniel se sentó en el extremo opuesto, no exactamente en la punta, que estaba ocupada por el canónigo Holly, pero al lado de éste. Gideon tomó asiento en el centro del lateral, flanqueado por Ruth y Ellie, con un

pequeño grupo de cuáqueros enfrente y los niños —los tres de Lucy y otros tres más— apiñados a su alrededor. Jacqueline se colocó al costado de Daniel. Marcus pensó en sentarse junto a Ruth, pero no pudo porque estaba rodeada de niños. Elvet Gander se acercó a John Ottokar y lo invitó a tomar asiento a su lado, pero John declinó la invitación y fue a unirse a los cuáqueros. Gander lo siguió y le habló por encima del hombro.

—Tenemos música durante las comidas, así como lectura de poesías o de textos religiosos. Zag toca y canta para nosotros, y nos sentiríamos muy honrados si aceptaras tocar con él.

—No he traído mi clarinete.

—Tenemos uno; la casualidad o el destino, o los buenos oficios de Milly Fisher, en este caso. ¿Qué te parece una pequeña sesión de música? Tal vez «El Señor de la danza»…

Paul puso en las manos de su hermano el clarinete, armado, con la madera aceitada y lengüeta nueva.

Clemency Farrar y Lucy Nighby fueron a la cocina y regresaron con dos grandes marmitas oscuras llenas de sopa humeante, que dejaron en una mesa auxiliar, donde estaban los cucharones.

La mujer que se hallaba junto a Jacqueline le comentó a ésta:

—La hacemos con lo que cosechamos. Tiene patatas, puerros, coles de Bruselas, ortigas, brécol, zanahorias, leche de vaca y de cabra, y una pizca de extracto de levadura. Y algunas hierbas. Es muy sabrosa. Y totalmente vegetal. ¿Eres vegetariana?

—No —contestó Jacqueline.

—¿Eres cuáquera o anglicana o algo así?

—Soy científica.

—En tu opinión, ¿eso excluye cualquier creencia religiosa?

—No sé si siempre es así. En mi caso lo es.

—¿Y por qué estás aquí?

—He venido a ver a una vieja amiga.

—¿Es fácil ser una mujer científica? ¿No te causa problemas?

El persistente interrogatorio de la mujercita morena acabó por irritar a Jacqueline, que replicó:

—Ahora te toca a ti. ¿Por qué estás aquí? ¿A qué te dedicas?

—Oh —dijo Brenda Pincher, ordenando sus cubiertos—, soy una buscadora, una investigadora, una observadora.

—¿Vives aquí o estás de visita?

—Vivo aquí. Formo parte del grupo original. Daniel me conoce.

Daniel confirmó vagamente sus palabras. No recordaba a qué se dedicaba Brenda, si es que alguna vez lo había sabido. Ésta desvió su atención de Jacqueline y le dirigió una serie de preguntas a Daniel: cómo estaba, qué pensaba de las comunidades, qué opinión le merecía el maniqueísmo…

En ese momento entró Joshua Ramsden. Se detuvo junto a la mesa y miró con aire grave a los allí reunidos, deteniendo la mirada en cada rostro. Todos sintieron que sus ojos les escudriñaban la mente, detectaban las áreas de confusión, hurgaban en busca de problemas. Marcus vio que Ruth se ruborizaba y sonreía, aunque tenía la mano posada sobre la mesa, junto a la de Gideon. Jacqueline pensó que el hombre era muy atractivo. En la habitación había corrientes de aire y el ambiente estaba frío, como el vestíbulo de entrada, a pesar del calor de los cuerpos apretujados y el vapor que despedía el potaje de verduras. Gideon, sentado en el lateral de la mesa como el Cristo de Leonardo en la *Última Cena*, tenía un aire majestuoso y ocupaba más espacio que el de cualquier otra persona. Ramsden permanecía de pie como un pilar, esculpido e inmóvil, haciéndolos inmovilizar con su presencia.

—Comamos —dijo— pero no más de lo necesario, porque nuestro cuerpo es sólo un medio temporal para nuestro espíritu. Vivimos en una cáscara que al cabo tendremos que desechar. Aceptad la bondad de los frutos de la tierra con pena y gratitud, y pensad en que llegará un tiempo en que ya no habrá necesidades corporales sino únicamente luz pura. Pensad en la luz, mientras coméis estos seres vivos en los que ella está atrapada.

Mientras Ramsden hablaba, Marcus advirtió que un rollizo recién llegado había ocupado la silla vacía contigua a la suya. Una voz que no le era desconocida dijo:

—Todo eso está muy bien, pero la sopa debe de estar deliciosa. Vi cómo la preparaban.

Marcus conocía el olor particular, inmutable, del cuerpo que estaba junto a él, un olor graso con un matiz ácido de ansiedad. Conocía la risita de satisfacción que escondía un asomo de tensión. Conocía, incluso, la presión de esas suaves nalgas. No alzó la vista y

contuvo la respiración.

Lucas Simmonds, cuyas atenciones, tanto religiosas como fervientemente amorosas, habían sido la causa de que Marcus se hundiera por primera vez en el terror y la incoherencia, cayó en la cuenta de quién era su compañero de mesa y empezó a barbotear.

—¡Eres tú! No sabes cómo he rogado que llegara este momento. Eres tú… ¿Formas parte de esto? ¿Piensas quedarte? He sufrido tanto pensando dónde estarías y cómo vivirías, y qué pensarías de mí, cómo me juzgarías, si habrías guardado un lugar para mí en tu corazón y tu mente…

»Éste es un buen lugar. Aquí he encontrado el reposo después de todas mis desgracias y tribulaciones. Hay un hombre que ve en el corazón de las cosas, Marcus. Dime, por favor, que vas a quedarte, que tú también…

—No —contestó Marcus.

Alzó los ojos, desesperado, y vio que, desde lejos, Joshua Ramsden lo estaba mirando. Era como si el hombre percibiera su terror, su repugnancia, su inquietud, su alma paralizada.

Ramsden se puso de pie.

—Tendremos música —anunció—. Comeremos en silencio mientras oímos a Zag y su hermano, que conducirán nuestra mente hacia la luz. Nos olvidaremos de nosotros mismos.

Joshua Ramsden vigilaba a su gente desde su distante asiento. Percibía la armonía y la desarmonía, el calor y el frío, el miedo y la euforia, la gula y la moderación en el comer, la fe y el escepticismo. Cuando posaba los ojos en uno u otro, inevitablemente éste alzaba la cabeza y su mirada se encontraba con la de él por un largo momento de búsqueda, de confianza. Veía, por así decirlo, formas espirituales de materia alrededor de las caras y figuras. El joven Marcus, a quien no conocía, estaba encerrado en una frágil jaula de carámbanos. Rebosaban de luz, pero no dejaban de ser carámbanos prestos a fundirse. El hombre sentado a su lado, que acababa de llegar, se hallaba cubierto de sudor como una res muerta puesta al asador: el sudor le caía en grandes gotas y le empapaba el ensortijado pelo y sus ropas de lana. Brenda Pincher, como siempre, era una pelota de cuero ciega y palpitante. Con la vista clavada al

frente, Joshua Ramsden afrontó la leche y la miel que fluían de Gideon y se encaminó hacia Daniel Orton.

Y allí estaba otra vez la sangre cuya visión no podía evitar. Manaba a raudales del oscuro cabello de Daniel y fluía en brillantes regueros por las espesas cejas y las abultadas mejillas, se detenía en las comisuras de la boca cuando sorbía la sopa de verduras, chorreaba por los fuertes músculos del cuello, se estancaba en el cuello del jersey para luego rebasarlo y gotear sobre los hombros y las trenzas del tejido, el pecho y el vientre ocultos por la lana. Como de costumbre, la visión se presentaba con todo detalle: vio gotitas salpicadas en el escote desde los pelos de la barba mal afeitada, vio un goteo constante desde la raíz de los cabellos. No fue producto de su imaginación, sino que vio la roja sangre brillante salir a borbotones, coagularse. Era una visión que recibía, y no podía hablar de ella. Concebía a Daniel como un oscuro volcán de materia que, en lugar de lava ardiente, arrojaba sangre a chorros. Por un momento pensó que quizás esto era una señal de que el hombre era un demonio, el demonio. Pero rechazó la idea. El hombre era gordo y a él no le gustaban las personas gordas, le producían repulsión, y la repulsión era algo indigno contra lo que debía luchar. Se dijo que la sangre era su propio demonio, era sangre que él mismo echaba sobre Daniel, no el producto de una fuente imaginaria. Daniel comía. Alzó su cuchara, y la sopa de vegetales entró en la oscura cavidad de su boca, por entre la empalizada de sus gruesos dientes, sobre la viscosa alfombra de su lengua. Daniel cortó un trozo de pan y se volvió sonriente hacia Jacqueline para comentarle lo bueno que era el pan moreno caliente, mientras lo untaba con una gruesa capa de dorada mantequilla y luego masticaba y masticaba. Joshua Ramsden depositó su cuchara, sin haber probado la sopa. La fuente de sangre se agotó bruscamente. Las brillantes superficies de Daniel se volvieron otra vez polvorientas, grises, opacas. Ramsden bebió unos tragos de agua de un vaso de arcilla hecho por Clemency Farrar. Lucy le preguntó si no tenía hambre, y él contestó que no; sus necesidades eran pequeñas y ya tenía suficiente.

La música seguía sonando. Tocaron «El Señor de la danza» y luego «El acebo y la hiedra», improvisando. El clarinete tocaba la melodía, y la guitarra la rodeaba de sonidos más graves, más agudos, la rozaba, se apartaba, desgranaba acordes. Los dos cuerpos se movían a una, las doradas cabezas asentían, los pies marcaban el ritmo, los dedos saltaban, se detenían, trazaban ondas. La boca de Zag mostraba una amplia sonrisa extasiada, mientras que la de John se mantenía tensa en la boquilla de su instrumento. Son dos ángeles, dijo una cuáquera a otra. Oh, la salida del sol y la carrera del ciervo…

Al acabar la comida, todos se reunieron para despedir a los invitados, que debían llegar a la carretera a tiempo de coger el último autobús, antes de que la temprana noche de invierno se cerrara sobre ellos. Marcus se las ingenió para acercarse a Ruth, que estaba ayudando a levantar la mesa. Lucas Simmonds se puso a su espalda, pero Daniel lo tocó en el hombro, lo hizo volverse preguntándole cómo se encontraba, y se lo llevó de allí con firmeza.

—Hola, Ruthie.

—Es una alegría verte aquí. Es una alegría veros a todos aquí.

—¿Eres feliz?

Su mirada franca se encontró con la de él, sus manos aletearon y se cruzaron sobre el pecho como un ángel en una pintura.

—¿No es obvio? ¿Acaso esto no es maravilloso? Entreverlo ya era mucho, pero ahora hago mucho más que entreverlo. Esto es permanente, es real…

Él extendió una mano, vacilante, y la tocó. Ella se encogió.

—Me alegro de que estés feliz —dijo Marcus.

—Pues muéstrate alegre. O, mejor, vuelve pronto. Mejor aún: súmate a nosotros. Sólo se vive una vez, ¿no te parece? Tienes una oportunidad.

Era más rolliza de lo que había sido de niña. Marcus no sentía nada. Nada en absoluto. Percibía en cambio, desde el otro lado de la habitación, el calor húmedo que irradiaba el cuerpo de Lucas Simmonds, bajo el abultado jersey y los pantalones de franela.

—Bueno, cuídate —dijo Ruth, despidiéndose.

—No te perderemos de vista —dijo Marcus.

—No digas eso —replicó Ruth—. Suena a amenaza. Soy feliz. Rezaré por vosotros.

Se alejó cargando una pila de platos, y su trenza se balanceó en su espalda como con vida propia.

En el umbral de la puerta, Joshua Ramsden habló con Daniel.

—¿No se ha sentido llamado a sumarse a los oyentes?

—No.

—Los que lo conocen bien, como el canónigo y Gideon, lo valoran a usted.

—Pues en la cripta se echa mucho de menos al canónigo. Las llamadas de auxilio no se han reducido.

—Como María, él ha elegido la mejor parte.

—Bueno, señor Ramsden, como usted sabrá, yo soy como Marta. Pertenezco a la tierra, soy terrenal.

—La pobre tierra.

—Yo me muevo en ella —dijo Daniel con una sonrisa.

Por una vez, Will estaba de pie a su lado, con la mirada clavada en Ramsden.

—¿Es su hijo? —preguntó éste—. Tiene su misma mirada…

Daniel sintió temor. Ignoraba el origen del miedo, pero era intenso.

—Debemos irnos —dijo con brusquedad—. Tenemos que coger el autobús.

La plateada cabeza asintió, dejándolos partir.

Subieron la cuesta, en dirección a la carretera que discurría por la cresta. En el cielo plomizo se veían palomas blancas y de color perla que volaban de regreso a Dun Vale para pasar allí la noche. Mientras caminaban dispersaron en más de una ocasión bandadas completas de gallinas errantes semisalvajes, que chillaban espantadas y huían a toda la velocidad que les permitían sus escamosas patas amarillas. Uno o dos pavos sobrealimentados pasaron pesadamente por el costado del sendero, glugluteando. A lo lejos baló una oveja y se oyó el aullido de un perro.

—Él no te gusta —dijo Will dirigiéndose a su padre, cosa que

raramente hacía.

—Yo no he dicho eso. Tiene buenas intenciones. Intenta ser un buen hombre.

—No le mostraste respeto.

—¿Por qué dices eso?

—Él trataba… trataba de ser amable contigo. Y tú lo rechazaste.

—No era mi intención. Pero creo que lo que está ocurriendo es peligroso.

—Pues yo creo que es emocionante. Algo nuevo. Y no es aburrido.

—Ah, bueno, si tu único criterio para juzgarlo es que no sea aburrido…

—Nunca escuchas realmente lo que digo.

—Tú nunca dices nada.

—Pues estaba diciéndote algo, y tú no me escuchabas.

Siguieron subiendo la cuesta, y en el camino se cruzaron con otras criaturas —algunas ovejas, un cerdo joven, una bandada de pollos negros— que descendían la ladera.

17

En enero,
Bowers & Edén
publicó tanto *Huida hacia el norte* como *Láminas*. *Huida hacia el norte* despertó escasa atención. Aparecieron algunas reseñas amables en ciertas publicaciones de ciencia ficción y fantasía y entre los libros para niños, pero la mayoría de las reseñas en estas áreas habían aparecido antes de Navidad. *Láminas*, por su parte, fue ampliamente comentado. Algunas de las críticas tenían títulos como «Incoherencia pura», «Un mundo de recortes» o «I Ching para tías listas». Hubo también artículos sobre Frederica, donde la describían como «una nueva estrella» o «el rostro falsamente inocente a través del espejo», y se referían al libro como «una guía para mujeres inteligentes para que escriban una obra en sus ratos libres». Tanto los comentaristas que alababan *Láminas* como aquellos que lo criticaban lo calificaban de «ingenioso». Los críticos hostiles añadían la cualificación de «fácil» y restringían el alcance de «ingenioso» como «meramente ingenioso» o «irritantemente ingenioso». Las reseñas favorables comparaban la técnica de anagramas con Burroughs y Jeff Nuttall, pero decían que, a diferencia de éstos, la escritora no se lanzaba a la yugular y carecía de toda intención subversiva. Se preguntaban si el conjunto añadía algo a la mera suma de las partes separadas y recortadas, y concluían que no era así, que simplemente era muy ingenioso.

Frederica conservaba la fotografía tomada por *el Evening Standard*, donde aparecía reclinada en la verja de su apartamento en el subsuelo, con botas altas, un abrigo largo y un sombrero de piel de estilo ruso que le daba un ligero aire a Anna Karenina. Los vecinos de Hamelin Square se habían asomado a las ventanas o se

habían apiñado tras el fotógrafo con bicicletas y pelotas de fútbol. Su fotografía había salido también en la revista *Nova*, que la había retratado en su estudio de *A través del espejo*, una foto en color en la que su rostro se reflejaba en los diversos espejos, pantallas y paneles divisorios transparentes del estudio. Ella luda un vestido de lana de color verde botella, entallado y de mangas estrechas, con un cuello blanco muy recatado. Era una buena fotografía, llena de minúsculos fragmentos geométricos de cantos, huesos y capas superpuestas, ojos recelosos multiplicados, rizos de cabello pelirrojo. «Éstos son los fragmentos que he apuntalado frente a mi ruina», comenzaba el artículo que acompañaba la imagen. La frase de Eliot había obsesionado a Frederica, que la había rechazado como epígrafe de su libro por considerarla un lugar común, algo que todo el mundo citaba en cualquier contexto. A ella siempre le había evocado la imagen de un bote en una playa rodeada por un muro defensivo o un contrafuerte hecho de piedras partidas, guijarros y fragmentos de ángeles esculpidos y de antiguas victorias aladas griegas o los pechos de Diana de Éfeso, al modo de una pintura cubista. Sabía que en realidad no había playa alguna, ni costa, ni bote[17]. Sólo el príncipe de Aquitania en la torre derruida y temporalmente apuntalada. Con citas[18].

No les había contado a sus padres que había escrito un libro. Se sentía ante su padre como la mayoría de la gente de su generación se sentía ante el doctor Leavis, el crítico literario: que cualquier cosa que fuera capaz de escribir sería insuficiente para su elevado nivel de exigencia. Sus escritos eran, pues, notas clandestinas que mantenía apartadas de la mirada paterna. Ni siquiera había pensado en iniciar una carrera de escritora para justificar su decisión de no trasladarse al norte, por la sencilla razón de que no se veía como escritora ni creía que su dedicación a la escritura pudiera constituir una carrera. No estaba escribiendo ni planeando escribir nada que no fuera más de lo mismo, más láminas, más apuntes inconexos, y lo cierto es que cualquiera podía hacer algo así. Ahora que su obra se había hecho pública, sentía por ella el disgusto del escritor. En una ocasión vio a un estudiante leyendo su libro en el autobús, lo cual le agradó —ése era otro lugar común—, pero ella no lo había abierto ni una vez. Tenía una cubierta bastante bonita, con formas al estilo de Escher y tijeras allí donde los espacios parecían formar

caras propias del Chad. Ni siquiera les envió un ejemplar a Bill y Winifred. Si se habían enterado de su existencia, no lo mencionaron.

La mayoría de los escritores noveles intentan impresionar, aplacar o causar una conmoción a padres imaginarios. Los verdaderos son otra cuestión.

De Freyasgarth empezaron a llegar grandes sobres. No iban dirigidos a Frederica, sino a Leo. Contenían ejercicios de lectura cuidadosamente elaborados y ejercicios tomados del *Huida hacia el norte* de Agatha Mond. Había escenas que Leo reconocía y frases que había oído, pero dispuestas según un plan, adecuadas a un lector titubeante. Se incluían también instrucciones para Leo y Frederica: «Esto es para practicar c, s, qu»; «Esto son diptongos». Madre e hijo se sentaban juntos y leían. Leo estaba obsesionado. Ese día estaba empeñado en escribir todo con hache: halma, hamigo, hamor, hurón, ahogo, tohalla. Frederica rió, y Leo se rió a carcajadas. Frederica le mostró «carcajada».

—No —dijo él riendo.

Y escribió *carcahada*.

—Thano dice que su madre dice que la haces reír en la tele. ¿Eso es lo que quieres, ser graciosa?

Parecía preocupado.

—Bueno, quiero ser ingeniosa. Y supongo que divertida también. A la gente le gusta reír.

—Entonces está bien. Ella dice que hablas muy de prisa.

—Todo el mundo habla de prisa en la tele.

Leo se tranquilizó.

A través del espejo pasó a ser un programa regular en la nueva BBC2. Wilkie intentó ampliar el círculo de oyentes, y elegir temas inesperados y sin relación unos con otros. A lo largo del primer trimestre de 1969, el programa incluyó:

A Benjamín Lodge, que había sido el productor de las obras de Alexander Wedderburn *Astraea* y *La silla amarilla*, y que en esos momentos tenía una nueva producción de *La Cenci*, de Shelley,

basada en el teatro de la crueldad, que se representaba en el Dolphin Theatre. En el primer rapto de entusiasmo habló de la abolición del poder de censura teatral de lord Chamberlain. Lo discutió con Jude Masón, autor de la novela *Babbletower*, la cual había superado un juicio por obscenidad (en trámite de apelación, en esos momentos) y se vendía regularmente. El tema de la discusión fue la censura, y el personaje histórico tratado D. H. Lawrence. El objeto estaba depositado enfrente de Frederica, en una caja redonda atada con un lazo rojo. Cuando lo sacó, resultó ser una enorme mata de cabellos rizados y oscuros; vistos en pantalla, no quedó claro si eran falsos o naturales. Lodge y Jude departieron hábilmente sobre el musical *Hair*, en escena en esos momentos, la moda del cabello largo entre los *hippies* y estudiantes, el *Oh, Calcutta!* De Kenneth Tynan y la exhibición pública del vello púbico y, más oscuramente, sobre Sacher-Masoch y el pelo, el fetichismo y la androginia. Jude Masón, que se había visto forzado a cortarse la larga cabellera canosa y grasienta a causa del juicio, la había dejado crecer otra vez y atisbaba de un modo extraño entre los mechones de pelo, lo que le daba el aire de un duende. En cuanto a Frederica, llevaba el cabello recatadamente sujeto hacia atrás con una cinta —carmesí— al estilo de Alicia. El estudio estaba decorado con imágenes de la reina de corazones gritando: «¡Qué le corten la cabeza!».

El siguiente programa trató sobre el sueño, lo subterráneo (con conocidas referencias al Metro y a los niños perdidos de Peter Pan, así como a la madriguera del conejo de Alicia) y los héroes de guerra (contraponiendo un elocuente general y una condecorada estrella del pop). ¿Quiénes son los alemanes? (con un Beuys que no cabía en su pellejo, un director de cine alemán y un actor norteamericano que hacía papeles de general alemán en películas de guerra). También *El intruso*, con Colin Wilson y un James Baldwin de verbo fácil y aire peligroso.

Hubo también un interesante programa sobre bebés, con un experto en parto natural y un psicólogo infantil, que hablaron sobre las teorías de Bowlby acerca del vínculo materno y sobre el efecto que había tenido en su generación la práctica de dejar llorar a los bebés durante períodos predeterminados. El personaje tratado fue William Blake («Mejor asesinar al infante en la cuna que alimentar

deseos que no se llevan a la práctica» y «Alegría infantil»). El objeto fue un chupador de hueso bastante siniestro, unido a un bufón de plata con campanillas colgantes. El dibujo de Tenniel del bebé cerdito de Lewis Carroll cruzaba de tiempo en tiempo por la pantalla. Tuvo lugar una buena discusión sobre el cambio de sensibilidad que condujo a los *hippies* y a la valoración de la espontaneidad infantil, que la Edad de la Razón había reprimido.

Wilkie tuvo la súbita idea de hacer un programa sobre los juegos de pelota, y dedicó un buen tiempo a buscar jugadores de billar inglés, tenis, fútbol y golf que supieran expresarse, a la par que declaraba que las reglas y las restricciones físicas y geométricas de los diferentes juegos eran fascinantes. Al fin logró organizar una espléndida conversación entre un físico interesado en la dinámica y las trayectorias y un poeta que era profesor de Oxford y apasionado jugador de *croquet*. El objeto era un juego de boliche medieval proveniente de un museo. Frederica siempre había desdeñado los deportes, y en especial los juegos de equipo. De pronto tuvo la fugaz visión de toda una serie de destrezas humanas a las que nunca había prestado atención.

No soportaba que la pillaran en falta al demostrar su ignorancia con alguna pregunta o al hacer un comentario tonto. De manera que aprendió a examinar rápidamente un tema, a advertir las trampas, a saltar de lo esencial a lo esencial, a reconocer el núcleo de las ideas y actividades que no comprendía ni era capaz de explicar. Adquiría práctica en desarrollar una memoria provisional a corto o mediano plazo. Era emocionante aunque no plenamente satisfactorio.

Empezó a encontrarse con que la reconocían en la calle, las tiendas, al ir a recoger a Leo y Saskia a la escuela. Incluso en las reuniones. La gente creía conocerla, cuando no era así, y creía saber lo que ella diría antes de que lo dijera. Frederica había imaginado siempre que debía de ser emocionante poseer un rostro que estaba presente en la conciencia pública. Carisma, lo llamaban los periódicos, una nueva estrella. Descubrió, bastante molesta, que el hecho de ser una personalidad conocida mermaba su sensación como persona. Su cara era una máscara, una película, una proyección, algo que se

alzaba entre la gente que conocía y su propia capacidad para escucharlos, para observarlos, para hablarles directamente, ya que ellos tenían una idea preconcebida de ella a la que dirigían sus comentarios. Tras el programa dedicado a la reina virgen soñó, como era de esperar, con la máscara que Isabel llevaba en la vejez, la espesa capa de pintura que sólo dejaba al descubierto los ojos oscuros. Soñó que caminaba por Hamelin Square portando la blanca máscara ensartada en un palo. Detrás del cartón, la mujer real no llevaba más ropas que un sujetador y una camisa abierta (ella estaba y no estaba dentro de su cuerpo; también era una espectadora llena de ansiedad y de piedad). Los chicos de la calle se apiñaban a su alrededor y se reían de sus nalgas al aire y sus pies helados.

El carisma en sus clases era otra cuestión. Daba un curso a un dispar grupo de adultos, y lo que refulgía de vez en cuando eran ideas. Habló sobre *El idiota* de Dostoievski, un relato fantástico que posee una forma inexorable. Es una de las pocas novelas en las que el final es tan magnífico y tan satisfactorio como todo lo que lo precede, y en absoluto deja una sensación de decepción, de medias tintas, de merma de la intensidad imaginativa. ¿Se debía esto —preguntaba Frederica a sus alumnos— al hecho de que, en el transcurso de los episodios, Dostoievski desconocía lo que ocurriría e ignoraba incluso si sus personajes resultarían ser buenos o malvados, inocentes o culpables, o esto era así a pesar de su ignorancia? Habían quedado sus notas, una sucesión de imágenes que seguían paso a paso el desarrollo de la escritura. Cuando Frederica analizaba este milagro narrativo se sentía colmada, apasionada, sin inhibiciones. En *El idiota* estaba presente el mito occidental: el príncipe Myshkin, inocente y enfermo, era una representación de Cristo, y su inocencia, su bondad, conmovían a Frederica de un modo que el Nuevo Testamento no hacía.

De manera similar, hablando de *El gran Gatsby*, leyó en voz alta el pasaje en que el asesino se acerca por entre los árboles que amarillean, en dirección a la piscina donde está Gatsby:

> … debió de sentir que había perdido el cálido mundo de

antaño, que

había pagado un precio muy alto por vivir demasiado tiempo con un

sueño singular. Debió de mirar a un cielo que le resultaba poco familiar a través de hojas amedrentadoras, y debió de tiritar al descubrir qué cosa tan artificiosa es una rosa y cuán cruda era la luz del sol sobre una hierba apenas formada. Un nuevo mundo, un mundo material y no obstante irreal, por el que deambulaban sin rumbo fantasmas desdichados que no respiraban aire sino sueños… Como la extravagante figura cenicienta que se acercaba a él silenciosamente entre los árboles amorfos.

Frederica admiraba este pasaje y, como culminación de su lectura, había hecho precisos comentarios sobre el texto. Adviértanse, había dicho, las implicaciones para la literatura norteamericana de la frase sobre el «nuevo mundo, un mundo material y no obstante irreal». Adviértase, había escrito, que Gatsby ha creado todo su mundo a partir de la idea platónica que posee de sí mismo, de su sueño romántico, y es un mundo en vías de disgregación.

Pero, mientras leía en voz alta, captó toda la fuerza de la completa simplicidad de cada palabra de este párrafo sobre la destrucción concebido de modo tan perfecto, ese párrafo tan perfectamente coherente acerca de la desintegración. Tuvo una sensación que siempre había creído fruto de la invención: sintió que el fino vello de la nuca se le erizaba en respuesta a una perfección de la civilización, ti cuerpo reconocía a la mente.

Se detuvo en mitad de una frase y la releyó con premura. Miren, les dijo, acabo de darme cuenta realmente de lo excelente que es este párrafo. Piensen en los adjetivos, en lo simples que parecen y lo adecuado que es cada uno, entre todos los adjetivos que se podrían haber elegido. Miren el «poco familiar» y piensen en ese hombre que había creado su propio cielo y su propia tierra, ese hombre que era su propia familia. Miren las «hojas amedrentadoras», desnudas y amenazadoras, pero de un modo sutil. «Qué cosa tan artificiosa es una rosa». La idea de la intrincada perfección natural anulada con un adjetivo de orden psíquico, que a su vez tiene que ver con la

estética.

Y, luego, «cruda» para describir la luz del sol… ¿Cómo se le ocurrió tal cosa? «Crudo» evoca algo frío, no algo caliente, es desnudo y expuesto, sin madurar, y con «apenas formada» sugiere un mundo virgen, ya sea en el trémulo principio o en el fin de los tiempos, cuando el mundo se desmorona. Y de esos adjetivos sensoriales —artificioso, crudo— nos movemos al ámbito mental —nuevo, material, irreal—, y la sólida creación se desintegra en lo fantasmagórico, fantasmas, espectros, sueños… como aire que no es realmente aire, y finalmente la maravillosa representación de la indefinición, los árboles «amorfos».

Y el uso de esa palabra griega negativa, «amorfo», lleva implícitas todas las palabras griegas positivas de la forma: metamorfosis, morfología, Morfeo, el dios del sueño. Lo que Fitzgerald ha hecho, concisamente y con toda claridad, es borrar de un plumazo lo que el arte y la literatura han hecho una y otra vez: la imagen de que la mente humana se siente en casa en medio de la belleza del jardín creado, con las formas de los árboles y el color del cielo y la hierba, y la intrincada belleza natural de la rosa.

Frederica miró casi desafiantemente a sus alumnos, que la miraban a su vez, y luego compartieron una sonrisa de placer y comprensión. A lo largo de su vida reviviría con frecuencia ese momento, el cambio en el aire, el erizamiento en la nuca, cuando realmente había leído cada palabra de algo que creía «conocer» bien. Y en ese momento había entendido que lo que tenía que hacer era enseñar, porque lo que ella comprendía —aquello para lo que estaba hecha, tanto por azar como por herencia— era cómo ordenar palabras para elaborar mundos, para elaborar ideas. Sonreír a las cámaras era una trivialidad, comparado con esta habilidad real que revelaba cosas.

Y, sin embargo, sin embargo… Las diapositivas de las impregnaciones de Golgi, los relampagueantes movimientos de las bolas de billar, el bebé deslizándose fuera del vientre materno con su sangriento amnios, la destrucción del campo (el siguiente proyecto de *A través del espejo*): todo eso existía fuera del aula, fuera de las cubiertas de los libros. Todo eso era real. Todo eso también

era real.

18

La planificación del ciclo de conferencias sobre «Cuerpo y mente» figuraba en la agenda de la comisión de asuntos generales de la Universidad de North Yorkshire, que se reunió al comenzar el trimestre de primavera. Formaban parte de ella el rector, Hodgkiss, decano de los estudiantes, varios directores de departamento de todas las facultades y dos representantes de los estudiantes, Nicholas Tewfell, presidente de la Asociación de Estudiantes, y Maggie Cringle. También figuraban en la agenda las actividades de la antiuniversidad.

La reunión se llevó a cabo en la sala del consejo, ubicada en el último piso de la Torre de la Administración, que contaba con una mesa, octogonal como la torre y tapizada con un cuero rojo sangre, varias sillas con brazos y algunos vasos chinos posados en pedestales asimismo octogonales. Vincent Hodgkiss presidía la reunión. Antes de iniciarse ésta, mientras bebían un café, Hodgkiss le comentó en voz baja a Wijnnobel:

—He recibido una carta bastante inquietante de Hodder Pinsky. Creo que debería verla, aunque no me parece aconsejable hablar de ello aquí.

—¿Sigue pensando venir?

—Eso creo, pero tiene un problema de índole ética. Pienso que tendría que echarle un vistazo a la carta.

Nick Tewfell, que se hallaba sentado cerca y no hablaba con nadie en ese momento, alcanzó a oír el último comentario. Él también era portador —por parte de los estudiantes a quienes representaba— de una cierta preocupación acerca de Pinsky. La había expresado Jonty Surtees, quien se había enterado de buena fuente —gracias a diversas organizaciones estudiantiles

internacionales— de que los trabajos de Hodder Pinsky sobre los procesos de pensamiento, la memoria y la pérdida de memoria estaban financiados secretamente por la CIA, la cual veía una posible aplicación de sus investigaciones a las técnicas de interrogatorio y el lavado de cerebro.

—Presenta el problema como sin darle importancia y observa lo que dicen —le aconsejó Surtees—. No objetes nada todavía. Aún no sabemos si protestar por su participación, o dejar que se arme la gorda cuando venga. Si es que viene. Averigua lo que puedas. Preocúpalos un poco.

A Nick Tewfell le molestaba la forma en que Jonty Surtees se dirigía a él. Surtees echaba hacia atrás su abundante melena pelirroja, reía y daba órdenes, como un jefe o un aristócrata, se decía con acritud Tewfell, como un anarquista que mostrara la desconsideración típica de los «instruidos». Pero, al mismo tiempo, advertía que Surtees tenía esa capacidad que él admiraba por encima de cualquier otra: la capacidad de cumplir sus propósitos. Era evidente que la vasta aglomeración de caravanas de la antiuniversidad funcionaba bien, si por funcionar se entendía crecer en número, extenderse y atraer estudiantes y contar siempre con algún nuevo acontecimiento, desde fuegos artificiales a sexo en grupo, desde conferencias de tres horas sobre Kropotkin a experimentos psicológicos sobre la privación sensorial o el exceso de estímulos, cubos de aguas residuales y cubos de jacintos, luces estroboscópicas y sombras microscópicas, lentos avances por húmedos canales de carne con pinchazos aquí y allá.

Nick Tewfell era hijo de obreros y socialistas. Su padre trabajaba en una central eléctrica, su madre hacía arreglos de ropa. Él creía en un mundo donde no habría distinciones sociales, donde toda la gente viviría en casas de tamaño semejante con un jardín de similares dimensiones razonables, y se educaría naturalmente junto a los vecinos. Creía en el unionismo y había perdido toda esperanza en lo que la Unión Soviética podía representar, después de que los tanques entraron en Praga. Tenía lo que cabría denominar rechazo «instintivo» del exagerado acento lastimero de Oxford como el dé Vincent Hodgkiss, y esta reacción iba a tener consecuencias en los hechos que se sucedieron.

Su creencia en la necesidad de cumplir los propósitos lo llevó a

la enorme biblioteca de la universidad, aún en proceso de creación. Algunos libros valiosos se conservaban en la biblioteca original de Long Royston, un lugar elegante al que no se podía acceder libremente. La nueva biblioteca estaba en la Torre del Lenguaje, la que semejaba un zigurat, y contaba con un depósito subterráneo y una reducida sala de lectura con unas pocas mesas y sillas. A los bibliotecarios no les agradan los lectores, y, como *sir* Gerard Wijnnobel tuvo que reconocer con pesar, la biblioteca se había diseñado según las indicaciones de aquéllos. Delegaciones de estudiantes acudieron repetidamente a ver al rector para quejarse de la insuficiencia de sillas o de mesas y, ya puestos —dado que la universidad acababa de fundarse en un sitio alejado de cualquier ciudad que dispusiera de una biblioteca importante—, de la insuficiencia de libros. Las autoridades contestaron que los libros llegarían a su debido tiempo. Pero, como dijo Tewfell, un estudiante no podía darse el lujo de esperar un libro que llegaría a su debido tiempo. Él mismo estaba tan ocupado con la Asociación de Estudiantes que rara vez se sentaba a leer uno, pero quería hacerlo, y aquéllos a quienes representaba sí que lo hacían. En los días que precedieron a la antiuniversidad, Tewfell organizó una sentada en la Torre de la biblioteca, en la que se ocupó cada escalera y cada trozo de suelo disponible. La sentada se prolongó durante diez días y transcurrió de un modo ordenado y limpio. La universidad llegó a la conclusión de que era posible adquirir todas las existencias de las bibliotecas que estuvieran en venta, mejorar el despacho de libros y los ficheros de consulta, y duplicar la zona de lectura. Tanto Wijnnobel como Tewfell aprendieron algo de este episodio. Wijnnobel aprendió que Tewfell era una persona razonable y decidida. Tewfell aprendió que no había que hablar sino actuar. Se sintió complacido cuando se invitó a los estudiantes a participar en diversas comisiones, aunque conservó su cautela. Eso era hablar, y tenía que saber adónde conduciría. Luego tal vez fuera necesario actuar.

También era cierto que los sentimientos del grupo eran contagiosos y modificaban la manera de pensar, cosa que incidiría en los hechos posteriores. Nick Tewfell pertenecía a la izquierda inglesa moderada, y era astuto, suspicaz y pragmático. Pero la encendida retórica de la antiuniversidad, la idea de que la

revolución era posible de un momento a otro, ese año, ese mes, la idea de que toda autoridad era mala (era perversa, decía Jonty Surtees) y debía ser derrocada, de que la propia enseñanza constituía un desmedido ejercicio de poder por parte de un ser humano sobre otros igualmente valiosos, igualmente dotados, le encendía la sangre. Eran tiempos en que los jóvenes se sentían culpables por contemporizar con las autoridades. Y Nick tenía la sensación de que el respeto que él sentía a su pesar por el rector era una manera de contemporizar, y causa de sospecha. Se alegraba de detestar la forma de hablar de Hodgkiss. Tenía un profundo interés en conocer el contenido de la carta de Pinsky a Hodgkiss, que éste no estaba dispuesto a compartir con la comisión.

Los preparativos para el ciclo de conferencias marchaban muy satisfactoriamente, dijo Hodgkiss, y le propuso al rector hablar sobre la lista de ponencias y oradores, tanto los que ya eran seguros como los que aún eran provisionales. Se distribuyó una hoja fotocopiada.

Cuerpo y mente

Formas de pensamiento, *Gestalt*, esquemas formales, ¿Cómo organiza el cerebro la mente?	Howard Pinsky, Universidad de California, La Jolla
Instinto y aprendizaje en animales salvajes y domesticados	Theobald Finchbaum, centro de investigaciones de Göttingen
La neuroquímica de la memoria	Lyon Bowman
¿Pueden pensar las máquinas?	Jacob Scrope
Sexo y la desventaja biológica de la reproducción sexual	Luk Lysgaard-Peacock
Aprender a cantar: diferencias de conducta entre	Christopher Cobb (director del Instituto de

Investigaciones de Conducta Animal de la Universidad de North Yorkshire).	pájaros cantores huérfanos y con familia
Griselda Bragge (profesora de música de Lincoln).	¿Cuán «naturales» son los intervalos musicales?
Edmund Wilkie	Vermeer y Picasso: la representación del acto de percepción
Canónigo Adelbert Holly	Variación en las interpretaciones de la Encarnación
Profesor *sir* Brendan Cleaver, miembro del Real Colegio de Cirujanos	Animal y vegetal: conciencia en el «estado vegetativo persistente».
Vincent Hodgkiss	¿Qué es la filosofía? Wittgenstein, matemáticas y juegos de lenguaje
Sir Gerard Wijnobel	Estructura profunda y flujo superficial. ¿Ideas de un lenguaje universal?

La lista recibió la aprobación de todos los presentes (Tewfell mantuvo en silencio sus dudas acerca de Pinsky) y, como era de esperar, la conversación derivó a lo que faltaba. El profesor de literatura inglesa, Colin Rennie, señaló que la literatura se hallaba singularmente ausente del concepto de naturaleza humana reflejado en la lista. Vincent Hodgkiss dijo que acababa de saber que el distinguido estudioso Raphael Faber se proponía hablar sobre Proust y la memoria, tanto biológica como cultural. Colin Rennie repuso que eran buenas nuevas, pero que creía que la literatura inglesa no debía faltar. Lyon Bowman comentó que D. H. Lawrence siempre estaba sacando a colación la sangre y el semen. ¿Podría servir eso? Mirando la sonrisa mundana y seductora de Bowman, Nick Tewfell era siempre incapaz de dilucidar hasta qué punto el hombre quería llamar la atención y hasta qué punto hablaba en serio. Colin Rennie dijo que en Edimburgo había un famoso experto en Lawrence que justamente había escrito a propósito de su conciencia de la sangre. Se acordó ponerse en contacto con él. Bowman hizo una leve referencia al fascismo y a las peligrosas

teorías sobre sangres superiores e inferiores. Hodgkiss se apresuró a preguntar qué otra área había quedado sin considerar. La única mujer presente, Minna Lascelles, profesora adjunta de antropología, dijo que no podía ser que tal ciclo de conferencias no incluyera un antropólogo, y se ofreció para hablar sobre los ornamentos corporales y el lenguaje del cuerpo en las diversas culturas. Y referirse asimismo a la mutilación decorativa y los estilos modernos de peinado. Añadió que suponía que también habría psicólogos, por no hablar de psicoanalistas. Alguien tenía que exponer las ideas de Piaget sobre el desarrollo del niño. Wijnnobel dijo que conocía a un excelente profesional que había trabajado en la Comisión Steerforth sobre la enseñanza de la lengua, y que se lo propondría.

—¿Y qué hay del psicoanálisis? —preguntó Bowman—. Está muy de moda. ¿Por qué no llaman a Elvet Gander? Atrae multitudes, como un encantador de serpientes.

Dando muestras de cierta incomodidad, Hodgkiss repuso que de hecho se habían puesto en contacto con Gander y que éste había propuesto el interesante tema de «La sala de los espejos: la percepción de los esquizofrénicos de sus propias partes corporales». Pero Gander estaba dedicando la mayor parte de su tiempo a dar conferencias sobre la conciencia expandida a «esos que están acampados a nuestro alrededor». La voz de Hodgkiss sonaba algo más afectada de lo usual. Nick Tewfell dijo que no veía qué podía importar eso. Había un montón de gente dando charlas interesantes en la antiuniversidad. Animado por el tono resuelto de su propia voz, añadió que la historia y la política estaban notoriamente ausentes. Sugirió que alguien hablara de la historia de las metáforas humanas en el mundo del trabajo: «manos, cabezas, bocas que alimentar». Wijnnobel alzó la cabeza y sonrió a Tewfell. Es una idea excelente, dijo. ¿Qué le parecería al señor Tewfell hablar él mismo, como estudiante de la universidad? Nick se apresuró a contestar que no tenía tiempo, que debía ocuparse de su trabajo y su licenciatura, sus exámenes. Esta vez su voz lo irritó. Se detuvo, ruborizado.

—Hablando de la antiuniversidad —intervino Bowman—, que nos rodea y se infiltra entre nosotros, ¿no debería haber una charla sobre el cuerpo astral y el cuerpo etérico, para completar nuestro ciclo…?

Hubo un respingo general, una súbita tensión. Nick Tewfell se

sintió verdaderamente irritado por su incapacidad para entender qué se traía entre manos Bowman. Éste esbozó una sonrisita para sí.

—Como muchos de ustedes sabrán —empezó Wijnnobel—, mi esposa está dedicando todas sus energías a hablar de esos temas, precisamente, ante… ante el público alternativo. Todo el mundo tiene derecho a sus propias creencias y a expresarse libremente. Pero me temo que es imposible persuadirme de que una charla sobre esos temas enriquecería nuestro ciclo de conferencias. —Frunció ligeramente el entrecejo—. Todo puede ser interesante, por supuesto…

Hodgkiss observó al rector e, intentando ser justo, meditó en silencio sobre el modo en que una ponencia sobre el cuerpo astral y el etérico pudiera llegar a despertar el interés del público de académicos. Tal vez fuera posible. Una de las razones del enorme respeto que sentía por el rector residía en la juiciosa manera con que éste encontraba interesante todo. El decano tuvo una nítida visión de *lady* Wijnnobel con su capa de terciopelo negro y púrpura, contemplando con mirada radiante a los grandes personajes reunidos.

—Creo que la opinión de la mayoría es que esto está fuera de nuestro ámbito —dijo—. Ya está bien como está. Ahora deberíamos levantar la sesión e ir a tomar un café.

La sala del café estaba un piso más abajo que la sala del consejo, y todo el mundo se dirigió al ascensor. Nick Tewfell se rezagó. Hodgkiss había dejado sus papeles sobre la mesa, y Nick pensó que podía echar una ojeada a la «inquietante» carta de Hodder Pinsky, aunque no se decidía a correr el riesgo. Esperó a que cesara el ruido del motor del ascensor, y entonces hojeó con prisa los papeles de Hodgkiss. En parte lo impelía a tal acción su fracaso en plantear la delicada cuestión, como le había recomendado Jonty Surtees.

Estimado Vincent:

Tal como ya he expresado, me complace la idea de hablar en lo que promete ser un ciclo de conferencias magnífico y atrayente. Pero hay un problema sobre el cual, tras mucha deliberación, creo que debo llamar tu atención. Se refiere a

Theobald Eichenbaum. Ignoro si estás o no al tanto de que, como muchos otros científicos que conservaron su puesto en Alemania y Austria durante la última guerra, se lo ha acusado de un «pasado turbio». En su caso particular no se ha hablado demasiado de esto; pero, en mi opinión, hay pruebas que pueden causar una explosión en cualquier momento. Te adjunto un artículo que escribió en 1940 sobre la mentalidad gregaria y el servilismo innato, y lo aconsejable de producir individuos más perfectos, que a mí me desagrada profundamente por su total aceptación del darwinismo social y su práctico fervor por la eugenesia. Como verás —sólo se publicó en alemán, y en forma periódica—, de vez en cuando el vocabulario que utiliza se hace eco de ciertas expresiones de exhortación y aprobación que formaban parte del detestable discurso nacionalsocialista. Podría argüirse de modo bastante convincente que con ello sólo buscaba obtener favores. Es un hecho que el partido no interrumpió los trabajos de Eichenbaum, mientras que a Tinbergen, por ejemplo, lo encerraron en un campo de concentración de Holanda por haber protestado por la destitución de profesores judíos.

No digo con esto que me niegue a aparecer en un estrado con este hombre, a quien no conozco personalmente. Su trabajo es bueno, y nunca se lo ha invitado a hablar en su defensa. Tampoco quiero decir —*cave canem*— que me abstendré de echarle en cara sus palabras, si es que llega el caso.

Lo que me preocupa es la explosiva reacción de los estudiantes a cierto tipo de oradores, habitual en estos días. En mi país, creen estar en su derecho al negarse a oír a políticos de derechas, defensores de las diferencias en la inteligencia heredada, historiadores militares y otros por el estilo. He oído que vuestros estudiantes se están volviendo más vociferantes y más activos. Creo por encima de todo en la libertad de expresión, pero es frecuente que ellos no lo hagan. Sugiero que leáis el texto de la ponencia de Eichenbaum y reflexionéis sobre todo esto. No sería correcto que yo me adelantara a cualquier decisión que vosotros

tengáis a bien tomar entonces.

Cordialmente.

HODDER.

Nick Tewfell no sabía alemán. Echó una ojeada a las páginas fotocopiadas del *Helder und Herde* de Eichenbaum. Pensó por un momento robar el documento, o bajar en el ascensor y buscar una máquina Xerox, pero le pareció demasiado peligroso. Sacó una libreta y copió el título en alemán, así como el nombre y fecha de la revista; leyó por segunda vez la carta, apuntó la frase «detestable discurso nacionalsocialista» y bajó a tomar café, que casi se había terminado.

Después del café, el rector comentó que, a su juicio, habían hecho un gran progreso. El ciclo de conferencias demostraría que la nueva universidad era lo que se había propuesto ser: un paradigma, una red, un microcosmos de estudios e ideas interconectados. Hodgkiss, mirando a Wijnnobel con exasperado afecto, supo lo que estaba imaginando: nuevas e intrincadas relaciones entre el flujo de la sangre, la historia de los genes, las certezas e incertezas teológicas, los lenguajes de hombres y bestias, carne, hueso, cerebro, pensamiento y sentimientos. Wijnnobel era un erudito con una asombrosa memoria para recordar detalles de muchos contextos a la vez, y había extendido esta pasión por los detalles a la planificación de la comunidad universitaria. Se interesaba por el diseño de las sillas y las pasarelas, y por la influencia de éstas en la vida de su pequeño mundo. Se interesaba por microscopios y telescopios, por ordenadores y teorías estéticas. Era un cándido idealista —solía pensar Hodgkiss— que no comprendía que las fuerzas brutales que de hecho controlaban el universo no tenían interés alguno en su esfera de conocimientos, o bien se sentían alarmadas por ella. No era consciente, como seguramente lo habría sido cualquier otro rector, de que la mayoría de sus colegas veía el ciclo de conferencias como un medio para hacer avanzar su propia área de conocimientos o para incrementar su poder político. Sólo se percataba de ello si se lo hacían notar.

Nick Tewfell dijo que se creía en la obligación de comunicar que

había un gran malestar entre los estudiantes a causa de las presiones a que se veían sometidos por el ambicioso programa de cuatro años. Casi sin excepciones, no les agradaba que se les exigiera hacer matemáticas y lengua. Les resultaba muy difícil.

Hodgkiss repuso que estaba dispuesto a hablar con ellos sobre el tema en cualquier momento.

Se debatió entonces sobre la antiuniversidad, que continuaba creciendo. Había ahora dos terrenos con caravanas y tiendas, y el ruido —música, percusión— era continuo. Los estudiantes de la Universidad de North Yorkshire asistían a clases de sexo, astrología y anarquía, pese a que no tenían tiempo para aprender matemáticas y lenguas.

—No transgreden la ley —dijo Wijnnobel.

—Técnicamente sí lo hacen —replicó Hodgkiss—. Las barracas donde se han instalado están en un terreno que pertenece a la universidad. No sé en qué posición estamos en lo que se refiere a la fijación de carteles y las pintadas.

—Tendría que averiguarlo —intervino Lyon Bowman.

Hodgkiss pensó en contestar que hacer que la policía entrara en la universidad era una táctica reconocidamente agresiva, pero desistió de la idea. En su condición de decano, tal vez debería haber vigilado mejor lo que ocurría en los terrenos de la universidad y en los campos adyacentes, lo cual podría considerarse una molestia, o un riesgo para la salud, que por sí solos serían objeto de la atención policial, sin necesidad de que la universidad interviniera.

—Creo que les haré una visita de cortesía —dijo.

—Según lo que les diga, eso podría significar un reconocimiento de sus derechos como ocupantes ilegales —señaló Bowman.

—Probablemente tienen derechos como ocupantes —intervino Tewfell.

—¿Eso creen ellos? —preguntó Bowman.

Tewfell no respondió. Bowman inquirió qué pensaban del asunto los propietarios de los terrenos vecinos.

—Las tierras pertenecen al matrimonio Nighby —contestó Hodgkiss—. Gunner Nighby se ha marchado de la región a causa de ciertos problemas con la ley. La señora Nighby ha salido hace poco del hospital. Ahora está en una comunidad terapéutica que funciona en su propia casa, en Dun Vale. Se le han enviado varias cartas con

respecto al uso de los terrenos, pero no ha habido ninguna respuesta, por lo que sé. Las tierras siempre han estado desocupadas, aunque de vez en cuando pastan ovejas, tanto de esta granja como de otras.

—Creo que por el momento basta con estar vigilantes —opinó Wijnnobel.

—Si conseguimos irritarlos por no hacer nada —dijo Hodgkiss con una mueca—, quizá levanten campamento y se vayan.

Tewfell, que miraba perplejo a Wijnnobel, sintió que recuperaba su saludable animosidad al oír la aguda risilla con que Hodgkiss acompañó su observación.

Lo de levantar campamento había pasado a ser una metáfora muy adecuada para cualquier posible acción que pusiera fin a la antiuniversidad. Alguien se había agenciado —no estaba claro si en calidad de préstamo o cambiando las cosas de sitio— dos enormes tiendas, de las que solían utilizarse en las celebraciones de boda o en las exposiciones de flores. Una la habían pintado de color rojo sangre, y habían colgado ondeantes estandartes con la hoz y el martillo y campanillas de latón. Un letrero en la puerta anunciaba que era la tienda

Mao-Marx.

Había asimismo un póster con un retrato del Che Guevara. En el interior, habían dividido el espacio en una gran área de conferencias («Traed vuestras propias sillas, taburetes, cojines, alfombras, etc.») y unas cuantas zonas pequeñas para grupos de discusión. En la otra habían pintado diseños florales y lo que parecía una chillona jungla psicodélica, en rosa, malva, verde lima, amarillo, azul celeste, naranja. Sobre la puerta pendía un tablón amorosamente confeccionado por Deborah Ritter, donde se anunciaba que aquél era un «Refugio de Enseñanza de la Sabiduría Cósmica por Empatía». Esta obra de arte, aún decorada como estaba con flores de loto y enormes ojos de mirada vacía, había quedado cubierta con *graffiti* que negaban con contundencia el significado de tales palabras. «No hay enseñanza posible». «La sabiduría es Nada». «El cosmos son granos de arena». Y, extrañamente, «Empatía es invasión».

Dentro del Refugio de Enseñanza había paredes movibles de lona y biombos de papel pintado, así como una zona cubierta de colchones, cojines de terciopelo y mantas de la India, un estrado circular para los músicos y un montón de almohadones para los oyentes, zonas que semejaban puestos de feria donde se ofrecía información sobre dietas bióticas y arroz integral, un lugar de intercambio de discos y un experto en alheña que teñía manos, cabellos y otras partes corporales. Toda la iluminación consistía en velas flotantes en boles y cuencos, y lámparas colgantes de latón y cristal rojo. Ambas tiendas se caldeaban con desvencijadas estufas de parafina, y olían a parafina, incienso y *curry*, más un olor subyacente a aguas servidas (un olor que, de hecho, imperaba en todo el «campus» de la antiuniversidad).

Las conferencias se anunciaban diariamente en tableros de noticias colocados en la puerta de las tiendas y junto a la entrada de la barraca ocupada por el «grupo central» (no querían usar la palabra «administración» y a la mitad de ellos les desagradaba el término «comité»). Conferencias anunciadas no llegaban a efectuarse, al menos con la misma frecuencia con que sí se realizaban, y podían durar desde un minuto («Si pensáis que yo creo que puedo deciros algo útil, es mejor que volváis a pensarlo») hasta cuatro o cinco horas, con públicos que variaban de sesenta personas a dos o tres.

Muy a menudo también —era invierno, y o bien llovía o nevaba— los anuncios quedaban convertidos en un borrón de tinta chorreante, o el viento los arrojaba a lo alto de un árbol o entre los arbustos (de donde nadie veía la necesidad de rescatarlos). De los árboles y arbustos colgaban igualmente jirones y tiras de plástico desgarrado y susurrante, que se agitaban como amenazadores fantasmas o como desvaídos pendones de caballería. Algunos de los miembros más místicos de la antiuniversidad pensaban que estas listas pálidas semejaban los paños de oración de los tibetanos. Otros las veían con desagrado y opinaban que representaban el último vestigio del ostentoso derroche capitalista. Nadie fue en busca de una escalera para descolgarlas.

Tewfell y Maggie Cringle avanzaban trabajosamente por el fango, bajo la lluvia, entre tiendas grandes y pequeñas, tiendas para juergas y para exploradores, barracas de madera y trozos de

arpillera. Maggie Cringle llevaba una minifalda color fresa, un jersey ajustado azul sembrado de estrellas plateadas y rojizas, y un impermeable con capucha, también mini, que apenas si le cubría el trasero color fresa, por encima de la generosa extensión de unos carnosos muslos violáceos por el frío y, más abajo, un par de simpáticas botas blancas de plástico cubiertas de barro. Bajo la capucha, su cabello era una masa de tirabuzones estilo Medusa. Tewfell, que caminaba detrás de ella, se dijo para sus adentros: «Las minifaldas sólo les quedan bien a las mujeres delgadas». Habían elegido a Maggie Cringle, estudiante de segundo año de lengua inglesa, porque el rector había dicho que era mejor —para los estudiantes— contar con dos representantes en vez de uno; de esa manera podrían hablar con mayor libertad y tendrían a alguien con quien debatir los proyectos.

Pero la presencia de Cringle le resultaba a Tewfell bastante molesta. Le preocupaba más cómo lo juzgaba ella que el apoyo que pudiera brindarle. En las reuniones de la universidad nunca decía nada, jamás; se quedaba sentada, hurgándose distintas partes del cuerpo y cruzando y descruzando las piernas. Iba siempre muy maquillada, con los ojos bien delineados y colorete oscuro. Debajo del maquillaje tenía un rostro pequeño y agradablemente simétrico con inteligentes ojos grises, aunque él nunca se había dado cuenta por culpa de las pestañas postizas y el cabello que le caía sobre la cara. Pero sí había advertido que ella no tenía ojos más que para Jonty Surtees. Cuando lo ve se convierte en uno de esos perros de muestra, pensó cuando entraron en la barraca.

Fuera de la barraca, un programa escrito a mano prometía:

> El pensamiento de Mao Zedong, el asombroso genio, filósofo, poeta, general y hombre de estado.
>
> Una teoría correcta es un hecho porque es una teoría correcta.
>
> Análisis de la ideología burguesa. Crítica de la filosofía y economía británicas.
>
> Y vi un nuevo cielo y una nueva tierra. ¿Adónde pueden buscar la realidad los jóvenes, disgustados con el materialismo y la estrechez de miras de sus padres? Podemos cambiar las mentes… literalmente. Y las mentes pueden

cambiar la materia. Venid y oíd.

Los signos del Zodíaco y su naturaleza esotérica. Esta semana hablaremos de Escorpión. Se atienden consultas privadas de Tarot, clarividencia y el modo de evitar influencias malignas.

Maggie Cringle se sentía intrigada con esto último. Se detuvo a leerlo, y Tewfell se detuvo a esperarla. Maggie comentó que tal vez fuera a la charla sobre Escorpión.

—Yo soy Escorpión —dijo.

Tewfell contestó con aire evasivo que podía ser interesante. Sentía curiosidad por Eva Wijnnobel.

La atmósfera dentro de las barracas de Griffin Street resultaba a la vez embriagadora por toda la energía liberada, y soporífera por el humo de diversas clases, los cuerpos reclinados y el torrente de palabras. Dondequiera que se mirara había pilas de papeles, amarillos y púrpura, carteles y panfletos, documentos escritos a máquina y a mano. Entre los papeles había platos desperdigados, esmaltados en escarlata y azul marino, llenos de guisos al *curry* a medio comer y mondas de frutas. Dos estufas de parafina vomitaban humo cuando Nick y Maggie entraron, y había una mezcla de aire viciado con corrientes heladas. Se oía el tableteo de una máquina de escribir; era Greg Tod, que escribía un artículo sobre la ideología oculta en las obras históricas británicas. Repiqueteó un cucharón. Era Deborah Ritter, que preparaba sopa en una gran cazuela. La sopa desprendía un aroma penetrante y agradable a albaricoque y comino. Tod se había enrollado una manta escocesa a modo de capa y llevaba un gorro rojo de punto. Waltraut Ross estaba discutiendo con Jonty Surtees. Las frases ronroneantes que se cruzaban parecían más bien provocaciones sexuales, cosa que tal vez fueran. De vez en cuando Greg Tod alzaba la vista, molesto, y tecleaba con más fuerza. «Una cultura cuyos dogmas presuponen que toda autoorganización es forzosamente despectiva», «La hipóstasis de un concepto estático de libertad definido como liberación de la neurosis», «Sanar al individuo significa aceptar la rebelión o el martirio…», «falsa conciencia», «ilusorio centro del ser»…

—Ah, Tewfell —dijo Jonty Surtees, interrumpiendo a Waltraut en mitad de una frase—, ¿vienes a dar tu informe?

Nick Tewfell sintió que se le encendía la sangre. No se le escapaba que Surtees lo consideraba un mero instrumento suyo dentro de la institución que constituía su objetivo. Nick había leído los manuales para revolucionarios y sabía que la idea de Surtees era mantenerlo contento mostrándole un engañoso interés por sus propias metas (desembarazarse de las matemáticas y las lenguas, reducir la exigencia de los exámenes, mejorar la biblioteca) a fin de que él lo ayudara en su intento de trastornar el orden de un modo mucho más radical. Para Surtees, él era un subalterno dando su informe a un general. No le importaba, en tanto que él supiera que no era así. Ambos podían servirse del otro para sus propios fines. La presencia de la antiuniversidad bien podía ayudar a los estudiantes a liberarse de los reglamentos y estructuras que les causaban problemas.

Aunque ése no era el motivo de su presencia allí, como bien sabía. Si algo lo atraía como un imán chisporroteante de fuerza, era el leve indicio de un posible cambio de inimaginable violencia. Ignoraba lo que podía pasar, pero no quería dar marcha atrás. Se sentó sin esperar a que lo invitaran y le ofreció a Surtees la maravillosa información que llevaba: Pinsky creía que Eichenbaum era un nazi. Tenía los datos del artículo ofensivo. Repitió lo que recordaba de la carta de Pinsky. «El vocabulario se hace eco de ciertas expresiones del detestable discurso nacionalsocialista», «lo aconsejable de producir individuos más perfectos», «darwinismo social», «fervor por la eugenesia».

—Es repugnante —dijo Waltraut Ross—. Tenemos que impedir que ese tipo venga.

—Tampoco queremos a Pinsky. Está financiado por la CIA.

—Eso no lo sabemos —intervino Greg.

—Esto es peor —afirmó Waltraut—. Si es una cosa encubierta, es aún peor.

Deborah Ritter dejó a un lado el cucharón y fue a reunirse con ellos.

—Tenemos que organizar una marcha —sugirió.

—Estoy de acuerdo —dijo Nick Tewfell.

—Esperad, esperad —dijo Jonty Surtees—. Aún no es el

momento oportuno. —Se volvió hacia Nick—. Tienes que conseguir una copia del artículo entero de Eichenbaum, y la traducción.

—Conseguidlo vosotros, que tenéis contactos en Alemania. Yo no soy más que un estudiante con una biblioteca incompleta. No tenemos revistas alemanas antiguas.

—Puedes conseguir un microfilm —replicó Surtees, con un brillo de satisfacción en los ojos por su sagaz argumento.

—Sí, claro. Pido un microfilm, si es que puedo hacer tal cosa, y ellos se dan cuenta de nuestro interés. Muy inteligente.

—Tiene razón —dijo Greg Tod—. Pídeselo a los alemanes.

—Y luego haremos la marcha —dijo Waltraut.

—Esperad, esperad —repitió Surtees—. Dejemos que vengan, y luego les haremos frente. No haremos nada y, una vez que estén aquí, nos echaremos encima de ellos. Hay que mantener un criticismo constante, como decía el Che, y luego, cuando el enemigo se ha agrupado, moverse para desestabilizarlo. Desacralizar las instituciones. Dejar a la vista la corrupta estructura de poder que son. Convertir la mesa redonda de don Gerard en un aquelarre de brujas.

—¿Con qué objetivo último? —preguntó Nick Tewfell.

Surtees sonrió. Tenía la sonrisa más satisfecha y animada que Tewfell hubiera visto nunca.

—En primer lugar, anarquía. Seguido por una reestructuración libre. Un nuevo cielo y una nueva tierra, por así decir.

Maggie Cringle sonrió en respuesta a su sonrisa. Tewfell cobró fuerzas y dijo con firmeza que sus propios objetivos no llegaban tan lejos. Y que no estaba dispuesto a aceptar a personas como Pinsky o Eichenbaum, que apoyaban a entidades malignas o recibían apoyo de éstas.

—Así que malignas —dijo Jonty Surtees—. No dices «incorrectas» o «equivocadas» sino «malignas». Yo he eliminado esa palabra de mi vocabulario. Reconocer el mal lleva a intentar establecer un nuevo cielo y una nueva tierra, cuando todo en este mundo se haya consumido.

Tewfell cayó en la cuenta, con cierto desagrado, de que Surtees estaba colocado, había expandido su conciencia con algún medio químico. El propio Tewfell era un hombre cauteloso. Amaba demasiado el control para hacer tales experimentos. Y, no obstante,

se sentía atraído por ese humo sulfuroso, por el chisporroteo de las llamas ocultas. ¿Y qué pasa si uno deja de contemporizar, si echa abajo toda la estructura podrida, si derriba al poderoso pagado de sí mismo? Pensó en lo que los defensores de la eugenesia habían hecho en Auschwitz; pensó en lo que la CIA estaba haciendo en Vietnam; pensó en lo que había hecho la policía montada en Grosvenor Square, donde él no había estado.

—No podemos dejar que vengan —dijo Greg Tod—. Tenemos que adoptar una postura.

—Lo que tenemos que hacer es dejar que vengan —replicó Surtees—. Tenemos que mantenernos callados y planear en secreto nuestra campaña, y luego hacer que todo explote. Esto se llenará de policías y de periodistas, y podremos desenmascarar a estos hombres… estos malos hombres, y al mismo tiempo dejar en evidencia la complicidad del sistema…

Nick Tewfell dijo que estaría la televisión, porque Edmund Wilkie grabaría todas las conferencias.

—Podríamos secuestrar al equipo de filmación —sugirió Deborah Ritter—. Decirle al mundo lo que está pasando.

Un olor a melaza quemada se sumó al de los albaricoques, y Deborah se apresuró a volver a su cocción. Surtees le dedicó una gran sonrisa a Nick Tewfell.

—Hoy es un gran día —dijo—. Muy buen trabajo, Nick Tewfell. Sigue atento a los acontecimientos y manténnos al corriente. ¿Quieres quedarte a compartir nuestra sopa?

Nick se sentía sofocado y aún no había llegado para él la hora de comer. Dijo que no, que tenía que irse, y se llevó a Maggie Cringle con él.

Maggie manifestó su deseo de darse una vuelta por el Refugio de Enseñanza y ver si estaban hablando de astrología. La astrología era algo realmente fascinante.

—La astrología es una tontería —afirmó Nick Tewfell.

—No más que la mayoría de las cosas —replicó Maggie—. Y es antigua, y funciona, y es fascinante…

Nick reflexionó que tal vez fuera conveniente ver a *lady* Wijnnobel en acción. Sin duda era el talón de Aquiles del rector. Podía llegar a ser muy útil saber en qué andaba su mujer.

El puesto de astrología del Refugio de Enseñanza estaba bañado

en una pálida luz amarillenta que se filtraba por el techo de lona, con manchas aquí y allá de luz roja proveniente de dos lámparas ornamentales de plata con pantalla de cristal, instaladas provisionalmente en trípodes de hierro colado. A la izquierda había una mesita, también de hierro colado, con unas patas doradas de reminiscencias egipcias que representaban esfinges de pechos prominentes. Sobre la mesa había esferas terrestres y celestes, un astrolabio, unas pocas plumas de pavo real en un vaso plateado y algunas figurillas de estilo egipcio de gatos, escarabajos, serpientes, cruces ansadas, mensajeros alados y un hipopótamo. El hipopótamo estaba cubierto con flores y hojas, pintadas sobre un fondo azul verdoso. Había también varios libros con cubierta de piel y unos cuantos papeles polvorientos. La oradora se encontraba de pie tras un atril de latón con la forma de un águila con las alas extendidas. La base del atril era un escamoso dragón, cuyas garras aferraban una esfera que hacía de contrapeso al águila. El dragón parecía carecer de cabeza y ser un ensamblado de piezas provenientes de al menos dos fuentes distintas. Detrás de la oradora, ondeando en la pared de lona de la tienda, había un mapa de los cielos con los signos del Zodíaco resaltados en dorado sobre el fondo negro: el sigiloso cangrejo de Cáncer, los entrelazados peces de Piscis, el majestuoso carnero de Aries, el impasible toro de Taurus, los gemelos abrazados de Géminis, dos en uno. El mapa era de confección casera, pero no por ello resultaba menos impresionante. Del atril colgaba un Escorpión de cartón, pintado de dorado con motas carmesí, con la cola alzada para atacar y las pinzas abiertas. A uno y otro lado de la oradora yacían sus obesos collies, *Odín* y *Frigg*, con el hocico apoyado en las patas, la cola posada en la tierra y los somnolientos ojos meras rendijas. Bajo la mesa había un cuenco de agua con la palabra «perro» pintada en negro sobre dorado. El olor a perro se mezclaba con el aroma a incienso de diversas velas y varas de incienso dispuestas en potes de vidrios por toda el área.

La charla sobre Escorpión ya había dado comienzo cuando Nick Tewfell y Maggie Cringle llegaron. El público era reducido pero parecía extasiado con la exposición: varias mujeres jóvenes con los cabellos sueltos y místicas cintas en la frente, algunos hombres de pelo largo con camisas hindúes, dos de ellos con sartas de

campanillas en torno al cuello, y algunas personas de aspecto indefinible que conservaban el abrigo puesto, como si tuvieran que protegerse de la temperatura exterior, pese a que por toda la tienda circulaban corrientes de aire caliente, cargado de olor a incienso y a perro, que las estufas de parafina ponían en movimiento por detrás de la oradora. Algunos de los miembros del público estaban sentados en cojines y alfombrillas orientales. Cerca de la entrada al puesto de astrologia, en un taburete plegable que él mismo había llevado, se encontraba el etnometodologista Avram Snitkin, que más parecía una gran mata de pelo rizado, con sus propios cabellos largos y desgreñados enredados en la barba, la despeinada lana de su chaqueta afgana y sus botas forradas en lana. Con una permanente sonrisa en los labios, tomaba notas en un cuaderno, para distraer la atención del zumbido de la grabadora que ocultaba bajo las gruesas ropas.

Se hallaba inmerso en uno de sus muchos proyectos: un estudio de la definición de «carisma» por parte de aquellos que se consideraban a sí mismos carismáticos, así como por parte de los que recibían sus efectos, o se veían expuestos a ellos, o reaccionaban a su influencia (si es que el carisma existía, cosa que aún estaba por probarse).

Había que reconocer que, como poco, Eva Wijnnobel tenía presencia. Vestía largas túnicas, amplias y oscuras, bajo una capa negra y púrpura de terciopelo coronada por una enorme capucha al estilo de Hollywood. Su negro cabello, completamente lacio, tenía un corte de estilo egipcio, con flequillo, y brillaba por la grasa, ya fuera ésta natural o aplicada. Los labios estaban resaltados con carmín rojo sangre, y los grandes ojos oscuros tenían los párpados pintados de dorado, con pestañas y cejas negras. La piel era muy blanca, con cierto aspecto cadavérico. Del cuello le colgaba una placa dorada con intrincadas tallas, sujeta de una cadena de oro y adornada con campanillas y dijes. Cuando vio a Maggie Cringle y Nick Tewfell vacilando en la entrada, agitó los brazos como un murciélago o un gran pájaro, e hizo con ellos un movimiento circular invitándolos a entrar.

—El signo más terrible, el menos atractivo, tal vez el más potente y poético de todos…

»Bienvenidos. Por favor, tomad asiento en un cojín. Estábamos

hablando de un tema difícil, el signo de Escorpión, del que podría pensarse que es el último signo en el que uno elegiría nacer, si uno pudiera elegir tal cosa, lo cual por supuesto no es posible.

»El escorpión es una criatura terrible, que se oculta bajo las piedras y habita en el desierto, con esqueleto exógeno y un terrible aguijón en la punta de la cola. La época del año que, según la antigua sabiduría, está bajo la influencia de esta criatura es la época otoñal, en que el Sol se aparta de la Tierra, el momento de la descomposición y la desintegración, del análisis y no de la síntesis, de la reducción de las células vivas a productos de desecho.

»El signo de Escorpión es un signo de agua, pero no representa como Piscis el fluir primaveral de las aguas, las mareas, la fuente de vida, ni tampoco el océano acariciado por el sol, como Cáncer, de aguas iluminadas, sino las oscuras profundidades donde la luz dificilmente penetra y la materia se pudre y se transforma en fango y sedimento. Los escorpiones evitan la luz, son criaturas de la oscuridad. Debido a esta asociación con las fuerzas oscuras, siempre se ha considerado a Escorpión un punto de entrada por el que las fuerzas del mal irrumpen en el cosmos. Paraliza sus presas con un líquido venenoso, rehúye la armonía de las criaturas e intenta conservar avariciosamente lo que posee. En los seres humanos, una personalidad Escorpión es capaz de gran maldad y de complacencia en el sufrimiento ajeno. Esto es así y se ha repetido hasta el cansancio. Imagino que os preguntaréis cómo puede alguien nacido en este oscuro signo mitigar los peligros y restricciones de su destino.

»Os lo diré. Pues yo también nací en Escorpión y, durante muchos años, padecí con la sensación de que mi camino era oscuro y de que yo me arrastraba por el polvo. Pero hay doctrinas esotéricas que muestran un aspecto diferente del signo. No completamente diferente, pero sí difiere el papel que este insecto semidivino representa en nuestra personalidad y nuestro modo de vida.

»En su *Doctrina secreta*, *Madame* Blavatsky habla de una época remota en la que, según se cuenta, sólo se conocían diez signos. Esto era cierto para los profanos, porque para los iniciados siempre hubo doce signos. Pues, desde mucho tiempo atrás, desde que se separó a la humanidad en dos sexos, se separó el signo de Escorpión

en dos, Escorpión y Virgo, cuyas imágenes, oscura una y luminosa la otra, están inexorablemente ligadas en la doctrina secreta. Me diréis que esta división sólo convierte los diez signos en once. Pero hay otro signo, absolutamente secreto, que los profanos representan por un signo que añadieron los griegos, Libra, la balanza, el único objeto de confección humana del Zodíaco, el único que no es un ser vivo. No os diré el nombre secreto. Pero sí os diré que hay esperanzas para nosotros, los oscuros Escorpiones, en nuestra unión con la pura luz de Virgo. Estamos unidos como el Yin y el Yang, y uno hace nacer al otro.

»En el antiguo Egipto había un gran soberano llamado Selek, el escorpión, y su forma femenina, Selket, era en esta civilización el nombre de la diosa patrona de las brujas de magia blanca, las hechiceras sanadoras. No fue por casualidad que yo nací en Egipto en el seno de una familia de nombre Selkett. Fui elegida doblemente por la diosa Escorpión. Los nativos de Escorpión somos los intérpretes porque nuestro signo es el que está más estrechamente ligado al misticismo, la intuición y lo oculto, el dominio de la poderosa inteligencia femenina. Es cierto que siempre se ha relacionado a Escorpión con los aspectos destructivos de la sexualidad masculina. La forma de la criatura, el líquido venenoso que inyecta con su aguijón, son suficientes recordatorios de esto. Pero, en la mitología, Escorpión suele representar la destructividad subordinada a la sabiduría y el poder femeninos.

»La virginal diosa Artemisa envió un escorpión para que matara al cazador Orion, que había invadido su secreta e inviolada arboleda. Luego los transformó a ambos en constelaciones, de tal modo que Escorpión persigue eternamente al Cazador por la esfera celeste. La diosa Isis tenía siete escorpiones como compañeros cuando huyó de Set, el destructor, que había asesinado y desmembrado a Osiris… El apóstol san Juan denomina escorpiones a las sectas peligrosas, pero no supo entender el significado esotérico…

Nick Tewfell se distrajo pensando si debería decirle a la esposa del rector que el escorpión no era un insecto sino un arácnido. En un susurro, le dijo a Maggie Cringle que tenían que volver. Maggie

puso reparos: quería un horóscopo. Así que se quedaron hasta el final de la charla, cuando la oradora fue a tomar asiento detrás de la mesa. El público se mostraba renuente tanto a acercarse a ella como a abandonar la tienda. Maggie se aproximó a la mesa y pidió un horóscopo. *Lady* Wijnnobel repuso que para ello tenía que volver en privado, ya que se necesitaban muchos datos de fechas precisas e incluso horas.

—Por supuesto, eres de Piscis —le dijo con una certeza ofensiva.

—Es verdad —dijo Maggie—. ¿Cómo lo has sabido?

—Por la gracilidad, la flexibilidad de tu porte. El optimismo primaveral de tu aspecto. La suavidad. La sensibilidad. Tu impermeable transparente es una elección típica de Piscis.

—¿Y yo? —preguntó Nick, lleno de irritación ya. Estaba harto de esos olores y ese ambiente cerrado—. ¿Qué soy?

—Preguntas con brusquedad, miras de un modo penetrante. Eres de Sagitario.

—Te equivocas —contestó Nick—. Soy como tú, de Escorpión.

—No creo que me equivoque. ¿Cuál es tu fecha de nacimiento?

—El veintitrés de noviembre. Escorpión.

—Por el contrario. Por un margen mínimo, Sagitario. Por supuesto que con una enorme influencia de Escorpión, puesto que estás a caballo de los dos signos. Tu horóscopo tiene que ser muy interesante. Posees la pesada naturaleza animal de un caballo, dócil y sumiso, y la cabeza y las manos de un guerrero cazador, que ataca con una saeta mortal, la más mortal, la más furtiva por su proximidad a Escorpión y a su sutil aguijón. Una combinación peligrosa: la pasión animal y el ingenio humano aunados en una meta. Pero creo que ya lo sabes.

Nick se había imaginado siempre a sus desganados seguidores de la Asociación de Estudiantes como el caballo del sindicato del dibujante Lowe, pesado y difícil de guiar. Hizo una sonrisa que más parecía una mueca.

—¿Y lograré mi meta?

—No soy adivina. Y no lo sé… porque creo que tú mismo no sabes cuáles son tus metas. Cuando lo sepas, serás formidable. Interpreto caracteres. No predigo hechos.

Había una especie de ominosa coquetería en la cara gruesa y pálida. Me ha visto visitar al rector, pensó Nick; está jugando

conmigo. De pronto se sintió amenazado.

—Hasta pronto, entonces —dijo *lady* Wijnnobel antes de que Nick hubiera abierto siquiera la boca.

Un ligero chasquido indicó que la cinta de Avram Snitkin había llegado al final, y éste tosió para ocultarlo. Nick se marchó, llevándose a Maggie con él.

19

Como decano de los estudiantes, Hodgkiss se sentía en la obligación, tanto moral como política, de observar lo que ocurría en la antiuniversidad. Otras eran las razones que lo llevaban a vigilar lo que hacía y proclamaba Eva Wijnnobel, y casi todas ellas teman que ver con la lealtad y el afecto que le inspiraba Gerard Wijnnobel. Hodgkiss era consciente de no ser la persona indicada para llevar a cabo tareas de infiltración o para enfrentarse a los disidentes. Era profundamente liberal por naturaleza y partidario del *laissez-faire*. Si había aceptado el cargo de decano había sido, en parte, porque todos tenían que turnarse en el ejercicio de la autoridad y no limitarse a la pura actividad mental, y, en parte, porque deseaba simplificar las cosas a los estudiantes y hacerlas más transparentes. Era más competente lidiando con sus propias reacciones nerviosas instintivas —restricciones, represiones, negaciones— que enfrentándose a la oposición dogmática en pro del antagonismo, que reconocía pero distaba mucho de entender. Cuando más tarde rememoraba los hechos ocurridos en la primera mitad de 1969, no podía evitar preguntarse si éstos habrían sido distintos de no haberse él enamorado de un modo tan intenso y tan desacostumbrado. En las reuniones del grupo de «Mates no» se había percatado de los sentimientos que le despertaba Marcus Potter, y los había calificado, reconociendo con toda crudeza que sus posibilidades eran mínimas. La intensidad de la obsesión que siguió lo había tomado por completa sorpresa.

Desde su época de colegial sabía que se enamoraba de varones, no de mujeres. En dicha época había tenido varias experiencias, todas ellas caracterizadas tanto por románticos deseos como por breves e ingeniosos experimentos corporales. Desde entonces, y sin

demasiadas lamentaciones, había vivido principalmente en su mente. Como profesor de Cambridge, había sido sencillo formar parte de un mundo homosexual que hablaba sin cesar de sodomía y donde surgían y se disolvían relaciones de continuo. Se había sentido razonablemente a sus anchas en la compañía de tales hombres, sin por ello sumarse a sus aventuras amorosas ni a su promiscuidad sexual. Por inclinación natural mantenía una postura intermedia, y lo hacía con cierto orgullo. Era diestro verbalmente, sabía hacer bromas y citas oportunas, y se lo buscaba para intercambiar comentarios y expresiones. Pero, tal como descubrió, tenía una naturaleza ascética y no era guapo. Llegó a la conclusión de que tenía que prestar más atención al hecho de no ser guapo, y escribió un estudio sobre la belleza y la fealdad entre los filósofos que regocijó a su grupo de amigos.

Vincent Hodgkiss pensaba que, siendo un hombre de deseos débiles y poco atractivo, acabaría siendo un anacrónico soltero. Tenía asimismo la creencia estético-moral, típicamente inglesa, de que el ascetismo no debía ser ostentoso. Así pues, no llevaba ropas sencillas de trabajador, ni bebía exclusivamente agua de grifo, ni realizaba extenuantes caminatas en sus horas libres ni amueblaba sus habitaciones, como Wittgenstein, con tumbonas y mesas plegables como un símbolo de su transitoria presencia. Creía en la protección de los colores: una hilera de libros finamente encuadernados, elegantes cortinas de lino claro, modernas jarras de cristal tallado rebosantes de buen vino, corbatas florentinas y zapatos hechos a mano. Hacía bromas, pero se esforzaba porque nunca fueran maliciosas. Cuando estaba a solas en su habitación —cosa que se prolongaba durante mucho más tiempo de lo que nadie llegaba a imaginar— trataba de actuar como si allí no hubiera nadie, ninguna persona en particular, sino sólo una inteligencia observadora y autocrítica. Una inteligencia desencarnada, podría haber dicho, pero al mismo tiempo prestaba meticulosa atención a su cuerpo y lo mantenía impecablemente limpio desde las uñas de los pies a los dientes, para nadie. Le gustaba permitirse suponer que era él el objeto de ese amor, lo cual era cierto. En esas ocasiones su mirada se volvía sentenciosa y remilgada, cosa que provocaba la afectuosa burla de sus amigos. Se preguntaba si el intenso placer que sentía, sólo en su habitación, cuando su mente se ponía en

acción era o no de naturaleza sexual. Creía que lo era, e intentaba asegurarse de que tal placer no fuera ni narcisista ni onanista. Esto también le interesaba. Alguna vez pensaba fugazmente si la sensación sería diferente tratándose de una mujer que pensara, pero nada sabía de esto y no podía emitir juicio alguno.

En cierto modo estaba preparado para enamorarse de Marcus Potter porque con anterioridad, y a lo largo de dos años, había estado perdidamente enamorado de Raphael Faber, lo que le había causado no pocos sufrimientos. Se había ocupado de que Raphael nunca lo supiera. El propio Raphael era un hombre ascético por principio, con una exagerada hipersensibilidad debida en parte a las experiencias vividas por su familia durante la guerra, en campos de prisioneros y ciudades ocupadas. Pero Raphael hacía uso de ese supuesto ascetismo para cautivar y tentar. Era delicadamente avaricioso y le gustaba despertar amor tanto de hombres como de mujeres, aunque lo devolvía sólo a rachas, con crueles intermisiones y conclusiones. Le agradaba el juego del flirteo, retirarse, avanzar, volver la espalda, dar la cara, retirarse, avanzar. Si Hodgkiss hubiera estado dispuesto a participar en este juego, que no era el caso, sólo habría conseguido hacer el ridículo con su torpeza. En lugar de eso, recurría a su inteligencia para guardar las distancias, lo cual no hacía sino prolongar la situación ya que excitaba la curiosidad sexual de Raphael, la acicateaba. Hodgkiss se sentía atormentado por su boca de labios llenos, por el modo en que el cabello le caía sobre la cara. Quería tener a Raphael para sí solo y advirtió en él la molesta tendencia a ver a todo el mundo como rivales, cosa que Raphael alentaba hábil y secretamente.

Todo este juego se desarrolló sin que cruzaran ni una palabra. Los dos hombres eran amigos, como lo habían sido antes y como volverían a serlo después. Era un juego a la vez primitivo y civilizado. Cuando Hodgkiss —hasta cierto punto, para liberarse de este hechizo— decidió trasladarse a North Yorkshire, Raphael dio muestras de una agitación inusitada. Tocaba a su amigo, al encontrarse y al separarse, como nunca había hecho antes. Una noche fue a visitarlo, ya tarde, con una pregunta muy seria sobre Wittgenstein y oí silencio, y al cabo dijo:

—Se acostaba con esos jóvenes suyos, ¿no? Tú debes de saberlo.

—No veía por qué no podía hacerlo. Lo consideraba natural. Si pensó que no debía fue por el bien de ellos, para no confundirlos.

—¿Y, en tu caso, qué piensas?

—Espero no tener nunca discípulos.

—Eres un buen hombre, Vincent. ¿Te gustaría dormir conmigo?

—No sería fácil dormir —contestó evasivamente Hodgkiss. Raphael tenía los labios entreabiertos, como un pájaro a punto de picotear o de echarse a cantar.

—¿Has pensado en ello?

—Sabes que sí.

—Podríamos intentarlo. Pensar demasiado y no actuar es malo para un hombre.

Vincent recordaba que estaba sentado junto a la chimenea. Todo el cuerpo se le había endurecido. Intentando no mover ni un músculo, miró a su amigo con un ligero aire burlón.

—¿Y cuál crees que será el resultado?

—No lo sé. Por eso me interesa, supongo.

—Es bien sabido —dijo el filósofo— que el deseo satisfecho es el fin del deseo.

—*Omne animal post coitum triste* y todo lo demás. ¿No te mueres por un poco de paz *post coitum*?

—Dicho así… —replicó Vincent, a medias irritado, a medias riendo—. Cualquier cosa por un poco de pacífica tristeza *post coitum*.

En ese punto Raphael tendría que haber tomado la iniciativa, pero no lo hizo. Vincent, consumido por la impaciencia, desmañado y ardiendo de turbación, oscura cólera y simple deseo, le hizo el amor con tal precipitación y torpeza que el recuerdo aún lo llenaba de angustia y vergüenza. Por fin, con el delicado cuerpo de Raphael en los brazos, lo besó en la base del cuello y dijo:

—Esto no tendría que haber pasado.

Los labios de Raphael le rozaron la calva, que era la parte de su cuerpo que más le disgustaba, y los dedos exploraron su vientre abultado, la otra parte de la que se avergonzaba.

—Es verdad. Fue una locura. Mejor será que no volvamos a hablar nunca de esto.

—Sería capaz de matarte, Raphael Faber.

—No, no. Me lo agradecerás, ya verás cómo me lo agradeces.

Lo hizo. Recobró el control de sí mismo, tapó su desnudez. El deseo, felizmente, se extinguió.

¿Qué ocurrió entonces con Marcus Potter? Hodgkiss era un buen profesor. Se enorgullecía de su capacidad para detectar un inesperado nivel de inteligencia en un alumno que no lograba expresarse con precisión, de su capacidad para devolverle al estudiante una idea concebida a medias, volviéndola a formular y completándola de modo que aquél pudiera acabar de desarrollar una idea que seguía siendo suya y ver adonde conducía. Dada su naturaleza desprendida, no era un profesor deslumbrante, como debía de haber sido Sócrates, como sin duda lo era el implacable Wittgenstein. A diferencia de Wittgenstein, también, no se sentía particularmente atraído por los inocentes o los sumisos. Lo atraían los que mostraban reserva, los desengañados, incluso los desesperados. Sentado con el grupo de «Mates no», observaba la imprevisible inteligencia de Marcus Potter como nadie más parecía observarla. Estudiaba su velocidad matemática y su sentido de las formas del pensamiento, los fútiles movimientos nerviosos de sus manos, casi transparentes de tan pálidas, el destello de luz y vida que por momentos brillaba tras los redondos cristales de sus gafas.

Empezó a ser consciente del cuerpo de Marcus como una expresión de la mente de éste. Una serie de gestos sin conexión entre sí, desconsolados, una falta de permanencia, como si el morador del cuerpo no estuviera plenamente seguro de poseer una masa real, de habitar en un espacio real. Llegó a conocer bien la curva de sus delgados hombros; el contorno de los largos y desgarbados muslos bajo los burdos pantalones; el modo en que se pasaba los dedos por el cabello, fino e indefinible; la línea de las frescas mejillas, que apartaba de la vista movido por la turbación o la modestia; el parpadeo de las pálidas pestañas sobre esos ojos claros y vacíos. Quería que se moviera con comodidad; Vincent había llegado a ver la torpeza de Marcus como una delicada forma de gracia, pero carente de libertad, y deseaba que se sintiera cómodo, feliz en su pellejo, como decían los franceses. Quería que no se encogiera. Le habría gustado saber cuándo había empezado a

encogerse y por qué.

Lo único que Vincent Hodgkiss sabía sobre la familia de Marcus Potter era que éste tenía por hermana a la enérgica y ambiciosa Frederica, cosa que le había producido una auténtica conmoción al descubrirla. No le gustaba Frederica, a quien consideraba descarada, presuntuosa y carente de tacto. La mujer creía que su cuerpo anguloso y su bullente energía resultaban sexualmente atractivos, pero lo cierto era que la evanescente delicadeza de su hermano era infinitamente más atrayente. Vincent Hodgkiss imaginó una historia freudiana sobre los dos hermanos, sobre cómo Frederica había exigido siempre su lugar bajo el sol, la calidez de la atención, se había considerado la más inteligente y había impuesto sus intereses como los más importantes. Sus padres debían de haberse confabulado con ella. No sabía nada sobre Stephanie, la hermana muerta, lo que la dejaba fuera de este relato fantástico. Tampoco sabía el papel desempeñado por Marcus en su muerte.

Lo que sí sabía en cambio —en parte por intuición, en parte como resultado de una inteligente extrapolación de ciertos comentarios vertidos con turbación por Marcus— era que alguien, un hombre, le había hecho alguna vez ciertas insinuaciones amorosas aterradoras y en contra de su deseo. ¿Habían sido en contra de su deseo porque Marcus no era homosexual y la idea le repugnaba, o porque sí lo era y tenía miedo? ¿Cómo afectaba esto a lo que su amado sentía por él? ¿Cómo debía actuar? No estaba dotado para el arte de la seducción, ni para hacer declaraciones de amor. Concluyó que tenía que hacer lo que mejor sabía —enseñar, escuchar, prestar toda su atención— y esperar a ver qué sucedía.

Entre los trozos de papel que revoloteaban entre el zigurat y la Torre de la Evolución hubo uno que escogió al decano, voló por encima de un charco y, con una oscura franja de barro, se elevó en el aire y fue a pegársele contra el pecho. Anunciaba una charla conjunta de Greg Tod y Waltraut Ross: «La cultura británica está paralizada. ¿Por qué? Las ocultas implicaciones del lenguaje corriente de los filósofos, en especial de Wittgenstein. ¿Por qué no tenemos sociólogos? Una crítica radical…». Estaba impreso con tinta roja sobre un fondo rosa opaco. Hodgkiss decidió que había llegado el momento de hacer acto de presencia y escuchar. Invitó a Marcus Potter a acompañarlo, en la creencia de que podía hacerle

otros ofrecimientos que no fueran una simple comida apetitosa. Marcus se quedó de una pieza. Hodgkiss le explicó que lo necesitaba como tapadera. Quería confundirse entre el público. Marcus replicó que era incapaz de confundirse en lo que fuera. Y que lo ignoraba todo sobre la cultura británica, paralizada o no.

—Necesito apoyo moral —dijo el decano.

—No sirvo como apoyo. Siempre huyo de las perturbaciones… de cualquier clase.

—Precisamente. Tu aspecto es totalmente inofensivo. Una tapadera, como te dije.

Tenía la impresión de que Marcus nunca había hablado de sí mismo con nadie, hasta que él había empezado a hacerlo. Una expresión de ansiedad cruzó fugazmente por su pálido rostro, seguida de otra de tímido placer.

Se prepararon para asistir al Refugio de Enseñanza con sendos abrigos y las capuchas echadas. Hodgkiss, atontado de amor y suavemente eufórico, pensó que parecían hobbits disfrazados con capas de elfos, y luego, mientras pasaban por delante de los sucesivos puestos, bañados en la tenue luz que penetraba por la lona, a la que se sumaban la luz de las velas, el persistente tintineo de campanillas y súbitos sonidos aflautados, pensó que eran fieles cristianos abriéndose paso a través de la feria de las vanidades.

Pasaron frente al puesto de Eva Wijnnobel. Su voz era un sordo ronroneo en medio del olor a incienso.

—Aries, el carnero, es un signo guerrero. Está pleno de energía triunfante y confianza en el nuevo año. Un carnero toca la tierra pero salta hacia el cielo. En eso se diferencia del pesado toro de Tauro, que se mantiene erguido sobre sus firmes pezuñas en medio del lodo. El carnero es fogoso y ardiente, y de sus vellones dorados emana luz…

En otro puesto, un cartel anunciaba: «El nacimiento de la tragedia a partir del espíritu de la música». Dentro un grupo de músicos tocaba lo que parecía una enmarañada combinación de música oriental y *jazz*. Los ejecutantes llevaban máscaras doradas. En el centro estaba sentado
Paul-Zag,

con una camisola larga cubierta de lentejuelas dispuestas en forma de llamas y unos pantalones con incrustaciones plateadas. Llevaba suelto el rubio cabello y su máscara, también dorada, que le cubría la mitad del rostro, tenía cuernos de macho cabrío.

Un niño pequeño cruzó corriendo por delante de ellos, adornado con un collar de cuentas. En una esquina había un puesto con manzanos y gansos de papel y una puerta de mimbre. «El huerto de mamá gansa. Cuentos para niños y para adultos con alma de niño, gente en la segunda infancia o cansada del mundo, locos y sabios. No hay fin sin un nuevo principio». Dentro, sentada en una mecedora, Deborah Ritter leía en voz alta.

> Y Artegall oyó las voces de las cosas ocultas. El zorzal seguía hablando, hinchado como un pavo real, reprendiéndolo. Más allá de su nítida voz, Artegall oyó a los escarabajos que mascaban madera muerta para convertirla en serrín, a las susurrantes arañas que tejían sus delicadas trampas, a las vertiginosas moscas que lograban pasar al otro lado de los hilos de seda. Oyó el habla lenta y fría de los gusanos que avanzaban reptando, a ciegas, entre las compactas capas de mantillo. Oyó a los glutinosos caracoles que se estiraban al sol, y los infinitesimales gritos de las larvas hambrientas en el nido de las hormigas…

Marcus hizo un comentario sobre el penetrante olor a cloaca. Bajando la cabeza, Hodgkiss dijo en un susurro que tendría que hacer algo al respecto, aunque parte de los terrenos pertenecían a la finca de Dun Vale.

Marcus se puso tenso.

Hodgkiss le preguntó si sabía lo que estaban haciendo allí. Marcus contestó lacónicamente que era un asunto religioso muy intenso. Se acordó de Lucas Simmonds y le dijo a su compañero que tenía una amiga allí, una chica llamada Ruth. De un modo muy poco convincente, añadió:

—Me tiene preocupado.

La cara de Lucas Simmonds, roja y sonriente como el sol, se alzó ante el ojo de su mente, y cayó derribada. Marcus suspiró. Hodgkiss no hizo ningún comentario.

En la tienda
Mao-Marx,
la charla conjunta había atraído a unas treinta y cinco personas, algunas de las cuales —si no la mayoría— eran estudiantes del propio Hodgkiss. Avram Snitkin estaba en un rincón, sentado en su taburete plegable, con una leve sonrisa en los labios. Había algunos bancos de escuela. Hodgkiss y Marcus se sentaron juntos en un extremo, en el fondo. Marcus curvó los hombros hacia adentro y dejó caer los delgados brazos entre las piernas, como un murciélago colgado en su percha. Vincent Hodgkiss tuvo una visión de su esqueleto, como marfil transparente.

Tod y Ross hablaban en un contrapunto ensayado. Sus jabalinas verbales, advirtió Hodgkiss, eran muy aguzadas. Tod acusaba a los británicos de mostrar una pasiva inercia debido a un escepticismo empirista. Los británicos eludían los conceptos y, por tanto, eludían pensar. La historia, dijo Ross, prosiguiendo el argumento, había mantenido a los británicos aislados de la idea de revolución. No había habido ningún disturbio desde la guerra civil del siglo diecisiete. Capitalistas y burgueses se confabulaban con los aristócratas que subsistían para persuadir a la clase trabajadora de que el cambio era tan imposible como poco conveniente. Todos los modernos filósofos franceses se ocupaban de las condiciones necesarias para elaborar nuevos conceptos. Los británicos negaban la necesidad de ello e incluso su posibilidad.

Tod tomó el relevo. Mirad a la moderna filosofía británica, dijo. El discípulo de Wittgenstein, Wisdom, consideraba muy inteligente señalar que la filosofía empieza y acaba con perogrulladas. El listillo de Austin alababa el lenguaje común y el sentido común como depositarios de la sabiduría. Al margen de no aclarar a qué lenguaje común se refería, era una manera de dar su aprobación a todo el *statu quo* existente. Wittgenstein huyó de Europa y sus convulsiones para instalarse en una rica universidad británica y dedicarse a «juegos de lenguaje» que funcionaban porque daban por supuesto que hay un cuerpo invariable de ideas y un patrón social inalterable que las rige.

En Gran Bretaña, dijo Waltraut Ross, el «lenguaje común»

enmascara la maloliente determinación de restringir los problemas a cosas tales como sillones, tenis y tejos, hipotéticos rinocerontes y si hay «manzanas» o «algunas manzanas». Fuera, la gente sufre y está constreñida en camisas de fuerza por culpa de la repetición mecánica, el hambre o el aburrimiento. Nadie cree que pueda haber un cambio, porque todos ignoran que el lenguaje es un arma que hay que usar para hacer la revolución, para preparar el derrocamiento total del sistema…

Algunos de los estudiantes de Hodgkiss aplaudieron con entusiasmo. Uno dijo que había ido a estudiar filosofía para entender el bien y el mal, el amor y el sentido, y en cambio no podía quitarse de encima la semántica del críquet y las formas de cocinar pescado. Greg Tod lo felicitó y clavó la mirada en Hodgkiss, quien comprendió que Tod había advertido su presencia desde un primer momento.

—Y usted —dijo Greg Tod—, ¿qué piensa de esto?

Algunos estudiantes se volvieron y reconocieron a Hodgkiss.

—Hay parte de verdad en lo que dice —repuso Hodgkiss.

—¡Hay parte de verdad en lo que dice! —Exclamó Waltraut Ross, remedando burdamente el acento de Oxford de Hodgkiss—. La imparcialidad inglesa es algo increíble.

Hodgkiss miró a la mujer a los ojos y vio odio en ellos. Un odio impersonal que se volvía personal al mirarlo.

—No nos agrada su presencia aquí —dijo Waltraut Ross—. Váyase.

—Éste es un país libre —contestó Hodgkiss, sin poder evitar una sonrisa.

—De eso se trata, precisamente —intervino Greg Tod—. No es un país libre ni un país justo. Los que no están con nosotros están en contra.

—Para que haya un buen debate tiene que haber dos posiciones contrarias, y no llegar a las manos —señaló Hodgkiss.

—No nos interesa discutir con usted —replicó Greg Tod—. Tenemos otras cosas más urgentes que hacer.

Se alzó un sordo murmullo entre los estudiantes. De pronto Hodgkiss fue consciente de lo que sentía Marcus, sentado a su lado. Estaba profundamente turbado. Se dijo que sólo podía hacer una cosa: quedar en ridículo. De modo que se puso de pie, le dijo a

Marcus «Vamos» y abandonó la tienda. Detrás de él oyó que se alzaba la voz de Waltraut Ross:

—El sistema habla siempre sobre la libertad de expresión. La libertad de expresión es una cosificación, un valor absoluto misterioso al que recurren para evitar los cuestionamientos, para volver intrascendentes e idénticas todas las creencias, cuando en realidad hay causas y proyectos reales y urgentes… y correctos. La libertad no significa parlotear en lugar de actuar. La libertad significa cambio, y cambio quiere decir acción…

Desecharon el bar de emparedados vegetarianos del Refugio de Enseñanza y volvieron a Blesford, a «El ojo de Argos», donde se sentaron en el rincón habitual del grupo de «Mates no» y pidieron embutidos y puré de patatas. Hodgkiss, visiblemente nervioso, se preguntaba si correspondería tomar alguna medida con los revolucionarios y, en ese caso, cuál. Sólo habían sido groseros y, según su canon liberal, la grosería no era un pecado sino una simple conducta. Además, se daba cuenta de que no podía pensar claramente a causa de Marcus. Marcus bebía cerveza con gaseosa y guardaba silencio.

—Por supuesto, están equivocados sobre la vida de Wittgenstein —dijo Hodgkiss—. El estilo de vida de Cambridge le resultaba tan insoportable como a ellos, y por razones bastante coincidentes. Era una persona ascética y extremista. En la última guerra trabajó como auxiliar de enfermería en un hospital, y más tarde como ayudante de laboratorio. De hecho hizo una importante contribución a un proyecto en que se estudiaban los efectos de la conmoción postraumática durante los bombardeos alemanes. Su primera contribución tuvo que ver con el lenguaje común. Sugirió que se dejara de usar la palabra «conmoción» como si con ello se emitiera un diagnóstico: la palabra en sí no quería decir nada y sólo servía para ocultar los problemas que había que descubrir.

Marcus dijo que Wittgenstein parecía haber sido a la vez fuera de lo común y bueno. Hodgkiss se mostró de acuerdo, en un intento de hablarle de algo que le interesaba en particular.

—Era bueno, casi como un santo, y tenía conductas intolerables. Se enamoraba de muchachos jóvenes, por lo general muchachitos

brillantes que entendían lo que él decía, pero también, habitualmente, jóvenes muy inocentes y sumisos, discípulos naturales. Entonces les dirigía la vida como un tirano moral, instándolos a trabajar en fábricas o garajes porque ese trabajo era puro e incontaminado… moralmente.

Marcus apartó la mano del tenedor que había estado a punto de coger. Con un ligero temblor, Hodgkiss descubrió que ya no podía detenerse.

—Lo curioso es que Turing, que era el otro genio de estas sesiones de matemáticas de las que hablábamos, tenía sus mismas inclinaciones. E intentó cambiar. Durante la guerra se comprometió con una mujer que era criptógrafa, y solía mostrarle sus pifias y hablarle de Fibonacci. Pero al fin rompió la relación. Un jovencito a quien él, digamos, prodigaba su amistad le desvalijó el piso, y cuando él lo denunció a la policía se encontró con que lo enjuiciaron a él. Por homosexualidad.

Marcus estaba en silencio. Hodgkiss, con la sensación de estar cavándose su propia tumba, llenó el silencio con sus sombríos y sinceros pensamientos.

—Como era de esperar, lo declararon culpable y le dieron a elegir entre ir a prisión y someterse voluntariamente a un tratamiento con hormonas para reducir sus impulsos sexuales. Lo llenaron de estrógenos. Una hormona femenina, como sabrás. Engordó y le crecieron los pechos. Él bromeaba con que era Tiresias, un andrógino; pero, a mi juicio (conozco otros casos), eso lo desequilibró. Ya no podía pensar con claridad.

Otra vez tuvo su visión del encantador muchacho retozando entre las cuerdas suspendidas del techo.

—Creo que experimentó algo parecido a la tensión que se dice que sienten las mujeres antes de la menstruación. Sólo que de modo permanente. Se suicidó. Con una manzana bañada en cianuro. En 1954-.

Marcus seguía sin decir nada.

—Tenía una hipótesis sobre la formación de manchas regulares… puntos, bandas… en la naturaleza. La piel de las cebras, los ocelos de las mariposas, las plumas del pavo real, el pez ángel. Lo que hablábamos el otro día, los jardines del paraíso. Creía que las formas eran el resultado de la interacción física de dos

sustancias, una que fluía o se expandía y otra, a la que llamaba «veneno», que la inhibía químicamente.

—Yo también he pensado en algo semejante. Las matemáticas son muy complejas. —La voz era clara y sin matices.

—No es bueno sentir que la propia naturaleza es antinatural. O, si no antinatural, al menos inaceptable.

Marcus alzó los ojos y se encontró con la mirada de Hodgkiss. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Wittgenstein no habría sabido cómo describir el color de su pelo o de sus ojos: no tenían color. Dame una señal, pensó Vincent Hodgkiss, sintiendo el sudor que le resbalaba por la base del cuello, por la ingle. Un hombre tenía que estar buscando envenenar la relación antes de que ésta comenzara, para lanzarse a ella con una historia tan trágica.

—La ley ha cambiado —dijo Marcus, apartándose ligeramente de Hodgkiss.

—Lo siento —dijo Hodgkiss, el hombre del lenguaje común.

—No tienes por qué —contestó Marcus, rápida y educadamente. Y añadió—: Piensa en la complejidad de los patrones de las plumas, en cuanto a la iridiscencia, los cañones y los ocelos, y en los patrones que sólo están hechos por la superposición de muchas plumas simples en la cola de un pájaro…

—¿Quieres más cerveza?

—Mejor no.

Era un día primaveral. No resultaba visible en los sombríos páramos altos, pero sí en el rosado desvaído de los brotes que despuntaban en los plateados abedules y en el toque de verde de los oscuros espinos, y en las primeras flores blancas de los endrinos, allá abajo, en las laderas boscosas que descendían hacia el valle. Desde el patio de la granja vieron una figura negra que avanzaba a largas zancadas por la cresta de la colina, con un centro sólido y algo que ondeaba a su alrededor al azote del viento. La cabeza erguida era un disco negro contra el cielo azul, y los brazos se abrían y aleteaban por momentos, como un espantapájaros, pensó uno, como un sacerdote saludando al sol, pensó otro. Unas figuras negras se apartaban corriendo de la revoloteante falda, la rodeaban, y parecían volver a fundirse con ella. Cuervos negros la sobrevolaban, agitando con

fuerza las alas. La figura ondeó en lo alto del camino a Dun Vale y luego se internó en éste y desapareció de la vista.

El bosque, con los árboles aún desnudos y grisáceos en su mayor parte, estaba sembrado de hojas y ramas muertas por las que asomaban nuevos vástagos, aros manchados con las brácteas prietamente plegadas, campanillas grises y unas pocas anémonas. En el sotobosque, bullente de criaturas, resonaban crujidos y zumbidos. Había gallinas asilvestradas con el plumaje polvoriento, y el cuello, antes pelado a picotazos y sangrante, cubierto por un suave plumón que volvía a crecer. Si las criaturas descendían de aves de la selva, en las remotas selvas no debían tener enemigos naturales, ya que el ruido que hacían con sus escamosas patas y sus torpes saltos de alarma las delataban al instante. De hecho, por todo el suelo había dispersos huesos, garras y plumas, clara señal de todas las aves que habían acabado muertas y —al menos en parte— devoradas. Salían de la maleza piando y cacareando y escrutando nerviosamente a su alrededor con sus ojos ribeteados de amarillo. Los dos perros se lanzaban tras ellas en un intento de morderlas, pero, obesos como estaban, enseguida se quedaban sin aliento.

—¡Fuera, fuera! —les gritaba *lady* Wijnnobel con desprecio, abriéndose paso torpemente entre la confusión de pollos dorados.

Un poco más adelante, un pavo glugluteó entre los matorrales y alzó su resplandeciente cola verde azulada. *Odín* y *Frigg* retrocedieron, pero se encontraron con que una bandada de blancos gansos les cerraban el paso, con la cabeza erguida y el largo y sinuoso cuello lleno de peligrosos músculos, graznando amenazadoramente. *Lady* Wijnnobel se detuvo y dijo «Fuera» con menos convicción. En ese momento salieron de la casa Clemency Farrar y
Paul-Zag,
y Clemency les arrojó granos a los gansos a la vez que los aplacaba con murmullos.

—Son los guardianes tradicionales.

—¿Sois vestales? —preguntó *lady* Wijnnobel sin sonreír.

—No exactamente. Somos una comunidad.

—Sé quiénes sois. He venido.

La frase tendría que haber tenido una conclusión. He venido a visitaros. He venido a aprender. Pero quedó truncada.

—¿Podría… llamar a los perros y sujetarlos con una correa? Están asustando a los patos y las palomas.

—No necesitan control físico. Obedecen las órdenes. *Odín, Frigg*, no molestéis a las aves. Venid aquí.

Los animales acudieron a su llamada y se echaron en el suelo, con su sonrisa de perro y la peluda panza en el barro.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó Clemency con sus maneras de párroco.

—He oído que dais la bienvenida a todos los buscadores. Soy astróloga.

—Y muy poderosa —dijo Paul-Zag—. He visto su actuación.

—Yo no actúo. Comunico. Instruyo.

—Tiene razón. No me expresé bien. Yo soy el que actúa aquí. Ése es mi papel, actuar.

—Sí, lo he visto.

—Entre, por favor —invitó Clemency—. Todos son bienvenidos. Prepararé té.

Odín y *Frigg* espantaron a toda una bandada de palomas, que alzaron el vuelo, y a un pato con las plumas del cuello revueltas, que se precipitó en el muladar. *Lady* Wijnnobel frunció el entrecejo, y Clemency pensó mejor lo que había estado a punto de decir, agachó la cabeza para cruzar la puerta de baja altura, y entró en la casa de Dun Vale.

20

De Elvet Gander a Kieran Quarrell.

Muchas gracias por facilitar las cosas para que pusieran en libertad a Joshua Ramsden, alias Josh Lamb, y a Lucy Nighby. «Poner en libertad» no parece la expresión adecuada, dado que una es la propietaria y el otro es el centro de este maravilloso mundo en que me encuentro. En nuestra profesión no solemos esperar que las cosas vayan bien, y no siempre sabemos qué hacer con… ¿cómo podría definirlo? No es éxtasis ni arrobamiento, aunque tiene puntos en común con las experiencias con el LSD que he compartido con Zag. Es una sensación de esperanza y de bienestar. Y, junto con ella —puesto que soy un viejo y escéptico doctor de almas de la persistente oscuridad exterior—, el miedo de que, como toda felicidad, sea breve por naturaleza. Todos hemos rezado seriamente, cada uno a su manera, para alcanzarla transfiguración y, ahora que estamos al borde de ésta, resulta aterrador. Porque ¿qué puede hacer en el espacio y el tiempo un alma transfigurada? ¿Cómo puede pasar sus infinitos días? Aún no hemos llegado a ese estado, cosa que agradezco ya que no estoy preparado para ello. Mis dedos siguen apestando a tabaco, mis axilas y mis partes pudendas conservan su habitual olor animal, no soy perfecto. La verdad es que rezo como san Agustín: Dios, hazme bueno, pero todavía no. Todavía no. Me asusta la luz que vislumbro, así como un hombre se asustaría de derrochar su semilla en un orgasmo demorado hasta el infinito. ¿Y entonces qué?

Hay un poema de Donne que yo solía utilizar con mis «pacientes» (y muchos de ellos debían de provenir, ahora lo veo, de este límite del mundo). ¿Lo conoces? Se llama «Discurso sobre la sombra» (otro ejemplo de cómo este decidido freudiano se está dejando absorber inexorablemente por el mundo de C. G. Jung). Describe un sistema de relaciones afectivas que remeda la consecución del orgasmo que acabo de mencionar.

El amor es una luz creciente o siempre constante
y un minuto después del apogeo es noche.

He aquí los opuestos maniqueos. Luz. Noche. Todos nos movemos hacia la luz. Pero ¿qué pasará cuando lleguemos hasta ella? ¿Nos disolveremos en una bocanada de humo? A veces parece probable.

Por otra parte, tal vez alcancemos un estado, o un estadio, en que resulte tolerable e incluso necesario vivir en pleno resplandor de la iluminación. No es fácil describir los primeros síntomas. Uno es una sensación que creo que todos tenemos —algunos intermitentemente, otros todo el tiempo — de que no somos criaturas separadas sino un único Ser. Los cuáqueros, con su sentido de congregación, ya estaban preparados para esto. Dejamos caer nuestros muros, nos extendemos más allá de nuestra piel, nos movemos en una hermosa sincronía, ya sea que trabajemos, cantemos, bailemos, escuchemos o permanezcamos sentados en un expresivo silencio. Sabía que si intentaba poner esto en palabras sonaría ridículo. Pero así es. El otro síntoma del que me he percatado —y muchos de nosotros lo hemos comentado— es que experimentamos las cosas corrientes como si estuvieran transfiguradas. ¿Cómo podría explicártelo? Pongo la mesa del desayuno cuando es mi turno, y las formas de los tenedores y las cucharas, el brillo

del metal en la luz, las concavidades y las púas; todo lo siento sutil y perfecto, como si fuera un pintor, quizá, que aislara las formas que la luz hace de ellas y luego volviera a reunirlas —vistas a la luz— y las encontrara infinitamente sorprendentes. Me conmociona la superficie de un trozo de pan, los granos, las grietas, la suavidad, el modo en que mi lengua paladea el agradable gusto. Si miro por la ventana, la revelación es apabullante. La belleza de las imperfecciones del cristal, una burbuja, los surcos de las gotas de lluvia, la desbandada de las blancas aves en el corral, la oscura línea de la linde de los páramos, la apabullante variedad de azules del cielo. Sé que los otros experimentan lo mismo, si no siempre, sí la mayor parte del tiempo. Hablamos sobre ello. Gideon Farrar y su esposa hacen sus habituales festejos, y todos saboreamos cada bocado como si hubiéramos estado padeciendo hambre. Gideon, como es natural en él, ve también transfiguradas a las mujeres. Habla de la infinita belleza de la forma humana, y los más feos de nosotros sonríen y llevan su pobre cuerpo con más orgullo.

¿Y qué pasa, me preguntarás, como es tu deber preguntar, con Joshua Ramsden? El carisma brota de él como una cascada, resplandece en él como la luz de las velas y a veces brilla con la intensidad del sol. Camina entre nosotros como una criatura que llevara una luminosa campana de buzo por las traicioneras profundidades de aguas tenebrosas y bosques de algas. Si uno lo toca —cosa que no le gusta que uno haga —, te juro que se recibe una minúscula descarga eléctrica. Un escozor, una vibración. Si esto es sexo (como nuestro Maestro insistiría), ha cambiado su dirección y también se ha transfigurado. Ramsden está genuinamente en contra de cualquier clase de actividad sexual, como antes que él lo estuvieron los perfectos cátaros y los maniqueos. Es un ascético. En las charlas que da por las tardes suele hablar de renuncia, de despojamiento, de autoaniquilación. Sé que muchos guías religiosos imponen la castidad a todos los demás y ellos mismos son el centro, el potente frente al impotente, el progenitor de todos los niños, la realización de todos los deseos. Mi viejo ser dice que esa cualidad de

intocable que posee no es más que una doble vuelta de tuerca: uno la desea más porque no puede conseguirla, para decirlo de un modo más burdo. Ignoro por completo si él es o no consciente de esto, y no pienso arriesgarme a preguntárselo, cosa muy interesante.

Pero no parece ser ésa la razón. Parece como si él estuviera en alguna parte —fuera de aquí, más allá del límite del mundo, más allá de la individuación—, en un lugar extremo que es a la vez plenamente deseable y plenamente abrumador. Él sabe bien lo que queremos saber y nos atemoriza conocer. Es nuestro talismán, eso es, nuestro talismán. Nos habla con severidad y belleza, y nosotros escuchamos la voz de la experiencia sin prestar atención a las palabras inadecuadas (en el sentido en que todas las palabras son inadecuadas).

En fin, pasemos de lo inefable a los chismes, siempre presentes.

Hoy hemos recibido una extraña visita. De la inconcebible Eva Wijnnobel, la mujer del rector, que da clases de astrología en la antiuniversidad. Gideon quiere realmente que este lugar sea como un refugio medieval, una casa religiosa que socorra a los viajeros. Su deseo de invitar a todo el mundo —y de cautivarlos con sus atenciones— raya en lo patológico, pienso a veces malévolamente. (Pero la verdad es que ahora casi nunca somos malévolos, y Gideon tenía un aspecto magnífico con su larga cabellera y su barba doradas y entrecanas, y sus símbolos religiosos colgando sobre su amplia camisa blanca: cruces ansadas, serpientes, cruces cristianas, uroboros, una especie de sirena de plástico; sus inclinaciones son totalmente eclécticas). Como sea, él la invitó a entrar, y ella se quedó allí de pie, toda de negro, ardiente y oscura y sin el más mínimo brillo, a pesar de tener la cara húmeda de sudor por el esfuerzo de la caminata y el pelo negro lustroso por alguna clase de grasa. Llegó acompañada de dos perros bastante desagradables. Resulta repugnante ver a un animal tan hermoso como es el collie convertido en una criatura obesa y servil.

Se llaman *Odín* y *Frigg*, aunque imagino que ella se inclina

particularmente por lo egipcio, a través de la antroposofía. Lleva un corte de pelo de estilo egipcio y una especie de capa negra muy aparatosa sobre unas ropas negras al modo de una sacerdotisa, con ribetes púrpura aquí y allá. Y las uñas pintadas de rojo sangre: incongruente. Zag lleva las uñas pintadas como un arco iris, todas iridiscentes gracias a escamas de pez (según me informa), en distintos tonos perlados de azul, morado, amarillo y naranja. Lo realmente curioso —estoy dando saltos en mi narración, perdona—, lo verdaderamente curioso es que, al parecer, Zag ha establecido cierta clase de relación con ella durante sus actividades en la antiuniversidad. ¿Cómo podría definirlo? Como complicidad, quizá, aunque es mucho más que eso. Ella lo manosea. De acuerdo, querido Kieran, al escribir como si fuera una sesión psicoanalítica en una suerte de cubo de basuras espiritual, me veo tentado a usar palabras que revelan ciertos malos sentimientos que creía haber superado.

Siento repulsión física por esta mujer, y ella manosea a Zag, y Zag le acaricia la mano y le sonríe provocativamente, y la abrazó cuando ella se marchó. Se sentaron lado a lado durante el almuerzo y hablaron sobre Géminis, las almas gemelas ilimitadas y la «obra» alquímica (otra vez Jung), donde la piedra es el hermafrodita que se manifiesta como Mercurio, azogue que se vuelve blanco en un baño de luz coloreada. Comió una buena cantidad del pastel vegetariano de Clemency, y su conducta alternó entre una pomposa disertación (como imagino que ha de hacer en su templo de la antiuniversidad) y una especie de silencio hosco, como un volcán preparándose para entrar en ebullición. Uno de nuestros miembros, Lucas Simmonds, que es algo así como asistente social y ha sido maestro, y sin duda ha estado en instituciones como la tuya, posiblemente en la misma Cedar Mount, pues bien, este Lucas tiene muchos conocimientos sobre alquimia y el hermafrodita Mercurio y el *mysterium conjunctionis*, y, en su afín de participar, se volvió excesivamente sonriente y obsecuente. El canónigo Holly dijo que era muy fácil transformar todo ese material en un batiburrillo fantástico, y casi le escupen y lo insultan.

A las mujeres no les agrada. Ellie fue a sentarse en el otro extremo de la mesa. Clemency se esforzó por recibirla bien, y en respuesta fue tratada como una criada de cierta importancia. Se lo tomó al modo cristiano, redoblando sus atenciones de anfitriona, pero se sentía ofendida y su luz se empañó un tanto. En cuanto a Lucy, que en realidad sólo vuelve a la vida en presencia de Joshua Ramsden, quedó muy perturbada por un desagradable ataque que *Odín* y *Frigg* perpetraron contra su mascota carnero, *Tobías*. *Tobías* es un miembro pleno de los oyentes. Es vegetariano, lanudo y muy amistoso. Con nosotros hay varios niños, hijos de los cuáqueros unos, y otros que acuden a las clases de cerámica, tejido, cocina y redacción organizadas por Clemency, nuestra mejor garantía de sana respetabilidad. A los más inquietos les gusta jugar con *Tobías*, que les da topetazos con muchísima suavidad y los deja que le entretejan los vellones. Los perros lo arrinconaron contra la chimenea, gruñendo y lanzándole dentelladas, y el animal se quedó allí, inmovilizado y tembloroso. Eva W. le ordenó a todo el mundo que no prestara atención. No era más que el instinto de los perros, que los inducía a guiar la manada. Gideon señaló que el carnero creía ser un perro, y ella dijo que eso era inapropiado y vociferó «*Odín, Frigg*» sin obtener respuesta alguna.

Afortunadamente, quizá, en esos momentos entró Ramsden y calmó los ánimos con el peso de su autoridad. Ella cayó rendida a su encanto. Durante el almuerzo, alcancé a oír que le decía a Zag que su pelo era tan blanco como la lana. En cuanto a él, se sentó ceñudo entre Clemency y Lucy, con el carnero acurrucado bajo su silla. A veces pienso que llega tarde porque no come y no quiere que los demás se den cuenta. Un hombre puede estar enfermo, según nuestro viejo concepto, nuestro concepto «profesional», y aun así ser un guía espiritual; eso es lo que hemos aprendido en esta época. No es un camino de ida y vuelta sino un camino directo, y supongo que esto se aplica también a esa mujer.

Espero que no vuelva, aunque sé que lo hará, claro. Ella le echaba el aliento en la cara, se sentía atraída por él y no

querría marcharse. Él parecía muy tranquilo, pero no se sentía feliz.

Tal vez ella sea necesaria para nuestra nueva vida, en algún sentido. Tú eres el fanático de la terapia de grupo y sabes cuántos grupos tienen un factor irritante que los lleva a unirse, como el grano de arena en la perla. O quizá nos haga disgregar, como una bomba fétida. También es posible que, mientras nos elevamos hacia el cielo en nuestro globo aerostático plateado, ella sea el lastre negro que tira hacia abajo del cesto y sus quemadores. Estos días todo me hace llorar, con la resaca del LSD y el exceso de oxigenación del extremismo espiritual. Estoy aquí sentado, lleno de desprecio por mí mismo y riéndome tontamente de mi ingenio para reducir a esta mujer enferma y peligrosa a metáforas de mal gusto. Que Dios me perdone. ¿Qué ha sido de la caridad? La nueva espiritualidad ya no se basa en la caridad, Kieran. Pregúntale a Zag, que espera con impaciencia un descuartizamiento y liberación dionisíacos. Lo que no entiendo es cómo ha hecho el rector para vivir tanto tiempo con esta mujer. ¿Cómo puede aguantar esos descomunales miembros ardientes en la misma cama? ¿Cómo puede sentarse junto al hogar con esos perros desnaturalizados? El matrimonio es un misterio para mí, *mysterium conjunctionis*, como dirían los alquimistas, Eva W. y el bendito Carl Gustav.

En cuanto Ramsden vio a Eva reconoció en ella a un oponente. Cuando ella lo vio, fue directa hasta él y se detuvo muy cerca, con la cabeza gacha. Demasiado cerca. Él quería dar un paso atrás o apartarla, pero no lo hizo. Los dos perros correteaban tras ella, y de buenas a primeras salieron disparados hacia adelante, en un revoltijo de pelo, dientes, uñas y colas pobladas, cuando vieron junto a los tobillos de Ramsden al carnero *Tobías*, que había entrado con Lucy. *Tobías* lanzó un agudo balido de terror y se refugió en la chimenea. *Odín* y *Frigg* se le echaron encima y lo inmovilizaron contra la pared.

—Deténgalos —dijo Ramsden.

—Es su instinto —replicó Eva Wijnnobel—. Basta, queridos. Venid con mamá. Venid con mamá.

Odín y *Frigg* gruñeron y atacaron al tembloroso carnero. Eva Wijnnobel se puso de rodillas frente a los silenciosos e inmóviles presentes y tiró de las peludas colas.

—Perros malos. Perros malos. Mamá está muy enfadada —dijo con tono sombrío y nada maternal.

Por fin los perros se apartaron y, con un grito ahogado, Lucy se arrodilló para consolar a *Tobías*, que sangraba de una pata. Eva Wijnnobel regresó al lado de Ramsden. En la mejilla derecha tenía una mota de sangre y ceniza.

—No son más que unos mordiscos de collie —dijo la mujer—. Son animales pastores. Espero que no nos eche fuera por esto.

Ramsden sentía en la cara su aliento caliente. Vio la negra cavidad de su boca y el aire húmedo que exhalaba, jugo de carne, leche cuajada. Quería retroceder pero no lo hizo. Los ojos de la mujer, pintados de negro, se clavaron en los suyos.

—Pienso que usted puede tener…, puede ser lo que yo necesito, lo que estoy buscando —dijo ella en tono bajo y apremiante.

Lo adulaba y, a sus pies, los perros la remedaban retorciéndose sumisamente.

—El pelo blanco como lana, está escrito —le susurró en el oído —. Y veo la película de sangre, sí, ya lo creo que la veo, la señal del maestro, el sudor rosado, las lágrimas rojas, veo quién es usted.

Ramsden quería echarla. Su ser cotidiano, una entidad tenue y casi fantasmal, sabía que ella era una embaucadora, una irrealidad que devoraría la obra del espíritu. Su espíritu sabía que ella lo veía, su cabello blanco como lana, su cuerpo lavado en sangre, aquello en que había tenido que convertirse. No soportaba que lo tocaran, y ella lo acosaba y, literalmente, le respiraba bajo la nariz. Lo asustaba su propia ira, que —según creía— nunca había permitido que estallara ni se manifestara. Sabía que los oyentes temían su ira, lo cual estaba bien, aunque también indicaba que compartían un secreto, ya que él nunca se había mostrado furioso ante ellos, nunca, sólo paciente, amable y comprensivo.

Miró a la mujer y vio la sangre imaginaria que había observado desde aquel día de terror, cuando era un muchachito rollizo y digno de lástima, y la sangre manaba de entre el espeso cabello negro y le

corría por las redondas mejillas y el grueso cuello. En un instante de iluminación pensó que ella era la mancha en la que se agolparía toda la oscura materia cuando el proceso llegara a su fin, cuando la luz se separara. Ella sonrió, como si le leyera el pensamiento.

—He estudiado los misterios —dijo—. Conozco modos para lograr la conclusión de la obra. No me rechace. —Y añadió—: Todos llevamos dentro una semilla de luz. Usted ya lo sabe.

—Siéntese —dijo él—. Es bienvenida a nuestra mesa, como cualquier persona. Pero los perros no tienen que tocar al carnero.

—Venid con mamá —llamó ella, apartando la mirada de la cara de él y cortando así la corriente eléctrica entre ambos.

Ramsden se sentó a la mesa con ellos, pero no comió. Ese día no comió absolutamente nada, y cada día comía menos. Sabía que les gustaba que los acompañara mientras comían sus alimentos amorosamente cocinados, y él los probaba para darles el gusto, copos de avena, cucharadas de lentejas, granos de trigo. La comida era necesaria para vivir. Pero su cuerpo no parecía tener la necesidad de comer. Tenía la sensación de que se estaba volviendo transparente. A veces les hablaba mientras ellos comían. Les contaba del respeto de los maniqueos por las partículas de luz atrapadas en las semillas y las manzanas. Les hablaba del espíritu, atrapado en la carne, al que se podía liberar y devolver a la luz controlando y disminuyendo la carne. Era consciente de que, cuando comenzaba a hablar, el aire de la habitación se aquietaba y se volvía más denso con la masa y la energía de su atención, como la concentración de poder alrededor de los pararrayos, antes del trueno. Miraba sus caras, vueltas hacia él, y en ellas resplandecía una suave luz, una pálida calidez dorada que él inspiraba. Pero, a la vez, la oscura cavidad de sus ojos y de las bocas abiertas, con el húmedo brillo de los dientes, lo atrapaba y lo tragaba, consumía su cuerpo de luz como la llama consume la vela.

Lo estaban comiendo, y él había estudiado teología y sabía a qué se refería ese pensamiento. Gideon aún partía ceremoniosamente el pan en todas esas comidas e iba de silla en silla con su cesta llena de miga y corteza caliente. Si lo comían entero, ¿se transformaría en luz, o en nada, o se disgregaría en motas de energía luminosa?

No era un dios, era un ser; no comprendía su propia naturaleza. Sólo sabía que ésta no era lo que le habían dicho que era. Su Gemelo Celeste sí la conocía, pero no se había dejado ver desde hacía un tiempo. Y ahora había venido esta momia[19] semiegipcia. Vio sangre en el pan de Gideon. Nunca le había hablado de la sangre a ninguno de ellos. Como todo indicio del ardor de su ira, debía permanecer oculta hasta que estallara y anegara todo.

Lo estaban vaciando, estaban vaciando su médula, y no quedaría más que la cáscara de vidrio andando en la luz.

Cuando caía la oscuridad también él andaba, la mayor parte de la noche. Así como no comía, tampoco dormía. Mientras avanzaba a grandes zancadas por los oscuros páramos rezaba, si eso podía llamarse un rezo, con la blanca cabeza y el pálido rostro alzados hacia las tenues estrellas y la blanca luna. Cuando había luna llena caminaba más y más deprisa. No creía que la brillante luz brotaba a raudales de un manantial lunar porque tenía ciertos conocimientos, aunque no muchos, sobre el sistema planetario y el cosmos moderno. Sabía que la luna atraía las grandes masas de agua de los océanos por toda la rocosa esfera del planeta que pisaba, con su centro fundido, y sabía asimismo que la pálida luz lo atraía, le absorbía la vida. No se le escapaba que el cuerpo necesitaba del sueño, al igual que necesitaba de la comida, y sabía que su cuerpo se había declarado en rebelión y que estaba intentando prescindir de ambos. Su fría energía le venía de alguna otra parte. Su llama interior se había reducido a una minúscula mota, como la parpadeante lengua de fuego en la mecha de un encendedor casi vacío. Sentía su propia sangre correr como el combustible de un encendedor, y conocía lo bastante para saber que rebosaba de corpúsculos rojos y blancos, y con el ojo de la mente veía sus venas transparentes y el peligroso rojo tornándose blanco, los pálidos gránulos de luz extinguiendo el rojo sangre que trataba de devorarlos, escapando de la corriente sanguínea, burbuja a burbuja, para volcarse en el inocuo aire. Después de la caminata descabezaba un sueñecito. Si tenía el cuerpo exhausto no soñaba, y no le gustaba soñar.

También instituyó lo que denominaba «observaciones nocturnas». Le agradaba sentarse inmóvil en el suelo, frente al televisor sin imágenes, que dejaba encendido cuando ya no transmitía nada y todo eran copos de luz arremolinados. Había creado un ejercicio espiritual que consistía en verter sangre en la caja vidriada, de modo que los copos la absorbían y la hacían desaparecer como si nunca hubiera existido. No les hablaba a los otros de la sangre. Guardaba en el corazón sus mayores secretos. Era fuerte y muy frágil. En ocasiones permitía a algunos oyentes privilegiados que observaran con él durante las horas de oscuridad. Lucy acudía y se quedaba sentada en silencio. Lucas Simmonds tenía prohibido participar: se le dijo cortésmente que perturbaba las corrientes del televisor, lo cual era y no era una broma. A Gideon —que no acudía a menudo— se le pidió dos veces que se fuera porque Joshua olía el sexo en sus ropas. No le dio esta razón. Dijo que el espíritu de Gideon estaba alterado, y éste aceptó su juicio con una leve sonrisa enmarcada por la barba. Ruth iba de vez en cuando y también el canónigo Holly, a quien se le prohibía fumar, aunque apestaba a combustión apagada. Acudía Clemency. Acudía Zag, pero era incapaz de estarse quieto mucho tiempo.

La noche del día en que se presentó Eva Wijnnobel, Ramsden se sentía turbado. Subió a la habitación de la observación nocturna, y alejó a quienes tímida o mansamente intentaron acompañarlo. Tengo que estar solo, dijo; y, no queriendo manifestar la debilidad de pedirles comprensión, habló con severidad. Pese a ello, Lucy tuvo la temeridad de decir «Quiero observar contigo» y, como él tuvo que responderle «Esta noche no», se vio obligado también a acariciarle el pelo y la trémula mejilla sonrosada. Ella le besó los dedos y se retiró. Y de ese modo se quedó a solas con su perturbación.

Encendió el televisor, pero no se sentó en su acostumbrada postura de meditación. Caminó sin descanso, consciente de que el rectángulo de luz se reflejaba como un fantasma en la oscura ventana de la habitación y en la claraboya. Al fin se descalzó y se

quedó de pie en el punto en que se cruzaban las líneas que unían las sombras con su origen. Giró la cabeza. Tenía una sensación de poder y de reconocimiento, como si la habitación desnuda fuera un lugar encantador que conocía desde siempre y que había estado buscando toda la vida. En la negra ventana y en el brillante televisor apareció la cara del Gemelo Celeste, tersa y sonriente. Como ya había hecho anteriormente, el Otro le dijo que saliera a la luz de la luna, y Ramsden vio la luna llena encuadrada en la ventana y la claraboya, deslizándose por el cielo, velada por las nubes, visible, velada, visible, de un modo que producía vértigo. Salió con determinación, descalzo, descorriendo cautelosamente el pestillo de la puerta trasera, y atravesó el patio en silencio, bajo los árboles que oscurecían la luna con sus bamboleantes copas, para adentrarse en los páramos, donde la luna se deslizaba en lo alto, despojada ya de los jirones de nubes como si fueran una piel muerta, pestañas muertas que no dejaban más que el gran ojo de plata mirando ciegamente. El Otro caminó hacia él, descalzo por el brezal, vestido de blanco. De sus cabellos emanaba una luz blanca y su sonrisa era toda luminosidad. Has recibido la señal, le dijo, con una voz que resultaba abrumadora de tan placentera. Se te ha visitado, de modo que ahora estás listo para el descenso. Será difícil y doloroso; pero, si regresas, serás capaz de salvarlos. De salvarte a ti y salvarlos a todos ellos.

¿No podrías venir conmigo?, le pidió al Otro. El Otro incrementó su sonrisa. Debo hacerlo, respondió. Soy el ejecutor. Yo conduciré la evacuación. Bajaremos juntos a la oscuridad.

Luego supo que estaba teniendo un ataque a la luz de la luna, y se desplomó en el suelo. La boca llena de espuma, el entrechocar de los huesos y dientes, sacudidos por los espasmos, la carne ardiendo y sangrando.

Descendieron juntos un buen trecho y se introdujeron en un embudo de roca tan profundo que el orificio era más pequeño que la ilusoria luna, y después más pequeño que una cabeza de alfiler, y más adelante totalmente oscuro. Tenía los pies fríos, y los escalones, desiguales y helados, eran resbaladizos. Cuando logró recuperar la voz, le preguntó al Otro, a quien ya no podía ver, si estaba muerto. El Otro le contestó alegremente que no estaba muerto, no, pero que irían entre los muertos; y, cuando hubiera hablado con ellos,

conocería la muerte. Conozco la muerte, dijo él, eso es lo que realmente conozco. El Otro replicó que no sabía que lo habían excluido, evacuado, eliminado. Los muertos, añadió, cuelgan de las ramas subterráneas del Árbol y no pueden abandonarlas. Tienen su propia luna, pero es artificial y no te permitirá ver. Es una luna falsa que han hecho con luz robada. Los muertos crean falsos seres vivos en su cabeza, aunque sería mejor que renunciaran a ello.

Después de un tiempo inconmensurable, largo o corto, comenzó a percibir a los muertos, que pendían como frutos negros, o murciélagos con las alas plegadas, o marañas de tubos, colgados del descomunal nudo de raíces de hierro extendidas en todas direcciones sobre su cabeza, moviéndose a través de la corteza terrestre como enormes gusanos ciegos, con cabellos hirsutos y revueltos que se metían en las grietas y hendeduras. Los muertos padecían rachas de desasosiego. Olía a humus, y había un olor nauseabundo que recordaba bien.

Siguieron avanzando más y más. Había estado en ese lugar suficiente tiempo para saber que el solo hecho de estar allí, en ese ambiente cerrado y sofocante, era peor que una tortura. Preguntó si los muertos tenían rostro, y la respuesta fue que se hacían una cara falsa. Lo logran con un esfuerzo de voluntad, dijo el Otro, así que verás caras. Él dijo que no quería ver caras, y la rápida réplica fue que no era cuestión de querer o no querer. La voz del Gemelo Celeste le recordaba algo. Parecía la voz de su padre en los sermones, cuando le decía lo que era bueno para su alma. No quería ver a su padre colgado, pero no lo expresó en palabras. Estar indefenso en un sueño, o en una visión, es estar mucho más indefenso de lo que puede concebir cualquier ser vivo que posea un mínimo de voluntad o pensamiento.

Al girar en una esquina, se encontraron frente a la luna artificial. Colgaba del techo de raíces mediante un insustancial hilo de aluminio, y parecía una suerte de balón bañado en plata con una forma irregular, encogido y arrugado en las zonas que no estaban plenamente infladas, torpemente pintado con falsos continentes, cráteres y océanos azul-grisáceos. Desprendía una luz miserable, como esos tubos fluorescentes de los bares de mala muerte.

Sentados sobre montones de harapos había tres personas que reconoció, si bien, en el momento en que las reconoció, una con un camisón rosa pálido, otra con un pijama que se caía a pedazos, vio que el Gemelo Celeste tenía razón y que habían falseado su cara. Le tendieron los brazos con cierta ineptitud, como muñecas de trapo incapaces de mantener una posición. Tenían los pies cubiertos de polvo, y por alguna razón eso les daba una mayor apariencia de carne que la de las mejillas y la frente, que casi parecían prótesis. La tercera figura rebosaba salud. Su cabello relucía, los ojos brillaban, la boca y las uñas eran de color carmesí. Sentada cómodamente, tendió hacia él sus fuertes brazos, como para abrazarlo. En el húmedo serrín que rodeaba los montones de harapos bullían toda clase de criaturas. Tijeretas, babosas, blancos caracoles ciegos llevando a cuestas su casa en espiral. Y escorpiones. Gordos y rosados, negros y diligentes, dorados y rojizos, con la vigorosa cola curvada.

Su madre empezó a hablarle. Aún tenía la dentadura salida a medias de la boca, y se sofocaba y gimoteaba y sus palabras golpeaban contra los dientes postizos. Yo puedo interpretar lo que dice, dijo Eva. Nosotras, las madres, te damos la bienvenida. Alimentamos la savia cuando fluye hacia lo alto, y sólo nosotras… sólo nosotras… te ayudamos. Ella no dice en qué te ayudaremos. Pero yo lo sé.

Su madre masculló un poco más. Su hermana se las ingenió para mover un dedo fláccido y señalar sus magulladuras. Él vio que los muertos no respiraban ni siquiera cuando hablaban. No sabía que el habla sin respiración podía ser algo tan repugnante. Eva era la única de las tres que respiraba, largas y profundas inhalaciones que le llenaban el enorme pecho, bombeando aire adentro, afuera, adentro, afuera.

Este lugar huele mal, le dijo al Gemelo Celeste. No me gusta esta mujer, le confió mentalmente a su mellizo.

—No es cuestión de que te guste o no te guste. No puedes rechazarla. La necesitarás. Es lo que necesitas. No es lo que ves aquí o allí. Ella es, simplemente. Tienes que aceptar lo que no quieres, a fin de acabar la obra.

De lo que siguió sólo conservaba recuerdos fragmentados. El Gemelo Celeste, sonriendo ampliamente a la luz de la luna falsa, sacó un cuchillo y lo descuartizó. No sintió dolor alguno. En realidad vio todo el proceso —el experto desollamiento, los nervios arrancados, los órganos vivos retorcidos en una serie de cuencos y jarrones de barro extrañamente coloreados— más a través de los ojos del Otro que desde su propio cuerpo, que no sentía dolor, sólo una creciente perplejidad y una sensación de dispersión y pérdida de coherencia, de todo lo cual había tenido una cierta premonición con sus ataques. Llegó un punto en que era un esqueleto viviente totalmente raspado, con películas rojas adheridas al marfil vivo, mirando con curiosidad hacia afuera desde la caja de hueso de su cabeza. El Gemelo Celeste dijo entonces que separaría todos los huesos y los apilaría de mayor a menor.

—Y si logras juntar todas las partes y volver a ensartar los nervios y enganchar los músculos —añadió el sonriente Gemelo Celeste—, verás que eres capaz de subir por el árbol y llegar a tanta altura en el cielo como la profundidad que has alcanzado en los cimientos. Y entonces verás en el cielo cómo prepararte para el misterio que se representará y para la consumación que sobrevendrá.

—¿Y si no puedo? —preguntó con una voz que también golpeó contra sus dientes sangrientos.

—Pues en ese caso la carne se pudrirá y al cabo de un tiempo los huesos se separarán o se dispersarán. Pero creo que sí puedes hacerlo. Estás preparado.

Y juntó todas sus partes, temblando, oyendo en la cabeza al muchachito de muslos gruesos de una época lejana, cantando «los huesos, los huesos, el hueso del dedo conectado con el hueso del pie…». Lo vivió todo meticulosamente, los dedos en el extremo del brazo por encima del tórax, que retenía la pelvis, sujeta a las caderas. Agazapado bajo las raíces, extendió su piel sobre la sangrienta y resbaladiza superficie de su pecho y sus nalgas. Entonces vio que podía permanecer de pie, y su fuerza era descomunal, y sus sentidos estaban agudizados a tal punto que alcanzaba a oír a los gusanos escudriñando la marga, a kilómetros

de distancia, y la cima de los árboles crujiendo contra el cielo nocturno, agitadas por una suave brisa.

Y trepó con la seguridad de un mono, ágil como una rana arbórea, abriéndose paso violentamente a través de la corteza como un topo ciego, que se transformó en un mono tití, una serpiente, un lagarto. Hacia arriba, siempre hacia arriba, y la luna real volcó sobre su cabeza raudales de plata. Se irguió en lo más alto del árbol y gritó y gritó al alba con regocijo.

Lo encontraron en los páramos, herido e inconsciente, con la boca sangrante y las uñas rotas, tendido en el turboso suelo del brezal. Lo llevaron de vuelta a Dun Vale, que le pareció durante dos días un lugar extraño, lleno de gente desconocida. Al tercer día, al amanecer, se despertó en un mundo limpio y vio a Ruth sentada a su lado, velándolo. Llevaba un vestido claro con un canesú cuadrado y múltiples pliegues debajo, a la manera de un pichi o tal vez de una vestidura griega. Le gustaba Ruth, los días normales. Le gustaba su cara delicada, su renuencia a hablar. Movió la magullada lengua para decirle que era una doncella de luz. Ella no pareció haberlo oído, por lo que él hizo un esfuerzo y se lo repitió, esta vez con más claridad. Ella tenía los ojos húmedos y se los enjugó con el dorso de la mano. Él le dijo que no llorara, que ya había vuelto. Ella asintió y se echó a llorar sin rebozo.

De Brenda Pincher a Avram Snitkin.

> La verdad, Avram, es que escribirte ha pasado a ser un acto de fe, tan irracional como el creciente «fervor» que reina en este lugar. Algo se está gestando, y me he devanado los sesos para recordar de qué se trata. Aquí no tengo acceso a ninguna biblioteca. Por lo que creo recordar, muchos de los cultos más recientes se han consolidado con cosas tales como el sexo en grupo, o con el derecho del guía a acostarse con todas las mujeres y engendrar montones de niños. Nuestra

situación es extraña, porque en el liderazgo hay una especie de cisma. Por un lado tenemos a Ramsden, que es genuinamente extático y genuinamente ascético, y por otro lado tenemos al viejo Gideon, a quien le gusta ser el gallo de su propio muladar y que, según creo, no siempre se da cuenta de hasta qué punto se ve involucrado en los asuntos de Ramsden.

Por supuesto, tanto en un caso como en el otro, todo tiene que ver con mujeres. Gideon está aquí porque Clemency lo ha abandonado, y Clemency está aquí porque está enamorada de Ramsden, del modo en que lo están todas las mujeres, incluyendo las que Gideon se tira. Supongo que cuando se acuestan con Gideon imaginan que lo hacen con él, pero el viejo tonto es demasiado presumido para percatarse, aunque tal vez acabe por entenderlo. También algunos de los hombres están enamorados de Ramsden. Ramsden emprendió un viaje espiritual hace una o dos semanas (el tiempo no es real aquí), tuvo un ataque epiléptico bastante grave y volvió con toda clase de nuevas instrucciones, prohibiciones y prácticas, que en general nos ponen las cosas físicamente mucho más duras. Estamos trabajando como negros, acarreando y excavando, para construir una maldita cerca que nos separe de la sucia gente contaminada del exterior. Asimismo comemos cada vez menos porque hay una especie de competición de ayuno instituida por Ramsden, quien sostiene que el cuerpo se fortalece con las privaciones. Elvet Gander contribuyó al asunto explicando que ciertos experimentos con ratas y pruebas empíricas de unas tribus longevas de las estepas han demostrado que comer notablemente menos conduce a la longevidad. El tema de no comer ha afectado mucho a Clemency, dado que su gran contribución a la comunidad eran sus bollos y galletas. Pero se ha sobrepuesto y ahora cocina unas sopas y platos de verduras exquisitos que casi no tienen calorías y que se ingieren ceremoniosamente con gran lentitud. Con tanta excavación y tan poca comida, me he puesto en muy buen estado. Te aseguro que no me reconocerías si me vieras, y ya pertenezco lo bastante al

grupo de seguidores de Ramsden para que me desagrade profundamente la idea de todos esos rollos de grasa de tu abdomen, aunque a veces lloro por ti por las noches, a veces tengo miedo. ¿Por qué no escribes, maldito hijo de puta?

Como estoy en buen estado, entiendo muy bien que no se puede alcanzar al mismo tiempo la cima sexual y la cima espiritual, con tanto trabajo físico y tan poca comida. Me quedo acostada despierta y pienso qué maravilloso sería un buen polvo. Acostada despierta, imagino como todas las demás que Ramsden me ha elegido a mí para, por así decirlo, romper su abstinencia, que viene hasta mi cama y se queda de pie sonriendo con dulzura, con la polla en erección, y el deseo de sentirlo dentro es tan grande que me causa dolor, y mi pobre vagina se contrae y se contrae en el vacío (a veces la ayudo, pero no sirve de gran cosa). Escúchame, Avram Snitkin, cabrón, si te escribo toda esta pornografía es para que veas que no formo parte de todo esto por más que esté obligada etnometodológicamente a observarlo desde dentro, y también para castigarte por no contestarme nunca. Si no te conociera habría renunciado hace tiempo, porque cualquiera en su sano juicio se daría por aludido y entendería que las cartas no tienen buena acogida. Pero te conozco bien, e imagino que estarás cómodamente sentado, colocado y sonriente, pensando qué divertido es que yo haya llegado a este estado. Bueno, pues no lo es, maldito seas, Avram Snitkin. No tiene nada de divertido. Da miedo.

Lo que les ocurre a los cultos —y esto ya no es un grupo terapéutico, es un poderoso culto— es que acaban por hacer implosión. No conducen a nada sino que acaban por hacerse humo, según la teoría. Aquí se vuelven cada vez más intolerantes con los que se desvían y están cada vez más sincronizados, incluyendo cosas tales como la menstruación, sobre lo que intenté hacer algunas averiguaciones, pero sin éxito. Todo el mundo lleva más y más las mismas ropas: camisas y vestidos de lino blanco. Hay una chica llamada Ellie que fue «paciente» de Gander —ahora ya no se nos permite hablar de pacientes; todos son exploradores espirituales— y que ha inventado una técnica nueva y muy

complicada de bordados blancos sobre blanco. Soles, lunas, uvas y margaritas (que, al parecer, se llamaban originalmente «ojos del día»)[20] y otros objetos maniqueos. Con toda clase de nudos y puntadas satén (apuesto a que no tienes ni idea de qué es esto; yo lo ignoro) que llevan muchísimo tiempo de confección. Poco a poco, todas las sillas, mesas y camas han acabado cubiertas con telas blancas llenas de estos bordados blancos. Blancos con minúsculas gotas ocultas de sangre, por supuesto; las pobres se pinchan solas, es típico. Luego hay modos especiales de beber agua. Y las lecturas en voz alta que hace el bueno del canónigo Holly de poesías del siglo diecisiete que hablan de semillas de luz. Cuando lee parece una bisagra chirriante; pero, como este lugar ahora rebosa de caridad, todos lo escuchan con amor.

Tengo una teoría acerca de cómo va a empezar la implosión de todo esto. Gideon no puede desbocarse como lo hace sin cosechar sus frutos (para pasar de una imagen animal a una metáfora vegetal). Y entonces ¿qué? Dado que ya no se tira más a su mujer, ¿qué? Uno de los enigmas de esta situación es que Ramsden no parece saber en qué anda Gideon. Tal vez lo deja actuar así para hacerlo él por interpósita persona, por así decir, pero esto es una teoría insostenible etnometodológicamente y no debería enunciarla siquiera sin pruebas, de las que carezco.

Otra cosa que creo que sin duda sucederá es que acabaremos por encerrarnos. Bien encerrados. Estamos construyendo esa cerca. Ya puedo ver a Ramsden echando el cerrojo a las puertas, dejando a las ovejas dentro y echando a las cabras fuera, a los páramos. Por ahora hay muchos que entran y salen. Ese curioso fanático de Blake, Richmond Bly, va y viene con aire amable y perplejo. La horrible mujer del rector hace siniestras visitas y lee las palmas de la gente (bueno, en realidad no es así; hace horóscopos). Creo que todo depende mucho de Elvet Gander. Al igual que yo, está interesado en esto profesionalmente. Sale para dar charlas y esas cosas, pero menos de lo que solía hacer antes. Creo que se opondrá al encierro. Pero de algún modo está encantado con todo esto: es su manera de traspasar algún límite, de

recorrer su propio camino espiritual, como si se sintiera obligado a ver más allá. Le gusta ese Zag, que muy a menudo está colocado y necesita que le echen una mano. Pienso que podríamos prescindir de él, pero sus conciertos nocturnos forman parte de nuestras ceremonias habituales, al igual quedas recitaciones de Holly. Algunos de los cuáqueros son bastante buenos en todo esto, como si naturalmente lograran ver todo con una mirada religiosa contemplativa. Siguen organizando reuniones para niños del exterior, que vienen a oír cuentos y hacer cosas con cartulina y otras tareas por el estilo.

El asunto es: si nos encerramos —con muchas probabilidades de que muramos de hambre, ya que no nos estamos alimentando con una dieta de subsistencia—, ¿qué voy a hacer? El proyecto se va a la mierda si me pierdo el que, presumo, será el acto final. Pero realmente es aterrador. Es como esas cajas que hay en los postes de electricidad, con un cartel de «Peligro. Cables de alta tensión. No acercarse». Pero yo estoy dentro. Y te envío cartas que tú no me contestas, maldito bastardo. A menos que secretamente no vayan a ninguna parte y acaben leídas y juzgadas por un comité formado por Ramsden, Gideon y Gander. No, es imposible, esto no es más que pura paranoia inducida por la mentalidad colectiva. ¿Acaso no eché yo misma todas las cartas en el buzón? Entonces ¿por qué no escribes, miserable cabrón? ¿Qué voy a hacer?

21

No hay nada como el trabajo duro para devolver el lustre al plumaje, el brillo a los ojos, la firmeza al paso. Luk Lysgaard-Peacock empezó a preparar seriamente su ensayo, a medias elaborado, sobre el costo de la meiosis, y se encontró con que tenía que abrirse paso entre una resplandeciente maraña de datos y cifras pertinentes y no pertinentes. Era una época en que los científicos comenzaban a plantear preguntas muy difíciles sobre el supuesto beneficio adaptativo de la reproducción sexual en el esquema darwiniano de las cosas, como lo opuesto a la partenogénesis o la multiplicación por brotes. Las respuestas que ofrecían eran profundamente insatisfactorias y, por lo tanto, lo llenaban de curiosidad, exasperación y entusiasmo.

Luk leyó estudios sobre la diseminación de semillas de olmo y de huevos de bacalao. Leyó sobre el ciclo de vida de los pulgones, cuyas hembras producen clones partenogenéticos hasta el fin de sus días, momento en que producen machos y se aparean con ellos. Leyó sobre la lenta propagación de las fresas y los corales, sobre los hábitos de seres sésiles como las ostras, así como sobre los olmos, sobre la competición por el territorio, la formación de colonias y la frecuencia de muertes con relación al número de crías de bacalao o de estornino, de diminutos seres marinos o de caracoles. Estudió a hermafroditas y clones. Examinó minuciosamente arcanas investigaciones sobre generaciones de hormigas y abejorros, y bregó con modelos teóricos de propagación, competición, ventajas estadísticas, transmisión de genes y cromosomas.

Ante él se abrían nuevos e interesantes caminos, una multitud de datos pertinentes que desfilaban ante sus ojos. Sólo era medianamente bueno en matemáticas. Necesitaba ayuda para

formular sus preguntas, y no digamos para responderlas o rectificarlas. Empezó a acosar a John Ottokar para conseguir más tiempo de uso del gran ordenador del que estaba permitido, y lo invitaba a tomar una copa para que lo ayudara a convertir sus interrogantes sobre las razones de la vida, la muerte, la reproducción y la inmortalidad en precisas ecuaciones y cifras con las que se pudiera operar. Abrumaba al paciente y silencioso John con muchos más problemas matemáticos de los que cabía esperar que pudieran exponerse en el ciclo de conferencias sobre «Cuerpo y mente».

De vez en cuando, en su camino a la sala del ordenador se cruzaba con Jacqueline, también cargada con lotes de tarjetas perforadas y hojas de impresora. La atmósfera entre ellos seguía llena de astillas de hielo. Él le preguntó cómo iba su trabajo. Por un momento, la satisfacción le transfiguró la cara. Muy bien, dijo ella, muy bien, realmente estaba obteniendo resultados. Caminaba con paso vivo y firme. Un mes atrás se habría sentido herido por su seguridad. Ahora devolvía su atención a los rotíferos y a las semillas aladas rotatorias.

Una noche, bastante tarde, John Ottokar pasó por su piso para llevarle una serie de resultados que se habían demorado. Luk, que había estado hablándole acaloradamente durante semanas sobre el altruismo y el egoísmo darwinianos, la autopropagación inexorable y la inocuidad de los caracoles clones, advirtió por primera vez el mal aspecto de Ottokar. Se había dejado crecer el brillante cabello rubio hasta los hombros. Lo llevaba muy limpio, y tendía a esconder el rostro tras él como una cortina. Luk dijo que temía haberlo hecho trabajar demasiado, lo invitó a entrar y le sirvió un vaso de *whisky*. Había estado mirando las noticias por televisión, las protestas estudiantiles en la London School of Economics, los altercados gubernamentales sobre las huelgas no autorizadas. Cuando John Ottokar cogía su vaso, en la pantalla apareció *A través del espejo*, una chimenea, una caja de cristal, Tweedledum y Tweedledee, Frederica Potter en seda blanca y rosa intenso. Luk recordó que Ottokar estaba enredado de algún modo con Frederica. En una ocasión se había referido a ella como «mi chica», cosa que había

chocado a Luk pues le había parecido muy inapropiado para describir a una persona tan estirada. Debido a eso, no se levantó de un salto para apagar el aparato. John Ottokar extendió las piernas, arrellanado en el sillón, y miró la pantalla con rostro impasible. Luk se dijo que su mirada reflejaba mal humor.

Esa noche los invitados de Frederica eran Roy Strong y Lucinda Savage, una fotógrafa que llevaba un jersey muy austero y gafas con montura oscura. El objeto sobre el que se hablaba era una miniatura isabelina de una dama desconocida, cuyo delicado rostro, con rizos dorados, pendientes y un hermoso collar de relucientes perlas sobre terciopelo azul, con un fondo de hojas verdes, llenó fugazmente la pantalla. Por supuesto, la persona sobre la que se trataba era Isabel I, la reina virgen, y la idea de la que se discutiría era, según anunció Frederica, «Semejanza y reproducción». La idea había surgido de Wilkie y constituía una de sus concepciones más arcanas.

Hablaron largo y tendido sobre los retratos de Isabel, del hecho de que la mayoría fueran copias de copias y no intentos de reproducir directamente el rostro de la reina, de la fuerza sobrenatural que se atribuía a sus retratos, los cuales, como señaló complacido Roy Strong, eran objetos tanto de veneración como de prácticas de hechicería, como si pudiera provocársele la muerte clavándole agujas y alfileres. Como era de esperar, la fotógrafa sacó el tema de la renuencia de ciertas culturas a dejarse fotografiar, llevados por la creencia de que cada reproducción, cada copia, les arrebataba algo de vida. Frederica dijo que era cierto, que había algo inexplicablemente alarmante en cada imagen propia suelta por el mundo. Hablaron sobre la naturaleza icónica de la cara del Che Guevara, reproducida hasta el infinito, que colgaba en habitaciones de estudiantes, en viviendas ocupadas ilegalmente, en tiendas de guerrilleros.

Tal como Wilkie le había pedido que hiciera, Frederica intentó que se debatiera sobre las diferentes palabras. Parecido. Semejanza. Reproducción. Copia. Todos tenemos nuestra propia cara, dijo, y no obstante estamos hechos de la infinita copia de los genes familiares. Esto atrajo la atención de Luk, no porque tuviera mucho sentido, ya que no era más que una estratagema de la discusión, sino sencillamente porque encajaba en el rompecabezas de sus propios pensamientos sobre los clones y los cigotos diploides. Roy Strong

comentó la semejanza familiar entre Isabel y su hermano Tudor. La fotógrafa mencionó a Andy Warhol y los iconos de repetición que realizaba —Marilyn Monroe, Elizabeth Taylor—, que habían pasado a ser iconos repetidos de manera mecánica. Marilyn desfiló rápidamente por la pantalla en verdes y naranjas plateados, púrpura oscuro y rosa chillón. Roy Strong dijo que había escogido la miniatura porque se trataba claramente de una persona en particular, con una historia singular y una actitud propia ante el mundo, ninguna de las cuales podían llegar a conocer; pero, aun así, ella estaba allí y, aunque el estilo del pintor confiriera cierta similitud a todos sus modelos, ella era única. Frederica comentó con sagacidad que todos los días observaba las caras de la gente en el metro, y que todas eran únicas e irrepetibles. Sus palabras le sonaron empalagosas. Luk, en cambio, la veía con simpatía porque había tocado el tema que lo preocupaba. Si la reproducción humana no fuera sexual, las personas del metro se parecerían entre sí como las negras babosas *Arion ater*.

John Ottokar dijo:

—Mierda. ¿Cómo puede estar sentada entre esos dos y hablar de esa manera?

Luk supuso por un momento que «esos dos» eran Roy Strong y Lucinda Savage, y fue incapaz de ver qué tenían de objetable. Ottokar no podía estar tan obsesionado como para sentirse celoso de ellos. Entonces cayó en la cuenta de que «esos dos» eran las figuras de cartón de Tweedledum y Tweedledee, los personajes de Lewis Carroll, que flanqueaban a Frederica. Alguna vez había visto a Paul-Zag deambulando por el campus, y su cabello parecía crecer al mismo ritmo que el de su hermano. En una oportunidad, incluso, una noche oscura, había tomado a Paul por John, y había visto cómo el desconcierto de éste daba paso a una sonrisa maliciosa al advertir su propia confusión. Lucinda Savage empezó a exponer la teoría de que en el futuro todos tendríamos en las paredes retratos móviles y parlantes de nuestros seres queridos, como pantallas de televisión. Luk se puso de pie y apagó el aparato. Quería hacerle una pregunta a John y no sabía cómo hacerlo. Al fin decidió la forma.

—¿Cuándo vuelve Frederica por aquí?

—No lo sé. Para Pascua, supongo. Traerá a Leo. Además van a grabar tu ciclo de conferencias, según dice. No sé cuándo. Así que vendrá.

Las palabras le salían trabajosamente.

—No te agrada todo esto —dijo Luk.

—No.

Sobrevino un largo silencio. John Ottokar bebía *whisky* y movía una y otra vez las piernas, cambiando de postura.

—Hablar no es lo mío. La verdad es que no hablé inglés hasta los once años. Hablaba en una jerga incomprensible y en matemáticas con mi hermano. No es fácil. Él me dificulta las cosas.

—Es lógico —repuso Luk, sin saber qué decir.

—He estado pensando. Somos una especie de clones. O tuvimos una especie de nacimiento virginal, uno del otro, aunque no sé cuál de cuál ni sé si los científicos lo descubrirán. Tu asunto me ha hecho pensar. Nunca vi gran cosa de biología, sólo matemáticas y ordenadores. Yo me he dedicado a ver por dónde tenían que ir los petroleros. Lo que tú buscas es una explicación de todo. Desde el punto de vista de las células y los organismos. Eso quita valor a muchas cosas. La bondad, el amor. Dios.

—No creo que necesitemos a Dios.

—Ya sé que tú no lo necesitas. Pero no sabes qué es lo que yo pienso. Ellos siempre han estado aquí. Como una razón.

No parecía capaz de decir como una razón de qué.

Sintiéndose un tanto incómodo, Luk murmuró algo acerca de que debía de ser difícil estar allí cuando Frederica estaba en otra parte. John Ottokar lo miró casi con ira.

—Vine aquí para que ella tomara una decisión, en un sentido o en otro. Y para apartarme de él, para ser yo mismo.

—Pero él también está aquí.

—Ya lo sé. Pero no estaba aquí cuando yo vine. Vine por mí, para ocuparme de mis cosas. Y entonces vino él. Con Dios a su alrededor. Es como un horrible destino. Esta gente podría haber ido a cualquier parte, y vino aquí. No se trata del destino, por supuesto, ni de algo que nos esté vigilando. No son más que los genes, como tú insistes en decir. Me alegro de que estas ideas te produzcan tanto placer —dijo en un vano intento de ser irónico—. Pero a mí no me lo producen. Veo que son correctas, pero le quitan sentido a todo. Y

no cambian el hecho de que él es mi destino porque tiene mis genes. Somos intercambiables y prescindibles.

—Toma otro poco de *whisky* —dijo Luk, muy masculinamente y otra vez sin saber qué decir—. Siempre imaginé que tener a otra persona como uno debía de ser algo bueno.

—Y lo era. Mientras fue la única persona. Antes de que entráramos en el mundo. Entonces se complicó. Él tiene su grupo de músicos, claro. Y yo tengo el laboratorio. Pero el grupo y la música funcionan mejor cuando yo participo.

—Al menos meditas sobre ello.

—Sí. ¿Y de qué me sirve?

Apuró su *whisky* con cierta premura y se sumió en el silencio.

En efecto, Frederica fue al norte cuando llegó la Pascua, para llevar a Leo a pasar las vacaciones con sus abuelos y primos. Iba acompañada por Edmund Wilkie, pues estaban haciendo arreglos para grabar para la televisión partes del ciclo de conferencias «Cuerpo y mente». Tenían que reunirse con Gerard Wijnnobel, Vincent Hodgkiss, Abraham Calder-Fluss y Lyon Bowman a fin de discutir qué se grabaría y cómo, si las dos «estrellas», Pinsky y Eichenbaum, consentirían que se los entrevistara en directo, y cómo se mostraría el particular diseño arquitectónico de la universidad. Vincent Hodgkiss había tenido lo que él creía una idea políticamente astuta, y había invitado a Elvet Gander a que se reuniera con ellos. El motivo de tal idea era que había llegado a su conocimiento que Gander también estaba hablando —sobre mito y psique— en la antiuniversidad, y confiaba en que pudiera darle alguna información sobre la actitud, benigna o lo que fuera, de los acampados de la contracultura. La ponencia propuesta por Gander para la sesión sobre ciencias humanas del ciclo de conferencias, que trataría sobre la percepción esquizofrénica de las partes del cuerpo, se había programado a continuación de una ponencia sobre el autismo y otra sobre la formación de conceptos en las primeras etapas de la vida, que estaría a cargo de un profesor de pedagogía.

Hodgkiss no había invitado a Nick Tewfell esa mañana, pues no era una reunión de un órgano oficial de la universidad. La celebraron en el estudio de Gerard Wijnnobel, alrededor de una

mesa de palisandro, junto a la ventana que daba a su terreno privado. Era un día de primavera frío y luminoso. Los profesores llevaban pantalones de pana y chaquetas raídas. Wilkie iba muy elegante, con un jersey ajustado azul oscuro con cuello cisne y un traje de terciopelo de color gris acerado. Por alguna extraña casualidad, tanto Frederica como Gander lucían largas rebecas negras de lana. Y aquí acababa toda semejanza. Gander llevaba una camisa suelta de franela blancuzca, sin abrochar, sobre un pantalón bombacho. Frederica tenía una camisa negra transparente y una falda larga, también negra, con dibujos de amapolas y acianos. Hodgkiss apreció con una mirada sociohistórica su sujetador de encaje, perfectamente visible, y sus pequeños pechos puntiagudos, casi visibles también. La verdad era que nunca había imaginado que vería mujeres semidesnudas en las reuniones del rector. Pensó en Frederica en plural, por más que era una sola, y recordó la análoga delgadez de Marcus. A despecho de esto, se dijo que los pechos de Frederica eran demasiado pequeños.

Wilkie alabó los Mondrian y los Rembrandt. Qué perfectamente proporcionados, dijo, qué conclusivos. ¿Querría el rector que lo entrevistaran en directo frente a ellos? Wijnnobel contestó que no le interesaba particularmente la entrevista. Quería permanecer entre bambalinas. Por lo que sabía, a Eichenbaum y Pinsky les agradaba la idea de que los entrevistaran, si bien Pinsky había estipulado que no fuera en conjunto con Eichenbaum y que no lo interrogaran sobre éste. Esperó con paciencia la insoslayable pregunta. Wilkie la hizo. El profesor Pinsky, explicó Wijnnobel, tiene ciertas reservas ante algunas opiniones del profesor Eichenbaum: viejas opiniones políticas, nada que ver con el ciclo de conferencias. Hodgkiss miró a Wilkie, a quien conocía bien, a la espera de que el lobo se arrojara sobre la presa. Sin mirar a Hodgkiss, Wilkie dijo con suavidad que estaba bien, que intentaría cumplir los deseos de todos y que lo alegraba tener la oportunidad de entrevistarlos. Hodgkiss se sintió incómodo. Gerard Wijnnobel pasó al siguiente punto. Explicó que la universidad se hallaba dispuesta a contribuir para que la grabación de los actos fuera lo más completa posible. Somos conscientes de que tenéis que seleccionar y desechar, dijo. Pero la televisión es el medio del futuro y, puesto que nos proponemos tratar el tema de la conjunción del cuerpo y la mente, será de gran provecho contar con

un registro visual del cuerpo de los conferenciantes, que, por decirlo así, es una expresión de la mente. Para nuestros archivos. Seremos pioneros en esto.

Wilkie, que, como todo director de televisión, ansiaba trabajar con un material rico y abundante, se mostró plenamente de acuerdo. Dijo que esperaba que su programa reflejara con fidelidad el propósito del encuentro, que él respetaba enteramente. Hodgkiss volvió a sentirse incómodo.

Luego pasaron a hablar del contenido de las diversas ponencias: ciencias puras, ciencias aplicadas, ciencias humanas, arte, humanidades, lenguas, matemáticas, filosofía e incluso deporte. Frederica miró hacia el jardín, algo distraída. La escultura de Barbara Hepworth enrollaba su voluta de masa, paradójicamente sin peso, alrededor del aire capturado y las cuerdas silenciosas. Un pensamiento trivial y estimulante cruzó por la mente de Frederica: he aquí a una mujer que de verdad ha hecho cosas. Con martillos, mazos y cinceles, pensó por un momento. Su atención se vio atraída otra vez —como estadísticamente se ha observado que ocurre— por la mención de una persona y un tema que conocía. Raphael Faber hablaría sobre las metáforas de Proust con respecto a la actividad de la mente. Wijnnobel lo anunció con entusiasmo, y Hodgkiss se permitió una leve sonrisa irónica. Dijo que no le cabía duda de que la ponencia sería un punto culminante entre otros puntos culminantes.

Frederica vio un anillo de montañas coronadas de nieve en un horizonte donde no había ninguna. Estaba leyéndole en voz alta a Leo *El señor de los anillos*, y los paisajes y batallas de Tolkien se habían apoderado de su mente. «Habrá concilios más fuertes que los hechizos de Morgul», había estado pensando toda la mañana, sin venir al caso. Su mente había devenido una confusa mezcla de pensamientos aislados. Recordó aúna Frederica mucho más joven, cuando había concebido la metáfora como un destello de ficción y conexión en un mundo de creencias religiosas, en una época en que la fuerza y la certeza de las creencias religiosas llegaban a su fin, según había creído, en los días de *El paraíso perdido*. Recordaba haber pedido —¿o rogado abyectamente?— elaborar una tesis sobre la metáfora religiosa con Raphael Faber, quien la había apartado con una pantalla de vidrio, una división: él era modernista y se

dedicaba a la literatura francesa. ¿Y por qué un experto en Mallarmé no podía entender *El paraíso perdido*?, pensó Frederica con irritación en medio de la bruma de sus recuerdos, y sonrió para sí misma. (La sonrisa fue observada y malinterpretada por Hodgkiss, que estaba imaginándose a Raphael desnudo y sonreía también para sí).

Frederica miró a los profesores reunidos y se extrañó de que su mente estuviera habituándose a moverse con tal seguridad y rapidez en lugares en que se discutían ideas que nada tenían que ver con lo que ella pensaba al respecto. Se imaginó en una biblioteca, con tiempo suficiente para profundizar en la naturaleza de la metáfora hasta entenderla —bueno, hasta que su comprensión fuera totalmente diferente de lo que era en esos momentos—, y se sintió abrumada por la tristeza. Había elegido mal. Se sentaba ociosamente, vestida como una lúcida metáfora, dentro de una caja de cristal cuya metáfora era obvia, como una sirena en un cosmorama, y hacía preguntas frívolamente superficiales con un ingenio frívolamente superficial. Se vio como una cachipolla volando sobre el agua, y cambió la metáfora a una de esas relucientes libélulas de color cobre que se mueven con gran rapidez. Miró a los profesores reunidos y vio, no las maniobras y tortuosidades inspiradas por los limitados celos territoriales y la desmedida ambición, como veía Hodgkiss, sino un angélico grupo de personas dedicadas al pensamiento; ocupados en mirar más allá de las cosas, se dijo Frederica, mientras miraba más allá del túnel de piedra de Hepworth.

De hecho Gerard Wijnnobel hablaba en esos momentos de las invisibles barreras artificiales existentes entre las disciplinas. Dijo que era natural que la mente las erigiera y trabajara dentro de ellas; eran formas —filosofía, bioquímica, gramática— a las que las Torres de la Universidad conferían una solidez metafórica. Pero tales formas no constituían más que andamios, y las torres no constituían sino atalayas, desde donde se podían ver otras formas que podían unirse a aquéllas. El mundo era infinitamente múltiple y sus elementos eran simples y podían verse desde infinitos puntos de vista, en infinitas combinaciones.

Frederica, que no prestaba total atención, aunque más tarde recordó cada palabra porque la mitad de su atención era suficiente

para impregnar su memoria, pensaba en John Ottokar y en la idea de éste de que ella debía trabajar allí, con esa gente, en esos temas…

Vincent Hodgkiss miró con afecto a Gerard Wijnnobel y vio en él al arquitecto de la Torre de Babel. Un arquitecto que, al contrario de lo que podía pensarse a primera vista, no buscaba el caos sino que perseguía un descubrimiento y una comunicación de enorme magnitud.

Su amor por el rector siempre había ido unido al ritmo de una poesía de Browning, «El funeral de un gramático», en el que un grupo de discípulos medievales lleva a su profesor, un hombre tedioso y obsesionado por los detalles, a su última morada, en la cima de una alta montaña. «Dejadlo que viva y muera / pues es más noble de lo que el mundo sospecha». Por lo regular se solía ver el poema como una cómica condena de una vida que se ha visto despojada de toda humanidad por la acción de obsesiones ridículas. Y lo era, pero a su vez no lo era, porque un sutil exceso tenía que ser delicadamente humano, y la gramática era esencialmente humana, pensó Hodgkiss. Se dijo que Wijnnobel no le agradecería que pensara en él en relación con elegías fúnebres, mientras él estaba concentrado en su trabajo.

En este punto de la conversación se hizo el silencio, cuando *lady* Wijnnobel cruzó por delante de la ventana, resuelta y con mirada colérica, acompañada por *Odín* y *Frigg*. Se detuvo por un momento y acercó la ancha cara al cristal para escudriñar hacia adentro. Llevaba un sombrero tricornio con un aire vagamente académico. Luego se dio media vuelta y atravesó el jardín con largos pasos, dejando tras de sí las huellas en el césped húmedo.

Una vez que desapareció al otro lado del seto, Elvet Gander comentó:

—Es muy diligente y muy apreciada en vuestra… entidad fantasma.

Wijnnobel no dijo nada. Wilkie le preguntó a Gander qué era lo que *lady* Wijnnobel enseñaba. Astrología, contestó Gander, y añadió que él mismo se había interesado recientemente en la astrología. Agregó que era una antigua forma de pensamiento —de experiencia — en la que habían vivido incontables generaciones.

Hodgkiss vio llegada su oportunidad y, como quien no quiere la

cosa, le preguntó a Gander si tenía alguna idea de cómo pensaba reaccionar la antiuniversidad al ciclo de conferencias. Gander respondió que suponía que muchos de ellos asistirían, si se les permitía. Con aire abstraído, dijo que no creía que fueran a causar problemas, si era eso lo que quería preguntarle. A su juicio, seguirían atareados con sus propios asuntos. Atareados. Hodgkiss pensó que Gander no tenía buen aspecto. Estaba más delgado y había envejecido. Y, de un modo u otro, parecía siempre distraído.

Después del café se quedaron charlando. Wilkie y Gander consideraron el misterio de los Mondrian, inflexiblemente reductores. Wilkie comentó que no entendía por qué los seres humanos se veían impelidos a reducir el mundo a elementos mínimos. Horizontales y verticales, partículas y píxeles: tal vez tuviera que ver con el modo en que trabajaba el cerebro. Quizás un Mondrian era un mapa del cerebro, del cerebro de Mondrian o de otro cualquiera. Gander miró a su alrededor, inquieto, y clavó los ojos en el astrólogo de Rembrandt. Dijo que cada vez se interesaba más en las formas de experiencia más básicas, más elementales. Probablemente la palabra «primitivo» carecía de sentido.

Freud empezó como neurólogo, dijo Gander. Trazó el mapa de su mente como una casa de tres pisos, con el ello desbocado en el sótano y el superyó mostrando su desaprobación desde el alero. En última instancia todo era personal. Cari Gustav era un viejo farsante, continuó Gander, pero los viejos farsantes conocen cosas —cosas sobre la conciencia general— a las que las personas quisquillosas que gustan usar de la ironía, como el absolutamente racional Sigmund, no prestan mucha atención. ¿Qué cosas?, preguntó Wilkie. Gander miró por encima de su cabeza con los ojos entrecerrados. Dioses y demonios, contestó. Fuerzas de la naturaleza. Cosas con las que uno se encuentra en los grandes sueños, no las molestas pequeñeces personales. Las cosas ocultas tras las formas que la gente idea ante el misterio, como la alquimia y la astrología. Esos chicos, dijo, señalando vagamente hacia los campamentos levantados más allá del jardín, más allá de la universidad, esos chicos de la contracultura están jugando con las cosas del espíritu como si fueran nubes de humo coloreado, o…

ídolos de paja o… jarros decorados con bonitos cangrejos, escorpiones, toros y carneros.

No tiene por qué haber nada malo en eso, dijo Wilkie.

Yo creo que sí lo hay, replicó Gander. Las ideas son más fuertes que los individuos, al igual que las formas de la vida espiritual. Producen cambios, atraen, moldean.

Lyon Bowman se acercó a ellos y dijo que esperaba que Wilkie grabara su ponencia sobre la comunicación química y eléctrica de las neuronas.

Sí, claro, dijo Wilkie, aunque quien ocupaba sus pensamientos era el psicoanalista. Acababa de ocurrírsele una idea muy interesante.

Frederica se sorprendió cuando el rector llamó su atención con un golpecito en el hombro. Quería mostrarle algo, dijo, con una sonrisa en su larga cara de pájaro.

—Es un nuevo proyecto —explicó, mientras la conducía fuera de su estudio y la llevaba hasta la antesala de la mansión de Long Royston, con su friso de músicos, en la que ahora había varias cajas de cristal separadas—. Estamos reuniendo una colección que muestre la historia de esta casa y la historia de la universidad. Como ve, la mayor parte del espacio disponible está aún vacío. Pero tengo algo aquí que tal vez le interese.

La caja contenía los dibujos de Alexander Wedderburn para los vestidos de la representación de *Astraea* en 1953. Contenía asimismo algunos de los trajes y fotografías de los actores y actrices. Había cintas y bordados, verdugados y gorgueras, una montaña de rizos rojizos, un collar de perlas de fantasía y esmalte falso. Allí estaba Marina Yeo, en una fotografía en blanco y negro, muriendo con aire regio sobre un cojín descomunal. Y la corona de alambre y vidrio, y los instrumentos musicales, rabel y laúd, flautas y tambores. Y Wilkie, haciendo de *sir* Walter Raleigh, mucho más delgado y con su habitual mirada inteligente y traviesa. Y Alexander, cogido de la mano de Frederica y de Marina Yeo, en una foto de conjunto del abigarrado elenco neoisabelino. Y su antigua profesora de teatro, Felicity Wells, que había muerto súbitamente durante un viaje de estudios, frente a los tapices de Bayeux,

mientras señalaba con un dedo la representación de la muerte de Harold, el último rey inglés. Marina Yeo no había muerto pero estaba inválida por la artritis, con las manos convertidas en garras y las piernas curvadas. La televisión la había salvado hasta cierto punto, pues interpretaba a mujeres detectives lúcidas y maliciosas en series de misterio, envuelta en gasas y manteniéndose erguida en una butaca.

Y allí estaba Frederica, corriendo con su holgado vestido más allá de la fuente del niño desnudo, con el pelirrojo cabello suelto y las delgadas piernas visibles a través de los tajos de la falda.

Se quedó mirando los vestidos vacíos y las caras sin vida en su espacio sin aire.

El tiempo no se había detenido allí, no.

Todas las fotografías eran en blanco y negro (y gris, claro).

Las sedas y satenes, el nailon y el rayón, se habían decolorado y estaban un tanto manchados, pero no demasiado.

Pasó sus manos reales sobre su llamativa falda real, y sintió el suelo bajo los pies.

—Es interesante, ¿no? —Comentó el rector—. ¿Por casualidad no conserva usted algún otro recuerdo?

Frederica dijo que creía que no. Desde luego no guardaba nada importante.

Emprendieron el regreso para reunirse con los otros en el estudio.

Wilkie le dijo que había tenido una idea brillante, que ya se la contaría más tarde.

«¿Quién puede decirme quién soy?».

22

Luk Lysgaard-Peacock fue en busca de John Ottokar. No tendría que haber sido necesario, pues aún estaban en horario de trabajo y debería haber estado junto a sus máquinas. Los problemas matemáticos de Luk seguían multiplicándose. Caminó por el campus, cada vez más vacío, donde aún continuaban alzando edificios, mientras preguntaba a la gente si habían visto a John Ottokar. Se encontró con él —o, más bien, con ellos— de improviso, en el hemiciclo de césped utilizado como anfiteatro, frente a la estatua de Henry Moore del rey y la reina.

Se hallaban sentados cara a cara, a horcajadas en un banco de piedra estratégicamente situado para quienes quisieran sentarse a contemplar las estatuas y los páramos que se extendían detrás. Ambos llevaban tejanos y un jersey con los colores del arco iris que más parecía un tabardo y que ya resultaba bastante llamativo usado individualmente, si bien en la última época John había dejado de usarlo. Estaban inclinados uno hacia el otro, al parecer discutiendo. El largo cabello al estilo paje les colgaba a cada lado de la cabeza, que sacudían hacia adelante y luego hacia los costados, en un gesto de énfasis o de negación. Los brazos se movían o gesticulaban en dirección contraria con total simetría, izquierdo y derecho, derecho e izquierdo. Como ya había hecho en otras ocasiones, Luk pensó si serían gemelos especulares. Nunca lo había preguntado pues le parecía una pregunta demasiado personal e inoportuna. Las rodillas de ambos se tocaban. Mirando hacia el rey y la reina, se le ocurrió que eran como esas figuras de dos cabezas de las barajas, el valet de corazones o de diamantes. No tenía ni idea de quién era quién. Se dijo que resultaba muy curioso que una realidad duplicada no pareciera ser más real que una singularidad, sino menos.

Cuando se acercó a ellos, los dos se callaron y volvieron hacia él dos rostros idénticos, con la misma mirada inquisitiva.

Supo cuál era cuál porque, cuando uno se echó atrás el pelo, vio que tenía las uñas de diversos colores, azul, negro, rosa, verde.

Dijo que tenía un nuevo problema, esta vez con las cifras.

—Nosotros también tenemos problemas —contestó
Paul-Zag
sonriendo dulcemente.

John continuaba mirándolo en silencio. Luk dijo sin rodeos que estaba totalmente desesperado.

—«Desesperado» es un término relativo —dijo
Paul-Zag
—. Hay desesperados y desesperados.

Luk ignoraba qué habría hecho si en ese momento no se hubiera presentado Frederica Potter, acompañada por su hijo, con aire decidido y ansioso. Paul-Zag se sentó sobre las manos. Los gemelos fijaron en los recién llegados dos miradas idénticas.

—Hola, John O. —dijo Leo, sin precisar a cuál de los dos se dirigía.

—Te estaba buscando —le dijo Frederica a John.

—Muy amable por tu parte no avisarme que venías —replicó John.

—Te avisé, en líneas generales. No sabía cuándo vendría exactamente. Ahora estoy aquí.

—Eso veo.

Los hermanos ocupaban todo el banco de piedra, de manera que los otros no tenían más remedio que permanecer de pie. Esforzándose por ser cortés, Frederica le preguntó a Paul cómo iba la comunidad.

—Han pasado grandes cosas —dijo Paul—. Estamos construyendo un recinto vallado. Estamos cercando todo el terreno. Nos convertiremos en una orden de clausura.

—¿De clausura?

—Nadie podrá salir ni entrar —repuso Paul—. Aún no somos demasiado buenos cultivando, pero lo solucionaremos.

—¿Y dónde… por dónde pasará esa valla? —preguntó Luk.

—Alrededor de todas las tierras. Para protegerla de la explotación y la destrucción. Para preservarla.

¿Todas las tierras?, repitió Luk, que había estado en lo alto de los páramos y había visto a la distancia un grupo de excavadores y una pequeña camioneta blanca llena de tablones.

Sí, todas, dijo Paul-Zag. Añadió que trabajar tan duro era bueno para el cuerpo y el alma. Así que todos tendremos que escoger, dijo volviéndose hacia John.

—Tú entras y sales —intervino Frederica—-. Vienes aquí a tocar tu música. En esa tienda de la antiuniversidad. Me lo ha contado Will, que ha venido a oírte. Dice que eres fabuloso.

Paul-Zag se balanceó adelante y atrás en el banco. Eso llegará a su fin, dijo, todo llegará a su fin. Neciamente añadió que era el nacimiento de la tragedia a partir del espíritu de la música, y guiñó un ojo a Frederica, que sintió como si le hubiera escupido.

Por el camino de grava que discurría más abajo se acercaba la camioneta blanca que Luk había visto en los páramos. La conducía Elvet Gander, que aparcó y se dirigió al hemiciclo del rey y la reina. Saludó a Frederica, hizo un gesto de reconocimiento a Luk, palmeó a Leo en la cabeza y le dijo a Paul que se alegraba de encontrarlo allí y que lo llevaría de vuelta a Dun Vale. Paul se puso de pie, con la mirada baja y los brazos colgando. John pasó la pierna por encima del banco, de modo que quedó sentado muy tieso de cara a los otros, casi en una imitación de la postura de las figuras de bronce.

—¿Quieres venir? —le preguntó Gander.

John no contestó.

—¿Todavía no? —Dijo afablemente Gander, que se volvió hacia Paul—. Todavía no.

Luk se dirigió a Gander.

—Me han dicho que están cercando las tierras.

—Así parece. Una realidad simbólica de cierta importancia. Un espacio para la contemplación, para la concentración.

—Un campo de concentración.

Gander hizo un gesto de rechazo.

—Eso no es digno de usted, señor Peacock. Un mal chiste. Tenga cuidado con lo que dice, puede lastimar a alguien.

Condujo a Paul hasta la camioneta y allí se volvió para agitar la

mano amistosamente a John y los otros, cosa que Paul no hizo. La camioneta emitía curiosos destellos mientras se alejaba, como si estuviera llena de espejos apilados y la luz se reflejara en su superficie.

Luk,—preocupado ahora tanto por su población de caracoles como por sus cifras, se dispuso a volver a la carga con John Ottokar.

—Bueno, ¿y? —Le dijo éste a Frederica—. ¿Qué opinas? ¿Tengo que ir?

—No seas tonto. No tienes que hacerlo. Todo eso es un disparate. Un disparate cada vez mayor que da miedo. Lo sabes bien.

—Así que lo sé. Y tú me conoces bien, ¿no? Piensas que puedes borrar de un plumazo al dios con el que crecí, sólo porque para ti es un disparate, ¿no?

—John… —empezó Frederica.

—Mejor será que me ocupe del asunto de Luk —la interrumpió él, cogiendo de manos de Luk la carpeta con las cifras. Éste abrió la boca para explicar su problema, pero John se alejó a grandes zancadas sin esperar a oírlo.

Frederica y Luk se sentaron en el banco, cerca de las estatuas. Frederica tenía ganas de llorar o de gritar, pero no quería hacerlo frente a Lysgaard-Peacock, que la había desairado en su último encuentro.

—Es un completo disparate —dijo con voz apagada.

—Por supuesto que lo es. Pero, al parecer, no para él.

—No entiendo cómo alguien puede creer… cómo puede creer seriamente…

—Yo sí lo entiendo. Yo también creía, antes. Ahora no. Para mí era evidente que allí estaba… Dios —añadió con cierto embarazo—. Y ahora me resulta evidente que no está o, al menos, que no hay nada que podamos conocer o de lo que debamos preocuparnos.

Se quedaron sentados lado a lado en silencio por irnos momentos. Leo se había alejado para ir a inspeccionar las estatuas.

—Me comporté mal. Como de costumbre —dijo Frederica.

—No, no especialmente. Él estaba de mal humor. Lo he estado acosando con mis cifras.

Otra vez se hizo el silencio, pero ya no era incómodo. Al fin

habló Luk.

—Si ponen esa maldita valla alrededor de mi población de caracoles…

—Seguramente no lo harán. Seguramente te permitirán entrar.

—¿Por qué? ¿Por qué habrían de hacerlo?

Frederica no contestó.

—No ha de ser fácil eso de que sean dos —dijo Luk.

—No, no lo es. —Frederica meditó un momento y añadió—: Es horrible. Estaba tan decidida a no ceder, a no dejar que ellos… que esto me hundiera…

—Cuesta ver cómo podría cambiar la situación —dijo Luk, con la oscura satisfacción de quien ve que su propia vida va mal—. Aunque si uno de ellos se concentrara en un área, éste…

—Vino aquí para alejarse de él. Y ahora él ha vuelto.

—Es muy bueno en su trabajo —dijo Luk—. Indispensable. Estoy escribiendo mi ensayo para la conferencia y tengo problemas con las matemáticas. Me está ayudando muchísimo.

—Es muy bueno —corroboró Frederica. Pensó que ya era hora de dejar de hablar de sus problemas personales, y preguntó cómo estaba Jacqueline.

—Por lo que sé, perfectamente.

Esas palabras, «por lo que sé», dejaban entrever mucho. Frederica hizo un rápido gesto de asentimiento y preguntó cuál era el tema del ensayo de Luk.

—Las desventajas del sexo en la adaptación darwiniana. El costo de la meiosis, si eso significa algo para ti: la división de las células fertilizadas para formar el cigoto. Requiere una enorme cantidad de energía comparado con otros métodos.

—¿Otros métodos?

—La partenogénesis. Los clones. La reproducción por vástagos.

—Entiendo. Bueno, no demasiado, pero me parece interesante. Iré a oírte.

—Los gemelos, por supuesto, son una especie de clones. En algunos casos. O uno puede ser un vástago del otro, según se cree. A él no le gusta mi investigación. No le gusta la idea… desde el punto de vista religioso… de que lo que llamamos altruismo sea una especie de mecanismo que busca la autopropagación.

Una fugaz sonrisa iluminó por un instante el rostro concentrado

de Luk, mientras pensaba en los satisfactorios resultados que estaba obteniendo con sus pruebas y argumentos, por muy difícil que ello hubiera revelado ser.

—De lo que se trata —agregó— es de hacer las cosas lo mejor posible. De describir el mundo tal como es.

—Sí, claro —dijo Frederica y, tras una pequeña pausa, agregó—: No sé si ir a buscarlo o no.

—Depende de lo que quieras.

Frederica meditó un momento.

—Tengo que resolver esto.

—Deja que eche una mirada a mis cifras, primero —dijo Luk Lysgaard-Peacock.

Hombres, pensó Frederica, justo cuando volvía Leo y le echaba los brazos al cuello, ni un vástago ni un clon, sino él mismo. Aspiró el olor a heno de su pelo. Luk Lysgaard-Peacock le hizo lugar en el banco, se puso de pie y se dispuso a marcharse.

—Hasta pronto —dijo.

—Hasta pronto —contestó Frederica.

Will y Leo fueron al Refugio de Enseñanza. Leo frunció la nariz ante el intenso olor a cloaca y a incienso. Will se había convertido en un adolescente reservado y solitario, moreno como su padre, aunque de constitución más delgada, con los ojos oscuros de su padre y la delicada boca de su madre, lo que, a su edad, le daba a veces un aspecto hosco. Parecía agradarle Leo y le gustaba llevarlo con él, pese a los cinco años de diferencia entre ambos.

—Ya vas a ver qué alucinante es esta música. Si es que está tocando él. Va y viene.

—Genial —dijo Leo con afabilidad pero sin mucho entusiasmo.

Como su madre, era insensible a los encantos de la música. Mientras avanzaban por los caminos de tierra entre los puestos, le explicaba a Will que, desde que tenía una nueva familia, ya casi no la veía. Dijo que sus hermanastros eran más pequeños que él y que, cuando iba a visitar a su padre, no podía montar. *Sooty* había muerto y sus nuevos hermanos, Robin y Emma, tenían unos ponis demasiado pequeños para alguien de su tamaño. Se llamaban *Shellover* y *Petit Gris*, pero les decían *Shelly* y *Petty*. Quedaría

ridículo si montara en ellos, dijo Leo, así que no lo hago. Ni aunque me lo pidan, cosa que en realidad no hacen. Qué lástima, dijo Will, que escuchaba con atención los sonidos que le llegaban. Está aquí, afirmó. Ya verás cómo alucinas. Leo le preguntó si no sentía un olor extraño. Por supuesto, dijo Will, pero ya te acostumbrarás.

Cuando entraron en la zona reservada a la música, Leo se sorprendió al descubrir que el cantante era el perturbador hermano de John O., aunque enseguida se dio cuenta de que armonizaba con el olor. Estaba sentado en un taburete alto de tres patas, inclinado sobre su guitarra, de la que pendían cintas de color carmesí, oro y plata. Llevaba su justillo de bufón y tenía las uñas pintadas alternadamente de negro con espirales blancas y de blanco con espirales negras, y sombra brillante en los párpados. El heterogéneo público parecía extasiado. Unos pocos *hippies*, un buen número de chicos y chicas más o menos de la edad de Will, y otros más que debían de ser estudiantes de la universidad, todos sentados al estilo oriental sobre una profusión de cojines. El ambiente estaba bastante oscuro. Era un día nublado, y por el techo de lona sólo entraba una pálida luz rojiza. Leo abrió la boca para decir que ése no era más que Paul O., pero Will lo acalló con un gesto y lo hizo sentar entre el público. Leo prestó atención a los sonidos de la guitarra. No había micrófono. Simplemente una música suave y, luego, la clara voz que cantaba.

Leo pensó que si Tolkien hubiera descrito esa música habría dicho que era como las infinitas ondas de un arroyo, con rápidos y remolinos. Entre los oyentes había unos cuantos al estilo de Tolkien, con cintas que les ceñían la frente y esas camisas transparentes, largas y acampanadas. A Leo no le agradaba verlos. Parecían artificiales e irreales, y en cierta forma menguaban la resplandeciente realidad del mundo de Tolkien que bullía en su cabeza. Sentía a Will a su lado, acomodado en los cojines, y echó una mirada a su rostro. Sonreía vaga y dulcemente.

La canción no tenía nada de vago ni de dulce, aunque vibraba y oscilaba de continuo.

Oh, el uno y los muchos, los muchos y el uno,

el fuego en la llama, el cristal en el cono,
el cerebro en el cráneo y la roja fibra en el hueso,
el aire que pasa y la sombra en el sol.

Láminas de fuego en el pedernal, láminas de hielo en la luna,
láminas de verdor en la hoja, somos muchos somos uno
somos uno somos muchos, láminas de ceniza en tu manga.
Comidos, enteros, volvemos, permanecemos, partimos.

Una burbuja en el océano, una flor en el telar,
un gusano entre la marga, una margarita en la penumbra,
somos uno somos muchos, somos muchos somos uno
devanamos el hilo, lo cortamos cuando está acabado.

Soy dios soy lombriz soy juglar soy cuerda
soy mente soy materia soy movimiento soy objeto
soy rifle soy bala soy muchos soy uno
puedo matarte y devolverte la vida soy dios cuando te vas.

Oh, la fiesta y la lumbre, la cabra y la piel
oh, los cuernos y los nudillos, la danza y el estrépito
oh, el uno y los muchos, los muchos y el

uno
oh, la danza y el sueño, hasta el fin de la fiesta.
Hasta que nos consumimos, y acaban la fiesta y el fuego.

Abrásame abrásame, hazme fuego hazme luz,
devora mi cráneo y mi corazón, devora mis huesos tan blancos.
Somos uno somos muchos, somos muchos somos uno.
Somos dios, somos linfa, somos dios, ya no estamos.

Leo miraba el rostro de
Paul-Zag,
con su pelo ondulante en el humo del incienso. Se dio cuenta de que no quería que Paul advirtiera su presencia, ni quería estar allí. Así que se apartó sigilosamente de Will, que agitaba la cabeza con los ojos cerrados, al compás de la música, y gateó hasta la salida del puesto. Respiró hondo, tratando de hacer caso omiso del hedor, y entonces se dijo que, en realidad, no era peor que el olor del establo de *Sooty* cuando éste acababa de mear en la paja. No tenía a nadie con quien hablar sobre la pérdida de *Sooty*. Deambuló por un camino lateral de la tienda y fue a parar a la puerta de Mamá Gansa, donde Deborah Ritter leía en voz alta ante un grupo de niños más bien reducido. Pensó que era demasiado mayor para tales relatos colectivos, que le recordaban a la escuela… Y no le gustaban mucho los girasoles de papel ni las coles de cartón. Pero en ese momento oyó una frase que conocía y retrocedió para escuchar.

—A pesar de lo que pueda parecer —le dijo la silbadora a Dracosílex—, tenemos cosas en común.

Artegall pensó que no podía haber dos criaturas más diferentes que la alta mujer pájaro, con su largo cuello y sus

suavecísimas plumas, y el lagarto de sílex, que casi no movía más que sus dorados ojos, semejantes a rendijas de luz en medio del hollín. El viento encrespaba el plumaje de la silbadora, lo que le confería un aspecto tan ligero que parecía que la brisa la impulsaría como a una nube y que acabaría desvaneciéndose en una corriente de aire. Dracosílex, en cambio, era achaparrado y compacto; hasta sus fuertes garras eran apenas visibles en el cuerpo de piedra, a menos que necesitara moverse. A lo largo del negro lomo relampagueaban sin cesar hilos de fuego.

—Ninguno de los dos es ni una cosa ni otra —añadió la silbadora con aire melancólico.

Las silbadoras tenían diversos estados de ánimo, de los que la melancolía era sólo uno más. Podían gritar de júbilo en el viento, podían refunfuñar, podían cantar en armonía. Dracosílex murmuraba para sí mismo en voz baja. Él no tenía más que dos estados de ánimo. Impasibilidad, rayana en la total inmovilidad, e incandescencia, que llenaba de terror a todo el mundo. Por el momento, estaba impasible.

—Nosotras no somos ni pájaros ni mujeres —prosiguió la silbadora—. Y tú no eres ni reptil ni piedra. Lo que corre por tus venas no es sangre sino luz de piedra, y lo que corre por las nuestras no es bondad humana, pues son venas de brujería llenas de cielo y aire. No podemos tener pareja, pues deberíamos elegir entre hombres y pájaros, y no queremos renunciar a nuestras plumas.

En cuanto a él, dijo Dracosílex, él y sus semejantes aparecían cuando en el sílice se formaban cierto tipo de nudos. Éstos se transformaban en huevos, y así nacían. En cada cadena de montañas nunca hay más de uno de nosotros, concluyó.

Leo escuchaba, de pie junto a la puerta. Cuando cerró el libro, Deborah Ritter le sonrió amigablemente y le preguntó si le había agradado la historia.

—¡Sí, claro! Es mi historia.

—¿Qué quieres decir con que es tu historia?

—Te lo mostraré —dijo Leo, que abrió la portezuela y entró—.

Está dedicado a mí. Para Leo y Saskia, dice. Es una historia que nos contaron a nosotros.

—¡Qué bien! —dijo Deborah Ritter con cortesía—. Entonces ¿conoces a la autora de este libro? Debe de tener un montón de dinero.

—Qué va —contestó Leo—. Vivimos en un lugar humilde, es decir, normal. No somos una familia de verdad, pero es como si lo fuéramos. Somos dos mujeres y dos niños, y fuimos los primeros en oír la historiase sentía feliz, hablando ante el grupo de niños sobre la vida en Hamelin Square, con algo de la arrogancia de su madre, cuando Will se reunió con él y se lo llevó de allí. Will estaba molesto. Y un tanto enfadado porque su sentido de responsabilidad lo había hecho dejar el concierto. Caminaron de regreso a la casa en completo silencio.

Gerard Wijnnobel miró a su esposa, sentada a la mesa de desayuno frente a él. Comía con avidez, grandes bocados de huevos revueltos, voraces mordiscos a una tostada rebosante de mantequilla.

—Eva, he tratado de no restringir tu libertad ni controlar tus acciones en modo alguno. Supongo que esto lo reconoces.

Lady Wijnnobel sonrió sin dejar de masticar.

—Escúchame, por favor. Te pido que no lo hagas.

Ella tragó y sonrió otra vez.

—No puedes impedírmelo.

—No —repuso Wijnnobel pacientemente—. No puedo. Pero nunca antes te he pedido ninguna concesión, ninguna consideración. Piensa, por favor, lo que está en juego. Con el ciclo de conferencias tan próximo. Y la situación de los estudiantes, que puede estallar en cualquier momento.

—Toda mi vida ha estado subordinada a tus caprichos y tu importancia. Ahora me piden que hable por mí misma. Y tú tratas de impedírmelo. Típico de ti.

No es así, le dijo él en su mente. No es enteramente así.

—La libertad de expresión —dijo su mujer, con la boca llena de tostada—. Tú crees en la libertad de expresión.

—Sí, por supuesto.

—Y me piden que hable… por televisión, en persona… sobre lo

que creo. Y tratas de impedírmelo.

—Es un mal momento.

—Lo que quieres decir es que no te gusta lo que digo. Pero no puedes evitar que lo diga, Gerard, a menos que me lo impidas físicamente.

Wijnnobel bajó la vista a la mesa y vio su rostro tenso reflejado en la madera pulida.

Comprendió que, puesto que ella se negaba a escucharlo, sus palabras habían empeorado las cosas. Dios sabía, pensó, lo que podía llegar a hacer si, por ejemplo, apelaba a Edmund Wilkie a espaldas de ella; el cual, dicho sea de paso, bien podría haberse dado cuenta de todo ese asunto, de sus propios problemas, antes de hacer esa absurda y peligrosa propuesta.

Como de costumbre, Eva pareció leerle la mente.

—El joven ese vino a oír una de mis charlas semanales —dijo—. Para evaluarme, sin duda, para evaluar mí presencia de ánimo y demás. Dijo que había quedado muy impresionado, y que hay muchísimo interés por la astrología, en estos días.

—Es verdad —dijo Wijnnobel con sinceridad.

—Bueno, pues entonces es natural que me busquen —repuso su esposa—. Y es natural que yo acepte. Por favor, no le des más vueltas.

Gerard Wijnnobel bajó la cabeza con desaliento, dándose por vencido.

De pie en la puerta de su habitación universitaria, John Ottokar intentaba impedir que Frederica se marchase. No habían hecho el amor. Frederica no se había sentido con fuerzas para desnudarse delante de ese hombre que conocía cada centímetro de su piel, por fuera y por dentro. Quería estar sola. Quería marcharse. No podía pensar. Pero John pensaba y hablaba, como si ella fuera capaz de oírlo. Su voz resonaba en la cabeza de Frederica como agua que fluyera en el fondo de una profunda sima, apenas audible. Él dijo que, si había acudido a sus clases todos esos años, era para aprender cómo hablar, y ahora estaba hablando y ella tenía que escucharlo. Tenía que ayudarlo, tenía que salvarlo de acabar desgarrado y destrozado. Antes de que ella le enseñara a hablar no contaba más

que con las matemáticas y sus murmullos, los murmullos que compartía con «él» y que ningún otro entendía. Salvo Dios, quizá, y a Frederica no le gustaba Dios. Había ansiado ser… un individuo —le costaba encontrar las palabras— en un mundo normal, y ella era el medio y no podía dejarlo ir. Había intentado mantener su… su estabilidad mediante el trabajo, pero el trabajo estaba lleno de cosas horribles y dañinas para el espíritu. Trabajo para probar que el individuo no es nada, dijo John Ottokar con elocuencia. Frederica aguardaba, de pie junto a la puerta. Quiero que te cases conmigo, prosiguió John Ottokar, y formaremos un buen hogar para Leo, y tú puedes hacer lo que quieras, cualquier cosa que quieras.

Frederica se había sentido atraída por su gracia y su seguridad, y ahora ambas habían desaparecido. Sentía el terrible peso de la responsabilidad y una urgencia aún más violenta por escapar, por irse, por alejarse. El instinto la había metido en aquello, y era el instinto el que tiraba de ella para sacarla de allí; la razón y la compasión no contaban para nada. Esperó a que él terminara de hablar, cosa que le llevó bastante tiempo pues se había hecho diestro con las palabras y parecía creer que estaba suplicando por su vida.

Entonces ella dijo que tenía que irse.

John Ottokar le dijo que era una zorra.

Frederica dijo que era verdad, que lo era, lo era.

Déjame ir, pidió.

Él bajó la cabeza, derrotado, y ella se marchó. Al día siguiente volvía a Londres.

Tendida en la cama lloró durante lo que le parecieron horas, con una almohada sobre la cabeza en consideración a Leo, que dormía en el cuarto contiguo y no tenía por qué oír una pena que no era suya.

Cuando al fin se quedó dormida, soñó que corría entre los árboles, desnuda bajo un vestido hecho trizas. Alguien la perseguía, la estaba alcanzando, la aferró por detrás y la alzó en el aire, y una polla anónima se introdujo entre sus piernas inmovilizadas. Alguien

le acariciaba el cabello, y ella se retorció para ver quién era, pues odiaba hacer el amor en sueños; se debatió contra el asalto y contra la involuntaria rendición. Se sintió levantada más alto, ridículamente alto, siempre con esa cosa rígida entre las piernas. Vio una cara entre el dosel de hojas, y por un momento recordó el encuentro de Alicia con la enfurecida paloma. La cara era la de Luk Lysgaard-Peacock y estaba riendo.

Sólo en el salón, el rector miraba *A través del espejo*. Las cortinas se hallaban descorridas y las estrellas salpicaban un cielo claro, con algunas nubes tenues aquí y allá y el titilar de las luces humanas dispuestas en línea. El estudio de «Alicia en una caja de espejos» estaba decorado con las evanescentes sonrisas del gato de Cheshire, entremezcladas con espinas de pescado y estrellas. Frederica vestía toda de negro, con un collar de cuentas de vidrio verdes. Sentado a su derecha, todo de blanco, Gander transpiraba bajo el calor de las luces. Eva se encontraba a su izquierda, ataviada con un vestido de terciopelo púrpura con cuello barco, y un pesado collar dorado con piedras incrustadas que sin duda debía de tener algún significado simbólico. Le habían alisado la espesa cabellera negra y la habían fijado con un baño de laca, como una capa de merengue sobre el negro carbonilla.

Wijnnobel se dio cuenta al instante de que estaba muy nerviosa. Le temblaban las aletas de la nariz, respiraba con esfuerzo y se llevaba nerviosamente a los labios rojísimos un pañuelo de papel. En la frente fruncida brillaban gotas de sudor. En lo único en que él no había pensado era en si la experiencia la atemorizaría o la haría enfermar otra vez. Se sintió irritado consigo mismo: sólo le había preocupado lo que ella diría y cómo lo diría.

Observó a Frederica Potter, que a esas alturas ya tenía que ser experta en detectar estados de nerviosismo. Pero la mujer se enfrascó en una serie de preguntas triviales. La astrología era algo más que las simples predicciones que salían en los periódicos, ¿no es así? La astrología siempre había existido y había servido para explicar historia y la psique humana y los movimientos de los cuerpos celestes, ¿no es verdad? Eva empezó con sus airadas e importunas declaraciones, un tanto amenazadoras. Como un toro,

pensó él, no, una vaca, abalanzándose hacia una ondulante capa rosa de seda. La mujer se fue sintiendo mejor a medida que hablaba, como era de esperar. Dijo que la luna atraía los mares, por poco comprensible que esto fuera para el sentido común, y que las pequeñas vidas humanas formaban parte de grandes movimientos cósmicos. Y, a través de las edades, las personas… algunas personas habían aprendido a interpretar hábilmente estos movimientos y conexiones. La astronomía, acotó Gander, nació de la astrología, y la química nació de la alquimia, y había dos maneras de considerar las cosas antiguas, una de las cuales era entender que eran profundamente humanas, profundamente humanas, que no contenían sólo errores sino claves de nuestra propia naturaleza, al igual que nuestros genes y cromosomas. Y al igual que los sueños. Todo tenía sus limitaciones, y su poder.

Hablaron sobre John Dee[21], que era la personalidad de esa noche, sobre sus conocimientos ocultos y lo que éstos habían significado para él. Hablaron sobre el hecho de que muchas culturas y comunidades contemporáneas aún tenían por costumbre consultar con un astrólogo antes de emprender cualquier cosa. Gander dijo que el movimiento contracultural era consciente de las viejas formas espirituales y que estaba profundamente implicado en la renovación de éstas, en su nueva «revolución» en la Luz, por decirlo así…

Examinaron el objeto, que era un globo celeste del Renacimiento donde se veían las criaturas esparcidas en la oscuridad, el cangrejo y el escorpión, el toro y el carnero, la cabra y los peces. Frederica dijo que, cuando era niña, pensaba que todo eso era como el contenido de las poesías, algo artificial, algo que no existía y que sin embargo existía porque así se decía. Su mente no se dejaba convencer por el globo celeste, dijo, porque no era algo real; lo que había fuera era infinito, y eso no era más que una piel esférica imaginaria, a diferencia del globo terrestre.

Lady Wijnnobel mostró los dientes en una sonrisa que distaba de ser apaciguadora y dijo que Frederica debía de haber sido… debía de ser una niña muy necia, ya que estas formas eran una verdad poética pero también constituían una verdad que todas esas moléculas y cosas —hizo un gesto despectivo con el brazo que sacudió el marco del estudio— eran incapaces de expresar. Su voz

se volvió clara y penetrante. Habló de cómo el Creador había querido hacer un mundo en que todas las criaturas dotadas de alma estuvieran ligadas del modo más profundo a cada área concebible de la naturaleza. Cada criatura tenía una forma propia, pinzas o cuernos, aletas o tentáculos, que la conectaba con un punto en particular del universo entero. Los antiguos mitos daban cuenta de ello. El hombre moderno diseccionaba todo con sus sentidos y se había vuelto ignorante.

—El instinto es una guía más profunda y más sabia para acceder a la totalidad de la naturaleza, a la sabiduría última, que la comprensión humana corriente. Sí, es cierto que los seres humanos volamos, viajamos por el agua, pero de una forma antinatural, con torpeza, ¿y a qué costo para la tierra, el agua, el aire? Pues bien, los signos son las formas que nos conducen hacia atrás…

La cámara enfocó su ancha cara, llena de tensión y ansiedad. Gerard Wijnnobel se puso de pie, como si abrazando la caja de cristal, o rompiéndola, pudiera detener el flujo de palabras de su mujer. Frederica comentó con tono ligero:

—Bueno, los que pertenecemos a un signo «humano» no lo tenemos fácil. Si uno quiere comprar un jarro de loza o un tapete o cualquier cosa así con su propio signo, conseguirá una forma bonita si es un cangrejo, o un escorpión o los peces, y por lo general tampoco están mal las cabras, los carneros y los toros. Incluso Sagitario está bien. Pero la virgen y los gemelos siempre tienen un aire afectado y sentimental. Se parecen a la Blancanieves de Disney o a esas horribles figurillas de masa de la Virgen María, con su dulce carita de muñeca. Lo sé porque soy la virgen.

La cámara se había apartado de Eva, cuyas largas frases reptaban como malas hierbas submarinas entre las fuentes de la espuma de Frederica. La sonriente cara de Frederica se volvió hacia el rector, moderna, trivial, tranquilizadora.

Lady Wijnnobel no pudo resistirse a formular la pregunta ineludible:

—Es usted de Virgo, ¿no es así?

—¿Eso la sorprende?

—En absoluto. Ya sabía que era de Virgo.

—¿Y cómo es el carácter de Virgo?

—Encerrado en sí mismo. Se concentra en el interior y se cierra

al mundo externo. Es inocente y carece de sabiduría oculta. Por lo general paga un precio por entregarse a sus ensoñaciones.

Gander intervino para retar a Eva a que determinara su posición en el Zodíaco. Acertadamente —según él—, lo catalogó como Sagitario, caballo de guerra y arquero, animal y semidiós, dos seres en uno. *Lady* Wijnnobel tenía los dientes manchados con lápiz de labios. La conversación derivó por el cauce de muchas, muchísimas conversaciones humanas previas, hasta que se le puso fin debidamente.

El rector se dijo con animación que podría haber sido mucho peor, después de todo. Mejor era que no calculara cuántos millones de personas la habían visto. Por supuesto, era posible —e incluso probable— que lo que su mujer había dicho tuviera más sentido para ellos que cualquier cosa que él pudiera decir sobre los algoritmos de la gramática universal. Recordó con el placer habitual el ejemplo de Noam Chomsky de una frase completamente gramatical y completamente carente de sentido: «Ideas verdes incoloras duermen furiosamente». Siempre la asociaba con la metáfora de *sir* Charles Sherrington sobre el pensamiento, más florida y ésta sí con sentido: «El cerebro es un telar mágico donde millones de centelleantes lanzaderas entretejen una evanescente estructura». Decidió incluir ambas en los comentarios con que daría inicio al ciclo de conferencias. La poesía se desprendía de todo, como las chispas de un pedernal. Las formas de la astrología no eran exclusivas de unos pocos: eran invenciones gastadas y manoseadas. Sonrió ante el despliegue de superficialidad de Frederica Potter y la profusión de jarros con remilgadas vírgenes. Oh, sí, y también ante su yuxtaposición con los dientes de gato, las espinas de pescado, las estrellas y —mucho se temía— los dientes de su esposa y los bordes serrados de eso que llevaba por collar. En una caja de cristal. Una nueva metáfora.

Entretanto, y gracias a que su mujer se encontraba en Londres y no a su lado, podía sentarse a leer. Cogió el libro que estaba leyendo. Como le había ocurrido a todo el mundo, era todo un descubrimiento.

—El hecho de que esté escrito en los libros no significa forzosamente que no sea real —dijo Artegall—. Los libros dan cuenta de cada mínimo detalle, cómo reposa una piedra, cómo se quiebra una rama. Describen cómo se ve alterada la arena, cómo difieren las huellas de pisadas rápidas y profundas y las de unos pasos ligeros y elásticos.

—Pero no sirven para los olores —replicó Mark—. No se puede describir un olor de tal modo que cualquiera sea capaz de reconocerlo aun sin haberlo olido antes.

—Te sorprenderías si vieras la larga lista que dan de mieles semejantes, unas que huelen a vino, otras a rosas, o a brezos, o a prímulas… Y listas de pescados pasados y cuáles pueden comerse igualmente y cuáles no…

—Pero primero hay que conocer lo que es una rosa o un pescado pasado.

—De eso se trata —dijo Artegall—. En la escuela no se enseña ni una cosa ni la otra. Sólo palabras. Me gustan las palabras. Pero fuera hay cosas reales, y desde luego que son diferentes; aun así, tienes que reconocer que en algunas ocasiones las palabras nos han sido de ayuda.

Mark tuvo que admitir a regañadientes que los conocimientos de Artegall sobre rastreo y pesca les habían resultado enormemente útiles.

El rector prosiguió con su lectura. Era una buena historia. Percibía todo lo que se cernía en el mundo exterior. Siguió leyendo.

23

El ciclo de conferencias comenzó sin ningún tipo de problemas el 15 de junio. Gerard Wijnnobel dio la bienvenida a los visitantes en el teatro de la universidad, situado en la Torre Central, y pronunció unas pocas palabras sobre el concepto de universidad. Luego se celebró una recepción en la gran mansión de Long Royston, donde la gente de la televisión se mezcló con los catedráticos reunidos. Los estudiantes habían acabado sus exámenes. Algunos habían vuelto al hogar y otros asistirían a las conferencias. Los catedráticos miraban con benevolencia al reducido grupo de estudiantes encabezados por Nick Tewfell, que portaban pancartas contra la injusta tiranía de los exámenes. Dentro había canapés bastante apetitosos, vino tinto y blanco, y un refrescante cóctel de frutas. Hodder Pinsky y Theobald Eichenbaum se encontraban presentes, pero no se dirigían la palabra. Frederica se sintió complacida de que Pinsky la reconociera. Éste estaba de pie junto a una columna, bajo el friso de los músicos, y él mismo parecía una columna resplandeciente, con su cabeza rubia, las gafas azules, la camisa azul pálido, y chaqueta y pantalón de lino crudo.

Wilkie le señaló a Eichenbaum. Era bajo y ancho y parecía estar muy cerca del suelo, plantado en sus gruesas piernas. No era gordo sino de complexión fuerte y musculosa. Tenía la piel arrugada y bronceada por el sol, sin duda porque la mayor parte de su trabajo la realizaba al aire libre. Llevaba unas gafas gruesas que le daban un aire de búho, y su espesa cabellera blanca formaba una unidad con la barba en forma de abanico, también blanca, que rodeaba la boca de labios carnosos. Era una leyenda ambulante. Sus investigaciones sobre manadas de lobos, perros domésticos, zorros y chacales habían dado como fruto una serie de descripciones ya

clásicas de la conducta de las bestias en estado salvaje y sometidas a domesticación. También había investigado los patrones de aprendizaje de generaciones de aves domésticas y codornices silvestres, así como su conducta parental y sexual, sus rituales de apareamiento y sus actividades de sustitución. Vivía junto a un lago, en un bosque de Alemania, y tenía una famosa cabaña de madera adónde se retiraba a meditar, rodeado por animales que lo consideraban una especie de venado, de ganso, de zorro, de conejo, de cuervo, de pollo o de dios de los bosques. Continuamente ideaba modos de estudiar un patrón de conducta, pero no se preocupaba por los experimentos científicamente controlados. No se había casado y, según se decía, guardaba las distancias con sus ayudantes.

Se lo criticaba cada vez con mayor frecuencia por sostener que los seres humanos, como las restantes criaturas, estaban llenos de una energía que él denominaba *aggression*, agresividad, en inglés y, como Lorenz, *sogennante Bóse*, supuesta maldad, en alemán. Al parecer, creía que esta fuerza era la propia naturaleza y que no se podía suprimir sin dañar a los animales, incluido el animal humano. No prestaba ninguna atención a quienes defendían la bondad universal o la posibilidad de enseñar a los leones a yacer junto a los corderos (a no ser que fuera un león desnaturalizado). Y prefería la naturaleza a la influencia del ambiente; como explicación y, por lo que se decía, como estado. Había fotografías suyas tomadas desde lejos en las que se lo veía paseando desnudo entre sus árboles y matorrales, con la bronceada piel en completa armonía con la corteza, y su mata de pelo reluciente. A los niños les relataban historias del hombre que hablaba con los animales. Los científicos sociales relataban otras historias, de intolerancia y falta de comprensión de la sociedad o comunidad humana.

Frederica vio a Luk Lysgaard-Peacock, de pie bajo el friso de yeso de la muerte de Acteo. Conversaba con Jacqueline Winwar y Lyon Bowman: todo eran sonrisas de cóctel. Jacqueline estaba aún más delgada y aún más hermosa. Llevaba un vestido muy sencillo de falda corta, color nuez moscada, que sólo podía ponerse alguien que confiara plenamente en poseer una figura perfecta, cosa en la que ella tenía ahora derecho a confiar. Lucía además un cinturón color

escarlata claro, a la altura de las caderas. Frederica intentó sin éxito adivinar cuáles eran las relaciones que unían a los tres científicos. Como fuera, caminó a su encuentro. Los conocía a todos y le complacía verlos.

Su llegada pareció actuar como señal de partida para Bowman y Jacqueline. Sólo quedó Luk, que parecía malhumorado y lo estaba. Pasaba una mala época e, inesperadamente, había empezado a padecer un intenso miedo a hablar en público. Poco después de la visita de Frederica en primavera, John Ottokar había desaparecido. Una mañana no se había presentado a trabajar, tampoco había acudido al día siguiente, y ya no había vuelto a aparecer. En su habitación faltaban todos sus objetos personales —la ropa, la afeitadora y el cepillo de dientes—, pero sus libros y su regla de cálculo seguían en los estantes. Luk hizo que Abraham Calder-Fluss preguntara a Elvet Gander si el desaparecido experto en informática se encontraba en Dun Vale. Había tenido que hacerlo porque Dun Vale había cerrado formalmente sus puertas, una vez que la valla estuvo terminada, y había desconectado el teléfono. Por lo visto, Gander continuaba entrando y saliendo, al igual que el canónigo Holly; estaba previsto que ambos hablaran en el ciclo de conferencias. Pero un pequeño grupo de miembros —en su mayoría cuáqueros fundadores de las Fieras del Espíritu—, sintiéndose defraudados, se habían despedido y habían abandonado la casa clausurada, en dirección a los páramos. En las siguientes semanas, uno o dos más se habían marchado sin grandes explicaciones y habían tomado un tren hacia el sur. Por otra parte, atravesando los páramos había llegado gente que venía caminando desde Calverley o de aún más lejos, provistos de mochilas y bastones. A todos se los había acogido, pero algunos habían vuelto a marcharse. Elvet Gander le dijo a Abraham Calder-Fluss que no debía preocuparse por John Ottokar: en efecto, estaba dentro, estaba a salvo dentro. Calder-Fluss quiso saber si debía considerar que había renunciado a su trabajo, si se hallaba de baja por enfermedad, o qué. Sin duda necesita ayuda, contestó Gander, ésa es mi opinión profesional. Personalmente creo que aquí se encontrará a sí mismo. Con respecto al sueldo, haga lo que crea adecuado, concluyó.

En esos momentos Luk se sentía más inquieto por la discontinuidad de sus cifras que por la posible suerte espiritual que aguardara a uno de los Ottokar o a ambos. Intentó persuadir a Marcus para que le resolviera algunos de sus problemas con la distribución de datos y las ecuaciones, pero no tuvo demasiado éxito. Marcus estaba ayudando también a Jacqueline, cuyas neuronas gigantes habían generado nuevos picos de potencial de acción, y a Christopher Cobb, que preparaba un ensayo sobre el aprendizaje en los pájaros cantores, en especial en los pinzones. Cobb, que dirigía el Centro de Estudios en el Terreno y era una autoridad mundial en materia de hormigas, había extendido sus investigaciones a los pájaros cantores y había trabajado con algunos estudiantes en el nuevo centro de conducta animal de la universidad. Sus aptitudes matemáticas eran aún más reducidas que las de Luk y se sentía aún más angustiado que éste por el inminente inicio del ciclo de conferencias. Conocía superficialmente a Eichenbaum y tenía un profundo respeto por su obra, aunque con ciertas reservas de carácter científico. No era un animal político. Y la ayuda informática le resultaba imprescindible.

Para colmo, los oyentes de Dun Vale habían cercado lo que Luk consideraba «su» población de caracoles, por más que sabía muy bien que el terreno en que vivían era propiedad de Lucy Nighby y que, en todo caso, si los caracoles pertenecían a alguien era a sí *mismos*.

Luk fue andando hasta la entrada principal de Dun Vale. Dos muchachos muy jóvenes con el pelo largo y blancas camisas sueltas guardaban con aire lánguido la puerta. Luk les explicó su trabajo con los caracoles y el tiempo que le llevaba dedicado. Detrás de los guardianes, los gansos extendían las blancas alas, cimbreaban el delgado cuello y bramaban como estridentes trompetas. Los muchachos le dijeron que no podía entrar y dejaron de escucharlo.

Sendas cartas a Gander y Lucy Nighby no obtuvieron ninguna respuesta. Luk razonó que el perímetro no podía estar vigilado en todo momento, y decidió hacer sus observaciones al amanecer. Merodeó por los alrededores para estudiar el lugar. Por desgracia, su muro infestado de caracoles estaba muy cerca de donde Gunner solía guardar su moto y de los criaderos de gallinas. Luk supuso que los edificios debían de seguir en uso, y espió por un agujero de la cerca. Oyó bullicio de gallinas y avefrías, pero no percibió ninguna

presencia humana. No era un campo de concentración. No habría una torre de vigilancia y un guardia armado. Regresó antes del alba con una sierra y una pala, y se las ingenió para retirar una tabla ligeramente hendida, lo cual dejaba un hueco lo bastante grande para pasar al otro lado y luego volver a colocar la tabla. Exploró los alrededores. Las aves de granja se apartaban, asustadas, a su paso. Los edificios tenían las ventanas cubiertas de polvo y las puertas entreabiertas. Volvió a la mañana siguiente al despuntar el día, cargado con una mochila. Tuvo que instalarse a cierta distancia y acarrear sus cosas colina arriba, por un escabroso terreno. Pero nadie había tocado su punto de entrada y, al cabo de cierto tiempo, concluyó que no había peligro para hacer incursiones regulares al amanecer, tomar nota del movimiento de los caracoles, pintarles pequeñas marcas azules, hacer recuentos. Todo esto lo llenaba de energía y de una suerte de irritación.

En un oscuro rincón de la mente culpó a Frederica Potter por la desaparición de John Ottokar, sin tener en cuenta el papel que él mismo pudiera haber desempeñado, por no hablar del de
Paul-Zag.

También había visto el programa sobre astrología de *A través del espejo*. Su espíritu había mudado de una predisposición favorable con ciertas reservas, a una abierta hostilidad.

Frederica no sabía si mencionar a John Ottokar, cuya ausencia era notoriamente presente. Le sonrió a Luk con su sonrisa de la televisión y le dijo que estaba ansiosa por escuchar su ensayo sobre sexo. Luk la miró ceñudo. Frederica le dedicó una sonrisa aún más radiante y añadió que confiaba en que accediera a grabar una entrevista personal. El sexo era un tema que sin lugar a dudas interesaría a los televidentes. Luk dijo que lamentaba la presencia de la televisión, que trivializaba todo. Y aún peor.

—¿Peor? —repitió Frederica, sin abandonar su máscara resplandeciente.

—Mira lo que le hizo al rector. Tendrías que estar avergonzada. Permitir que esa mujer se pusiera en ridículo… y lo pusiera a él en ridículo delante de millones de personas. Que diseminara un montón de mentiras peligrosas.

Por la mente de Frederica cruzó la imagen de esporas de hongos flotando en el viento por un prístino paisaje. Procedentes de uno de esos cuescos de lobo que explotaban. Se volvió combativa, en especial porque, de hecho, se sentía mal por el rector, que había sido tan amable con ella.

—Estás exagerando. La astrología no tiene nada de malo. Es una especie de poesía popular que lleva a la gente a pensar en metáforas, a hacer listas y categorías. Resulta divertido. Y, a su modo, es hermoso.

—No, no lo es. Son falsedades y mentiras, y causa daño porque impide que la gente piense. Esa mujer es peligrosa.

—Es ridícula. Pero creo que… que se defendió bien.

—Es como mirar por una ventana cubierta de asquerosas telarañas y decir que así es el cielo —dijo Luk.

—Bueno, tú eres el científico. Si las telarañas están ahí, lo lógico es que te intereses en ellas. No puedes decir que no están. Y llevan siglos allí.

Luk se sintió confundido por un momento, pero se recuperó enseguida.

—No, no, son formas de pensamiento irreales y repugnantes.

—Es nuestro cerebro el que las crea.

—Pero son formas muertas. Son mucho menos interesantes que las cosas reales.

—La realidad es lo que uno piensa que es real.

—No, no es así. La realidad es lo que es real. Eres demasiado inteligente para esperar que crea eso.

—La idea de llevarla al programa no fue mía. Fue de Wilkie. Quería provocar un estallido de desobediencia anárquica. Y lo consiguió: recibimos cientos de cartas. La gente está hambrienta de todas estas cosas: astrología, alquimia, espiritismo…

—Justamente por eso…

—Ya lo sé —lo interrumpió Frederica—. También detesto a Elvet Gander. Me parece mucho más peligroso que ella, porque no tiene una locura notoria.

Las sombrías siluetas de John Ottokar y
Paul-Zag
titilaron entre ellos.

—He pasado noches enteras en blanco tratando de dar forma a

mi ensayo. Es demasiado largo. Le falta coherencia.

Frederica pensó que sería presuntuoso de su parte tratar de consolarlo o decir palabras tranquilizadoras, como «todo irá bien» o cualquier cosa por el estilo. Así que se limitó a decir que iría a escucharlo. A menos que los estudiantes dieran al traste con todo.

—Hasta ahora se han limitado a los carteles y a una manifestación sospechosamente tranquila.

Nick Tewfell, que había organizado la manifestación, se encontraba reunido con Deborah Ritter, Greg Tod, Waltraut Ross y Jonty Surtees. Sabía que la marcha de protesta no había sido más que el comienzo, y tenía la irritante sospecha de que había cosas de las que no le habían hablado. La habitación de la barraca había cambiado, no porque la hubieran puesto en orden sino porque se hallaba mucho más abarrotada. Contra una pared había tres bultos apoyados, que parecían colchones enrollados o pacas de forraje, cubiertos con mantas viejas. Sobre la mesa de trabajo de Greg Tod había montones de copias de un documento hechas con ciclostilo. Él y Waltraut Ross las estaban apilando.

—Ya están listas —dijo Surtees—. Temía que no acabaríamos a tiempo.

Era la traducción de diversos extractos del ensayo de Theobald Eichenbaum de 1941, «Helder und Herde», basado en el capítulo «Instintos gregarios y serviles» de la obra de Francis Galton *Investigaciones sobre las facultades humanas*. Eichenbaum examinaba en él la conducta gregaria de criaturas que buscaban la seguridad en rebaños, manadas o cardúmenes, y el efecto que tenía en los depredadores esa aglomeración de cuerpos de presas en potencia. Asimismo, siguiendo a Galton, comparaba la inteligencia de los bovinos salvajes y domesticados con la de los hombres civilizados o domesticados. Galton argüía que los seres humanos habían heredado de algún primitivo antepasado gregario lo que —tal vez de un modo poco afortunado— llamó «actitud servil»; una renuencia a asumir responsabilidades, una incapacidad para pensar de forma independiente. Creía que la democracia y una cuidadosa selección de la inteligencia (eugenesia) incrementarían la responsabilidad. A su juicio, los modernos bovinos domesticados

eran más independientes que los salvajes, porque los más enérgicos y voluntariosos no se habían visto «arrancados» del borde del rebaño por leones y leopardos sino que se habían propagado. Eichenbaum modificó sutilmente el enfoque —o, en todo caso, el lenguaje— y empleó frases tomadas del vocabulario nacionalsocialista, para sugerir que había razas superiores e inferiores de bovinos (y hombres), unos de los cuales eran héroes mientras que otros nacían para formar parte del rebaño servil, o para ser eliminados.

Greg Tod había escrito un elocuente prefacio para el documento, que se había impreso en papel de embalar o, como decía él, «papel color mierda». El prefacio —que empezaba diciendo: «¿Tiene un hombre así algún "derecho" a que se lo escuche en una sociedad libre?»— explicaba con insistencia retórica todas las expresiones sospechosas y sus connotaciones políticas. De refilón se criticaba a Galton, la eugenesia y la reproducción selectiva. Se mostraban las conexiones entre la admiración de Eichenbaum por los rituales de combate feroz de las manadas de lobos, la lucha con sable de los prusianos y los rituales de iniciación de las SS. Ross se había encargado de ilustrarlo con un dibujo de Eichenbaum en que se lo veía con una babeante cabeza de lobo y ancas de perro de lanas (en alusión al famoso experimento de Erik Zimen), rodeado de esvásticas.

Nick Tewfell lanzó un silbido. Preguntó si iban a rodear el teatro con barricadas, hacer una sentada dentro o…

—Los haremos sudar —dijo Jonty Surtees, que resplandecía de entusiasmo—. Distribuiremos los documentos gota a gota, de modo que no sepan de dónde vienen, y del goteo llegaremos a la inundación.

—Sabrán que vienen de aquí.

—No, no lo sabrán, porque no vendrán de aquí. No preguntes nada. Lo que no sepas no podrás decírselo a nadie. Empezaremos con cosas pequeñas, molestias menores, para que piensen que eso es todo, y por supuesto no será todo. Un buen organizador no deja que sus tropas sepan que tienen que ir muy lejos y a marchas forzadas. Pero las cosas no se saldrán de madre… todavía.

—¿Y todo esto para qué es?

—Para la escena final. Ya lo sabrás a su debido tiempo.

Surtees sacudió ostentosamente su melena y le sonrió con excesiva amabilidad. Nick se sintió a la vez humillado y entusiasmado.

—¿Vamos a dejar que hable? —preguntó.

—Por supuesto que no. Pero queremos que primero se cague de miedo. Y todos los demás también. Llegó la hora. Ahora descargaremos el golpe. Un golpe que conduce a la revolución.

Volvió a sonreír y prosiguió:

—Tenemos preparados unos bonitos fuegos artificiales y sobresaltos antes de que…

Hodder Pinsky tuvo a su cargo la conferencia inaugural. De pie en el estrado frente al semicírculo de asientos tapizados en terciopelo azul, con los ojos ocultos tras las brillantes gafas azules y su traje blanco, que resplandecía suavemente en contraste con la camisa azul celeste, habló de las «Metáforas sobre la materia de la mente».

Empezó con una alabanza a Wijnnobel, quien había intentado describir el desarrollo de las ramificadas formas del lenguaje, dijo, cuyas semillas o gérmenes ya se hallaban presentes como posibilidad en el cerebro antes del nacimiento, cosa de la que también él estaba convencido. Y los diagramas ramificados de la gramática hipotética se semejaban a las tinciones de Golgi de dendritas y sinapsis, por razones que eran al mismo tiempo una cuestión real —física y química— y metafórica. La palabra «dendrita» provenía de un término griego que significaba «árbol», de modo que el nombre era una analogía. Los seres humanos eran incapaces de pensar sin recurrir a tales metáforas y analogías: el potencial de acción del salto eléctrico implícito en tales comparaciones debía de aparecer en el cerebro embrionario junto con las ramificaciones de las formas gramaticales. Pero lo que él buscaba era demostrar que esas metáforas sencillas y a menudo hermosas con que los hombres intentaban pensar sobre el pensamiento eran abstrusas y cuestionables.

Tenía el convencimiento de que el cerebro, el sistema nervioso y la mente eran una sola cosa. No había un fantasma dentro de la máquina, afirmó, ninguna alma externa e invisible, ningún espíritu venido de los cielos o los infiernos que habitara en esa masa de

capas y circunvoluciones de materia gris y blanca con sus ramificaciones y pulsaciones. En otra época los psicoanalistas eran neurólogos —como el propio Sigmund Freud— que buscaban en el circuito cerrado de las neuronas cosas tales como los impulsos acuciantes.

Pero ahora las ciencias humanas se habían alejado de la neurología, en parte por el disgusto que provocaban las metáforas. Era sumamente difícil desarrollar una filosofía de la mente que fuera algo más que una simple crítica de determinado lenguaje.

En cuanto a él, le interesaba una ciencia de la mente que tratara con cosas que sólo fueran «en parte» objetos de lenguaje. Les damos nombre, dijo, pero el nombre no las contiene ni las limita. Ignoramos lo que la mayoría de ellas hace o es. En física resultó de gran ayuda la analogía, la metáfora del sistema solar, con los planetas girando alrededor del sol, a fin de entender la naturaleza del átomo. Pero también representó un obstáculo, porque los electrones, positrones y neutrones no son planetas que giran en torno al sol ni se parecen realmente a ellos.

Habló entonces sobre las imágenes mecánicas establecidas para la mente. Explicó que los creadores de la cibernética habían dado nombre a su nueva ciencia —esa nueva metáfora— a partir del término griego κυβερνητης, que significa «timonel», lo que hizo nacer en la mente la idea de que el cerebro es una inteligencia que guía por entre las olas del caos una nave hermosamente diseñada, o de que el inventor de un sistema, de un ordenador, es el gobernador político de otra clase de sistema.

Se refirió a la profunda resistencia humana a concebir la mente como un mecanismo, o a concebir mecanismos dentro de la mente. Esta resistencia, paradójicamente, se originaba en diversas fuentes. Por un lado estaba la vieja idea de Dios como artífice, y la necesidad humana de postular un diseñador para todo aquello que funcionara de un modo coherente y ordenado. Por otro lado estaba el miedo —más reciente y de naturaleza muy diferente— a los autómatas, a las criaturas sin vida hechas por el hombre, capaces de cantar o bailar o hacer cálculos y que algún, día podrían aprender a hacer réplicas de sí mismas. Este miedo a las máquinas fue la

principal razón de la ansiedad que produjo el descubrimiento de Galvani sobre la electricidad corporal, las contracciones y sacudidas de las patas de una rana muerta conectadas a imanes.

Estaba también el uso de metáforas extraídas de sistemas de comunicación humanos, y las objeciones a dicho uso. Palabras como programa, código, información, transcripción, codificación, mensaje o traducción no se inventaron para describir la operación de las neuronas del cerebro, ni tampoco para describir los mecanismos físicos de los ordenadores. Se tomaron de descripciones objetivas de la escritura y el habla, del lenguaje humano cuando habla de sí mismo.

Pinsky habló de metáforas psicológicas: la idea de la «entrada» de una impresión sensorial en el cerebro, de la «reproducción» del mundo externo como una «representación» dentro de la cabeza. Se refirió a la hermosa idea renacentista, derivada de todo esto, de que en el mundo físico, el mundo vegetal, el mundo mineral, que había sucedido a las criaturas a las que Adán había dado nombre en el Jardín del Edén, podía hallarse la firma de Dios y que los nombres de las cosas eran, pues, inherentes a éstas, eran su naturaleza, por así decir.

Habló de metáforas mecánicas tomadas del mundo de los ordenadores. Decir que un patrón de conducta, o una reacción a un estímulo, o un deseo o una aversión tienen una «conexión fija de cables[22]» arroja tanta oscuridad como luz sobre la fisiología de los procesos mentales, ya que en la mente no hay cables ni existe semejanza alguna entre la relación de las funciones y recuerdos permanentes con los movimientos casuales o «libres», y los esquemas de decisiones de los ordenadores.

Habló de los peligros de las analogías en el mundo de la neurobiología, tanto al describir los procesos como simples reacciones químicas y electromagnéticas, como al recurrir a sencillas descripciones económicas y comparar el conjunto de actividades humanas con todas las monedas acuñadas en curso. Las diferencias eran infinitamente más instructivas que las semejanzas, dijo Hodder Pinsky. Las analogías se basaban en la imprecisión del pensamiento expresado en palabras. Necesitamos una filosofía lingüística que ordene las hermosas y fatales marañas de palabras en que nos enredamos por estar destinados a ello (no «concebidos»

para ello, sino destinados cuando tomamos forma como embriones). Pero el pensamiento no consiste en palabras, la vida no consiste en palabras.

Acabó con un resumen claro y sencillo de lo que —según dijo— era el estado actual de los conocimientos sobre las actividades del cerebro. Ahora se sabía que el sistema nervioso se activaba con una serie de señales químicas, así como por las otras dos formas conocidas desde antes: una compleja distribución de conexiones y simetrías moleculares, y la sucesión temporal de impulsos nerviosos eléctricos, lo que antes se conocía como energía negativa y ahora se denominaba potencial de acción.

Habló de las nuevas investigaciones sobre señales y códigos químicos y sobre su transmisión a largas distancias, por ejemplo, mediante la corriente sanguínea. Explicó de un modo muy técnico —que hizo perder el hilo a Frederica— cómo las señales químicas aportaban diversidad a conexiones sinápticas que tenían una disposición geométrica similar.

Frederica advirtió que, si bien había entendido lo que él había dicho, que era claro e interesante, ignoraba por completo de qué había estado hablando. Conocía las palabras —neurona, sinapsis, dendrita— y le gustaban porque su etimología le era familiar. Pero el mundo humano —incluidos tal vez algunos de sus propios antepasados— había inventado microscopios y telescopios, había hecho la disección de tejidos e identificado células, y si todo ello desaparecía de un día para otro, ella no sabría por dónde empezar aunque fuera capaz de escribir largos trozos de *El paraíso perdido* de memoria (fuera ésta lo que fuera y funcionara como funcionara).

Electricidad, mensajeros químicos, distribución geométrica.

La materia de la mente.

Alguien empujó un sobre marrón contra su pie. Decía: «Papel higiénico. Ábrase en caso de peligro». Lo habían empujado por el suelo de un extremo a otro de la fila. Lo recogió y vio que contenía un panfleto contra Eichenbaum. La primera tanda ya estaba en circulación.

Esa noche hubo una cena en la universidad. Los estudiantes se congregaron en el campus, en una manifestación no muy numerosa que se dispersó pacíficamente. Hodgkiss consiguió una copia del panfleto y consultó con Wijnnobel sobre la conveniencia de hacérselo saber a Eichenbaum. Decidieron esperar hasta el día siguiente. Nadie del personal docente sabía de dónde provenían los papeles.

Por la mañana se encontraron con que habían pintarrajeado las estatuas de Henry Moore del rey y la reina. Durante la noche alguien las había cubierto concienzudamente con pintura roja. Ambas figuras tenían gruesas bandas sangrientas alrededor del cuello, como las rojas cintas que los aristócratas franceses lucían con desafío en la época de la guillotina, aunque éstas eran goteantes. La cimera o yelmo del rey, también pintada, parecía la roja cresta de un gallo. La falda de bronce de la reina estaba llena de pintura carmesí, como si hubiera sufrido una hemorragia, y casi todos eran charcos aún húmedos y pegajosos. Y sobre el asiento de piedra habían pintado una mano, una mano blanca, la mano de Isengard, con uñas rojas. Con letras élficas alguien había escrito: «Ésta es una advertencia».

Luk pasó buena parte de la noche revisando su ensayo, cosa que siempre les decía a sus alumnos que no hicieran. Tachó varias de las ecuaciones que tantas penas y fatigas le habían causado. En un súbito arranque añadió algunas generalizaciones sobre la sociedad humana que, en otro momento, su cautela habitual le habría impedido realizar. Se miró en el espejo y, cogiendo un par de tijeras, se recortó la barba hasta dejarla más afilada, más agresiva. Por la mañana se puso un traje, pero enseguida se lo quitó y lo reemplazó por un jersey negro de cordoncillo y pantalones negros de pana. Pensó que tenía buen aspecto, aunque parecía un bailarín. Finalmente se enrolló un fular, estampado con sus plumas de pavo real. Las plumas eran de color esmeralda y de un azul subido bastante acertado; los ocelos eran blancos con una suave mancha púrpura en el centro. Los manojos de plumas contrastaban con un

fondo rojo oscuro. Luk se ciñó al cuello todo este brillo y salió para el teatro. Sabía que todo iría mal. Se había dejado la piel en ese ensayo, y ahora estaba a punto de echarlo por la borda.

El teatro rebosaba de gente, entre los que se contaban Wijnnobel, Pinsky, Eichenbaum y el equipo de la televisión. Luk avanzó a grandes zancadas hasta el estrado y anunció que su ponencia trataría sobre un tema que desconcertaba a los genetistas de poblaciones: cómo y por qué había evolucionado la reproducción sexual, puesto que existían otros métodos de autopropagación o transmisión de genes —lo cual, según la teoría darwiniana, constituía la misión de los organismos— que resultaban menos costosos desde el punto de vista biológico. Estamos tan acostumbrados, dijo, a la idea de que el sexo produce «más» —los padres engendran hijos—, que no pensamos en el hecho de que, a nivel celular, el sexo disminuye el número de células: es un proceso en que «uno», un cigoto, es hecho de «dos». ¿Por qué una hembra no prefiere reproducirse partenogenéticamente, lo cual le permitiría transmitir más genes propios?

Expuso sus argumentos acompañándose de precisos diagramas y diapositivas sobre la extraordinaria fecundidad de los pulgones. Habló de propagación y territorios, de semillas voladoras y reptantes gusanos, de olmos y ostras, de pulgones y rotíferos, de organismos sésiles como las fresas y los corales. Su exposición fue ágil y brillante. Y llena de humor (hizo bromas que no se había propuesto hacer). Se refirió al costo de ser macho, y citó la carta de Charles Darwin a su hijo en que decía: «Cada vez que veo las plumas de la cola de un pavo real me siento enfermo». El público rió. Luk sintió que mantenía su interés gracias a los hilos de la atención y la risa, como si estuviera tejiendo una telaraña eléctrica. Explicó su investigación sobre las babosas, las rojizas *Arion rufus* y las negras *Arion ater*, las rojizas al sur de las colinas y las negras al norte, las rojizas y sexuales sumamente agresivas, las negras y clónicas totalmente mansas.

Fue agudo, fue vehemente, se refirió lo suficiente a los hechos desconocidos o no comprendidos que podían llegar a debilitar o modificar sus argumentos. Dijo que no negaba que, puesto que el

sexo existía, debía de ser adaptativo a su manera, pero que eso no invalidaba su hipótesis.

Bromeó sobre la idea de altruismo según la cual la selección actuaba entre grupos y las criaturas podían actuar «por el bien de la especie». Explicó con paciencia y entusiasmo, razonablemente, que la competición entre organismos actuaba dentro de grupos pequeños y mediante el mecanismo de la supervivencia inmediata, lo que volvía absurdo el autosacrificio por una idea. Si uno da la vida por otro, dijo, todos los genes de altruismo resultan aniquilados con uno, a menos que el otro tenga esos mismos genes y en igual proporción. No nos agradan estos pensamientos porque tenemos arraigada —y heredada— la creencia en la abnegación, en ofrecer la otra mejilla, una creencia que algunos atribuyen a Padres imaginarios que están más allá de los bosques sagrados o en los cielos.

Tal vez digáis, añadió Luk Lysgaard-Peacock pensando en la molesta aseveración de Frederica de que las telarañas mentales eran cosas reales, que si una idea ha subsistido a lo largo de mucho tiempo es porque en sí misma resulta adaptativa. Podéis argumentar que las religiones y los preceptos morales perduran en el mundo porque son como enormes organismos que luchan por la existencia. Podéis sostener que el cristianismo se extendió por todo el mundo porque tenía mejores condiciones para subsistir que el maniqueísmo. En cierto sentido esto es verdad, pues el maniqueísmo estricto prohibía tanto la comida como la reproducción sexual, por lo que en esencia estaba destinado a la autodestrucción. Pero una fe no es un organismo, y la supervivencia actúa en el ámbito de las células, a través de la adaptación de las células. Querría recordaros las advertencias que ayer hacía el profesor Pinsky sobre la imprecisión de pensar con analogías y metáforas.

En un libro reciente sobre *La vida de los insectos, sir* Vincent Wigglesworth decía que los insectos no viven sólo para sí mismos sino que «consagran devotamente» la vida a su especie, de la cual son representantes. Pero las cosas no son así. No es cuestión de «devoción» ni de «representantes». Quiero que quede claro que esto nada tiene que ver con la idea de que en un hormiguero todas las obreras son hermanas, hijas de la misma madre, con los mismos

genes. No poseen ninguna idea noble sobre la especie. Feuerbach, el filósofo alemán, intentó probar que el concepto de Dios no era más que la personificación de «la especie», el gran Hombre, así como el hormiguero es la gran hormiga reina. Estas ideas, acertadas o erróneas, no aportan ninguna ayuda a la cuestión de la supervivencia y la adaptación en el ámbito de la división celular y el ADN heredado. Una idea no es una célula. Por más que necesitemos células para generar ideas.

Así pues, ¿cuál es el origen de todo esto? Nuestro último orador, el profesor Eichenbaum, sostiene que las especies domésticas están degeneradas por cuanto son menos capaces de comunicarse entre sí que sus congéneres en estado salvaje. Con excepción del hombre, en quien la comunicación ha alcanzado un grado asombroso. Nosotros parloteamos, balbucimos, cantamos, recitamos, pintamos, dibujamos, esculpimos, empleamos cables y luces, usamos amplificadores que van desde pieles tirantes a los botones de una radio. El profesor Eichenbaum habla de las actividades de desplazamiento que se observan en animales en cautividad. J. B. S. Haldane ha sugerido que un etólogo podría definir la religión como una actividad de comunicación hecha en el vacío, un desplazamiento ritual mediante el cual los seres humanos se comunican con oyentes inexistentes.

En la sociedad humana, dijo Luk, como en otros entornos donde hay competición, hay ganadores y perdedores. Las mujeres son las perdedoras, pues tienen que asumir el costo nutricional de la reproducción —el crecimiento del cigoto— en nombre de ellas y de su compañero. En general, las sociedades humanas han basado sus tradiciones éticas y religiosas en los patrones de la reproducción sexual humana, y de ese modo han dispuesto las cosas para que las mujeres estén oprimidas por los hombres, y los niños por ambos. No obstante, si observamos los resultados de la vida, yo diría que los perdedores últimos son los machos redundantes. Basta con considerar las diferencias con respecto a los sexos en las estadísticas de enfermedades en general y de defunciones a cualquier edad.

Frederica contemplaba a Luk, estupefacta y encantada. Tenía la impresión de que era una especie de demonio del fuego pequeño y

dorado, que dejaba escapar chispas por las puntas de los dedos (los que, por otra parte, movía ampliamente mientras se paseaba con gran prestancia por la plataforma). Se había sentido contagiada por su miedo a hablar en público, y ahora compartía su alegre contacto con el auditorio, el cual se había transformado en una criatura atenta. Pensó que se pavoneaba como un pavo real, exhibiéndose, y rió para sus adentros al decirse que él hacía aquello justamente para demostrar el derroche y la inutilidad de tal exhibición masculina. Recordó su sueño. Hacer el amor con alguien en sueños era algo muy extraño. No se trataba de su cuerpo real sino de algo que ella había evocado, pero aun así la hacía sentir diferente. En otra oportunidad, se habría preguntado si se había enamorado de esa persona con cuya sombra había hecho el amor en su cerebro dormido. En esos momentos él explicaba con todo detalle que aquélla era una pregunta que no podía plantearse. Estaba echando abajo todo —la ética, el amor romántico— con gran sentido del humor y con una agresividad controlada. Frederica habría querido saber qué era lo que le había hecho Jacqueline.

Al acabar, todo el mundo lo rodeó para felicitarlo. El propio Eichenbaum se acercó con paso firme y le tendió la mano.

—*Du bistder Geistderstets verneint*[23] —dijo—. Las cosas no son tan sencillas. Pero estuvo maravillosamente fundamentado.

Luk estaba radiante. Cuando abandonaba el teatro, alguien le deslizó en la mano el panfleto contra Eichenbaum.

Las dos conferencias siguientes trataron sobre la biología de la memoria. La primera fue la ponencia de Christopher Cobb sobre el canto de los pájaros. Acompañó sus explicaciones con grabaciones de trinos y con sus propias reproducciones, muy musicales. Explicó la diferencia entre pinzones y canarios en la adquisición de su canto: ambos aprendían oyendo el canto de otros pájaros; pero, mientras que los canarios podían aprender solos a emitir un canto bien estructurado, los pinzones necesitaban oír el canto de otros congéneres. Un pinzón que estuviera sordo los tres primeros meses de vida nunca lograría emitir otra cosa que chirridos. Asimismo era incapaz de aprender de un modelo de canto de notas puras pues tenía que oír la voz de otro pinzón, aunque en cambio era capaz de

aprender oyendo la grabación del canto de un pinzón pasada hacia atrás. Si se destruía el lado izquierdo del sistema nervioso de un pájaro, éste quedaba mudo; pero, dado que los pájaros eran más maleables que los humanos, un canario afásico podía recuperar el canto. Cobb, con las manos ahuecadas ante la boca y emitiendo esos gorjeos inhumanos, parecía una especie de dios Pan.

Alguien del público —fue Waltraut Ross— gritó:

—¿Y se justifica aprisionar y mutilar a esas criaturas libres para descubrir esa clase de cosas?

—Bueno, siempre se puede hacer esa objeción, por supuesto —contestó con calma Christopher Cobb.

—¡Es una vergüenza! —gritó Waltraut Ross.

Por un momento se cruzaron gritos entre el público. Cobb subió el volumen de su reproductor e hizo oír un coro de diversos ruiseñores. Siguió explicando cómo éstos inventaban nuevos cantos, introduciendo variaciones en los que oían, y aprendían en grupo las nuevas secuencias. Se hizo la calma en el auditorio, y al acabar se lo aplaudió con entusiasmo.

La última conferencia del día era la de Lyon Bowman, que trataba acerca del debate planteado entre quienes sostenían que las neuronas particulares tenían funciones muy precisas y específicas, y los pensadores holísticos, los cuales afirmaban que las complejas redes de neuronas tenían un funcionamiento dúctil. Explicó que en la corteza cerebral hay unos 600 millones de sinapsis en cada milímetro cúbico, y que la cantidad total de sinapsis de una corteza cerebral humana se estimaba entre 10(14) y 10(15) sinapsis. Como a la mente humana le cuesta concebir cifras de tal magnitud, hizo una comparación práctica: si se contara hasta 1000 por segundo, se tardaría entre 3000 y
30 000
años para contar todas las sinapsis. Por no hablar de la dificultad para abrirse paso entre la maraña de ramas y ejes de dendritas y axones. Aun así se había conseguido estudiar grupos individuales de neuronas, e incluso neuronas individuales en algunos casos (como en la investigación de Alving sobre las neuronas del «marcapasos natural» de los *Aplysia* y en la investigación llevada a cabo en su

propio laboratorio sobre las neuronas gigantes del *Helix aspersa*). Explicó que se había localizado en el cerebro anestesiado de gatos y macacos un grupo de células que reaccionaban con gran exactitud a ángulos de incidencia y movimientos precisos de una fuente luminosa. Habló de los procesos químicos de las neuronas de los caracoles. Deborah Ritter se puso de pie para acusarlo. Lo que él llamaba «una preparación», dijo, era una criatura viva empalada. No tenía ningún derecho a elaborar sus conjeturas reduccionistas a expensas de un pobre gato o mono indefenso. Jacqueline Winwar, sentada entre el público, oyó cómo él explicaba y, en cierto modo, proclamaba los resultados logrados por ella sin siquiera mencionarla. Era el trabajo de ella, sus meses de ensayo y error, de fracasos y logros, que lisa y llanamente se presentaban como parte del excelente rendimiento del laboratorio. Del desempeño de Bowman. Ella no era más que un simple instrumento, eso era todo.

Se alzaron otras voces recriminatorias. Bowman sonrió y, elevando el volumen de voz, acabó su exposición.

Terminadas las conferencias, se ofreció un cóctel. Jacqueline permanecía en un extremo, rebosante de furia y plenamente consciente de que su futuro académico —los caracoles, el osciloscopio, su cubículo en el laboratorio— estaba en las poco delicadas manos de Bowman. Luk Lysgaard-Peacock apareció a su lado.

—Vaya caradura. Ésos eran tus resultados. Qué hipócrita.

—Como si yo no existiera.

—De todos modos, muy buen trabajo. Y eso de los efectos de la inyección de calcio es asombroso…

—No actúa como uno esperaría. Es de suponer que tendría que aumentar la resistencia de la membrana, y en lugar de eso parece aumentar la permeabilidad. Pero aún no estoy segura…

—Tendrías que haber hablado tú.

—Tu ponencia fue excelente.

Luk sonrió con sorna.

—Es la furia de los rechazados. Resulta bueno para la mente.

Jacqueline esbozó una sonrisa vacilante.

—Entonces tendré que aprender a utilizar la furia de aquéllos a

quienes les roban su trabajo.

Bowman se acercó a ellos, acompañado de Hodder Pinsky.

—Ésta es la joven investigadora de la que le hablaba, Hodder. Jacqueline Winwar. Toda una promesa. El profesor Pinsky está formando un grupo de discusión muy amplio. Le sugerí que te invitara a participar.

—Lo denominamos filamentos —dijo Pinsky—. La cibernética hace pensar en jerarquías y poderes centrales. «Filamentos» está mejor logrado: implica redes de neuronas, telarañas, todo eso. Pero también implica «archivo»[24], lo que sugiere memoria, y la mente.

Karl Lashley utiliza los equívocos para demostrar que existe una especie de representación mental residual en las células del cerebro. Hay que conectar arbitrariamente un sentido con otro para captar la idea. Cuénteme de su investigación, doctora Winwar.

Bowman sonrió, como el gato de Cheshire, y se alejó, dejando la sonrisa en el aire. Jacqueline vio mentalmente sus preparaciones de neuronas, los picos regulares de potencial de acción, las perturbaciones, los saltos.

—Lo que busco… —empezó.

Pinsky la oía con atención.

Wijnnobel, Hodgkiss, Calder-Fluss y Wilkie se reunieron para hablar sobre la manifiesta hostilidad contra Theobald Eichenbaum. Calder-Fluss era de la opinión de que convenía llamar a la policía. Había motivos suficientes, con el vandalismo, los panfletos y ahora los carteles difamatorios sobre los experimentos con animales, la eugenesia y el protofascismo. Wijnnobel dijo que, si acudían a la policía, el asunto se convertiría en un hecho delictivo que quedaría en manos de aquélla, y la universidad perdería todo el control. Hodgkiss declaró que estaba seguro de que eso era justamente lo que quería el cuerpo directivo de la oposición: que llamaran a la policía. Por desgracia, no se podía garantizar que el profesor Eichenbaum lograra pronunciar su conferencia sin verse interrumpido por algún acto de provocación. Wilkie sugirió que lo consultaran con el propio Eichenbaum, pero Hodgkiss contestó que

prefería no molestarlo. Tenía derecho a hablar con libertad y era un invitado. Cuando Wilkie comentó que este tipo de cosas ya debían de haberle pasado muchas veces, Wijnnobel dijo que no era así. El polémico ensayo de 1941 no se había traducido ni había salido a la luz, por decirlo así, hasta que Pinsky lo había sacado a relucir. Ignoraba cómo —o cuándo— la antiuniversidad se había hecho con él. Hodgkiss recordó la llegada del documento. Recordó la carta de Pinsky. Recordó, de pronto, el nervioso comportamiento de Nick Tewfell.

No vio ninguna utilidad en enfrentarse con Tewfell. Eso podía ser justamente lo que Tewfell buscaba. Tampoco vio ninguna utilidad en mencionárselo al rector. Aún confiaba en que el problema se solucionaría. Tendría que haber sabido que no sería así, pensó mucho más tarde, aunque fue incapaz de imaginar qué curso de acción mejor podría haber tomado. Sólo podemos estar vigilantes, dijo.

Wijnnobel dijo que él se encargaría de hablar del asunto con Eichenbaum.

El penúltimo día del ciclo de conferencias estaba dedicado a lo que se conocía como humanidades. Como si la genética, la neurología o la bioquímica fueran inhumanas, le dijo malhumorado Luk a Jacqueline. Jacqueline, un tanto perturbada por la profusión de carteles y hojas volantes en que se tildaba de torturadores a Lyon Bowman y Christopher Cobb, contestó que la idea general era precisamente ésa, que eran inhumanas.

Hodgkiss, lanzando nerviosas miradas al público porque no tenía un buen concepto de su presencia física, pronunció su conferencia sobre la idea de Wittgenstein acerca del color, pero no hizo ninguna referencia a la física de las longitudes de onda o a la fisiología de la retina, sino que habló de cómo describe la mente sus propias operaciones.

Hubo unas cuantas ponencias sobre literatura e historia, entre ellas una sobre las metáforas que George Eliot utiliza en *Middlemarch* tomadas de la anatomía, la percepción y el estudio de los tejidos. Hubo conferencias sobre la sangre y el semen en Lawrence, y sobre la sangre y el cerebro en Shakespeare. Raphael

Faber habló de las metáforas visuales de Proust, y el canónigo Holly disertó con gran entusiasmo sobre la idea de la Encamación, de que Dios se había hecho carne, había adquirido sangre, cerebro y huesos, había quedado encerrado en ellos, dijo citando a Marvell, en la prisión de las costillas y los nervios, en el cadáver ambulante «empalado» en el espíritu, el cual se elevaba hacia lo alto. Frederica había imaginado que las conferencias sobre literatura serían las más interesantes para ella. Se había formado en el rígido sistema educativo británico que divide en dos y, a los trece años, predestina a los niños a ser incompetentes en letras o incompetentes en matemáticas (cuando no en ambas). Había crecido con la creencia de que dedicarse a las letras era ser sagaz, perceptivo y sutil. Mientras que los científicos carecían de agudeza mental y, en esta época de energía nuclear, podían llegar a ser peligrosos y destructivos. Pensó en la obra de F. R. Leavis *Educación y universidad*, libro que ella había estudiado, donde afirmaba que el departamento de lengua era el más importante de toda empresa educativa. De improviso, mientras oía las peligrosas elucubraciones sobre Lawrence basadas en su drama vital y expuestas a la aprobación social, pensó que todo aquello no era más que una estratagema darwiniana para conseguir ventaja, simples luchas territoriales.

Lo importante, se dijo, es defender lo racional contra lo irracional.

24

Jonty Surtees creía en la lógica de la historia. Creía que la revolución tenía que llegar y que, por consiguiente, llegaría; que había que echar abajo el viejo orden y que, por consiguiente, se echaría abajo. Y que él tenía que colaborar y lo haría. Creía, y así solía manifestarlo, que Sócrates y Jesús habían sido activistas políticos que en su momento habían planteado preguntas incómodas, habían enseñado a los jóvenes a hacer lo propio y habían acabado asesinados por el sistema. Había estudiado cómo socavar las instituciones y sabía que para ello eran válidas todas las armas que hubiera al alcance: si querían creer que eran elfos y magos que se lanzaban al ataque de la Torre Oscura, a él le parecía perfecto —en esa fase del proceso— con tal que se lanzaran al ataque. A su juicio, las nuevas formas de gobierno que deseaban Greg Tod y Waltraut Ross —por no hablar de las de Nick Tewfell— tenían poco que ver con la verdadera anarquía que debía regir la vida humana. Pero aún no se encontraban en ese punto, y por el momento tenía que trabajar con ellos. Les dijo que había llegado la hora de dejar de hablar y pasar a la acción. Sentados en círculo en medio de una nube de humo y con la visión borrosa, apreciaron lo adecuado de su sonrisa, de su voz, de sus movimientos imperiosos. Avram Snitkin cabeceaba, a punto de quedarse dormido, y hubo que sacudirlo para despabilarlo. Nick Tewfell miraba entre horrorizado y fascinado a las tres figuras amortajadas. Deborah Ritter le dio un caramelo de hachís a Maggie Cringle y fue a revolver su nutritiva sopa de habas.

—Mañana es el gran día —dijo Surtees—. Dejamos que Eichenbaum entre en el edificio, y entonces nos lanzamos al ataque.

—¿Y ésos? —preguntó Nick Tewfell, señalando los bultos.

Surtees quitó las mantas que los envolvían, como un mago que dejara al descubierto las mujeres aserradas. Eran efigies horriblemente naturales: un achaparrado Eichenbaum, un pálido Pinsky y un Gerard Wijnnobel con su inconfundible cara afilada y su figura larguirucha. Tenían una vez y media el tamaño real, y las máscaras eran de cartón piedra.

—Los quemaremos frente a la Torre de Matemáticas, la Torre de la Evolución y la Torre del Lenguaje —dijo Surtees—, dado que los estudiantes harán su manifestación contra las matemáticas y las lenguas obligatorias.

Era una revolución de libro de texto, un punto de encuentro.

Tewfell dijo que temía que no hubiera suficiente gente para hacer fuego en tres lugares.

Surtees replicó que no tenía ni idea de lo que decía. Habría una multitud de manifestantes que se sumarían a la causa, venidos de Essex, de la London School of Economics y de muchísimos lugares más. Ya estaban llegando en autobuses y camionetas mientras ellos hablaban. Llevarían pancartas. Y habría música.

—Llamarán a la policía —dijo Nick Tewfell.

—Exactamente. Y cuando entre la pasma, habremos ganado. Si hacemos que manden llamar a la pasma y que recurran a la fuerza, se mostrarán como lo que son.

Surtees rezumaba convicción por todos los poros. Fuera cual fuera la parte renuente de Nick Tewfell, ahora sentía vergüenza y humillación. Lo único que habían hecho era hablar. Ahora actuarían. En el principio fue la acción. Miró los desmadejados simulacros de autoridad, y sintió aversión. Su mente era una confusión de amenazadoras autoridades de voz glacial y torpes lacayos. Y policías. Y era repugnante.

Deborah Ritter, que repartía caramelos, dijo:

—Vamos, necesitamos ayuda con la maldita pintura.

En su estudio, Gerard Wijnnobel le tendió una copa de vino a Eichenbaum y le preguntó si había visto el panfleto. Eichenbaum depositó la copa en la mesa y apoyó las manos en las rodillas, sólido como un bloque de piedra.

—Algunas personas, anónimas en su mayoría, se ocuparon de

que lo viera. Así que lo vi.

Wijnnobel aguardó.

—El ensayo original… el lenguaje del ensayo original fue un error de juicio y un fallo de imaginación. Un error por el que, afortunadamente, no tuve que pagar. Esta versión es una tergiversación, tanto del trabajo de Galton como del mío. Ambos dejamos perfectamente claro que las masas humanas, los rebaños, se vuelven necias bajo el dominio de un dictador. Galton da cifras estadísticas sobre gente detenida durante el reinado de Napoleón III, acusada de hablar contra el gobierno. Le gustaban las estadísticas. No son cifras agradables. También habla sobre sacerdotes fanáticos. Pero, por supuesto, esos pasajes no los tradujeron. Yo podría sostener que lo que escribí era un ataque subrepticio a nuestros dirigentes. Pero no lo era. Simplemente fue una necedad. En esa época yo ignoraba… aunque tendría que haberlo sabido… cómo una simple palabra podía inflamar los ánimos de las masas de un modo que yo despreciaba y desprecio. Soy científico. No tengo un gran respeto por el poder de las palabras.

—Niko Tinbergen estuvo en un campo de concentración en Holanda —señaló Wijnnobel.

—Lo sé, y lo siento. Se intentó conseguir su libertad, pero él se negó a considerarlo. Fue él el que no quiso.

—Creo que va a haber problemas, si usted habla. Creo que desde un principio se proponían causar problemas y que sólo están esperando su aparición.

—Tengo la intención de hablar sobre cómo la domesticación ha debilitado nuestro coraje y desnaturalizado a nuestros hijos. No puedo dejar de hablar porque una vez escribí algo equivocado. Eso equivaldría a agravar un error con otro.

—No puedo garantizar que no habrá… problemas, mayores o menores.

—¿Me está pidiendo que no hable?

—No, de ninguna manera. Creo en el derecho a hablar libremente y a ser escuchado. —Lanzó una pequeña risita—. Lo que digo es que no puedo garantizar hasta qué punto van a escucharlo.

El auditorio estaba atestado de gente. Por encima de las cabezas alineadas, el aliento condensado parecía bullir. El cartel de la puerta, que anunciaba la conferencia de Eichenbaum sobre «Domesticación y deshumanización, instinto contra cultura, ontogenia y filogenia», lo habían untado todo con algo marrón. No obstante, el rector y el etólogo se presentaron puntualmente en el estrado. Eichenbaum había decidido vestirse de marrón, con un traje marrón arrugado y un tanto polvoriento y una camisa color crema que no era de su medida y que hacía resaltar el cuello, bronceado y grueso, por debajo de la barba en abanico. La blanca mata de pelo blanco brillaba bajo las luces del escenario.

Wijnnobel dijo sin rodeos que conocía las controversias que suscitaban las apasionadas opiniones de Eichenbaum. Pero que éstas no eran tan sencillas. Aquellos que rechazaban su postura con respecto a la naturaleza y la influencia del medio ambiente seguramente debían de admirar su postura contra la contaminación ambiental, un tema sobre el que había hecho tempranas advertencias que habían resultado proféticas. Una universidad era un lugar de discusión y debate, y lo complacía comprobar cuántos se habían dado cita para oír a quien era tanto un pensador independiente como un verdadero científico experimental y una personalidad polémica y sin inhibiciones.

Cuando Wijnnobel se sentó, se oyó un resonar de tambores. Eichenbaum avanzó pesadamente y asió el micrófono.

—Voy a hablar sobre manadas, grupos, multitudes, rebaños e individuos… —comenzó.

De hecho eso fue todo —o casi todo— lo que llegó a oírse de la conferencia que cerraba el ciclo, pues la sala estalló en gritos y chillidos mientras, en el exterior, los manifestantes de Jonty Surtees invadían el campus cantando, gritando, bailando y tocando música. Se habían organizado bien y llegaban en olas desde todas direcciones, desde el campamento y desde la carretera que conducía al pueblo. Llevaban toda clase de disfraces: había bacantes y soldados de plomo, verdugos enmascarados y demonios de carnaval, elfos y brujas y magos y gigantescos gallos de *commedia dell'arte*. Había tambores y platillos, flautas de Pan y guitarras. Había pancartas: «Abajo la escuela», «El pensamiento de Mao es la

verdad», «Hierba libre», «Goza de la lluvia», «La libertad de palabra es un fetichismo», «Abajo el sistema», «No más gramática», «No más matemáticas», «No más vivisecciones».

Cantaban:

Somos uno somos muchos, somos muchos somos uno.
Somos rifle somos bala, somos bala somos rifle.
Podemos mataros y devolveros la vida, somos dios cuando os vais.

También cantaban:

Los hombres de metal con sus batas blancas
en habitaciones cerradas con los ojos cerrados
fabrican la muerte de metal con garras de metal
ocultan el sol en el cielo.

Los niños danzan libres en los bosques
huelen el sol y la lluvia…

Cantaban asimismo la canción de guerra de los hombres árbol de Tolkien, los Ents:

Aunque Isengard sea fuerte y dura, fría como la piedra y desnuda como el hueso.
Partimos, partimos, partimos a la guerra,

a romper la piedra y derribar la puerta.

Theobald Eichenbaum se irguió, aferró con fuerza el micrófono y elevó la voz.

—Nuestra cultura ha vuelto infantiles a los jóvenes —dijo— y ha puesto a una generación contra otra como si pertenecieran a razas distintas…

Era poco probable que alguien estuviera escuchándolo, pues habían empezado a arrojar cosas por el aire. Huevos, frescos y podridos, frutas, libros, algunas piedras y unos extraños amuletos hechos con manojos de flores, guirnaldas de brionias y dulcamaras, carrizos y correhuelas, neguillas y amapolas marchitas.

Los manifestantes irrumpieron en el auditorio. Jonty Surtees, con un práctico pantalón azul de dril, y
Paul-Zag,
de plateado y llevando su guitarra adornada con cintas rojas y amarillas, aparecieron en el fondo de la sala. Paul rasgueó su guitarra y se echó a cantar: «Somos uno somos muchos, somos muchos somos uno».

Surtees avanzó entre las filas de asientos en dirección a Eichenbaum, que por el momento gozaba de la ventaja de estar a mayor altura y en posesión del micrófono. Las luces de la sala estaban apagadas, y un único foco alumbraba la cara de Eichenbaum, contraída de furia. El etólogo se inclinó sobre Surtees y masculló:

—Ya veo lo que es usted. ¿Sabe cuál es la manada más repugnante? La de ratas, la de ratas domesticadas y cautivas. Usted sabe muy bien quién es: un flautista de Hamelin llevando a la rastra una turba de niños desnaturalizados…

Con un salto ágil y seguro, Jonty Surtees subió a la plataforma y forcejeó con el profesor, quien resistió por unos instantes gracias a la ventaja de su peso y de estar bien afirmado sobre los pies, pero sólo por unos instantes. Surtees le arrancó el micrófono de las manos y gritó por él:

—¡Nadie va a escucharlo, vejestorio, nadie quiere escucharlo!

Alzó el micrófono sobre su cabeza y giró rápidamente, dejando un rastro de chispas.

—¡La libertad empieza aquí y ahora! —vociferó y, con un certero golpe de micrófono, derribó a Eichenbaum.

El aparato emitió un agudo chirrido y dejó de funcionar. En la primera fila de butacas, Wijnnobel se inclinó hacia Hodgkiss.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo.

—Primero tenemos que salir de aquí, y por ahora es imposible.

En la sala se había desatado la lucha, en su mayor parte como resultado del encuentro entre quienes pugnaban por entrar y aquellos de dentro que querían salir (al menos, los que no se habían vuelto súbitamente combativos). Hubo empellones, pisotones y cosas peores. Hodgkiss trepó al estrado y, haciendo caso omiso de Surtees, se agachó para comprobar la respiración de Eichenbaum. Surtees sonreía.

—¿Por qué hacéis esto? —dijo Hodgkiss, mientras le enjugaba el rostro a Eichenbaum con un pañuelo.

—Y vosotros, ¿cómo podéis ser tan estúpidos? —replicó Surtees, que saltó de la plataforma y se perdió entre la muchedumbre.

Como la universidad tuvo que reconocer con tristeza, todo estuvo muy bien organizado. Los muñecos se colgaron frente a la Torre de la Evolución, la Torre del Lenguaje y la Torre de Matemáticas. Para cuando las autoridades consiguieron salir del teatro, abriéndose paso a empellones o escabullándose, las efigies ardían en medio de un hedor a gasolina y un gran estruendo, musical y no musical. Wijnnobel, que se apresuraba para ir al encuentro de la policía, a quien ya había llamado aunque demoraría un poco en llegar, se encontró de pronto detrás de una multitud que bailaba mientras lo observaba arder. Su propia cara afilada lo miraba desde arriba a través de un humo espeso y ominosas llamas. El equipo del centro sanitario de la universidad se cruzó con él a la carrera, presumiblemente para ir a atender a Eichenbaum, sin que nadie les cerrara el paso.

Venimos, venimos con cuernos y tambores: ¡ta-rûna rûna rûna rom!

Por todo el campo estallaban fuegos y peleas.

Alguien arrojó un cóctel molotov a través de una ventana de la Torre del Lenguaje.

Wijnnobel se las había ingeniado para encerrarse en el despacho del decano y hablar por teléfono con la policía y el cuerpo de bomberos. La policía quiso saber si tendrían problemas para entrar, y el rector contestó que sí, que debían venir preparados. Había muchísimos más manifestantes que los que la universidad por sí sola habría podido reunir.

Fue Frederica Potter la que vio el fuego en las ventanas de la vieja casa de Long Royston. Las cortinas estaban en llamas, si bien no había manifestantes agolpados fuera. Demoró unos minutos en encontrar al rector y a algunos de los profesores, que echaron a correr a través del parque. Frederica corría con ellos, seguida de Wilkie. La puerta del frente se hallaba abierta. En el vestíbulo ardían unos fuegos pequeños: unos cuidados montoncitos de libros que se quemaban lentamente y que Frederica reconoció al punto. La destrucción de libros de John Latham. Una forma de arte.

Alguien había prendido fuego a las colgaduras del lecho del dormitorio isabelino. La cama estaba en llamas, y el cielo raso, con su pintura de *La muerte de Jacinto*, se había desplomado sobre ella. Con ayuda de extintores consiguieron apagar el fuego, aunque no sin causar más daño aún a los antiguos bordados y tallas. Entre los que se habían reunido en la casa se hallaba su propietario, Matthew Crowe, con batín y chinelas.

—¿Alguien ha visto a mi esposa? —preguntó Wijnnobel.

—Estaba aquí, Gerard —repuso Crowe—, estaba aquí.

—La vieron… lo siento, rector… la vieron marchando con los manifestantes —dijo Willde—. Cuando irrumpieron en el campus. Con uno de los grupos de cantantes.

Wijnnobel se encontraba de pie en medio de la cámara incendiada.

—Hay que encontrarla. Tengo que encontrarla. ¿Alguien la ha visto hace poco?

Nadie lo había hecho. Frederica dijo que sabía quién quemaba montoncitos de libros como ése (había uno a los pies de la cama).

Era una costumbre de Paul Ottokar. No dijo que *lady* Wijnnobel marchaba detrás de
Paul-Zag,
pero no se le escapaba que el rector lo sabía.

—Hay muchísimas cosas que necesitan atención —dijo Wijnnobel—, y desde luego el paradero de mi esposa sólo es una de ellas, y no la más importante. Pero estaré muy agradecido si quienquiera que la encuentre me lo hace saber, y más agradecido aún si logra persuadirla para que venga aquí, para que vuelva… a casa.

Mientras recorría Long Royston, buscando concienzudamente a su esposa, Wijnnobel oyó ruidos en la antecámara donde se hallaban las piezas de museo. Ruidos a cristales rotos. Apresuró el paso hacia allí y se dio de bruces con un grupo de sus propios estudiantes, dedicados a destrozar las cajas de vidrio con las pértigas de las pancartas. Algunos iban borrachos; entre ellos se contaba Maggie Cringle, la cual, vestida como una heroína del *Dr. Who,* aporreaba con poco éxito la caja que contenía las reliquias de *Astraea* valiéndose de un cartel que rezaba: «¿Qué queremos? Estudios culturales. No más aprendizaje de memoria».

Nick Tewfell gesticulaba en medio del grupo. De hecho, siendo como era respetuoso de las leyes, lo que intentaba era detenerlos. Agitaba una pancarta que decía: «Romped los cepos de la mente. No más gramática y matemáticas obligatorias».

Wijnnobel avanzó hacia él.

—¡Detenga esto! —dijo—. Usted es historiador. Debería saber adónde conduce la quema de libros.

—Esto es una revolución —contestó Nick Tewfell.

—Una revolución… ¿contra qué? —replicó Wijnnobel, acercándose, mientras sentía que la oscuridad se apoderaba de su mente.

Tenía la impresión de que se había equivocado en todas las decisiones que había tomado. Quería golpear a alguien, y era un sentimiento al que no estaba habituado.

—Contra usted —dijo Nick Tewfell, haciendo ondear su pancarta.

El rector agitó los brazos ante el grupo, como un granjero ahuyentando a sus gallinas.

—Fuera. Ya habéis hecho suficiente daño. Fuera.

La mayoría de los estudiantes dieron media vuelta y salieron corriendo. Nick Tewfell miró hacia atrás. Quería golpear a alguien, y era un sentimiento al que no estaba habituado. Se volvió hacia el rector y lo miró con furia a través de una de las cajas que habían quedado ilesas, una que contenía dos piezas de cristal del Renacimiento donadas por Matthew Crowe, una copa verde alemana hecha con Waldglas o vidrio forestal, así llamado porque su color verde se debía a los helechos, y una ornada copa francesa con pie helicoidal donde se mostraba la *Expulsión del Paraíso*, con la inscripción *En la sueur de ton visage tu mangeras le pain*[25].

Nick vio al rector reflejado en el cubo de cristal y multiplicado en un sinfín de espectros. Como habría dicho Eichenbaum, tenía dos opciones: luchar o huir. Eligió la primera y, alzando su pancarta, la descargó sobre la caja de vidrio, que se hizo añicos junto con su contenido. Su adversario se inclinó y cogió un puñado de afilados fragmentos. Cerró los dedos sobre ellos y alzó la mano sangrante hacia Nick Tewfell.

—Fuera. Fuera —dijo gesticulando.

Muchos años más tarde, cuando Tewfell era ministro del gobierno de Tony Blair, aún se despertaba por las noches y rememoraba este momento, la caja intacta, las brillantes copas intactas, la caja rota, los fragmentos de cristal, el hombre alto de rostro sombrío con los dedos sangrantes, el extraño baile de la luz en la habitación debido a las linternas del exterior, y el fuego que llameaba en sus propios ojos. Lo curioso del asunto era que el rector nunca había dicho a nadie quién había roto las copas. Y durante unos años lo odió por ello. Pero luego, cuando pasó el tiempo, casi llegó a amarlo. Comprendió que, en cierto modo, había acabado por parecerse a él.

En otra parte del campus, Deborah Ritter había encabezado una incursión para liberar a los animales cautivos. El Centro de Investigación Zoológica era un edificio cilíndrico con un jardín

cuadrangular en el interior. Los rescatadores irrumpieron en los laboratorios y abrieron jaulas y corrales. Dieron vuelta a tanques de vidrio y desataron a una solitaria oveja, que lanzó un bufido y se quedó inmóvil. Trabajaban a la luz de linternas, y sus pequeños focos se sacudían y danzaban mientras ellos rompían candados y quitaban alambres. Una procesión de patos copetudos se paseaba satisfecha por el césped, seguida por unos cuantos conejos y liebres, blancos y manchados, que avanzaban rápidamente a saltos. Mickey Impey, el poeta, recogió varios potes con gusanos y escarabajos y los soltó en el césped. Deborah Ritter, con ojos cambiantes, se acercó a unos recipientes apilados que contenían ratas blancas. Las ratas la miraron a su vez, y sus ojos —¡venid a ver esto!, gritó ella— eran maravillosos cristales rosados, ópalos con llamas carmesí sobre un fondo de puntiagudos carámbanos blancos de pelo.

Marchaos, queridas, gritó Deborah Ritter, marchaos y vivid vuestra vida. Ladeó los recipientes para hacerlas caer al suelo, donde quedaron encogidas de miedo por un momento para luego empezar a explorar el entorno. Vació una jaula de ratones entre ellas. Una rata gruñó, y los ratones salieron disparados. Mickey Impey, que abría una caja, se vio sorprendido por un chillido y una boca de dientes amarillos que se cerró sobre su dedo. Con una sacudida, arrojó a la furiosa criatura al suelo. Diez días más tarde la herida comenzó a ulcerarse y segregar pus. La mano se le hinchó, el brazo y el hombro se llenaron de bultos y se pusieron azules. Estuvo un mes entero en el hospital y escribió algunos poemas sobre las enfermeras nocturnas y los quejidos que sonaban en la oscuridad.

Waltraut Ross dejó en libertad a varios gatos vendados; unos se alejaron tranquilamente, otros dieron unos pasos tambaleantes, y uno se desplomó y se quedó inmóvil en el suelo.

Abrieron las jaulas de los pájaros, que revolotearon en bandadas y se perdieron en la noche. De todos los animales liberados, éstos fueron los que más satisfacción procuraron pues pudieron ir más allá del jardín, el patio y los corredores circundantes.

Alguien puso sobre aviso a Christopher Cobb, quien buscó ayuda y encontró a Vincent Hodgkiss y Marcus Potter. Cuando llegaron al Centro de Investigación, los juerguistas —o rescatadores— se

habían marchado. El césped, el piso del laboratorio y los estantes hormigueaban de vida. Cientos de polluelos recién salidos del cascarón corrían por los corredores piando con desesperación. La máquina de café era una masa palpitante de hormigas. En la oscuridad se oían cacareos, graznidos y siseos. Inmóvil frente a las jaulas de sus pinzones, Christopher Cobb alzó los brazos al cielo, como si invocara a los desaparecidos pájaros cantores. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y Hodgkiss no supo si se lamentaba por las criaturas que conocía o por los años de trabajo experimental perdidos, o por ambas cosas. Un gato mosqueado con la panza afeitada pasó junto a ellos, con un ratón negro más muerto que vivo atrapado en las fauces.

—Algunos de estos animales son muy peligrosos —dijo Cobb—. Sólo Dios sabe por dónde habría que empezar. Tendremos que matar a muchos…

Las luces se apagaron, se apagaron en todo el edificio, que pareció soltar un suspiro y sumirse en la oscuridad.

—Quedaos aquí —pidió Cobb—. Intentad que no salga ningún bicho y que no entre nadie. Traeré a los bomberos o a quien sea. Cuidado con las mordeduras.

Vincent y Marcus, que no eran muy amigos de los animales ni muy competentes físicamente, preguntaron si tenían que tratar de hacer volver a los animales.

—No. Vigilad la puerta. Tened cuidado con las ratas. No había más que una serpiente. No sé dónde estará, pero es inofensiva, una criatura encantadora.

Y con esto se marchó.

Vincent y Marcus se sentaron lado a lado en el césped, junto a la puerta. Escudriñaban la oscuridad llenos de aprensión, sintiendo a su alrededor crujidos, susurros y chirridos. En el aire flotaba un hedor a serrín sucio y un olor que Hodgkiss pensó que era a formol. Miró hacia arriba. Por encima del patio, en la oscura noche de verano, brillaba la tenue curva de la luna nueva.

—Me equivoqué en todo. Tendría que haber sido severo. Tendría que haberlos dispersado desde un principio.

—Entonces habrían ganado.

—Pero todo esto… toda esta destrucción…

—Si la gente quiere causar daño, tarde o temprano lo consigue.

Permanecieron sentados en silencio. Un gallito joven, blanco, muy grande y en bastante mal estado, avanzó hacia ellos con su roja cresta dentada y sus trémulas carúnculas, y retrocedió. Arrastraba las plumas de la cola por el suelo, pero lo realmente desagradable era su cuello, picoteado y sin plumas y de un rojo brillante, que se alzaba del plumoso pecho. Entró en su campo de visión, los vio a su vez, ladeó la cabeza para fijar en ellos un ojo amarillo y enloquecido, y retrocedió cacareando.

—Un macho no agresivo —dijo Hodgkiss con acento lóbrego.

Marcus comentó que, viéndolos en esas condiciones, se hacía evidente su relación con los dinosaurios. El pico y la cresta, las escamas y el cuello serpenteante. Era muy curioso, dijo. Marcus parecía mucho menos incómodo en la oscuridad de lo que Hodgkiss habría imaginado. No trataban de mirarse; simplemente permanecían uno al lado del otro, con la vista clavada en el césped gris y en las vagas formas que se escurrían por éste. Hodgkiss vio algo que se movía con una mezcla de salto y bamboleo, y sonrió para sí.

—¿Es un pato o un conejo? —le preguntó a su amado—. Hay toda clase de personas y criaturas que están a mitad de camino de dos categorías. Patos conejo. Gallos dinosaurio. Gallinas que cacarean como gallos.

Movió la mano sobre las oscuras briznas de hierba, como una criatura ciega que tanteara su camino, hasta que sus dedos encontraron los largos y delicados dedos que llevaba meses observando. Y, en la oscuridad, los dedos no se encogieron, no se retiraron. Tocaron, y asieron.

—He estado soñando contigo —dijo la suave voz de Marcus, con calma—. Sueños muy agradables. Creo que… en sueños sabemos… quiénes somos, qué somos…

—Creo que cambiamos infinitamente de forma… en sueños… —repuso Vincent Hodgkiss, apretando la delgada mano, que le devolvió el apretón.

Hodgkiss se aproximó hasta que su fuerte muslo quedó junto al otro delgado. Ansiaba tocar el pelo de Marcus, pero no quería soltar la mano que tenía asida. Con esto basta de momento, pensó. Por ahora es bastante, mucho más de lo que había esperado.

Wilkie tomaba fotos de los fuegos y los danzantes, ayudado por el equipo de la televisión que había estado trabajando en la grabación del ciclo de conferencias. Frederica, ocupada en llevar mensajes desde las habitaciones de Long Royston cubiertas de cenizas húmedas hasta la caótica administración de la universidad, vio una voluminosa figura envuelta en una capa negra, que corría por el camino de Long Royston alejándose del edificio. Que se vaya, pensó, pero entonces recordó el rostro de Gerard Wijnnobel y fue en su persecución. Por desgracia, Eva Wijnnobel le llevaba una considerable ventaja y, cosa sorprendente, corría a gran velocidad. Frederica miró a su alrededor y vio a Luk Lysgaard-Peacock.

—Se escapa —dijo sin aliento.

—¿Quién se escapa?

—Esa mujer, la esposa de Wijnnobel.

—¿Por qué dices que se escapa?

—Porque tomó parte en esto. Estaba con los manifestantes. Estoy segura de que encendió… que ayudó a encender en Long Royston esos fuegos de John Latham.

—¿Quién es John Latham?

—El rector nos pidió que la buscáramos. Que la hiciéramos volver.

—Podemos ir en mi coche. La policía está vigilando algunas salidas, pero no son suficientes. Me dejarán pasar. La alcanzaremos e intentaremos convencerla para que vuelva. Sabes que está loca, ¿no?

—Bueno, ésa es la causa. Él ha sido… maravilloso. Y todo se le está derrumbando encima, literalmente. Tenemos que ayudarlo. Tenemos que conseguir que vuelva.

—Si a eso lo llamas ayudar… —replicó Luk con sorna.

Para cuando su coche salió por la puerta de Long Royston, no había señal alguna de *lady* Wijnnobel. Y entonces Frederica vio, más adelante en la carretera, una camioneta blanca familiar.

—Ése es Elvet Gander —dijo—. No lo he visto en toda la noche. No estaba aquí, y es extraño.

Dos figuras, una negra y otra resplandeciente, salieron al camino desde detrás de un seto e hicieron señas a la camioneta, que se detuvo. En cuanto subieron, el coche giró y se alejó traqueteando por la carretera que llevaba a los páramos.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. ¿Adónde se dirigen?

—Es fácil suponerlo, pero si quieres podemos seguirlos y comprobarlo. ¿Te apetece un paseo nocturno por los páramos?

—¿Por qué no? —contestó Frederica.

—Disculpa todos estos bártulos ruidosos. Son para mis caracoles. La verdad es que no he tenido mucho tiempo, ni ganas, para ordenar el coche.

—No te preocupes —repuso Frederica, que se sentía más animada a medida que se alejaban del caos de la universidad.

La camioneta blanca continuaba subiendo en dirección a la carretera alta de los páramos, seguida a discreta distancia por el pequeño Renault azul de Luk. Si el conductor de la camioneta había advertido que los seguían, no por ello había acelerado ni se había desviado de su ruta. Aunque, a decir verdad, no había desvío posible de la carretera que discurría a lo largo de la cresta de los páramos. Frederica se inclinó hacia adelante, ansiosa. Luk le dijo que se calmara.

—No sé qué piensas hacer.

—Yo tampoco lo sé.

Al fin la camioneta se detuvo frente a la puerta de Dun Vale. Alguien bajó del coche —los faros delanteros iluminaron la coronilla calva de Elvet Gander— y abrió la puerta para que la camioneta entrara, tras lo cual volvió a cerrarla. Luk se había parado a cierta distancia. Imaginó que Gander inclinaba la cabeza con ceremoniosa ironía antes de desaparecer tras la puerta.

—¿Y ahora qué?

—Ahora volvemos y le decimos al rector dónde está su esposa —repuso Frederica.

—Tengo una idea mejor. Vamos a mi cabaña, que no está lejos, y telefoneamos a la universidad. Y comemos algo. No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre.

Luk pensó que, si llevaba a Loderby a otra mujer —a cualquier mujer, incluso a ésta, que le inspiraba sentimientos que alternaban entre el desagrado y la sensación de estar en medio de una tregua en una batalla—, de un modo u otro conseguiría exorcizar el penoso

recuerdo de su cortejo de Jacqueline, que ahora le parecía absurdo. Frederica pensó que, dado el curso que estaba tomando su vida y dado que lo había soñado, tal vez Luk se propusiera hacer el amor con ella. Eran épocas de nueva libertad sexual en que resultaba mucho más probable acabar haciendo el amor que no haciéndolo. Como había pasado por ello muchas veces, Frederica pensó también que, si aquello era un comienzo, era el comienzo de un fin. Lo lamentó, porque se había sentido muy interesada por su conferencia y por su apasionamiento, y de pronto lanzó una risita al recordar el tema de la ponencia.

—¿De qué te ríes?

—Estaba pensando en tu conferencia.

—Ah.

—Fue brillante.

—Gracias.

—Tendría que haber sido deprimente, y fue todo lo contrario.

—Gracias.

Bajaron del coche en medio de la oscuridad, y Luk sacó las llaves. Explicó que hacía cierto tiempo que no iba por la cabaña, y encendió algunas luces. Dijo que telefonearía a la universidad, buscó una botella de vino y le sirvió un vaso a Frederica.

—Estás en tu casa —dijo, haciendo un gesto vago con la mano —. Enciende unas velas. Esto es muy tétrico con luz eléctrica.

Se sentó junto al teléfono, en el estrecho vestíbulo, y dio comienzo a lo que sería un largo y paciente intento por comunicarse con la cercada universidad. Las líneas estaban ocupadas o desconectadas. Trató alternativamente de comunicarse con Vincent Hodgkiss, sin éxito. A su espalda, oyó que Frederica Potter iba al cuarto de baño. Oyó cómo corría el agua del lavabo. La oyó bajar la escalera y deambular por la cocina y el estudio. Se preguntó si ella querría o no, si lo haría. Parecía muy satisfecha consigo misma. Engreída. Haría lo que le viniera en gana. Y él ¿estaba dispuesto a ser lo que a ella le gustara? Al fin consiguió comunicarse con un policía que patrullaba el campus con un *walkie-talkie*, y le encomendó que transmitiera el mensaje de que habían visto a *lady* Wijnnobel entrar en Dun Vale. Acompañada de Elvet Gander, el

psicoanalista. Y del cantante, Paul Ottokar. Sí, eso era todo.

Frederica no había hecho nada femenino para que las cosas fueran más confortables, excepto encender velas y apagar las lámparas, como él le había indicado. Se paseaba arriba y abajo y cogía cosas, el cráneo, las conchas, las plumas, para luego dejarlas otra vez en su lugar.

—Parece el refugio de un pájaro de glorieta. Perdona, fue lo que me vino a la mente. La verdad es que me encantan las plumas de pavo real y las lunarias que hay en el recodo de la escalera. Son realmente hermosas.

—Traen mala suerte.

—Creí que estabas en contra de la astrología, la superstición y todo eso. Las plumas de pavo real son algo increíble y bellísimo. Recuerdo lo que dijiste sobre Darwin, que se sentía enfermo cada vez que las veía. Y no creo que puedas imaginar una explicación evolutiva adecuada para todos estos colores, este brillo, esa profusión de ojos. Los he visto abriendo la cola en abanico; Crowe tiene algunos. Las plumas crujen, y tiemblan, y se alzan, y susurran… —Se rió—. Es ridículo, pero uno se queda sin respiración. Siempre.

Luk la miró: delgada, huesuda, enérgica, con la luz de las velas reflejada en la mata de pelo pelirrojo.

—Estás cubierta de cenizas y parece como si hubieras metido la cara en una fogata. ¿No te gustaría un baño?

—¿Tienes agua caliente?

—Por supuesto. Tengo un calentador de gas; calienta al instante. Voy a encenderlo y te daré una toalla. Y mientras tanto te preparé algo de comer. No será gran cosa… sólo tengo provisiones de emergencia… pero me siento como si no comiera desde hace una semana.

—Yo también.

Llevaba un elegante vestido de fiesta ceñido, de seda marrón irisada. Estaba desgarrado en el cuello y manchado con agua y humo.

—Puedo dejarte un batán. Es como en una mala película.

—Sí, ¿no es cierto? Es divertido, ¿no?

La falta de seguridad de ella lo llenó de confianza.
—Sí, ya lo creo. Ve a darte un baño.

Encontró pan de centeno envasado, una lata de jamón, un frasco de aceitunas, una lata de cerezas. Encontró asimismo varias botellas de vino, y se afanó con sacacorchos y abrelatas. Oía los sonidos de la carne femenina bajo el agua, el golpeteo del calentador, el apagado gorgoteo del viejo desagüe. Ella bajó aún húmeda, envuelta en su batán gris, con el pelo mojado rozándole los hombros, la cara más delgada, más normal, más real sin rímel en las pestañas y sin sombra de ojos iridiscente.
—Tuve que lavarme el pelo. Estaba lleno de cosas horribles.
—Puedo fregártelo si quieres.
—Ya hice lo que pude, gracias. Se secará solo.

Frederica comió con voracidad, encorvada en su silla, y habría comido más si hubiera habido qué. Luk recordó la provisión de chocolates y mentas de Kendal que guardaba para sus excursiones de estudio de los caracoles, y cortó unos cuantos trozos para ambos. Le llenaba el vaso con frecuencia, y ella bebía con absoluta temeridad, lo que habría sido una buena señal si él hubiera estado seguro de lo que quería o de cómo lo quería, pensó, con la mente un tanto confusa pues él también había bebido bastante.
—¿Y bien? —dijo él.
Éste es el fin del cortejo, pensó Frederica, y el comienzo del sexo, y el fin de, el fin de, el fin.

Fue un buen sexo, pese al vino. Luk se mostró impetuoso, muy eficaz y, luego, (razonablemente) agradecido. A Frederica le gustó Luk, le gustó la excitación de sus movimientos y su olor, tan nuevos y desconocidos. Le gustaron su pelo y su barba. Sintió tristeza y le dijo un tanto vacilante, con la boca pegada a su oído:
—Soñé contigo.
Luk la besó en la boca.
—No habrá sido nada agradable, supongo.

Ella no contestó.

Durmieron enredados, como si los cuerpos se pertenecieran uno al otro. Por la mañana se comportaron con formalidad y prudencia, con esa cortesía a que suelen recurrir los humanos adultos para manifestar que no han utilizado a otro humano a fin de satisfacer propósitos egoístas. No había leche ni mantequilla, así que se conformaron con café solo y más pan de centeno.

Frederica habló con sensatez del derrumbe de Theobald Eichenbaum. Dijo que había leído el panfleto, y que sin duda el artículo era muy desagradable, pero que —seguramente como muchos otros— creía que, de no haber sido por la gracia divina…

Luk replicó que él no creía en Dios ni en su gracia, y que las cosas se veían de otro modo si uno era europeo, porque allí la gente había tenido que tomar decisiones muy difíciles y los demás lo recordaban. Dijo que su padre era uno de los pocos daneses que habían luchado de verdad en la Resistencia. Se había entrenado en el ejército británico y había vuelto con las tropas de choque, se había lanzado en paracaídas. No era nada tolerante con los que habían contemporizado con los alemanes… y luego afirmaban que no lo habían hecho.

—¿Fue así como llegaste a ser medio inglés?

—No exactamente. Mis padres se conocieron cuando ambos eran misioneros cristianos en Etiopía. Por eso él volvió aquí.

—¿Aún viven?

—Sí, claro. Y siguen siendo muy cristianos. Si no acepté trabajar en Copenhague fue porque no soporto estar tan cerca de todo eso.

Hablaba sin mirarla. Allí no se trataba de dos amantes que empiezan a compartir su pasado. Frederica pensó que él estaba inmerso en alguna batalla particular, alguna maraña particular. Y no tenía ningún interés por ella, no había preguntado nada sobre John Ottokar ni nada… nada…

—Wijnnobel es europeo. Conoció a Tinbergen, que pasó la guerra en un campo de concentración y se negó a que lo dejaran en libertad como un privilegio. Pinsky perdió a buena parte de su familia en los campos de la muerte. Ellos no perdonan, aunque hayan decidido olvidar todo.

—Eichenbaum estuvo prisionero. Ya pagó.

—Estuvo prisionero de los rusos. Por haber estado en el ejército alemán, al final. Hay pagos y pagos.

Después del desayuno emprendieron el regreso. Luk llevó a Frederica hasta la puerta de la casa de sus padres y dijo que iría a echar una mano con la evaluación de los daños. La besó suavemente con aire distraído y dijo:

—Gracias.

Gracias es el fin, pensó Frederica mientras entraba en la casa. Gracias. Gracias por haberme dejado usar tu cuerpo. Muchas gracias.

Vincent Hodgkiss y Marcus Potter tomaban el desayuno en el piso de Vincent y no podían dejar de sonreír.

—¿No lo lamentas? —preguntó Vincent.

—Sabes bien que no —contestó Marcus.

El rector se presentó en la reunión del consejo de la universidad con las manos vendadas. Hizo un resumen claro y objetivo de los daños, tanto económicos como materiales. Dijo que se habían cometido errores, y los de él no habían sido los menores, y que ahora las cosas estaban en gran medida en manos de la policía. Abraham Calder-Fluss intervino para decir que quería que quedara constancia del enorme éxito alcanzado por el ciclo de conferencias, hasta que se había visto interrumpido desde el exterior. No tenían que olvidarlo.

El profesor de sociología dijo que, en vista del gran gasto que requeriría la reparación de los edificios y de los intensos sentimientos de los estudiantes, lo más sensato sería reconsiderar el año preparatorio de matemáticas y lenguas. Constituía algo anómalo en la educación británica y generaba malestar. A su juicio, había que desecharlo. Igualmente podían seguir ofreciéndose cursos de formación cultural…

—Veo que los delegados de los estudiantes no están presentes —

señaló Lyon Bowman.

—Sé que se han filmado algunos de los… sucesos —dijo Calder-Fluss—. Si bien no puede negarse que la filmación será de gran ayuda en las investigaciones policiales, espero que se los pueda persuadir para que no hagan públicos ciertos penosos momentos, ciertos… asuntos.

—La tenemos filmada —dijo Wilkie—. Avanzando con su capa negra y una enorme vara, y haciendo señas a los demás para que siguieran adelante.

—Pero… ¡no puedes usar eso! —exclamó Frederica.

—Es el sueño de cualquier reportero.

—Tú no eres reportero. Y con eso lo destruirás.

—Fue él el que se equivocó de medio a medio.

—No, fueron ellos los que prepararon bien las cosas.

—Fue una campaña planeada con cuidado. No podía acabar bien. Desaparecieron del mapa, con caravanas y todo. Levantaron campamento, y se terminó la antiuniversidad.

—Ya irán a armar jaleo a alguna otra parte. Wilkie, por favor, no la pases por la tele. Él… hizo bien en dejarla hacer lo que quería. No se merece que lo castiguen por eso.

—Es una noticia. La gente tiene derecho…

—No, no es una noticia. No son más que ansias de sangre.

—Es una escena fabulosa —dijo Wilkie—. Pero está bien, la eliminaré. Antes te dejaré verla.

—No quiero verla. No quiero tener a esa mujer en la cabeza. Es peligrosa.

25

El tiempo siguió su curso. Los sucesos de la Batalla, como dio en llamarse lo ocurrido, pasaron a engrosar la leyenda, y la universidad emprendió sus obras de reparación. Luk publicó su ensayo en *Nature*, el cual fue reseñado por una publicación dominical que lo presentó como un defensor de la predestinación genética y un pesimista moral. Wilkie le dijo a Frederica que tenían que llevarlo al programa para que hablara sobre su trabajo, pero ella se mostró en desacuerdo. No era una buena idea, porque él los consideraba frívolos y no querría ir. De hecho, Luk había empezado a lograr cierto éxito en debates públicos y en la radio, y estaba esperando la invitación de la televisión, invitación que no llegó. Tanto Frederica como Luk pensaban de vez en cuando en la noche que habían compartido, con el incendio aún vivido en la memoria, y el recuerdo fue cambiando de forma en su mente. Luk sentía un repentino remordimiento cuando evocaba a la mujer desnuda con el cabello húmedo, inclinada sobre sus conchas de caracol, pero ignoraba el porqué de tal sentimiento, de modo que lo sepultó en el pozo de la inconsciencia. Frederica dejó que Agatha y Daniel creyeran que su inusitada merma de confianza y energía era consecuencia del fracaso de su relación con John Ottokar, como lo era en realidad en parte. Se compró una camisa estampada con plumas de pavo real, y luego no la usó. Sin meditar demasiado en ello, se habituó a la abstinencia sexual. Mejoró su desempeño como entrevistadora de televisión y extendió su campo de acción a otros programas sobre arte. Su desempeño mejoraba, así como desde un principio había sido bueno, porque no era ansiosa ni se sentía intimidada. No era algo que la preocupara.

A comienzos del siguiente año académico, a finales de septiembre de 1969, Frederica invitó a Alexander Wedderburn y a Daniel a cenar en su casa de Hamelin Square. Saskia y Leo habían quedado a su cuidado, como antes habían quedado a cargo de Agatha cuando ella había viajado para asistir al ciclo de conferencias. Agatha se encontraba fuera, en un congreso sobre juntas examinadoras y la delicada cuestión de asegurar una equidad de juicio. Frederica le comentó a Alexander que creía que su estilo de vida estaba a punto de llegar a su fin.

—¿Por qué? Por lo que se ve, es un buen estilo de vida.

—Bueno, parece que Agatha se va a hacer muy rica. Rupert Parrott me ha dicho que *Huida hacia el norte* está haciendo una fortuna. Lo reimprimen una y otra vez. Todo el mundo lo lee. Niños y adultos. Conservadores y revolucionarios. Los adultos rememoran su infancia, y a los niños los atrae la historia. Saskia y Leo se han llenado de gloria en la escuela. Lo malo es que no veo cómo una mujer tan rica va a querer seguir viviendo en este desolado barrio del sur de Londres.

—He advertido que se está aburguesando. Ahora hay llamadores de bronce y postigos, y jardineras en las ventanas de toda la calle.

—¿Lo has hablado con Agatha? —preguntó Daniel.

—No. Es asunto de ella, no mío.

—Sois una familia. Muy particular, con dos mujeres y dos niños, pero sin duda es una familia. No va a querer deshacerla.

—Como sea, yo no voy a poder permitirme su estilo de vida.

—No veo que lo haya cambiado —dijo Daniel.

Daniel tenía sus propias preocupaciones. Su hijo, Will, que nunca había sido un estudiante brillante pero sí siempre satisfactorio, y siempre sometido a la vigilancia pedagógica de su abuelo, de buenas a primeras había fracasado en todos sus exámenes. Para peor, los profesores de Mary consideraban que ésta mostraba signos de una inteligencia fuera de lo común —como su madre, pensó Daniel— y la habían adelantado un año con respecto a sus compañeros. Al recibir estas noticias, Daniel había viajado a North Yorkshire para intentar hablar con Will, pero todo había sido en vano. Will lo había mirado con irritación, había rebullido inquieto

y, en una ocasión, había estallado y le había hecho acusaciones que, como comprendió Daniel, debían de llevar mucho tiempo atormentándolo. Daniel lo había abandonado cuando era pequeño. A Daniel no le importaba realmente lo que le pasara, sólo le importaban esos desgraciados que atendía en su horrible cripta. Daniel había dejado que su madre muriera. Daniel era un mal religioso, no creía verdaderamente en Dios, no entendía que Dios era supremo y contaba más que los exámenes.

Esta última acusación hirió a Daniel en lo vivo. Dijo que sus creencias eran un asunto personal.

Will replicó, con toda razón y crueldad, que no era así, en realidad. No tenía ningún derecho a ir por ahí dándoselas de religioso puesto que no lo era.

—¿Adónde quieres ir a parar con todo esto? —preguntó Daniel a su hijo.

—A ti no te interesa adónde quiero ir a parar, ni qué pienso, ni qué creo. ¿Alguna vez me hablaste de Dios?

Daniel fue incapaz de contestar.

—Pues no, jamás —dijo Will—. Jamás. Jamás. Jamás. Sólo hablas de los jodidos exámenes, que no importan nada.

—No digas palabrotas. Y los exámenes sí que importan. Y, si eso es lo que quieres, te hablaré de Dios.

—No, no quiero. Hace mucho que pasó el momento en que eso me habría servido. ¿Por qué no vuelves con tus fracasados? Ellos te hacen sentir mejor que yo.

—Will… —dijo Daniel.

Pero el torrente de palabras de Will se había acabado, y fue imposible sacarle nada más.

Alexander le dijo a Frederica que en noviembre se iba a North Yorkshire para poner en escena una obra en Long Royston, a fin de colaborar en la recaudación de fondos para reparar los daños. Los trajes diseñados para *Astraea* habían acabado destruidos por la violencia desatada, y el rector había decidido concentrar la demanda de auxilio en las mismas áreas dañadas.

Probablemente representara algo de Shakespeare. No estaba en condiciones de escribir nada propio porque su inspiración parecía

agotada. Había pensado en *El cuento de invierno*. Transcurría en el interior, por supuesto, ya que era invierno, y trataba sobre el renacimiento tras la tragedia. Muy apropiado.

Frederica comentó que su padre siempre había detestado esa pieza.

¿Por qué?, preguntó Alexander.

Por recurrir a una trama forzada para convertir en comedia una tragedia prescindiendo de los verdaderos sentimientos. Por pasar por alto los sentimientos de una mujer encerrada durante dieciséis años en una tumba, que luego vuelve convenientemente a la vida en forma de estatua.

—«Así nos burla el arte» —concluyó pensativamente Frederica.

Alexander quiso saber la opinión de Daniel. Éste contestó que no conocía la obra, y clavó la vista en el suelo con aire sombrío, como si quisiera atravesarlo con la mirada.

—Espero que tú no la detestes —le dijo Alexander a Frederica—. Estaba pensando en hacer la obra tal como hicimos *Astraea*, con una mayoría de actores aficionados y unos pocos profesionales. ¿Te gustaría actuar?

Frederica vaciló y pasó a sus invitados una fuente de frutas. Uvas negras y ciruelas doradas, granadas y kiwis, mandarinas y grosellas. No he tenido tiempo para hacer un pudín, se disculpó.

Dijo que era demasiado mayor para hacer de Perdita, demasiado joven para hacer de Hermione y no lo bastante fogosa para hacer de Paulina. Y, por alguna razón, había perdido todo deseo de actuar. Aunque reconocía que bien podían decirle que eso era lo que hacía todo el tiempo.

—Tuve una súbita visión de ti como Hermione y de Mary como Perdita —dijo Alexander.

—Me parece inaceptable que mezcles los genes en esto. Lo siento, no quería ser grosera, sólo pensaba en voz alta. Me parece inapropiado. Y no quiero volver a actuar.

Daniel pensó que había algo equivocado en todo aquello, pero se sentía demasiado cansado para preguntar qué era. Quitó las semillas de su fruta, mientras se decía que también Will tenía los genes de Frederica y del beligerante Bill en una de sus mitades. Y su propia

herencia, oscura y agobiante. Maldición.

En una de sus secretas excursiones de otoño para controlar sus caracoles, Luk Lysgaard-Peacock se metió como siempre por la cerca aserrada, pero entonces le llegaron unos sonidos y se detuvo. En aquel punto, dentro de la finca, el terreno ascendía, así que se echó al suelo y se arrastró hacia arriba, hasta asomarse con cautela por encima de un montecillo.

Los oyentes se encontraban reunidos en la tierra chamuscada de lo que habían sido los viejos gallineros, cerca de «su» muro de piedra. Recitaban algo, y se oían ruidos de pedradas.

Contra el muro había una figura de pie, una figura femenina con una especie de túnica blanca con pliegues. Paul-Zag estaba sentado sobre la tapia tocando su guitarra, y John Ottokar, de pie a su lado, tocaba una lúgubre melodía en el clarinete. Los oyentes bailaban arrastrando los pies, con una piedra en la mano, e iban desfilando ante el muro. Al pasar frente a la mujer, arrojaban la piedra en dirección a ella. Por un momento Luk pensó que la estaban lapidando, pero luego vio que no era así, no exactamente. Lo que hacían era amontonar las piedras —muchas de ellas recogidas del muro de los caracoles— rodeando a la mujer, como una especie de barrera o como esos círculos de piedras de los túmulos. La mujer se estremecía —hacía bastante frío— mientras los otros cantaban.

Era muy desagradable.

Luk temió que pudieran acabar por herirla, y dudó si debía quedarse o ir en busca de ayuda.

Al fin le quedó claro que no era ésa su intención. El castigo —si es que se trataba de eso— sólo era simbólico.

Luk se marchó, disgustado.

De Brenda Pincher a Avram Snitkin.

Bueno, aquí sigo, sacrificándome por la causa de la verdadera etnometodología. No me quedan más cintas, así

que tendré que escribirte, porque si no me comunico acabaré absorbida por lo que está pasando aquí. Por más que «comunicarme» no sea la palabra más indicada, dada la naturaleza unilateral de esto; bueno, no es una correspondencia. Pero no quiero pensar en esto. Haré de cuenta que eres real, que estás ahí fuera y que conseguiré hacer salir este «mensaje de náufrago» para que te llegue. Gander sigue saliendo regularmente, y Zag lo hace de vez en cuando. En esas ocasiones aprovechan para realizar algunas compras, y no tenemos más remedio que depender de cuán colocados o no estén, para que recuerden o no lo que tienen que traer (papel higiénico, aspirinas, pilas).

Cada vez trabajamos más duro, comemos menos y adelgazamos más. Limpiamos muchísimo; pero, como quiera que sea —tal vez hay algo subjetivo en esto—, las cosas están cada vez más sucias, la pintura se desconcha y no se restaura, las mantas se deshilachan. Ahora tenemos rituales. Los maniqueos dan gran importancia a los espejos y la luz, y Gander volvió de uno de sus viajes con la camioneta a rebosar de ellos: espejos oscilantes de cuerpo entero, espejos de pared, viejos espejos de bares, espejos dorados que parecen provenir de alguna sala de cine desmantelada o algo semejante. Ahora tenemos una habitación llena de espejos, y hacemos… movimientos allí dentro, y cantamos y bailamos. También hay largas charlas. Joshua habla mucho, sobre los rosacruces, los misterios astrológicos y las transfiguraciones alquímicas. Por lo que creo, no soy la única que piensa que todo eso es pura mierda, pero lo interesante del caso es que nadie dice una palabra de esto a ninguno de los otros. Este silencio podría ser un vestigio de la caridad cuáquera, que puede llegar a ser muy estricta, pero más bien parece producto del miedo. Como si todo pudiese estallar de un momento a otro, y nadie quisiera que ocurriera todavía (y algunos, como yo, no quisieran que ocurriera nunca).

Ahora tenemos gallinas semisalvajes corriendo por todas partes y cagando sobre las cosas, como una versión de Yorkshire de las vacas sagradas, lo cual incrementa la sensación de deterioro general. Cosa extraña, aún se nos

permite ver televisión, pero los programas están restringidos. Podemos ver programas sobre la naturaleza —centenares de ataques fulminantes de serpientes que fingen ser hojas, y matapalos o higueras asesinas del Amazonas y programas infantiles. Nada de noticias. ¿Podrías decirme, Avram, (si algún día recibes esta carta) quién es Charles Manson y qué ha hecho?

No puedo entender por qué todo el mundo aguanta a Eva W., que ahora se ha instalado aquí definitivamente. Incluso se ha apoderado del que antes era el dormitorio de Lucy. Se me ha ocurrido que tal vez sea una especie de pararrayos. Como a todos nos repugna —iba a decir que la detestamos, pero eso es una expresión de colegiala; lo cierto es que es algo mucho más primitivo: nos repugna y nos horroriza, salvo a aquellos que están fascinados con ella (Zag, Lucas Simmonds, el canónigo Holly)—, como a todos nos repugna, salvo a ésos, tendemos a unirnos y a pasar por alto cosas de los otros que podrían irritarnos.

Así, en cierto modo ella disipa la tensión existente entre Gideon —el cachondo e irritable Gideon, que ya no da la talla y ha perdido todo su atractivo— y Joshua Ramsden, que cada día está más hermoso, más intocable y más elocuente en su estilo epigramático. Su rostro se ha vuelto realmente bello. Tengo que decirlo. Ramsden siente repulsión por Eva W., pero al mismo tiempo se siente atraído por ella y su galimatías de un modo que me resulta inexplicable.

Me doy cuenta, Avram Snitkin —tú, que tienes que ser real y normal (bueno, en realidad nunca has sido tal cosa) y tienes que estar ahí fuera en el mundo normal—, de que estoy evitando contarte lo que me ha llenado de miedo. Pero, si todos acabamos muertos, querría habérselo contado a alguien.

Ramsden habla siempre de «piedras», así como de la luz, el fruto y los espejos. Toma las citas del libro de Josué, que es uno de los más sangrientos de la Biblia. Dios y Josué no hacen más que someter a la gente a fuerza de descargas de piedras.

En fin, como es bien sabido, una de las cosas por las que

tradicionalmente se lapidaba a la gente era por adulterio.

Una de las chicas…, bueno, de las mujeres —me asusta escribirte esto, Avram— ha quedado embarazada. Se trata de Ruth, la de la trenza a la espalda, y yo presupongo que el otro implicado es Gideon, puesto que nadie cree que se deba a partenogénesis, si bien cuando le preguntan ella mira fijamente —con una expresión «pétrea»— y dice que no sabe cómo ocurrió.

No, no la hemos lapidado. Joshua citó el Nuevo Testamento: «Quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra».

Dijo que todos éramos culpables porque éramos uno, y que levantaríamos un montículo conmemorativo de piedras.

Así que fuimos desfilando ante la pobre Ruth y añadiendo solemnemente nuestra piedra no vindicativa para formar un montón frente a ella.

Fue algo insensato y horrible.

Quisiera irme, pero no debo, pues un cierto honor profesional etnometodológico exige que observe todo el proceso.

No estoy segura, Avram, de que siempre vayamos a detenernos en las piedras simbólicas. Quiero decir que las piedras eran reales y que ella estaba en una especie de picota.

No llamaron a un médico, ni la llevaron a ver uno, ni nada. Cuando quise hablar de esto con Elvet Gander, me contestó:

—Lo haremos a su debido tiempo, querida. —Y chasqueó los dedos.

Si acabamos todos muertos, será culpa de sus drogas para expandir la mente.

También es posible que el padre sea Joshua Ramsden. Si no, ¿por qué no culpó a Gideon? Aunque podría ser que la sola idea de sexo y de todo lo que tenga que ver con él lo perturbe demasiado, con una turbación de intensidad religiosa.

Si no soy capaz de detectarlo es que soy una mala socióloga. No, tiene que ser Gideon. Como a Clemency la trae

sin cuidado, es más difícil aún asegurarlo.

Todas, incluida Eva W., quieren ser la doncella de la luz.

Yo no. Pero creo que es mejor que diga que sí.

Quisiera un buen filete de pescado con patatas fritas, y un Mars, y a ti, Avram Snitkin.

De Elvet Gander a Rieran Quarrell.

No te preocupes, no te preocupes, viejo amigo, todo está bajo control. O, si no es exactamente control, sí está en un esplendoroso proceso de expansión que produce maravillosos frutos y flores y estallidos de fuegos artificiales.

Sí, declaro qué soy una persona responsable, capacitada para vigilar a *lady* W., y declaro que esto es una comunidad terapéutica donde ella no corre ningún peligro (y, si quieres saberlo, viejo amigo, donde ella no representa ningún peligro para los demás). Estoy seguro de que esto, junto con la garantía de mi interés personal, tranquilizará al rector, al jefe de policía y a toda otra persona involucrada. Y, de paso, puedo asegurarte que tu expaciente Josh Lamb, Joshua Ramsden, está más resplandecientemente cuerdo que cualquier otro (incluido un servidor) y está llevando a cabo una magna obra que, a su debido tiempo, cambiará por completo a quienes estamos implicados en esto, envueltos y concentrados en esto.

Estas personas, que no son pacientes ni tienen mucha paciencia, han emprendido un viaje espiritual que inevitablemente los lleva —nos lleva— por el valle de las sombras, pero la Luz es visible… y es mucho mejor atravesar las sombras que estar encogido de miedo y atontado por las drogas en la cama de un hospital.

Estamos viviendo en un mundo de relucientes verdades simbólicas que se conectan con el mundo real en puntos maravillosos: rocas, piedras, árboles, espejos. Día tras día aprendo la belleza encerrada en el sincronismo, la pasmosa

belleza de las múltiples coincidencias.

Esa mujer, tu expaciente —*lady* Viñedo[26]—, es una horrenda bruja y una arpía, pero de la boca de las arpías salen las palabras de las verdaderas sacerdotisas. De vez en cuando, y con cierta frecuencia, soy el primero en reconocerlo, involuntariamente. Kieran, ella es un conducto (oh, el horror y la belleza) para las medusas celestiales e infernales, para la sangre, el sudor y las lágrimas.

Ella es capaz de distinguir en los blancos vellones y la pálida frente de nuestro cordero sacrificial y carnero vengador (Lamb) el verdadero sudor sangriento, el rosado rocío, del Anunciado (o de uno de los Anunciados). Un velo de sangre. Él tiene que ser la magna obra, el *mysterium conjunctionis*, la piedra, que es el verdadero Mercurio o conductor de almas, nacido como luz blanca del baño de color, la cola de pavo real, la *caudapavohis*. Ella nos relató una esotérica historia de la creación según la cual, tras crear al pavo real, Dios hizo que se viera en un espejo, y el hermoso pájaro quedó tan sorprendido por su propia belleza que de la frente le brotaron gotas de sudor rosado, y de éstas surgieron todas las otras criaturas.

He estado leyendo sin descanso *Psicología y alquimia* de Jung, y mientras lo leo veo que los velos y hebras de colores y conexiones que forman la trama del inconsciente son más reales que el mundo de- de… los calcetines sucios, las braguetas, los cortaúñas y cosas semejantes, viejo amigo. Lo veo y lo sé. Pero no como lo sabe Ramsden, que lo conoce por gracia divina y en ambos mundos a la vez. Por mi parte, o bien estoy en el velo de colores, vislumbrando la luz, o me muevo entre hojas de té, basuras y amputaciones de dedos. Él puede ver la luz en las amputaciones y, lo que es más, puede hacerla salir. ¿Te has percatado (aunque ahora recuerdo que aún no te has hecho junguiano) de que Jung dice que una de las metáforas primarias de la obra alquímica es la tortura? La carne debe sufrir para liberar al espíritu, la luz que se extrae de la piedra está mezclada con sangre, los velos de carne tienen que desgarrarse y sangrar para que el resplandeciente Hijo de la Luz pueda surgir.

Oye, Rieran, esto es éxtasis, no locura. Pero probablemente no te sirva de ninguna ayuda para resolver tu problema práctico, que es saber quién es responsable de tus supuestos pacientes (o víctimas).

Yo lo soy.

¿De acuerdo?

Yo lo soy.

Un apretón de manos, querido Rieran.

ELVET GANDER

De Brenda Pincher a Avram Snitkin.

Escucha, cabrón. Voy a enviarte esta carta y tú, por una vez en tu vida, vas a hacer algo.

Han ocurrido cosas, y no son agradables. No me atrevo a escribir mucho.

Ha nacido el bebé. Nadie fue a buscar un doctor, ni habían consultado antes a ninguno. Fue un nacimiento horrible, ella gritó sin parar durante veinticuatro horas. *Lady* W. agitó los brazos y dijo que todo iría bien, y quemó unos amuletos humeantes que olían asquerosamente. Clemency y Lucy salvaron al bebé y salvaron a Ruth, según creo. Hubo una cantidad de sangre espantosa. Gander y Zag estaban inconscientes por algo que habían tomado. *Lady* W. fue a buscar a Ramsden y le dijo (cito textualmente): «Ven y contempla la obra». Así que él fue y dijo que olía a sangre. (Bueno, no era para menos, el olor lo impregnaba todo). Entonces entró en la habitación como si fuera un sacerdote, echó una mirada a la pobre Ruth en su cama —ya habían limpiado todo— y tuvo un ataque epiléptico monumental. Lucas S. y el canónigo H. tuvieron que sujetarlo y ocuparse de su lengua y arrastrarlo hasta su cama, donde sigue inconsciente.

Todo esto es malo, pero hay algo aún peor.

Hay —había— una chica llamada Ellie. Estaba muy enferma, pero sin llamar la atención. Se tomaba muy en serio lo de no comer, y cada vez se ponía más y más delgada. El otro día alguien subió a buscarla, porque duerme en una minúscula buhardilla. Bueno, no fue alguien, fui yo.

Y estaba muerta. Completamente fría, con la boca y los ojos abiertos.

Pensé: ahora llamarán a un doctor, o a la policía.

Pero la enterraron en el jardín, en medio de cantos y música de clarinete.

Fue muy respetuoso, y los muertos muertos están, pero es ilegal.

Y ellos parecen pensar: bueno, todo fue natural, es mejor para ella haberse ido; su viaje terminó, dijo Gander.

Avram, creo que tendrías que hablar con alguien.

¿A quién puedo confiarle esta carta?

No se me ocurre nadie.

¿Qué puedo hacer?

Oh, mierda.

El cuento de invierno se representó en la gran sala de Long Royston. Para el papel de Leontes, Alexander había llamado a Harold Bomberg, que había hecho de Gauguin en su obra *La silla amarilla*, puesta en escena en Londres. Y había encontrado una Hermione entre los profesores de inglés de la universidad, una mujer que había estudiado en Cambridge con Frederica y ahora era medievalista. El resto del reparto lo conformaban profesores y estudiantes universitarios, con excepción de Perdita. Tal vez por razones sentimentales, pero también porque en la escuela de Blesford habían asegurado que era una jovencita excepcional, Alexander había escogido a Mary Orton. De modo que la noche del estreno Daniel había viajado a North Yorkshire para verla, y otro tanto habían hecho Frederica, Agatha, Saskia y Leo. Se encontraban sentados juntos en una larga fila, Bill Potter junto a Daniel, Winifred junto a Will, ubicado en un extremo, Frederica entre

Daniel y Alexander. Las autoridades de la universidad y las personalidades del condado se hallaban delante de ellos, incluido Matthew Crowe, que ocupaba su propia butaca protegida con una funda.

Vincent Hodgkiss no se había sentado con las autoridades universitarias sino un tanto alejado, detrás de la fila de los Potter, junto a Marcus. Los acompañaba Luk Lysgaard-Peacock, que buscó a Frederica con la mirada —la vio rodeada de amigos y de su familia— y desvió la vista.

Alexander había participado en el diseño de los trajes, que eran más o menos clásicos con un toque isabelino. En el primer acto, con sus celos crecientes y la antagónica escena del juicio, los hombres vestían de negro con detalles carmesí, y las mujeres de blanco con detalles púrpura. El muchachito, Mamilio, llevaba un traje negro que era la versión en miniatura del de su padre, con cuello alto y calzas. Abrió los brazos para desplegar su capa y dar comienzo a su historia de duendes: «En invierno es mejor un cuento triste». «Dicen que me parezco a ti», le dijo a su padre, y se marchó para morir luego de pena y humillación. Gerard Wijnnobel escuchaba con deleite y sorpresa la retorcida sintaxis y el tenso discurrir del lenguaje con que Leontes expresaba la agonía de sus celos. Era coherentemente incoherente, insoportable e increíblemente hermoso.

Luk Lysgaard-Peacock, algo aburrido con tantas palabras, se dedicó a contemplar la roja cabellera de Frederica. Siempre había imaginado que ella se acostaba con Edmund Wilkie —parecían una pareja—, y vio una suerte de intimidad en el modo en que ella le tocaba el brazo a Alexander Wedderburn. Era una mujer libre. Podía acercarse a hablar con ella. O no.

Marcus tuvo una súbita idea muy compleja sobre la disposición geométrica de los nudos de crecimiento que se formaban en los tallos de los girasoles, y miró con desesperación alrededor buscando algún recurso mnemotécnico.

«Mi vida está a la altura de tus sueños», dijo Hermione.

«Tus actos son mis sueños», replicó el terrible marido.

Frederica hubiera querido llorar por la maravillosa perfección de estos versos. Recordó su sueño con Luk Lysgaard-Peacock. ¿Qué relación había entre aquél y el recuerdo de sus acciones, que ahora

tenían un carácter de ensueño? En el entreacto se sirvieron bebidas. Luk tomó la decisión de ir a hablar con Frederica, así que cruzó la sala y la encontró con su hijo y la directora de la escuela.

—Si Mary es Perdita, tú tendrías que haber sido Mamilio —decía *Miss* Godden.

Frederica rodeó a Leo con un brazo.

—No me gustaba que fuera Mamilio —repuso—. Hola, Luk. En todo caso, Leo toma parte en la obra de su escuela. Actúa en *El mago de Oz*.

—Yo quería ser el león cobarde. Pero soy el espantapájaros. Tengo que cantar y bailar.

—Eso habrá que ir a verlo —intervino Alexander, que luego se volvió hacia Bill—. ¿Qué, cómo lo vas llevando?

—La primera mitad es magnífica, enteramente magnífica. Los versos, el ritmo… Lo habéis hecho muy bien. El problema es la maldita estatua. Estoy ansioso por ver cómo habéis resuelto esa inconcebible manipulación escénica.

—Tienes que colaborar poniendo algo de imaginación.

—Nunca he sido capaz de hacerlo. Jamás. Sólo por el hecho de que él ya estuviera viejo y se permitiera esos excesos, no veo por qué yo…

A Luk se le escapaba casi por completo el sentido de sus palabras.

—Vi tu entrevista a ese herpetólogo —le dijo a Frederica—. Mencionaste mi trabajo, y mucha gente lo comentó. Es decir, comentaron que lo habían mencionado por televisión.

—Lo lamento.

—No, no, no quería decir eso. Es bueno que lo reconozcan a uno. Simplemente quería darte las gracias.

Frederica recordó las gracias que le había dado anteriormente, y se puso tensa. Luk se alejó. Empezaba la segunda parte.

Alexander había vestido a los esquiladores y pastores de la fiesta con intensos tonos rosados, azules y amarillos, los nuevos colores de los 60, los colores de los *hippies*, que aún no existían cuando Frederica había hecho de la joven Isabel en 1953, en la terraza de Long Royston. Era invierno, tanto en escena como fuera, y

Alexander llenó el escenario —el espacio comprendido bajo el friso de músicos, un friso de yeso con hombres y doncellas de mármol bajo las pálidas ramas de un bosque— con un verano artificial de flores de seda —amapolas y azucenas, rosas y espuelas de caballero, caléndulas y campanillas— confeccionadas por un excelente artesano chino del Soho que trabajaba por sumas irrisorias.

Mary Orton apareció con un recatado vestido blanco de algodón y una intrincada corona de flores, y comenzó el recitado de Perdita sobre las flores.

¡Ah, Proserpina,
si tuviera esas flores que, en tu espanto,
se te cayeron del carro de Plutón!…

Daniel no estaba preparado para el efecto que esto le produjo. Mary representaba a una jovencita uno o dos años mayor que ella, y el cuidadoso recitado de esos versos magníficos la llenaba de dignidad. Inmersa en su propio mundo, no intentaba cautivar, pero era encantadora. Daniel no vio en ella a su hija, sino a su esposa. Sólo fue un momento fugaz, pero la vio en toda su plenitud, y al recordar la vida no pudo evitar recordar la muerte, y los ojos se le anegaron de lágrimas. Sintió un tenue ruido a su lado. Bill Potter se restregaba los ojos con los puños de la camisa. Un público es uno y muchos, se mueve por separado y en conjunto. Daniel se enjugó las lágrimas con una mano, y con la otra tocó la rodilla de Bill para darle a entender que sabía que ambos sabían.

La obra siguió su curso y se disgregó en ese irritante sinfín de escenas cortas con que el mayor de los dramaturgos evadía el reconocimiento, la satisfacción, el clímax que todos tenían derecho a esperar y engatusaba al auditorio con su *oratio oblicua*, su estilo indirecto, cuando el padre se reencuentra con su hermosa hija viva, que viene a reemplazar tanto a su hijo muerto como a ella misma, abandonada apenas nacida, a quien su padre ha llorado durante dieciséis años transcurridos fuera de la escena. ¡Vaya enredo!, pensó Frederica, como siempre lo hacía. Entiendo por qué Shakespeare hizo esto y, puesto que así lo hizo, encontramos modos de

excusarlo, pero vaya enredo…

Y luego las acciones se precipitaban, se confundían, con el solo fin de conducir a la forzada escena de la condenada estatua.

Como muchos antes que él, Alexander lo había hecho lo mejor posible. Había colocado a la mujer sobre un plinto, cubierta con un velo, imitando a esas magistrales esculturas de mármol del siglo diecisiete en que los metafóricos velos de piedra cubrían la metafórica carne de piedra. Con unos ocultos imperdibles dorados había retirado la fina muselina del rostro de la reina muerta, como si un soplo de viento recorriera las penumbras del mundo subterráneo, donde no había viento alguno. Había humedecido levemente el velo, de modo que se vislumbraban los rasgos del rostro: la nariz, los pómulos, los globos oculares, los labios y la frente. Un foco blanco iluminaba la escena con una luz blanca de una pureza y una frialdad que habrían sido inconcebibles en 1953, un blanco opaco que creaba sombras puras.

Paulina, la conductora de almas, introdujo en la cámara al intemperante y contrito rey, a quien seguían su amigo reconciliado, su hija y el joven enamorado de ésta.

Era una inconcebible manipulación escénica.

LEONTES.—Mira, hermano,
¿no crees que ha respirado y que sus venas realmente llevan sangre?
POLIXENES.—Es magistral.
Parece que hay calor de vida en sus labios.
LEONTES.—Hay movimiento en la fijeza de sus ojos: así nos burla el arte.

«Nos burla», repitió Bill Potter en silencio. Daniel le leyó los labios. La iluminación de Alexander se tornó rosa y dorada y llenó de un brillo resplandeciente todo el espacio comprendido bajo el friso de los músicos, y al son de la música —rabel, oboe, laúd— la velada figura, con el rostro marcado contra el sudario, bajó

lentamente de su pedestal y empezó a atravesar el escenario, colmado de incoloras flores de seda, transparentes como los discos de lunaria o los opérculos que cierran la concha de los caracoles en invierno. El rosa y oro de la luz transfiguraban los fantasmales pétalos y les conferían solidez material. Mary-Perdita tenía uno en el cabello, que ahora capturaba la nueva luz y resplandecía como una llama. La estatua —lo único que se movía entre los allí reunidos, mudos de asombro— avanzó despaciosamente hasta el rey y, retirándose el velo como una recién casada, alzó hacia él la cara teñida de rosa para que la besara.

Burlados, engañados, Daniel Orton y Bill Potter lloraban y se enjugaban las lágrimas.

Al acabar la representación se sucedieron los habituales festejos y celebraciones. Bill Potter intentó hablarle a Daniel de su revelación —después de todo, la había compartido con él—, pero Daniel se abría paso entre la gente apiñada, buscando a su hija. Así que habló con Frederica.

—Acabo de entenderlo. Nunca se es demasiado viejo para entender algo. Lo importante de estas comedias tardías es que su acción, el efecto que causan, no tiene nada que ver con embaucarnos con un final feliz cuando sabemos que hemos presenciado una tragedia. Lo importante es el arte, la necesidad de arte. El ser humano necesita que el arte lo burle. Si aceptamos un final feliz es precisamente porque sabemos que en la vida no ocurren; tenemos derecho a la gran ironía de un final feliz porque no creemos en él. ¿Me estás escuchando?

Frederica estaba distraída, buscando a un científico. El cual se ponía en esos momentos el abrigo, dispuesto a marcharse.

Daniel encontró a Mary. Quería decirle: «Pase lo que pase, no te mueras». La abrazó. Ella bailó entre sus brazos, una niña humana, y dijo:

—Salió bien, recordé todo, cada palabra… como si las palabras se recitaran solas…

Winifred se les acercó.

—Has estado encantadora, Mary, encantadora. ¿Habéis visto a Will?

—Estaba sentado a tu lado —dijo Daniel.

—Sí, pero se levantó y salió, justo después de la escena de los pastores, y supuse que había ido al lavabo… Está un poco lejos, en este edificio. Pero no volvió.

—Tal vez ha vuelto a casa —sugirió Daniel. Reflexionó un instante y añadió—: Iré a buscarlo.

—Sólo está de mal humor —dijo Mary.

Pero no aclaró por qué. No tenía que decir nada, y era una buena chica.

Will no se encontraba en su casa. No había duda de que había pasado por allí, porque su anorak y su bicicleta habían desaparecido y los cajones de su escritorio estaban abiertos y revueltos, si bien nadie sabía qué faltaba porque siempre se había respetado su privacidad y él vivía en medio de un completo desorden.

Lo más preocupante era la desaparición de la bicicleta.

Era posible que sólo hubiera ido a dar un largo paseo del que regresaría sin más. Pero había otras posibilidades angustiantes. Y una incertidumbre general sobre qué hacer. Además, era una horrible noche de noviembre y una espesa niebla cubría los páramos de Yorkshire, lo que volvía muy peligrosas las calles y absolutamente traicioneros los senderos y cañadas.

Hicieron cortas excursiones en medio de la niebla y llamaron a los amigos de la escuela, pero todo fue infructuoso. Pasó la noche, y por la mañana la policía les informó que un granjero había visto a un ciclista solitario pedaleando furiosamente por la orilla del lago Mimmer, en un momento en que la niebla se había abierto brevemente, como una cortina, y la luz de los faros lo había iluminado.

—Solía ir a escuchar a Zag, cuando estaba esa tienda —dijo Leo —. Le gustaba cómo tocaba. A mí no.

Daniel y Frederica fueron en coche a Dun Vale, pero los jóvenes de pelo largo que guardaban la puerta les dijeron que no habían visto a nadie. Y no, no podían entrar.

Frederica dijo que, por lo que sabía, Luk Lysgaard-Peacock entraba y salía por un agujero de la valla para ir a controlar sus caracoles.

Luk llegó a Freyasgarth en su Renault azul, y encontró a la familia tensa y desesperada. Mary lloraba en un rincón, convencida de que su momento de gloria había precipitado el desastre, y convencida también, como es habitual entre los hermanos, de que el desastre acabaría por ser culpa suya. Bill hablaba por teléfono. Leo estaba pálido y tembloroso. Luk observó a Frederica, que hablaba con el muchacho y no le prestó más atención que para dedicarle una breve sonrisa de bienvenida. No le decía que todo iría bien. Le decía lo que había por hacer. Su anguloso rostro tenía una expresión concentrada y madura, con una mirada que Luk nunca le había visto. Cuando él y Daniel salieron para dirigirse a Dun Vale, ella estaba sentada con el niño en brazos. Ambos miraban por la ventana con aire sosegado y severo. El parecido entre una y otro era muy grande.

La niebla era aún muy espesa sobre los páramos cuando Luk y Daniel se metieron por el hueco de la valla. Atravesaron campos y brezales en dirección a la casa, y gracias a la niebla consiguieron llegar hasta la puerta trasera del patio sin ser vistos. Remolinos de aire y agua los envolvían, espesos y grises. Los vigilantes gansos se echaron a graznar. Daniel señaló a un costado. La bicicleta estaba apoyada contra un cobertizo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luk.

—Ahora entramos a buscarlo y nos lo llevamos —dijo Daniel.

Cruzaron con paso firme el patio, un hombre moreno y grueso y otro enérgico y fogoso, y entraron en la cocina, donde un buen número de mujeres lavaban y preparaban comida con movimientos lentos y pausados. Todas vestían igual, con una especie de túnica larga de color claro. La atmósfera viciada del interior, llena de vapor, parecía competir con la niebla exterior. Por toda la habitación había blancas telas colgadas a modo de tapices, con bordados de soles, lunes y estrellas, girasoles, melones y uvas. Colgaban también como estandartes de las largas guías con poleas que en viejas épocas servían para colgar la ropa lavada, desplegados sobre aparadores y cómodas que contenían velas y farolillos. Olía a

pelo y a plumas, a perro y a oveja y a gallinas.

Alguien dijo que los visitantes no eran bienvenidos.

Daniel dijo que había ido a buscar a su hijo.

Otra dijo que su hijo no se encontraba allí.

Daniel replicó que lo comprobaría por sí mismo.

Luk permaneció en la puerta, sereno y vigilante.

Daniel se abrió paso entre las mujeres y salió al vestíbulo. La casa era muy antigua, y había servido de refugio a puritanos y protestantes no anglicanos. Wesley, el fundador de la Iglesia metodista, había predicado en su cocina. Daniel se detuvo al pie de la escalera y alzó brevemente la mirada hacia las oscuras vidrieras, que representaban —aunque él no podía verlo— el ansiado cruce del Jordán por parte de los cristianos para alcanzar la ciudad celestial: «Y las trompetas sonaron para ellos en la otra orilla».

En el recodo de la escalera había una figura de negro. Era Eva Wijnnobel. Parecía… —Daniel buscó una palabra apropiada—… momificada. Tenía el pelo lustroso como siempre, los ojos pintados, los labios rojos. Miraba fijamente, pero no a él.

—No debería estar aquí —dijo.

—He venido a buscar a mi hijo.

—Tal vez no lo encuentre. Si está aquí, es que ha elegido el mejor papel, como María.

—Eso es un disparate —dijo Daniel, que sintió el mareante olor de los perfumes de la mujer al pasar a su lado.

—Aquí no hay lugar para usted.

—Por supuesto que no. Me iré no bien encuentre a mi hijo.

Siguió subiendo y fue abriendo todas las puertas, asomándose a dormitorios y atestados armarios. Por fin abrió la puerta de una vasta buhardilla y se encontró con un insólito resplandor, como ondas de reflejos en una caverna submarina, como los danzantes destellos de una esfera de espejos giratoria en una sala de baile. De hecho había una esfera así colgando del cielo raso.

La habitación era una caja de espejos, con espejos alineados junto a las paredes y espejos detrás de espejos, que se reflejaban

desquiciadamente unos a otros. Había un televisor con la pantalla en blanco y haciendo ruido, y mesas bajas con velas de todo tipo en platos de vidrio de todo tipo, y enormes cojines blancos donde estaban sentados los oyentes hombres, o al menos algunos de ellos, vestidos de blanco. Vio a Gideon y al canónigo Holly con camisas blancas sueltas, dos viejas nueces arrugadas y resecas de ojos cansados. Vio a Lucas Simmonds, con su sonriente cara de querubín y su inocente vestimenta. No vio a Will, pero sí vio a Zag, recostado en una pila de almohadones y vestido con una camisa blanca y mallas plateadas, como la sobreveste de un cruzado. No vio a Gander ni vio a John Ottokar.

—Busco a mi hijo.

—No creo que lo encuentres aquí.

—Entonces quiero hablar con Joshua Ramsden.

—No habla con desconocidos —dijo Zag.

—Entonces iré a buscarlo —dijo Daniel.

De hecho, había estado hablando en Cedar Mount con Kieran Quarrell, quien se sentía muy preocupado por el estado de la comunidad terapéutica y había consultado a Daniel porque éste había formado parte de Four Pence, había trabajado con Holly en Saint Simeón y tenía fama de ser un hombre con los pies en la tierra. Quarrell le había contado a Daniel la historia del Joshua de once años y el destino de su padre.

Daniel alzó la cabeza y gritó a todo pulmón:

—¡Will, si estás aquí, sal, ven aquí! ¡Will, ven aquí ahora mismo!

Dos puertas se abrieron al mismo tiempo, una de un cuchitril ubicado bajo el alero y otra escondida tras la hilera de espejos, en un extremo de la habitación. Del cuchitril salió arrastrándose Will, con el rostro manchado de lágrimas. Se puso de pie con dificultad y se desplomó.

—Me dieron terrones de azúcar con LSD.

—No tenían derecho a hacer eso —dijo Daniel.

Joshua Ramsden, que había salido por la otra puerta, cruzó la habitación y se plantó frente a Daniel con las manos a la espalda.

—He venido a buscar a mi hijo —declaró Daniel.

Se miraron de hito en hito. Ramsden vio la cara morena de Daniel en medio de una multitud de imágenes de sí mismo, de pie en el umbral de una infinidad de puertas reflejadas, semioculto por el velo de sangre que cubría los espejos como una cortina.

Daniel parpadeó y vio la sangre, volvió a parpadear y la sangre había desaparecido.

—Un mal viaje no es una travesía espiritual. No debería hacer daño a un muchachito. Will vuelve a casa.

—¿A casa? —repitió Ramsden—. ¿Qué importancia tiene eso frente a la evacuación y la expulsión? Aquí se está librando una batalla y él eligió luchar en ella. Quizá no estaba preparado o no era lo bastante fuerte.

Por un momento Daniel sintió la extrañeza, la lejanía del otro hombre, que se encontraba a gran distancia, en el mundo interior por donde vagaban los extáticos y los contemplativos, los valientes y los temerarios. Era un lugar que alguna vez y por corto tiempo había deseado alcanzar. El hombre era un sacerdote, una clase de sacerdote que él nunca había sido ni sería.

Inmóvil y con las piernas separadas como un hombre que empuñara un hacha, Daniel se enfrentó a la alta e imponente figura que inclinaba hacia él su blanca cabeza.

—Pareces muy enfermo, Joshua Ramsden. Tus fuerzas se escurren como el agua por un embudo. Te estás matando. Necesitas descansar.

Joshua Ramsden miró los espejos y la luz, y los espejos, la sangre y la luz… Se movió y habló con un coro de voces invisibles. Oyó a su padre explicarle, que las áreas puras de luz blanca estaban fuera del alcance de la disolución, que él siempre lo había sabido y había actuado con sabiduría, como Joshua tenía que hacer ahora ya que no había muerto cuando era el momento apropiado.

—Soy un sacerdote de la luz —dijo— y, como Mani sabe, el resultado es incierto. Todo pende de un hilo.

—Pareces muy enfermo, Joshua Ramsden —insistió Daniel—. Creo que tendrías que conseguir ayuda.

—Ya no tardará mucho.

—Tienes derecho a matarte a ti mismo, pero no a los demás —dijo Daniel.

Ramsden vio la boca de la mujer muerta y la dentadura postiza ladeada.

Daniel vio la boca contraída de Stephanie, muerta, como la veía a diario.

Se miraron a los ojos.

—Vete a tu casa —dijo Ramsden—. Las cosas son como son.

Daniel hizo un gesto que abarcó la habitación, los espejos, las túnicas.

—¿No te das cuenta de que todo esto no es más que humano? Todo lo que está aquí sale de los depósitos de la mente y te encierra en ti mismo, te sofoca. Es más humano que no ser religioso en absoluto y deambular fuera, por los páramos. Pero no es más que humano.

—¿Qué sabes tú? Tú te niegas a ver el misterio.

—Sé que el humanismo tampoco es suficiente. Cualquier religión basada en el ser humano está equivocada. La religión de la humanidad no es más que un dulce almibarado comparada con la verdad de las cosas. Sólo es un chupete para bebés, como los dos sabemos bien. Mi hijo dice que yo no soy religioso, y tal vez tenga razón. Hago las cosas que alguien tiene que encargarse de hacer, puesto que la religión ha muerto en el mundo. No por el bien de la humanidad, sino porque somos seres religiosos y lo que nos ha quedado de nuestras creencias sobre cómo funcionaba todo es cuidarnos unos a los otros. Yo soy religioso, y Dios no es un hombre y yo ignoro qué es. Eso es todo. Ahora me llevaré a mi hijo.

Will estaba acurrucado en el suelo, temblando y sollozando. Daniel se agachó a su lado y lo abrazó.

—Escúchame, Will. Me preocupo por los desgraciados ingratos, sí, y por las mujeres ricas y neuróticas aficionadas a las drogas y con terrores nocturnos porque alguien tiene que hacerlo, porque siempre hay alguna esperanza. Es nuestra responsabilidad, pero no sé qué es lo que nos lo impone. Si no puedes ver lo que vio María, tienes que conformarte con Marta, que vivía en el mundo material. Así son las cosas. Las piedras se apilan para hacer lugares donde la gente pueda pensar en la bondad y en las cosas materiales sin hacerse pedazos. Y te aseguro que es fácil hacerse pedazos, créeme,

lo difícil es evitarlo. Ahora vamos a casa.

Will avanzó con paso tambaleante, mirando con ojos desorbitados los marcos y dinteles y túneles que parecían esfumarse. La escalera era un horrible riesgo, pero la figura que estaba allí unos momentos antes había desaparecido, aunque quedaba su inconfundible olor. Daniel guió a su hijo de regreso a la cocina. Junto al fregadero vio a Ruth, que había interrumpido su tarea de limpiar zanahorias.

—¿Y tú, Ruth, vienes con nosotros?

La muchacha abrió la boca sin emitir ningún sonido, y salió precipitadamente de la habitación. Luk, inmóvil en el umbral de la puerta trasera, sintió que alguien le ponía algo en la mano. Ruth volvió con la misma prisa con que se había marchado y le tendió un bulto a Daniel, quien soltó a Will para cogerlo. Era un bebé diminuto y muy débil, envuelto en un trozo de manta.

—Toma, llévatelo —dijo Ruth—. No voy con vosotros. No quiero irme. Llévatelo.

—Llévatela —dijo Clemency Farrar con voz ronca.

Daniel, aún concentrado en Will, le entregó a Luk la pequeña criatura, que gemía pero no lloraba.

—¿Tiene nombre? —preguntó Luk.

—No —contestó Ruth.

—Sophy —intervino Lucy Nighby desde un oscuro rincón—. Eva la llama Sophy.

—Dásela a Jacqueline —le dijo Ruth a Luk.

Les llevó un buen tiempo llegar al agujero de la valla y luego al Renault. Will, que veía precipicios a sus pies donde sólo había brezales en penumbras, no hacía más que caerse y murmuraba que los rodeaban criaturas con ojos, con lucecitas, con fuegos. Luk llevaba con bastante impericia al bebé, diciéndose que, si algo sabía, era que Jacqueline no quería un bebé. La niebla se enroscaba y se transformaba en un enorme ser vivo, se aferraba a la superficie de los páramos, extendía unos dedos que sondeaban y palpaban, condensaba y expandía una piel fría y húmeda que parecía dotada de aliento. Will se dejó caer sentado y dijo que se ahogaba, que no podía seguir adelante. Luk dijo que sólo era vapor de agua. Will

replicó que el cielo estaba tratando de sofocar a la tierra. Bueno, dijo Daniel, aún no lo ha conseguido, ni lo conseguirá.

Lo que le habían deslizado a Luk en la mano resultó ser una carta dirigida al doctor Avram Snitkin, a una dirección de Londres. No tenía sello, así que Winifred le puso uno y la echó al correo. Los ingleses no abren las cartas ajenas. Frederica sabía quién era Snitkin, pero ignoraba dónde estaba. Marcus, que lo había visto en el Refugio de Enseñanza, no sabía quién era.

26

Daniel se preguntaba a menudo si había sido él el que había desencadenado los hechos que se sucedieron. Dos noches más tarde —esta vez una noche despejada—, el granjero que había visto a Will en su bicicleta vio una luz roja en lo alto de los páramos. Se sabía que los oyentes habían encendido hogueras en otras ocasiones, pero en este caso el brillo era más apagado, había más humo y se desprendían remolinos de chispas. Flemáticamente, lo informó al regresar a su casa y después de haber bebido una taza de té. Para cuando el camión de bomberos salió de Blesford, toda la casa de Dun Vale estaba envuelta en humo y crepitantes llamas. Como no había teléfono, nadie llamó pidiendo ayuda. En distintas partes, varias personas preocupadas —entre las que se contaban Daniel, Jacqueline, Luk Lysgaard-Peacock y Frederica— montaron a sus coches y atravesaron los páramos para ir a prestar ayuda.

Luego se supo que se habían encendido fuegos ceremoniales para purificar el lugar. Idealmente, los fuegos ceremoniales se encienden con las chispas que brotan al frotar dos maderos; se sujetan trapos impregnados a un marco de madera y se conduce a través de éste al ganado infectado (o, en este caso, a la gente pecadora). Idealmente también, los maderos para encender el fuego tenían que ser empuñados por dos hermanos gemelos, y éste fue el caso. Esta información provino de Brenda Pincher, quien fue la única oyente que, cuando las llamas se extendieron a las ropas, los arbustos y los edificios, abandonó corriendo la propiedad y fue hasta la carretera, para hacer señas a los coches y pedir ayuda. No obstante, volvió con los que acudían a socorrerlos y se afanó enérgicamente —con desesperación, en realidad— entrando y saliendo de los cobertizos en llamas para poner a salvo a bestias y

aves. Fue Brenda Pincher, también, la que indicó a los bomberos dónde dormían los niños Nighby, gracias a lo cual pudieron poner una escala y rescatarlos a tiempo.

Todo el mundo corría, cubiertos de hollín e irreconocibles. Mientras golpeaba el cuarto trasero del carnero *Tobías*, que se había prendido fuego, Frederica pensó que había una clara línea divisoria entre quienes habían estado en el interior —que formaban parte de un espectáculo cercado por las llamas— y los que provenían del exterior y habían acudido —al menos, en parte— porque los atraía la perenne necesidad de observar de cerca el desastre acaecido a otros. Aun cuando uno resulte herido, sé dijo Frederica, no es lo mismo. Le ardían los pulmones, pero sólo por las corridas y acarreos. En el patio se topó con Luk, que forcejeaba llevando un bulto envuelto en una manta chamuscada. El objeto sin rostro saltaba y giraba, debatiéndose, y resultó ser John Ottokar, con su hermoso pelo casi totalmente quemado y la cara abrasada.

—Ya has tenido bastante —dijo Luk—. Ahora ve a que te atiendan, sal de todo esto, ya has tenido bastante.

John Ottokar se había quedado quieto, sumisamente, escuchando a Luk. Éste lo soltó y se volvió hacia Frederica.

—Parece que aún hay gente en la buhardilla —dijo, alzando la vista hacia las vacías ventanas, llenas de llamas escarlata y de un ondulante humo azul negro.

De improviso, John salió disparado para la casa.

—Mierda —exclamó Luk, que hizo ademán de salir corriendo tras él.

Frederica lo sujetó.

—Es inútil. Se ha vuelto loco —dijo jadeando.

Se aferraron por un momento las manos, manchadas de hollín, y fueron en busca de ayuda. Encontraron a un bombero, corpulento y armado.

John Ottokar salió de la casa, gritando y arrastrando algo. Llevaba a su hermano asido por un pie —una pierna embutida en una malla plateada que brillaba a la luz de las llamas—, y la misma cara, curiosamente sosegada, se deslizó por el suelo, con el mismo pelo rubio quemado. El bombero corrió hacia ellos con unas mantas.

Frederica se volvió hacia Luk, que la sostuvo.

Algo explotó en la casa, y todos corrieron para ponerse a cubierto.

Hubo tres muertos, aunque se había temido que pudieran ser muchos más. Encontraron a Joshua Ramsden entre una montaña de cristales rotos y fundidos —espejos, un televisor—, reducido a unos huesos carbonizados, por lo que sólo su puente dental permitió identificarlo. Eva Wijnnobel había muerto sentada en su butaca, al parecer, con la mirada clavada en lo que debía de haber sido una infranqueable barrera de fuego y humo.

Ruth era un bulto acurrucado bajo el alféizar de una ventana, con los brazos sobre la cabeza y la dorada trenza chamuscada pero aún de una pieza.

Los mellizos Ottokar sobrevivieron, y yacían lado a lado en la unidad de quemados del hospital general de Calverley, con las caras enfrentadas y sus vendajes e injertos de piel sorprendentemente simétricos.

Frederica fue a visitarlos, pero ellos no hablaron. Tenían la boca cubierta con vendas.

Elvet Gander recobró la conciencia en Cedar Mount y se encontró ante los ojos de Kieran Quarrell, rebosantes de irritación y de alivio. Sus quemaduras eran superficiales, pero tenía los pulmones dañados por el humo.

—Nunca me lo perdonaré —dijo Quarrell—. Nunca.

—Todos hemos sido culpables —murmuró Gander con voz ronca.

—Algunos más que otros —replicó Kieran Quarrell.

Se encontraron montoncitos de libros carbonizados en el recodo de los restos de la escalera y frente a la habitación donde Eva Wijnnobel había hallado la muerte.

Los periódicos escribieron sobre «Un accidente previsible», o

«Un destino terrible», o «Un culto religioso autodestructivo». Un periodista opinó que los accidentes no eran tales, y citó a D. H. Lawrence con respecto a que cada uno era artífice de su propio destino. La mayoría de los cultos acaban por estallar y destruirse a sí mismos, lo cual puede compararse con lo que ocurre en las colmenas, los hormigueros y las baterías de gallinas, añadió el sagaz observador.

Daniel Orton, que sabía muy bien que sí había cosas tales como los accidentes, fue a la iglesia de Freyasgarth para orar por un hombre cuyo padre lo había predestinado a morir para salvarlo de un holocausto vaticinado. Se sentó dentro del refugio de piedras apiladas y meditó sobre lo ocurrido, juzgó severa y claramente. Pero desechó su juicio porque lo que importaba era la bondad, era Will, eran las almas descarriadas que habían conseguido salvarse del fuego, Lucy y Gideon, Clemency y el canónigo Holly, los Ottokar y esa ansiosa personita que siempre había parecido fuera de lugar y que aún lo parecía, Brenda Pincher.

Brenda Pincher encontró a Avram Snitkin tendido en su cama de la caravana, con camiseta y unos calzoncillos no demasiado limpios, roncando, el cabello y la barba desplegados sobre una almohada sucia sin funda. Era prácticamente el único que quedaba de la antiuniversidad. Las tiendas habían desaparecido, las cabañas se habían vaciado y desinfectado. La universidad le había pedido que se marchara y él había contestado «Por supuesto, por supuesto», pero aún no lo había hecho.

Lo sacudió para despertarlo.

—¿Dónde están mis cartas? —le preguntó.

Él sorbió por la nariz y musitó algo. Tanteó debajo del sofá cama y sacó una bolsa de plástico tras otra, llenas de cartas sin abrir.

—Facturas —dijo—. Persecuciones. Irrealidades.

Brenda Pincher miró a su alrededor en busca de un arma. Cogió el tomo de Talcott Parsons y lo descargó sobre Avram Snitkin. Lo golpeó una y otra vez, llorando y riendo, mientras él paraba los golpes, sonriente y haciendo muecas de dolor.

Más tarde, después de su importante obra *Reuniones de mujeres: un estudio de las conversaciones entre mujeres*, publicó *Génesis de un culto: un análisis etnometodológico del desarrollo de un sistema de creencias*.

Después del incendio, Luk llevó otra vez a Frederica a su cabaña de Loderby. Telefonearon a Freyasgarth y se enteraron de que Leo dormía como un bendito. Luk abrió una lata de sopa de tomate, roja y cremosa, y se sentaron en la terraza, en el frío aire de la noche, con sendos jarros negros de sopa caliente en la mano. Contemplaron las estrellas y la oscura cresta de los páramos, recortada contra el cielo azul negro, y hablaron. Luk llevaba su anorak con capucha, pero Frederica estaba tiritando, así que él fue en busca de su edredón y lo enrolló en torno a ella formando una suerte de cono. El manto de plumas era liviano y cálido. Frederica apoyó su afilada barbilla en lo alto del cono. La cara exterior tenía un estampado de curvas muy común que nunca le había agradado, con formas carmesí, escarlata y naranja. Algunas semejaban volantes listados, que recordaban a esos caracoles marinos sin concha. Otras tenían prolongaciones que parecían minúsculas ballenas, y otras más encerraban un diseño de ramas, semejantes a venas o helechos. Frederica se encontraba en ese estado de agotamiento en que todo parece muy nítido, claro y transparente. Le agradeció a Luk el abrigo, e hizo un comentario sobre el diseño del edredón.

—Este estampado de curvas tiene algún significado simbólico oriental que se me escapa —dijo—. Nunca me ha gustado. Pero, si se mira de cerca, es un ejemplo extraordinario del maravilloso ingenio humano carente de propósito.

Luk dijo que no le agradaban los significados simbólicos, y que había algo en ese estampado que le recordaba las formas que se veían en la retina cuando se cerraban los ojos y se presionaban ligeramente los párpados. Ambos lo probaron. Frederica vio círculos azules, Luk vio regueros de chispas brillantes. Luk comentó que ese asunto de los estampados le recordaba irresistiblemente una foto aumentada de un ácaro hembra que en una oportunidad le había mostrado Bill Hamilton. La usé como ejemplo en mi conferencia, ¿te acuerdas? Sí, me acuerdo, dijo Frederica. Este ácaro se alimenta de

hongos, en un roble en proceso de putrefacción. La hembra lleva dentro dos tipos diferentes de hijas hembras y un pequeño número de machos, que copulan con sus hermanas hembras dentro del vientre de la madre. Cuando nacen estas hembras ya fecundadas, algunas de ellas son una especie de «fenotipo dispersable», pues están provistas de unas pinzas semejantes a las de las langostas, con las que se aferran a las peludas patas delanteras de los insectos voladores para que las transporten lejos del roble. Los machos, añadió Luk, nunca se dispersan.

Frederica se acurrucó dentro del edredón estampado y dijo que él le hacía ver el mundo de un modo muy diferente, lo cual era cierto. Contemplaron las estrellas. Frederica, que aceptaba la poesía de la astrología, no reconocía más que las tres estrellas del cinturón de Orion. Y allá está Géminis, dijo Luk, y encima Aries, y el Triángulo y Tauro y la Ballena. Por mucho que las miraban, no alcanzaban a entender por qué les habían dado esos nombres. ¿Era consciente Frederica de que si podíamos ver la noche, la oscuridad, era sólo debido a que el universo estaba en expansión? Si no estuviera expandiéndose, dondequiera que miráramos nuestra línea de visión acabaría en una estrella. Sería como mirar dentro de un bosque. Todo el cielo sería la superficie de una estrella y brillaría con una luz estelar perpetua. Pero, como el universo se expande, tenemos oscuridad. La expansión reduce la luz de las distantes estrellas y galaxias y convierte a éstas en puntos. Me gusta la oscuridad, dijo Luk, una oscura figura sentada en el muro de su terraza, con la cabeza encapuchada echada hacia atrás y la afilada barba en sombras recortada contra la oscuridad.

No hablaron gran cosa de lo ocurrido en Dun Vale. En su mente, el lugar se volvía ya una forma cerrada, una pared de fuego cercando paredes de piedra que se desintegraban, dentro de las cuales había aspiraciones inimaginables y destrucción y dolor. Era una cuestión aparte. Frederica comentó con circunspección que no llegaba a comprenderlo. Su padre, que era fervientemente antirreligioso, la había privado de religión o, mejor dicho, se la había arrancado a la fuerza. Con la mirada perdida en los páramos, Luk dijo que él sí podía entenderlo porque en otra época había sido religioso. Había tenido ciertas experiencias que, según había creído, se ajustaban a las pautas de las explicaciones cristianas. Luego

había tenido… otras experiencias y, con la misma certeza pero de un modo mucho más sensato, había sabido que todo era falso. Todo inventado. Todo equivocado.

—La segunda vez la luz fue mucho más intensa, por así decir —añadió—. El mundo se volvió real.

Hizo una pausa para reflexionar, con la mirada aún perdida en la lejanía.

—Hay un montón de palabras que me producen desconfianza, debido a estas dos experiencias —continuó—. Una es «realidad». «Autenticidad». «Creación». «Amor». Son palabras que han dejado de tener sentido.

Inmóvil en su abrigo de plumas, Frederica guardaba silencio, observando la sombra de Luk en la noche.

—«Creatividad», por ejemplo —prosiguió él—. Mis religiosos antepasados daneses sabían que sólo Dios crea, y tengo la impresión de que yo evito esta palabra por un vestigio de respeto religioso. Pero también… aunque en esto no he reflexionado mucho… porque creo que los usos habituales de ella tienen ocultas raíces religiosas y nos impiden pensar con claridad. ¿Hay verdadera diferencia entre una obra realmente inteligente y una obra creativa? Yo no lo creo. Vi tu programa sobre este tema, con Elvet Gander y Pinsky. No me gustó nada.

Frederica se encogió dentro de su abrigo.

—Por razones personales —aclaró Luk—. Claro, mirándolo retrospectivamente es evidente que el pobre Elvet Gander se encaminaba ya hacia el misticismo junguiano y hacia lo que quiera que condujo a lo que acaba de pasarles a esas pobres criaturas. Pinsky estuvo bien. Supongo que todo este relato es contra mí mismo, porque podría decirse que trata del sincronismo intencional y las coincidencias, cosas en las que no creo.

Entonces le habló a Frederica de Jacqueline y del hijo que no llegó a ser, del relato de Pinsky de la historia de Freud sobre las asociaciones de *aliquis*, de su propia desilusión y su ira. Eso dijo, ira. Añadió que la discusión de Frederica sobre asuntos femeninos, en el programa «Mujeres libres», no le había sido de ninguna ayuda.

—No te hablábamos a ti.

—No sabíais a quién le hablabais. Y yo estaba mirando. —Hizo una leve pausa y agregó—: Sea como sea, ahora Jacqueline es

potencialmente una mujer libre de gran éxito.

Frederica se estremeció.

—Perdóname —dijo Luk—. No quería darte la impresión de estar irritado contigo. Eso sería ridículo. ¿En qué pensabas?

—Pensaba en los pájaros de glorieta. Pensaba en la cola de los pavos reales y tu conferencia, y en tu jarrón con plumas de pavo real y lunarias. En el horror de Darwin ante lo exagerado de la cola de un pavo real… Por supuesto, tenía razón en desechar la idea de que Dios la hizo para deleitar al hombre en el Paraíso. Pero las teorías de la selección sexual no explican por qué los seres humanos encuentran hermosas las plumas del pavo real. O, si vamos a eso, por qué nos interesa tanto la glorieta de un pájaro de glorieta. Los pájaros de glorieta nos agradan porque son una imagen nuestra. Utilizan las plumas del ave del paraíso, como dijiste en tu conferencia, con otras plumas azules y conchas y objetos, y tú explicaste que era una especie de prótesis para atraer a las hembras. Pero no explicaste por qué los pájaros de glorieta atraen a naturalistas y teóricos de la estética, ni por qué los pavos reales atraen a hombres y mujeres, que ven ojos metafóricos donde no los hay.

Luk lanzó una carcajada.

—Mi curiosidad y tu placer estético, según la estricta teoría darwiniana, no son sino fantásticos desarrollos de algo que en su origen era adaptativo. Como las plumas de la cola, si quieres. Tengo la necesidad de un cazador nómada de saber cómo funcionan las cosas. Los caracoles y los pájaros. Tú has aprendido a distinguir los ojos y plumas más perfectos de los menos perfectos.

—Tú mismo haces metáforas —dijo Frederica—. Te vi llevar un fular con plumas de pavo real para dar tu conferencia de pavo real sobre la irrelevancia de los pavos reales. Freud opinaba que todos estamos íntimamente relacionados con nuestro propio nombre, aunque no lo elijamos. ¿Cuál es tu signo, hombre escéptico?

—Libra, la balanza. El único signo inorgánico, hecho por el hombre.

—¿Lo ves? Estás orgulloso de eso. Tú estableces la conexión sin sentido. Eres humano.

—Nunca dije que no lo fuera.

—Eres un artista, como el pájaro de glorieta.

—El pájaro de glorieta es especialmente grosero con la hembra de su especie. La tienta para que entre y, después de pisarla, la golpea ferozmente para sacarla fuera y hacer lugar para la siguiente hembra.

—Es muy desagradable.

—Es natural. Ocurre. Y no es una buena analogía. Hodder Pinsky te previno contra eso. Los seres humanos no son pájaros de glorieta, aunque supongo que debemos de tener una enorme cantidad de genes idénticos. ¿Vamos a la cama?

Fueron suaves, debido al agotamiento, y considerados, debido a que sentían un nuevo respeto mutuo y, por lo tanto, como sucede entre hombres y mujeres, percibían la extrañeza —el hecho de que eran, esencialmente, extraños— con mayor intensidad que la anónima primera vez. Frederica pensó en Jacqueline y, por primera vez en la vida, sintió una curiosidad puramente sexual por otra mujer, y luego el aguijón de los celos, cosa que le resultó interesante. Tal vez los celos constituían una parte importante de la conducta sexual normal —de hecho así era en las novelas— y, en consecuencia, eran significativos. Uno no conoce a otra persona, ni siquiera cuando ésta duerme con la cara muy cerca de la propia y una leve sonrisa complacida en la boca.

Durante el desayuno hablaron con cauteloso respeto de sus futuros separados. Luk dijo que los últimos avances en electroforesis estaban dejando en ridículo años de pacientes investigaciones en genética de poblaciones. La ciencia era así. Las cosas pasaban a ser falsas, refutadas de la mañana a la noche. Habían encontrado más diferencias entre grupos de caracoles más o menos cercanos que entre humanos y vacas. Él necesitaba progresar. Tenía en la mente algunos laboratorios de Estados Unidos, o del Japón, donde llevaban a cabo ciertas investigaciones con mamíferos que demostraban cómo, divergían las criaturas bajo la presión de la selección natural. La técnica de los relojes moleculares estaba dejando atrás a la historia natural, dijo, y él quería formar parte de eso.

Frederica dijo que le gustaría estar tan segura de todo. Volvería a Londres y seguiría con su trabajo en la televisión. Todas las chicas soñaban con ser azafatas, anfitrionas aéreas, y eso era lo que ella era ahora. Pero lo que deseaba era pensar.

—¿Pensar sobre qué? —inquirió Luk, llevado por su previa satisfacción sexual, pensando en la energía de Frederica dentro y fuera de la cama.

Ella contestó que quería meditar sobre la naturaleza de las metáforas. En otra época había pensado escribir una tesis sobre las metáforas religiosas del siglo diecisiete. Era un tema interesante porque en ese período los poetas religiosos y los novelistas alegóricos utilizaban toda clase de complejas metáforas —científicas, sensoriales, filosóficas— para describir un estado contemplativo que no era ninguna de esas cosas y del que decían explícitamente que era imposible representárselo en la imaginación.

Luk, discípulo de Grundtvig y Kierkegaard, se mostró interesado.

—Tenía la idea… —prosiguió Frederica—… bueno, en realidad no era mía sino que era muy común en los cincuenta… de que fue en el siglo diecisiete cuando la gente realmente dejó de creer como antes lo hacía. Cuando todas esas palabras, como «creación» o «real», pasaron a ser un enigma. Pensé que estudiando las metáforas se podía conocer el proceso de pensamiento, ver cómo trabaja la mente.

»Quería encontrar un punto a partir del cual se pudiera empezar a entender todo. Entre otras cosas, por qué ciertas formas de lenguaje parecen tan perfectas y hermosas. Mi mente no es una maravilla. Soy incapaz de concebir un nuevo problema o un nuevo lenguaje. Pero eso importa poco porque el lenguaje nos pertenece a todos, tiene una larga historia común.

Se detuvo, confusa.

—Bueno —dijo Luk—, podrías volver a la universidad.

—Eso es lo que decía John. Sería bueno para Leo. Pero entonces me di cuenta de que no quería estar en un departamento de inglés, agobiada por la literatura inglesa. Lo comprendí cuando tú hablabas, cuando hablaba Hodder Pinsky. Vi que el mundo era mucho más amplio. En mi cabina de «anfitriona del aire» puedo tener a Simón Moffitt hablando sobre la flora y fauna del Amazonas, y a Pinsky… y a ti, si no fueras tan cascarrabias.

Hablando de los genes y los cromosomas y el lenguaje del ADN. Las nuevas metáforas, las únicas hoy en día, están en la televisión, ¿comprendes? Las guerras están en la televisión, y también las creencias y la persuasión, así como estaban en *El paraíso perdido* pero en un grado infinitamente mayor.

—Junto con un montón de disparates, lavados de cerebro, propagandas, arengas políticas…

—Sí, pero no hay duda de que es interesante. —Dibujó círculos en la mesa de desayuno con un dedo—. Simplemente me siento confusa, totalmente confusa.

—No entiendo por qué. ¿Y qué me dices de Edmund Wilkie? Es un hombre muy respetado por los psicólogos de la percepción. Y aporta cosas a tu caja de Pandora.

—Es más difícil para una mujer.

—¿Y eso? Sólo tienes que silbar más fuerte. Quizá no tengas tanto éxito como habrías tenido en una carrera universitaria normal. Pero sabrás más.

—Eso es lo que importa.

—Por supuesto.

Y si él hubiera dicho «Eres encantadora», y si hubiera dicho «Te quiero sólo para mí», si hubiera dicho otra vez «Gracias», Frederica no se habría sentido tan perturbada física y mentalmente. Las láminas se transformaban. El fuego adquiría nuevas formas. Se sentía llena de vida, y asustada.

27

Enero de 1970.

Sentada en el subsuelo de Hamelin Square, Frederica se dedicaba a arrancar metódica e implacablemente —uno a uno— los pétalos de un crisantemo de invernadero, color bronce rojizo, que le había regalado el poeta Hugh Pink, con quien había creado un grupo para leer *El paraíso perdido y El hada reina* en las noches de invierno. De los ajados pétalos se desprendía el olor a invierno de estas flores, su olor a funeral.

—Sangraré, no sangraré —decía Frederica, mirando ceñuda a la flor—. Sangraré, no sangraré.

Leo entró en ese momento.

—¡No hagas eso! —exclamó—. Es hermosa. No lo hagas.

Su cabeza era una brillante mata broncínea.

—Lo siento. Estaba preocupada por algo.

La cobriza cabezuela de la flor deshojada tenía un aspecto penoso.

—La flor no te había hecho nada. Te la dio Hugh.

—No se trata de nada que haya hecho Hugh. Ni nadie. No pasa nada. Ve a la escuela. Se te hará tarde.

Cuando Leo se marchó, Frederica terminó de deshojar la flor. Acabó con «Sangraré». Como muchos oráculos, era falso.

La vida de Frederica estaba adquiriendo una nueva forma, grácil y magnífica. Había empezado a trabajar para la televisión educativa en una serie de programas sobre pintura, en colaboración con

Alexander y Wilkie. Esto significaba interesantes viajes a Amsterdam para ver las obras de Van Gogh, a Madrid para ver las de Velázquez, a Venecia para ver las de Ticiano. Otra vez trabajaba con las metáforas. Debatía la posibilidad de hacer unos programas sobre la química del pensamiento, con Wilkie y Lyon Bowman. Y además estaba Luk Lysgaard-Peacock. De él no hablaba con nadie, y entre ellos dos no hablaban sobre su relación. Procedían con cautela, se alegraban de encontrarse, sobrevivían con ecuanimidad a la separación. No empleaban esas palabras —amor, enamorado— que ambos, por diferentes razones, consideraban palabras muertas. A Frederica no se le ocurría pensar en acostarse con ningún otro ni desear a ningún otro. Tenía espacio para respirar y ser ella misma —y otro tanto podía decirse de él—, y cada ansiado encuentro estaba lleno de gozo para ambos. Con eso bastaba.

En Navidad había ido a North Yorkshire con Leo. Luk se había presentado en Freyasgarth, pero ella no había explicado nada a nadie. Él pertenecía a su vida privada. Marcus había confeccionado decoraciones para el árbol aún más complejas, y les había explicado a Leo y Saskia las series de Fibonacci mediante dibujos de girasoles y piñas. Marcus se sentía feliz. Se iba a Cambridge, donde le habían concedido una beca de investigación en matemáticas en el Saint Michael and All Angels. También Vincent Hodgkiss se trasladaba a Cambridge. Tras la invasión había renunciado a su cargo de decano y había conseguido una cátedra de filosofía. Había comprado una casita en Newnham, que compartiría con Marcus. No estuvo presente en Navidad, pues de ningún modo formaba parte de la familia. Pero Marcus decía «Dice Vincent…» con total naturalidad, y todos le sonreían alentadoramente.

También estuvo con ellos Jacqueline Winwar, que llegó con Daniel. Daniel y Luk habían estado discutiendo si decirle o no que Ruth le había «legado» el bebé. Luk declaró con rudeza que sería muy cruel hacer algo de esa naturaleza y que él no pensaba tomar parte. El bebé, que sufría de desnutrición, agotamiento y diversas secuelas de su difícil nacimiento, se encontraba internado en el hospital de Blesford, en el mismo pabellón donde su madre había trabajado como enfermera. Daniel fue a visitarla. Era una niña muy tranquila.

Decidió no decirles a Gideon y Clemency Farrar dónde estaba, a no ser que se lo preguntaran, cosa que no hicieron. Se habían marchado y nadie sabía adónde.

No obstante, sí que fue a ver a Jacqueline Winwar y le contó lo que había dicho Ruth y dónde estaba el bebé (que, al parecer, no se había librado del nombre escogido por Eva Wijnnobel, Sophie). Jacqueline, que había recibido una buena formación cristiana, se quedó mirando por la ventana con expresión inescrutable y luego se volvió hacia Daniel.

—¿Por qué yo?

—Tú eras su verdadera amiga. Fuera de ese lugar.

—Entonces tengo la obligación…

—Ella tomó muchas decisiones equivocadas. No puede imponerte una a ti, salvo que tú lo desees.

—Quiero hacer lo correcto.

—Y no es fácil pensar que lo correcto sea lo que quieres por ti misma, porque el mundo en que hemos crecido siempre nos ha enseñado a anteponer a los otros. Tú no quieres a esa niña.

No, dijo Jacqueline, lo que quería era ir a París y trabajar con los especialistas franceses en neurociencia, que investigaban la electricidad y la química de la memoria. Ésa soy yo, afirmó. Y luego, más nerviosa, añadió que además tenía que alejarse como fuera de Bowman, el cual llevaba su laboratorio como… como un harén, se apropiaba de los resultados ajenos y… y era un buen científico, lleno de energía, que le ofrecía cosas, le daba «golosinas» —como introducirla en el grupo Filamentos de Pinsky—, pero ella quería ser ella misma, sola, lo que no significaba pensar en sí misma sino en el trabajo, los experimentos, las sinapsis y los axones que creaban el pensamiento. Daniel tenía que entenderla. No puedo de ningún modo hacer esto con un bebé, dijo Jacqueline, muy pálida. Pobre Ruthie. Qué enferma estaba. Supongo que Gideon…

—Nadie lo sabe con seguridad —dijo Daniel.

Suponía que Gideon lo sabía, pero no tenía intención de hablar con él.

—Me parece lo más sensato —dijo Jacqueline—. No es tu bebé ni es tu problema.

Sí que era su problema, replicó Daniel. Era a él a quien se lo habían encomendado, por así decir.

—Si tú lo asumes, yo también.

—No. Porque lo que yo hago es justamente tratar con problemas espinosos. Lo que tú haces es neurociencia.

No quiero ser humana, dijo Jacqueline, que de pronto tuvo la sensación de estar muy sola en el mundo y de haber torcido el rumbo de toda su vida no intelectual con su elección de trabajo.

Daniel hizo lo que nunca hada, y la abrazó. Él no hace estas cosas, pensó Jacqueline, él es lo opuesto de Gideon.

—Escucha —insistió Daniel—, se trata de tu vida. Mi hijo dice que no soy religioso y, como no religioso, te digo que seas lo que eres. Has cambiado, y me gustas tal como eres.

Jacqueline alzó el rostro para que la besara. Daniel la besó. Conocía a una mujer que había roto un buen matrimonio porque no podía tener hijos, y las autoridades habían considerado que era demasiado mayor para adoptar uno. Sería muy buena con Sophie.

—De todas maneras, me alegro de que me lo hayas contado —dijo Jacqueline—. No me habría gustado no saber…

—Ya lo sé. Sé que te agrada conocer las cosas.

Daniel volvió a besarla, esta vez con menos suavidad. No estaba muy seguro de lo que hacía, pero era incapaz de contenerse.

Ni Jacqueline ni Daniel dijeron nada sobre esto en la reunión familiar navideña. Frederica observaba a Jacqueline hablando con Luk, y sentía una punzada de celos casi placentera. Jacqueline y ella formaban parte de un nuevo mundo de mujeres libres, mujeres que tenían ingresos, un trabajo que habían escogido, una vida intelectual y todo el sexo que deseaban. Era interesante. Ella se vanagloriaba de sus logros, y otro tanto parecía hacer Luk, a despecho de su controvertida exposición sobre los machos redundantes. Estaba dispuesta a aceptar las cosas tal como se dieran. Disponia de tiempo, pensó.

Y entonces, de improviso, ya no disponía de tiempo. Temía estar embarazada, y luego estuvo segura de estarlo y no tenía la menor idea de qué hacer. El embarazo perturba el equilibrio del cuerpo y la mente, y resulta especialmente difícil a las mujeres que, como Frederica, no se rinden con facilidad, ni pueden abandonar el hábito del pensamiento lógico, ni aceptan permanecer inactivas. Su

lucha contra la indefinición corporal la puso frenética, pero no le hizo tomar una decisión. Analizó hasta el cansancio posibles cursos de acción, y todos le parecieron imposibles. La incertidumbre es terrorífica para mujeres como Frederica, y es paralizante.

Pensó en telefonear a Luk, en escribirle, pero no sabía qué quería decirle o qué quería que ocurriera, o qué querría él que ocurriera. Intentaba tener las ideas claras antes de decir nada, y no las tenía en absoluto, y el tiempo pasaba y pasaba, mientras el embarazo seguía su curso, muy lentamente pero de forma inexorable.

Luk había deseado casarse con Jacqueline. Pero nunca, jamás, había hecho la más mínima mención de que quisiera casarse con ella.

Y, lo que era más, la propia Frederica había estado totalmente segura de que no quería volver a casarse. Este segundo embarazo la retrotraía a los desechados recuerdos del primero, al terror de estar aprisionada por su propio cuerpo, por el cuerpo de otras dos personas, de estar encerrada.

Y luego estaban los asuntos prácticos. La televisión. Nadie emplea a una mujer embarazada para que haga de *Alicia en el País de las Maravillas* o para que aparezca en pantalla.

Y el agotamiento que le sobrevendría, y la falta de sueño, y el aprisionador cepo de preocuparse por alguien tal como se preocupaba por Leo. De cuidarlo y de quererlo. Cuidarlo lo mejor que podía. Quererlo. Oh, sí, quererlo.

Leo y Luk, Luk y Leo. No tenían nada que ver uno con otro. No podía pedirle a Luk que cuidara de Leo, que lo quisiera. No podía romper la actual estructura familiar de Leo, por extraña que fuera. Él era feliz con ella y Agatha y Saskia. Meditó en las familias. Todos los movimientos recientes —los estudiantes de izquierdas, la utópica contracultura, las comunidades religiosas— veían la familia nuclear como algo estático, una fuerza de opresión, una forma errónea de estructura social. Quién era el padre era una cuestión victoriana y anacrónica.

No habló de esto con Agatha, quien estaba fuera muy a menudo, posiblemente a causa del éxito de su libro. Frederica creía que tenía que resolverlo sola, pero era incapaz de pensar.

La respuesta obvia, la respuesta lógica, era detenerlo ya,

enseguida, y dejar de pensar.

Frederica no hizo nada. Aunque no fue exactamente nada. Jugó limpio, en mínima medida. Fue a una clínica, si bien no a su propio médico, compró vitaminas, se sintió estúpida.

Las células se dividían enérgicamente. Se dispusieron en cuidadas láminas que se contrajeron y expandieron. Extendieron filópodos que se fijaron a la pared de la blástula. Hicieron un tubo nervioso.

Frederica se sentía enferma. El reloj biológico seguía el ritmo del desarrollo y despliegue de las células.

Como era incapaz de decidir qué decirle a Luk y como, a causa de ello, persistía frenética y obsesivamente en su silencio, no decía gran cosa a nadie. Hasta entonces se habían mantenido en contacto mediante llamadas telefónicas y cartas cuidadosamente fortuitas. Éstas mermaron. Frederica pensó que si a Luk realmente le importaba esta reducción, inquiriría sus causas. Pero no lo hizo. En lugar de eso, le envió algunas noticias sobre la restauración de la universidad y le preguntó si pensaba viajar a North Yorkshire.

No en el futuro inmediato, dijo Frederica.

Sentía una rabia sorda.

Le desagradaba su cuerpo.

En la televisión sonreía bastante bien. Tenía que hacerlo.

Lo que no se ve no está.

Se dividía y crecía. El reloj marcaba el ritmo.

La persona que la estaba mirando, Leo, dijo que no entendía lo que le pasaba.

Frederica dijo que ella tampoco lo entendía.

En abril viajó a Holanda con Alexander y Wilkie para filmar pinturas. Fueron al Museo Van Gogh y filmaron *El segador*, azul sobre un campo dorado de trigo listo para cosechar. Tomaron el tren hasta La Haya para filmar la *Vista de Delft* de Vermeer, que Frederica conocía por reproducciones y por la descripción de Proust de la muerte de Bergotte frente al cuadro, pero que nunca había visto. Iba envuelta en un abultado anorak y debajo llevaba una útil túnica holgada de color azul marino. Sentada en el tren holandés, pensó que no pasaría mucho tiempo hasta que Wilkie se percatara

de su estado. Wilkie era sagaz y rápido, y estaba entusiasmado con la idea de ver la *Vista de Delft*, que, según creía, se había pintado con ayuda de una cámara oscura, un juego de espejos en un espacio oscuro, por lo que las gotas de agua pintadas sobre el costado pintado de los botes pintados eran esferas perfectas, cosa que no podrían haber sido vistas a la distancia.

Antes de entrar en el museo de Mauritshuis, se detuvieron en su magnífica escalinata para mirar las oscuras aguas del foso, que reflejaban con nitidez a los blancos cisnes que nadaban plácidamente en ellas. El equipo de filmación se había adelantado para instalar sus aparatos. Un hombre, una mujer y una niña estaban inclinados sobre la balaustrada de piedra, observando los cisnes. El hombre tenía un brazo sobre los hombros de la niña. La mujer se apretaba ligeramente contra el hombre. Una familia. Y entonces se volvieron, y el alto hombre se enderezó, y Frederica y Alexander los reconocieron. Agatha y Saskia Mond, sonrientes, y Gerard Wijnnobel, el holandés. Una familia.

Por un fugaz momento fue evidente que Agatha pensó fingir que no los había visto. Luego alzó la mirada hacia Gerard Wijnnobel, que sonrió.

—Así que ya ves —dijo.

—Ya veo —dijo Frederica.

—Era demasiado pronto para decir algo. Necesitábamos tiempo…

Por la mente de Alexander y de Frederica desfilaron una sucesión de historias, historias que no habían podido comprobar o rechazar, de viajes de trabajo y reuniones, de qué le habían dicho a Saskia —y cuándo— sobre la muerte de Eva Wijnnobel, sobre los encuentros de los amantes…

Nadie habló. Al fin lo hizo Wilkie.

—Nos espera la filmación.

—¿Qué vais a filmar? —preguntó Wijnnobel.

—La Vista de Delft.

—Un misterio de subsistencia y renovación. Según dicen, lo han restaurado tantas veces que las pinceladas que Bergotte admiró en el pequeño trozo de muro amarillo ya no son las que él vio. Pero allí sigue.

Reunió a su familia, hizo una inclinación de cabeza a Frederica y

Alexander, y se alejaron.

La filmación es un proceso largo y cansador, los focos dan mucho calor (por más que la gran *Vista* estuviera protegida ante éstos) y las repeticiones, que tienen que parecer más y más espontáneas, son extenuantes. Frederica le hizo animadas preguntas a Alexander sobre el plácido paisaje, y él habló sobre lo que había significado para los escritores —para Proust— algo que perduraba, un arte mayor que duraba más que la vida. Frederica, debatiéndose para librarse de una somnolencia femenina, pensó que el «petit pan de murjaune» era de un color dorado, casi naranja. En parte fue su cansancio —y el esfuerzo para no pensar en Agatha hasta más tarde — lo que hizo que tuvieran que grabar tantas versiones de lo que quedaría reducido a diez minutos de una amigable conversación. A su alrededor relucían las pinturas. Sombrías caras doradas del siglo diecisiete bajo fantásticos sombreros y yelmos. Desmesurados jarrones con flores, listados y moteados, rojos, azules, blancos, rosados, color oro, ante gruesas ventanas de piedra por las que se vislumbraban a lo lejos paradisíacas llanuras y bosques. Wilkie y Alexander fueron a echar una rápida mirada a las otras salas, mientras el equipo de filmación guardaba sus aparatos. Frederica se sentó frente a la *Vista de Delft*, en un largo asiento de cuero, y se quedó dormida. Se sumió en un sueño muy profundo y muy breve, un sopor de derrota.

Y se despertó, y por un momento no supo dónde se encontraba. Estaba en lugar tranquilo, con edificios dorados que se erguían ante unas aguas oscuras, un cielo azul en calma y piedras de color rosa, donde el tiempo se había detenido. Miró el cuadro de la *Vista*, que tenía la cualidad de ser tan ancho que el ojo tenía que recorrerlo para poder verlo. Lo vio como si ella estuviera dentro de la pintura y, simultáneamente, vio la perfección del arte con que se había considerado —y entendido— cada elemento, con que se los había analizado geométrica y químicamente a fin de poder reproducir y armonizar los colores. Este artista no está presente en los trazos de su mano, no se reconoce por llamativas pinceladas, por más que Proust y Bergotte tenían razón en admirar la espontaneidad de los toques de amarillo allí donde incidía el sol. Delft no es ni era el Paraíso. Es y era una ciudad mundana, con sus propios ciudadanos, en medio de una historia tempestuosa, pese a toda su calma. Lo que

Frederica recordaba era la momentánea ilusión de realidad: la luz de la sala en penumbras había parecido provenir de la pintura, cuando de hecho provenía de la ventana y se reflejaba en la superficie del cuadro. Y, además de esto, la sabia inteligencia del artista. Que sólo se había planteado problemas que era capaz de resolver, y los había resuelto y creado un misterio.

—Tengo que hablar contigo —dijo Leo.

—¿Sí? —dijo Frederica.

—Me estás ocultando algo. No soy estúpido. Me doy cuenta de las cosas, y lo sé.

Frederica alzó la vista de su escritorio y lo miró, un tanto ojerosa.

—Quiero saber qué vas a hacer —prosiguió Leo—. A mí también me incumbe. Pero no te lo pregunto por eso. Te lo pregunto porque no puedo soportar verte tan mal. Dime qué vas a hacer.

—No lo sé, Leo.

—Los bebés tienen padres —dijo Leo—. Yo ya tengo otra familia. Y a Saskia. Quiero decirte algo sobre Saskia. Ella se ha sentido terriblemente mal, todos estos años, por no saber quién era su padre. Hablaba conmigo de eso, y se imaginaba toda clase de cosas. Nunca le dijo nada a Agatha. No hablaban de esto. Pero eso no significa que ella no pensara. Esto es lo que quería decirte.

Frederica observó a su hijo. Ellos eran dos, y él, con sus diez años, tenía que ser el hombre, porque se necesitaba un hombre. Pero no era más que un niño.

—Me preguntaba… pensando en Saskia… si él lo sabe.

—No —dijo Frederica y se echó a llorar—. No sé qué decirle. No sé qué hacer. No debería cargarte a ti con esto.

—Yo existo —dijo Leo—. Y también existe ese… bebé. Y Luk.

Frederica se dio cuenta de que Leo tenía miedo, ya fuera de haber provocado su ira o de haber hecho algo equivocado. Le tendió los brazos.

—He sido una estúpida. Te quiero. Y tienes razón: debemos decírselo. Entonces podremos pensar qué hacer.

—Llámalo por teléfono —sugirió Leo.

—No puedo.

—Pues entonces, iremos a verlo. Vamos, tenemos que irnos.

Llegaron a la Universidad de North Yorkshire una mañana de mayo, y se encontraron con que Luk no estaba en su laboratorio ni en sus habitaciones. Una vecina de la Torre de la Evolución dijo que creía que había salido para Noruega, en un viaje de estudio, y que había estado hablando de ir al Japón.

Frederica dijo que debían intentarlo en Loderby, así que condujo a través de los páramos, dominada por una angustiosa sensación de urgencia, como si hubiera dejado las cosas hasta que se había hecho demasiado tarde. Leo iba a su lado, impasible y alerta, observando a su alrededor.

También Loderby parecía estar desierto, con los postigos cerrados, bolsas de basura apiladas junto a la terraza y un ajado ramo de lunarias sobre el montón de mantillo. Frederica se sentó torpemente en el muro de la terraza. Leo fue a dar una vuelta a la casa y regresó con la noticia de que había una ventana abierta, con un pote de piedra lleno de flores amarillas recién cortadas.

—Vamos —dijo—. Todavía está aquí. Tenemos que ir a buscarlo.

De modo que subieron al coche y deambularon por el páramo —había muy pocos senderos— buscando el Renault azul o al hombre de cabello pelirrojo.

A ambos lados del camino, en medio de los brezos, las aulagas formaban un mar de fuego. Era un amarillo oro intensamente brillante, salpicado de escarlata y carmesí. Agitado por los remolinos de aire, se inclinaba y vibraba y lamía con llamas vegetales las grises raíces de los brezos. Sin darse cuenta, Frederica condujo hacia donde, en una ocasión, yendo con John Ottokar, se habían encontrado con los investigadores de caracoles junto a la piedra donde los zorzales aplastaban sus presas. El cielo estaba lleno de gigantescos cúmulos blancos que avanzaban como castillos en movimiento, como rebaños de monstruos lanudos, como naves.

Leo vio el Renault azul aparcado al final de un sendero, casi oculto por los oscilantes arbustos dorados.

Detuvieron el coche y recorrieron a pie la senda, para luego internarse en el páramo como cazadores u ojeadores. Leo saltaba por encima de los matojos, y el rojizo brillo de su pelo se confundía

con el brillo de las flores. Los pájaros se sobresaltaban, los insectos huían, bandadas de mariposas pardas se alzaban como nubes de polvo. Frederica avanzaba despacio pero llena de decisión. Pensaba en su vida. De pronto se puso a pensar en *El paraíso perdido*, que parecía flotar junto a su mente como un enorme globo con luz propia, un mundo cerrado hecho de lenguaje, religión y ciencia, la ciencia de un universo de esferas concéntricas que nunca había existido y que habían creado las mentes de generaciones de hombres. Era parte de ella. Pensó en *El hada reina* y en Britomart, la mujer caballero, quien vio a su amado en la mágica esfera de cristal hecha por Merlín, que también era una torre. Frederica miró la tierra bajo sus pies, las telarañas y las aulagas que olían a miel, la turba y los guijarros, y pensó en el mundo que despertaba la curiosidad de Luk. Pensó que en alguna parte —en la ciencia que había producido las esféricas gotas de agua pintadas por Vermeer, en la zumbante red de neuronas que se conectaban para elaborar metáforas— todo esto era una sola cosa. Y, frente a ella, otra criatura, otra persona, encerrada en un globo de líquido, giraba en el extremo de la cuerda y se adaptaba al movimiento.

Leo superó la cresta de una colina y, al empezar a descender por la suave pendiente del otro lado, divisó a Luk, que de hecho avanzaba en dirección a él.

—¡Aquí estás! —gritó—. Te estábamos buscando.

Luk miró hacia lo alto y vio a Frederica, recortada contra el cielo. Llevaba una ropa extraña, que no era sino uno de sus vestidos de Laura Ashley para *A través del espejo*, y si lo había escogido era por su tela gruesa de algodón y por la holgura de su talle, pues se abría en amplios pliegues por debajo del pecho. De color crema y adornado con flores rosadas y hojas oliváceas, tenía largas mangas y una suerte de volante que le rodeaba el grácil cuello. El vestido le cubría las rodillas, pero por debajo las largas piernas estaban desnudas. El viento marino le revolvía el cabello y le pegaba el vestido contra el vientre, con lo que su estado era notorio a primera vista. Una o dos ovejas sobresaltadas trotaron delante de ella, que por un momento pareció una ridícula pastora.

Luk empezó a ascender la ladera, por entre las aulagas, mientras Frederica descendía con cuidado. Leo se mantuvo a cierta distancia. Vio cómo se encontraban y oyó que alzaban la voz. Luk gritó.

Frederica gritó. El viento les alborotaba la ropa y el pelo, y ellos gritaban. Entonces Luk abrazó a Frederica, y Leo comprendió que todo iba bien y reemprendió la subida para reunirse con ellos.

De pie en lo alto de la colina, contemplaron juntos la distante línea oscura del mar junto a la linde de la tierra, más allá de los páramos en movimiento bajo las nubes en movimiento. En la distancia, contra el oro y el verde y el azul, se erguían las tres gigantescas esferas, pálidas y perfectas, del sistema de detección de misiles, como visitantes de otro mundo, angélicos o demoníacos.

—No tenemos la más remota idea de qué hacer —le dijo Frederica a Leo.

Los tres rieron. El mundo parecía extenderse ante ellos. Podían ir a cualquier parte.

—Ya pensaremos en algo —dijo Luk Lysgaard-Peacock.

Agradecimientos

Fueron muchos los que colaboraron de uno u otro modo en la elaboración de este libro. Steve Jones y Francés Ashcroft respondieron pacientemente a mis preguntas sobre caracoles y genética, fisiología y cognición, e hicieron magníficas sugerencias. Jonathan Miller y Richard Gregory despertaron mi interés por la visión, la memoria y la cognición ya en la década de los sesenta, y desde entonces me han brindado ayuda con frecuencia.

Agradezco también a Steven Rose, Helena Cronin, Robert Hinde, Pat Bateson, Matt Ridley, Richard Dawkins, John Maynard Smith, Antonio Damasio, Semir Zeki, Marión Dawkins y Arnold Feinstein su ayuda en temas científicos; al padre Mark Oakley y el doctor J. S. Fountain su ayuda en religión; a David Caute, Martin Asher, Jeff Nuttall, John Forrester, Lisa Appignanesi y Carmen Callil su ayuda respecto a la cultura de los sesenta. Mike Dibb y Leanne Klein me asesoraron sobre la televisión, y la deliciosa película de Leanne sobre las aulagas me resultó muy útil. Mi interés en las posibilidades de la televisión surgió a finales de los sesenta gracias a Julián Jebb. Clara Sodre Gama me asesoró sobre dislexia. El trabajo etnológico de Daniel Fabre sobre pájaros fue una ayuda inestimable. Leí el magnífico libro de Charles Lindholm sobre el carisma en un momento crucial, y le agradezco nuestras discusiones vía *e-mail*. Judy Treserder me impulsó a pensar en grupos y terapias de grupo hace ya mucho tiempo. John Wren Lewis y James Mitchell, ambos ya fallecidos, me hicieron interesar por la cultura religiosa de los sesenta.

Debo mucho a mis traductores, y he discutido esta obra con Jean-Louis Chevalier, Anna Nadotti y Melanie Walz. Claus Bech

contribuyó con un sinfín de hechos y palabras interesantes, y con una comprensión extraordinaria.

No podría haber escrito este libro si no hubiera contado con Gilí Marsden, que mantuvo en orden mi vida, mecanografió las páginas, comprendió mis problemas y entendió la novela.

Mis directoras editoriales, Alison Samuel y Caroline Michel, fueron afables, sensatas y pacientes, al igual que mi agente, Michael Sissons. Mi editora, Jenny Uglow, es la editora con la que sueñan todos los escritores: entusiasta y de mente clara, una verdadera lectora.



ANTONIA SUSAN DUFFY, conocida como A. S. Byatt (Sheffield, Inglaterra, 24 de agosto de 1936), es una novelista y filóloga británica.

Fue educada en York, en Cambridge y en el Bryn Mawr College de Estados Unidos; más tarde estuvo en Somerville College, Oxford, donde empezó a trabajar hasta que se casó con *sir* Ian Byatt (de ahí su apellido de casada), del que acabó divorciándose. Trabajó después en la Universidad de Londres, y son relevantes sus obras de crítica literaria. Es la hermana mayor de la también escritora Margaret Drabble (n. 1939) y de la historiadora Helen Langdon.

Su primera novela, de 1964, *La sombra del sol*, narra la vida de una joven bajo la aplastante sombra de su padre. A continuación publicó *El juego* (1967), un estudio sobre la relación entre dos hermanas.

Luego comienza a escribir sobre los miembros de una familia de York a mediados del siglo XX, en la tetralogía conocida como *«El cuarteto de Frederica». (The Frederica Quartet)*, formado por: *La virgen en el jardín* (1978), *Naturaleza muerta* (1985), *La torre de Babel* (1996) y *La mujer que silba* (2002).

Su novela más conocida es «*Posesión*» (1990), con la que obtuvo el premio Booker y que fue adaptada al cine en 2002 por Neil LaBute, al igual que *Ángeles e insectos* (1992), que fue llevada al cine en

1995 por Philip Haas. También destacan *El libro negro de los cuentos* (2003) y *El libro de los niños* (2009), esta última finalista del premio Booker.

Byatt ha sido influida por Henry James y George Eliot, e incluso por poetas como Emily Dickinson, Robert Browning o T. S. Eliot. Es una autora que mezcla naturalismo y fantasía, y a veces se aproxima a D. H. Lawrence. Se cita también como influencia a Iris Murdoch, sobre la cual escribió un trabajo crítico. En sus últimos libros se aprecia su interés por las ciencias, especialmente la biología.

Serie «El cuarteto de Frederica».

Frederica Potter es un personaje de ficción creado por A. S. Byatt para su serie *«El cuarteto de Frederica» (The Frederica Quartet*, 1978-2002)
y que ha protagonizado a lo largo de 24 años las siguientes cuatro novelas:

1. *La virgen en el jardín (The Virgin in the Garden, 1978)*.

2. *Naturaleza muerta (Still Life, 1985)*.

3. *La torre de Babel (Babel Tower, 1996)*.

4. *La mujer que silba (A Whistling Woman, 2002)*.

Notas

[1] Clásico cuento infantil del escritor británico Arthur Ransome. (*N. de la t*). <<

[2] Josh ha hecho un juego de palabras con su apellido, Lamb, que significa «cordero». (*N. de la t*). < <

[3] El término inglés con que el doctor relaciona la morsa es hlubber, que significa a la vez «grasa de ballena» y «gimoteo». (N. de la t.). <<

[4] «Cuáquero» proviene del inglés *quaker*, que significa «que tiembla». *(N. de la t.)*. < <

[5] Juego de palabras intraducible: el término inglés que hemos traducido por «Cigotos» suena como *zygote* (cigoto) pero se escribe literalmente como «ci-cabra» (*zy-goat*). (*N. de la t*). < <

[6] La Unidad de Ambulancias de los Amigos (en inglés, Friends' Ambulance Unit o FAU) fue una organización que surgió en la primera guerra mundial y resurgió en la segunda, para que los objetores de conciencia, cuáqueros en su mayoría, pudieran colaborar en el auxilio de los heridos de guerra. (*N. de la t.*) < <

[7] Extraída de una poesía de Francés Cornford (1886-1960), nieta de Charles Darwin, titulada «A una mujer gorda vista desde el tren». (*N. de la t.*) < <

[8] Shepherd significa «pastor». (*N de la T*). < <

[9] Nombre verdadero de Lewis Carroll. (*N de la T*). < <

[10] La señora Beeton se hizo famosa en Gran Bretaña con la publicación, en 1861, de un libro destinado a las amas de casa que alcanzó un enorme éxito de ventas y llegó a ser todo un clásico. (*N. de la t*). < <

[11] La autora se refiere a un episodio de un libro suyo anterior, Babel Tower [La torre de Babel], no traducido al castellano. (*N. de la t*). < <

[12] Expresiones inventadas por Lewis Carroll en su poema «Galimatazo», de Alicia a través del espejo. (*N. de la t*). < <

[13] Sigmund Freud, Obras completas, trad. L. López-Ballesteros, vol. I, Biblioteca Nueva, Madrid, 1967, pp. 632-635. (*N. dé la t*). < <

[14] «Que un vengador nazca algún día de mis huesos». *(N. de la t.)*
< <

[15] Título de una poesía famosa de Robert Browning (1812-1889),
«Childe Roland to the Dark Tower carne», (*N. de la t*). < <

[16] Personaje de un cuento de los hermanos Grimm. (*N. de la t*).
<<

[17] La palabra inglesa shore significa a la vez «apuntalar», «contrafuerte o apuntalamiento» y «costa»; de ahí la imagen de Frederica, intraducibie al castellano. (*N. de la t*). <<

[18] Alusión a una famosa poesía de Gérard de Nerval, «Le prince ténébreux». (*N. de la t*). <<

[19] Tanto «momia» como «mamá» se dicen mummy. (*N. de la t*). <<

[20] Etimología inglesa de daisy (margarita): *eye day's* (ojo del día). (*N. de la t*). < <

[21] Famoso astrónomo, matemático, astrólogo y alquimista inglés (1527-1608).
(*N. de la t*). < <

[22] Metáfora mecánica que sólo es válida en inglés, donde hard-wired significa a la vez «conectado de forma fija por cables» e «intrínseco, innato». (*N. de la t*). < <

[23] «Eres el espíritu que niega siempre». (*N. de la t*). < <

[24] En inglés, filament (filamento) prácticamente contiene el término file (archivo). (*N. de la t*). <<

[25] «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». (*N. de la t*). < <

[26] Wijnnobel es un apellido holandés originado en el francés «Vignoble», que significa «viñedo». (*N. de la t.*) < <